BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Hemeroteca

Volúmenes de la obra ...

Ubicación 12 B M 37-7

BIBLIOTECA NACIONAL
854027

83 —

12(46-7)

AÑO I. NÚM. 1

REVISTA

DE

VALPARAISO

PUBLICACIÓN MENSUAL DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

SEPTIEMBRE DE 1898

SUMARIO

Al Lector	por los	Editores
Apuros de revisteros	«	E. Ezeta
Poesia.	«	D. Dublé Urrutia
Si los empleados con participación en los beneficios de un establecimientos de co-comercio son socios de él	«	J. de Dios Vergara S.
Miseria.	«	Camilo Feliú H.
Ofrenda (Poesia).	«	Samuel A. Lillo
Algunas observaciones sobre la Geografia Física de D. Diego Barros A.	«	Arístedes
Recuerdo (Poesia)	«	Enrique Villalón
Lacrima	«	C. A. R. (Renato Raúl)
Nocturno (Poesia)	«	Carlos A. Adrover Donoso
La historia en la literatura	«	Hermile Reynald
La leyenda de la bicicleta (leyenda china)	«	Julio Hurtado
Escenas de la vida de colegio	«	J. Martinez Moreau
Los deudores morosos y la ley de papel moneda	«	Carlos Vicencio
Ignacio Salazar	«	Pedro Sanchez
Edgardo Poe	«	C. de Mouy
Un versito. ¿para usted?	«	César Acevedo.
Nuestros agradecimientos	«	Editores

VALPARAÍSO

TALLERES DE S. VICENTE DE PAUL. DELICIAS 215.

1898

Revista de Valparaíso

Año I — Valparaiso, Setiembre de 1898. — Núm. 1

Revista de Valparaiso.

PERIÓDICO MENSUAL DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

Se publicará los dias 15 de cada mes

Precios de suscripción

Por semestre.....	$ 2	50
Por un año.....	« 5	00
Número suelto.....	« 0	50

Toda comunicación concerniente á la *Revista* deberá dirigirse al administrador, señor don Alberto Edwards, casilla N° 2162 del correo N° 2.

AL LECTOR.

Cansados de contemplar el marasmo en que vegetan las letras en nuestro país, seguros de que el entusiasmo por ellas no está muerto sino dormido y, confiados en que contaremos con el concurso de todos los verdaderos patriotas, hacemos nuestra primera salida, como don Quijote, con escasos arreos, sin muchas pretensiones, pero con buen ánimo y no pocas esperanzas.

De las personas ilustradas, de los amantes de las letras, de la juventud en particular, dependerá que no resultemos, á la postre, como el famoso caballero de la Mancha, aporreados y maltrechos.

Por nuestra parte, procuraremos que la Revista de Valparaiso llegue á ser esforzado aunque modesto campeón del arte que vivifica el espíritu, de la literatura que lo recrea y de la ciencia que lo ilumina.

No sale esta publicación á defender ni á combatir determinadas doctrinas, persuadidos como estamos, de que mientras los *dilettanti* seamos pocos, debemos ser unos, y de que no es gran sacrificio renunciar al honor de ser armados caballeros de una escuela ó de un sistema á trueque de contribuir, siquiera en una proporción infinitesimal, al fomento de las letras patrias.

No nos contamos entre los que juzgan que nuestra esterilidad literaria y científica proviene de ineptitud orgánica de nuestra raza para las sublimes labores de la inteligencia; basta abrir las páginas de la historia y retroceder muy pocos años para encontrar tiempos mejores en la vida intelectual de Chile. A resucitar ese glorioso pasado se encamina nuestra labor.

Gustosos daremos cabida en la Revista á todo artículo, cualquiera que sea su naturaleza, siempre que esté dentro de los amplios límites que nos hemos trazado: el cultivo del espíritu, con entera prescindencia de toda cuestión política ó religiosa. Hoy por hoy, la política lo absorbe todo; quede al menos desterrada de las páginas de esta Revista.

En nombre, pues, de nuestras aspiraciones por el progreso intelectual de Chile, cumplimos con el grato deber de ofrecer las columnas de esta publicación á los jóvenes que quieran hacer sus primeras armas, á los que han segado ya algunos laureles y á los veteranos de las letras, cuyos trabajos, serán recibidos con los honores correspondientes.

Los Directores.

APUROS DE REVISTEROS.

¿Se han hecho, ustedes, cargo de lo que significa el compromiso público y formal de sacar mensualmente á luz una Revista literaria? Cuál de ustedes ha pensado imajinariamente los aprietos y las dificultades en que pueden encontrarse quienes hayan tomado sobre sí el cumplimiento de semejante promesa?

Para el que recibe en su casa una vez al mes un cuaderno de tantas ó cuantas páginas y lo bota con indiferencia sobre una mesa, reservando su lectura para la primera ocasión propicia, que talvez será aquella antesala que con frecuencia nos impone el sueño antes de sugestionarnos con su cara dormilona y pesadota, ese alumbramiento periódico sobre que á ustedes me permito interrogar, no habrá tenido mayores tropiezos que los que en su rápido y fugaz despeñamiento encuentra una cascada de agua, irremediablemente condenada á correr de alto á abajo y que labra su cauce por sí sola y lo limpia ella misma de obstáculos.

Por desgracia para ustedes, aficionados, según supongo, á las letras que se llaman bellas, no es tan expedito el parto de un periódico literario; y dije que era desgracia porque no se me negará que si fuera posible leer mucho y no tener que introducir de tarde en cuando la mano al bolsillo, con el deliberado y siniestro propósito de menoscabar los propios caudales, ustedes no hojearían en este instante (perdonen que omita todo calificativo de este momento, ustedes lo juzgarán) las páginas de la REVISTA DE VALPARAISO, ya que sería no sólo rumboso en demasía el pagar cuando puede excusarse el pago, sino también *desquiciador de la República* trastornar la naturaleza de tal entretenimiento.

Esto por lo que á los lectores toca. De parte de los empresarios, la desventura no es menor á ese respecto, como que en este buen mundo, que tantas protestas arranca á algunos, todos somos simultáneamente productores y consumidores, según afirman los economistas; y puesto caso que los que escriben son los que más leen, concluirán ustedes, conmigo, en que son también los que más gastan, sin contar con lo que asegura de ellos la fama, referente á su habitual falta de dineros y sobra de apetitos.

Por manera que estamos conformes en la queja que nos obliga á exhalar, la circunstancias de que sea un poco más difícil la publicación de una Revista que los suspiros de un enamorado.

Pero, si bien de grado convendrán ustedes en ello, es posible y aún probable que sean escasos los que se figuren cuántos son los trajines, apuros, preocupaciones y talvez desvelos, que ocasiona la realización de tan buen propósito.

Supongan ustedes que la idea está únicamente en estado de proyecto. Desde luego, el proyecto es atrevido, particularmente en ciertos casos y lugares; más, puede suceder que el atrevido padre de esa idea, carezca de una condición, indispensable cuando se trata de llegar á los medios de sacarla del estado de potencia al campo de las realidades: la desverguenza; y es menester un descarado que se acerque á Fulano, Zutano y Mengano y cincuenta ó cien otros, en solicitud de una promesa de protección y apadrinamiento en favor del no nacido.

¿Han experimentado ustedes las vacilaciones que acometen al que se encarga de esta tarea? No? Pues figúrense que sea un joven algo tímido el que se compromete á ir á hablar del *asunto* á D. Clodomiro Berengenal, caballero respetable por varios capítulos y amante de la literatura, pero que tiene la fama de ser quiméricamente irritable y más impetuoso que los vientos de primavera. Todo esto es sabido del solicitante, quien ya ha pasado los dinteles de la casa del buscado protector. Sube aquél la escalera que le ha de llevar á presencia del segundo, con calculada pausa; saca entre tanto, una ó dos veces el pañuelo, del que se sirve según su natural destino; llega, por fin, al cabo de la escalera y mientras mira con sobresalto en todas direcciones, le acomete repentinamente el deseo cobarde y casi irresistible de volverse atrás y salir del paso por medio de la fuga.

Alcanza á concebir el loco proyecto y á pretender darle ejecución, cuando, volviendo la cabeza en busca de la bajada, se encuentra de manos á boca con el ogro nervioso, violento é irritable; se inmuta y palidece y en vez de hablar, espera que D. Clodomiro le dirija la palabra, estudiando él en estos instantes la manera de insinuar su solicitud. Se le agolpan frases é ideas inconexas, pero no logra pergeñar su discurso y con esto su turbación aumenta, le zumban los oídos, apenas ve. Don Clodomiro, que no es lerdo, percibe los apuros de nuestro joven y para librarlo de su embarazo le pregunta con su seca voz habitual: ¿qué decía usted,? Nuestro joven, transpirando de excitación, en el colmo de su desconcierto, se resuelve á desistir de su intento y á cortar brevemente la desairada situación en que alcanza instintivamente á comprender que se encuentra. Con la lengua medio trabada y las mandíbulas temblorosas, le suelta la pregunta de si vive allí, en esa casa, don Fulano de Tal y le da un nombre, ocurrencia del momento, y que á haberlo tratado de inventar una hora antes, no habría dado con él. Por supuesto que la contestación es negativa y ya es hombre salvo; hace una reverencia, se cala el sombrero y se va, se arranca de esa mansión que le ha proporcionado tales congojas y trasudores, dando á los infiernos su carácter, la Revista cuyas mantillas procura fabricar y á todo su futuro público lector, elementos que le han procurado tantos bochornos.

No piensen que la exageración es grande. El imaginado es solamente uno de los chascos que pueden acontecer al que se atreva con la aventura de buscar sostenedores de Revistas. Y ciertamente que le habría ido menos mal que si encontrándole estampa de cobrador (por esta razón son temibles los que se precian de fisonomistas), le dan con la puerta en las narices, ó por cualquiera palabra dicha en tono equívoco lo golpean, ó lo hartan de desvergüenzas, creyéndolo un estafador.

Inspira compasión esta serie de desventuras. Aquello puede suceder y sucede antes del parto; calculen ahora los dolores que sufrirán los que llevan á cuestas ese fardo de responsabilidad que implica la obligacion de tirar un número mensual de 32 páginas bien nutridas de lectura, destinadas á solazar á lectores pocas veces benévolos! Este público lector, tiene la potencia de una máquina diabólica y seguramente no tiene idea del cúmulo de fuerzas de todo género que obedece á sus caprichos.

Supóngase al Directorio de esta publicación, una semana antes de la fecha fijada para sacarla á luz; y que dicho Directorio, en tales días se encuentra con que no se le han cumplido los compromisos celebrados, compromisos que le habrían de dar el material de todo el número. Y entre tanto, ya los días se cuentan con los dedos de una mano, y de la imprenta le urgen para la entrega de originales, y la revista tiene que salir, y á los suscritores hay que tenerlos gratos, porque los pesos son irreemplazables. Ahí me tienen ustedes á los responsables, devanándose los sesos, buscando temas y dando vuelta á sus ideas. Salen á la calle con los ojos muy abiertos, mirando para adelante y para atrás, a derecha y á izquierda, arriba y abajo, observando, escudriñando, en verdadera caza infatigable de materiales y datos para un artículo cualquiera.

Y lo menos que puede suceder es que, después de todos los afanes y de haberse pasado noches de claro en claro y días con más sobresalto que reo en capilla, una vez redactada su elucubración, quede de ella descontento y parta en cuatro sus borradores. Ó que si la llega á engullir la prensa y á aparecer en el periódico, el lector se duerma á las pocas líneas y eche un juramento al despertar, en que envuelva al pobre del autor y al desgraciado hijo que le cupo en suerte.

Y ¿cómo habría salido ese lector del trance de tener que escribir un artículo?

E. EZETA

.....!

Soñé que era muy niño, que estaba en la cocina
Escuchando los cuentos de la vieja Paulina.
Nada había cambiado: el candil en el muro,
El brasero en el suelo y en un rincón oscuro
El gato, dormitando. La noche estaba fría
Y el tiempo tan revuelto, que la casa crujía...
Se escuchaba á lo lejos ese rumor de pena
Que sollozan las olas al morir en la arena,
Y á intervalos más largos esos vagos ahullidos
Con que piden auxilio los vapores perdidos.
Nosotros, los chiquillos, oíamos el cuento
Sentados junto al fuego y como entrara el viento;
Por unos vidrios rotos, en frente, medio cana
Se cubría la vieja con su charlón de lana.
Era un cuento muy bello.—Tres príncipes her-
[manos
Que se fueron por mares y países lejanos
Tras la bella princesa que la mano de un hada
En un lago sin fondo mantenía encantada.
El mayor, que fué al norte, no regresó en su vida;
El otro, que era un loco, pereció en la partida
Y el menor, que era un ángel por lo adorable y
[bello,
Llegó al fondo del lago sin perder un cabello...
Allá abajo, en el fondo, vió paisajes divinos,
Castillos encantados de muros cristalinos
Y en un palacio inmenso, de infinita belleza,
Encerrada y llorando, vió á la pobre princesa.
Se encontraron sus ojos, se adoraron al punto
Y lo demás fué cosa de poquísimo asunto,
Pues al verlos tan bellos como el sol y la aurora,
El hada, que era buena, los casó sin demora

.....

—Así acabó la historia de aquella noche... El gato
Se despertó gruñendo, esperezóse un rato
Y se durmió de nuevo. Zumbó la ventolina
En el cañón ya frío de la vieja cocina...
Se levantó un chicuelo y sin hacer ruido
Enhollinó la cara de otro chico dormido...
Yo, me quedé soñando con el príncipe amado
Por la bella princesa, con el lago encantado
Y también con los tristes y apartados desiertos
Donde duermen los huesos de los príncipes muer-
[tos...

D. DUBLÉ URRUTIA.

SI LOS EMPLEADOS

CON

PARTICIPACIÓN EN LOS BENEFICIOS

DE UN

ESTABLECIMIENTO DE COMERCIO.

SON SOCIOS DE ÉL

En general, en todas las empresas cuyo éxito depende esencialmente de la buena voluntad, de la habilidad y del discernimiento de los agentes ó auxiliares que llevan á ellas el concurso de su trabajo, se concede á éstos una parte de los beneficios, además de la remuneración fija. El capital les devuelve una parte de los frutos de su actividad, nó por mera benevolencia, sino por un interés bien comprendido.

Mas, nó por eso el partícipe adquiere un derecho á la gestión, ó se incorpora en la so-

ciedad que le remunera sus servicios, ó se convierte en socio del patrón ó principal. La forma de la retribución no muda la relación jurídica originaria de mandato existente entre el empleado ó dependiente y la persona física ó moral que contrata su trabajo. Cuando al salario ordinario se añade la promesa de una parte cualquiera de los beneficios anuales, el dependiente obtiene simplemente un salario eventual y sometido á una contingencia aleatoria: ello no importa sino una modalidad que deja, por lo demás, subsistir entre el empleado y el patrón la dependencia que caracteriza al contrato mercantil de prestación de servicios.

Es principio fundamental que sin convención no hay sociedad. La intención de formarla, el consentimiento para asociarse es elemento esencial de tal contrato. Son las sociedades comerciales personas jurídicas constituídas mediante contrato con el objeto de especular con el fondo aportado por los socios, ejercitando actos de comercio. En las sociedades colectivas los socios son comerciantes; cada uno de ellos tiene el derecho de administrar y de oponerse á una gestión que le parezca inoportuna; puede requerir la exhibición de los libros sociales; queda obligado personal y solidariamente por todas las operaciones ejecutadas bajo la razón social; contribuye al pago de las deudas sociales; en la liquidación es condueño del fondo social; y es fallido cuando la sociedad quiebra.

Muy diversa es la situación legal del empleado ó dependiente de comercio, aun cuando sea retribuido con una participación en los beneficios. No es comerciante, porque no ejercita el comercio en nombre propio; no puede tomar parte en las deliberaciones de los socios ni oponerse á su ejecución, aun cuando tema perjuicio para su porción de utilidades, porque está siempre sometido á la voluntad del principal ó administrador á quien presta sus servicios; no puede exigir la manifestación y reconocimiento general de los libros, porque no se cuenta entre las personas á quienes taxativamente da esta facultad el Código de Comercio; jamás afectan su responsabilidad los negocios de la sociedad, desde que es extraño á ella; nunca soporta parte alguna en las pérdidas, pues, cuando las hay, no recibe, pero no desembolsa; no es copropietario del fondo social, porque no tiene derecho á ninguna parte del capital, cuando terminan los negocios del patrón; y en caso de quiebra, mientras el socio es fallido y no tiene derecho á nada, él puede figurar entre los acreedores por lo que le es debido como salario y como cuota en los beneficios anteriormente realizados, correspondientes á servicios que fueron prestados día por día.

Si á esto se agrega que el dependiente interesado en las utilidades del negocio, como cualquiera otro empleado, puede ser despedido por el principal cuando sus servicios cesen de convenirle, y que el contrato puede ser resuelto por el uno ó por el otro cuando les plazca; que él no tiene derecho ninguno sobre el establecimiento de comercio; y que respecto de él conserva el principal ó patrón la propiedad exclusiva del negocio y dirige solo su explotación, á su arbitrio, en la plenitud de su independencia y al abrigo de toda fiscalización de parte suya, se comprenderá cuánta diversidad hay entre el contrato de mandato de los dependientes de comercio y el de sociedad mercantil y cómo es que no cabe confundir las acciones que nacen de uno y otro.

J. DE D. VERGARA SALVÁ.

MISERIA.

Caía la lluvia á torrentes; un fuerte viento norte agitaba los árboles que se doblegaban dóciles, como agradeciendo las caricias de Eolo; los relámpagos brillaban aquí y allá, fugaces haciendo zig-zags; los truenos, con fastidiosa insistencia repetidos, ensordecían el espacio.

Por las calles no se divisaba alma nacida; excepción hecha de un bulto acurrucado en una puerta, de cuadra en cuadra: era el policial que, cubierta la cabeza con la capucha, capeaba el agua, soñoliento, compadecido de sí mismo que velaba á la intemperie, en tanto que los ricos, sin preocuparse para nada de la lluvia, *matarían el tiempo* jugando y bebiendo al amor de la lumbre ó durmiendo tranquilos, abrigados por gruesas frazadas y ricas pieles; y mientras los pobres en duro lecho—pero lecho, al fin—descansarían después de diez horas de rudo trabajar.

Eran las 12 de la noche.

Allá, muy lejos de los hogares de los acomodados, en un despoblado, á donde no llegaba nunca el bullicio de la ciudad, se distinguía una pobre *casucha* que amenazaba caerse de un momento á otro, porque el agua iba deshaciendo poco á poco los mal fabricados adobes de que estaba formada.

Dentro, una mujer, joven por los años, aunque su rostro y su cabello eran los de una vieja, acallaba á un pequeñuelo que le pedía pan, á ella, que quisiera dárselo, aun á costa de la vida, pero que no podía hacerlo, como que ya iban corridas muchísimas horas desde que ella misma no lo probaba.

Y el chico, flacucho, pálido, tiritando de frío, seguía pidiendo pan y lacerando más aun con sus gritos y su llanto el dolorido corazón de la madre, que se preocupaba poco del frío, del insomnio, de todos sus padecimientos, para pensar en el hijo de sus entrañas, próximo á perecer de hambre, y en el marido que, desde tanto tiempo, no venía á traerles algunas migajas. Y la lluvia aumentaba á cada instante y, colándose por los mil agujeros de la techumbre, iba á mojar la cabeza de la madre y el montoncito de ropa que, allá, en un rincón, parecía constituir el lecho de esa desgraciada.

«Si viniera Francisco! aunque no trajera ni un bocado de pan, para vernos al menos todos juntos, para morir juntos, si está de Dios que muramos esta noche.»

Y la lluvia y el frío, lejos de disminuír, aumentaban y con ellos, los gritos de la criatura.

Extenuada de cansancio, yerta de frío, débil por la falta de alimentos, la madre se ponía en pie á cada instante, para mecer al niño, á ver si se dormía, y para asomarse á la puerta por si divisaba venir á su marido.

Pero todo inútil; ni éste aparecía, ni el niño dejaba de llorar.

Por fin, la pobre mujer se arrodilló ante una estampa muy vieja, cubierta de telarañas y de mugre, que representaba á la Virgen de los Dolores y le pidió que aliviara la situación de la familia, que hiciera que llegara pronto su marido, que les trajera ropa, dinero, un medrugo que comer.

Todo lo que faltaba se lo pidió en silencio, como para que el niño no oyera, y después, se tendió sobre el montón de ropa á llorar y á besar á su hijo, que ella imaginaba se lo habían de llevar los ángeles esa noche, pues ya no lloraba el pobrecito y apenas si respiraba con dificultad.

II

Como á eso de las 3 llegó el marido. No traía ni un pedazo de pan, venía borracho y con hambre. Pidió de comer.

«Hace ya muchos días, replicóle su desventurada esposa, que por culpa tuya, que te emborrachas, en vez de trabajar, ni yo ni Perucho probamos bocado; el chico, míralo, está muy mal, se nos muere esta noche y se nos muere de hambre, sin que yo tenga un trago de leche que darle, nada con que reanimar á mi Perucho del alma».

Y el animal del marido, que se había echado al suelo, como una bestia, porque apenas podía tenerse en pie, se levantó como pudo, cogió el palo que le servía de bastón y lo dejó caer con fuerza sobre la cabeza de su esposa.

No dió ésta un ¡ay! no derramó una lágrima, pero cayó aturdida por el dolor físico y moral que le produjo el golpe.

Y el desdichado, después de cometer ese acto de salvajismo, volvió á echarse en el suelo y allí se quedó dormido.

III

Dos horas después, la lluvia había cesado y por la choza miserable pasaban, soñolientos, restregándose aun los ojos, multitud de obreros, que se dirigían á las fábricas, ignorantes por cierto, de la escena que había tenido lugar en esa *casucha* que se mantenía en pie, Dios sabe cómo.

Camilo Feliú H

OFRENDA

Del Poema inédito «Mi Padre»

Y jentil como el hada del poeta
Cruzó el templo una niña pensativa;
La corona besó de siempreviva
Y la dejó en el féretro sujeta.

Me alcé para mirarla, su silueta
En la penumbra ya perdiéndose iba,
Derramando en su marcha fugitiva
Vago aroma de nardo y de violeta.

Fué esta ofrenda un remedio á mi quebranto
Tan dulce entre los rudos sinsabores,
Que mis ojos, quemados por el llanto,

Abrieron otra vez sus secas fuentes,
Y dejaron caer sobre las flores
Silenciosas dos lágrimas ardientes.

Samuel A. Lillo.

ALGUNAS OBSERVACIONES
SOBRE LA GEOGRAFÍA FÍSICA
DE
Don Diego Barros Arana

La obra sobre que he escrito estas breves observaciones es notable, no sólo como texto, sino también como libro de ciencia, instructivo y ameno.

Quizás no haya ni en Chile, ni en América una obra que reúna en tan alto grado las grandes cualidades de ésta para popularizar la ciencia y hacerla agradable.

Sólo en virtud de la excelencia de la obra de que trato, pueden tener cierta importancia las notas que hoy publico.

Ellas se refieren á ciertos pasajes de la Geografía Física, que pueden llegar á inducir en error á los que la leyeren; y trata principalmente de la parte metereológica, que es la que he estudiado con más detención.

No pretendo corregir al sabio y venerable maestro de la juventud chilena. Sean estas notas sólo testimonio de la minuciosidad y atención con que he estudiado y admirado cada una de las páginas de esta obra magistral.

En el número 1 del capítulo II se leen estas palabras:

«La excavación más profunda que los mine-
« ros hayan abierto jamás, se encuentra en
« Kuttemberg, en Bohemia. En el día es inac-
« cesible. En la extremidad más remota de sus
« galerías, que alcanzaban á 1,151 metros de
« profundidad, el termómetro marcaba un ca-
« lor perpétuo de 40 grados. Nuestros veranos
« más ardientes no llegan jamás á esa tempe-
« ratura *que no se encuentra sino en algu-*
« *nos lugares de la zona tórrida*, y eso du-
« rante ciertas horas de días extraordinarios.»

Este párrafo puede inducir á dos errores; el primero, que sólo en la zona tórrida puede el termómetro llegar á 40°; el segundo, que las mayores temperaturas *máximas* conocidas, se producen en los trópicos.

El calor máximo de 40°, aún cuando se experimenta en ciertos paises tropicales, principalmente en el viejo continente, es también muy común en la parte caliente de la zona templada boreal, y aún en ciertas localidades de la austral.

Podrá aún sostenerse que, siendo la temperatura de 40° cosa rara en los trópicos, es un fenómeno ordinario en muchísimas localidades de las zonas templadas. Así, en la América equinoccial, sólo La Guaira, Santiago de Cuba, Maracaibo y ciertas localidades del interior de Colombia, experimentan temperaturas mayores de 40°, mientras que en los Estados Unidos ese calor es un hecho *diario* y *corriente* durante el verano hasta en Chicago y Nueva York.

Las mayores temperaturas conocidas se experimentan en el Sahara, en la cuenca del Eufrates, en la India extratropical y en el norte de Méjico. El lugar más caluroso del mundo es Tuggurt, cuya latitud de 33.° es próximamente la de Valparaíso. El termómetro marca allí frecuentemente 56 grados centígrados á la sombra en los días de verano. (1)

(1) Véase.—Odón de Buen [«De Christianía á Tuggurt.»

En un cuadro sobre la climatología española, publicado en la Botánica de don Odón de Buen, pocas son las ciudades del interior de la península que aparecen con una máxima inferior á 40.° grados.

En Sevilla el calor es hasta de 47 centígrados y en los llanos de la Mancha es más considerable todavía.

Lo dicho respecto á las temperaturas extremas, sucede igualmente con las temperaturas medias mensuales.

Consultando el mapa físico de Jhonston, citado por el señor Barros, se verá que la ma or media mensual, que es la de 95.° Fahrenheit (35.° centígrados) se encuentra situada casi en su totalidad en la zona templada del hemisferio norte, tanto en las regiones extratropicales de Méjico, como en Arabia, Persia é India. templada. Sólo en el Sahara corta la línea del trópico la dicha isoterma mensual de 95.° Fahrenheit.

Esto parece, á primera vista, en contradicción con las reglas generales que dominan la distribución del calor en la superficie del globo, pero sin embargo, tiene una explicación científica muy sencilla. Es verdad que en los trópicos los rayos solares caen más perpendicularmente sobre la tierra, pero esto está compensado en las localidades á que hemos hecho referencia, con la duración de los días y la consiguiente brevedad de las noches, que aumentan con la latitud durante los meses de verano.

Además en la parte caliente de las zonas templadas, el clima es de ordinario seco y desprovisto de lluvias durante los meses de verano, en tanto que en los trópicos, la mayor altura del sol, coincide con lluvias abundantes y una extrema humedad atmosférica, circunstancias que tienden indudablemente á moderar el calor. (1)

En el número 6 del Capítulo IV se encuentra la descripción de la Patagonia, que tantos ataques y polémicas ha suscitado. (2) Sin la instrucción suficiente para pronunciarme sobre este particular, creo sin embargo que la Patagonia, sin ser precisamente el desierto salobre y estéril que nos pinta el señor Barros,

(1) Esto no quiere decir, como lo afirma despues el señor Barros, que la estación lluviosa sea la mas fresca en los tropicos; el único efecto de la humedad en este caso, es moderar el aumento de la temperatura, sin impedir del todo que ese aumento se produzca.

(2) He aquí las palabras testuales del señor Barros: «La Patagonia, desde su extremidad me-
« ridional, hasta las orillas del rio Colorado, no
« es mas que un inmenso desierto donde aparece sólo
« por intervalos una vejetación raquítica y espi-
« nosa: aguas salobres, lagos salados, incrusta-
« ciones de sal blanca, se alternan con esta triste
« vegetación."

está por otra parte, muy lejos de constituír un paraiso de fertilidad y riqueza como se cree de ordinario. Basta estudiar sus condiciones climatéricas y la configuración de su suelo, para convencerse de esta verdad, al menos por lo que respecta á la parte meridional de esa estensa y monótona llanura.

En el N.° 9 del capítulo VIII se dice: «Don- « de las lluvias son raras ó no caen nunca, « como sucede en la costa del Perú, *el rocío* « *de cada noche alimenta la vegetación* « *casi tanto como la misma lluvia.*»

Este parrafo induciría á creer que en la costa del Perú existe una vejetación casi tan abundante como en los paises lluviosos situados en iguales latitudes, y que dicha vejetación se alimenta principalmente con el rocío. Esto es inexacto, pues la costa peruana, en todas las localidades á que no alcanza el riego artificial ó la humedad de los ríos, constituye un desiérto casi tan árido como el de Atacama, y en el cual solo crece una vejetación raquítica y miserable, y esto solo en determinadas estaciones del año. Aún esa vejetación, más que el rocío, se debe á una garúa ó neblina espesa, que en el norte de Chile, se llama *camanchaca.*

Así lo expresa el señor Paz Soldán en su Geografía del Perú:

«El viajero que visita por primera vez el Pe- « rú, durante la estación de primavera, queda « admirado de la aridez de la costa; en efecto, « un inmenso arenal despojado de toda veje- « tación, entrecortado sólo por algunos valles « cultivados, se extiende sobre esta región, « cuya triste monotonía no se interrumpe sino « por algunas *tillandsías* secas, algunas es- « pecies de *cactus*, y ciertos tallos aislados « de «Cardo Bendito» (*Argemone Mexica-* « *na*). Si el viajero recorre las orillas del mar, « podrá notar la *Salicornia Peruviana*, plan- « ta muy carnosa; algunas especies de *Salso-* « *la*, de *Sesuvium*; el *Macrocystis Hum-* « *boldtii*, con sus grandes vejigas llenas de « aire y recostados en la playa por la fuerza « de las olas, en las grandes mareas».

«Pero cuando la primavera concluye, y al- « gunas pequeñas lluvias finas llamadas en el « país *garúas*, que anuncian en el Perú la « vuelta del invierno, han humedecido la tie- « rra, el viajero verá los flancos de las mon- « tañas, que hasta entonces habían permane- « cido completamente áridos, cubrirse como « por encanto de vegetación, y esmaltarse de « flores diversas». (Mateo Paz Soldán. Geografía del Perú, págs. 99-100).

No es pues el rocío, sino las garúas, quienes alimentan la escasa vegetación de la costa peruana.

En el N.° 11 del mismo capítulo se afirma que «aunque la cantidad de agua que cae entre « los trópicos en un solo mes sea mayor que la « cantidad total que cae en las regiones tem- « pladas, el número de dias lluviosos aumenta « con la latitud, de tal suerte *que la zona en* « *que cae más agua es aquella en que hay* « *menos días de lluvia*».

Esta aserción, que en parte es admisible, es paradógica en la forma absoluta en que está consignada en el párrafo transcrito.

Si se comparan ciertos países tropicales con determinados lugares situados en altas latitudes, como Punta Arenas ó Londrés por ejemplo, la regla sentada por el señor Barros obtendría su confirmación, pero no es esto lo que generalmente sucede.

En la zona tropical los días de lluvia son ordinariamente bastante numerosos. Pasan casi siempre de 100 y en la región de las calmas llegan hasta 200. En Habana hay 105 dias lluviosos y 120 en Manila, siendo de notar que en gran parte de la zona tórrida, llueve casi diariamente durante cuatro ó cinco meses; así sucede en la América Equinoccial y en el Archipiélago Malayo.

Ahora bien, para encontrar cifras semejantes en los países templados, necesitaríamos buscarlas en latitudes muy elevadas ó en regiones cuyas lluvias igualen ó excedan á las de la zona tórrida, como el Sur de Chile, por ejemplo.

Así en nuestras provincias del centro solo se cuentan de 20 á 30 días lluviosos al año, como el mismo señor Barros lo afirma en su capítulo XV.

En el párrafo siguiente del mismo número se leen estas palabras: «Es raro que entre los « trópicos llueva durante la noche, y *se pasan* « *meses sin que caiga una gota de agua*».

Esto no es tampoco enteramente exacto. Es cierto que en la zona tórrida la lluvia se distribuye muy desigualmente entre las diferentes estaciones del año, pero esto no quiere decir que la estación seca lo sea tan en absoluto que la lluvia falte enteramente en ella. (1)

Hay localidades en que las lluvias son efectivamente muy escasas durante la estación seca; así en Ajarakandi costa del Malabar, de 2850 milímetros de agua que caen anualmente solo 70 milímetros pertenecen á la estacion seca. Pero ordinariamente la desproporción no es tan notable. Abriendo cualquier libro de metereología es facil convencerse de que lejos de faltar las lluvias en absoluto durante los

(1) Ignoro si habrá algún lugar en que se cumpla aquello de no caer durante meses algunas gotas de agua. Lo que digo se refiere á la generalidad de los paises tropicales.

meses secos, en los trópicos, sucede no pocas veces, que cae durante ellos tanta agua, como en las localidades más favorecidas de la zona templada en el curso de un año. Por ejemplo en Cayena, caen 2776 milímetros en la estación lluviosa y 737 (30 pulgadas), en el resto del año (2).

Además en muchas y vastas regiones de los trópicos, llueve continuamente durante todo el año. Podremos citar como ejemplos las riberas colombianas del Pacífico, y las vertientes orientales de los Andes equinocciales.

En el N.° 2 del Capítulo IX se dice: «Como « hemos dicho en otra parte, las lluvias tie- « nen lugar en un punto de la zona tórrida « cuando el sol está en el zenit: y entonces, « en vez del calor ardiente que debiera perci- « birse, se esperimenta una temperatura baja; « y solo cuando el astro se retira de ese lugar « comienza un nuevo acrecentamiento de la « temperatura».

Esta aserción está en completa disconformidad con lo que efectivamente sucede. En la zona tórrida como en las templadas, las mayores temperaturas coinciden casi siempre con la mayor altura del sol. Tomemos algunos ejemplos:

En Rio Janeiro, la estación de las lluvias coincide con el verano del hemisferio sur, es decir, que comienza en Octubre y concluye en Abril. Pues bien, el mes de Febrero que es el más lluvioso, tiene á su vez la mayor temperatura media (27.°), mientras que Agosto, en plena estación seca, sólo alcanza á 20 grados.

En la Habana pasa exactamente lo mismo, pues la estación de las lluvias que comienza en Mayo y concluye en Octubre, coincide con la de los grandes calores.

Es cierto que los ejemplos enumerados son de ciudades situadas casi en los límites de la región intertropical, donde la inclinación del sol varía más de 45.°, pero no es menos cierto que la regla se cumple aún en las localidades situadas en el Ecuador. En Panamá y Guayaquil, las grandes lluvias coincidean con los grandes calores, y esto no solamente consta de los registros termométricos, sino que lo atestiguan cuantas personas han residido en esos países.

Examínese las líneas isotérmicas mensuales de cualquiera carta metereológica y se verá que, con poquísimas escepciones, situadas casi todas en la vecindad de la línea equinoccial, la temperatura máxima depende solo de la posición del sol. Esto conduce á sentar como regla, que las lluvias tropicales no tienen por causa el hecho meramente astronómico de la altura del sol sobre el horizonte, sino el calor producido por la perpenticularidad de los rayos solares.

En el número 5 del capítulo citado, presenta el señor Barros un cuadro de las oscilaciones anuales de la temperatura en diferentes localidades. Aparece primeramente Paramaribo (Guayana), con una máxima de 28.° 6' y una mínima de 25.° 6'. La diferencia es solo de 3.° y á primera vista se comprende que envuelve un error. Es imposible que haya país alguno cuyas oscilaciones termométricas sean tan exiguas.

Había pensado primeramente que se trataba de un error de imprenta, pero después hé dado con la clave del problema; en un cuadro destinado á contener las temperaturas *extremas*, el señor Barros ha incluído cifras que corresponden á las *medias mensuales extremas* de Paramaribo. En la obra de don Amadeo Guillermín «El Mundo Físico», en el capítulo de los climas aparece la cifra 3.°, como la diferencia entre la temperatura media del mes más caluroso y del más frío de esa ciudad.

En el número 3 del capítulo XIV, afirma el señor Barros que «*el oro es mucho más abundante en los países vecinos al Ecuador, y que se le encuentra también en otras partes, pero en tan pequeña cantidad que no vale la pena explotarlo.*»

No comprendo en qué hechos pueda basarse este principio. Es efectivo que el oro se encuentra abundantemente en ciertos países ecuatoriales, pero también es verdad, que mayores riquezas aún, han sido extraídas de California, Australia, Transvaal, Siberia y otras localidades que el mismo señor Barros cita. En los últimos tiempos hemos visto hacerse un descubrimiento admirable de oro en Alaska, casi en el círculo polar. Aun cuando esto ha sucedido después de publicada la obra del señor Barros, en la época en que esta salió á luz se tenían ya á la vista innumerables ejemplos que contrarían la regla sentada por el autor.

ARÍSTIDES.

(2) Véase «Amadeo Guillemin», «El Mundo Físico».

¡RECUERDOS!

(TRADUCCIÓN DE LAMARTINE).

I.

Sucede un día á otro día,
Y á ése, otro sucedió,
Y el recuerdo del primero
Fuése del olvido en pos.
Pero ese dulce recuerdo,

Mi primer sueño de amor,
Ese vive eternamente
En mi pobre corazón.

II.

Mis cabellos están blancos,
Mi sangre helándose va:
La materia que me forma
A su fin ya va á tocar,
Pero tu amor, virgen mía,
Tu recuerdo angelical,
Va con mi alma, y no envejece
Pues ella no tiene edad.

III.

Porque, aunque has muerto, te veo
Que desciendes hasta mí
Desde el alto de los cielos
Donde te has ido á vivir.

Y á mis ojos te presentas,
Virgencita de mi amor,
Como el día en que partiste
Con el moribundo sol!

IV.

¡Por donde quiera que vaya,
Tú, mi bien, conmigo vas,
Y en todas partes descubro
Tu carita virginal!

V.

Cuando en las noches calladas
Oigo el viento susurrar
Creo oirte murmurando
Frases de amor y bondad
Y si el perfumado céfiro
Embriaga mi corazón,
Creo aspirar el aliento
Que tu boca me ofreció.

IV.

Cuando á la casa de Dios
Voy á llorar por tu ausencia
¿No es tu mano, vírgen mía,
Quién mi amargo llanto seca?

¿Y no eres tú quien mi sueño
Solícita siempre vela,
La que me da fuerzas y ánimo
Y dulcifica mis penas?

VII.

¡Ah! si hoy cortara tu mano
El hilo de mi vivir
¡Qué dichoso me sintiera
Con poder llegar á tí!

¡Pues cual dos tiernos suspiros,
Dos rayos del puro sol,
Tu alma y mi alma, vida mía,
Las fundió en una el Señor!

Enrique Villalón.

Setiembre. 12 de 1898

LACRIMA

Luisa tenía treinta años de edad, y su hija, la pequeña María, entraba apenas á los doce. Dos meses hacía que había perdido al adorado de su corazón, á su querido Juan, á quien la había ligado el destino con los dulces lazos del matrimonio. Mientras Juan vivió en el modesto hogar, no sintió jamás las asperezas de la miseria; él había sabido colocar á la puerta de su humilde hogar una barrera infranqueable para la desgracia: su trabajo.

¡Qué hermosa era la vida, entonces, para aquellos seres que no tenían mas ambición que ver un día grande á su pequeña María y casada con un duque, con un marqués, quién sabe si con un príncipe, porque ella, María, era para sus amantes padres, digna de llevar sobre su frente una corona real. ¡Y qué bien habría sentado sobre la rubia cabecita de la niña, una corona de oro! María era la alegría del hogar; ella con sus sonrisas de ángel convertía aquella humilde choza en un paraíso. Sentada á la puerta de la casa esperaba todas las tardes á su padre cuando volvía del trabajo, entreteniéndose en hacer dormir á su muñeca, y cuando divisaba á Juan, corría á su encuentro y se colgaba de su cuello colmándolo de caricias.

¡Ah . . . ! ¡con cuánta satisfacción, con cuánto entrañable amor, el rústico labriego estrechaba entonces en sus brazos á su idolatrada María, quemando con sus labios ardientes la frente inmaculada de la joven!

Pero esos días de felicidad habían pasado. El cielo siempre azul de aquella choza humilde se cubría de luto. No quedaba en el hogar sino el recuerdo cariñoso de aquel hombre, que fué el sostén de esos dos seres á quienes tanto había amado y por cuya felicidad se sacrificó hasta la muerte. Juan había bajado al sepulcro, como bajan generalmente los hombres honrados, sin legar á su familia otro pa-

trimonio que el recuerdo de sus virtudes. Luisa, la mujer querida con quien compartió en el mundo las risas y las lágrimas, los pesares y las dichas, sintió que su corazón se despedazaba; pero tuvo la fuerza de voluntad suficiente para sobreponerse á su desgracia. Ella comprendía que el vacío que dejaba Juan en el mundo era difícil de llenar. ¿Quién mantendría en adelante á la familia, quién se preocuparía de llevarles el alimento que necesitaban para vivir? Nadie, absolutamente nadie: el mundo no se preocupa de los desgraciados.

Apesar de tan lúgubres ideas como pasaron por la imaginación de la viuda, no desfallecía un sólo instante. No conocía el porvenir, pero no desconfiaba de él, porque su madre, ¡y las madres son sublimes cuando se trata de salvar á sus hijos, de llevarles un mendrugo de pan, aunque ese mendrugo les importe un sacrificio,! trabajaría para que á la hija de su corazón no le faltara nada; entraría á un taller, á una tienda de modas y aprendería á bordar, á coser, á hacer muchas cosas para ganar el sustento diario para ella y para su hija.

Fué en esta época cuando conocí á Luisa. Apesar de sus treinta años, se conservaba todavía hermosa. Al color bronceado de sus facciones correctas, daba magnífico realce la hermosa coronación de su abundante cabellera negra que caía sobre su ancha espalda como un manto de luto. Es cierto que un dolor inmenso había besado aquella frente pura haciendo brotar á su contacto las primeras señales que deslindan la virilidad de la vejez; pero al través de los surcos que el sentimiento había abierto en sus mejillas pálidas, se adivinaba un no sé qué de entusiasmo, de juventud y de belleza, que se sentían vibrar en su alma con la fuerza misma de las expansiones santas de un primer amor. Ella era joven todavía, todavía era hermosa. Esa flor agostada por los vendabales, podía volver á la vida con un poco de amor.

Muchas veces había visto á Luisa, pero nunca me atreví á hablarla. Me sentía arrastrado hácia ella por una fuerza superior, por ese espíritu de simpatía que es el por qué de los misterios del amor, pero nunca tuve el valor suficiente para declararle mi cariño. Me imaginaba que iba á cometer un crimen ó una mala acción, y por mucho tiempo dejé que durmiera en el fondo de mi alma ese cariño santo.

Y sin embargo, una tarde la encontré en mi camino me acerqué á hablarla, pero mis palabras ardientes se estrellaron contra la firme voluntad de Luisa, de conservar intacto en su corazón el recuerdo de Juan, y de no partir con nadie en el mundo el cariño de su hija idolatrada.

—Eres muy bueno, me dijo, quieres volver á la vida las ilusiones muertas de mi juventud pero, antes que mujer soy madre, y con nadie, con nadie en la vida, quiero compartir el cariño de María, que á mí, únicamente, me pertenece. A tu lado, probablemente, yo sería feliz; pero ¿crees que mi hija también lo sería? Nó, ella sería desgraciada. Déjame por favor llegar hasta el sepulcro cumpliendo con mis deberes de madre.

Y al pronunciar estas palabras, se llevó las manos á la cara y rompió á llorar. ¡Pobre mujer! Quién sabe si tuvo el presentimiento de una desgracia horrible! Acaso el porvenir que le esperaba á su hija querida se presentó á sus ojos con la triste pompa de una desgracia inmensa! . . .

Con el dorso de la mano enjugué una lágrima que iba á rodar por mis mejillas, y me aparté de aquella madre sublime, de aquel corazón heróico que llegaba hasta el sacrificio por el amor de su hija.

Nunca más volví á encontrarme con Luisa. Talvez huía de mí, ó había abandonado su pueblo natal en busca de trabajo.

Era el día 1.º de Noviembre de 1892. Como todos los hombres que abrigan una creencia ó conservan en su corazón un recuerdo cariñoso para los que fueron, me dirigí al cementerio para depositar sobre la tumba de mi madre una corona de siemprevivas, una lágrima y un recuerdo. Al acercarme al sepulcro de mi familia, me extrañó ver de rodillas sobre el mármol de la sepultura á una mujer entregada á la oración. No acerté á comprender quién sería aquella persona que oraba, talvez, por el ser querido que me llevó en su seno. A dos pasos de distancia del sepulcro me detuve, hinqué una rodilla en tierra y oré.

De pronto, mi nombre pronunciado por una voz de niña me sacó de mi abstracción, al mismo tiempo que de mis labios brotaba esta palabra: María!

Sí, era María, la hija de Luisa, la inocente niña que había conocido dos años atras tan buena y tan pura como un ángel del cielo; pero qué cambiada estaba! Era toda una mujer. En menos de dos años ese delicado capullo se había convertido en flor.

En pocas palabras María me impuso de que su madre había muerto de calentura hacía un año, y que ella, sin tener como ganarse su vida, había sido seducida por un malvado, que huyó de ella después de haberla hecho desgraciada.

Pero, sepamos por qué motivos María oraba en el sepulcro de mi familia. Poco antes de morir se le había hecho creer á Luisa que yo había muerto; pero, nó, no había muerto, se me había ajusticiado, y la pobre viuda, agradecida á los cuidados que un día le prodigué, le hizo prometer á su hija que diaria-

mente oraría por sus padres y por el ajusticiado: y ella iba todas las tardes al cementerio á cumplir con este deber sagrado.

Desde ese día me hice cargo de la infeliz huerfanita, á quien miro como á mi propia hija. Ella me quiere como á un padre y ésto me hace feliz.

C. A. R.
(Renato Raul.)

NOCTURNO.

¡Oh niña! Como la aurora
De una esperanza bendita,
Allá en mis sueños se agita
Una célica visión;
Un creciente arrobamiento
Al contemplarla me inspira,
Y loco de amor delira
Por ella mi corazón.

Sus bellos ojos semejan
A esas dulces estrellas
Que contemplan las querellas
De los idilios de amor,
I su púdica sonrisa
Un suave bálsamo anida
Que cicatriza la herida
Que ocasionara el dolor.

Al oir el tierno acento
De su virginal garganta,
Yo siento una dicha santa
Que me convida á soñar,
Porque es tan dulce su voz,
Tan armoniosa y tan suave,
Como el trino que alza el ave
En su alegre despertar.

Es para mí su mirada
Como ese faro radiante
Que ilumina al caminante
En la densa oscuridad;
Y en mi sombría existencia,
De continuado desvelo,
Es mi luz, mi puro cielo,
Consuelo de mi orfandad.

.....

Y allá en mis pálidas noches
Cuando un crepúsculo triste
Se extiende por cuanto existe
Aquí en mi mundo interior,
Disipando sombra y penas
De súbito te apareces
Y en mi alma resplandeces,
Como una antorcha de amor.

Carlos A. Adrover Donoso.

LA HISTORIA EN LA LITERATURA

por HERMILE REYNALD

(Traducido especialmente para la Revista de Valparaíso).

La crítica literaria ha realizado en Francia, en estos últimos años, una evolución que nos parece importante señalar. A comienzos de este siglo, La Harpe y sus discípulos tenían un procedimiento muy sencillo y siempre el mismo para juzgar las obras del espíritu. En este tiempo de disciplina y de sabiduría, cada género, tragedia, poesía épica, (por entonces aún había poemas épicos) historia, drama, hasta la novela tenía su poética, sus reglas trazadas de antemano y fuera de las cuales no había salvación. El crítico, alimentado con los preceptos de la escuela, se creaba para cada género un ideal absoluto, del cual no quería separarse. Según que la obra se acercara más ó menos á este ideal, se la juzgaba buena ó mala, eterna ó perecedera, y el fallo era sin apelación. ¿Quiere esto decir que la sentencia era siempre mala? Indudablemente nó. Hay en esos escritores, hoy olvidados, y que convendría leerlos de cuando en cuando, un sentimiento muy vivo de las bellezas literarias, una rara habilidad para notar todo aquello que puede chocar al buen gusto; hay, sobretodo, un talento de análisis cuyo secreto hemos perdido y buenas verdades expresadas en excelente lenguaje. Leed en la Década filosófica las críticas dirigidas al Genio del Cristianismo; los ataques son siempre acerados y muy á menudo justos. Si la apreciación general es inexacta, es principalmente por lo que el crítico olvida ó no dice. Peca por omisión; las bellezas se le escapan por su misma grandeza; se ha encerrado en un horizonte poco extenso, de muy estrechas perspectivas.

No obstante, al fin del primer imperio se produjo en los espíritus un movimiento que debía inspirar muy pronto á la crítica un método nuevo. El honor de este cambio pertenece á Mme. de Staël y á su libro «De la Alemania».

Esta excelente obra, condenada de antemano á supresiones ridículas y después rigorosamente confiscada, no sólo tenía el mérito de darnos á conocer una literatura casi desconocida para nosotros, nos enseñaba al mismo tiempo á desconfiar de nuestras teorías literarias; nos hacía admirar bellezas que no habían sido previstas por nuestros legisladores clásicos; nos enseñaba, por último, á no juzgar las obras (aun las más grandes) sino con relación al medio en que habían sido producidas. La vida de los grandes escritores no tenía ya solamente un interés biográfico, nó; ella nos explicaba sus libros y por una justa reciprocidad, el libro á su vez nos ayudaba á comprender al hombre, al país y al siglo que lo habían producido. Estas ideas, banales hoy, como las buenas ideas llegan á ser siempre, andando el tiempo, eran todavía nuevas cuando un hombre de clarísima inteligencia, aunque más ligero que profundo, M. Villemain, tuvo la buena suerte de encontrarlas: talvez no las descubrió; pero se apoderó de ellas, ya sabemos con qué brillo, y las transportó á su cátedra de la Sorbona. Aparte de las cualidades personales del profesor, esta enseñanza tenía, para triunfar en Francia, una doble ventaja: era una enseñanza oficial, pero muy hábilmente levantada por algunas osadías que le dieron la popularidad de la oposición. El éxito fué inmenso; el nuevo sistema tuvo por partidarios á los que acatan á la autoridad y á los que la atacan, á los letrados y á los descontentos de todos los partidos.

Así se formó una escuela de crítica que, desde hace 40 años, ha producido excelentes resultados. Todas las literaturas han sido estudiadas bajo un nuevo punto de vista; cada obra maestra colocada en su verdadero medio, comentada por la biografía del escritor, por las circunstancias que la produjeron, por el genio de su tiempo y de su país. Ha sido una verdadera resurrección. Así podemos atrevidamente jactarnos de comprender hoy día, á pesar de la diversidad de instituciones, de tiempos y de costumbres, al Dante, á Shakespeare, á Calderón, mejor de lo que los comprendieron jamás sus contemporáneos. Y no ha sido sólo á los grandes hombres á quienes se ha vuelto á la vida, iluminados por una nueva luz. Escritores de segundo orden, libros largo tiempo ignorados ó desdeñados, han sido objeto de no menos prolijos cuidados. Hemos querido conocer, no solo á los hombres superiores que de distancia en distancia aparecen sobre la muchedumbre, como los maestros de la humanidad; hemos buscado también la huella de su influencia sobre los discípulos y sobre los adversarios; hemos conocido las relaciones misteriosas que unen á través de los siglos á los representantes de la civilización, y hemos llegado, puede decirse, á bosquejar, casi por completo, la historia del pensamiento humano. Ninguno de los pueblos que han poseído una literatura, ninguno de los hombres que han producido una obra digna de ser recordada, ha permanecido para nosotros indiferente ni desconocida. Porque, es menester notarlo, no es sólo curiosidad, es simpatía lo que experimentamos hácia los grandes escritores de todas las épocas, y no llegamos á comprenderlos tan perfectamente sino porque los amamos.

Este sistema de crítica, tan inteligente, será una gloria del siglo XIX. El mérito de este método no corresponde, sin embargo, por entero á los hábiles escritores que lo han empleado. Si él ha sido posible, si ha producido tan hermosos resultados, la gloria de él, menester es reconocerlo, debe atribuírsele á la Revolución francesa. Se ha estudiado mucho la Revolución de 1789 en sus consecuencias políticas; pero muy pocos se han preocupado de las consecuencias literarias que produjo.

Es fácil, además, comprender qué sensaciones llevaron á todos los espíritus las terribles tragedias de esta época y las conmociones que la siguieron. En tiempos tan agitados, tan fecundos en cambios imprevistos, en catástrofes súbitas, á nadie le era permitido encerrarse en el estrecho horizonte en que podía complacerse. Esta civilización brillante, pero un poco ficticia del siglo XVIII ha desaparecido de repente para hacer lugar á sentimientos más verdaderos y más profundos. Un contemporáneo de Voltaire, á menos de ser hombre indiscutiblemente superior, no iba en política más allá de la corte de Versalles, ni en filosofía, más allá de la Enciclopedia. Era la época de los hombres de gusto y de los señores elegantes. Suponed que uno de estos bellos espíritus cediera á la tentación de leer, la *Divina Comedia*, por ejemplo. Desde los primeros versos, el lector, acostumbrado á la lengua de Voltaire, á esa prosa tan pura en que las bellezas se ocultan, más acostumbrado talvez á la poesía ligera de esta época, se sentirá con horror transportado á un mundo nuevo y bárbaro. No verá en la obra del poeta florentino, sino una atroz pesadilla de visiones grotescas y peregrinas y se asustará con estas monstruosidades que la belleza de algunos episodios no bastará á justificar.

Suponed ahora al mismo hombre con veinte años más. La Revolución ha pasado sobre su cabeza; el mundo en que vivía se ha desmoronado; de esta Sociedad, fuera de la cual nada existía para él, no quedan sino ruinas; sus parientes han muerto de muerte violenta; él mismo ha sufrido todas las penurias del destierro, del hambre y de la miseria. Que tome nuevamente la *Divina Comedia*. En las

desgracias del poeta florentino, encontrará la imagen de sus propios infortunios; encontrará en cada verso los sentimientos que él mismo experimenta, el amor á la patria, la tristeza del destierro, la sed de la venganza; y ese poeta, á quien ayer desdeñó, será su amigo ahora.

Todo gran escritor nos facilitaría observaciones de la misma naturaleza. Hijo de una revolución que ha echado todo á tierra, que lo ha renovado todo, el hombre de nuestros días ha podido encontrar en todas las épocas sus incertidumbres, sus decepciones y sus esperanzas; tiene el derecho de aplicarse el famoso verso del poeta latino: «Soy hombre y nada de lo que á los hombres interesa me es extraño». No olvidemos, por otra parte, que lo que decimos de la Francia, debemos para ser justos, entenderlo de la Europa entera, puesto que la Revolución de 1789 (y ésa es su gloria) no es un hecho exclusivamente francés. Su acción no se ha limitado al país donde estalló; nó, que ella franqueó nuestras fronteras y por un feliz contagio, encendió á toda la vieja Europa. Hoy día, en todas partes, desde la extremidad de la Italia hasta el fondo de la Rusia, la Revolución francesa es estudiada con ardor, glorificada ó maldecida; en todas partes tiene amigos y adversarios, en ninguna, indiferentes. También la crítica literaria, como se la entiende hoy, se ha extendido por toda Europa y nuestros escritores son comentados en el extrangero así como nosotros analizamos á los autores de los países vecinos. Gracias á estos felices cambios de ideas, las diferentes naciones han vuelto á hallar los secretos lazos que las unían. Se ha visto cómo, de la edad media á los tiempos modernos, la civilización se ha desarrollado constantemente por los esfuerzos sucesivos de las generaciones, yendo de un país á otro, cambiando frecuentemente de patria, pero dejando en todas partes huellas de su paso. La unidad del espíritu moderno ha sido proclamada; Dante, Cervantes, Shakespeare, Corneille y Goëthe han sido reconocidos miembros de una misma familia, intérpretes de un mismo pensamiento.

La crítica literaria, habiendo llegado á este grado de desarrollo, debía dar un paso más, y lo dió. Después de haber aprovechado durante largo tiempo del auxilio de la historia, pensó que la historia misma se derivaba de ella, al menos en sus mejores partes, y que, en consecuencia, le tocaba desempeñar un rol más importante. En efecto, si se trata hoy día de conocer el papel que cada pueblo ha desempeñado en los progresos de la civilización, si, al relato de batallas sangrientas y de conquistas injustas, preferimos el cuadro de las instituciones y de las costumbres, si tratamos, sobre todo de saber qué secretos pensamientos, qué doctrinas filosóficas ó religiosas animan y guían á los hombres en los diferentes siglos de la historia; ¿qué es más importante estudiar: la marcha de los ejércitos, la vida de los grandes conquistadores y de los profundos políticos ó esas obras inmortales que han sobrevivido como monumentos del espíritu humano? Después de cierto número de siglos ¿cómo viven en el recuerdo de los hombres, los pueblos que se han disputado la dominación del mundo? Por su literatura, por las doctrinas que nos han dejado. Por la importancia de su herencia se mide su grandeza. Por eso los grandes imperios del Asia y del Africa han perecido completamente; por eso, de Tiro, Cartago, el imperio de Jerjes no quedan sino los nombres. mientras Grecia y Roma han conservado sobre nosotros, hasta hoy, una invencible autoridad. Por eso, la admiración de la posteridad iguala á ciertas pequeñas ciudades, como Atenas y Florencia, con los pueblos más poderosos. Esa es la razón por qué la Francia ejerce, desde hace tres siglos, verdadero imperio intelectual sobre la Europa entera.

Nada era, pues, más legítimo que la tendencia manifestada desde hace algunos años y muy claramente expuesta en la «Historia de la literatura inglesa» de M. Taine. Este libro, uno de los más notables de nuestra época, talvez no ha sido alabado como merecía serlo; pero ¿respondería él perfectamente á los deseos de aquél que buscara en esas elocuentes páginas una historia de la literatura, tal cual se la concibe de ordinario? Las obras de cada escritor consideradas en sí mismas, y estudiadas bajo el punto de vista de las teorías literarias, no forman la parte principal del libro, sino que están relegadas á segundo término, y no aparecen sino á título de explicación, como consecuencia de premisas latamente expuestas. Yo no temo decir que, en la historia de M. Taine eso es lo que hay de menos perfecto y de más discutible. No creo que su Shakespeare se parezca en todo al original: y protesto enérgicamente del juicio que nos ha dado sobre Milton. M. Taine no se asombraría si yo le dijera que él traslada á la historia el rigor de los razonamientos matemáticos; todo el mundo se lo ha dicho, y él mismo lo confiesa. Tampoco trataré de convertirlo, y de probarle que sus teorías no dejan lo bastante a la suerte y á la libertad. M. Taine no me escucharía y yo sé por qué. Me contento, pues, con protestar para mí mismo de que los grandes genios no sean únicamente la resultante de su temperamento, combinado con las ideas de su nación y de su siglo. Creo, como la mayor parte de los críticos, que hay entre los hombres verdaderamente superiores una inspiración que no puede ser

de antemano calculada y medida; que el espíritu sopla donde quiere, y produce obras maestras cuando le place. Volviendo á Milton, por ejemplo, M. Taine, preocupado por la influencia que un puritanismo demasiado elevado, podía ejercer sobre el Paraíso Perdido; ¿ha comprendido bien todo lo que hay de poético en la creación de Adán y de Eva? No lo creemos. Pero no insistamos sobre los defectos de un sistema filosófico del que no puede hablarse ligeramente y como de paso. Si consideramos la obra de M. Taine desde otro punto de vista, si buscamos en este libro una pintura exacta de la vida inglesa, la representación de cada siglo, si queremos examinar cómo se ha formado el carácter nacional de los ingleses, por qué transformación ha pasado desde la invasión de los sajones hasta nuestros días, el trabajo de M. Taine resulta admirable.

La historia de Inglaterra está allí por entero y sólo allí. ¿Por qué la amistad nos impediría decirlo? Montesquieu ha sido sobrepujado.

Por otra parte, aquí se trata menos de juzgar el libro de M. Taine que de tributar homenaje al nuevo método de que él nos da el más brillante ejemplo. Lo que hemos querido sobre todo indicar y señalar á la imitación de nuestros jóvenes escritores es la transformación misma de la crítica literaria, el lugar más importante cada día, que va tomando en la historia. A este título, pero sólo á este título, compararemos con la *Historia de la literatura inglesa*, los *Ensayos sobre la literatura francesa*, de M. Weiss. Aquí, el método que se deja sorprender en M. Taine, está más de relieve. «La sola literatura de un siglo, dice el autor en su prefacio, nos revela todas las alteraciones que experimentan las ideas, los sentimientos y la fisonomía de este siglo. La sola literatura de un país nos enseña á juzgar bien sus instituciones. Para el historiador que palidece ante ellas, las colecciones de ordenanza, los códigos y las constituciones no son sino leyes inertes. En el teatro, en la novela, en las obras de los poetas, en los juicios que los contemporáneos emiten sobre las cosas de la política y de la moral es donde se descubre de qué manera las leyes han matizado la eterna propiedad humana.»

¿Ha sido éste el punto de vista bajo el cual M. Weiss ha emprendido sucesivamente el estudio de Saint-Simon, de Regnard, de Mme. du Deffand, y de algunos autores contemporáneos, como Flaubert, Barrière, Alejandro Dumas (hijo), ó diré más bien, el estudio de las costumbres, de los prejuicios y de los hábitos de la sociedad francesa durante los últimos siglos? Gracias á este método, ha podido dar nueva vida á algunos autores muy desdeñados por los historiadores de la literatura, devolviéndoles la importancia que les corresponde y dándoles á conocer como los verdaderos representantes de cualidades esencialmente francesas. El abate Prévost, Lesage, Gresset. Hay sobre estos autores, juzgados ordinariamente como «escritores secundarios», páginas chispeantes, intensamente sentidas y de una profunda verdad. Escritores secundarios, bueno; pero que con las poesías ligeras de Voltaire, los elegantes humorismos de Gresset, la prosa de Lesage y del abate Prévost, el teatro de Marivaux y de Beaumarchais, representan el genio de la Francia, por un lado nuevo, por cualidades que las literaturas vecinas no han podido jamás imitar. Llevamos á los otros pueblos la ventaja de la gracia, la sensibilidad, el buen sentido y la mesura. Nuestra literatura está repleta de figuras encantadoras que hemos desdeñado largo tiempo por otras extrangeras, que no merecen tal distinción. ¿Qué son, en efecto, la soñadora Margarita, la dulce Ofelia y Carlota «cuyo mérito principal es desfallecer de languidez después del vals?» ¿Qué son ellas al lado de Rosina, de Silvia, de Paulina, sobre todo? Las primeras no pueden menos que morir en toda la gracia de la juventud; con las otras quisiéramos vivir y envejecer. Y si las mujeres de nuestro teatro son tan encantadoras ¿no es ello á causa de la importancia que en todo tiempo han tenido en la sociedad francesa? ¿no es ello porque desde que ha habido entre nosotros un poco de galantería y de elegancia, las mujeres han comprendido que había un mundo á quien encantar y gobernar, y porque han aprendido en tiempo á hacerse dignas del mando?

Así es cómo, por justo retorno, la historia aprovecha á la literatura, y da un nuevo interés á los escritores, colocándolos en su verdadero sitio. En 1829, Mr. Cousin, en un curso que ha llegado á ser célebre, hacía la historia de la filosofía en el siglo XVIII sin hablar de Voltaire. A este genio habíasele relegado á la sombra para dar lugar á Condillac. ¿Quién osaría escribir hoy una historia del siglo XVII, sin consagrar un detenido estudio á Voltaire? La mejor historia del siglo XVIII no sería acaso la historia misma de Voltaire? Sus tragedias, sus cuentos, su correspondencia, ¿no nos muestran la verdadera situación de la sociedad francesa, la lucha de la antigua monarquía contra los esfuerzos del espíritu nuevo y la sucesiva derrota de todos los abusos, de todos los prejuicios, desde la regencia hasta la víspera de la Revolución francesa? Siempre recordaré el profundo asombro que se apoderó de mí en el colegio cuando nuestro profesor llegó al reinado de Luis XVI. Habíamos estudiado nosotros en todos sus detalles, la guerra de sucesión y la de siete años; conocíamos per-

fectamente las campañas del gran Federico, las desgracias de Lally y las guerras del Canadá. Luis XV, envejecido, ejercía su autoridad como Luis XIV. Nada había cambiado en la vetusta monarquía. De repente sentimos á lo lejos los murmullos de la Revolución, como el estampido del trueno en un cielo despejado. ¿Habríamos experimentado tal sorpresa si se nos hubiera indicado, siquiera por sus títulos, algunas de las obras de Voltaire y de Rousseau? Veinte páginas de esos escritores ¿no nos hubieran hecho conocer el siglo XVIII mejor que el estudio de la guerra de siete años?

Que la crítica prosiga por este nuevo camino; que procure hacer la historia de nuestro país con la de sus escritores; el día en que hayamos penetrado, por medio de un profundo estudio, las obras de Voltaire, de Molière, de Pascal, de Rabelais, podremos ignorar impunemente el nombre de algunos ministros, la fecha de cierto número de batallas, pero conoceremos— lo que más importa conocer— la formación y la grandeza del genio francés.

La leyenda de la Bicicleta

(LEYENDA CHINA)

—

—La bicicleta es una vieja milenaria, me dijo Wacholang, el docto lama, el sacerdote venerable de la pagoda de Teupachang.

—¡..¿*Maestro*?!..... exclamé yo con malicioso acento. (Hubiera querido decirle *¿onde vay con los tarros oh?*; ¡pero era tan venerable aquel *maestro!)*

—Wacholang no engaña jamás á nadie, repuso el sacerdote con tono severo; y agregó en seguida: ¿pretendes que te diga cuándo nació esa admirable máquina de dos ruedas?.... ¿No fuera mejor decirte cuándo nació Budha?....¿Qué es un círculo? lo incomprensible, lo eterno, ¡un misterio!.... ¿Qué son dos círculos? dos cosas incomprensibles, dos cosas eternas! ¡dos misterios!.....

Y no dijo más el docto lama, el sacerdote venerable de la pagoda de Teupachang.

***

—¿Y tú qué dices, viejo Chu, el de los largos bigotes?

—Conténtate con saber que mucho antes que naciera Jesús en Bethelem de Judea, ya la bicicleta había *fallecido* en la pagoda del Ye.....

—Y ¿dónde está esa pagoda, anciano Chu?

Miróme el viejo con ojos compasivos, recogió un poco su larguísimo traje, y, mostrándome unos pantuflos de paja de arroz, que se asomaron riendo por debajo del vestido, me dijo con voz solemne:

—¿Qué dónde está la pagoda de Ye?..! Dime tú á mí dónde estarán estos venerandos pantuflos dentro de dos mil años!....

¿Qué más podía decir el viejo Chu, el de los largos bigotes?....

***

—¿Me dirás algo, virtuoso *fosón*, (1) tú, el de los ojos tiernos?

—Ese *chi-i*, (2) está formado de dos ruedas, ¿es eso?...

—Sigue, sigue, buen *fosón;* yo te lo ruego!...

—La primera rueda, la delantera, es símbolo del tiempo y está consagrada al Ojo Grande del Dios Wa: la otra es símbolo de lo que no tiene fin, y está consagrada á Yuwá, heraldo del gran Wa: el Ojo Grande examina la senda que deberá recorrer, en el tiempo, su heraldo Yuwá... y esto indefinida, eternamente....¿es eso?

—Sigue, sigue, yo te lo suplico, buen *fosón*.

Y entonces el *fosón* virtuoso, el lama de ojos tiernos, me contó esta historia:

I

La familia de Tahowey, sacerdote de

——

(1) Sacerdote. (2) Vehículo.

Tsotowa, estaba de plácemes: en la mañana de ese día, mucho antes de la hora del Pang-tí, el emperador Sintieng-Lu, el magnífico emperador Sintieng-Lu, había otorgado el *keón* á la pequeña Pseyutá; y Yuyangtá, madre de la agraciada, no tenía por qué temer los pronósticos del viejo Yulay, ni las asechanzas de los *koney*, espíritus malignos..... ¡Oh qué bueno era el emperador Sieng-Lu, el hijo del cielo!

¡Oh, por cierto; era muy bueno ese Sieng-Lu! Pero las gentes del valle de Tatatahoti decían que el buen emperador, hijo del cielo, no era más virtuoso que Tahowey, el sacerdote protejido de los dioses.

Y en verdad: Tahowey era justo: las puertas de su corazón puro no se habrían para la maldad.

Y era feliz con su mujer Yuyangtá y con su hija Pseyutá.

Y oraba mucho: todas las noches escribía una larga oración, y la quemaba ante el altar de Veu-Chang-ti-kiang dios del hogar; y el cielo tenía puestos los ojos en el sacerdote justo.

Tahowey se levantaba con el sol y después de comer del fruto del pino (Tahowey, lo mismo que Uv-siuan, no se alimentaba de otra cosa, con lo que gozaba de paz y tranquilidad) se iba á la pagoda, donde permanecía en oración hasta la hora del Chin-tí, en que su esposa y su hija lo iban á buscar para oir de sus labios las palabras del Chu-king sobre la inmortalidad del alma, y el cuento del hombre Tao y la serpiente Wo.

El día de la recepción del *keón* (no era aún la hora del Ching-tí) Yuyangtá y Pseyutá quedaron asombradas cuando, al asomarse á la puerta, vieron venir por el camino, á Tahowey, al venerable Tahowey, montado sobre un anteojo jigantesco.

He aquí lo que había pasado:

Esa mañana, cuando estaba en la misteriosa pagoda, encomendando á los dioses la salud del emperador, el buen Tahowey quedó admirado: la majestuosa pupila del Gran Ojo estaba clavada en él, miserable sacerdote, ¡signo inerrable de que había sido designado por el cielo para desempeñar alguna misión importante! Tapóse el rostro con ambas manos para no sentir el fuego de la Divina Mirada, y, prometió quemar tres libras de oloroso zahumerio si el cielo le otorgaba salir con sus dos ojos libres de todo mal después de tan peligrosísima aventura, y nó apergaminados y secos como él se lo temía. ¡Oh, qué terrible para humana vista es soportar la mirada del Divino Ojo!

Afortunadamente, apagóse luego el brillo del Ojo Magno y, conociendo Tahowei que el Dios no lo miraba, descubrióse el rostro y notó lleno de asombro, que en vez de estar ciego veía más, mucho más que antes de ser el blanco de la mirada de Tsotowa, el Dios de ojo ciclópeo. Tahowey oró mucho para agradecer al cielo tan deseado beneficio: pegado el rostro al pavimento rojo de la pagoda, quedó en oración durante todo un yang, sin descansar un momento, siempre orando ante el altar del Ojo Grande de Tsotowa.

Durmióse al fin con el rostro clavado en tierra, y dormido permaneció durante cuatro bien contados satuyangs.

Al cabo de este tiempo despertó: la poderosa voz de Taiyuwa (heraldo del Gran ojo Wa) salía de detrás de un biombo de seda llenando el templo de vibraciones misteriosas, jamás percibidas por otro oído que el de los varones justos, escogidos por el cielo para ejecutar algo grande.

¡Y Tahowey era justo..... y el cielo lo destinaba á desempeñar una misión importante!.....¡el miserable sacerdote chino, la hormiga infinitesimal, el átomo inconmensurable, el más digno de lástima de cuantos escarabajos se arrastran por las amarillas tierras del hijo del cielo, debía estar soñando!.....¡eso no podía, no debía ser!.....

Y Taituwa, heraldo de Tsotowa, decía con su voz potente que llenaba el templo de vibraciones misteriosas:

Eres justo Tahowey, y el ojo de Tsotowa se ha fijado en los tuyos; eres justo, y tu nombre pasará á la posteridad, esculpido en un soberbio payleu.

Y perecerá en tí tu nombre: tú mujer y tu hija ya no lo serán: desde mañana no pecarán más.—

Calló la voz, y Tahowey dió gracias al cielo por estar en sus designios el arrebatarle pronto su familia.

(¡Yuyangtá y Pseyutá eran tan buenas!... Hacían las delicias del viejo bonzo.... pero, ¡Gran-Wa, cumpliérase tu voluntad divina!) Cayó de hinojos el justo sobre el pavimento rojo de la pagoda, y oró, oró mucho....por fin....durmióse durante todo un yang, y tuvo un sueño raro:

El era Tahowey y no lo era. Y esto no tenía réplica: era Tahowey porque no era otro, era el mismo, el mismo infeliz sacerdote indignamente consagrado al Gran Ojo, el mismo rastrero escarabajo de las amarillas tierras; y no era el mismo Tahowey, porque (¡Oh Gran-Wa!) se había convertido en un Tahowey de otra especie: el sacerdote se había transformado. ¡Oh Gran-Wa, qué bueno eres! Tahowey era muy feliz!

Estaba en la pagoda, y los gongos, los de sonidos estrepitosos, con los que Tahowey llamaba á los fieles, llegada la hora de la oración, los que apacibles y musicales notas despedían, cuando el sacerdote los golpeaba suavemente, para despertar á los tranquilos dioses, que rendidos por el sueño no escuchaban las plegarias fervorosas de los amarillos creyentes; los de hosco, tremebundo y cerril estampido, las que sonaban como borbotones de truenos desapacibles y salvajes, cuando el pacífico y bondadoso Tahowey poseído de santa y justa cólera, indignado los acribillaba á rudos golpes para arrojar al espíritu maligno que encontrando, acaso, abiertas las puertas del templo, se entraba como por su casa. Con la intención *picaresca*, *dañada y torcida* de cambiar el rumbo de las oraciones dirijidas al Gran Tsotowa; todos, en fin, cuantos había en la pagoda, gongos destinados á mil usos diferentes, todos, todos vibraban como con sordina, suavemente y al mismo compás, produciendo un como apagado y lejano murmullo de voces extrañas, que entrándose bonicamente por los oídos del buen Tahowey, le llenaba el alma toda al bonzo justo, de una calma, de un bienestar y una tranquilidad indecible, pero que el bonazo del sacerdote traducía fiel, precisa y exactamente por sólo la virtud y gracia de estas seis palabras, muchas y muy repetidas veces pronunciadas.— ¡Oh, Gran Wa, qué bueno eres!.....¡Oh, Gran Wa, qué bueno eres!.....

Y las raras armonías, dueñas y señoras del templo de Tsotowa, seguían golpeteando, deliciosamente, los oídos de aquel buen fó-són, (1) y el alma de Tahowey desbordaba con tanta felicidad: ¡esa pobre alma de chino viejo no cabía en sí de gozo, hubiera deseado no salir jamás de ese celestial estado! Tso-

(1) Sacerdote.

towa caminaba intrépido por el medio de la vía unitiva, y ¡qué ligera y *sutilmente* caminaba, sin fatigas ni cuidados, siempre escuchando el apagado murmullo de los gongos, y viendo, allá lejos, el Ojo Grande de Tsotowa..... Después ¡tristeza! Quiso llorar el sacerdote, porque era la pagoda triste, muy triste, demasiado melancólico el murmullo confuso de los gongos, cuando oyó la voz de Taiyuwa.

Y decía la voz: «*Sacerdote, te dije que eras justo, y no te envaneciste; te anuncié la muerte de tu mujer y de tu hija, y no desesperaste: eres justo, Tahowey y Dios te recompensa*»; dijo, y le dió una hoja de bambú cubierta de cifras y curiosos signos; leyólos Tahowey y...despertó.

Sus manos ninguna hoja aprisionaban; ¡Tahowey no estaba en la pagoda...! ¡no había estado jamás en ella..! ¡Ah..! ciertamente... por su cabeza de chino cruzaban vagas sospechas:.... y el inocente bonzo se encontró en la dura necesidad de apretarse á dos manos el raspado cráneo, porque sentía en las sienes golpecitos intermitentes, al compás de los cuales su lacia coleta, su ratonado *chapecito*, bailoteaba una danza que *bien pudiera ser muy cómica*.

Al fin pudo darse cuenta exacta de quién era él, (por cierto, el mísero escarabajo etc), y de dónde se hallaba. Era un bosque tan tupido, que tapaba la vista por todos lados; tan frondosos eran los árboles, que el cielo se divisaba á penas por entre el huequesito que habían abierto dos robustísimos brotes en sus desenfrenadas ansias de rápido crecimiento.

Trepóse á un árbol el justo Tahowey, y llegando á los brotes gigantescos, subió por uno de ellos, y al cabo, al cabo, logró asomar su seca cabeza de bonzo en el hueco por donde, desde abajo, viera el pedacito de cielo...

¡Oh! y cómo debieron reirse, y con qué ganas, los pequeños habitantes de un árbol que había al lado abajo, al ver surgir de improviso, por entre las ramas altísimas: un mate albo, unos ojos formando ángulo, una nariz chata; y bajo unos desgraciados y pobrísimos bigotes lacios, una bocaza enorme, deformada horriblemente por la mueca más desabrida que hicieran chinos en el mundo. ¡Tahowey estaba sublime!

Y reía, reía también él de buena gana: su vista había descubierto allá... lejos, muy lejos, el vallecito de Tata-Tahoti con sus aldehuelas pintorescas rodeadas de arrozales en flor; y, fijándose más, descubrió el bonzo su casita, su propia casita blanca, de techo puntiagudo... y á un lado, en la colina del ye, la pagoda de Tsotowa, con su torre de tres pisos, relumbrando las barnizadas porcelanas de sus dibujos, las lacas pulidas y los oros verdes.

Tahowey no pudo contenerse: él, siempre tan virtuoso, tan reposado, bajó del árbol rápidamente y echó á correr por el bosque. Su monísima coleta que tanto divertía á Pseyutá, culebreaba y saltaba alegremente: ¡jamás había gozado tanto el chapecito! y cuando el bonzo pasaba muy cerca de las ramas pequeñas, era detenido en su rápida carrera por el chapecito, que le daba un tirón de más de la marca al enredarse en ellas, tirón que claramente decía: «buen Tahowey, buen Tahowey me opongo á que vayas tan de prisa». Y Tahowey con toda mansedumbre desenredaba su precioso apéndice, y seguía corriendo por el bosque.

Corrió mucho; por fin se detuvo, subió á un árbol para ver más de cerca su valle querido y notó con sorpresa que se

hallaba tan lejos de él como si nada hubiese andado: y siguió corriendo durante todo un *yang* para convencerse que nada había adelantado en su camino: siempre el mismo bosque, los mismos árboles siempre, y el valllecito con sus aldeas blancas entre arrozales en flor, y la casita del bonzo con su puntiagudo techo, y la pagoda de porcelana con sus lacas y oros viejos, siempre lejos, muy lejos...

Tahowey cayó de rodillas, hundió en el polvo su resignada faz y pidió la protección del cielo.

Entonces oyó, ó le pareció oír una voz que decía: «No desesperes, hombre justo: en la hoja escrita que viste en la pagoda encontrarás ayuda».

Tahowey recordó la hoja, y comenzó á hacer en la tierra las cifras y signos extraños que viera en sueños: y las rayas se cruzaban y entrelazaban como los hilos en un tegido, y Tahowey seguía en su obra, meneando rápidamente sus afilados dedos. Tantos signos trazó, dibujó tantas figuras, y enlazó tantas y tan numerosas cifras, que las uñas del buen sacerdote, esas hermosas uñas largas y marfilinas, á costa de mil trabajos obtenidas, se gastaron, se gastaron hasta quedar mochas, bien mochas.

No por eso cesó la fiebre de trazar líneas que lo animaba, aumentó más bien: sus manos no eran perceptibles á la simple vista. ¡tan rápidas se movían!

Oscurecía y el buen Tahowey necesitaba llegar pronto á su casa, ¡muy pronto, muy pronto!.....

¡Pobre Pseyutá y Yuyangtá, qué tristes se pondrían, si llegada la hora del chingti no lo encontraban en la pagoda! qué tristes, que tristes se pondrían! Talvez esa misma tristeza sería la causa de que enfermaran, y murieran al día siguiente. Porque al siguiente día debían de morir, ¡así lo había anunciado en la pagoda, el heraldo de Tsotowa, con su voz terrible! ¡Oh, era menester apurarse, concluir pronto esa tarea de escribir todo lo que viera en la hoja de bambú, ¡esa hoja que Yuwa le mostrara en sueños! era precioso concluir muy pronto, terminar la escritura, y obtenido el resultado, ponerlo en ejecución inmediatamente, sin dilación alguna!

Y Tahowey concluyó de escribir, y leyó el resultado obtenido é inmediatamente cortó dos larguísimas ramas de bambú.

De mucho sirvió á Tahowey el desgaste de sus largas uñas: ¿no habrá podido hacer nunca, con tanta rapidez, dos ruedas de las ramas cortadas. Dos ruedas: una en honor del gran Ojo Wa, y otra en honor de su heraldo Tayuwá. Uniólas ambas, y subiéndose sobre aquella máquina, comenzó á hacerla rodar; giraban las ruedas, pero el sacerdote se mantenía á plomo, sin desviarse un punto de la vertical, merced á la ingeniosa construcción de tan curioso y extraño vehículo. Con lentitud al principio, con pasmosa rapidez en seguida, caminó el bonzo en su nunca antes visto aparato. En brevísimos instantes dejó atrás el arbolado sitio y tomó la dirección del valle Tata-Tahoti; atravesó los floridos arrozales; como un celaje pasó por delante de las casitas blancas y llegó á la suya: en la puerta Yuyangtá y Pseyutá, asombradas, no daban crédito á sus ojos...

—¿Cómo podía ser esto, Gran-Wa?..

¡¡Tahowey, el pacífico Tahowey, Tahowey el reposado, el tipo del hombre manso, el varón justo; Tahowey el sabio, el modelo del bonzo virtuoso; Tahowey el lama venerable.. ¡andarse por los caminos, tan feliz, tan inflado y campanudo, caballero en un tan enorme anteojo, que trabajo le

mandaría á quien quisiera sostenerlo aun en la narizmás gigantesca, siquiera fuese la descomunal del robustísimo Ping-ya-ti, el Dios Grande!!..... ¿Cómo podía ser esto, Gran Wa?.....

—¡Oh, Gran Ping, la buena Yu-Yang-Tá blasfemaba!..... además, la buena Yu-Yang-Tá, no sabía..... nó, eso no era un anteojo: ¡era un soberbio coccha-í-chi-á! (1).....

II

No bien lució el alba del siguiente día, Tahowey (que durante la noche toda no había descabezado, ni, siquiera el más chiquitín de los hijos del dios de las adormideras), intranquilo y temeroso saltó del lecho y encaminóse á la pagoda. Yu-Yang-Tá y Pse-Yu-Tá quedaron durmiendo sosegadamente sin apariencias de enfermedad alguna. ¡Oh el cielo permitiera que Tahowey se hubiera equivocado!....¡talvez lo que el sacerdote oyera en la pagoda, de boca de Tay-Yu-Wa, no hubiera sido la muerte de su mujer y de su hija!.....¡Oh, gran Tso-To-Wa, proteje á tu siervo Tahowey!

Y el siervo tiritaba, tiritaba de susto. ¡Era su alma tan miserable! ¡recibir tantos beneficios del cielo, y él, desagradecida criatura, corresponder tantas gracias y mercedes tantas, con la ingratitud más negra! ¡Oh qué monstruoso era ese Tahowey!.....'.

Largo se le hizo el camino, ¡así iba el pobre de impaciente! pero al fin llego á su pagoda. Con mano temblorosa abrió la puerta: el recinto estaba oscuro, muy oscuro, y, allá en el fondo del *tipeg*, envuelto entre las sombras, el ojo de Tso-To-Wá, inmóvil y triste, sin luz en la mirada, sombrío y nebuloso como una noche oscura del mes de Tyng-má.

Miró el sacerdote ese Ojo antes tan luminoso; y al ver extinguida la luz que lo animaba, sintió pena, mucha pena! ¡Oh, Gran Wa, qué melancólica era la mirada de tu Ojo Grande, y cómo llenabas de tristeza el alma de Tahowey!

Y el ojo de Tsotowa seguía languideciendo, su mirada era cada vez más triste; y el alma de Tahowey se extremecía de espanto, y las fuerzas le faltaban por momentos.

Y el ojo se durmió al fin muy tristemente; y el alma de Tahowey dió un vuelco horroroso, y el cuerpo de Tahowey cayó desplomado; y toda la Pagoda se sacudió, desde los cimientos hasta la torre de tres pisos; y las puertas crujieron, y las ventanas saltaron para dejar salir una ráfaga de viento poderoso que se extendió silbando por toda la campiña: y los árboles gimieron y se doblegaron á su paso y las aves huyeron piando... después, silencio . . .

Un rayo de luz cruzó por la mente de Tahowey; entonces una oleada de vida agitó los ateridos miembros del bonzo, y el sacerdote se levantó para pedir á Tsotowa el perdón de su pecado.

Pero Tsotowa no estaba allí: el altar vacío, la pagoda desierta ¡qué desolación! y Tahowey al contemplar los adornos del tipeg desordenados, revueltos por toda la extensión del templo, aquí las abiertas fauces de una serpiente enorme y allá la cola enroscada con nerviosa furia, y más allá las membranosas alas de un dragón gigante, que parecían dispuestas á volar por sí solas huyendo de tanta ruina; al contemplar todo esto, el desgraciado Tahowey pensó que el espíritu de Chomo-tse debía haber pasado por allí en compañía de todos los malos espíritus del Co-tien-Yu.

(1) Bicicleta

Consternado el sacerdote, cayó de rodillas, y durante muchos *yangs* permaneció con el rostro pegado al suelo rojo de la pagoda, sin comer y sin dormir, siempre orando ante el altar vacío del Ojo Grande de Tsotowá.

Por fin escuchó la voz de Yuwa, heraldo del Ojo Grande de Tsotowa.

Y decía Yuwa:

«¡Tahowey, fuiste justo, y Tsotowa te premió! ¡Contesta ahora, criatura abominable ¿correspondiste como debieras la merced que te hizo el cielo? ¡Después de construído el *coc-chai-chi-á* no pensaste sino en tu familia, en vez de dar gracias á Wa, humillada la frente y tembloroso el labio!

¡Has pecado! ¡Avergüénzate, gusano miserable, sacerdote indigno!

¡Has pecado: ¡Cuando Tsotowa te dispensaba sus gracias, en ese mismo punto, tú, cárabo ponzoñoso correspondías sus beneficios con la inmundicia de tu negra falta!

Y he aquí que Tsotowa te premia y te castiga: dos lunas te da de plazo para que hagas un *coc-ha-í chi-a* en todo semejante al que ya tienes, sino que en vez de ser de groseras materias fabricado, será todo él hecho de tus buenas obras. Si antes de terminar el plazo tienes construído el *chi-á*, tuyo será el cielo: ¡éste es el premio! Si no lo tienes, contigo darás en el co-tien-yú: ¡éste es el castigo!

Entonces Tahowey cayó de rodillas y oró mucho: durante seis yangs y ocho satuyangs permaneció con el rostro en tierra, el brazo derecho en alto, tocando el suelo el izquierdo, y el índice y el pulgar de las dos manos formando un ángulo de cuarenta grados, en señal de acatamiento á la voluntad soberana del Dios Wa.

Terminada su larga oración, el bonzo salió de la pagoda: el valle había desaparecido.

Y Tahowey, con el corazón oprimido y el paso vacilante, volvió al templo y se arrojó de hinojos ante el altar sin Dios.

Y la voz de Yu-Wa no se dejaba oír.

Y el bonzo comenzó su trabajo.

Y el trabajo era pesado, muy pesado.

Yahowey volvió á ponerse en oración, con el rostro en tierra y el brazo derecho en alto; y en señal de acatamiento á la voluntad soberana de Tsotowa, los dedos índice y pulgar, separados por un arco de cuarenta grados.

Y en esa actitud humilde, comenzó á trazar, con la mano izquierda, muchos signos raros, muchas fórmulas extrañas salían de sus labios.

El trabajo avanzaba: Tahowey había escrito muchos signos y había repetido muchas fórmulas.

El problema iba á ser resuelto: "el Ojo de Tsotowa—decía Tahowey— es uno; pero Tsotowa es también Yu-Wa: uno y uno, dos; luego Tsotowa es dos, porque Yu-Wa es uno; y si Tsotowa es dos, Tsotowa y Yu-Wa son tres; pero Yu-Wa habla y no piensa, piensa y no habla Tsotowa; pensar necesito, hablar no quiero, del tres hay que quitar á Yu-Wa que es uno... quedan dos".....

Dos, siempre dos, pensaba Tahowey y volvía á trazar signos y á decir fórmulas curiosísimas, y borraba lo escrito, y se contradecía, y volvía á escribir lo ya borrado y á decir lo contradicho. ¡Pobre Tahowey! .....

.....

"¡Tahowey, Tahowey!.....¡contesta, Tahowey!"—decían Tuyangtá y Pseyutá —"Tahowey, es la hora del Ching-tí, contesta!"

Pero Tahowey, seguía, ante el altar vacío del Ojo Grande, con el rostro cla-

vado en el rojo pavimento del tipeg, el brazo derecho en alto y los dedos índice y pulgar formando un ángulo de cuarenta grados.

"¡Yahowey, contesta!" y Tahowey contestaba: "Tsotowa es uno; Tsotowa también es dos porque es Yu-Wa y Yu-Wa es uno; Yu-Wa también dos porque es igual á Tsotowa, y Tsotowa es dos; de Tsotowa quito á Yu-Wa.....y quedan dos, ¡siempre dos! ¡desgraciado!.....

¡Pobre Tahowey!

III

Los Gongos de la pagoda del Ye.... en otro tiempo tan sonoros, están mudos, enteramente mudos; el Gran Ojo de Tsotowa, antes tan limpio, claro, atrayente y luminoso, ya no brilla, está triste; los adornos del templo, llenos de polvo, yacen arrinconados en el fondo del tipeg, nadie cuida de ellos; debajo del altar está la máquina de dos ruedas que dejó allí el sabio Tahowey, el sacerdote justo.

Yahowey ha muerto.

"¡Murió loco!" decían á coro Yu-Yang-Tá y Pse-Yu-Tá enjugando las lágrimas que escaldaban sus descarnadas mejillas, "¡murió loco"

JULIO HURTADO

ESCENAS

DE LA

VIDA DE COLEGIO

Había vivido desde el despertar de su razón entre las cuatro murallas de las aulas, más allá de las cuales el alma nada ambiciona, porque nada conoce.

Así como la flor abre sus rosados pétalos á los amorosos rayos del sol que la invitan á la vida, allí su inteligencia se abrió á los primeros resplandores de la ciencia y su corazón á las primeras semillas de la virtud.

Fuera de su familia, nada amaba que no estuviera allí dentro, en lo que le rodeaba. Amaba esos árboles bajo cuya sombra estudió tantas lecciones de filosofía, esos patios espaciosos cuyos altos pilares habían sido mudos testigos de sus infantiles hazañas, amaba sus libros y, sobretodo, aquella colección de cuadernos de todos tamaños en que se encontraban, mezcladas con los temas de las tareas escolares, las primeras producciones de su imaginación. Y ¡qué decir de su camita con blanca colcha como todas las de aquella interminable hilera que se extendía de un extremo á otro del enorme dormitorio.

¡Oh! cuánto amaba aquel dormitorio bajo cuyo techo había soñado con un porvenir tan hermoso! En la noche, mientras la campana con un sonido triste y monótono toca silencio, cien cabecitas se agitan en aquellas camas y se ocultan entre las almohadas al sentir los severos pasos del *inspector* que se acerca. Al sonido de la campana que impone silencio se juntan otros mil ruidos distintos. Se oyen conversaciones á media voz, risas contenidas, ruidos de escobillas al frotar los zapatos ó sacudir las blusas y se ven cruzar por el espacio innumerables proyectiles de miga de pan que van atrevidos á estrellarse en las ventanillas de la covacha del inspector. Pero poco á poco, á la voz de la campana que va lentamente espirando, una por una, aquellas cabecitas van rindiéndose al sueño, las más formales primero, las más traviesas después, hasta que llega un momento en que se pierde por el aire, triste como un gemido, la última nota del toque de silencio y ya nada turba ese pequeño mundo sumergido en sueño inocente, apacible, poblado de ilusiones....

El sonido de esa campana es siempre el mismo, su timbre no varía, y sin embargo, ella tiene un lenguaje especial que todos entienden; su voz revela á veces alegría; á veces inspira tristeza. Por la mañana, anuncia á los colegiales la llegada del nuevo día con notas lle-

nas de vida, como los compases de un *allegro;* cuando suena el Angelus, sus notas cadenciosas son una melodía, una plegaria que se eleva al cielo; cuando toca silencio, tiene modulaciones tristes como el canto con que las madres arrullan el sueño de sus hijos.

¡Qué movimiento, cuánta agitación, cuánta vida hay en ese dormitorio por la mañana, cuando la campana despierta á los colegiales antes de que la suave luz de la aurora penetre por las anchas ventanas! Aquello parece una colmena llena de animación y movimiento, sobre todo los domingos, cuando se abren los baúles para dar salida á los trajes nuevos con que se ha de ir á misa y á las corbatas de colores claros cuyos lazos se hacen y deshacen cien veces delante del espejo.

Después entraba en aquella sala de estudio silenciosa, en cuyas blancas paredes no había nada que pudiera distraer la vista. Allí estaba la banca y el escritorio en que afirmaba sus brazos y reclinaba su cabeza para poder hablar bajito, muy bajito consigo mismo cuando, cansado de estudiar y apartando el libro á un lado, formaba en su imaginación mil proyectos para el porvenir. En seguida, á la hora del recreo corría y saltaba más que ninguno en ese enorme patio donde se juega horas enteras sin sentir cansancio y que parece estrecho para contener toda la alegría de esos pequeños seres.

Así pasó sus primeros años en ese rincón privilegiado donde su alma infantil gozaba de la dicha de vivir, de vivir para jugar y estudiar, porque su vida de entonces no era más que juego y estudio. Pero llegó por fin el día en que debía dejar el colegio, sustituir con otras impresiones, con otra vida, nueva para él, los estudios, los juegos, la sociedad de sus compañeros, todo lo que había llenado su existencia y constituído su dicha hasta entonces.

Salió, salió con ansias de conocer el mundo, porque hasta entonces sólo había oido hablar de las maldades que en él se cometen, de los sinsabores que en él se encuentran, y apesar de todo, aquella palabra sonaba muy bien á su oido.

Pero no fué un día feliz, fué triste, muy triste aquel día de despedida en que debía abandonar el colegio, en que iba á ver por última vez aquellos patios, aquel cerro, aquellos árboles, todos aquellos objetos predilectos, cada uno de los cuales era un recuerdo de un día feliz ya pasado. Aquella última noche lloró mucho acostado en su camita de blanca colcha, con la cabeza rebosada para no oir aquel triste toque de silencio que no era ya el acento maternal y cariñoso á cuyo compás se dormía en sus noches tranquilas, sino que le parecía la voz de despedida de todos aquellos objetos queridos que iba á dejar para siempre; era el adiós á la infancia, el adiós á la vida de colegio lo que decía la voz de esa campana, perdiéndose allá á lo lejos, como para llevar hasta á las regiones del aire el testimonio de la tristeza de esa despedida.....

.....

.....

Pasaron algunos años. La palidez de su frente ya marchita; el fuego sombrío de sus ojos, la tristeza y el escepticismo que revelaba todo su sér, demostraban que había llegado al desenlace de la vida en una época en que la vida debiera recién comenzar.

Así como la tierra tiene sus cataclismos y el mar sus tempestades, el corazón humano tiene también las suyas, y en ellas perecen la juventud, las ilusiones, los sueños de la infancia. ¿Qué cataclismos habían agotado su vida? ¿En qué tempestad habían naufragado sus veinte años?

Hay abismos que no se atreve uno á sondear por temor de encontrar demasiadas tinieblas y demasiado horror.

H. Martínez Moreau

LOS DEUDORES MOROSOS Y LA LEY DE PAPEL MONEDA

El cambio de sistema monetario que la ley de 31 de Julio último introdujo en nuestra circulación, ha producido graves trastornos en la economía nacional como en los negocios particulares y

ha dado lugar á numerosas cuestiones jurídicas cuyo estudio es de palpitante actualidad. Entre esas cuestiones me propongo ahora tratar una que puede ser de interés general, pues todos están más ó menos comprometidos en la situación á que paso á referirme.

¿En qué forma han de cumplir actualmente su obligación los deudores constituídos en mora antes de la vigencia de la ley de 31 de Julio próximo pasado? Tal es la cuestión que deseo resolver en este estudio, más que con el objeto de hacer una disertación legal, para poner sobre aviso á las personas que tengan que dar aplicación á los preceptos que voy á citar.

El inciso 2.° del 1er. artículo de la ley citada dispone que los billetes cuya emisión ella autoriza «servirán para solucionar todas las obligaciones con las solas escepciones que en seguida se enumeran».

El primer efecto de esta disposición legal ha sido privar á los acreedores de buena parte de sus derechos, permitiendo que las obligaciones contratadas durante el régimen metálico pero no estipuladas expresamente en oro ó plata, puedan ser pagadas con el billete depreciado que ahora tenemos.

Tal resultado es indiscutible respecto de las deudas convenidas antes y vencidas después del 31 de Julio del presente año.

Pero ¿podrá aceptarse que queden en igual condición los deudores constituídos en mora antes de esa fecha? Podremos admitir que, por haber faltado á sus deberes, retardando el cumplimiento de sus obligaciones, resulten ahora favorecidos con la diferencia entre el billete circulante y el oro que antes corría? Evidentemente, la solución afirmativa de estas preguntas chocaría no sólo con los principios generales de justicia, sino también con las más elementales nociones de moral, pues sería de todo punto desacordado el permitir, por disposición legal, que un acto legítimo de una parte redunde en beneficio personal de ella misma y en perjuicio de aquél cuyos derechos vulnera.

Por fortuna nuestro admirable Código Civil contiene preceptos que dejan á salvo en este caso los fueros de la moral y la justicia. Es claro que el deudor que estaba en mora en 31 de Julio último, como el que no lo estaba, dan hoy entero y fiel cumplimiento á su obligación entregando en billete la cantidad de dinero que se estipuló cuando aun existía el régimen de oro. Pero hay entre estos dos deudores la fundamental diferencia de que, mientras el deudor que no estuvo en mora en dicha fecha cumple totalmente su obligación, sin lugar á otras responsabilidades, con solo entregar los billetes; al deudor que estuvo en mora le afectan otras obligaciones que vienen en realidad á significarle el pago de su deuda en oro de 18 peniques.

En efecto, el artículo 1,548 del Código Civil declara que «la obligación de dar, contiene la de entregar la cosa, . . . so pena de pagar los perjuicios al acreedor que no se ha constituído en mora de recibir,» y el artículo 1,556 agrega que «la indemnización de perjuicios comprende el daño emergente y el lucro cesante, ya provengan de no haberse cumplido la obligación, ó de haberse cumplido imperfectamente, *ó de haberse retardado su cumplimiento.*» Tenemos, pues, que, conforme á estos artículos, el deudor constituído en mora debe responder de todos los perjuicios resultantes de la mora, incluso los que se produzcan por el mero transcurso del retardo.

En el caso que examinaba, la mora del deudor ha dado lugar á que la deuda, que debió ser pagada al acreedor en oro de 18 peniques, lo sea sólo en billetes que alcanzan un tipo de cambio mucho menor. Con el mero transcurso de la mora se ha perjudicado, en consecuencia, al acreedor en un valor proporcional á la diferencia entre esos dos tipos de cambio, y la manera de indemnizar cumplidamente este perjuicio no puede ser otra que la de obligar al deudor al pago íntegro de esa diferencia.

En conclusión, pues, resulta que el deudor moroso desde antes del 31 de Julio último, para cancelar hoy día sus responsabilidades, debe pagar, á más del monto de su deuda en billetes, la

diferencia entre el valor de cambio de esos billetes y el oro de 18 peniques. Equivale, por consiguiente, exactamente su situación á la que ocuparía si estuviese obligado al pago de su deuda en oro chileno.

Tal es la solución que con evidencia se desprende de los artículos antes citados del Código Civil. No puede contra ella alegarse ni el tenor ni el espíritu de la ley de 31 de Julio, pues seguramente ésta sólo ha querido referirse al deudor que se encontraba en situación normal, que estaba corriente en sus pagos, y no al que ya había incurrido en mora.

Estimo que las anteriores breves consideraciones bastarán para demostrar la exactitud de la doctrina apuntada. Agregaré, para terminar, que el número 2.° del artículo 1,559 del Código predicho, confirma todo lo expuesto, estableciendo que la indemnización de perjuicios por la mora comprende, respecto del deudor de una cantidad de dinero, el pago de los intereses y el de todo perjuicio que pueda probársele.

Carlos Vicencio.

IGNACIO SALAZAR.

Tal vez el lector no le conoce y, sin embargo, es un poeta á su modo, que gasta melena, que viste con todo el descuido y desaliño de los que sienten mucho para preocuparse de futilezas, y que tiene dos únicos amores: la poesía y la patria.—

Cuando se acerca el aniversario de la independencia, él hace cuenta que es su propio aniversario el que va á celebrarse y enarbolando su lápiz, (que sin duda no es de Fáber) escribe y escribe, inspirado por su musa, la musa más peregrina que puede imaginarse.

Y si escribe tanto, dirá el lector ¿dónde están sus obras, que los catálogos de las librerías no las anuncian, que no se encuentran en ninguna biblioteca?

Ah! El publica sus poesías en hojas sueltas que los suplementeros pregonan y venden; es el único lujo que puede permitirse: si andando el tiempo, se dispensa más favor á las musas, puede que él publique en algunos tomos, para solaz del público, las innúmeras producciones de su ingenio.

Entretanto, escribe para el pueblo, para ese pueblo de que él forma parte y que sabe comprender y proteger á su poeta.

Dije que los dos únicos amores de Salazar eran la poesía y la patria. No crea por esto el lector que el melenudo poeta no escribe sino versos patrióticos; nó, que su musa es también romántica, histórica, satírica, cuanto puede ser una musa.—

Prueba de esto es la última hoja que ha dado á luz con motivo de las fiestas patrias.

Esa hoja contiene seis composiciones: La primera se titula: "*La llegada del Perito Moreno á conferenciar con el señor Barros Arana,*" y de ella reproducimos la 3.ª estrofa:—

"Es de necedad hablar,
El hecho es muy importante
Para que se haga cuanto antes
Lo que tienen que arreglar.
Hasta cuando pueden estar
Sufriendo esta inconveniencia
Bajo de la inteligencia
El dirá que es liso y llano,
Que trae el mapa y el plano
Cobrando sus pertenencias."—

Se me dirá que unos versos son más largos que otros. Indudablemente. El poeta así lo reconoce, pero da su explicación. El cuenta las sílabas con los dedos, y no siendo todos éstos de un mismo largo, los versos tienen que adolecer del mismo defecto. Se me agregará todavía que la *necedad* del primer verso, debe ser *necesidad*. Así parece á primera vista; pero también tiene esto su explicación. Salazar ha descubierto que ambas palabras tienen un mismo significado y que si existen las dos, es para ayuda de los poetas que emplean una ú otra, según la mayor ó menor necesidad de sílabas en que puedan hallarse.—A él le sobraba el *si* y lo guardó en consecuencia para el 18 de Septiembre de 1899.—

La estrofa final de la 2.ª composición

"*Súplica al Señor Errázuriz por la mala situación en que nos encontramos,*" dice así:

"Al fin les digo Señores,
Observen con atención
Esta triste situación
Puede ser que se mejore.
Las penas serán mejores
Por lo que hoy se está viendo
Grandes y chicos sufriendo
Por izquierda y por derecha
Tendrán que sufrir la mecha
Hasta los dueños de arriendo."

En los cuatro últimos versos, está pintada, con mano maestra, la situación actual.

Y, sin embargo, nadie ha pensado en Salazar cuando ha habido crisis de gabinete.

Pero no te aflijas, poeta, que día llegará en que se recompensen tus fatigas y en que un buen peluquero reciba la orden de dar al traste con tu melena!

La tercera composición, la mejor de todas, sin duda alguna, se intitula "*Versos de literatura*"

Reproduciremos aquí la 1.ª y la última estrofa:

"Cuando el sol se va entrando
Las aves pegan el vuelo
A buscar su dormidero
Pasan á *bandís* volando."

Esta es la primera, que no tiene más defecto que su excesivo *romanticismo*.

"Al fin digo que he hablado
Punto de literatura
Disculpe aquél que murmura
El mal detalle que he dado.
Bajo de lo transformado
Impulsado de los cuales
Con mis sentidos joviales
Les mostraré algunos datos
En el cuadro literato
De aves, plantas y animales."

Esta es la última estrofa de los "*Versos de literatura.*" Jamás la inspiración llevó á un poeta á cantar iguales bellezas! Ilustres manes de Homero, de Virgilio, de Victor Hugo, de Leopardi, de Espronceda, venid á inspiraros en estos versos. Vosotros no conocisteis nunca, ni fabricásteis tampoco "Versos de literatura." Salazar, un pobre poeta melenudo os dirá cómo se confeccionan, cómo es mentira aquello de "*Nihil novum sub sole.*" Aquí tenéis algo de *novum*.¡ Estupendo numen el de Ignacio Salazar!

La cuarta composición lleva el nombre de "*Versos de los adulones en los establecimientos.*"

Transcribiremos una de las mejores estrofas:

"Señores, mucho cuidado
Tengan con el adulón
El que es de esa condición
Ninguno viva confiado.
Habran visto y observado
Lo que pasa en una hacienda.
Si de un adulón se prenda
El mayordomo ó el rico
Allí vive grande y chico
Como madeja sin cuerda."

Para acabar con los libros de caballería, necesitó Cervantes pasar "las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio" escribiendo una larga obra; Salazar, con solo cincuenta y tantos versos conseguirá, no lo dudamos, extirpar á los adulones de los *establecimientos*. ¡Lo que va de hombre á hombre!

Vienen en seguida los «*versos de amor de la mujer inconstante*» de cuya composición insertaremos las estrofas primera y última, lamentando que la falta de espacio nos impida insertarlas todas:

«Déjenla que cante y ría
Que goce de sus placeres
Que haga lo que ella quiere
Que le pesará algún día.»

Por cierto que esto es muy superior á aquellos versos del poeta, que dicen:

Déjalas ir á los bailes
Deja que canten y rían
Cual tú enojosa lo hicieras
Si no vivieses cautiva.

Los primeros tienen, sobre todo, el mérito de ser «versos de amor de la mujer inconstante.»

«Al fin doy alguna idea,
Aunque poco morador
En la carrera de amor,
El más pobre atrás se queda.
Cuando el hombre pestañea

Se somete á varios riesgos
El que observe mis consejos
No se ausente ni se vaya,
Porque al decir malaya
La malaya va muy lejos.»

Ojalá todos los hombres siguieran los consejos de este magnánimo poeta que en una décima nos enseña á evitar los más grandes peligros, para lo cual no necesita nadie hacer sino esto:

«No se ausente ni se vaya.»
Y la razón es obvia:
«Porque al decir malaya
La malaya va muy lejos.»

En este espejo debieran mirarse todos esos moralistas de percal que escriben voluminosas obras, y que á la postre no dicen nada.

Y no es lo sublime de la doctrina lo único que hay que admirar en esta composición del poeta; debemos advertir también su modestia. Otro, en el caso de Salazar, habría intitulado esta poesía: «Importantes consejos á la humanidad doliente;» «Pócima para los enfermos del alma» ó de cualquiera otra manera más ó menos campanuda. Nuestro poeta, dice, con toda humildad, que se trata de «Versos de amor de la mujer inconstante.»

De hoy más, el que en presencia de Salazar, no se descubra con todo respeto, es un beduino.

Y hemos llegado, *traspasado el corazón de pena*, á la última composición, al «Verso histórico de Egipto é Israel.»

Ahora, tendremos que admirar, no sólo la inspiración, la versificación, la corrección y otras cosas terminadas en *ción*, sino también los profundos conocimientos de Historia Sagrada que posee Ignacio Salazar y de que no hace alarde alguno como que en vez de llamar á su trabajo «Disertación *anfibológica* ó *tetrasilábica* sobre diversos sucesos acaecidos luengos años ha» ó de otra semejante manera, se limita á escribir: «Verso histórico de Egipto é Israel.»

De una oreja traería yo á la presencia del poeta á todos esos historiadores, más ó menos alemanes, que imaginan haber descubierto hasta el modo cómo se cortaban las uñas los antiguos, y les preguntaría:—¿Sospecharon ustedes jamás que:

«Moisés no por ser cobarde
Quiso su marcha avanzar
Pasó á pie enjuto el mar
Seis y siete de la tarde.» ? ¿Qué

lo habían de sospechar! Ni qué raro es que no sospecharan eso cuando ignoran que:

«De este milagro que hubo
La historia dice y no falta
Como cordilleras altas
El agua del mar se detuvo.» y

cuando ni siquiera comprenden que:

«Muy enorme el regimiento
Que á Moisés le perseguía
Fuera de caballería
Los carros eran seis cientos.»

¡Oh! poetas pigmeos, historiadores ignorantes, y demás bichos de la misma calaña; leed las obras de Ignacio Salazar; estudiadlas, nó de golpe, sino poco á poco, para que tanta luz no os haga cegar; y os aseguro que estaréis de acuerdo conmigo en que jamás se ha escrito en idioma alguno, versos tan armoniosos, ni relatos más incomprensibles ni dislates más peregrinos.

Pedro Sánchez.

EDGARDO POE

Vida y obra estrañas son la vida y la obra de Edgardo Poe. A la distancia, la una parece tan fantástica como la otra, ambas presentan al pensamiento explendores y tinieblas; rápida y brillante nombradía, horas lúgubres y fin siniestro, he ahí su vida; su obra, es misteriosa como la noche, la vista sondea con trabajo los contornos oscuros y el genio se manifiesta de súbito como una luz imprevista. Pocos escritores hay tan fielmente representados por su obra; y parece, en efecto, que para escribir estos cuentos maravillosos y atrevidos, para crear estas aventuras sobrenaturales, esos personajes que andan á tientas, por decirlo así,

en medio de las sombras, atormentados sin cesar por una curiosidad febril, arrastrados hacia algún descubrimiento singular ó fúnebre y que parecen agitados por una especie de embriaguez del alma, se necesitaba un hombre que sufriera mucho, inquieto é indolente. Era necesario que el pintor de esos abismos cuyas lúgubres profundidades no pueden á menudo contemplarse sin exponerse á un vértigo, fuera una de esas creaturas audaces y desesperadas á quienes nada asombra, que lo ven todo con la mirada de la fiebre, mirada fija, ardiente y á menudo turbada, y que analizan ciertas locuras, ciertas desviaciones de las leyes naturales, ciertos misterios con la sangre fría de los locos que refieren los delirios de otros alienados. No conozco nada más conmovedor que ese tono tranquilo. esas observaciones minuciosas, casi científicas, aplicadas á algún hecho monstruoso, á alguna hipótesis inaudita, á menudo en busca de algún secreto pueril. Todo se eslabona y encadena en el delirio que relata y, se diría, al ver el orden perfecto de los razonamientos y la calma de esta absurda dialéctica, que *la demencia es tan cuerda como el sentido común*. Una mezcla de extravagancia y de cálculo, constituye, en efecto, la vida de Edgardo Poe, uno de los más brillantes talentos cuya gloria rápida y súbito fin ha contemplado nuestro siglo. Su vida fué excepcional como debía ser la de un narrador de cosas excepcionales del alma y del mundo, semejante á una pesadilla en que el pensamiento de Poe flotaba sin cesar en las más terribles alucinaciones. Ha sido el poeta y el novelista de esas brumas á través de las cuales se han debatido hasta la muerte, su inteligencia enferma y su agitada vida.

I.

En menos de un siglo, los Estados Unidos de América han tenido grandes literatos. Mientras Washington Irving imitaba en sus encantadoras relaciones el bello estilo de los escritores clásicos ingleses Fenimore Cooper creaba verdaderamente la literatura original de esta nueva Sociedad. Las naciones jóvenes necesitan un gran poeta que cante sus orígenes y que las encamine intelectualmente como los hombres de estado las organizan como cuerpo político. Necesitan antepasados que les sirvan de guía en todo orden de ideas, y la gloria de aquellos que les señalan los vastos horizontes literarios en que se desarrollará su fuerza y se desenvolverá su juventud, no es menor que la de los soldados que la han defendido con la espada ó que la de los administradores que le han prestado sus servicios desde su origen y que la han formado, por decirlo así, con sus consejos. Cooper ha sido, desde los primeros años de la República norteamericana, el iniciador de sus conciudadanos, no diré en la literatura, porque en América ya desde antes se leía, sino en un pensamiento nuevo, una nueva inspiración. Este pueblo recientemente constituído, apenas establecido sobre sus bases, decidido á ocupar su sitio por separado en el concierto de las naciones, destinado á un prodigioso porvenir y tan profundamente distinto de toda otra Sociedad ¿continuaría escribiendo como si permaneciera inglés? ó ¿adquiriría por el contrario un carácter propio en las letras y en la política? Esta era la cuestión que se debatía. Cooper la resolvió en sentido nacional, sus obras son ante todo americanas y ésa es su gloria.

Había abierto el camino con esas novelas, elevadas como poemas, en que la historia del pueblo recién nacido y los recuerdos de las heróicas luchas de la víspera parecen palpitar aun, por hermosas descripciones de una naturaleza desconocida en Europa, y sobre todo, por los maravillosos relatos en que las razas salvajes defienden contra la invencible civilización la grandiosa soledad de sus desiertos. Había dado á la América la idea de lo que ella podía hacer por sí misma y, sin pretender imponer con su ejemplo á los que vinieran después, obligándolos á adoptar una forma de composición ó un estilo determinados, había libertado á su país de la tutela inglesa, y le había hecho ver los recursos de la libertad. La América lo comprendió, y desde entonces tuvo su literatura propia. Poca analogía hay, sin duda, entre los diversos escritores que después la han ilustrado y éste á quien se ha llamado el Walter Scott americano, pero que era mucho

más grande que Walter Scott por la inventiva, por el sentimiento y sobre todo por su influencia; pero todos se derivan de él por el hecho solo de haber usado de la libertad conquistada por su genio y porque han de diversa manera y con desigual poder, interpretado, pintado la América en sus escritos. La tradición inglesa ha quedado arruinada al otro lado del Océano; el pensamiento americano tiene vida propia, genio propio y la conciencia de sí mismo. Su fisonomía no podría confundirse con otra; una nueva forma literaria ha venido á incrementar el patrimonio de la literatura universal. Cooper había creado, en la jóven República, la novela histórica y el poema; Prescott, la historia; eminentes escritores han ideado las novelas de costumbres exclusivamente americanas: la señora Cummins, la novela metodista; Enriqueta Beccher—Stowe, la novela abolicionista; Hawthorne, la novela trascendentalista; inspirados poetas han enriquecido la lengua con armoniosos ritmos, un inmenso movimiento intelectual se ha producido en el dominio de la crítica y de la política; Edgardo Poe, por fin, ha dotado á su país de la más rica y sorprendente fantasía, de esa fantasía *sui generis* que obtiene sus prodigiosos efectos de fenómenos fisiológicos independientes del análisis vulgar y perceptibles sólo para los místicos sentidos de los iniciados.

II

Nació en Baltimore, de una familia distinguida, su figura, de varonil belleza, era de aquéllas que atraen las miradas y que revelan al primer golpe de vista facultades extraordinarias. Su frente, era espaciosa; sus ojos muy vivos; la palidez de su rostro no era la de un enfermo; al través de su blancura mate se veía circular la vida, y el conjunto de su fisonomía, denotaba una melancolía habitual. Es que desde la infancia, pareció destinado á vivir una vida novelesca y dolorosa; su padre, hijo de un general americano á quien Lafayette había querido y estimado, se enamoró de una actriz con quien se casó después de haber huido con ella de su pueblo natal. El desgraciado David Poe se dedicó también al teatro, pero abandonado por la fortuna, sin encontrar nuevos recursos en su escaso talento, murió en *Richmond*, en la oscuridad y en la miseria, juntamente con su mujer, dejando tres pequeñuelos desprovistos de todo en el mundo, hasta de ese amor supremo é infinitamente tierno que deposita en el alma el olvido de los males y de las penas al mismo tiempo que el beso maternal en los labios. Edgardo Poe había entrado, pues, al mundo, sin socorro, sin familia: sus penurias iban á comenzar.

Parece que antes de dejarlo llegar á ser el juguete de la desapiadada fatalidad, la Providencia hubiera querido dar al menos algunos días de tranquilos goces á este niño que debía sufrir tanto, una vez hombre. Edgardo, solo y abandonado, fué recogido por un rico comerciante de Richmond que le dió maestros y lo condujo consigo en sus viajes. Vió las islas Británicas, pasó allí algunos años en los más serios estudios y volvió á América para proseguir en su patria los cursos de la Universidad. Fué entonces cuando su destino se hizo sombrío y cuando se desarrollaron con espantosa intensidad, los gérmenes de las fatales pasiones que debían envolver su hermosa inteligencia en misteriosas sombras, turbar su vida, arrojarlo, - rebelándose á menudo, pero siempre impotente—en los más vergonzosos desórdenes en que puede caer un hombre, y abrir, en fin, para él, joven aún, súbitamente, en una noche siniestra y en plena gloria, esa tumba cuyos abismos más que otro alguno había escrutado.

Hay que decirlo, aunque sea con una profunda compasión: este sér tan bien dotado, tan enérgico ante los peligros de la vida, carecía de fuerzas ante las seducciones de la embriaguez. Era ése realmente un deseo fogoso? ¿ú obraba ahí la voluntad impaciente por escapar de tristes realidades, buscando el delirio? ¡Quién podrá decirlo! Ese es el misterio de esta alma.

Nada hay más doloroso que contemplar las siniestras pasiones de que son víctimas los grandes talentos; pero, entre esas pasiones, ninguna hay más espantosa que ésta. Ver degradarse y embrutecerse esas hermosas inteligencias, ver extinguirse esas llamas, ver á un hombre joven, hermoso, destinado por su

genio á dominar y á llenar con algo suyo la imaginación de la gente, verlo apagarse lentamente, nublados los ojos, los cabellos esparcidos, los miembros enervados, sentado junto á la mesa donde ha dejado por fin la lúgubre copa, verlo olvidándolo todo: las cosas más bellas y santas, sus ensueños, su porvenir y sus esperanzas en ese formidable anonadamiento.

Tal es el doloroso espectáculo que Edgardo Poe presenta á la vista de los que lo aman. ¿Hay que indignarse ó que compadecerlo? la historia ¿será para con él benigna ó severa? Pretender comprender con claridad esta alma tan grande y tenebrosa ¿no es tener la temeridad de imaginarse capaces de conocer lo desconocido y de sondear lo insondable? Optemos por una mansedumbre conmovida y no por esa justicia implacable que á menudo se extravía. Ignoro si Edgardo Poe fué desgraciado ó culpable; creo que la razón humana vacila en ciertos momentos, que hay más demencia que criminalidad, que las naturalezas apasionadas y nerviosas admiten incalculables alucinaciones, que las tristezas y los decaimientos concluyen al fin con el vigor moral y que el supremo dispensador de las sentencias eternas comprende, en su infinita clarovidencia, el valor y la virtud que ha desplegado el alma en presencia de la materia sobreexcitada por extrañas fiebres.

Compadezcamos, pues, al desgraciado poeta asaltado por esas fúnebres tentaciones que brotan de los licores fuertes cuyo abuso envenena. El ha sufrido en su derrota y sufrido hasta la muerte. Desde el momento en que cedió, no ha vuelto á tener un día de reposo ni de contento. Recorre la Europa como un proscrito; expulsado por su padre adoptivo, visita la Grecia y el Oriente, pasa del sur al norte, errante y no viajero, atraviesa la Rusia y vuelve á América. Se diría que en su rápida carrera, va huyendo de alguna cosa, de alguien. ¿De qué había de huir sino de sí mismo, de su implacable pasión? ¿querría acaso agotar con el movimiento y el ruido los deseos que lo perseguían? ó atormentado por las impaciencias de su genio inquieto ¿imaginaría satisfacer sus ardientes aspiraciones hácia los problemas del otro mundo, con el espectáculo de las cosas exteriores? O ejercería sobre él el Oriente, como sobre tantos otros poetas del siglo, una fascinación irresistible? No se sabe; él no dejó nada que explique ó relate esta parte de su vida, pero sus viajes al país del sol han dado evidentemente nuevo esplendor á su talento y, á su estilo, un colorido admirable que brilla en su obra como un fuego de artificio en la noche.

III.

La vuelta de Poe á Norte América coincidió con sus estrenos literarios. Publicó primeramente un volumen de poesías. Como todos los grandes escritores, se valió de la lengua sagrada para revelar sus sueños á los demás, porque los versos son la lengua de las frescas inspiraciones de la juventud, ellos reflejan, mejor que la prosa, sus deseos, sus dolores y sus alegrías, como que ellos tienen alas y la juventud es alada; avanzando el tiempo, el hombre ha perdido muchas ilusiones y muchas esperanzas, las ambiciones terrestres se han apoderado de él y con más calma, habla ahora en prosa sobria y austera, en el lenguaje de los negocios humanos, de las emociones contenidas, de la razón experimentada ya con los años. Edgardo Poe no había conocido aun las asperezas del camino, las decepciones que dejan en el corazón los sinsabores y el desfallecimiento, cantaba, por instinto, en el armonioso ritmo que emplean los que aun miran la vida al través de la imaginación, esta hada de los primeros años que hace ver toda suerte de bellezas donde no existe más que la realidad desnuda.

Pero para Edgardo Poe ése no era sino un ensayo sin importancia; cediendo más bien á un impulso de su corazón que á vocación de artista, escribió sus versos que han sido alabados y que prometían mucho sin duda, porque había en ellos acento, melancolía, vivo colorido. Sin embargo, no siempre expresaban bien lo que el precoz autor quería decir, no eran en verdad, la forma misma de su espíritu, pues Edgardo Poe—éste era uno de los misterios de su inteligencia—era uno de esos extraños poetas que no saben ni pueden hablar en verso. Hay inteligencias de tal naturaleza que

tienen de la poesía todo, menos el lenguaje, pero la poesía brota en otra forma, como aquellos torrentes que encontrando una barrera en su lecho, toman otro camino; de ahí procede esa prosa entusiasta y armoniosa, ornamento de la literatura. En Poe, ella no debía revelarse por la forma, sino por el pensamiento en un género nuevo. En el verso, tuvo un éxito mediocre y la causa de este fracaso obedecía á una caprichosa ley del lenguaje humano, á saber: que la poesía, que parece destinada esencialmente, á expresar lo vago, no soporta el abuso; hay cosas que ella diría muy oscuramente á las cuales no daría todo el sentido, agregando el ritmo á su gracia nebulosa; intervienen entonces la prosa: su precisión restablece el equilibrio; la forma suple la sutileza aérea del pensamiento. Por eso Poe fué un prosista, se nota, leyendo sus versos, que la idea ténue y vaporosa se disipa en la armonía de la forma. Así lo comprendió él mismo y en lo sucesivo prefirió encerrar en las sólidas líneas de su bella prosa los flotantes sueños de su imaginación y las prodigiosas audacias de su fantasía.

De ahí los cuentos que son su gloria. Se ha dicho que sus conciudadanos no los comprendían. Yo estoy persuadido de lo contrario. La nombradía del joven escritor demuestra que era leído y que se estimaba su talento. Por otra parte ¿no representaba él fielmente en las letras todo un matiz del carácter americano: la pasión de la hipótesis, la temeraria persecución de lo imposible, el impulso hácia lo desconocido? ¿no era ése el genio de Edgardo Poe, el genio de la joven América? Tenía como sus compatriotas, en el dominio del espíritu, el valor aventurero, el menos precio del tiempo, el gusto por lo excéntrico, con ese no sé qué de colosal, de monstruoso á veces en la concepción, propios de un pueblo atormentado por un exceso de audacia, entregado por juvenil inexperiencia á los más extravantes arrebatos, imbuído á la vez en el materialismo más incurable y en la más vaga religiosidad. Edgardo Poe, para el que sepa comprenderlo bien, refleja en su obra estas pasiones y estos delirios. Se oye en ella la tempestad de la multitud; se sorprenden ahí las alucinaciones de los místicos y los precisos cálculos del más frío naturalismo, juega con lo terrible y comenta, analiza, estudia todas las emociones y todos los espantos; crea situaciones imposibles como para darse un espectáculo inaudito, presenta personajes enormes, grotescos, sobrehumanos, y escenas sobrenaturales, como con el fin de amoldarse al gusto de su país por la fantasía desmesurada; se arroja sin temor en medio de maravillosas combinaciones, en las sutilezas de una psicología ó de una física admirablemente razonadas y sin sentido á la vez; hay en sus cuentos la brutalidad sanguinaria de un pueblo que usa á menudo del revólver, unida á la vasta y solemne emoción del colono errante en las praderas. No temo decir que no habido escritor americano, fuera de Cooper, que haya sido como Poe la perfecta expresión del Nuevo Mundo en su procedimiento literario; pero Edgardo Poe se estrenaba cuando el autor de «El Espía» iba á morir; surgía una nueva sociedad cuyo pensamiento debía reproducir en una forma sorprendente las grandezas, las ridiculeces y las debilidades.

IV

Aunque sea imposible dar en pocas palabras una definición completa y absolutamente exacta de un genio tan vario, paréceme que considerando á Edgardo Poe desde lo alto, desde la cima, por decirlo así, se presenta ánte la crítica, desde luego, como un apasionado de carácter raro.

Ciertamente es un gran artista, pero su arte, su inventiva, su colorido, su estilo, todo, está puesto al servicio de un inmenso deseo, de una como necesidad de penetrar en los secretos de la naturaleza y en las combinaciones del espíritu. Mientras más se le estudia, más se nota el dominio de esta tendencia; hay un enigma en el fondo de todos sus cuentos, enigma físico ó moral, accesible, ó insoluble lúgubre ó grotesco, pero de un grotesco que hace temblar, un misterio en medio del cual su pensamiento se complace, un abismo cuyas fragosidades y contornos, tinieblas y horrores son familiares á su alma y satisfacen á su espíritu. En estas oscuridades camina;

tropezando aquí, con paso seguro allá; á veces se diría que es un hombre inclinado al bordo de un precipicio, describiendo con soberana calma las profundidades del abismo, atacado de un vértigo, pero tratando por un esfuerzo sobrehumano, de analizar científicamente las sensaciones que experimenta y el terrible arcano en que ha penetrado su clarovidente mirada.

Las fuerzas ocultas, hé ahí lo que lo atrae y fascina; la fuerza de la pasión, la fuerza de la industria, la del cálculo, la fuerza magnética, todo ese conjunto de poderes invisibles que, extendidos por el universo, tanto en la materia como en el pensamiento, se manifiestan á veces en el exterior por medio de efectos visibles ó de incomprensibles fenómenos. Ese es su elemento. Cuando escribía el cuento intitulado: *Una bajada al Maelstrom*, pintaba, sin saberlo, el destino mismo de su genio, bajo la figura de un náufrago arrastrado al fondo de un gigantesco torbellino. También él descendía sin cesar á un abismo; como el náufrago del Maelstrom, observaba todos los horrores con increíble sangre fría; y así como los cabellos de su héroe se tornaron blancos en esta lucha formidable, el pensamiento de Poe se fué extraviando más y más por frecuentar tan á menudo y tan obstinadamente las tinieblas. *(Concluirá)*

C. DE MOUY.

UN VERSITO....¿PARA USTED?

Como astro rutilante que en los espacios gira
La inmensidad midiendo del firmamento azul,
En sus dorados sueños mi inspiración te mira
Entre las blancas cumbres y el arjentado tul.

Y en las noches eternas de la esperanza mía
Cuando algún imposible me oculta el porvenir,
Tu acento cariñoso, cual célica armonía,
Escucho que me dice: ten esperanza en mí.

Y entonces se reaniman mis muertas ilusiones
Y siento con más vida latir mi corazón,
Y encuentro nuevas frases para formar canciones
Con que enriquece mi estro la santa inspiración.

Prestadme vuestras liras, oh vates inmortales,
Sirenas de los mares, prestadme vuestra voz,
Prestadme vuestras gracias, purísimas vestales,
Para cantar las glorias de mi inocente amor.

Mas no; dejadme á solas; mi humilde pensamiento,
Con ricas ilusiones, vendrá mi frente á herir,
Y escucharán mis trovas allá en el firmamento
Los ángeles que velan por nuestro porvenir.

Inspiración sublime
Con que el poeta sabe
Sus versos, como el ave,
Su trino improvisar,

Venid á mí del cielo,
Prestadme vuestro aliento,
Mi espíritu sediento
Te quiere aprisionar.

No quiero ser poeta
Sino para mi bella,
Ni quiero que otra estrella
Reluzca para mí,

Y ante ese cielo hermoso
De sus hermosos ojos
Me postraré de hinojos
Para adorarla así.

Cuando la noche viene
Sobre el dormido mundo
Su manto tremebundo,
Tendiendo al rededor,

Mi espíritu la mira
Vagar en las estrellas,
Como á la reina de ellas
Y de mi ardiente amor.

CÉSAR ACEVEDO.

NUESTROS AGRADECIMIENTOS

Cumplimos con el grato deber de dárselos á todos los que han contribuido con el producto de su ingenio ó con el fruto de su largueza, á la formación de este primer número de la REVISTA DE VALPARAÍSO; haciendo votos en cuanto á los primeros, para que no sea esta la única vez que podamos lucir en estas columnas las producciones de plumas tan galanas.

Es deber nuestro también, manifestar á los que nos han enviado trabajos á última hora, que no por haber llegado tarde han sido ellos mal recibidos; si no les hemos dado cabida en este número, ha sido únicamente por estar, á la fecha de su llegada, llenas las 32 páginas de la publicación, pero nos será sumamente grato darles cabida en el próximo número, que no será escaso de artículos de escritores de reconocido mérito que ya han conquistado un lugar envidiable en el campo de la literatura ó de la ciencia, como los señores Carlos Newman, Enrique Hurtado y Arias, y Máximo Jeria.

LOS DIRECTORES.

Revista de Valparaíso

Año I — Valparaíso, Octubre 15 de 1898. — Núm. 2

Revista de Valparaíso.

PERIÓDICO MENSUAL DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

Se publicará los días 15 de cada mes

Precios de suscripción

Por semestre.....	$ 2	50
Por un año.....	« 5	00
Número suelto.....	« 0	50

Toda comunicación concerniente á la *Revista* deberá dirigirse al administrador, señor don Alberto Edwards, casilla N° 2162 del correo N° 2.

NUESTRA PRIMERA SALIDA

Efectuada la aparición del primer número de esta Revista de Valparaiso, no es descaminado que hagamos algunas observaciones con motivo del recibimiento que se le ha dispensado, y para anotar la impresión que tal recibimiento ha producido en los propósitos y en las esperanzas de sus directores.

Queremos, ante todo, manifestar nuestros agradecimientos á los órganos de la prensa, que han recibido á esta Revista con benévolo saludo y acerca de la cual han emitido juicios que no pueden menos de animar á su Directorio en la tarea que se ha impuesto.

Indiscretos seríamos si en estas páginas no probáramos hacer obra de análisis sobre un periódico á cuya formación hemos contribuído con nuestros personales esfuerzos; nos reconocemos, respecto de él, los más desautorizados críticos y en tal supuesto, no intentaremos la empresa. Bástanos estar persuadidos de que nuestro trabajo, sin considerarlo por otros aspectos, está destinado á laudables fines, á satisfacer una necesidad que estimamos, más que atendible, imperiosa y por encima de todo eso, que será parte eficaz en el desarrollo de la producción intelectual y de la cultura científica y literaria en este puerto, que, así como es en nuestra patria centro principal de la actividad industrial, no creemos loca aspiración la de verlo culminar como preclaro adalid del pensamiento nacional. Estos ideales son título y ejecutoria que, á la vez de justificar la publicación que han engendrado, inclinarán la balanza de la crítica en pro de la benevolencia y allanarán un camino en que los obstáculos y tropiezos, en vez de faltar, se ofrecen con inclemente frecuencia.

Los halagadores conceptos emitidos por órganos respetables de la prensa en favor de la Revista de Valparaiso, corroboran la opinión que dejamos manifestada en el artículo editorial del primer número, respecto de la afición, que decíamos no estar muerta, por las bellas letras y por los estudios de la ciencia. Ha coincidido la expresión de nuestro pensamiento con las manifestaciones de simpatía hácia este periódico, manifestaciones recibidas por nosotros con agrado, no porque consideremos en mucho la valía de nuestra obra, sino en la confianza de que, con el favor público, podremos llevarla á un estado que corresponda dignamente á los méritos de la sociedad que le dispensa su protección.

Se la tachará hoy día de defectuosa y seguramente, sometida al exámen de la críti-

ca, defraudará algunas ilusiones; pero, la perfección no se adquiere por arte de encantamiento, antes bien, si á esa cima puede llegarse, sólo se la conquista librando difíciles batallas y caminando por áspero y escarpado sendero. Con estas tristes seguridades hemos siempre contado, y por cierto que si ninguna otra hubiéramos tenido presente, de antemano habríamos renunciado á dar á la publicidad una REVISTA, que atendidos sólo esos antecedentes, sería proyecto frustráneo y obra condenada á morir de rápida muerte, mas, nos ha valido y nos vale, como aliento é impulso, la creencia de que el amor por las ciencias, artes y letras, es sentimiento que abriga íntimamente el alma de esta ciudad, y que sólo requiere para manifestarse, ocasiones como la que éste género de publicaciones ofrece.

Por lo que toca al mérito intrínseco de la que el lector tiene en sus manos, no podemos nosotros, según queda dicho, ser sus jueces; entre tanto, si se lo estimara en poco, consuélanos la certidumbre de que, por su medio, propendemos á la realización de una obra patriótica y buena, y tanto como tal certidumbre, la esperanza de que no estaremos fuera del imperio ni de la ley del progreso que, en sus dilatados ámbitos, todo lo somete á su influencia.

Repetimos á los órganos de la prensa que nos han dirijido su saludo, nuestro cordial agradecimiento.

LOS DIRECTORES.

Octubre de 1898.

PROPIEDAD ARTÍSTICA

En la última entrega del *Journal du Droit International Privé et de la Jurisprudence Comparée*, hay una página dedicada á la importante cuestión, tan debatida como difícil, de la propiedad artística. Se da allí á conocer una decisión de los tribunales ingleses, recaída en un interesante caso; y es ella ejemplo del respecto con que en otras partes se consideran las relaciones jurídicas á que da lugar el trabajo y el esfuerzo humano, é inspirará, seguramente, en el lector chileno, algunas reflexiones que no dejarán de ser desconsoladoras, si tiene en cuenta lo que á ese respecto acontece entre nosotros. En verdad que es difícil encontrar legislación ó jurisprudencia que tengan menos miramientos á la manifestación de la propiedad que debiera ser la más sagrada é inviolable, esto es aquella á cuya formación contribuye con predominante esfuerzo la actividad intelectual y de donde nacen la propiedad literaria, la propiedad artística y varias formas de propiedad industrial.

Sin espacio, por el momento, para hacer sobre este punto más concretas y dilatadas reflexiones, damos, á continuación, una traducción de la página de la *Revista* á que, en un principio, hemos aludido y que, sentando previamente la doctrina establecida con la sentencia á que se refiere, da una relación del caso cuestionado.

1. El diario que recibe de un pintor la fotografía de un cuadro, obra de ese pintor, no puede considerarse por eso como gratuitamente investido del derecho de reproducirlo.

2. Al pintor que ha permitido á los editores de una publicación periódica ilustrada, reproducir su cuadro, no podría considerársele como habiéndoles cedido íntegramente todos sus derechos de reproducción sobre esta obra.

3. Por tanto, conserva la facultad de perseguir por falsificación á los autores de una producción no autorizada por él.

M. W. T. H. Smith es autor de un cuadro que representa los últimos momentos de Sir John

Franklin, en la expedición al polo ártico, de 1849—1850. Se queja de que este cuadro haya sido reproducido sin su permiso en una publicación ilustrada, el *Idler*. Esta reproducción lo habría privado de beneficios que pensaba realizar, después de la expedición del doctor Nansen, vendiendo las fotografías de su obra. Los propietarios del *Idler* objetan que el pintor ha enviado á su editor una fotografía de su cuadro y, de ahí, que ellos se hayan creído autorizados para reproducirlo en su *Magazine*. Agregan que, por otra parte, el *Graphic* había comprado por £ 21 el derecho de publicar un grabado en madera de dicho cuadro y que, siendo indivisible el derecho de reproducción, este derecho no pertenece en adelante al demandante, que en consecuencia, debe ser rechazado por falta de interés.

M. Justice Kekewich (el juez) declara que, en buena ley, la convención habida entre el *Graphic* y el pintor no podría ser considerada como una íntegra cesión de los derechos de este último á la reproducción de su obra. Sin examinar teóricamente si el derecho de reproducción es indivisible y hasta dónde llegan los derechos del *Graphic*, estima que M. Smith ha conservado el derecho de reproducción y se encuentra, por lo tanto, fundado para mantener su acción. M. Kekewich no puede pensar, por otra parte, que el editor del *Idler* haya podido creerse autorizado por el envío puro y simple que se le había hecho de una fotografía, y nada más que por eso, á reproducir la obra fotográfica. Concede al querellante £ 25 á título de indemnización de perjuicios.

E. E.

CAMPOAMORINA

(Para Gustavo Melcherts).

Clara noche. Azul cielo
Lleno de estrellas,
El bosque delicioso;
La brisa fresca.

Bajo el verde ramaje
De las palmeras
A la luz de la luna
Van él y ella.

El:—cuánto, cuánto os amo
Cándida Elena!
Y ella:—sin tí la vida
Qué triste fuera!

Se querían? se amaban?
Nunca lo sepa:
Misterios tiene el mundo
Que causan penas.

Pero después he visto
Con gran sorpresa,
Que al pasar no se miran
Ni él, ni ella!

Horacio Olivos y Carrasco.

EL PACO

¿Quién no lo conoce? Muy amenudo se le ve en las calles, ó paseando lentamente la manzana ó de pie en una esquina «contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando.»

Tal es el *paco* que pudiera llamar pasivo, porque entiendo que no es actividad pasar días enteros sin hacer nada, con las manos en los bolsillos, envidiando al transeúnte que se traslada de un punto á otro con toda libertad ó á lo sumo, tratando de explicarse, en las noches, cómo es que la luna y las estrellas no se dejan caer sobre nosotros, en un momento de buen humor.

Pasando ahora á la actividad del *paco*, podemos decir que es de dos clases: la que gasta en *hacerse humo* cuando no le combiene que lo encuentren y la que *se ve obligado* á desplegar en determinadas ocasiones.

Todos habrán notado que cuando ocurre un robo, una riña, un asesinato, es de todo punto inútil pretender de encontrar un *paco*. Acaso *se van á pasear á las antípodas*, ó aprovechan del tumulto para ir á echar un trago; lo cierto es que desaparecen como por obra de encantamiento. Esta es una de las especies de la actividad *pacuna*. La otra tiene lugar cuando el *paco* se ve en la precisión de resguardar el orden, alterado por un suplementero ó por un borracho cualquiera.

El *paco* pasa á ser acto continuo el enemigo de ese borracho, de ese suplementero y de todos los individuos que á la sazón transitan por el lugar donde ha ocurrido la cuestión.

El *paco* trata por ejemplo, de aprehender al que ha faltado, ¿qué hay en ello de irregular, de lícito? Absolutamente nada. Por el contrario, el guardián cumple con su deber, sirve á la sociedad. Y sin embargo, la sociedad entera está contra él y en favor del reo que pasa á ser víctima por el solo hecho de estar en pugna con un policial.

Y ¡ay de éste si en un momento de enojo, (¿ó á los *pacos* les estará vedado enojarse?) viendo que todos se burlan de él y que el reo se escabuye en el entretanto, lo coge y le ata las manos! porque entonces se insulta, se silba al *paco* y se le prohibe conducir preso al delincuente, so pena de acusarlo á él, á él que cumple con su deber, de haber maltratado á un pacífico ciudadano que no ha cometido falta alguna.

Y si aquí terminaran todas sus tribulaciones el *paco* en actividad podría darse por feliz.

Pero, que tenga lugar un salteo, que se cometa un asesinato y que el prefecto ó el comisario envíe media docena de *pacos* á aprehender á los bandidos (porque, voluntariamente, es claro que los *pacos* no van, que éste es uno de los casos en que los de facción se hacen invisibles, y justificadamente, hasta cierto punto) y ya tenéis á los pobres guardianes expuestos á las balas de los salteadores.

¿Y si muere el paco, en defensa de agenas vidas? ¿Si muere? Otro paco le disparará un discurso en pleno cementerio y todo ha terminado.

Pero, noto que yo también me he contagiado con el espíritu de hostilidad hacia el *paco*, pues lo he muerto antes de tiempo, cuando aun hay mucho que decir de su vida.

Las horas que todos destinan al descanso, al sueño reparador, en que hasta los grandes criminales duermen en sus lechos, más ó menos blandos y más ó menos abrigados, el *paco* sigue recorriendo la manzana ó acurrucado en una puerta, vigilando, *calado* hasta los huesos las noches de lluvia, sin tener derecho ni siquiera para cerrar los ojos.

Bien mirado, no hay en el mundo ser más infeliz que el *paco*; por una ración de hambre que le dan, él vigila de día y de noche, sin decir jamás—y sería inútil que dijera:—Tengo hambre, tengo sueño, tengo frío, tengo sed.

Come... los frejoles que le dan en la comisaría; bebe... agua de El Salto, y si quiere darse el lujo de comer ó de beber otra cosa, vacía su escuálido bolsillo y se *despacha un pequén* que hará toda clase de manifestaciones el día entero en el estómago del guardián, ó se echa al cuerpo un *potrillo* de mal *chacolí*.

La única ventaja que nos lleva el *paco* á los demás mortales, es que no necesíta vestirse, pues lo visten; pero ¡cómo lo visten, santo Dios! como á un maniquí, sin que él tenga ni siquiera el derecho de protestar. Que le ponen pantalones muy cortos, bueno; que después se los cambian por otros muy largos, mejor; que ajustados, que *bombachos*, excelente; que le ponen képis, rico; que le cambian el képis por una campana los días domingos, pues él sigue muy ufano paseando las manzanas con su campana en la cabeza. Le ponen *guantes blancos* que es para un *paco* el mayor de los escarnios, y él como si tal cosa, continúa impertérrito, soportando las miradas burlonas de los transeuntes.

Un solo hecho bastara para comprender hasta dónde llega la paciencia de los infelices guardianes. Recordará el lector que no hace mucho tiempo gastaban sable; pues bien, no sé por qué motivo la autoridad acordó degradarlos y les quitó el sable; y como si la ofensa fuera pequeña, se le aumentó, dándole un *palo* á cada *paco*.

A pesar de todo esto, rara es la persona que agradece al *paco* sus servicios; todos se burlan de él mientras vive, y nadie lo recuerda una vez muerto.

Verdad es que no siempre desempeña él su misión como es debido, que suele ser negligente, que muchas más son las horas en que se da el lujo de ser pasivo que aquellos en que despliega su actividad; que, en ocasiones, abusa de su puesto; pero ¿no abusa el Presidente de la República, no abusan los Ministros de Estado, los intendentes y otros empleados superiores? Y la moralidad de que están dispensadas personas instruídas y que están obligadas á dar buen ejemplo, por el puesto que ocupan ¿se le exigirá al mísero guardián que acaso no conoció padres y que, si los conoció, no le enseñaron nada bueno?

¿Por qué hemos de ser más exigentes con el pobre *paco* que con los demá empleados? ¿Por qué ha de haber para él una justicia más severa que para los demás?

Mucho se ha hablado de la realidad que hay de fundar una sociedad protectora de animales; ella es efectivamente necesaria; pero yo creo que la caridad, si bien debe alcanzar hasta los animales, debe comenzar por nuestros semejantes; y que, antes de fundar una sociedad protectora de seres, más ó menos cuadrúpedos, debemos establecer una sociedad protectora de seres, más ó menos bípedos, una sociedad protectora de *pacos*.

¡Qué servicios tan importantes prestaría esta sociedad! Yo he visto por ahí unos pacos viejos, cuya edad, cuyo estado dicen á gritos: «Socórrame, ayúdenme,» y sin embargo, esos individuos están obligados á socorrer á los demás! Cuántos caen enfermos y no encuentran quien les tienda una mano cariñosa, cuántos, por último mueren en el cumplimiento de su deber y no hay quien socorra á la familia que queda en la indigencia si los propios colegas del difunto no lo hacen.

A todas estas necesidades proevería la institución de que vengo hablando, institución que beneficiaría no sólo á los policiales sino á la sociedad en general, que estaría mejor vigilada, más resguardada, por lo mismo que los *pacos* estarían mejor atendidos y éstos, que son hoy una compasión, por decirlo así, serían mañana objeto de orgullo para los chilenos.

Entonces, regenerado el *paco*, cuando ya no los hubiera sucios ni borrachos, ¡cuántos pobres jóvenes que hoy se despepitan, tratando de meterle el diente al Derecho Romano de Campillo, se dedicarían á *pacos*! ¡cuántos de nuestros políticos renunciarían un ministerio, se negarían á entrar á la moneda, para entrar á la policía! Porque, al fin de cuentas si los tiempos siguen empeorando día á día, llegará uno en que cualquier caballero preferirá hacerse *paco*, teniendo asegurado el presente y el porvenir, en vez de ir por ahí, como van muchos, *clavando* al lucero del alba y debiendo, como se dice vulgarmente, «á cada santo una vela y á San, Antonio un velón.»

Pedro Sánchez

¡ HUERFANO . . . . !

Fué aquella noche de misterios llena,
Sombría y penetrante;
En el lecho yacía moribunda
Mi idolatrada madre.

—

Inmóvil, estenuado, cadavérico,
Su rostro venerable
Parecía el bosquejo de una estátua
Muy pálida y muy grave.

—

Fija tenía su mirada ténue
En el vacío errante;
A la muerte entregaba silenciosa
La anciana sus pesares.

—

En la modesta estancia la luz vaga
De un velón palpitante
Esparcía en la atmósfera un extraño
Misterio indescifrable.

—

La semi-oscuridad de aquella alcoba,
Ese luto flotante,
El alma desgarraba con fiereza
Insólita y salvaje.

—

Adormida sentíase la mente,
Con su pesar, cobarde;
El espíritu inquieto solo ansia
Que su dolor se espande.

—

Un quejido muy débil y monótono
Sin forma de lenguaje
Me avisa con extraña persistencia
Que agoniza mi madre.

—

Y se escapa más débil de sus labios
Su voz impenetrable,
Hasta apagarse ténue y vaporosa
Como el eco en el aire.

—

Su alma dejó la humana vestidura;
Con alas inmortales
Voló á aquella región donde dominan
Las eternas verdades!

—

Sin maternal consejo, sin apoyo,
Sufriendo vendavales
Huérfano voy, cumpliendo mi destino,
Que me grita: ¡Adelante!

GUSTAVO MELCHERTS

Valparaíso, 1898.

CUÁNDO TERMINA EL CONTRATO DE LOS EMPLEADOS INTERESADOS EN LAS UTILIDADES DE UN ESTABLECIMIENTO DE COMERCIO

De considerable importancia para el buen régimen de un establecimiento de comercio es saber si el contrato adicional á los empeños de servicios de algunos dependientes que les retribuye una parte de los beneficios de la casa á título de estímulo, modifica ó restringe la facultad que al patrón ó principal reconocen la ley y las prácticas del comercio para poner término á dichos empeños.

Veámoslo.

Los empleados subalternos que el comerciante tiene á su lado para que le auxilien en las diversas operaciones de su giro, obrando

bajo su dirección inmediata, están ligados á él por un contrato que el Código de Comercio ha denominado *mandato* en el artículo 234. Y *mandato* permanece, sea que los dependientes se ocupen sólo en trabajos de orden interno, manuales ó técnicos, como la teneduría de libros, la vigilancia en la fabricación, la clasificación de las mercaderías; sea que realicen exclusiva y principalmente actos jurídicos por cuenta del patrón, como ventas, compras, etc.

No muda la naturaleza del contrato el hecho de que los servicios del dependiente sean siempre remunerados en la forma que hubiere estipulado con el comerciante, pues, es esencial al comercio que en él nada sea gratuito. De manera que el empeño de los empleados es simple mandato, ora no perciban sino un sueldo fijo, ora deban recibir un salario prefijado y además una cierta parte en los beneficios. Aun cuando se les haya garantido una cantidad anual sobre las utilidades del negocio, subsiste el contrato legal de mandato, á menos que aparezca claramente la intención de reemplazarlo por otro con las solemnidades de ley.

Ahora bien: el oficio de estos mandatarios mercantiles es oficio absolutamente de confianza, y esta confianza no puede imponerse á nadie ni por brevísimo tiempo. Por esto el mandante puede revocar el mandato cuando quiera y sin estar obligado á justificación ninguna de su voluntad; lo cual es tanto más necesario en materias comerciales cuanto más fáciles y prontas de apreciar son las causas que pueden aconsejar la revocación.

Mas ha de advertirse que cuando la duración del empeño está limitada por la convención de las partes, la terminación sin causa legal da derecho al dependiente ó al patrón para ser indemnizado de los perjuicios que le sobrevinieren, conforme al artículo 332 del Código de Comercio; y cuando el contrato es de duración indefinida ó ilimitada, cada parte puede libremente darlo por concluido, avisando á la otra con un mes de anticipación, con arreglo á lo dispuesto en el inciso 1.° del artículo 335 del mismo Código.

Sin embargo, esta reciprocidad tiene una excepción establecida por la ley en favor del patrón ó principal, quien, «en todo caso, podrá hacer efectiva, antes de vencer el mes, la despedida del dependiente, pagándole la mesada que corresponda», según se lee en el inciso 2.° del citado artículo 335.

De modo que el principio fundamental en las relaciones entre patrones y dependientes, es que el mandato cesa por la sola voluntad de una de las partes, y que el patrón puede á su arbitrio despedir al dependiente en cualquier tiempo.

¿Podrá el dependiente pretender algún privilegio que restrinja ó modifique esa regla general por cuanto ha sido llamado á participar en los beneficios del establecimiento de comercio?

Nó; el contrato es siempre un mandato, pero con salario aleatorio, exista este salario solo ó se combine con un salario fijo. Aunque copartícipes, no están en igualdad de condiciones el patrón y el dependiente: el patrón conserva toda su independencia para la gestión de sus negocios y mantiene el derecho de despedir á su dependiente interesado en las utilidades, en los mismos términos en que podría hacerlo con otro cualquiera.

En el caso frecuente de que por escrito se declare que el principal acuerda dar al empleado de comercio una gratificación de un tanto por ciento por sus servicios, pagadera al fin de un determinado plazo, no por eso queda sin aplicación el principio general antes expuesto. Se trata de una pura liberalidad, de una concesión graciosa que el beneficiado recibirá en la forma que el otorgante determine, sin que en ningún caso pueda exigirse á éste que la altere ó extienda á más que lo que hubiere querido. El favorecido no adquiere derechos contra el que le hace por espontánea voluntad una merced.

Si se fija una época para el pago de la gratificación al dependiente, ello no importa conferirle la facultad de exigirla íntegramente en cualquiera circunstancia. El plazo sirve para determinar la base de aquella remuneración aleatoria, cuando llegue el día en que haya de dársela. Y tanto es así que, si por cualquier motivo deja el dependiente de servir en el establecimiento de comercio antes de la expiración del plazo, adquiere irrevocablemente las

cantidades de dinero percibidas á cuenta de su parte de utilidades, sin cargo de restituir porción alguna y sin relación con el balance de ganancias y pérdidas de la casa, si no hubiere utilidades ó no alcanzaren á lo calculado. Ello no es más que un emolumento de servicios y de tiempo empleados en los negocios del establecimiento de comercio, exigible por voluntad del patrón en tanto cuanto esa situación dura. Las utilidades se atribuyen y devengan mes á mes en la proporción que el principal señala y únicamente como una liberalidad ó recompensa de estímulo á quien cumple con celo y corrección los deberes de su empleo.

J. DE D. VERGARA SALVÁ.

A VALPARAISO.

(Al partir).

Adiós Valparaíso!...
Adios, puerto de amores!...
Yo dejo tus encantos
Transido de dolor,
Porque en tu seno quedan
Mis bellas alegrías
Y la mujer que forma
La imagen de mi amor.

Con la inocencia dulce
De mi ilusión primera,
Al grito del destino
Tus playas recorrí,
Tu delicioso parque,
El mar que te enamora,
Y todo lo que bello
Mirarse puede en tí.

Sediento de esperanzas,
De ardientes ilusiones,
Mi corazón buscaba
Con loco frenesí:
Amor, puros placeres,
Una mujer divina
Que en mis amantes sueños
Mil y mil veces ví.

Hermosa cual el lirio
Paseaba por tus playas
El hada de mis cantos,
Aquella ideal mujer
Que es hoy alma de mi alma,
Aliento de mi aliento,
El sol de mi esperanza,
La esencia de mi sér.

Más ¡ay! que ya el destino
Me manda que te deje!...
Adiós, Valparaíso,
Adiós, tranquilo mar,
Adiós, hermosas rocas
Que adoro y que respeto,
Pues tu silencio guarda
Mi pena y mi llorar.

Quizás, sí, vuelva á verte
Y á contemplar las olas,...
Pero mis labios siempre
Tu nombre enlazarán
A la mujer que adora
La voz del alma mía,
Y al grito del recuerdo
De tiempos que se van.

ANACLETO ESPINOSA BUSTOS.

Valparaíso, Febrero de 1892.

EDGARDO POE

(Conclusión)

Siempre y en todas partes se sentía rodeado de extravagantes secretos cuya solución perseguía con febril constancia. Cuando se acercaba á los misterios de la naturaleza, necesitaba inquirir los más insondables, los del polo á donde ningún navegante puede llegar, los del espacio, á cierta altura del cual el hombre no podría vivir. Entonces crea una ciencia para sí, una especie de razonamiento *sui generis*, á las más desordenadas hipótesis, les aplica las más sabias inducciones y las deducciones más rigurosas; hace uso de todos los recursos de los diferentes métodos y se diría que relata un experimento de física cuyas circunstancias y exactitud él ha podido comprobar. En la «*sin igual aventura de un tal Hans Pfall*,» describe y con maravillosa precisión todo un viaje en globo de la tierra á la luna; los efectos del enrarecimiento del aire, la forma de nuestro planeta visto desde lo alto del empíreo y los prodigiosos fenómenos del espacio; los juegos de luz le dan margen para inauditas disertaciones formuladas con la más audaz sangre fria y con todo el aparato científico, de manera que produce la ilusión de la más asombrosa realidad. Cuando relata la fantástica *bajada al Maelstrom*,» que he citado anteriormente; describe la situación como sabio y como artista; discute los problemas de las fuerzas y de la velocidad al mismo tiempo que acumula con su maravillosa imaginación los episodios más terribles de este naufrajio en los torbellinos del mar. Sabe, por lo demás—cuando es necesario para la grandiosidad del drama y para el horror que debe inspirar—dejar de la mano su bagaje de paradojal erudición, para pintar solamenta las más aterradoras angustias de la vida fantástica y cuando hace hablar á un viajero absorto en las hipotéticas embocaduras del polo confia al «*Manuscrito encontrado en una botella*,» las extrañas aventuras, la descripción del legendario navío y de sus marinos fantasmas con admirable sentimiento de lo lúgubre y de lo terrible, con no se qué desenfrenada y sobrehumana pasión de conocer lo que nadie ha jamás conocido y de penetrar lo inaccesible. Hay en este último relato, cuya siniestra expresión ningún escritor de cosas sobrenaturales ha sobrepujado, hay el sentimiento místico y el terror del hombre ante un secreto que el destino oculta á su mirada sacrílega y que debe pagar con la vida el fatal honor de haber percibido vagamente la entrada, se diría que es el sueño de Vasco de Gama ante el Genio de las Tempestades; están allí pintados los grandes terrores de la humanidad vencida por un Dios celoso.

La curiosidad de Edgardo Poe se aplicaba á veces á secretos de menor importancia y este espíritu sombrío reposaba de sus viajes fantásticos, saliendo en busca de algún ingenioso enigma cuyas combinaciones exponía después de embotelladas con infinita sagacidad y á veces con malicia. En el «*Cadáver acusador*» cuenta por medio de qué enredos y calumnias el verdadero autor de un crimen obliga á los jueces á condenar á un inocente. En otra parte describe, los complicados aparatos que reemplazan en un *Hombre gastado* los miembros que ha perdido, y en una forma chispeante se encarga de resolver el problema de la vida conservada por medios mecánicos.

Pero la obra maestra de este género es *El Escarabajo de oro*; la perspicacia razonada no podría ir más lejos; nada conozco de más singular que esta série de hipótesis cuya exactitud es demostrada por un conjunto de pruebas matemáticas, y en que, tomando uno por uno ciertos signos desconocidos y convencionales los sustituye, mediante un violento esfuerzo de reflexión y con los recursos de analogía, por las verdaderas letras del alfabeto que cada uno representa. En estos trabajos que pudiéramos llamar de psicología se revelan más que en ninguna parte la riqueza de su imaginación y la profundidad de su golpe de vista. El estudio de los abismos del alma lo inquietaba profundamente y dejaba en su espíritu una agitación indecible; nadie como él, podría penetrar tan adentro en las tinieblas de la naturaleza humana, analizar las fuerzas desarrolladas en nosotros por medios ficticios ó

por delirantes pasiones, conocer estos dramas que se representan en el pensamiento, dejarse llevar por los personajes al funesto encanto de una psicología penosa como una pesadilla y desmesurada en sus problemas y en sus esfuerzos; nadie sabría ejecutar una obra como esa sin ser asediado por horrorosas visiones, sin que poco á poco esas visiones interrogadas sin cesar, invadieran la inteligencia ávida de comprenderlas, tanto más cuanto que el delirio es dulce y que mientras más se extravía el pensamiento, más ama al fantasma que lo subyuga.

Es menester leer el terrible cuento intitulado *La Cita*, para ver hasta dónde podía Edgardo Poe llevar la pasión en el drama, la exaltación de los caracteres que pintaba, los vastos horizontes de la otra vida á que precipitaba á los héroes impacientes por reunirse allí. Uno queda como aturdido después de esta embriagadora y rápida lectura. Se diría que esos extraños amantes que se matan, para encontrarse en otra parte, están animados de una vida incorporal de formas tales como las que se entreven en el sueño. Todo es completo en este bosquejo apenas insinuado, una espesa bruma rodea por un momento estas creaciones iluminadas después por chorros de luz. Los personajes se ven, aunque indecisos. El colorido, más que el contorno, hiere la mirada. Se diría que son colgaduras de escarlata y oro sacudidas en una nube. Por un instante, Edgardo Poe, pintor como el Veronés, describe el maravilloso interior de un palacio veneciano, pero el drama lo obliga á apresurarse y en unas pocas líneas revela la solución del secreto buscado y la insensata determinación tomada súbitamente por dos seres desesperados. Se ve que, como verdadero norte americano, es aficionados á estas conclusiones brutales y después de haber penetrado en las almas, le gusta arrojarlas con violencia al abismo de donde no se sale más y donde ellas se reunirán acaso.

En otros cuentos, en *Liyeia*, en *Morella*, su espíritu se extravía en medio de los problemas que presenta; ya es el alma de una madre que reaparece en su hija; ya una primera esposa olvidada que se sustituye á la segunda en el lecho fúnebre donde esta goce á su turno. Poe lucha cuerpo á cuerpo con lo impalpable; vive entre los espectros é interroga á las tumbas. Quiere atravesar la piedra bajo la cual yacen los muertos y conocen el destino de nuestra alma atormentada; evoca á los que ya no existen, los hace sobrevivir y hasta conservan una especie de vago recuerdo de una existencia anterior como en *Los recuerdos del señor Bedloe*. Edgardo Poe se goza con estos fantasmas; tienen para él fúnebres sonrisas y dolorosas revelaciones; pero este curioso insaciable no los ha llamado en vano, persigue el secreto y pretende que se le dé la solución ansiada. Lo que los fantasmas le niegan se lo pide á una ciencia nueva, al magnetismo. En él encontrará quizás el sentido que él ha deseado más en el mundo, el sentido de lo desconocido, esas palabras soñadas por él y que habrían de revelarle todos los secretos de la creación y de la vida. Llegará hasta preguntarse si el magnetismo puede detener á la muerte; para tratar á su gusto de esta cuestión escribirá *La verdad sobre el caso del señor Valdemor*; estudiará los hechos con su ordinaria paciencia y los referirá con su flema y su método de sabio; durante siete meses el hombre está muerto, pero el cuerpo subsiste. Se le despierta, pero ese cuerpo, apenas salido del estado cataléptico, cae, se desmorona, se pudre, la naturaleza ha hecho su obra en un segundo.

Llegado allí, el pensamiento de Edgardo Poe ha alcanzado las regiones fronterizas del delirio; vacila en lo imposible, su imaginación desordenada se agita en vano, pero es tan grande su talento de artista que da extraordinaria vida á esas alucinaciones de un cerebro perturbado, se siente palpitar su alma, sus deseos, sus ilusiones y hasta sus desencantos; se identifica con sus personajes, respira con ellos, sufre sus angustias y sus delirios, se penetra de sus tristezas y de sus terrores, y los sigue en sus espantosos viajes á través de lo desconocido. En todos sus cuentos, habla en primera persona, como si se analizara á sí mismo, como si expusiera lo que él mismo ha sentido y sufrido, como si cantara el poema de su vida.

En sus obras se encuentran aquí y allí las huellas de los acontecimientos que turbaron su vida, como por ejemplo, la muerte de su mujer, de la bella Virginia Clemm, cuyo amor había sido la alegría y el honor de su alma y á quien no debía olvidar jamás. Con su sombra dolorida soñaba, sin duda, cuando escribió *Ligeia ó Leonor*! A ella es á quien representa, diáfana y ligera velando su sueño, viviendo siempre en su corazón. Ah! ¡Cuán grande hubiera llegado á ser si hubiera vivido de este caro recuerdo! Pero la fatal pasión lo arrastraba; «¡Qué enfermedad tan grave la del alcohol!» ha dicho él en alguna parte. Y él pudo escribir, tal cosa, porque fué víctima de esa enfermedad. Creyóse un día que en un segundo matrimonio iba á encontrar de nuevo una vida tranquila, endulzada por las ternuras del amor; debía casarse con una joven americana que,en cambio de su nombre, le daba todo lo que puede constituir el bienestar en este mundo, y próxima á verificarse esta unión, que cualquiera otro hubiera deseado, un delirio imprevisto se apoderó del desgraciado poeta y para romper con toda seguridad las negociaciones comenzadas, mató el último sentimiento de dignidad humana que pudiera haber en el y se presentó á su novia en completo estado de ebriedad.

El destino le había ofrecido un medio de conquistarse otra vez la estimación de los hombres y de ser en adelante tan noble por su conducta como era grande por su genio. No quiso aceptarlo y hasta su último instante sufrió el castigo de este funesto error.

Entretanto, su fama se acrecentaba más y más; talvez se acercaba la hora suprema de un gran triunfo: sus lecturas en Richmond sobre el *Principio de la poesia* habían obtenido brillante éxito. Pero el vicio que tantas veces intentó vencer, vivía aun. Habiendo partido para Nueva York, encontró en Baltimore antiguos amigos; volvió á entrar en una taberna; y cuando salió, ya su razón estaba completamente perturbada. Al día siguiente recogieron en la calle un cuerpo desconocido y lo condujeron á un hospital. Allí murió pocas horas después uno de los escritores más ilustres de los Estados Unidos. No tenía sino 37 años. El *delirium tremens* producido por la intemperancia, había concluído con este gran talento. Su obra sobrevive para asombro de las generaciones, y su sombra, en nombre de su genio, solicita la misericordiosa simpatía de la posteridad.

C. de Mouy

EL PRIMER DOLOR.

I.

Procedían de muy distinta cuna, aunque el mismo hogar los albergara. La pequeña Laurita, amorosamente llamada la *bébé* é ídolo de cuantos la rodeaban, había ya dejado atrás la época en que sus padres se extasiaban contemplándola, cuando se desprendía, inquieta, del regazo de la mujer fresca y robusta que la crió á sus pechos y seguía cuidando de su niñez, para correr á su manera, haciendo pinicos y tambaleándose, con la carita entre risueña y asustada, á los abiertos brazos del padre, quien la subía á sus rodillas con un leve esfuerzo que fingía ser grande.

Juan, el vástago de la nodriza, era compañero y partícipe de los juegos de Laurita, á la vez que su providencia y apoyo; juntos se arrastraban en un principio, por las alfombras de la casa, en seguimiento de la que, por obra de su condición, era madre común, y juntos corretearon, después, por los jardines y rincones de la morada, como juguetones perrillos nuevos.

Estaban ambos en esa dichosa edad que realiza acá abajo la más simpática de las democracias, edad en que son desconocidas las diferencias sociales del rango y de la fortuna. Muy pequeños, se habían rozado y confundido en las faldas de una misma mujer, y sin que tan sencilla confraternidad tuviera allí su término, siguieron corriendo los días y siguieron los chicos llevando la misma primitiva vida

común, entreteniéndose en los mismos juegos y buscando iguales diversiones.

El muchacho, por llevarle alguna ventaja de edad y en virtud de su sexo, prodigaba á la niña los más prolijos cuidados que sus infantiles alcances le sugerían y no desperdiciaba ocasión para ofrecerle sus espontáneas delicadezas. Cogíala de la mano en sus excursiones; á veces, si correteaban por los jardines, tomaba la delantera para levantar á su paso las verdes guías de las enredaderas, que solían barrer el suelo en los tiempos de fecundidad primaveral y en el verano trepaba, como un mico, por los árboles, esforzando su naturaleza y actividad para bajarle la más hermosa fruta que la chiquitina le hubiera señalado con su rosado y puntiagudo índice.

Desde que despuntó en ella la innata afición mujeril á las muñecas, se convirtió Juan en servidor de éstas; su atención entera la dedicó á ese cuidado. Para él fué el trabajo tanto de acomodarles, de gayados trapos, los vestidos como el de zurcirlos y remendarlos cada vez que así lo requerían sus deterioros; y era de ver la cara de satisfecho orgullo con que presentaba en revista á su compañerita y ama el abigarrado concurso de las tiesas cortesanas.

¡Con qué porfiado empeño vencía la resistencia de la chicuela para dejarse arrastrar en la tosca carretilla de madera que servía al hortelano para los menesteres del jardín! Luchaba, en seguida, con la fatiga y el cansancio, corriendo por los enarenados caminos del verjel, hasta que se le acortaba la respiración, y se rendía su cuerpecillo de muchacho precoz y la fatiga lo forzaba á abrir la boquita y á mostrar la roja lengua, cuyo sano color competía con el de las llameantes mejillas, inflamadas por el calor.

II.

Mas, como á todo le llega, temprano ó tarde, su fin, hubo igualmente de morir tan deliciosa sociabilidad infantil, que había ya durado algunos años. Las exigencias de la instrucción interrumpieron bruscamente en la existencia de los dos niños ese encantador preludio de vida, en que chuparon la misma leche, derrocharon las horas en constante recreo y durante el cual sus días se deslizaban en feliz ignorancia de sus personales diferencias, pues eran sus relaciones las de dos buenos hermanos.

Llegó un día que fué de tristeza para todos los de la casa. Era Laurita, en ella, joya que á todos pertenecía y en que todos se miraban y ponían su predilección; cada corazón era un altar dedicado á su culto, y llevársela, fué arrebatarles á esos idólatras sus queridos penates.

En su despedida, cuando desde adentro del coche la reclamaban sus padres, á todos reiteraba su cariño y les prometía que en el colegio á donde la llevaban, rezaría por ellos y que á nadie olvidaría. Desprendióse, por fin, de los brazos que la retenían y partió. Juan su ex-compañero, volvió, entre tanto, cabizbajo y tristón, al interior de la casa, en que el hijo de la nodriza pasaba á ser desde ese instante, un mero sirviente.

III.

Un año estuvo ella encerrada tras los altos muros del colegio y allí desnudóse su inteligencia del infantil ropaje que la vestía cuando á él penetró, agrandándose el horizonte que veían sus miradas de chiquilla. Muy pronto, el espíritu del siglo y de la sociedad que lleva su jurisdicción hasta los patios de la escuela, tocó á la niña con sus manchados y sucios pinceles y dió á su carácter esos toques de disimulo, malicia y coquetería que nunca escatima el trato de compañeras de diversos principios, educación y prosapia.

Durante el transcurso de ese tiempo, Juan sólo se desenvolvía físicamente. Privado de la que había sido su compañera y sin otro afecto que el cariño de su madre, principió á sobrellevar con el trabajo de menudas tareas domésticas, una constante labor de buey uncido día y noche al yugo.

En esas condiciones, las nobilísimas facultades de su alma humana sufrían como de una especie de atrofia; cuanto lo rodeaba era rémora para su desarrollo y los cendales que

cubrían su entendimiento de niño eran hoy los mismos que ayer. Pero, en cambio, la vida parecía haber buscado el equilibrio por medio de un potentísimo desenvolvimiento físico. Era un muchacho de fortísima complexión, rostro agraciado, aunque de líneas atrevidas y algo toscas y cuyo semblante revelaba un caracter suave y un alma inocente.

Hasta que se separó de Laurita, jamás sus pensamientos tuvieron ocupación fuera de la casa en que se había criado; y dentro de ella, todo le era indiferente, menos su madre, la niña y sus juegos. Después de la separación, siguió queriendo mucho á su madre y pensando mucho en la niña y en la época de su vuelta. Contaba, para entonces, con renovar sus anteriores entretenimientos, volver á sus antiguas diversiones y se prometía que los dos meses de vacaciones de que oía hablar á los padres de la niña, habían de ser para ésta y para él un renacimiento de los pasados días. Y forjaba mil proyectos, en la confianza de que el tiempo volaba por sobre ellos á la manera que cruzan por el aire las avecillas: sin dejar huellas ni señales de su paso.

IV.

Era una tarde de alegría en la casa; se esperaba la llegada de los amos, que debían venir con la querida criaturita que un año antes fué entregada á ajenos cuidados para el trascendental encargo de su educación.

Poco á poco, fuése pronunciando el rápido rodar de un carruaje sobre la calzada, y apareció, tras breve rato, en la puerta de la casa, el que conducía á la niña y sus padres. Venía ella con una de sus manitas apoyada en un rimero de libros de dorados cantos, puestos á su lado, en uno de los asientos de la testera del coche.

Acudieron en tropel los criados á recibir á los recién venidos y dar regocijada enhorabuena a la colegiala. Parecía correr, jugueteando en todos los rostros, una brisa de alegría que les daba un jesto de involuntaria y persistente sonrisa.

Allí, en primer término, se encontraba Juan, con la misma sonrisa que los demas; y anhelante, con la graciosa boquita entreabierta, parecía esperar de la que por tanto tiempo había sido para él querida compañera de la infancia, una manifestación, siquiera fuese una frase, que pusiera de realce que la antigua armonía de sus sentimientos no se había desacordado y que aún subsistía aquella confraternidad á que ambos debían muy placenteros recuerdos y tantos gratos entretenimientos.

Frustráronse las esperanzas del chiquillo. La colegiala bajó del coche con el estiramiento de una señorita que ha estudiado el papel que le cabe desempeñar y pasó delante de todos, saludando con una indiferencia rayana en desdén; con el aire protector del patrón para el sirviente. Plegáronse con ésto las alas del entusiasmo y de las esperanzas de Juan y una luz que hería dolorosamente los ojos de su alma, se hizo de pronto en su espíritu de niño candoroso; por vez primera, percibió cuan grande era la diferencia que entre ellos mediaba y que marchaban por senderos que talvez jamás habrían de cruzarse en este mundo. ¡Quién sabe si, andando el tiempo, llegaría á creer que hay quienes nacen condenados á arrastrar con penas y trabajos el carro de la vida, mientras otros encuentran en ella blandos cojines, desde donde, aijada en mano, estimulan la dura tarea de los conductores!

Siguió á la zaga del grupo, que acompañó á la niña hasta una sala á que había penetrado, y sin darse cuenta de lo que hiciera, paróse en ese sitio, apoyado en una las jambas de la puerta. Miraba para adentro y lo único que sus sentidos le trasmitían era una intensa aflicción que parecía subirle del corazón y atajársele en la garganta con un dolorcillo punzante que casi le ahogaba. En ese momento era un vaso colmado hasta los bordes, y el más tenue sacudimiento haría rebosar la hiel que contenía.

La madre de Laurita, que aguardaba que el pobre muchacho se alejara, fué el instrumento del recio golpe; al notar que permanecía allí, de pié y como alelado, sin tener cuando moverse, le disparó la flecha que traidoramente rompió los cristales que encerraban un dolor próximo á desbordarse, dándole esta orden que sonó en los oidos del niño como el chas-

quido de un látigo: ¡á la cocina, chiquillo! Coloreóse, al punto, el rostro de éste, de vivísimo carmín y sus ojos, entonces apagados y mansos como los de un ternerillo, se preñaron de lágrimas, é inclinada la cabeza, vergonzosamente corrido, obedeció el mandato.

Luego, en la cocina, en uno de sus rincones, se escuchaban entrecortados sollozos y de vez en cuando, el rumor acallado de las palabras de consuelo y de las caricias de la antigua nodriza.

E. EZETA.

Setiembre 30 de 1898.

CARTA

—

Quito, Junio veinte y tres
Del año noventa y siete.
Señor don Andrés Rufete,
Santiago. Estimado Andrés:

Pues que lo exiges así,
Con prisa por demás harta
Respondo á tu amable carta
Que ayer no más recibí.

¡Detente! No hiperbolices
En mi alabanza: aborrezco
Lo falso, y yo no merezco
La mitad de lo que dices.

¡Y que! ¿No reparas, hombre,
Que, sólo, entre tanto elogio,
Faltó decir que mi nombre
Está en el martirologio?

Pero mi cariño abona
Tus palabras de alajú.
¿Qué cosa no se perdona
A un amigo como tú?

Tú tienes el privilegio
De haber sido mi conciencia
En mis horas de inocencia
De azotaina y de colegio;

Y, no obstante me desato
Contra tí como una furia,
Porque en tiempos de penuria
Solicitas mi retrato.

Y esa penuria no es otra
Que la escasez de dinero,
Escasez que se halla á cero,
Y con todo me enquillotra;

Pues acá para *inter nos*,
Baratarias sin orillas
Me ofrecen; mas, de rodillas,
Me pongo sólo ante Dios.

Y así, en caso tan siniestro,
No es otra mi ocupación
Que recitar «*el pan nuestro*»....
Con inmensa devoción.

Pero como á tí, en verdad,
No puedo negarte nada,
Aunque es mi vida apurada
Y me hallo en adversidad,

Si es que tú no me lo impides
Ni desdeñas lo barato,
Haré yo mismo el retrato
Que con tanto afan me pides.

Y lograré complacerte
Sin derrochar larga suma;
Pues tengo, por buena suerte,
Para dibujar la pluma.

Corro en busca del espejo
Imagen quiero sacar
Donde me puedas hallar
En espíritu y pellejo.

¡Pero el espejo lo han roto
Las niñas!..¡Cómo ha de ser!...
Sirvan, pues, de espejo ignoto
Los ojos de mi mujer,

Lo mismito que á Quevedo,
Dos maravedís de luna,
Brillando como con miedo,
Me alumbraron en la cuna;

Mas lo diré en buen romance,
Yo soy, aunque ello me duela,
Como el autor del romance
Vine á ser tu pretenmuela.

El sino de ese bribón
Bien pudo servir de tinta;
Mi suerte no es muy distinta,
Pero es buena en conclusión.

Mas bien que alegre y festivo,
Soy melancólico y triste;
De la algazara me esquivo
Y el orgullo me hace chiste.

Mi cuartana es de león
Dijo Quevedo, y fué poco...;
Mas yo, ni soy retozón
Ni soy helado tampoco.

Aborrezco seriamente
La ociosidad y el descanso,
Como un cordero soy manso,
Y, sobre manso, indulgente.

De la clase libertina
Huyo como una mujer.
Y, enemigos, ni en la China
Me los quisera tener.

Pero con quien se desboca
Y me ofende sin motivo,
No callo y me muestro altivo
Y firme como una roca.

También tengo mal cariz
Para aquellos mamarrachos
Que, cual si fueran muchachos,
Se burlan del infeliz.

Por más que poco utilice,
Yo á nadie caracoleo;
Y si á nadie fiestas hice
¿Quién me pudo hacer un feo?

No me gustan retorcijos;
Soy honrado sin embrollo,
Y tierno como un cogollo
Para mi esposa y mis hijos.

Y ya no hay más que decir
De mi semblante moral.
Paso ahora á describir
La envoltura material.

Hablándose de retratos,
Este es muy serio busilis;
Pues conozco mentecatos
Que pueden echar la bilis

Por los ojos y la boca,
Si se les dice tan sólo,
Que no son el mismo Apolo
O tienen belleza poca.

Yo pienso de otra manera...
Pero vamos, mi figura
Es cosa que desespera
Por su malísima hechura.

Y no es falso testimonio
Que me levanto á mi mismo.
¡Si pienso que ni el bautismo
Merecí! Soy un demonio.

(De feo quiero decir)
Pues soy largo...mucho nó,
Porque hay otros mas que yo.
(Es preciso no mentir).

Tanto he venido á secarme,
Que tal vez, no peso un gramo;
Mas no podría ganarme,
En la carrera ni un gamo.

Con esto hubiera podido
Ser famoso militar,
Pero Dios no ha permitido
Que me dedique á marchar.

Soy....(lo digo sin rodeo,
Pues ello á mi no me aterra)
El mas feo de la tierra,
El modelo de lo feo.

Y no obstante, siempre estoy
Tan contento con mi suerte,
Que lloro al ver que á la muerte
Cual todos corriendo voy.

Mi cutis es de manera
Que por poco no lo arranco,
Es como el de otro cualquiera,
Esto es, ni negro ni blanco.

De mi mejilla en la piel,
Acaso el aire del mar
Fué quien hizo marchitar
La lumbre de algún clavel.

Tan pálido estoy, que cierto,
Si me vinieran antojos
De mentir que me hallo muerto,
Bastara cerrar los ojos.

Mi cabello no hace pasas
Ni es indómito y protervo,
Ni es rubio como las brasas:
Negro es como ala de cuervo.

Mi frente es amplia, aunque ser
Justamente debió así,
¿Dónde pudieran caber
Mis locuras sino allí?

Ni como genio de suegra,
Ni muy anchas ni delgadas,
Mis cejas, algo inclinadas,
Son de color negra, negra.

¿Y mis ojos? grandes son,
Y parecen, por su azul
Y su poca irradiación,
Dos turquesas de Serpul.

Con mi figura incorrecta
Bien mi nariz se conjunta,
Pues, grande y chata, despunta
Hacia los cielos directa.

Mi boca no es desmedida,
Ni tampoco es diminuta,
Ni está de pelos barrida
Ni puedo llamarla hirsuta

Son bastante desiguales
Mis dientes ¡pero eso es nada!
No todo ha de ser panales
Ni néctar y agua rosada.

Y paro aquí, pues me asalta
Temor de dañar esta obra,
Dispensa tú si algo falta
Y haz lo mismo si algo sobra.

Bien dije: aquí la remato,
Y la envío; mas procura
Ponerle buena moldura
Para que gane el retrato.

Aunque estoy á gran distancia,
Vas á verme noche y día.
¡Has hecho inmensa ganancia!
Tu amigo ANTONIO ALOMÍA.
(Ecuatoriano)

GABRIELA.

(Cuento fantástico).

Los sueños son como la espuma de las olas, que apenas formada se desvanece.

T. Hoffmann.

Así escribió Lorenzo el estudiante, el día que soñó con la dicha, la historia de su amor; y así está escrita en el viejo libro de su muerta esperanza.

¿Pueden sondearse acaso los misterios del alma en la niñez? Impresiones vagas de un mundo incoloro, la confusión, el cáos del pensamiento y los sentidos. Entonces no amamos ni sufrimos, pero cierta intuición misteriosa nos hace entrever el porvenir oscuro con sus ensueños, sus quimeras, sus aspiraciones eternas y sus pobres realidades.

Lanzado en el mundo de los vivos, busqué con ansia febril la luz y la sombra, lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro. Quise comprender la ley de los contrastes para admirar lo bello, abrazar el bien y amar la luz. En la naturaleza todo es color y armonía; la humanidad debía también tener su sombra y su reflejo.

Sentía en mi pecho aspiraciones desconocidas, ideales vagos, eternas ansias por esa vieja quimera que la lengua no sabe definir, pero que el corazón desea con insaciable ardor: aquella que la esperanza llama dicha. Quería buscarla en el seno del mundo y para hallarla necesitaba luz. Lanzé la mirada en derredor y no ví nada, sino un nuevo cáos, una nueva confusión; no vi los contrastes, ni la luz ni la sombra; el mundo era gris.

La vida pasaba ante mis ojos como un fuego fátuo, que al tocarlo se desvanece; nada comprendía de sus misterios ni de sus emociones, y encerrado en mi corazón, llegué á pensar que en él estaba la deseada luz.

Sí; allá muy adentro de mí mismo dormía una extraña evocación de un tiempo que debió pasar por mi conciencia, y que la memoria no

recordaba ya; pálido reflejo del perdido paraiso á que mi alma rendía un culto misterioso, amándolo como á la esencia de la vida. Cuando, soñando olvidaba mis miserias, aparecía como el celeste mensajero de un mundo nuevo, inundado de luz y de armonía; en esa imagen personificaba yo el fantasma de la dicha, al través de los azares de la mísera existencia, y cuando mi alma necesitaba fe para sus acciones, esperanza para sus dolores, allí encontraba su aliento y su consuelo.

Aquella imagen divina, incorporea, era ella, el ideal: Gabriela...

Sí, Gabriela, quise encaminar hacia tí mis alegrías y mis dolores, pero no supe encontrarte, eras el ideal, pero un ideal informe, vago, como son las apariciones que vemos en los sueños; eras la luz pero no alumbrabas ni á mi corazón, ni al mundo que continuaba desnudando nebuloso, gris, sin sombra ni reflejo. Tu eras el aliento de mi vida, y sin embargo, no eras ni siquiera una esperanza. Te llamabas el ideal, pero debías tener forma; eras el fin supremo de la existencia, y mi alma sin embargo vagaba perdida en tanto que la tuya silenciosa é informe, á pesar de su ardiente resplandor, no vivía quizás sino en los sueños de mi loca fantasía.

¡Misterio indefinible! Eras mi todo, y mi todo era la nada!... Espantosa contradicción, que mataba la esperanza; la nada... he aquí la última palabra del libro del destino.

Ideal fantástico que no sabes alumbrar los misterios del mundo, que no sabes dar un objeto á los dolores de la existencia, sal de mi pecho, y deja sepultarme en las tinieblas del universo gris. Tu luz es una quimera, y la esperanza sublime que me hiciste abrazar, una mentira cruel.

¡Ah Lorenzo! Corre y refúgiate en los miserables detalles de ese mundo opaco é incoloro, que despreciaste ayer; aprended á reir y á gozar, como rien y gozan los mortales; deja que en el seno de tu corazón decrepito duerman los ideales olvidados; aquella luz purísima que iluminó tu vida miserable, brillará eternamente, pero es inútil que busques su reflejo, porque tu corazón es negro, y lo negro es impotente para conocer la luz.....

Desde la cumbre de un cerro veia al mundo sumergido en la sombra, mientras las ráfagas nocturnas helaban mis miembros; el universo estaba negro como aquel corazón en que la luz no sabía reflejarse.

En el brumoso cielo apenas se distinguían algunas estrellas lúgubres, solitarias, dejando ver al través de las nieblas una luz pálida é inerte. Era la oscuridad, la negra oscuridad que tendía sobre la creación su fúnebre manto: allí no había ni podía haber contrastes ni armonía.... aquéllo era lo negro, la nada. Todo dormitando helado en torno de mi corazón helado también

Pero más allá, en el horizonte, se dibujaba vagamente una faja blanquisca, que creciendo en brillo y estensión, invadía el cielo, ahuyentando la densa oscuridad; en la dormida tierra, dibujabanse los suaves contornos de la naturaleza, y poco á poco fue hecha la luz.

El mundo parecia despertar y mostrábase palpitando de exhuberante vida bajo un cielo purísimo, teñido con los tintes incomparables de la aurora; los árboles, los arroyos, las verdes praderas, los montes, y los valles, aparecían de entre las vencidas tinieblas, magnificamente iluminados, mostrando la gallardía de sus formas, sus sombras, sus colores, sus reflejos: el conjunto sublime de lo bello, de viejas y siempre nuevas armonías.

Y mi corazón, entretanto, desde el seno de su eterna oscuridad, gritaba ansioso pidiendo luz. ¿Porqué no le sería dado tambien vivir como vive la creación entera? ¿Porqué había de haber fuera color y belleza, y adentro solo tinieblas, soledad y frío?

¡Ah! sol esplendoroso, yo te saludo como al señor del mundo; deja que mis ojos contemplen, á ti que con tus rayos haces surgir de la nada, tantas maravillas! Y arrobado, lleno de adoración ferviente, dirigí mi vista al cielo, allá donde radiaba la portentosa luz del astro rey.

Miré pero no vi, un inmenso fulgor me deslumbró; aquella luz tampoco se había hecho para mi. Y entonces una voz que había otras veces escuchado, habló á mi corazón. Esa voz decía así:

¡Lorenzo! No mires cara á cara, lo que al

hombre no es dado contemplar. Ha llegado la hora de evocar los recuerdos de tus pasados dolores, y buscar en ellos el secreto de tu locura. El mundo acaba de manifestársete; ese ideal que duerme en tu mente no es un sueño, más no le mires, porque como el sol, deslumbra y quema. Ilumina si, con él, los senderos de la existencia, y aprende á amar... ¡Busca á Gabriela!

Y entonces amé: amé la vida, sus ternuras y sus miserias, comenzé á percibir el bien y el mal: la luz y la sombra; la armonía sublime del gran todo y la disposición misteriosa de los detalles: mi corazón latía á impulsos de un sentimiento indefinible y nuevo. Aquellas ansias vagas, aquellos irrealizables y desconocidos deseos, iban transformándose y adquiriendo color y vida; era el preludio del gran misterio del amor.

Corrí como un loco en busca de Gabriela. ¿Sabía acaso el fin de la jornada? ¿Sabía donde estaba el viejo ideal que renacía humano, tierno y sonriente de las ruinas de mis quimeras?

.....

Era de noche: la luna brillaba sumerjida en el éter: una brisa suave, tibia, sonriente, hacía temblar apenas las hojas en las sombrías arboledas; la naturaleza parecía una vieja amiga que hablaba á mi corazón, narrándole la historia de sus dolores, y repitiendo piadosa el himno sublime de la esperanza antigua que volvía á nacer. Los árboles, las flores, los aromas, el aire, la luz, la creación entera, encerraban para mi corazón un recuerdo, una plegaria, un dolor del pálido pasado.

Si; allí debía encontrar á Gabriela, esos eran los mudos testigos de mis amores y de mis sueños. Algo como un fantasma de los tiempos olvidados surgía sonriente de aquellos sitios que anhelante recorría, pero mi confuso cerebro no sabía unir el pasado y sus dolores, con el porvenir y sus esperanzas... La luz no se había hecho, pero la vida era ya algo más que un vago sueño, sentíala palpitar dentro de mí, y en el seno de la viviente creación.

Y mientras cruzaba delirantes las oscuras avenidas de un jardín, la realidad entraba á torrentes en mi conciencia, mostrándome el secreto de los sueños, de los pesares y de los amores.

¡Lorenzo! Estás cerca, muy cerca del ideal que eternamente soñaste; exclamó una voz fantástica, desconocida que suspendió los latidos de mi pecho; el amor que con tus delirios ultrajaste, se apodera de tí y el mundo te recobra.

Las caprichosas siluetas de los antiquísimos árboles del huerto, se destacaban poderosamente en el puro azul de aquel cielo magnífico; la luna brillaba espléndida, y los planetas, surgiendo del seno de la tibia atmósfera, parecían despedir rayos de amor, de dicha y de esperanza.

Gabriela: sí, allí debía estar; en otro tiempo mi alma la había conocido, y aquel huerto, aquella noche, la hacían recordar... Bella esperanza, único ideal de mi oscuro corazón ¡yo te bendigo!

Pero los ecos de aquella voz, que otra vez había escuchado, hablaban nuevamente con aquel timbre, monótono, aterrador que oímos en las pesadillas.

—Pobre loco, eterno soñador que crees en lo increible, te conozco... Yo soy el destino. No se ama como á mujer lo que se ha adorado como á Dios: la realidad que pretendes ver es una sombra, un sueño en otro sueño. Buscas la dicha y te arrebatas ante un reflejo vano ¡vuelve, insensato, al caos que quisistes alumbrar en tu demencia! ¡Tampoco esta luz se ha hecho para tí!

Pero aquella voz fatídica, debía mentir; el paraíso estaba ante mis ojos y sabía ya que el alma, la creación y los sentidos, no eran una pesadilla cruel. El corazón se había abierto á la ternura, la mente á la esperanza, la vida á su fin supremo. Huye, sombra aterradora, y déjame amar.

El Dios que puso en mi alma deseos infinitos, no ha de darme por único destino las sombras eternas de donde sales tú.

Y al través de la distancia y el tiempo, siempre ilógicos, apareció delante de mi la imagen adorable de Gabriela; pero ya no radiante y deslumbradora como en otro tiempo, sino humana, rebosando de vida y juventud, tierna como el amor, bella como la esperanza, compendiando en su mágica persona, las magnificencias del mundo y los delirios de mi pobre

corazón. Todo cuanto había en mí de grande, de infinito, de tierno, fué á postrarse ante sus divinas plantas, y allí Lorenzo, le dijo que la amaba, como se ama á la vida y como se ama al ideal; que sus pensamientos fantásticos y vagos, su adoración por la belleza y por el bien, todo se refundía en un sentimiento único lleno de verdad, humano, grande y tierno ante aquella aparición celestial que reflejaba su luz purísima, en las tinieblas de su corazón, abierto á la esperanza y á la vida; que la nébula informe del universo gris, huía vencida ante el hechizo de su mirada, al latir de su pecho, al sonido de su voz: le dijo que ella era su fin, su esperanza, su consuelo y el aliento de su vida...

Y Lorenzo sentía otras cosas, que su lengua no supo espresar.

Y al despertar de aquel sueño bendito, mi alma parecía abierta á una nueva juventud, y la luz del día naciente, parecióme más pura... Prolonga conciencia mía tu deliciosa quimera, y deja, como antes, que pase la vida cual un fuego fátuo.

Y aquí concluye lo que escribió sobre su amor y su sueño, Lorenzo el estudiante.

Aristides.

LA VIDA DE UNA FLOR

I.

¿No veis aquella rosa que asoma placentera
En medio del follaje la purpurina faz?
Sobre su dócil tallo la brisa pasajera
La mece blandamente con armoniosa paz.

En apacible valle la selva misteriosa
Se impregna de perfumes, que esparce en derredor;
Alégrase natura, porque ella es tan hermosa
Y admírala el torrente que pasa bullidor.

Parleras avecillas de nitido plumaje
Se ven sobre sus hojas, lijeras revolar;
Del aura en los albores al plácido ramaje
Sus tímidos cantares acuden á entonar.

El aire, el sol, las aves por reina la proclaman;
Emblema es de esperanza, de cándida ilusión;
Con ella sus amores se cuentan los que aman
Y al canto de los bardos le presta inspiración!

II.

Allá tras las montañas el sol se va ocultando,
Su luz, sus rayos de oro también se van en pos.
El ave busca el nido, las sombras van llegando,
La tarde que se muere le está diciendo adios.

Un viento helado sopla, sobre sus alas lleva
Las hojas de mil flores que arranca del pradel,
Y cuentan á la selva la dolorosa nueva
De que ya está marchita la reina del verjel...

¡Cuán breve fué la vida de la encendida rosa!
Perdió de sus colores el tinte sin igual,
Secáronse sus pétalos... La noche tenebrosa
Vertió sobre su cáliz un bálsamo letal.

¡Ay! quién jamás pensara que cual un sueño
Con rapidez pasara su brillo y juventud! [triste
La tarde ya se ha ido; la rosa ya no existe;
El hado trocó impio su gracia en senectud...!

También las ilusiones osténtanse radiantes
Tendiendo hacia los cielos sus alas de zafir;
Mas, luego de las penas los soplos enervantes
Al horizonte oscuro las llevan á morir.

Carlos A. Adrover D.

EL PAGO
DE LA
CONTRIBUCIÓN DE PATENTES

Estando aun pendiente en esta ciudad el pago del impuesto de patentes correspondiente al segundo semestre del año en curso, parece oportuno estudiar las condiciones en que esta contribución se ha de pagar, especialmente con respecto á la matrícula que deba tomarse como base.

La cuestión, en sí misma considerada, no presenta dificultad alguna; pero la práctica de nuestra Municipalidad, disconforme en este punto con la ley, da relativo interés á la exposición que me propongo hacer, de los principios aplicables á esta materia.

Desde la vigencia de la ley de comuna autónoma, la I. Municipalidad de este puerto ha venido sosteniendo que la matrícula de patentes formada un año comienza á regir desde la fecha de su publicación y debe servir para el pago de la contribución correspondiente al segundo semestre de ese mismo año. Así, en Septiembre último, el señor Tesorero Municipal, representante legal de la corporación para estos efectos, publicaba en uno de los diarios de esta ciudad un aviso que á la letra, decía: «Estando vencido el término fijado por la ley para el pago de este impuesto (el de patentes profesionales, industriales y para bebidas alcohólicas), se avisa á las personas que no tengan reclamos contra la matrícula que pueden desde luego pasar á esta oficina por sus patentes». Se deduce con evidencia de estas palabras la interpretación legal que la Municipalidad sostiene: si llama á pagar la contribución sólo á las personas que no tienen reclamos contra la matrícula, es porque cree que respecto de las otras no existe aun la base del impuesto, la matrícula definitiva.

Tal es la doctrina que, á mi juicio, está en completo desacuerdo con la ley: considero que, dentro de la letra y el espíritu de la ley de Municipalidades de 22 de Diciembre de 1891, que es hoy la que regula el impuesto de patentes, no cabe sino sostener que la matrícula formada un año solo viene á servir para la recaudación durante el año siguiente. Hay numerosas consideraciones, derivadas de la ley misma, que confirman este aserto; enunciaré, en seguida, las principales.

El art. 52 de la referida ley municipal establece que «los contribuyentes pagarán en la Tesorería Municipal, por mitad en los meses de Febrero y de Agosto, las cuotas que les correspondan por el impuesto de patentes», y el art. siguiente, dando sanción al anterior, preceptúa que «los tesoreros municipales cobrarán judicialmente á los deudores morosos y éstos serán penados con el uno por ciento de interés mensual». Debe, pues, quedar realizado *en 31 de Agosto* el pago de la patente correspondiente al segundo semestre de un año; después de esa fecha, los contribuyentes caen en mora y el tesorero municipal tiene la obligación de cobrarles judicialmente. Mientras tanto, el art. 48 de la misma ley dispone que: «la municipalidad ordenará la publicación de las dos listas (la de avalúos de los haberes y la de matrícula de patentes) desde el *día 1.º al día 10 de Septiembre* en un periódico del departamento.» En consecuencia, conforme á estas disposiciones legales, el pago del impuesto correspondiente á la segunda mitad de un año, debe estar ya hecho y terminado cuando aun no se conoce la matrícula de patentes formada ese año. ¿Es posible, según esto, imaginar siquiera que el legislador haya incurrido en el absurdo de trastornar en tal forma los hechos que el antecedente se produzca después de la consecuencia, colocando así á los encargados de aplicar la ley en la necesidad de violar algunas de sus disposiciones? Seguramente, aun cuando hubiese en la ley precedentes en contrario, que no los hay, sería en todo caso preciso respetar el precepto expreso terminante que ordena que el pago del segundo semestre de patente se haga durante el mes de Agosto, y, sentado este principio por la fuerza sola de las cosas, se llegaría á la conclusión de que ese pago debe efectuarse en conformidad á la matrícula formada el año anterior, única que se conoce durante dicho mes.

Todavía mayor evidencia adquieren estas observaciones si se consideran los plazos fijados por el lejislador para la tramitación de los reclamos contra la matrícula de patentes. Conforme á la citada ley municipal (arts. 49, 50 y 51), los interesados pueden reclamar de los avalúos hechos en la matrícula hasta el 20 de Septiembre; el juez debe tener resueltas todas las reclamaciones el día 20 de Octubre; la apelación contra las resoluciones del juez dura hasta el 30 de Noviembre, y sólo del 5 al 15 de Diciembre viene á publicarse la matrícula definitiva con las reformas hechas por los tribunales. Si la intención del lejislador hubiera sido hacer servir la matrícula para el pago del segundo semestre del año ¿no habría reducido estos plazos, relativamente largos, hasta aproximarse la fecha de la publicación definitiva á la época del pago? En todo caso, el dejar separadas estas dos fechas por un espacio de cerca de cuatro meses, en las condiciones que lo pretende la teoría que rebato, entrañaría una injusticia y daría lugar á abusos: importaría una injusticia, por cuanto dejaría obligada al pago inmediato de la patente al contribuyente que se conforma con la clasificación que de su industria se hace en la matrícula, mientras que daría un plazo de varios meses al que pretendiese obtener una reducción sobre el avalúo que la Municipalidad le ha fijado; y podría ocasionar frecuentes abusos, pues incitaría á los contribuyentes á que, sin fundamento alguno y por sólo obtener el beneficio de este plazo, reclamasen contra la matrícula.

Por otra parte, el art. 51 antes citado ordena que las «listas de avalúos deberán ser por segunda vez *íntegramente* publicadas por la Municipalidad, desde el día 5 al 15 de Diciembre». Si fuera exacto que la matrícula de patentes ha servido ya para el pago de un semestre en cuanto se refiere á los contribuyentes que no han interpuesto reclamo, no se comprendería qué objeto pudiera tener la nueva publicación íntegra de esa lista. Pero, por el contrario, en éste, como en todos los demás detalles de la ley, se ve patente el propósito de preparar por medio de estos trámites la matrícula que ha de rejir en el año siguiente.

Bastan las anteriores observaciones para dejar demostrado que, dentro de los principios legales, tan sólo puede sostenerse que la matrícula confeccionada un año sirve para el cobro de la contribución durante todo el año que siga.

Demás considero enunciar las consecuencias que naturalmente de este sistema se desprenden: si el pago de la patente del segundo semestre se hace conforme á la matrícula del año anterior, es obvio que no pueden tomarse en cuenta para el cobro de ese semestre las reformas introducidas en la nueva matrícula que se haya formado y que tampoco puede exijirse patente á las personas ó establecimientos que, no apareciendo en la matrícula anterior, aparezcan sin embargo en la de ese año. La contribución de patentes sólo se debe en cuanto los contribuyentes figuran en la matrícula; lo restante que se les pretenda exigir no puede mirarse sino como cobros ilegales.

Carlos Vicencio.

SOLILOQUIO DE UN ESCRITOR

Son las 12 de la noche. ¿Por qué elijo yo esta hora para escribir? No lo sé. Pero en la noche, en medio de su silencio, de su calma, siento que las ideas brotan de mi cerebro, como á la luz confusa del crepúsculo brotan las estrellas del fondo azul del firmamento. Y todo me incita á comunicarlas á los demás. La pluma se agita impaciente entre mis dedos; las blancas cuartillas de papel que la luz incierta de la vela ilumina á intervalos, porque mi aliento la hace vacilar y estremecerse sobre sí misma, parecen desafiarme. El tintero me dice: «Mira, soy negro: mi fondo es oscuro,

penétralo en medio del silencio de la noche que todo lo agranda, que todo lo poetiza; la noche es oscura y sombría como yo; en ella lucen los puntos luminosos que la ciencia llama estrellas; en mi fondo se ocultan los rayos de luz que los escritores llama *sus ideas*; ellos me las roban y se visten con lo mío; yo te las comunicaré, pero ahora, en la noche, en medio de su calma, porque yo la amo á ella, la tierna virgen enlutada que pasea los espacios arrastrando en su manto de tinieblas camafeos de brillantes.»

Y al mirar las cuartillas, en medio de mil extravagantes pensamientos se me ocurre: si no serán las estrellas que titilan en lo alto antorchas que, un poco de viento el hálito de un jigante talvez, hace vacilar.

E instintivamente miro al cielo.

¡El cielo! Cuántas veces en mis sueños de muchacho he creido encontrarme en esa mansión de la felicidad y me he visto flotar en medio de los astros, rodeado de mil mundos imaginarios, de mansiones do moran la alegría y el placer, de bellas vírgenes que como las ondinas del lago flotan en el eter vaporosas y bellísimas! Cuántas veces he creido encontrarlo aquí en la tierra! Cuántas he pretendido condensar su inmensidad en un espacio de este suelo!

¡El cielo! cuántas veces ya mas viejo, sentado en el ancho corredor de la casa solariega de mis padres he pasado largas horas contemplándole con las manos juntas, el alma sumergida en un letargo sabrosísimo, evocando los espectros del pasado, pensando en las horas de felicidad y en las horas de tristeza, en los cánticos de amor y los himnos de alegría y en los lúgubres gemidos del dolor y la amargura!

El cielo! por la inmensidad del espacio vagan nuestras miradas, cuando mudos los labios, el alma en suspenso, entonamos un himno al amor y á la naturaleza las manos de la amada entre las nuestras! En la inmensidad del espacio se fija nuestra vista cuando cansados de la tierra, hollados por la desgracia, buscamos con ojos anhelantes un consuelo que el mundo nos niega inexorable! Con la mirada en el cielo se entrega la virgen pudorosa á sus sueños de amor y de ventura y al cielo dirige sus ojos en acción de gracia si esos sueños llegan á cumplirse! Con la mirada en el cielo han vivido los santos su vida de abnegación y de heroismo y hasta los malvados en medio de sus crapulas y vicios dirigen al cielo sus imprecaciones y blasfemias!

Todo en el cielo es poético. Iluminado por el sol, tiene el cielo, la poesía de la fuerza y la fecundidad; iluminado por la luna, la poesía de la paz y la dulzura: simplemente estrellado, la poesía del misterio; encapotado y tempestuoso, la sublime poesía del terror.

El sol alegra y rejuvenece, las estrellas nos elevan á Dios, la luna nos sumerje en un plácido sueño de dulzura. Los rayos del sol son ardientes y vivos, los de las estrellas misteriosos y suaves; los de la luna pálidos y tímidos. Las nubes son blancas gasas con que se viste el cielo; á la muerte del día se tiñen con su sangre; los pálidos rayos de la luna les devuelven su blancura. La tierra es pequeña, el cielo inmenso. En la tierra cuesta trabajo encontrar á Dios, todo lo invade el orgullo de los hombres; en el cielo se le encuentra con mirarlo. El hombre es el rey de la creación por eso mira al cielo, los brutos mira constantemente hacia la tierra.

(Siento que golpean á mi puerta)

¿«Quién es?»

—«Soy yo, Edgardo son las 2 de la mañana».

(Es el angel rubio de mis ensueños que vive conmigo en un nido de amores de color de rosa).

—«Voy, angel mío. ¡Cielos! no he escrito ni una linea!—Será para mañana!

MARIO GARCÍA.

REGLAS DE DERECHO

APLICABLES Á LOS AUTÓMATAS

EN

RELACIÓN CON EL PÚBLICO

Un fenómeno modesto y casi inadvertido de la vida mercantil moderna es el proveer por medio de aparatos que en su mecanismo tienen el principio de su movimiento á la venta de algunos objetos (cigarros, licores, chocolates) ó á la prestación de algunos servicios (peso del cuerpo, medida de las fuerzas, música, panoramas, etc.) ó también á la emisión de pólizas de seguros.

¿Qué principios de derecho son aplicables en las relaciones del público con tales autómatas?

Desde luego, se producen ellas en realidad entre dos personas, una que expone el aparato y tácitamente declara querer conceder su uso, y otra que con el hecho de introducir la moneda, tácitamente muestra su voluntad de servirse de él: hay, en consecuencia, un negocio jurídico bilateral, ó contrato.

En cuanto la obligación del promitente no nace antes de la introducción de la moneda, el contrato habrá de clasificarse entre los llamados *reales*, en los cuales, para que sean perfectos, es necesaria la tradición de la cosa á que se refieren. Y puesto que el aparato automático no es sino un medio material que sirve para la conclusión del contrato, no estando presente el contratante verdadero, el que lo expone, ni recibiendo él la declaración de voluntad de la otra parte, el contrato es entre ausentes.

Como no se trata aquí de donar y el dueño no tiene en mira simplemente el hecho de la tradición de la cosa, considerado en sí mismo, más atiende al resultado económico que quiere obtener, ó sea al precio, existe una verdadera relación obligatoria. Aunque en casos excepcionales los autómatas regalen figuras, avisos, etc., con propósitos de propaganda, hay siempre el concurso de dos voluntades, pues el mínimo valor del objeto no quita que se deba admitir la convención, bien que gratuita.

Acerca de qué significación jurídica tenga el hecho de exponer al público un autómata, están divididas las opiniones: unos ven allí una simple invitación á hacer una oferta sin obligación correlativa; otros una promesa hecha públicamente; los demás, una propuesta.

No es aceptable la primera opinión, porque la oferta consistiría en introducir la moneda ¿pero dónde estaría la aceptación? Esta no se concibe sin el conocimiento previo de la oferta y quien expone el aparato, nada sabe de las ofertas particulares.

Tampoco lo es la segunda, porque tal promesa tiene por objeto una compensación por el cumplimiento de un determinado hecho útil al promitente ó al público en general, y obliga aun si quien lo ejecuta no tiene la intención de adquirir un derecho. Por el contrario, la persona que se sirve del autómata tiene la intención de obligar al dueño de él; falta en el hecho suyo toda utilidad privada ó pública y el carácter *remunerativo* de la promesa aquí no se ve en manera alguna.

Es, pues, una verdadera propuesta: el dueño del autómata declara su voluntad de obligarse para con quien quiera que introduzca la moneda prescrita sin más formalidad, y verificada la introducción, *ipso facto* queda el contrato definitivamente perfeccionado y produce todos sus efectos legales. La propuesta no es hecha á un particular, sino á la generalidad del público: lo que era objetivamente cierto, pero subjetivamente incierto, esto es la persona del otro contratante, llega á determinarse merced al hecho de la aceptación tácita cuando el contrato se perfecciona. Si en el derecho romano es discutible la validez de la propuesta *in incertam personam*, no cabe vacilación en el derecho moderno que reconoce los títulos á la orden y al portador.

La aceptación, en el caso nuestro, resulta de hechos concluyentes, como introducir la moneda, subir sobre la plataforma de la romana, etc., ejecutar, en suma, cuanto ha sido prescrito por el proponente. Se perfecciona el contrato en el momento de la aceptación, porque, aun por aquellos que siguen la teoría

del *conocimiento*, se considera perfecto el contrato con la aceptación cuando el proponente ó la costumbre requieren la ejecución inmediata.

Y es lo que ocurre en los automatas. Se pueden distinguir tres categorías de autómatas: 1.° los que dan lugar a contratos de compra-venta, y son los más frecuentes. 2.° los que dan lugar á prestaciones de servicios y de las cuales nace un arrendamiento. El que se sirve del autómata es arrendatario, el que lo expone es arrendador. De arrendamiento de cosas no se puede hablar porque falta la detención del objeto. No dificulta el negocio jurídico el que el servicio no se preste directamente por el arrendador: como él puede prestarlo por medio de un sirviente, puede también prestarlo mediante una máquina. Débese atender al resultado del contrato, nó al medio. 3.° Autómatas de seguro contra accidentes de viaje. Son empleados en Inglaterra y en Basilea. El que introduce una moneda en ellos situados dentro de las estaciones de ferrocarril, retira una póliza que constituye el título para el seguro, cuya prima es representada por la moneda introducida. El asegurador se obliga para con quien, en el momento del desastre, esté en posesión de la póliza; y para impedir las transferencias fácilmente dolosas está establecido que no se reconoce por válida la póliza si no lleva la firma del poseedor. Así la perfección del contrato de seguro mediante los autómatas está sometida á la condición de la firma del que ha retirado la póliza y se encuentra en posesión de ella en el momento del desastre. Cuando el autómata no funciona porque está agotada su provisión, el dueño tiene el deber de poner el aviso correspondiente. De este modo, la propuesta es revocada; y si alguno, á pesar de todo, introduce la moneda, tendrá derecho á que se le restituya, pero nó á pretender el cumplimiento del contrato. Si ningún aviso es colocado, el contrato queda perfecto y el que introdujo la moneda tiene derecho no sólo á que se le cumpla en todas sus partes, sino también al resarcimiento de daños y perjuicios si ya se hubieren producido. En caso de mala fe de parte del exponente del aparato, puede además haber un delito de estafa.

En general, la tutela más eficaz del público, sea porque no funciona el antómata, sea por adulteración ó mala calidad de los objetos, estará en las sanciones penales, ya que por la parvedad de materia no tiene cuenta intentar un juicio civil.

Por parte del público se puede asimismo usar lícitamente del antómata de varios modos, por ejemplo introduciendo discos de plomos ó botones en lugar de moneda, ó atando esta con hilo que permita su estracción. Civilmente no hay contrato, porque para decirse aceptada la propuesta es menester que se hayan cumplido exactamente las prescripciones del proponente. Habrá acción de indebido enriquecimiento, en el caso de buena fé; en el de mala fe, se tendrá derecho á la indemnización de todos los perjuicios directos é indirectos. Así, si uno por travesura se divierte en hacer funcionar varias veces el autómata sin pagar y haciendo admirar la propia destreza incita á los espectadores á hacer otro tanto, una vez que sea sorprendido deberá pagar no sólo lo que él ha tomado, sino resarcir el daño que presuntivamente los demás, con su ejemplo, han podido ó podrán causar, sin ser descubiertos.

Desde el punto de vista penal, respecto de los autómatas de venta, hay delito de hurto. Mas no se puede hablar de hurto en el caso de goce abusivo de los autómatas que prestan servicios, porque falta la cosa mueble apropiada. Ni se puede decir que haya estafa ó engaño, porque falta la persona inducida en el fraude. Si en el derecho positivo no hay delito, debería calificársele de tal en una reforma del derecho criminal, ó equipararlo al hurto, en cuanto sin compensación se sustrae una cantidad de energía á la máquina. Con los autómatas de seguros, hay hurto en cuanto á la póliza; mas si después se verifica el siniestro ó el portador se vale de ella, consuma una defraudación en daño de la compañía.

Tales son los resultados á que llegan el Dr. Fritz Schiller, de Zurisch, y el profesor Leonardo Coviello de Nápoles en sendas disertaciones recientes sobre el tema curioso é interesante que motiva esta noticia.

J. DE D. V. S.

EL SUSPIRO DEL MORO.

(Romance).

¿Qué castillos son aquéllos?
¡Altos son y relucian!
—El Alhambra, era, señor,
Y la otra la mezquita.

(Romance)

¿Llorando estabas Boabdil?
Llorar como hembra biencuadra
Al que como hombre no supo
Defendernos en Granada!

(Romance)

Era la pascua de Reyes:
Armados de todas armas,
Diez mil caballeros, entran
En la granadina Alhambra,
Al son de guerreras trompas
Que tocan triunfales marchas.
Son los bravos castellanos
Que se han tomado á Granada,
A Granada con sus torres,
Sus mezquitas y su alcázar.

Pero apartemos la vista
De la ciudad, en la Alhambra
Dejemos á los cristianos
Con su triunfal algazara
Y sigamos tras los moros
Que van á las Alpujarras:
Van tristes y cabizbajos
Meditando su venganza;
Con ellos vá Boabdil,
Boabdil, rey de Granada;
Va vestido á la morisca,
Y un potro alazán cabalga.
Al lado del joven rey,
Su altiva madre Doña Aixa
Camina soberbiamente
En una yegua mulata:
Vestida de paños rojos,
Sobre purpúreas almohadas
Erguida, impasible, muda,
Va la orgullosa sultana
Vega arriba, Vega arriba,
Sin decir una palabra.
Cuando llegan á Padul
Boabdil azota su alfana
Y sube á todo correr
Aquella enpinada falda
—¡Corre, vuela buen Boabdil!
El alta cumbre traspasa!
¡Quede Padul interpuesto
Entre tu vista y Granada
Llega el muzlím á la altura,
Vuelve ansioso la mirada,
Y en la ciudad quedan fijos
Sus ojos, llenos de lágrimas.
Siente el moro blando nudo
Que le oprime la garganta,
Siente angustias en el pecho,
El aire al pobre le falta
Y parece que la vida
Por momentos le dejara;
Reúne todas sus fuerzas,
Respira después con ansias
Y aliviado ya el alarbe
Entre sollozos exclama:
¡Adiós reina de las villas
¡Adiós mi gentil Granada,
La de soberbias mezquitas
La de magnífico alcázar!
¡Adios, la perla andaluza
Adios, la joya de España,
Ayer, no más, prenda nuestra
Y hoy día prenda cristiana!
¡Ya no veré más las torres
Las torres de tus murallas
Que hasta tocar con el cielo
Sus mil almenas levantan!
¡No veré más los jardines
Que blandamente descansan
Junto el Darro y el Genil
En cuyas ondas se bañan!
¡Ya no veré tus mezquitas,
Las de cúpulas doradas,
La de alminares moriscos
Y cien estrechas ventanas!
¡Ya no veré los primores
Los primores de mi alcázar.
¡Ni minaretes, ni torres
Con capiteles de plata!
Ni fuentes alabastrinas

De agua clara y perfumada!
¡Ni cómodos alhamíes
Con almadragues de grana!
¡Ni labrados ajimeces
Con ligeras columnatas!
Ni muros con alizares
Ni techos con filigranas!
¡Adiós mi blanco palacio
Adiós mi perdida Alhambra!
¡Ay! En las noches tranquilas
Cuando la luna levanta
Su rostro, pálido, enfermo,
Cubierto de negras manchas,
Por encima de los montes,
Y se refleja en las aguas,
Y de clorótica luz
Las altas paredes báña,
No podré salir, y, solo,
Vagar (medroso fantasma)
Por los patios silenciosos
Y las tranquilas terrazas,
Ni oir el viento que silva
Ni oir el río que brama,
Ni sorprender los donceles
Que al son de la guzla cantan
Debajo del ajimez
Por donde asoma su amada.
¡Adiós mi blanco palacio
Adiós mi perdido alcázar!
¡Adiós, adiós, blancos muros
Que aprisionásteis mi infancia!
¡Adiós torre de la Vela,
De los algibes la plaza,
Puerta del Juicio, Gomeles,
Albaicin, vieja Alcazaba!
¡Adiós los ricos retretes,
Las suntuosísimas cámaras,
Y el mirador misterioso
Donde vivió Lindaraja!
¡Adiós, adiós, Siete Suelos
Comares y Dos Hermanas,
Y los que Hegiag construyó
Patios, pasillos y estancias!
¡Adiós mi blanco palacio,
Adiós mi perdida Alhambra
Adiós reina de las villas,
Adiós, la gentil Granada!
¡Adiós la perla andaluza,
La rica joya de España!
¡Adios, la bella cautiva!
¡Adios, edén de las hadas!
¡Adios ciudad nazarita,
Ayer no más, la sultana:
Del vil invasor, hoy día,
¡La triste y mísera esclava!
¡Adios, flor de la belleza
Adios, rocío del alba!
Dijo Boabdil, y su madre,
Que presurosa llegaba,
Al ver llorando al buen moro
Le increpó, sonriendo airada;
—¿Llorando estabas Boab?....
Llorar como hembra te cuadra
Lo que como hombre perdiste
Que no lleva al cinto espada!....

Y no contestó el muzlime
Pero miró á la sultana
Y exhaló triste suspiro
De lo mas hondo del alma.

El sol escondió su lumbre,
Resonaron las campanas,
Tocando el avemaría,
En las torres de Granada;
Los cristianos con fervor
Murmuraron su plegaria;
Siguieron después las fiestas
(Músicas, fuegos y danzas)
En las soberbias mezquitas
Y en la magnífica Alhambra.
Los vencidos musulmanes
Siguieron, también, su marcha.
Caminaban cabizbajos
Meditando su venganza,
Con ellos iba Boabdil,
Boabdil el rey de Granada.

JULIO HURTADO.

LOS RAYOS ROENTGEN.

Modelo de maridos, espejo de empleados públicos, patriota abnegado, intelijencia cultivada y muchas otras cosas más era D. Floridor Pezoa, jóven de 26 años, casado recientemente con doña Luz Violeta Claro, que tenía á su vez juventud, hermosura, ilustración, amor á su marido y algunas otras cualidades.

Tres meses llevaban de casados, tiempo bastante en la práctica para que del fuego más voraz no quede sino un montón de cenizas que el viento esparce— y sin embargo, Floridor y Luz se amaban como el primer día de su matrimonio y acaso más.

No se separaban sino cuando llegaba para Floridor la hora del trabajo en la oficina y como éste duraba de 10 de la mañana á 4 de la tarde ó sea 360 minutos que para los esposos eran otros tantos siglos, dieron ellos los pasos necesarios para obtener de los jefes el competente permiso para que Luz pudiera asistir al escritorio en compañía de su esposo. ¡Tanto se querían!

Inútil es decir— porque ya se habrá sospechado,— que el permiso no se obtuvo: hubieron de resignarse á pasar 6 horas al día sin verse. En cuanto á hablarse, como en la oficina había teléfono, Floridor mandó poner otro en su casa y cada cuarto de hora más ó menos, la telefonista era llamada de dos partes á la vez, del número 1245 en que se le pedía comunicación con el 2323 y de éste en que se le pedía comunicación con aquél, y se entablaban entonces diálogos por este estilo:

—Aló... Aló... Luz...?

—Sí hijito, cómo le vá?

—Lejos de Ud. cómo ha de irme? Y Ud. Lucesita, cómo se siente?

—Bien, hijito... ¿Se ha acordado mucho de mí?

—Sí me he acordado de Ud? Tanto que *denantes* en una comunicación que debía dirigirse á nombre del ministro, escribí: «Y este ministerio espera que Lucesita no vuelva á deteriorarse» — Ud. comprenderá que donde escribí Lucesita debí poner los muebles y el verbo en plural, en vez de singular.— El ministro, que fué quien notó el error, cuando le llevé la nota para que la firmara, no podía explicarse el *lapsus*. «Que hubiera Ud. escrito el sofá ó las sillas, por los muebles se comprendería, pero una *Lucesita*. Ojalá no se repita esto, á mí no me gustan las Lucesitas.

—Como si me importara algo que no le guste Ud. á él, desde que me gusta á mí?— ¿Verdad, monona?

—Verdad. ¿Falta mucho para que se venga?

—Sí, mi alma, son apenas las 11, puede decirse que acabo de llegar; pero tan pronto como se vaya á almorzar el ministro, voy á conseguir con el sub-secretario que me deje irme; para lo cual me fingiré enfermo.

—¿Y se irá luego el ministro?

—Así lo espero, *Lucita*. Pero mientras tanto voy á trabajar. Hasta luego.

—No se vaya todavía, hablemos otro ratito.

—No puedo, viene el ministro. Hasta luego.

Diálogos de esta especie entre los dos esposos escuchaba la telefonista una veintena por día.

Pero me parece que el transcrito bastará para que cualquiera se forme idea del amor que se profesaban Luz y Floridor.

Una tarde, como á eso de las 2, llegó Floridor á su casa, acompañado en un coche por dos empleados de la oficina, que lo ayudaron á bajar, y que lo auxiliaron después para subir la escala de su casa.

Naturalmente esta escena trajo como consecuencia un desmayo de Luz. Por fortuna, Luz se encendió,... digo, se repuso luego, como es de regla tratándose de desmayos y pudo averiguar entre sollozos y gritos que Floridor había sido víctima de un accidente, que, columpiándose en una silla que no servía para el objeto, se había caído de cabeza con silla y todo, y como perdiera el conocimiento, el Ministro había dicho:—«Llévenselo á *Lucecita*! Ella lo sanará.»

—Pobrecito, exclamó Luz! Estaría pensando en mí y por eso olvidó que hasta sentado en una silla puede uno caerse! Remigia! A buscar al doctor Dominguez.

Y mientras tanto, ella misma se encargó de echarlo á la cama y de hacerle cariño en la cabeza, creyendo sanarlo así. Lo que más la preocupaba era que Floridor estaba como muerto, que no la miraba ni le respondía cuando ella, con voz más melíflua que nunca, lo llamaba:—«Floridor, Floridorcito.»

Afortunadamente Floridorcito respiraba, y esto permitía á Luz abrigar muchas esperanzas.

Llegó por fin el doctor Dominguez, examinó al enfermo y antes de recetar hizo á Luz multitud de preguntas que ésta juzgó enteramente inútiles. Pregunto v. gr.: ¿de qué forma tenía la cabeza D. Floridor 1°, el padre del Floridor enfermo; que de qué edad y enfermedad había muerto el dicho primer Floridor; que cuántos Floridorcitos había tenido, etc.; preguntas todas que quedaron sin su respectiva respuesta porque Luz no conocía más Floridor que su marido y no tenía ninguna noticia sobre el padre de éste.

Viendo el médico que el sistema de preguntas no iba bien, se determinó á recetar, asegurando previamente á Luz que no era nada lo de su marido, y que al día siguiente ya estaría bien si se cumplían á la letra sus prescripciones; si tomaba cada tres horas la pócima que él le había dejado, si le cambiaban constantemente los paños empapados en ciertos ingredientes que él también había indicado.

Después de lo dicho hasta aquí sería inútil declarar que Luz no durmió esa noche velando el sueño de Floridor.

Muy temprano, y aprovechando que su marido dormía con mucha tranquilidad, salió ella en busca de una tía que era mandada hacer para curar torceduras, chichones, quebraduras y otros desperfectos.

Cuando tía y sobrina volvieron, experimentaron gran júbilo al saber, por la sirvienta, que el *patrón* se sentía muy bien, que se había desayunado y estaba ya en pie.—Apresuráronse, pues, á verlo. Entraron á su pieza y lo encontraron sentado en un sillón, leyendo un periódico.

El placer de Luz fué tal, que sin preocuparse para nada de la presencia de su tía, se abalanzó á abrazar á Floridor.

Pero, cuál no sería su desencanto al ver que Floridor se ponía de pie y empezaba á hacer toda suerte de saludos y demostraciones del más exquisito respeto y cortesía, como si estuviera en presencia de personas á quienes jamás hubiera visto antes de entonces.

Floridor, Floridor, exclamaba Luz, ¿que no está ya bien bueno? ¿qué siente? ¿quiere que vuelva á llamar al médico?

Y Floridor por toda contestación repetía las inclinaciones de cabeza, y demás manifestaciones con que demostraba no conocer á su esposa, á esa Luz, que él de su propia voluntad había tomado para alumbrarse en el oscuro camino de la vida.

Los servicios de la tía no se utilizaron por el momento ya que lo único serio que quedaba del golpe recibido por Floridor era la pérdida de *una parte de la memoria*, y los ungüentos y las frotaciones de dicha médica no tenían aplicación en el presente caso.

Se llamó, pues, de nuevo al doctor Domínguez, quien sometió al paciente á un largo interrogatorio del que se sacó en limpio:—

Que Floridor no había olvidado el lenguage pues se expresaba con la misma facilidad que antes de la caida y que había olvidado entre otras cosas, lo siguiente:

1.° la circunstanoia de haber contraído matrimonio;

2.° que Luz Violeta Claro era su cara mitad;

3.° Su nombre (de él);

4.° El hecho de estar empleado en el ministerio, y de haber sufrido un golpe en la oficina.—

Cuando el médico preguntó á Floridor: ¿No conoce Ud. á esta señora? (mostrándole á Luz) y él contestó: «Nó», toda la bondad innata de Luz cayó por tierra y se transformó en una simpática fierecita que habría atacado al enfermo con uñas y dientes (armas vedadas por el derecho Internacional) á no haberlo impedido el doctor Domínguez.—

—¿Con qué no me conoces, nó? preguntó ella á Floridor, tratándole de tú por la primera vez en su vida. ¿Con qué no nos hemos visto nunca ni nos hemos casado? Perfectamente. Me iré entonces á casa de mi mamá y veremos quién

te acaricia, quién te hace llevaderas las horas de oficina llamándote por teléfono, quién vela á tu lado mientras yaces en el lecho del dolor, quién te cose la ropa, quién.....

—Señora, por Dios, interrumpió el médico. —¿Para qué sufre Ud. sin razón y molesta á un caballero que *por el momento* no está ligado con Ud. por vínculo alguno?

—¿Cómo que no está ligado á mí? Es decir, que Ud. también favorece las ridículas pretensiones de Floridor? El muy badulaque quiere abandonarme cuando más reconocido debiera estar á mis atenciones, y Ud. que podría hacerlo entrar en razón significándole la ruindad de su conducta, lejos de obrar en ese sentido, dice: En efecto, Floridor no tiene vínculo alguno con su esposa (porque tengo la desgracia de ser su esposa, como Ud. lo sabe muy bien) y en consecuencia.....

—En consecuencia, señora, dijo el médico, la enfermedad de su *esposo* (ya ve Ud. que reconozco el vínculo que los liga á entrambos) la ha puesto muy nerviosa y no me extraña, entonces, la transformación experimentada en el carácter de Ud., antes suave y apacible. Yo no le he negado, ni podría hacerlo el carácter de esposa del señor Pezoa. Todo lo que yo dije fué que *por el momento* este caballero no estaba ligado á Ud. por vínculo alguno. Por el momento, nótelo Ud. Este complemento tiene una importancia suprema.—Quise significar, usándolo, que la pérdida de la memoria era momentánea en su marido, que si él negaba ser esposo suyo, era *por el momento*, pues hoy mismo recuperará por entero sus facultades. Porque es menester que Ud. se persuada de que su marido no se ha vuelto loco, ni se ha transformado en un *badulaque* despues de haber sido caballero y esposo modelos. Lo que hay, repito, es que á consecuencia del golpe que sufrió ayer (y que él niega también, sin que el piso de la oficina proteste porque no se reconoce que estuvo en íntimo contacto con la cabeza del distinguido esposo de Ud.) ha perdido la memoria, pero yo, á fuer de médico acreditado y como que me llamo Domínguez, me comprometo á que esta misma tarde el señor Pezoa la abrace á Ud. y la reconozca delante de todos como su querida esposa y mujer.

—¿De veras, Señor? preguntó Luz al mismo tiempo que se acercaba al doctor y le acariciaba la cabeza calva en que ya no quedaba ni un cabello en memoria de haberlos habido antes.... ¿Se compromete Ud. á devolverme á mi marido?

—Me comprometo gustoso, señora, pero mientras tanto no olvide que para que la cosa marche es menester que Ud. considere al señor Pezoa como á un caballero á quien ve por primera vez.—En media hora más vuelvo para dar comienzo á la obra.

Acompañado de dos médicos más jóvenes que él, volvió el doctor Dominguez antes de vencerse el plazo fijado para su vuelta. Traía consigo un bagaje completo de aparatos, instrumentos, medicinas, etc.

Luz apareció tan pronto como advirtió la presencia de los médicos, y después de dos minutos de charla acordó Dominguez entrar con sus colegas á ver al enfermo, rogando antes á Luz que los dejara solos con él.

Entraron, en efecto á la pieza donde se hallaba éste y diez minutos después, sabían por medio de los rayos Röentgen que lo que había motivado la pérdida de la memoria en Floridor era una pequeña hendidura que se había producido en el cráneo á consecuencia del golpe que se diera en la oficina.

Conocíase, pues, la causa de la enfermedad. Tratábase ahora de hacerla desaparecer para que el efecto desapareciera tambien con ella.

Después de una ligera discusión, aconteció lo que muy raras veces sucede: que los tres médicos estuvieron de acuerdo respecto del tratamiento que debía emplearse. Al efecto armaron luego un aparato que debían aplicar en la cabeza del enfermo y que ejercería cierta presión que se graduaba mediante un sencillo mecanismo.

Preparóse todo y luego aplicaron el aparato en la cabeza de Floridor, apretáronse unos tornillos y la cosa marchó á pedir de boca: antes de dos minutos, Floridor, que había permanecido hasta entonces en silencio esperando con toda resignación los acontecimientos, prorrumpió en desaforados gritos: «Luz, Lucecita, que me matan, socórrame Luz».

Sentir esto los médicos y quitarle el aparato

de la cabeza fué todo uno; desde el momento que Floridor llamaba á su mujer, la memoria le había vuelto evidentemente; el procedimiento empleado había surtido efecto y era inútil prolongar la operación.

A los gritos del paciente, su mujer entró como loca al cuarto y después de ligeras explicaciones, ella y Floridor se abrazaron con toda la efusión de que eran susceptibles dos almas jóvenes que se idolatraban y que á causa de un fatal accidente, habían dejado de estar en comunicación unas pocas horas.

Si alguna vez un médico se ha considerado dichoso al contemplar el bienestar devuelto á una familia con una operación feliz ejecutada por él, el doctor Dominguez debió experimentar esa dicha al ver los transportes de júbilo de Luz y Floridor.

—«Ya no irá más á la oficina, sino que permanecerá constantemente á mí lado; así no habrá golpes ni caídas, no perderá la memoria ni me olvidará por un momento ¿verdad, Floridorcito?

—Pero Luz, yo necesito de mi trabajo para vivir.

—¿Acaso yo no tengo bienes? Con lo que poseo, tenemos de más para vivir modestamente por largos años.

El punto quedó para segunda discusión, los doctores creyeron prudente retirarse y fueron despedidos por ambos esposos que no cesaban de darles las gracias por el milagro que habían realizado.

Y la verdad es que nada extraordinario habían hecho.

Los que merecían los agradecimientos eran los rayos Röentgen que habían señalado como con el dedo la causa de la enfermedad.

Los médicos habíanla hecho desaparecer por medio de un aparato que no había sido inventado por ellos y cuyo manejo no era ciertamente obra de romanos.

Ha pasado un año desde que ocurrió este suceso. Floridor renunció el empleo, en el Ministerio, no ha vuelto á caerse ni á perder la memoria, pero continúa entregado en cuerpo y alma al amor de su esposa que no alienta sino para él.

¡Qué pareja de pichones!

P. S.

MIS MUERTOS.

De mi pecho en la tumba durmiendo,
De amores fugaces
Encerrados en féretro oscuro
Están los cadáveres.

Allí, junto á esa tumba, lloroso
Inclínase un sauce
Que las lágrimas tristes de mi alma
Vigor siempre dánle.

Cuando viene á la mente el recuerdo
De amores fugaces,
Siento un lúgubre choque de labios
Con eco vibrante.

Pues, bajando ceñuda, á la fosa,
Al pié de ese sauce,
Soñolienta del féretro el hada
Sus ósculos dále.

Y al sentir el helado contacto
De amor los cadáveres
Se levantan temblando y terribles,

En sordo lenguaje,
A mi oído repiten en coro:
—¡Ya se acerca tu invierno, adelante!

LUIS A. HURTADO L.

LA LOCURA DE MI AMIGO JUAN.

Largos años hacía que nuestro amigo Juan y yo nos conocíamos. Acostumbrados estábamos á comer á la misma mesa, á pasar juntos las tardes, á comunicarnos nuestras ideas, á vivir casi la misma vida. Habíamos mezclado y confundido tan bien nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestros defectos y nuestro dinero, que ya no existían dos personas sino una en el pensar y obrar.

Y no obstante, en ningún sentido nos parecíamos. En lo moral como en lo físico, había entre nosotros enormes diferencias. Yo era pequeño, vivo, resuelto, alegre, indiferente; Juan, alto, delgado, tieso y frío, semejaba una columna firmemente afianzada sobre la base. Dábale esto una apariencia de grandeza que me sedujo desde el primer momento. Su palabra era decisiva é imperiosa, era sabio, más que un benedictino y púdico como una doncella. Era poeta á sus horas, y sus versos me parecían tan bellos como los de nuestros más grandes poetas. El día que se lo dije me apretó la mano con ternura y con tono conmovido me contestó: «Tú me comprendes».

Ese fué el comienzo de nuestra amistad. Por mi parte, no comprendí su emoción. Juan no era un poeta desconocido en busca de elojios. Había publicado dos volúmenes de versos sobre los cuales se había hablado mucho en el público. A haberlo querido, después de este estreno que era un éxito completo, se habría conquistado un lugar distinguido en la literatura contemporánea.

Innumerables periódicos habían puesto sus columnas á su disposición y algunas revistas serias habían solicitado su colaboración. Mi amigo Juan me declaró también que él habría podido consolidar su reputación aceptando la gerencia de un nuevo é importante periódico. ¿Por qué había desdeñado todo eso? Esto era lo que yo no podía comprender, lo que él no me explicaba claramente. Decía que le gustaba la independencia antes que cualquiera otra cosa y ¿qué hacía? Pasaba los días corrigiendo libros ingleses, alemanes, latinos, griegos y hebreos, por cuenta de un impresor-editor. Conocía casi todos los idiomas con lo que causaba mi admiración, pero no se enriquecía. Orgulloso con su honrada medianía, laboriosamente conquistada, consideraba satisfecha su ambición y se decía libre. Rara vez se quejaba. Sin embargo, á través de su aparente resignación se vislumbraba un supremo disgusto por los hombres y las cosas humanas. Cuando hablaba de sí mismo, lo que á menudo acontecía, charlando conmigo, se colocaba sin énfasis pero sin modestia en el rango de los grandes hombres que viven desconocidos. Yo aceptaba la clasificación sin protesta alguna. Con esto, su orgullo se sentía acariciado dulcemente, sonreía y me llamaba su mejor amigo. Sin embargo, á veces me indignaba su pereza y se lo echaba en cara, observándole que con un poco de energía ocuparía en el mundo de las letras el lugar que por su talento le correspondía.

—¿Con qué fin, respondía, y para quién?

—Para tí, me parece.

—Para mí! para un pobre que morirá como ha vivido, mal apreciado y mal querido.

—Entonces, no me tomas en cuenta á mí? le decía yo.

El, por toda contestación, me llamaba imbécil! Era el medio de que se valía para saldar nuestras cuentas de amistad.

Una tarde, después de una taza de café, saboreada con exquisita lentitud, me manifestó que le volvía el gusto por el trabajo y que antes de mucho escribiría un hermoso libro.

—Por fin! exclamé yo.

El me contuvo.

—No hay que hacerse ilusiones, me dijo. Yo trabajo para mí, para mis amigos y me preocupo muy poco del público.

—Haces mal.

—Lo verás.

—Cuando se anuncie una obra tuya, estoy seguro...

—¡Anunciar un libro mío! ¿acaso lo permitiría yo? Si quieren leerme se tomarán el trabajo de buscarme.

—¡Ah! tú quieres que se te adivine?

—Por supuesto, me respondió con maliciosa

bonhomía, expresión favorita de su habitual indiferencia.

Yo tenía á mi amigo Juan por un ser original: pero no lo creía excéntrico en tal grado. En vez de inquietarse por mi asombro, me contestó:

—Cuando tú me hayas leído, tú, que eres mi verdadero amigo y tres ó cuatro de los que saben apreciarme, enviaré mi volumen á una mujer que debe recordarme, y no me preocuparé más del asunto.

Hasta entonces, jamás se había pronunciado entre nosotros este nombre de mujer sino en bromas. Miré á mi amigo y esta vez no se reía, por el contrario, se había puesto muy pálido.

Tanto me sorprendió esto que no me atrevía á interrogarlo. Lo creía incapaz de un amor grande y serio. Pero él me dijo bruscamente:

—Jamás te había hablado de este asunto. No había llegado la ocasión, porque la herida sangraba aún; ahora si quieres saber...

Hice una seña con la cabeza, un poco absorto por esta salida y esperando una relación interesante de parte de mi poeta, tomé la postura de un hombre que escucha con la mayor atención.

Comenzó su relato desde muchos lustros atrás. Me pintó sus primeros años y la época de su infancia devorada por el amor al estudio. Me habló de su madre muerta y me hizo prorrumpir en lágrimas con el recuerdo de la mía, de la que yo estaba separado. Después, prosiguió rápidamente la historia de su vida hasta la época solemne de su amor. Habiendo perdido á su familia y su pequeña fortuna, había cifrado todas sus esperanzas en una mujer joven, bella, inteligente, en una palabra, el ángel de las primeras ilusiones. Se había creído amado, pero él era pobre, y, en consecuencia, le pasó lo que á tantos otros, un hombre rico ocupó el lugar que á él le correspondía en el corazón de la mujer amada. Esta historia, tan poco original, tan vulgar, me interesó por la verdad de los detalles y por la profundidad del dolor de mi amigo. Pero no hubo una lágrima; él había recobrado la facultad de recordar con serenidad. Sin embargo, no por eso me pareció menos desgraciado.

—Después, me dijo, para concluir, no he podido amar de nuevo: he vivido al día, sin preocuparme para nada del porvenir, sin ambición de fortuna ó de celebridad.

Las rarezas de mi amigo Juan quedaban explicadas y ya era tiempo, porque yo había estado á punto de tomarlo por un loco. Convencido de su superioridad, yo creía que todo el mundo debía reconocérsela y no comprendía cómo sin motivo alguno, quería renunciar á esa legítima esperanza.

Mi aprecio y mi admiración por él aumentaron con esta confesión de un amor ideal y de un recuerdo que él había conservado por tanto tiempo. Ahora comprendía sus tristezas y su desaliento y me propuse no volver á hablarle en broma de esa mujer á este corazón herido.

Pero me sorprendí bastante algunos días después, encontrándolo ocupado en arrojar á la estufa, melancólicamente, algunas cartas de mujer, escritas con diferente tipo de letra. Luego hubo un montoncito de ceniza negra.

Mi amigo Juan no había prestado mucha atención á mi entrada. Removió las cenizas con las tenazas y descubrió así algunos caracteres que se destacaban todavía en los restos de papel quemado. Puestos en contacto con el aire, éstos se inflamaron y cuando se extinguieron totalmente, respiró con fuerza y volviéndose hácia mí:

CAMILO PERIER.

(Continuará)

AVISO

La Revista de Valparaíso establece canje con todas las revistas y periódicos nacionales y extrangeros. Se publicará un juicio crítico de toda obra nueva que se envíe á esta redacción.

La Revista se halla en venta en la librería de **Wescott y C.ia**, y de «**El Mercurio**», en la calle de Esmeralda; en **la** «**Ilustración**», de Don Matías Vilet, calle de Condell y en la de «**El Porvenir**» de Don Eucarpio Sánchez, en la calle de la Victoria.

Revista de Valparaíso

Año I — Valparaiso, Noviembre 15 de 1898. — Núm. 3

Revista de Valparaiso.

PERIÓDICO MENSUAL DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

Se publicará los dias 15 de cada mes

Precios de suscripción

Por semestre.....	$	2 50
Por un año.....	«	5 00
Número suelto.....	«	0 50

Toda comunicación concerniente á la *Revista* deberá dirigirse al administrador, señor don Alberto Edwards, casilla N° 2162 del correo N° 2.

LOS GRANDES

PROBLEMAS DE VALPARAÍSO

MIRADOS A VUELO DE PÁJARO

(A don Alejo Barrios)

Señores directores:

Fresco esta todavia, en el recuerdo de los porteños, el triste espectáculo que ofrecia Valparaíso al dia siguiente de las inundaciones de julio último. Un alud inmenso de agua y tierra, desprendido de los altos cerros que rodean la ciudad, habíala inundado y azotado con furia, convirtiéndola en un banco de arena.

¡Horroroso cuadro!

Los cauces embancados y rotos; las calles cubiertas de fango y arena; las casas inundadas y humedecidas desde los cimientos; los barrios bajos cubiertos de agua y lodo, despidiendo olores insalubres; los obreros sin hogar, y un sinnúmero de mujeres, rodeadas de niños sin pan ni abrigo, pidiendo proteccion: ¡tal era el triste aspecto que ofrecía Valparaíso al dia siguiente de la inundación!

Un sentimiento de conmiseración, y sobre todo de vergüenza, conmoviónos profundamente al ver el triste estado de nuestra principal ciudad marítima, la mejor portada que nuestra cultura puede ofrecer hasta ahora al estranjero que nos visita.

¡Valparaiso era una poza de fango!

Y nuestra vergüenza convirtióse en bochorno, cuando supimos por los diarios que la Ilustre Municipalidad no tenía un solo centavo, ni tampoco crédito—que también es dinero—para salvar á la ciudad.

Fué preciso que el Intendente y el Alcalde recurrieran al Gobierno en solicitud de auxilios,—como esos hijos calaveras y desatentados que han derrochado su hacienda, y que al ver su hogar arruinado, y á sus hijos jimiendo de hambre y frio, vuelven los ojos á la casa paterna en solicitud de algún socorro.

Los diarios de Valparaíso, contentos y alborozados, como si se hubiera tratado del *Eureka* de Arquimédes, publicaron en esos días un famoso telegrama, que no habrán olvidado nuestros lectores, mas o ménos concebido en estos términos: «El Presidente de la República invitó á comer al Intendente y al Alcalde de Valparaiso, y les prometió *treinta mil pesos* para limpiar la ciudad»

¡La opulenta Valparaíso salvada por las complacencias del Gobierno y los dineros nacionales!

¡Oh sabia y atinada administración municipal de Chile! cuán digna sois de los agasajos y complacencias del Presidente de la República, y, sobre todo, de la confianza y respeto públicos!

Y estas destructoras y pestilentes inundaciones se repiten todos los años, con raras es-

cepciones. Nosotros las conocemos desde niños, desde cuando los aluviones de las diversas quebradas que concurren en la ciudad se contenían—en parte—con tajamares de madera, y la Avenida de las Delicias, por ejemplo, no era otra cosa que dos hileras de cuartuchos airados y sucios, que se anegaban durante los inviernos lluviosos.

Muchos intendentes intelijentes y progresistas han gobernado á Valparaíso—como don Francisco Echáurren Huidobro, don Eulojio Altamirano, don Domingo Toro Herrera y otros—sin que ninguno lograra sustraer á la ciudad, de una manera segura y estable, de estos ruinosos accidentes periódicos. – Ni entonces ni después se han estudiado á fondo y de un modo completo las causas de las inundaciones de Valparaíso, y de aquí la imposibilidad de idear primero, y luego realizar un sistema de defensa que en realidad ponga la ciudad á cubierto de dichos accidentes.

Todo cuanto se ha hecho en materia de cauces de desagüe, es falto de estudio, de cálculo, incompleto ó deficiente, completamente inútil.—Lo mismo puede decirse de los terraplenes, puentes ¡y demás acueductos de la ciudad.

Las últimas inundaciones de julio prueban de una manera fehaciente y sin lugar á réplica la exactitud de esta aserción. Creemos que en ningún caso como en éste puede decirse con mas justa razón que los hechos son más elocuentes que las palabras.

Convencidos de esto—que por lo demás está en la conciencia del vecindario de Valparaíso—nos proponemos escribir algunas observaciones é insinuaciones tendentes á facilitar el estudio de las causas ó el orígen de las inundaciones porteñas, como base del plan de obras que á nuestro juicio convendria realizar allí para alcanzar la completa seguridad de la ciudad, mejorando al propio tiempo sus condiciones hijiénicas, su embellecimiento y todos los progresos de la urbanización que distingue á las ciudades modernas; progresos que afianzan la salubridad, hacen grata la vida y multiplican la labor humana: bienes sociales á que los habitantes de Valparaíso tienen perfecto derecho, y que, por lo tanto, deben pedirlos con la autoridad de electores y contribuyentes, á su administración local.

Pero no se imajine el cortés lector que entra en nuestro propósito estudiar á fondo y en detalle el importantísimo problema de la seguridad y urbanización de Valparaíso, ni mucho menos las obras de defensa que sería necesario realizar para contener las inundaciones invernales,—que es por donde debe comenzarse la solución del problema.

Un trabajo de tal naturaleza:—trabajo técnico, que exijiría largos y minuciosos estudios sobre el terreno, mensuras, nivelaciones, numerosos cálculos; la elaboración de muchos proyectos de detalle, de índole diversa pero concordantes, como que serían partes integrantes de un plan jeneral, etc., no nos corresponde, y por mucha que sea nuestra buena voluntad, el amable lector comprenderá que no es posible abordarlos en artículos de propaganda como el presente.—Como queda dicho al comenzar, no nos anima otro propósito, al trazar estas líneas, que hacer observaciones é insinuar ideas.

El problema jeneral de la seguridad y urbanización de Valparaíso, se compone de una série de problemas parciales, que en conjunto constituyen la solución total. Por lo tanto, para alcanzar ésta, habría que resolver aquéllos, en su orden lójico y de una manera enteramente satisfactoria.

Estos problemas parciales pueden reducirse á cinco, á saber:

I La cuenca hidrográfica de Valparaíso;

II Nivelación de la ciudad y ensanchamiento de sus calles;

III Cauces de desagüe;

IV Alcantarillado y cañerías de aseo; y

V Rectificación y mejora de la población de los cerros.

La solución acertada de estos cinco problemas, daría la solución general que se busca, á saber: seguridad de la ciudad contra las inundaciones, mejora de sus condiciones hijiénicas y de su embellecimiento futuro.

Colocada la ciudad sobre este pié de mejora, la solución de otros problemas complementarios de la urbanización, tales como la ornamentación con parques y jardines, la trac-

ción eléctrica por planes y cerros, etc., no ofrecería dificultad alguna.

Acerca de todos estos enunciados nos proponemos hacer algunas *observaciones á vuelo de pájaro*, no solo para exhibir algunas ideas que estimamos de importancia, sino también para corresponder de alguna manera al honor que ustedes, señores directores, nos han hecho, haciéndonos figurar entre los colaboradores de la Revista de Valparaíso.

Comenzaremos por la

I

Cuenca *hidrográfica* de la ciudad.

No obstante el bello nombre- Valle del Paraiso- de nuestra primera ciudad costeña, la verdad es que su ubicación topográfica es por demás desgraciada.

En efecto, la extensa cuenca que forman los altos cerros que la rodean por el sur, en la mayor parte de su perímetro, afecta la forma de un inmenso embudo prismático, de ancha boca y larga arista, encontrándose ubicada la ciudad precisamente en el angosto cuello de dicho embudo.

Este embudo colosal, abierto por el norte, no sólo es un verdadero aparato colector de aguas, sino que, por su altitud, contribuye á aumentar la cantidad de agua caída en Valparaíso. Efectivamente, los altos cerros del sur sirven de obstáculo á las nubes acuosas del norte, resolviéndose estas en lluvia dentro de la cuenca. — Así se esplican las frecuentes lluvias torrenciales de Valparaíso.

Según esto, es evidente que toda el agua que las lluvias proyectan en la cuenca ó embudo de Valparaíso, erosionando suelos, arrastrando tierras, arenas y basuras, se deslizan por las pendientes yermas de los cerrros; se acumulan en el fondo de las quebradas formando violentos aluviones, los cuales, con velocidad vertijinosa y á un mismo tiempo, se precipitan al plano de la ciudad.

Ahora bien: si se tiene presente la naturaleza eruptiva de los cerros, ó sea la ausencia de formación extratificada; la excesiva pendiente y el estado yermo de los mismos, circunstancias todas que favorecen el deslizamiento de las aguas, se comprenderá que la cantidad infiltrada en las capas subyacentes del suelo es insignificante, casi nula: la casi totalidad de ellas, más el limo terroso que arrastran, en el espacio de pocas horas se precipitan y acumulan en los estrechos y angulosos cauces de la ciudad. Estos canales estrechos, quebrados y con cambios bruscos de pendiente, más que cauces de desagüe y seguridad, parecen maquinarias construidas *ex-profeso* para inundar la ciudad.

En efecto su construcción angulosa y sus cambios bruscos de pendiente, amortecen por el choque las arenas que arrastran las aguas, y de aquí los embanques y la inundación desde los primeros momentos de la avenida.

Parece que al construir dichos cauces, no se hubiera tenido presente la enorme cantidad de aguas aluviales que en un momento dado caen sobre Valparaíso, ni menos la naturaleza limosa de dichas aguas.

Sería de capital importancia, en un estudio sério, conocer la cantidad de agua y arenas que los más grandes aluviones (conocidos) arrojan en los cauces de la ciudad, en un momento dado.

No podemos fijar con exactitud este dato fundamental, base de todo cálculo, porque no conocemos observaciones bien hechas sobre el particular, ni tenemos noticias que se hayan efectuado jamás.

Todo lo que sabemos --porque basta una simple inspección de la cuenca para comprenderlo-- es que los aluviones limosos de Valparaíso se forman durante todos los inviernos lluviosos, desde tiempos inmemoriales, desde que las fuerzas ígneas so levantaron los cerros que la forman, y que el terreno de relleno en que se halla edificada la parte plana de la ciudad, debe su formación jeolójica á la superposición de dichos aluviones, en el transcurso de los siglos.

Sin embargo, para fijar las ideas acerca de la naturaleza y poder destructor de dichos aluviones,- y partiéndo de datos hipotéticos prudenciales- supongamos una lluvia torrencial ó tormentosa de *8 centímetros* de espesor, caida en el corto espacio de dos horas continuas, caso que no es raro en la localidad, como fácilmente se colije de las condi-

ciones topográficas de la cuenca, y como ha podido comprobarse prácticamente este año, en las grandes lluvias de julio y agosto.

Una lluvia de ésta magnitud y carácter, arroja sobre *una hectárea 800 metros cúbicos de agua*; y sobre 4,000 hectáreas—superficie aproximada de la cuenca porteña—3 *millones 200 mil metros cúbicos*.

Si al mismo tiempo avaluamos los limos que las aguas arrastran, los que en algunos casos no pueden representar ménos de *un millon de metros cúbicos*, como pudo verse en los aluviones de este año (y créemos que nos quedamos cortos), tendremos que, en las condiciones supuestas—que están muy próximas de la realidad—pueden caer sobre Valparaíso y embocar de improviso en los cauces actuales, aluviones de mas de *cuatro millones de metros cúbicos*!

Esta enorme masa en movimiento representa una fuerza viva colosal; fuerza destructora inconmensurable, que se descarga sobre Valparaiso como un azote furioso.

Hasta aquí, creemos haber caracterizado el orígen y naturaleza de los aluviones porteños. Su poder destructor es demasiado conocido.

Ahora bien: ¿no habría algún medio de anular, ó por lo menos atenuar el poder destructor de dichos aluviones?

—Creemos que sí. Orillemos la solución de este problema fundamental, estableciendo desde luego algunos hechos.

En primer término, es un hecho de observación que las arenas que arrastran las aguas constituyen la circunstancia principal que hace peligrosos dichos aluviones.

En efecto, si las aguas fuesen claras, ó más exactamente, si no arrastrasen arenas, los cauces actuales bastarian para darles paso al mar sin inconveniente alguno. Pero sucede precisamente lo contrario; los aluviones arrastran enórmes cantidades de arenas, las que detenidas por los choques que les opone la misma conformación de los cauces, sobre todo los cambios bruscos de pendientes, produce el embanque de éstos, el rebalse de las aguas y por consiguiente las inundaciones de la ciudad.

Ahora bien: ¿cómo impedir que los aluviones invernales de Valparaiso arrastren arenas?

—Uno de los medios mas prácticos y seguros de evitar la erosión de los terrenos por el rápido descenso de las aguas, consiste en afirmar dichos terrenos mediante el emboscamiento.

En el *Mercurio* del 9 de enero de 1893 se publicó un artículo del que suscribe titulado «Las inundaciones de Valparaíso». En ese artículo se espresan muchos datos y apreciaciones tendentes á resolver el problema del emboscamiento de la cuenca porteña.

A ese trabajo, y á las apreciaciones que de él hizo el distinguido escritor Jacobo Eden (don Rafael Egaña), en la *Unión* de 15 del mismo mes, nos referimos en el presente, para todo lo tocante á la manera de realizar el emboscamiento, calcular los resultados, etc.

En el mismo artículo citado se insinúa á la Ilustre Municipalidad de Valparaíso la idea de acometer la empresa por su cuenta—expropiando los terrenos de la cuenca—y se llega á la conclusión que el costo total de la obra no alcanzaría á un millon de pesos.

Aquellas observaciones, como muchas otras, cayeron en el vacío. Han trascurrido los años, y nada, absolutamente nada, se ha hecho para librar á Valparaíso del poder destructor de los aluviones invernales.

Animados por nueva fé, volvemos á renovar aquellas viejas insinuaciones, ampliándolas y modificándolas en parte, con el fin de hacerlas más aceptables.

No apoyamos esta vez la solución del problema del emboscamiento en la base de la expropiación de la cuenca: nos decidimos y proponemos la adopción de una *base mixta*, por parecernos menos onerosa, ó lo que es lo mismo, más espedita y practicable.

Los puntos fundamentales de esta nueva solución, reducida á sumaria enumeración, pueden expresarse como sigue:

1.° Dictar—y hacer cumplir con toda estrictez—una ordenanza que reglamente la remoción de tierra en toda la cuenca, tales como la esplotación de canteras, de obras de tejas y ladrillos, construcción de caminos, escavaciones, rellenos ó aterramientos para construir, labranzas para siembras ó plantíos, etc;

2.° Obligar a los dueños de terrenos que planten árboles y arbustos en todos aquellos

retazos demasiado pendientes y espuestos á ser erosionados por las aguas, ó que por cualquiera otra causa no se presten para edificar, para lo cual sería justo y conveniente que la Municipalidad vendiese á precio módico agua del lago de Peñuelas; y

3.° Espropiar aquellos terrenos yermos que, por su extensión y ubicación, se presten para convertirlos en parques y jardines de uso público.

La seguridad é hijiene de la ciudad exije una ordenanza de esta clase como una de las más imperiosas necesidades.

Hoy por hoy se abren y esplotan canteras; se trazan y construyen caminos en todas direciones; se cavan cerros; construyen terraplenes y rellenan zanjones y quebradas; se labran terrenos para siembras y para la elaboración de ladrillos, etc., con toda libertad, sin sujetarse á regla alguna. Las aguas invernales arrastran todas estas tierras removidas á *troche y moche*, y de aquí los embancamientos de los cauces y las inundaciones de la ciudad, con su séquito de males y perjuicios de todo jénero.

Estos hechos están á la vista de todos : no hay para que insistir. Sin embargo, citaremos el ejemplo clásico del Camino de Cintura de los cerros, construido por el intendente Toro Herrera.—Parece que al construir este camino no se pensó que las aguas torrenciales podian arrastrar las tierras removidas al plano de la ciudad, como efectivamente sucedió en el invierno de 1888 y en los subsiguientes.

Es evidente que no se pensó en que la inmensa cantidad de tierra removida en los cerros constituía un sério peligro para la ciudad, y que el más vulgar buen sentido aconsejaba sujetarla con buenos *muros de sostenimiento*, salvar las quebradas (al construir el camino) con puentes de ojo, para dejar libre paso á las aguas, construir desagües laterales, etc.

Y si tales errores se cometen en obras públicas, dirijidas por injenieros, ¿cuáles no se cometerán en las de particulares, presididas por lo jeneral por un estrecho espíritu de economía y sin que para nada se tomen en cuenta los intereses públicos?

Esto es precisamente lo que sucede con los diversos trabajos y obras que se construyen en los cerros de Valparaíso, sin intervención de la autoridad. A medida que se incremente la población, más se construirá en los cerros, mayor será el volúmen de tierras removidas en las diversas obras, y, por lo mismo, mayor cada día el peligro de las inundaciones.

Urje, pues, arbitrar alguna medida para conjurar este mal.

Creemos, en suma, que ningun trabajo de escavación y remoción de tierra debe hacerse en la cuenca hidrográfica de Valparaíso, ya sea en terrenos públicos ó privados, sin sujetarse á un reglamento especial dictado por la Municipalidad, y aplicado por ella con toda energía.

Para todo trabajo ú obra de escavación y remoción de tierras, rellenos, aterramientos, etc., debería elevarse una solicitud á la Alcaldía Municipal, acompañando un plano, ó por lo menos un cróquis de dicha obra, en el cual se detallen con toda claridad los trabajos proyectados, particularmente las cañerías ó alcantarillas de desagüe, los puentes de ojo que den libre curso á las aguas torrenciales, los muros que sostienen los terraplenes, rellenos ó aterramientos (estos muros deben ser de mampostería y hechos según las reglas de la construcción), las presas ó tomas de aguas, los cauces, tranques, cascadas, sistemas de regadío, etc., etc., obras que no podrán hacerse sin el correspondiente permiso de la Municipalidad, y bajo su más extricta vigilancia.

Por lo demás, es evidente que por este medio se lograría evitar que las aguas torrenciales arrastrasen escombros ó tierras removidas al plano de la ciudad.

En cuanto á las plantaciones para afirmar las faldas ó pendientes yermas y erosionables de los cerros, ya sean hechas por los particulares, ya por el municipio, son trabajos que requieren más tiempo, los cuales deben hacerse poco á poco, y ciñéndose á un plan general igualmente aprobado por la Municipalidad.

Y no se invoque— para resistir esta medida-- la libertad, el derecho de propiedad, que cada cual manda en su casa y es dueño de hacer de su capa un sayo: la *seguridad* y la

hijiene de una ciudad como Valparaíso, no sólo aconsejan la reglamentación de los trabajos de la cuenca, sino que la exigen con la más perfecta justicia.

Es preciso aprender á vivir en sociedad. Es menester que el amor y respeto á la libertad - en cuanto se refiere al ejercicio del derecho de propiedad- no dejenere en ese egoismo estúpido, por el cual el individuo suele ó pretende sobreponerse, sin razón ni justicia, al interes ó conveniencias de la sociedad, á la cual debe muchas veces, y en gran parte, su civilización y bienestar.

Terminaremos este primer artículo creyendo - de buena fé - que hemos puesto al alcance del común de los lectores la *posibilidad* de evitar que los aluviones porteños arrastren arenas, que es la causa de las inundaciones.

(Continuará)

MÁXIMO JERIA

LA REINA Y EL POETA

Recuerdo que me dijo: «Soy el bardo
Que marcha hácia el país de los amores.
Oye, reina de míseros mortales:
Te habla el rey de los astros y las flores.

«Alcanzaré hasta tí, que están mis alas
Tejidas con los rayos de la aurora
E ilumina mis negros horizontes
El fulgor de la llama inspiradora.

«En la cumbre más alta de la sierra
El águila salvaje cuelga el nido,
Y allí llega la nube con sus rayos,
Y llega el huracán con su bramido.

«La blanca mariposa, con desprecio
Contempla al vil gusano, en la llanura;
Más él también ha de cumplir su anhelo
Y, mariposa, llegará á la altura.

«No me arredro aunque sepa que, venciendo
En vez de los halagos de tu boca
Me aguarda sólo el implacable frío
De una estátua de músculos de roca.

«El amor es un mar; ¡Ay! del peñasco
Que un instante sus ímpetus refrena:
Muy luego entre las sábanas de espuma
Su sueño eterno dormirá en la arena.

«Qué importa que la nieve que te diera
Su pureza, dejara tu alma helada,
Si ha de fundirse el hielo al primer beso,
Cual se funde la escarcha á la alborada?»

Así habló el bardo. Entonces por mis venas
Pasó un dulce calor desconocido,
Y hoy el ritmo de fuego de sus versos
Recuerda el corazón en su latido.

Le he vuelto á ver...en el desvan oscuro,
Con la pálida frente entre las manos,
Sintiendo que aletea en su cerebro
El ave de sus cantos soberanos.

Es el león cuyos hierros no le dejan
De su selva volver al dulce halago;
Es el cisne cautivo entre los juncos
Que pueblan las riberas de su lago.

Yo bajaré hasta él; desprecio el trono;
Sólo quiero su amor, porque es el mío;
Soy la alondra que baja desde el cielo
A beber en la gota de rocío:

El viajero extraviado que en la noche,
En la cumbre de la alta cordillera,
Mira sobre su frente el cielo negro
Y allá abajo la luz en la pradera.

Y junto á mí, sonriendo enamorado,
Olvidará sus penas y querellas;
Y seré el hada de los sueños locos
Del pálido cantor de las estrellas;

Y en vez de entonar himnos á la aurora
O á la palma que reina en la llanura,
Celebrará la luz de mis pupilas
Y el ritmo cimbrador de mi cintura,

Y juntos cruzaremos el sendero,
Poniendo fin á nuestras ansias locas,
Con el beso del sol sobre las frentes
Y el beso del amor sobre las bocas.

SAMUEL A. LILLO.

UN RECUERDO

—

I

Han pasado desde entonces muchos años. Yo era muy joven y por primera vez viajaba solo. Iba á Francia pasando por Italia. En aquella época los viajes eran más difíciles, más costosos, y al mismo tiempo más largos de lo que lo son hoy día. Los vapores no surcaban los mares con la misma velocidad ni eran tan numerosos como ahora, sino que se detenían en los distintos puntos, dando tiempo á los viajeros para visitar las ciudades por que pasaban, siempre y cuando (se comprende) tuviesen los pasaportes en regla y fuera permitida la libre comunicación.

Ni tampoco los ferrocarriles, abreviando las distancias, unían todavía las ciudades de Europa. Por mar ó por tierra, el viajero caminaba sin prisas, teniendo tiempo de respirar, de descansar y de satisfacer su curiosidad. ¡Y con qué curiosidad se viaja cuando uno es jóven y cuando se ve por vez primera un mundo nuevo y desconocido! Todo entonces provoca la admiración y exalta la fantasía. ¡Oh! la juventud, mientras dura, todo lo embellece, pero ¡cuán presto pasa!

Tras de veinticuatro horas de permanencia en Nápoles, partimos para Civitavecchia. Después de haber visto todo lo que pude de las curiosidades de la ciudad, regresé al vapor antes de que se levase el ancla. Hallé el puente lleno de gente y sólo con grandes apuros pude hallar entre la multitud á mis compañeros de viaje de Grecia que habían quedado á bordo. Como no se había dado todavía la señal de marcha no me era facil distinguir entre aquella multitud, quiénes aumentarían el número de pasajeros del buque y quiénes habían venido únicamente con el objeto de despedirse de ellos. Mas á medida que la hora adelantaba, los abrazos, las despedidas y las separaciones sucesivas iban aclarando aquella concurrencia. Los vendedores de corales, de peines, de joyas, poniendo en orden sus mercancías, comenzaron á descender uno tras otro á las lanchas; los marineros se pusieron en movimiento, tirando las cuerdas, cerrando las bodegas y al murmullo general se añadió el silbido de la máquina anunciando la próxima partida.

A todo esto, apenas hube vuelto á bordo en medio de la animación y confusión que reinaba, todavía pude distinguir en el rincón más apartado de la popa, tres personas sentadas, dos mujeres y un hombre, los cuales parecían haber tomado posesión, desde mucho tiempo antes, de aquel extremo del puente.

De las dos mujeres, la más joven, recostada en una silla-cama de paja, con almohadas que sostenían su cuerpo y su cabeza, seguía con mirada melancólica la animación del puente. La otra, de edad avanzada, estaba sentada detrás de ella en el banco de madera que daba la vuelta al buque. Encima de un taburete, un viejo que tenía aire militar, sosteniendo con las manos un libro que no leía, seguía con atención cariñosa el menor movimiento de la joven y, de vez en cuando, le dirigía la palabra en voz baja.

Sin duda eran un padre que acompañaba á su hija enferma y una vieja sirviente que la cuidaba y le hacía las veces de madre.

II

Las impresiones de la juventud no se borran nunca. Ciertas figuras y ciertos acontecimientos que muchos años antes han pasado ante nuestros ojos, quedan para siempre grabados en nuestra memoria y se conservan llenos de vida en nuestra imaginación, resucitando de pronto su recuerdo sin que sepamos cómo ni de qué manera. Apenas si vi aquella joven, si oí su débil voz; ni conocí su nombre, ni supe siquiera de su patria; sólo durante algunas horas su presencia llenó de tristeza mi alma y, sin embargo, nunca la olvidé ni podré jamás olvidarla.

Era rubia, muy rubia; al primer golpe de vista se adivinaba que era hija del Norte. De lo que oí decir después entre los pasajeros respecto de ella, me formé la idea de que era polaca, pero no tengo ninguna seguridad de esto. Sus facciones eran regulares, la expresión

de su semblante muy dulce, pero pálida, flaca y sin fuerzas. Sus grandes ojos azules parecían mayores á causa de su palidez y su debilidad, y su mirada descansaba lánguidamente en cuanto se fijaba, con una melancolía indecible. En cuanto la vi me conmovió su presencia; me acordé de séres queridos, de mi familia, de mi patria. Aquel semblante pálido y encantador oscureció en un momento la alegría de las impresiones de mi primer viaje al extranjero; aquella triste mirada colmó mi alma de pena. Sentéme en el banco de delante, junto á la popa, pero de manera que ni ella ni su padre pudieran observarme, y así me quedé sin fijar mi atención en cosa alguna fuera de ella.

El médico del vapor interrumpió mi ensimismamiento dirigiéndome alegremente la palabra para preguntarme si me había divertido en Nápoles. Era un hombre excelente, amigo de la charla y que, con su animación, contribuía á crear amistosa relación entre los pasajeros. Desde el principio me tomó bajo su protección y me trató como un antiguo amigo. Tenía cosa de unos cincuenta años y en aquella época de la vida los de esta edad me parecían ya viejos; pero su jovialidad hacía desaparecer algún tanto el respeto que la diferencia de los años, en otro caso, me hubiera inspirado. Por el contrario, al cabo de poco tiempo, eramos ya íntimos amigos.

El médico se sentó á mi lado para continuar la conversación, y entonces observó por primera vez á los extranjeros que estaban delante de nosotros. La vista de la enferma atrajo pricipalmente su atención. Estúvola contemplando un rato silenciosamente y cesó su buen humor.

—¿De qué sufre? le pregunté.

—¿No lo véis? ¡la pobre es tísica!

Se levantó, se acercó al grupo y dirigió la palabra al viejo; después, tomando un taburete, se sentó y sus anchas espaldas me ocultaron la cabeza de la paciente.

¡Tísica! ya sabía lo que significaba esta palabra. Recordé inmediatamente á un maestro de mi colegio, joven, pálido y flaco, con algunas manchas rojas en sus hundidas mejillas, que con fatiga venía á la clase y con mayor fatiga la daba, interrumpiéndola á menudo para toser. Un día el profesor no vino, las lecciones se suspendieron y supimos que estaba enfermo; pocas semanas después sus discípulos acompañábamos su cadáver. No había visto hasta entonces otra víctima de la tisis, pero sabía perfectamente que los tísicos morían, y con los ojos fijos en las espaldas del médico, mi imaginación reconstruía aquel cortejo fúnebre y veía á mi maestro llevado por cuatro de sus discípulos de más edad, dentro de un féretro cubierto de flores.

A todo esto el áncora se elevó, las ruedas dieron vueltas golpeando ruidosamente el mar y el vapor comenzó á moverse. Me levanté entonces para apoyarme en un rollo de cuerdas detrás del timón y contemplar más á mi sabor la hermosa ciudad de la cual nos alejábamos. La inmensa extensión de la playa que, oculta con sus casas, sus palacios y sus iglesias, brillaba bajo los rayos de un expléndido sol poniente. La zona de verdes colinas pobladas de bosques, aumentaba con el contraste de su color de esmeralda el reflejo de los apretados edificios. A la derecha de la ciudad, el Vesubio, levantando orgullosamente su áspera cima, ennegrecía encima el cielo azul y destejía en forma de nube la espesa columna de sus perpétuos vapores.

III

Cuando el buque salió del puerto y el fresco de la brisa del mar comenzó á hacerse más sensible, la vieja criada con cariñoso cuidado echó encima de los pies y de las espaldas de la joven recostada algunos abrigos. El tiempo era magnífico, aun cuando por la parte de poniente el horizonte ennegrecido anunciaba que aquella calma no continuaría; pero la amenaza que aquellas nubes ocultaban era lejana todavía, y el vapor rasgaba un mar sin olas, rizado apenas por el soplo de una ligera brisa. Sólo las dos ruedas, turbando la calma de las aguas, señalaban detrás de nosotros la superficie del mar con una doble línea de espumas escalonadas.

¡Oh! y cómo hubiera deseado acercarme á la paciente, dirigirle algunas pocas frases de

simpatía, extender el abrigo hasta el extremo del piecesito, que, desde lejos veía descubierto, sostener su almohada cuando volvía la cabeza hácia la tierra que se alejaba para contemplar el cráter del volcan coronado de humo! El taburete en que acababa de sentarse el médico estaba vacío junto á ella, pero no me atrevía á acercarme.

El tiempo trascurría lentamente, el sol se acercaba á su ocaso y el aire por momentos iba refrescando. La criada se levantó, se inclinó hácia la joven y le murmuró al oído algunas palabras con aire de humilde ternura. La enferma volvió hácia ella lentamente su mirada. No dijo una sola palabra, pero la expresión de sus ojos parecía decir. «¡Déjame aquí: quiero ver todavía el mar, el cielo y el sol poniente!» El padre tomó afectuosamente su mano entre las suyas y le habló con acentos suaves que tenían tono de súplica.

Entónces la joven se levantó penosamente, haciendo un esfuerzo, sin poder moverse por sí sola. La sostuvieron por ambos lados el viejo y la criada y ayudaron sus pasos vacilantes sobre el puente.

Mientras se levantaba, uno de sus guantes cayó inadvertidamente de los pliegues de su vestido. Me incliné, lo recojí y, adelantándome, se lo dí á la sirvienta. La enferma me vió é inclinando graciosamente la cabeza, con dulce sonrisa en sus descoloridos labios, me dió las gracias en italiano y empezó de nuevo á toser. Me retiré conmovido.

La fatiga que le produjeron aquellos pocos pasos, suspendida casi del brazo de su padre, su tos seca y sorda manifestaban, todavía más que su palidez, el grado de su debilidad. La enfermedad estaba adelantada, muy adelantada. En vano el desgraciado padre la había llevado desde su país del Norte para recobrar la salud bajo el sol del medio día; la vida dejaba gradualmente aquel gracioso cuerpo ¿Mas por qué dejaban á Nápoles para dirijirse de nuevo al Norte? ¡Tal vez el viejo, perdida todo esperanza, quería devolver su hija, viva todavía, á los brazos de una madre que la aguardaba con angustia en su lejano hogar, ó deseaba quizás verla morir allí donde su madre había muerto y enterrarla cerca de su esposa, en la misma tumba en que él quería descansar!

IV

El sol al fin desapareció, rasgando con sus postreros rayos las nubes que se hacían cada vez más compactas. La brisa que, un momento antes, nos refrescaba con sus suaves caricias, se convertía en bruscos soplos de viento impetuoso. La noche tomaba un mal cariz. Esta noche la bailaremos, decían los marineros entre ellos, y confirmaban su predicción los diversos preparativos de la tripulación sobre el puente, y abajo en el salón los de los criados que aseguraban con cuerdas los muebles y la vajilla. Me quedé en el puente contemplando la oscuridad espesa de la noche y la tempestad que se venía encima. El ruido de las olas que se rompían con furia siempre creciente, el silbido siniestro del viento, no bastaban á apartar mi pensamiento de la joven desconocida. ¿Qué hará ahora? ¿sufrirá mucho? ¿podrá resistir las sacudidas del buque cuando el balance se aumente con la violencia del huracán que se acerca?

Todos los pasajeros, unos tras otros, se habían retirado á sus camarotes. A excepción de los pesados pasos de los marineros encima de las tablas del buque, no se oía ningún otro ruido humano en medio del mujido siniestro del mar y del viento. La noche era mui oscura; cubrían las nubes todo el firmamento; en parte alguna aparecía un astro; solo la escuma fosforescente de las olas desencadenadas brillaba en las tinieblas. Y aumentando la violencia del viento, el buque sacudido más y más iba de un lado á otro ó se hundía y levantaba encima de las aguas.

Apoyado junto á la entrada del salón, guardándome así lo más que podía del ímpetu del viento y de la espuma de las olas, pensaba á cada violenta sacudida del buque, cómo podría, la extenuada doncella, sostener con las débiles manos su flaco cuerpo en el combatido lecho; y pensaba también cómo pasaría las largas horas de aquella noche terrible, y entonces á mis reflexiones se juntaba el triste recuerdo del cortejo de mi difunto maestro.

Por último, las olas, saltando ya por encima del puente, me obligaron á refujiarme en el sa-

lón. La única lámpara que le iluminaba, suspendida en medio de los dos costados del buque que se balanceaban alternativamente, mostraba con su contínuo movimiento, el grado de violencia á que había llegado el huracán. Las puertas de los camarotes que veía á mi alrededor estaban cerradas, y los jemidos y suspiros que salían de algunos de ellos, se mezclaban al sordo rechinar de sus goznes. No me determiné á entrar en mi propio camarote, porque en Nápoles adquirí un compañero de cuarto, italiano, muy gordo, con el cual no deseaba entrar en relaciones en tales circunscias. Me senté, pues, en el banco de alrededor de la mesa, apoyé mis brazos en ella, encima de mis brazos mi cabeza, y sentí que el sueño descendía á mis fatigados párpados.

V

No recuerdo fijamente si estaba despierto ó adormecido, cuando oí abrir de repente la puerta del camarote de enfrente. Levanté la cabeza y vi al padre de la joven, apartando el rojo cortinaje detrás de la puerta y que, pálido y lleno de angustia, dirijía los ojos al departamento del servicio.

—¿Puedo serviros en algo? pregunté. ¿Qué queréis?

—¡El médico!.... Mi niña....

Subí corriendo al puente. El camarotero del doctor estaba junto á la máquina. El viento soplaba con furia; la espuma de las olas caía como una lluvia violenta; á duras penas pude llegar á la puerta, á la cual llamé repetidamente hasta que al fin se oyó mi voz.

—¿Quién hay?

—Un enfermo que os llama.

—¡Ah! ¡ya supongo! Entrad.

Abrió entónces la puerta. No se había desnudado. Echó su abrigo sobre sus espaldas, tomó de encima de su despacho una caja con algunos remedios y salimos, acompañándole hasta la puerta del camarote. El viejo abrió así que nos oyó venir, cojió al médico por el brazo, le metió dentro del cuarto y aseguró bien la puerta.

Me senté en el mismo sitio y aguardé largo tiempo. El buque avanzaba sin cesar; el mar rujía y se rompía contra sus costados. Todas las maderas rechinaban y en medio del ruido espantoso é inquieto del temporal, se oía el acompasado latido de la máquina que luchaba con los elementos. Sólo en el camarote de la enferma reinaba un silencio extraordinario.

—¿Qué pasaría allí? ¿Qué sucedería? Y al pensar en esto apreté mis manos con angustia.

¿Por qué mi existencia entera se reconcentraba entonces allí? ¿Por qué mis ojos se fijaban en la imájen ausente de la pálida figura de la enferma y mi pecho se oprimía? ¿Qué de común había entre ella y yo?

¡Oh! Y cuánto deseaba que se calmara la tempestad. No sé lo que hubiera dado entonces por algunos momentos de calma, pero las olas continuaban sacudiendo furiosamente el buque y el movimiento no cesaba. Pasaba á todo esto el tiempo sin que pudiera saber lo que sucedía detrás de aquel lijero tabique que me separaba del lecho de la paciente y sin oir el menor ruido, ni siquiera el de su débil tos. Mas yo prestaba atención con la esperanza de oirla todavía. Reinaba en el salón un silencio profundo. Los pasajeros estaban echados ó dormidos. Sólo delante de mí sabía que no había ni calma ni sueño, y sin embargo también allí el silencio era grande.

¡Por fin se abrió la puerta! Se abrió y apareció la vieja criada con el semblante bañado en lágrimas, apartando la cortina para dejar pasar al médico que tenía las cejas fruncidas y el rostro sombrío. No le dirijí una pregunta, ni pronuncié una palabra. ¡Comprendí que todo había acabado!

Cómo! Todavía estáis aquí! me dijo en voz baja, y me llevó á su camarote.

A medio día entrámos en el puerto de Civitavecchia. No desembarqué allí, sino que me quedé á bordo.

Hácia la tarde, el padre, llevando en sus brazos el cuerpo inanimado de su hija, como lleva una madre al hijo dormido, bajó la escalera del buque. Un largo velo blanco cubría el cadáver, envolviéndolo de los piés á la cabeza.

El viejo no lloraba, pero la expresión de su semblante denotaba un dolor muy profundo. El médico y la vieja mujer, ahogando sus sollozos, le seguían.

Encima del puente, los pocos testigos de aquel conmovedor cortejo siguieron con la vista la fúnebre lancha, hasta que la ocultaron, junto al muelle, los demás navíos anclados en el puerto.

Demetrio Bikelas.

MIS CANCIONES.

En vano, en vano la brillante estrofa
De iris y nácar ensayar intento:
La musa alegre de mi afán se mofa,
Y eterno vibra mi jenial lamento.

¡Eterno, amargo, funeral jemido!..
Yo soy el bardo de la tumba helada;
El eterno cantor del negro olvido,
De las sombras, del llanto y de la nada.

Sólo al impulso del dolor alienta
El esfuerzo penoso de mi vida,
Y resbala mi lágrima sangrienta,
Nunca enjugada ni jamás creida...

Sueño el amor, lo bello, la ternura,
La dicha y el placer; sueño la gloria....
Y en mis horas henchidas de amargura
Vive el sueño imposible en la memoria....

Y cuanto siento y cuanto sueño digo
Con verso triste y tembloroso labio...
Siempre la luz y la ilusión persigo,
Y encuentro siempre el pesaroso agravio.

Yo soy el bardo de la tumba helada,
De negra noche cuando el cierzo ruje.....
Canto al dolor y la espantosa nada
Cuando en el polvo la osamenta cruje.....

C. Contreras Puebla

1895.

MEDIA NOCHE

Los ojos azules del poeta despedían lampos de luz; su luenga cabellera castaña, rizada á lo nazareno, daba reflejos brillantes y cobrizos á la luz de la vela soñolienta que alumbraba la pieza de los bohemios.

Su faz estaba pálida por el insomnio y la fatiga.

Todo su sistema nervioso estaba en excitación; parecía que cada uno de sus nervios hubiera sido un alambre eléctrico que se retorcía á impulso de la corriente y crujiera y lanzara chispas luminosas.

¡Lo admirábamos!

Su alma grandiosa necesitaba más luz, más espacio.

—

Abrimos el album.

Y repasando las pájinas de cartulina, llena de los primores del arte, llegamos á una.

¡Oh, el poeta!

El poeta lanzó al aire su sombrero calañés y juntando las manos, mirando ansioso aquella pájina, lanzó un quejido amoroso, un suspiro profundo y su imajinación se echó á correr veloz por el mundo de las ilusiones irrealizables.

Ahí debía escribir él sus más sentidas estrofas; en esa pájina debía vaciar á raudales toda su inspiración; porque él estaba enamorado de la niña pálida de renegrida cabellera, de la Julieta, como él la llamaba, que una mano femenina trazara en ella al carbón, á impulsos de una inspiración ardiente.

—Yo estoy enamorado, dijo por fin y nos miró á todos con la mirada fuerte y profunda de sus ojos azules. Irguió su cuerpo con orgullo.

—Pero nó enamorado de una mujer de este mundo, continuó. Mi amor no es para ellas. Yo adoro á Julieta, á esa Julieta de Romeo; á esa pálida vírgen soñadora y pura como un lirio.

Así me la figuro, dijo señalando el carbón.

Así debia ser la que adoraba Montesco; la que reía con risas angelicales y divinas cuando veía pasar bajo sus balcones al enamorado italiano; la que, trémula como la hoja de un árbol, llena de amor, lo recibía en citas nocturnas en la ventana del palacio señorial, tapizada de enredaderas floridas y olorosas, á la luz de la luna y de las estrellas brilladoras; la que lo despedía con un beso de amor casto y puro, cuando las claridades del alba con sus rosadas luces, sorprendian sus coloquios amorosos!.....

El poeta calló.

—

—Yo sé que ahora no hai Julietas, dijo luego. ¡Bah! ¡Ridiculeces! Nó; no hai Julietas. Pero aquí, en esta pájina de tu album, aquí hay una. A ésta adoro yo. Para ésta te ofrecí unas estrofas.

Anoche..... cuando todo dormía; cuando yo también dormía, desperté de súbito; sentí como un grito tuyo que reclamaba el cumplimiento de mi promesa. Y sin tino, movido por una fuerza misteriosa, encendí luz, tomé con mano nerviosa un pedazo de papel y entre las ropas del lecho, sumergido en un mar de ideas apasionadas, escribí estas estrofas.

Y el poeta leyó.

Leyó con inspiración sublime los versos que allá en la media noche, brotaron ardientes de su imaginación fantástica.

Quedó después embebecido mirando dulcemente el carbón que lo fascinaba.

¡Oh, el poeta! El poeta encerraba una alma colosal y soñadora!

Sus ojos miraban vagamente, estaba ébrio de inspiración y de entusiasmo.

Luego después escribió las estrofas en la página de Julieta.

—

—Esta mujer, dijo, apesar de que tiene los ojos entornados, mira al cielo! Cuando mi exaltación suba de punto, vendré á darle un beso aquí en este album.

Más tarde, cuando la suerte nos separe, dirás que escribí estos versos con sinceridad; que lo que ellos dicen lo siento aquí, en el fondo del alma. Los he escrito porque tú eres mi amigo.

Pero, nó. Tú no eres mi amigo..... sí..... es decir, eres un buen muchacho, un amigo sincero, no un amigo grande como yo lo sueño. Si mañana me ves arrastrando las desdichas del artista que escarnecen los hombres y que el mundo insulta, tú no me mirarás. Tú no me comprendes.....

Y aquí el poeta lanzó una mirada triste y en el ceño se le dibujó una arruga profunda, que denotaba pesares y dolores.

Rebatí lo que él decía asegurándole la sinceridad de mi afecto, pero el poeta, peinándose la cabellera castaña con los dedos, hizo un gesto de duda.

—

Después, salimos á la calle.

El dijo que necesitaba más aire, más espacio.

Era la una de la mañana. La luna, clara y serena, brillaba en la inmensidad azul claveteada de estrellas, que despedían resplandores fugitivos.

Todo era misterioso..... la ciudad dormía.... los ricos palacios iluminados por la blanca luz del astro de la noche.... las calles solitarias....

Llegamos á la Plaza de Armas. El poeta no hablaba. Nos sentamos en una banca frente al Hotel Francia.

—¡Qué recuerdo! exclamó el poeta. Fué una noche como ésta. Yo me había escapado del colegio para ir á la Opera. Cuando salí del teatro solo, triste, impresionado hasta la última fibra del corazón por una de las artistas, me vine aquí. Ni una alma había en la Plaza; era yo su único huésped. Se abrió de repente ese balcón del Hotel..... y ví aparecer la figura de esa artista de la Opera; la ví destacarse airosa con sus formas robustas y delicadas; aspiró con delicia el aire puro de la noche serena y después, al corto instante, entró de nuevo al interior del cuarto y volvió trayendo una jaula que parecía de oro, en donde se encerraba un canario.

La puso sobre el balcón, desprendió de su pecho una camelia blanca y empezó á conver-

sar con el avecita, como contándole sus amores y sus penas.

¡Era sublime! Entonó después a media voz un canto divino y el canarito, saltando de un lado á otro en la jaula de oro, y picando la camelia blanca que ella había dejado entre las rejas, respondía con trinos suaves y melancólicos á las quejas de su dueño.

—

Véte, me dijo el poeta, después de un momento de silencio. Yo quiero pasear más; iré al río, quiero andar, andar, mirar la luna y las estrellas.

Y tiritando de frío, embriagado de impresiones grandiosas, siguió andando sin rumbo por la ciudad que dormía, alumbrada por los rayos claros de la luna.

¡Oh el poeta! El poeta tenía una alma colosal é incomprensible.

Alberto León Silva

Santiago, Agosto de 1898.

¡QUÈ TAL VECINA...!

Si cual persona decente,
Que sabe su obligación,
Pago á usted exactamente
La convenida pensión,

Dígame ¿quién no creyera
Que tengo derecho, y harto,
Para vivi en mi cuarto,
Don Ramón, como yo quiera?

Y más cuando usted... (y es uso
Hacerlo, ó, mejor, costumbre)
Nunca aceptar me propuso
Ni la menor servidumbre...

—Así es...
—Y por no reñir...
—Sepamos qué es lo que pasa.
—¡Qué ha de pasar! que en su casa
No me es posible vivir.

—Pero, vamos, don Antonio,
¿Querrá hacerme la merced?...
No le entiende ni el demonio;
Por Dios, explíquese usted.

—¡Qué escucho! ¿Usted no adivina
Que enfrente de mi balcón
Hay una como hornacina
Con su santa?...
—¡Gran bribón!

Mas la hornacina es ventana,
—Y la que en ella se asoma
Es una joven galana
Más blanca que una paloma.

Y con ser galana y todo
Esa chiquilla de enfrente,
Me ha fastidiado de modo
Que estoy como una serpiente.

¿Cómo ver con sangre fría,
Ni menos con afición,
A quien gasta cada día
Catorce horas de balcón,

Y conoce á todo el mundo
Y con todos se sonríe
Y se ufana y se deslíe
Con cualquiera vagamundo?

¿Cómo tolerar, señor,
A una... pues diré á una niña
Que de mi estancia escudriña
Hasta lo más interior,

A quien sólo se sostiene
A costa de dignidad
Y con gaiños se entretiene
Y es toda curiosidad?

De allí no falta jamás...
¡Lo dicho! Mírela usté.
¿Si no falta! ¿Quiere aun más?
Pues óigame, y hablaré.

A la hora en que yo sospecho
Que se acerca la mañana,
Dejo el calor de mi lecho
Y corro á abrir la ventana;

Y la chica (¡hoy me descarto!)
En su balcón se halla ya,
O, mejor dicho, ya está
De visita aquí en mi cuarto.

Y es así (¡ojalá no fuera!);
Pues en toda vez encuentro
Que su cuerpo se halla fuera
Y su alma toda aquí dentro.

Me pongo á leer, y... ¡nada!
A escribir... ¡tampoco! ni eso!
Que á toda hora siento el peso
De una implacable mirada.

¿Cómo no hubo quien me avise
Que, en esta casa al entrar,
Aunque solo estar yo quise
Nunca solo podria estar,

Porque un fantasma enemigo,
Cuya firmeza me asombra,
Habría de estar conmigo
Como está mi propia sombra?

!Ay! mi noble don Ramón,
Mire usted... ¡si me asesina
Sin ninguna compasión
Mi cariñosa vecina!

¿Puede alguien aficionarse
De un testigo que le observa
Si bebe, si se reserva,
Cómo estuvo al levantarse,

Si se lavó bien la cara
Si el mismo pega botones
Y de qué manera rara
Se pone los pantalones?

Esto es atroz, es suplicio
Terrible, descomunal,
Prefiero perder el juicio
Y comer piedra infernal.

Sabe esa niña qué botas
Hay debajo de mi cama,
Si mi cuerpo tiene escama
Y traigo las medias rotas;

Ha visto aun los homenajes
Que ofrezco á Dios, el afán
La ternura y los visajes
Con que sé pedirle el pan.

Pero ¡ay! también me incomoda
(No, no son meros cojijos),
Esa turba de canijos
Que se exalta y embeoda,

Cuando, con maña certera,
La graciosa vecinica
Les hace una guiñadica
O arroja una flor cualquiera.

Aquí hay más ruido, hay, en fin,
Más apretones de manos,
Más señas y más trajín
Que en la calle de Escribanos;

Por aquí, con tono regio,
Vienen y van colegiales,
Cual si en estos andurriales
Pudiera estar el colegio;

Aquí hay silbidos, hay coches
Hay garulla y hay enojos...
¿Y las noches?... ¡oh! las noches
No puedo cerrar los ojos.

Las flautas y las vihuelas,
Las arpas y los violines,
Los tiples y castañuelas;
Y aun los pequeños *rondines*,

Todos se juntan aquí,
Y alzan, tras de mis orejas,
Conciertos, chillidos, quejas
En inmenso lililí.

¿Y podrán así vivir
Esas gentes?...¡qué han de ser!
Cuando ni saben comer
Ni necesitan dormir.

Es grande ya mi despecho
Tabique usted la ventana,
Y mande romper mañana
Una tronera en el techo:

Sólo así podré quedarme....
Y aun así...nó, no hay remedio,
Lo mejor será largarme,
Porque no aguanto el asedio.

—Su cólera no censuro,
Don Antonio. Es un infierno
Mi calle; más le aseguro
Que yo pediré al Gobierno

Que, en vez de mortificar
Al empleado de ayer,
Destierre á aquella mujer
O le dé con quien casar.

ANTONIO ALOMÍA LL.

Quito—1896

DELIRIO

Son las diez de la noche: reclinado en un sillón, aspiro con delicia un rico cigarrillo «El Modelo» de la C^ia^ Sud-Americana de Tabacos, y á medida que los aspirales de humo de mi cigarrillo ascienden al techo, mil fantásticas y absurdas visiones, acuden á mi mente.

Ya me encuentro en el interior de un teatro, rodeado por mil vaporosas criaturas que danzan en torno mío y se estrechan y forcejean por llegar hasta mí. Sus rostros risueños y picarescos y sus grandes ojos negros me enloquecen y me envuelven en una atmósfera de voluptuosidad. De repente una de ellas logra acercárseme y coloca sobre mis labios un dedo que me apresuro á besar pero un agudo dolor desvanece mi ilusión. He besado la punta encendida de mi cigarro.

Vuelto otra vez á mi sopor, me veo en el interior de un claustro. Sus largos corredores alumbrados de trecho en trecho por la moribunda llama de una lámpara de parafina, infunden respeto y temor al alma. Allá en el fondo se destaca la figura de un fraile que, rosario en mano, recorre silenciosamente, como deslizándose sobre el piso, el oscuro corredor. El ruido apagado de sus pisadas tiene algo de lúgubre y aterrador. Mi espíritu se siente acongojado y advierto que mi cabeza se pone muy pesada. Mi cigarrillo se ha consumido. Enciendo otro y nuevas visiones se agolpan á mi ya cansada imaginación. Me figuro sentado á mi mesa de trabajo é imagino que los papeles de todas clases, las revitas nacionales y extranjeras, los folletos, etc. de que está cubierta la mesa, me dicen con sus grandes caracteres negros: ¡Abrenos, léenos, trabaja, flojo!

Mis dedos cogen febrilmente la pluma, y ésta corre, lanzando chispas de sus puntas de acero, sobre un cuadernillo de papel. Ya tengo llenas cuatro carillas de una prosa elegante. Mi imaginación, cual nave á merced de los vientos, se lanza en todas direcciones. La poesía es mi gloria y á medida que corre la pluma, brotan sonetos, redondillas, silvas y églogas todo revuelto y apiñado en hermoso desorden de líneas cortas y largas que parecen mirarme con risa burlona. Tomo las carillas, las despedazo y las mando á hacer compañía á los papeles inútiles, me reclino en mi butaca y me quedo dormido.

En este momento la última columna de humo de mi cigarrillo se desvanece en el aire; despierto y noto que las piernas se niegan á funcionar y que los pies se hallan ateridos por el frío de la noche; pues no había tenido la precaución de cerrar la puerta de mi alcoba.

Con un poco de ejercicio logro reanimar mis miembros yertos y después de cerrar la puerta, me decido á acostarme bendiciendo en mi interior el aromático cigarro que me ha proporcionado un corto instante de alivio, calmando las heridas con su bálsamo bienhechor.

ATHOS.

Valparaiso, Nov. 3 de 1898.

A LA ESPERANZA

(Para la REVISTA DE VALPARAÍSO).

Con la pureza con que ama el niño
La luz naciente de la mañana,
Así he querido
Así yo he amado
Febril y loco, con toda el alma.

Mas, desde entonces llevo aquí dentro,
Dentro del pecho, negra mortaja,
Que triste cubre
Mis ilusiones,
Mis goces todos, mis locas ansias.

Porque la virgen de mis ensueños,
La bella ondina de frente pálida
Como las rosas,
Como los lirios
Cuando despiertan por la mañana,
La de las trenzas color de ébano,
De verdes ojos, negras pestañas,
Esa... ¡no existe!
Y es mi delirio,
Y, aunque la busco, no puedo hallarla.

¡Mas yo la he visto! la he visto en sueños
En esas horas de la mañana
Cuando gorjean
Los pajarillos,
Cuando despunta gozosa el alba.

¡Y es tan hermosa, tan atrayente!
¡Se me presenta con tantas gracias,
Que entre mis brazos
Quiero oprimirla,
Pero ella siempre se aleja cauta!

Se aleja cauta, y se lleva todas
Mis afecciones y ardientes ansias,
Y hasta las trovas
Que de mi lira
Brotan sencillas y enamoradas.

¡Oh virgencita que he visto en sueños
La de la nívea, blanca garganta,
Como las rosas,
Como los lirios,
Como el rocío de la mañana.

¿Por qué te has ido? ¿por qué me dejas?
Si te conozco ¿por qué no me hablas?
¿Si te lo imploro,
Si te lo ruego
Si sé ¡ay! que eres tú la Esperanza?

¡Ven á mis brazos, preciosa ondina
De verdes ojos, negras pestañas
Como las olas
De un mar sereno
Como las quejas que exhala el alma!

ENRIQUE VILLALÓN Y OGASS.

Setiembre 18 de 1898.

MI SUEÑO DE UNA NOCHE DE DIFUNTOS

—¿Sois el doctor X?

—El mismo, en cuerpo y alma, respondí, podéis entrar.

Ante una invitación tan espontánea mi visitante que, como toda persona educada, había golpeado discretamente en la puerta antes de hablar, volvió enérgicamente la perilla, dió vueltas al cerrojo y con crugidos secos y un estruendo como de algo que se rompe en mil pedazos, se me hizo presente. Y entonces con la sorpresa y el temor más grandes, ví que se introducía á mi habitación el más extraño personaje.

—Comprendo, mi querido doctor, que voy á perturbaros en vuestras ocupaciones, díjome al entrar; pero la comisión que se me ha dado es tan séria y tan trascendental y los votos de mis compañeros tan unánimes y decididos, que no he podido menos de atravesar las barreras del cementerio en esta cálida noche, y llegar á vuestra presencia, á riesgo, como os decía, doctor, á riesgo de molestaros, pues vengo á haceros cargos de consideración.

Era un soberbio esqueleto merecedor del puesto de honor en el mejor museo de Anatomia. Sus huesos limpios y brillantes parecían formar un sólido edificio: el cráneo algo achatado, indicio del cruzamiento con razas americanas, era de contornos firmes y bien modelados, los cavidades orbitarias muy grandes parecían fulgurar un fuego extraño; la boca con su dentadura completa tenía esa sonrisa eterna de la calavera producida por la ausencia de mejillas; la columna vertebral bastante sólida, tenia un arqueamiento hácia adelante, y las costillas formaban por su parte arcos bien prominentes, todo lo cual producía en el esqueleto un andar grave y pausado, con la cabeza echada atrás, tal como lo hacen las personas eminentes, ó los militares en las filas.

Estos fueron los rasgos que alcancé á observar en mi extraño visitante, el cual no me dió tiempo para más, porque sentándose *ipso facto*, en la mejor poltrona de la estancia y arrellenándose cómodamente en ella, cruzó un fémur sobre el otro y muy seriamente se puso á hablar.

—Veo que no os asustáis, ni os molestáis gran cosa con mi presencia, y á la verdad que no tenéis motivos, pues á un médico como vos que vive entre los cadáveres y los esqueletos, no ha de sorprenderle que á una calavera se le antoje un buen dia dirigirle la palabra. Por otra parte he tenido y tengo actualmente una buena presencia y así como soy ahora un esqueleto decente, he sido en mis tiempos un guapo mozo, arrogante oficial de caballeria y la prueba es que aun conservo la apostura marcial de las paradas del diezíocho. ¿Qué decís á todo esto?

Confieso injenuamente que mi amigo se engañaba y que yo todavía no me habia repuesto completamente de la sorpresa recibida, porque demoré un rato en contestarle.

—Debéis esplicar primeramente el objeto de vuestra venida, porque con la charla que habéis mantenido, no puedo darme absolutamente cuenta de cuanto decís.

—Tenéis muchisima razón, me dijo; pero dispensad, he perdido un tanto la memoria y creia haberos dicho ya lo que me traía. La verdad es que, cuando uno entra á estos retretes de sabios, á estos consultorios de médicos notables, es de sentirse sobrecogido con el aspecto y la seriedad que revisten. He ahí un pesadísimo estante lleno de librotes añejos é insustanciales y si abrís alguno de ellos, tened la seguridad que váis á encontrar dentro de él, láminas y figuras: hombres que ven á sangre fría que les cortan el brazo, á otros que les abren el vientre, á los menos que les parten el cráneo, fuera de la anatomía viva, la carne que se exhibe, los músculos, las arterias, el corazón que se hace pedazos; es esto lo que tienen esos libracos que ya deben estar tintos en sangre. Movéis los ojos y os encontráis con un escaparate muy pulcro, muy aseado; en su interior brillan los aceros resplandecientes de centenares de instrumentos: los escalpelos, bisturies, las pinzas y tigeras, las sierras, los martillos y ruginas y que sé yo

cuantos más aparatos que no son sino de martirio para la humanidad. Y esto es lo primero que ve el cliente, debilitado ya con sus dolores, y después el continente sério del maestro, los lentes que aumentan su aspecto tan grave y el olor, ese olor característico, ácido fénico, yodoformo revuelto con los vapores de la naftalina de las preparaciones, todo hace que sólo se tengan ideas, ideas lúgubres y siniestras, y que se ansie volver otra vez á respirar el aire puro.

Y era de ver la trágica actitud del esqueleto, la voz con que decía estas palabras: lúgubres y siniestras palabras que tenian un tinte aun más *siniestro* al salir de la boca de la muerte.

Pero yo me había exasperado.

—Mas al fin, decidme á que venís, que es lo que os trae, y á qué diablos me ensartáis tal cúmulo de ridiculeces.

—Vamos doctor, que no es esta la seriedad con que os pintaba y atended á que me hallaba ya en la primera parte de mi acusación, y hubiera continuado sin tropiezo si no me interrumpís. Ya que os he hablado de la falsa apariencia de vuestros gabinetes y de la falsa seriedad con que os revestís, vengo en deciros que nosotros, todos los difuntos de esta dilatada comarca, nos hemos reunido, y después de deliberar sobre la ciencia médica que á tal estado nos ha reducido, después de haber observado que sus luces son fuegos fátuos, que sus enseñanzas son irrisorias, y que sus adelantos son enteramente nulos, hemos acordado enviar un emisario á uno de los sacerdotes de aquella pretendida ciencia, á ver que nos esplique su manera de proceder, que nos dé á conocer los resortes que toca para la salvación de los humanos, y que nos diga dónde está su imperio y su poder, porque no es posible que nosotros, por el hecho de haber pasado á la otra vida, quedemos sin la sanción para el culpable y porque es necesario demostrar ante todos lo absurdo de vuestras prácticas, y lo falso de vuestras doctrinas.

Esto me lo dijo el esqueleto de una tirada y con la exaltación de un hombre ofendido: levantándose á intervalos y dejándose caer después con un horrible estrépito de huesos.

Confieso que no esperaba una acusación tan inoportuna y tan estraña, y ante lo imprevisto del caso tuve que darme alientos para responder. Y mientras mi interlocutor con la cabeza echada ávidamente hácia adelante y con los brazos en la poltrona me miraba como queriendo tragarme con sus cuencas que destellaban resplandores y llamaradas violáceas.

—He de esplicaros todo lo que me decís, repuse por fin, y dad gracias no sé si á Dios ó al diablo de haberos encontrado con un individuo de buena voluntad. No sé como os he oido ese cúmulo de barbaridades y esa falanje de mentiras que no son sino los rastreros frutos de la envidia, y los resultados de la ignorancia más supina . . .

Y al ver que hacía un brusco movimiento

—Pero no os exalteis le dije, porque voy á probároslo y ante todo comenzaré por daros una idea de la Medicina.

La ciencia médica es tan antigua como el mundo, hubo desde el principio enfermedades y desde el principio fue preciso tratar de remediarlas. No os voy á trazar el cuadro completo de la vida de ella ni á describiros una tras otra sus diferentes fases, tendríamos para llenar muchos volúmenes; sólo os diré que los genios más eminentes se han ocupado de ella y que la paciente investigación de tantos sabios y por tantos siglos no habia de quedar sin éxito. Estudiada la Anatomía ciencia árdua é ingrata, se pasó á las funciones que el hombre ejecutaba, á la Fisiología, y, en seguida, al estudio microscópico de nuestros tejidos, nació la Histología. Con esto quedó completamente analizado el hombre sano, el hombre normal y se estudió en seguida el hombre enfermo, es decir, las patologías. Pero á todo esto, os supongo un hombre instruido y capaz de daros cuenta de lo que digo.

—Vaya, repuso mi estraño visitante, estaría por dudar de vuestra sin igual perspicacia si aun no me conocéis. Os he dicho que era oficial de caballería en mi pais, jefe de un cuerpo y descendiente de una familia de alto rango.

—Entonces continué; ¡cuántos escollos que salvar, cuanto trabajo duro y pesado que hacer, que labor más ruda la de nuestros padres en la Medicina! Se necesitó de muchos siglos para

arribar á algo seguro, á alguna base firme en que apoyarse y sólo entonces principiaron los verdaderos estudios.

Pero hubo un momento en que se dió el paso más grande en la historia de la patología; fué cuando se descubrió el bacterio, lo cual se consiguió gracias á los adelantos en el microscopio. Y desde entonces la Medicina no es una ciencia ciega y que camine sin base, sino que tenemos la comprensión clara de la enfermedad, el porqué se produce y por quién es producida; ¡desde entonces la Medicina es una ciencia de luz, sí, de la luz más pura cual es la luz de la verdad!

—¿Sabéis, me interrumpió mi estraño amigo, que con lo que habéis dicho no habéis probado absolutamente nada, ni disculpado la conducta de aquéllos que nos echaron á la tumba! ¡Oh! no es ésta tarea ingrata seguramente porque rinde, agregó lanzando una carcajada sarcástica.

Miré al esqueleto que estaba horrible. Su doble fila de dientes relumbraban en la semioscuridad de la sala, y con sus manos puestas en las caderas, se balanceaba sobre la pelvis como desafiándome.

—Os he dicho, repuse por fin, lo que es la Medicina, que no es una patraña, sino una ciencia cierta y segura. El médico que verdaderamente lo es, procede, pues, sobre bases sólidas y sabe que á tal síntoma hay que oponer tal medicamento, á tal cuadro clínico, tal tratamiento. Esta ha sido la obra de nuestros antecesores y á nosotros sólo nos queda el perfeccionarla.

Ahora bien, nadie puede ignorar que el hombre es mortal como todos los seres de esta tierra ¿se podría pedir á la Medicina que prolongue la vida de una manera indefinida? Comprendéis que esto es absurdo, y que solo un Dios podría hacerlo.— Pues bien, analicemos ahora el rol que en la actualidad juega el médico; cae un hombre, jefe y sostén de una familia, cae, como os decía, enfermo; la afección es grave y si no se la ataca desde el principio la vida del enfermo corre grave peligro. Llega el médico, examina al enfermo y gracias á sus cuidados lo salva, á sus cuidados razonados y científicos que ninguna otra persona podría haber dado. Y si la enfermedad es incurable, si el individuo está perdido, si nadie en la vida desde que existe el mundo ha podido curar á un enfermo de esta especie, el médico lo alienta con sus consejos, le hace llevadera una vida llena de dolores, lo sostiene y lo consuela. ¡Y qué cosa más bella, que endulzar la existencia de un infeliz que lleva una carga de dolor y de miseria!

—Eso será todo lo bello que queráis, me contestó, pero en cambio ¡cuántos casos conozco yo en que gracias al remedio del señor doctor el enfermo fué despachado más ó menos luego al otro mundo!

—¡Ah! es que lo primero de que se echa mano en un caso desgraciado, es la culpabilidad de aquel médico; no niego que haya equivocaciones, muy naturales puesto que son hombres, pero es que la opinión generalmente es maligna, la gente maliciosa, la multitud tiene malas entrañas, se guían por una de estas escepciones y la hacen regla general, el caso sirve para divulgarlo en todas partes, se hacen de él terribles comentarios y en fin tanto se abulta el asunto que se creen haber cometido diez asesinatos en la sombra. Y la prensa clama castigo para el culpable, y pide á gritos que pague su pecado, y de todo se vale para mancillar con sus palabras, la abnegada misión cuyo norte es la caridad. ¡Y cuántos casos conozco yo de grandes curaciones, de inmensos esfuerzos de la ciencia, en que el médico salvó por sí solo á un individuo! pero estos casos se olvidan, á lo más se los relata en los primeros días, pero después ya nadie los recuerda! Y si una de estas personas cae por casualidad enferma, lo primero que hará será llamar con urjencia al medico, semejante á los incrédulos que no quieren morir sin confesión.

—Os he oído con calma y atención, me dijo mi interlocutor, y estoy por participar de vuestras ideas; pero una duda me asalta ¿por qué si sois tan buenos y tan caritativos hacéis diferencia entre el pobre que busca un hospital y el aristócrata que os recibe en su dorada mansión, de tal modo que hacéis en el primero esperiencias peligrosas, operaciones terribles, sin tomar para nada en cuenta la vida del infeliz, mientras que al otro lo colmáis de cuidados

y atenciones y lo tratáis á cuerpo de rey?

—No sabéis lo que es un hospital, le dije; el pobre que va allá á implorar la caridad es tratado con todas las consideraciones posibles, los médicos más famosos son los que lo atienden y se estudia concienzudamente su enfermedad. Esto lo digo porque yo lo he visto, yo los he tratado, y en los hospitales de enseñanza solo se ponen en práctica los últimos adelantos de la ciencia. Véis, pues, que es una patraña aquello de las esperiencias y de las horrendas operaciones, que solo la creen los incautos.

—¿De tal modo, me dijo mi interlocutor, que vos creéis en la certeza de la ciencia médica y en su absoluta seguridad?...

—Distingo, le repliqué, porque la seguridad absoluta solo existe en rarísimos casos; pero creo en las verdades que la medicina nos enseña y en los adelantos últimamente alcanzados por Koch, Pasteur, Virchow y tantos otros. Mucho podría hablaros sobre esto, tendría miles de razones....

—Mas por hoy basta de argumentaciones y de filosofías, interrumpióme mi amigo, creedme que podéis ahorraros ese trabajo, pues estoy suficientemente convencido. Iré allá entre mis compañeros y los convenceré á mi turno, les diré que sois buenos y honrados muchachos á quienes no deben odiar... y que tienen la fatalidad de encontrarse con apariencias engañosas, añadió con malicia. Pero no por eso dejaré de reírme, al ver la facha magestuosa de algún mediquillo, que gaste lentes de oro y se dé toda la importancia de un potentado...

—Debilidades humanas...

—Sí, se conoce que con ser médicos seguís siendo tan hombres como antes. Pero observo que la noche se va y que mis amigos me han de estar esperando regocijados en esta noche que nos pertenece, todo un festín donde brindaré, el primero, á vuestra salud. Os doy, pues las gracias, mi querido doctor, y creed que vuestra conferencia será de gran provecho, á lo menos en el otro mundo. Os saludo y os deseo en éste, todas las felicidades posibles.

Y diciendo esto, el esqueleto se dobló arqueando la série completa de sus vértebras, llevóse la mano derecha al nivel del parietal como haciendo el saludo de ordenanza, y me alargó con franqueza la mano.

—Como prenda de eterna amistad, me dijo.

—Que sea hasta la muerte, le respondí estrechándosela. Sonrióse amablemente, con la amabilidad de que puede ser capaz una calavera, y con un estruendo de huesos que chocaban en los muebles, abrió la puerta y desapareció.

Al día siguiente, cuando desperté, encontré mi mesa en el más espantoso desorden; el esqueleto que siempre acostumbro á tener en mi cuarto, se balanceaba moviendo á compás sus descarnadas piernas, con esa risa sarcástica y ese aire de despreocupados que no los abandona nunca.

EVAL.

ROSTRO DE VIRGEN

(En el álbum artístico de mi amigo Alberto León Silva)

Hija nocturna de un enfermizo
Sueño embriagado de inspiración,
Bajo tu noche de negro rizo
Brilla una lumbre del paraíso
Y es una estrella tu corazón.

Así es la bella visión que adora,
Que adora ardiente mi juventud,
Visión que sueña, visión que llora,
Rayo primero de blanca aurora,
Trájica reina del reino azul.....

Así... tú tienes todo su encanto,
Eres la sombra de la ideal
Blanca Julieta, que adoro tanto,
Tienes su risa, tienes su llanto
Claros destellos de lo inmortal.....

Pálida sombra..... si esa Julieta
Nunca en la tierra debo encontrar,
Sean los versos de tu poeta
Como el perfume de la violeta
Que se marchita sobre el altar.

OSCAR SEPÚLVEDA

Santiago—1898.

CRÓNICA LITERARIA

De nuestros canjes estractamos las siguientes noticias literarias:

NICANOR BOLET PERAZA

Cartas llegadas de los Estados Unidos, anuncian el fallecimiento del general Bolet Peraza, distinguido hombre público y literato de la República de Venezuela.

Era el general Bolet Peraza, un espíritu generoso y amable, cuya desaparición será lamentada en toda la América latina por los que veían en él un buen amigo de las letras, un erudito altamente considerado en los círculos intelectuales de la madre patria y en las repúblicas del norte, tenido como el maestro de dos generaciones.

Desde hace muchos años se había establecido en Brooklin, donde su casa estaba abierta á todos los americanos de habla española que viajaban por los EE. UU. y en donde la mas esquisita cortesía daba el tono á las reuniones á que concurrían también distinguidas personalidades norteamericanas. Estaba casado con una hija de Monagas, el prócer de la independencia venezolana y una gran intimidad le unía al célebre general Páez quien, como se sabe, vivió tambien en Nueva York hasta la fecha de su muerte, después de haber residido en Buenos Aires, cuando le desterró el general Guzman Blanco.

El general Bolet Peraza actuó en la política de su país en primera fila, tuvo varias veces cargos diplomáticos de importancia, y últimamente su nombre sonó como el de uno de los candidatos á la presidencia de la república. A la sazón desempeñaba en Estados Unidos el cargo de cónsul general de la República Mayor de Centro América, y sus relaciones con varios importantes personajes norteamericanos, entre ellos Mr. John Hay y el millonario Chaucew M. Depew, han contribuido para mantener en las altas esferas del país la idea de la apertura del canal por Nicaragua.

En Nueva York fundó y sostuvo por largo tiempo *La Revista Ilustrada*, y luego *Las Tres Américas*, en cuyas páginas quedan, como en la mayor parte de las publicaciones del continente, buenas muestras de sus dotes singulares de escritor fecundo y pensador notable.

Muchos que le conocieron en la gran república no olvidarán sus cualidades de hombre de mundo y su palabra elocuente como orador de nota que era. Junto con José Martí eran los dos centros principales del núcleo latino de la ciudad imperial.

Quedan de él, cuentos, impresiones de viaje y trabajos de crítica, entre los cuales fuera de una á veces excesiva fecundidad y desaliño, resaltan ciertas condiciones que le dan un puesto innegable en la literatura de América.

LA VERDAD SOBRE EL CID

El héroe español por excelencia, el Cid Campeador, ha llegado hasta nosotros, por obra de la leyenda, como el tipo acabado de la lealtad á su Rey D. Alfonso, de caballerosidad, de valor, de gentileza con las damas, de clemencia con los vencidos, de desinterés y de todas las virtudes privadas, como padre y como esposo.

Tal fué el Cid, mientras los historiadores solo tomaron por guía las crónicas españolas y latinas; pero con la restauración de la literatura

arábiga y mediante las investigaciones de Gayangos y de Dozy, todos aquellos atavíos de la leyenda han desaparecido por completo.

El Cid ha quedado convertido en un merodeador rapaz, que sólo peleaba por su propia cuenta; que no fué leal sino á sí mismo, siempre pronto á tomar servicio bajo cristianos y muzlines alternativamente, engañando á los unos y á los otros; cruel hasta el extremo, aun en una época en que la crueldad era distintivo de hombres y gobiernos; envidioso con sus iguales; especulador desalmado, que se sirvió de usureros, moros y judíos, para oprimir á los cristianos de las clases más infelices y desamparadas.

Todos estos hechos ya comprobados por los historiadores modernos, aparecen con nueva luz en la obra que acaba de publicar en Londres el erudito H. Butler Clarke con el título *The Cid Campeador, and the Warring of the Crescent in the West*, ilustrada con numerosos dibujos y pinturas de don Santiago Arcos.

El autor recorrió con este artista todos los puntos de la Península conexionados con la vida del Cid, tomando vistas, fotografiando monumentos, copiando manuscritos y la mayor parte de los documentos auténticos á que se refiere en su relato: de todo lo cual ha resultado un libro de alto valor científico y literario, mediante el cual se puede comprender la vida de aquellos reinos españoles y moriscos que forman en la Península la historia de la Edad Media.

TARTARIN DE TARASCON

Los tarasconeses no son tan «tarasconeses» como se ha tenido empeño en decirlo: el sentido común aun existe en la patria de Tartarín!

A nadie se oculta el puesto excepcional que ocupa Tarascón en la obra literaria de Alfonso Daudet; este maestro dió vida á Tartarín; y de la modesta población francesa, sacó á existencia imperecedera la fecunda imajinación del escritor las figuras incomparables del armador Costecalde, del comandante Bravida y de Bezuquet el boticario. Y fué de Tarascón también de donde partió Tartarín para su memorable excursión á las alturas de los Alpes, á donde llegó armado en guerra, formidablemente equipado, con el casquete sobre la oreja, el chafarote en la mano y la manta terciada á manera de clámide real. Allá, en las cimas del Jungfrau, encontró á Bompar, un compatriota suyo, que hizo creer al bueno de Tartarín que todo aquello era una fanfarronada; que los Alpes no son sino una decoración de teatro, en donde todo está trocado, en donde todas son perspectivas engañosas, en donde, en fin, se burla á la humanidad.

Empero, no hay para qué contar estos episodios maravillosos, estas aventuras sin paralelo, que todo el mundo conoce y con las que todo el mundo ha reído. Se creía que los tarasconeses no habían reído con ellas; y aún corría el rumor de que si el autor de *Tartarín* hubiese pisado en vida el suelo tarasconés, habría sido hecho picadillo por los indignados habitantes.

Sin embargo, parece que las cosas no eran como las pintaban: todo era una calumnia: los tarasconeses, está probado, son la mejor gente del mundo. Lejos de querer acabar con Daudet lo intentaban glorificar. El consejo Municipal de Tarascon acaba de votar, en efecto, fondos para levantar en la plaza principal de la poblacion un busto al inmortal autor de *Tartarín sobre los Alpes*.

El plan del futuro monumento se ha sometido igualmente á la consideración de la Prefectura de las Bocas del Ródano. El pedestal llevará esta sencilla y elocuente frase que sirve de epígrafe á la novela de Daudet:

«Tout le monde, en France, est un peu de Tarascon!...

Y más abajo la inscripción siguiente:

«A Alphonse Daudet, Tarascon reconnaissante!...

¿Quién en vista de esto negará que los tarasconeses tienen mucho del *bon esprit* que caracteriza á los hijos del Mediodía? «Tout le monde en France est un peu de Tarascon! » es lo único que quieren conservar de la obra de Alfonso Daudet.

Y tienen razón, porque prueban que en el fondo el epígrafe puede traducirse así: «Todo el mundo en Francia sabe tener *esprit* cuando se presenta la ocasión».

EL PERIODISMO MODERNO

El realismo moderno en su labor simbolista al fin se ha acordado del periodismo para presentarlo en una novela que está llamada á causar sensación. Paul Brulat ha escrito *El Report*, verdadera novedad literaria.

El gremio no podrá escapar al análisis del que mucho tiene que ganar para poner en evidencia sus energías y sus deficiencias.

El periodismo es hoy casi reportaje, la averiguación de los hechos consumados con todos sus detalles.

La información debía constituir la verdadera historia contemporánea; pero si el historiador futuro fuera á juzgar la época actual por el reportaje de la prensa, quizás se encontraría perplejo al ver cómo un mismo suceso es comentado y presentado de manera distinta, pues cada periódico lo narra y presenta á su modo.

El público, además, se ha vuelto exijente hasta lo imposible.

El ciudadano más respetable, el más honrado padre de familia, el lector más despreocupado, no se solaza en la lectura del diario de su predilección si no encuentra un escándalo, el hecho espeluznante, la diatriba contra el gobierno, la revelación picante é indiscreta, el ataque á las autoridades, la censura á quien quiera que sea. Esa antropofajía de reputaciones, esa ansiedad por dramas y comedias sociales, ese apetito por especial plato del día, obliga al periodista á hacer esfuerzos de imaginación para satisfacer á lectores ávidos siempre de noticias sensacionales.

El periodismo sólo se impone aparentemente al público; la realidad es la que el público le impone sus pasiones, sus preferencias y sus defectos.

Y el periodista creyendo marcar el rumbo, no hace más que dejarse arrastrar por la corriente de aquella poderosa voluntad que lo sujestiona.

Así como Zola simbolizó en *L' Argent* las intrigas de la banca, en *La Terre* las miserias del campesino, en *Los Rougon Macquart* las consecuencias de la herencia, Paul Brulat va á simbolizar con la serie de obras que ha principiado con *El Report*, los vicios y las enfermedades del periodismo moderno, que no podía sustraerse á la investigación y al análisis.

EL ARTE

La última obra del conde León Tolstoi se titula *El Arte* y acaba de aparecer recién de ella una edición inglesa. Probablemente dentro de poco podremos verla en castellano. Mientras tanto trascribimos algunos conceptos que pueden dar á nuestros lectores una idea de las tendencias de la obra.

El conde Tolstoi, dice en *El Arte* que «en todos los países donde apenas se hace por la la educación del pueblo la centésima parte del esfuerzo que sería debido, los gobiernos malgastan millones en favor de academias y teatros. En lás grandes ciudades se levantan monstruosas construcciones para museos, exposiciones ó conciertos.

Centenares de millones de trabajadores, carpinteros, albañiles, pintores de edificios, ebanistas, tapiceros, costureros, joyeros, peluqueros, fundidores, tipógrafos, se entregan á penosos trabajos, á fin de satisfacer las exigencias del arte; de manera que, con excepción del militarismo, no hay forma alguna de la actividad humana que absorba tanta fuerza como el arte. Empero, sin hablar de ese inmenso trabajo empleado indirectamente por el arte, una multitud de vidas humanas le están consagradas exclusivamente. Centenares de millones de hombres ocupan, desde su primera juventud toda su existencia en aprender el mejor medio de agita rápidamente las piernas—los danzantes,--ó en hacer resonar rápidamente las cuerdas ó teclas—los músicos, ó representar con colores cuanto ven—los pintores,—ó en voltear frases á mil modos, hallando rima á cada palabra--los poetas. Y estas gentes, muy juiciosas y propias para trabajos útiles, se pervierten en estas ocupaciones exclusivas y enervantes, se hacen especialistas rutineros, plena-

mente satisfechos de sí mismos, ciegos para todos los aspectos serios de la vida, y aplicados únicamente á menear las piernas, la lengua ó los dedos. Se dice que el arte es una cosa muy importante; pero ¿será cierto que el arte es tan importante que se le deba sacrificar el trabajo de millares de hombres, de una inmensa muchedumbre, y sobre todo, el cuidado del amor del prójimo?»

EL PSEUDÓNIMO

Uno de los fenómenos literarios más digno de estudio es el por qué del pseudónimo en los diversos autores. Investigar á qué causas obedecen estos cambios de nombres, muchas veces en autores que, ya reconocidos como maestro por la crítica, nada tienen que temer por su fama; ó explicar el caso de la persistencia en él y en la preferencia que le dan sobre el propio nombre, escritores que no pueden ignorar que el secreto de su incógnito es el secreto de Polichinela, son tareas que merecen la atención del psicólogo y á las que sentimos no poder dedicarnos de lleno.

Hoy sólo nos ocuparemos en hacer conocer al lector el secreto de algunos de los más célebres pseudónimos literarios, sin remontarnos muy lejos, pues habría tela para retroceder históricamente hasta la infancia de las literaturas más antiguas, que es maña vieja de la humanidad que escribe eso de usar disfraces en el nombre.

No tiemble, pues, el lector ni por las disquisiciones psicológicas ni por el arranque *ab ovo* de la historia del pseudónimo; ni crea que nos hemos de extender más allá del gremio de las letras, por más que en todas las artes y no artes como en la filosofía y la política se haya generalizado el uso de ocultar el propio nombre por otro de elección.

Indicaremos sí, de paso, que alguno de ellos ha permanecido hasta hoy en el misterio, como por ejemplo el de *Junius*, autor de las célebres cartas sobre la política inglesa á fines del pasado siglo y que fueron atribuídas infundada y sucesivamente al duque de Portland, á Glover, á Delolme, á los lores Chattam, Dunning, Burke, Hamilton y Boyd, y por último á sir Felipe Francis. Todo ha sido inútil: el velo ha permanecido impenetrable. *Stat nominis umbra.*

Los literatos son menos discretos y creo que el único pseudónimo literario que tardó mucho tiempo en descubrirse, acrecentando así el interés del público y robusteciendo la fama de su autor, fué el célebre de Walter Scott, que publicó gran número de sus novelas bajo el pseudónimo de *Ignotus*, desesperando por años y años á sus admiradores con la incógnita de su verdadero nombre.

Pocos de veras son los escritores ó escribidores que tienen tanto sigilo y discreción y hasta los hay que son los primeros en echar á volar á hurtadillas su propio nombre, aguijoneados por los acicates de la falsa modestia y vanidad. Pero basta de digresiones y consideraciones más ó menos oportunas y entremos francamente en materia.

Muchos de nuestros lectores saben, por ejemplo, que Joaquín Estévanez era el pseudónimo del insigne y recien fallecido dramaturgo español D. M. Tamayo y Baus; que Clarín es un catedrático de Oviedo que responde al nombre de Leopoldo Alas, y que Fernanflor es un apócope de Fernández Flores.

Saliendo de la literatura española es más difícil desgarrar aún el manto de la sombra, y se necesita de algo más que del candil de Diógenes para encontrar al hombre ó á la *hombra*, como les dice un mi amigo á las mujeres literatas.

Pues ahí va una pequeña lista por lo pronto de algunos de los principales pseudónimos de las actuales literaturas de Francia é Inglaterra con su clave correspondiente.

Champfleury, era el nombre detrás de Mr. Husson Fleury; Eugenio Cormon es el de Pedro Estéban Piestre; Stahl era el de Julio Hetzel; Felipe de Grandlien es M. Lavedan; Anatole France, Anatole Thibaud; León Kerst, es M. Froidemont; Graindorge, M. Alfredo Capus; Montjoyeux, M. Julio Poignard; Juan Reibrach, M. Chabrier; Saint-Genest, M. Boucheron; Mauricio Talmeyr, M. Coste; Pierre Loti, M. Viaud; Caliban, M. Emile de Bergerat.

Pasando al bello sexo, á comenzar de la con-

desa Dath, cuyo verdadero nombre era Cisterna de Courtiras, vizcondesa de Saint-Mars, tenemos varias condesas en las letras de la Francia moderna: la condesa de Martel es Gyp ó Bob que lo que abunda no daña, y Brada es la condesa de Paliga; Arvede Barine es Mme. Vincent; Th. Bentzon es Mme. Teresa Blanc, y Etincelle, fallecida no ha mucho, era Mme. de Peyronny.

El que ha hecho bien en usar de pseudónimo es el célebre autor de el *Viage alrededor de la tierra en ochenta días*; pues si el simpático pseudónimo de Julio Verne ha logrado fácilmente hacerse popular en todos los países, trabajito le hubiera costado en muchos hacer lo mismo al verdadero apellido del fecundo novelista, que es un nombre polaco de los más arrevesados y difíciles de pronunciar: Echerwitz.

Como punto de transición entre las literaturas de ambos paises, citaremos á M. Paul Blonet, el chispeante autor de *John Bull y su isla* que aunque francés escribe en inglés y sobre asuntos ingleses; y á la novelista Ouida, que, escritora inglesa también, es hija de franceses y responde en el mundo al nombre de Luisa de Ramée.

Los autores ingleses más en boga en estos últimos tiempos han usado poco del pseudónimo, con excepción de unos pocos que pasaremos á citar.

Pero si el falso nombre ha sido escaso entre el elemento literario masculino, en cambio entre el grupo de literatas, novelistas y pseudoliteratas se ha usado con marcada profusión, pues creemos (salvo error ú omisión) que exceptuando á Mrs. Humphry Ward y Mrs. Hodgson Burnett, todas ó casi todas las demás lo emplean. Ahí van un corto catálogo de autores:

Hugo Conway el autor de *Call Back*, traducida al castellano con el título de Misterio (¡otro pseudónimo!) se llamaba F. I. Fargus. El humorista americano Mark Twain, es Samuel Langhorne Clemens; Dagonet, Jorge Sims; Antony Hope, se llama Antonio Esperanza Hawkins; y F. Anstey, Tomás A. Guthrie; Luke Sharp, Roberto Barr; Alli Sloper, Carlos H. Ross; y J. C. Harris, Uncle Remus.

Como las *autoras* son legión, citaremos las principales:

Sarah Grand se llama realmente Mrs. M. Fall; Maxwell Grey, Miss M. G. Tuttiett; Rita, Mrs. Humphrys; Amelie Riwes, Mrs. Chanler, parientes de los Astors, famosos millonarios yankees; Antonie S. Swan, Mrs. Burnett Smitt; John Strange Winter, Mrs. Stannard; John Oliver Hobbes, Mrs. Craigie; Ralph Iron, Mr. Schreiser Kronswright. Carlos Egberto Craddoch, Mrs. Murfree; Edna Lyall, Miss Bayly; María Corelli, Mariana Mackay; Miss Braddon, Mrs. Maswel, y en fin, un sinúmero más que harían interminable la lista.

La literatura italiana cuenta también con algunos autores que se han valido del pseudónimo, pero son pocos y bastante conocidos.

Este prurito tan general en la clase literaria, lo es más aun entre el gremio de artistas de teatro; la mayor parte de los grandes artistas y muchos grandes actores no llevan su propio nonbre, sobre todo en Inglaterra.

El más terrible de todos los incógnitos por sus efectos, fué el de aquel desdichado jóven poeta inglés del siglo pasado, Tomás Chatterton que escribió sus maravillosos poemas de la batalla de Hastings y muchos otros más en inglés arcaico, bajo el pseudónimo de el «Monje Rowley», del siglo XIII.

El éxito fue sorprendente, mas cuando quiso adjudicarse las palmas del triunfo y proclamó que era él, el jovencito de diez y ocho años, el autor de los aplaudidos poemas, nadie le quiso creer. El pseudónimo fue para él una máscara de hierro, que le produjo la mas lamentable desesperación.

A MI HIJA MARIA HORTENSIA

Tu buena madre, en sus continuas cartas,
Me dice tales cosas,
Tales cosas de ti, con tal ternura;
Bosqueja tan al vivo
Tus ansias amorosas,
Tu llanto y tus palabras de tristeza,
Que en silencio, abismado y pensativo,
Dejo caer mi lánguida cabeza,
Y exclamo al fin ¡«Señor, me causa espanto
Que una niña tan tierna sufra tanto!»

Yo sé que mucho me amas;
Yo sé que tú me buscas;
Yo sé que tú me llamas;
Yo sé que por mirarme;
Talvez dieras la vida,
Que siempre tienes la ventana abierta,
Para avisar á todos que ya llego;
Que, cual si pronto hubieras de abrazarme,
Hasta que surgen las nocturnas sombras,
En el balcón me aguardas ó en la puerta;
Sé que supones que oigo yo tu ruego,
Y no he dejado la ciudad querida;
Sé que mucho, en tu amor, mucho me nombras,
Que hablas mucho de mi, si estás despierta,
Y que me besas cuando estás dormida.

Tres años y no más cuentas, hermosa,
Tres años y no más! Y ya comprendo
Que te hacen falta mis amantes besos
Y que tu frente de ángel no reposa.
Y descubrir pretendes
Porqué en tus bucles túmidos y espesos
No quieren complacerse ya mis manos,
Porqué me aguardas aunque yo no vuelva,
Por qué escuchar no quiero tus reclamos,
¡Ay! y porqué murió la madreselva
Y al rosal le comieron los gusanos.

Yo, esas flores sembré (¡tú no recuerdas!)
Cuando volvió la dicha á sonreirme:
Cuando lejos me hallaba
Del calabozo horrible
En que me hundió la fiera cobardia
Del mísero tirano,
Yo esas flores planté, cuando empezaba
Tu vida á recobrarse,
Cuando ya de tu pecho á retirarse
Comenzó el padecer, y se veia
Que á tu semblante la salud volvia.

Mas tornas con idénticas preguntas,
Casi perdida la inocente calma:
—Mamacita ¿qué fué de aquellas flores?
—¡Ay hija del alma,
Murieron, y murieron casi juntas
Porque tu padre se ausentó.
¿Si?....pero....
—Pero, niña, no llores,
Con lágrimas no empañes las estrellas
De tus divinos ojos.
—¿La pena las mató?
Si, si, lucero.
—¿Por él murieron ellas?...
Y yo mamá, mamá ¿por qué no muero?

¡Ay! esas cosas no preguntes, niña,
¿Quién podrá contestar á tus palabras?...
Cuando la mente á los ensueños abras,
Y á la razón que todo lo escudriña;
Más tarde....¡oh!, si, más tarde;
Cuando ruja ¡mi bien! sobre tus sienes
Implacable y horrendo cataclismo
(Yo pido á Dios te guarde
De esa hora tan funesta),
Preguntarás lo mismo,
Y te dará el silencio la respuesta.

Yo voy doquiera por demás atento
A lo que dice y hace todo niño;
Más, aunque siempre las miradas fijas
En ellos tenga y fijo el pensamiento,
¡Ay! en ninguno encuentro aquel cariño
Ni aquellas expresiones de mis hijas,
¡Dios las inspira en prodigioso aumento,
Para probar mi fuerza en el tormento!

ANTONIO ALOMÍA LL.

Valparaíso, Octubre 19 de 1898

LAS LETRAS DE CAMBIO COMO TÍTULOS EJECUTIVOS

En el derecho mercantil de Chile, la letra de cambio es la expresión de un contrato preexistente: por la entrega de ella se ejecuta el contrato de cambio, dice el artículo 621 del Código de Comercio.

El contenido jurídico del documento de crédito llamado *letra de cambio* es una promesa de pago de una cantidad de dinero, promesa de cuyo cumplimiento responden al portador solidariamente el que gira la letra y el que la transfiere á otro en virtud de endoso, según disponen los artículos 647 y 663 del Código citado. Mas, como tal promesa se refiere al hecho de un tercero á quien se manda que pague la letra, nada es más natural que el portador se dirija á éste para asegurarse de su efectiva voluntad de pagarla á su vencimiento. De aquí la aceptación, que no es sino la declaración escrita sobre la letra con la cual el librado admite el mandato de pagarla.

La aceptación de la letra constituye al aceptante en la obligación de pagarla á su vencimiento. El librado llega á ser por ella el deudor principal y directo de la letra, conforme á lo prescrito en los artículos 669 y 676 del Código de Comercio. A él debe exigir su pago el portador el día en que ha de hacérsele, so pena de caducidad de sus derechos contra el librador y endosantes, como previenen los artículos 698 y 700 del mismo Código.

Si el librado se niega al pago, el portador está en el deber de hacer que conste esta denegación por medio de protesto, que es una acta formada ante escribano público ó ante subdelegado, con las solemnidades que determina la ley, en la cual se atestigua la falta de cumplimiento de la obligación contenida en la letra de cambio.

Una vez que el portador ha cumplido oportunamente con los deberes que la ley le impone en el caso de no pago de la letra, «tiene derecho á exigir el reembolso de su importe y gastos del librador, aceptante y endosantes, á su elección.— Todos y cada uno de éstos son responsables solidariamente del valor de la letra y gastos causados.» Así lo preceptúa el artículo 703 del Código de Comercio.

A este derecho, como á cualquiera otro, corresponden acciones, ó sean medios concedidos por la ley para reclamar en juicio lo que se nos debe.

No hay en el derecho mercantil de Chile procedimiento particular establecido para el ejercicio de la acción que compete al portador de una letra de cambio para hacerse pagar la cantidad de dinero prometida, intereses y gastos. Suprimió el Legislador el artículo 4.° del Capítulo 13 de la Ordenanzas de Bilbao, que regían en Chile á virtud de lo mandado en la regla II de la Real Cédula de erección del Consulado de Chile expedida en Aranjuez á 26 de febrero de 1795, al refundir, clasificar y completar los materiales que sirvieron para redactar el título X del Código de Comercio que trata de las letras de cambio; y derogó en el artículo final de este Código las leyes 7 y 8, título 3, libro 9 de la Novísima Recopilación, que aclaraban y sancionaban aquel artículo dando á las letras aceptadas la misma fe y crédito que á las escrituras auténticas otorgadas ante escribano público y fuerza ejecutiva para repetir contra los obligados con sólo el protesto debidamente formalizado y presentado por falta de pago del aceptante.

De consiguiente, aunque la base exterior de la acción judicial del portador de la letra de cambio contra los codeudores solidarios de ésta es el protesto (art. 735 del Código de Comercio), el ejercicio de aquélla y la naturaleza ó forma del procedimiento están sometidos á las leyes generales.

Compete al portador la vía ejecutiva en los modos usuales y según las normas comunes del decreto-ley de 8 de febrero de 1837, que reguló el orden de proceder en el juicio ejecutivo y sus incidencias. En virtud de lo dispuesto en el artículo 2.°, número 6.°, «traen aparejada ejecución las letras de cambio reconocidas judicialmente por el librador, aceptante ó endosante contra quien se dirigiere la ejecución»; y el artículo 1.° prescribe que «no se puede demandar ejecutivamente, sino en virtud de un título que según la ley traiga aparejada ejecución».

Atribuye el Legislador de Chile á la letra de cambio el carácter de título ejecutivo, nó porqué su eficacia le provenga de sí misma, de sus calidades intrínsecas, sino porque con la necesaria intervención de la autoridad judicial adquiere autencidad cierta é indiscutible la existencia de la obligación que contiene. La letra de cambio es documento privado que carece de los justificativos de exigibilidad pro-

pios de las sentencias ó de los instrumentos públicos ó auténticos de contratos ó actos convencionales, documentos munidos de todos aquellos requisitos internos y externos que los constituyen solemne y seguro fundamento para el ejercicio de un derecho. Por eso debe el portador preparar la acción ejecutiva con el reconocimiento judicial de la firma de aquél contra quien se ha de dirigir.

Con el testimonio del protesto, ha de presentar el portador la letra original ante el Juez de primera instancia del fuero del deudor y pedir se le haga comparecer á reconocer la firma que lo obliga. Si el deudor reconoce su firma, con esta certificación, acompañada de los demás documentos, existe ya la prueba del crédito líquido y exigible, del deudor y del no pago, y tendrá lugar la ejecución. Negándola el deudor, solamente tendrá derecho el portador para probar la legitimidad de su crédito en juicio ordinario de lato conocimiento. Tal es lo que imperativamente establecen los artículos 10, 11 y 12 del decreto-ley de 8 de febrero de 1837.

Para que la letra de cambio adquiera, pues, la calidad de título ejecutivo, el precepto de la ley exige que el deudor reconozca la firma puesta en ella compareciendo ante Juez competente á petición del acreedor. Sólo con tal solemnidad se puede demandar con ella ejecutivamente, como quiera que sólo entonces es título que según la ley trae aparejada ejecución.

En lo que concierne á la ritualidad de los juicios, no son admisibles las inducciones ó las equivalencias. Nada puede sustituirse á la declaración personal del librador, aceptante ó endosante prestada ante el juez para autentizar su obligación constante en el documento de crédito con que se les ejecuta. Si ella falta y el deudor confiesa judicialmente su deuda en los términos de la ley 2.ª, título 13, Partida 3.ª, si otorga el reconocimiento de ésta por instrumento público, procederá, sin duda, la ejecución; pero nó por la letra de cambio, sino por cualquiera de los otros dos títulos, que por disposición expresa de la ley la traen también aparejada. Fuera de estos casos, no es admisible la vía ejecutiva para el reembolso de la cantidad de dinero prometida en la letra de cambio cuando no es pagada á su vencimiento.

Apesar de lo explícito de los textos legales relativos al mérito ejecutivo de las letras de cambio, se ha pretendido á veces que se lo da también el protesto por falta de pago.

Esto no sólo contraría á la ley, sino que desnaturaliza el carácter y función jurídica de ese acto, meramente conservativo de los derechos del portador contra las personas responsables al pago de la letra, como lo define el artículo 735 del Código de Comercio.

Protesto, significa testificar ante; y la comprobación ante notario ó subdelegado de que se ha presentado la letra al pago y de que éste no se efectuó en el día siguiente al de su vencimiento, constituye su esencia. El testimonio del acta de protesto es la prueba formal auténtica y satisfactoria del no pago que la ley proporciona al librador (Art. 698, inc. 2.º). La presentación y requerimiento de pago son la base del certificado del notario: por eso debe él hacerlo en persona. Ese es el verdadero elemento de credibilidad ó certidumbre que el protesto está especialmente destinado á asegurar.

La copia literal de la letra con todos sus endosos, la aceptación, el aval y las indicaciones en el acta del protesto, no tiene otro objeto que identificar la letra é indicar al librador ó endosantes quiénes son los obligados al reembolso de su importe, intereses y gastos. Es un simple medio de prueba de la presentación, el requerimiento y la negativa de pago que da fundamento á la acción de reembolso.

No contiene, en consecuencia, el protesto obligación de ninguna especie contraída en la forma solemne de instrumento público; ni puede hacer inferir hechos que no está destinado á certificar. La admisión del protesto como prueba no significa reconocimiento de algún derecho: es testimonio solamente de las cosas que distintamente enumera y relata y de las cuales está destinado á dar fe. Carece de valor fuera de su objeto, y no es una forma legal de obligarse ó de actuación judicial.

Por tanto, ni es título ejecutivo contra el aceptante, endosantes y librador de la letra

de cambio no pagada, ni da á ésta mérito para aparejar una ejecución contra cualquiera de ellos.

J. de D. Vergara Salvá

A . . . . .

Quiero ofrecerte un recuerdo
Para que nunca me olvides;
Aprende, amiga estos versos,
Y estudia lo que ellos dicen:

Esta vida es un océano,
Océano de mil peligros,
Y tú eres un débil barco
Que atraviesa sus abismos.

Camina poco y despacio,
No quieras andar ligero;
¿Qué te importa un viage largo,
Si salva llegas al puerto?

No olvides tú que las brisas
En vendavales se cambian,
Y que las ondas se animan
En espumosas montañas.

Navega siempre dudando,
Sondea mucho el camino;
Tempestades hay en lo alto,
Y escollos en el abismo.

Crecen fragantes y hermosas
En esta tierra las flores;
No olvides que entre sus hojas
El vil gusano se esconde.

Desgraciado es el que juzga
Toda cosa por el brillo;
Que á veces lo que relumbra
Es un pedazo de vidrio.

No mires nada por fuera,
Ni por fuera juzgues nada;
Que hay seres de gran belleza
Que tienen muy fea el alma.

Guíate por las acciones,
Y nunca por las palabras;
Que las palabras mejores
A veces no dicen nada.

Aparta tu oído siempre
De las torpes alabanzas;
Que el hombre que más te quiere
Es el que menos te alaba.

Que te sirva en esta tierra
La virtud como divisa,
Y entonces nada temas
Que ante ella todo se humilla.

Sea tu vida un ensueño,
Por los ángeles forjado,
Y que ellos mismos te arrullen,
Y te duerman en sus brazos.

Que en el sendero que cruzas
Ningún tropiezo te estorbe,
Y que en él no hayan espinas,
Sino bellísimas flores.

Que la suerte te sonría,
Que goces en la fortuna,
Y que amargos desengaños,
Ni pesares nunca sufras.

Marc:o.

Valparaíso, Octubre 19 de 1898

LA LOCURA DE MI AMIGO JUAN

—Hé aquí, me dijo, todo lo que me queda de tres amores.

—Tres amores! repetí estupefacto.

—Sí, me dijo.... Se ama á una mujer, á una sola, primero, y después, toda la vida, se trata de amar á otras para olvidar á aquélla!

Mientras hablaba, la ventana, mal cerrada, se abrió y una ráfaga de viento dispersó en el cuarto la ceniza negra y ligera.

Juan fué tranquilamente en busca de un periódico, lo extendió en el suelo, juntó con cuidado todas las partículas de esas hojas quemadas é impalpables y las envolvió en la prosa, semi-burguesa, semi-incisiva de un folletinista á la moda; tomó después el paquete y lo arrojó á la calle; cayó precisamente en la banasta de un trapero que pasaba. Tan ligero era el bulto que el trapero no advirtió la caída ni se dió cuenta del sitio á donde fué á parar el objeto arrojado. ¿Qué importan unos vestigios de más ó de menos?

Todo había concluído; miré á mi amigo y vi que sonreía:

—Eso no hace mucho daño, murmuró.

Permaneció de pie ante la abierta ventana mientras alcanzó á ver al trapero, suspiró en seguida y me dijo al oído: «Soy libre! Una nueva vida comienza para mí, y entre tanto, estoy seguro de mi bienestar!»

Hasta aquí, yo había contenido mi sorpresa. La impaciencia comenzaba á tomar parte en esta situación.

—Por fin, exclamé, ¿me dirás lo que tienes?

Lo que tengo, me dijo, hélo aquí: Ya estaba desesperado con vivir de penas, de recuerdos y de sueños vanos. Quiero comenzar á trabajar y á esperar.

—¿Y también á amar?

—¿Por qué nó?

—En tu derecho estás.

—Estoy un poco viejo, tengo 39 años y algunos cabellos grises; pero, hay entre las mujeres jóvenes y bellas, quien sabe apreciar.....

—La edad madura de un poeta, dispuesto á dividir con ella su bohardilla y su miseria?

—Yo gano con qué vivir!

—Escasamente.

—Soy fuerte, vigoroso; mi corazón no tiene sino veinte años, mi alma.....

—Basta!

—Tú no eres ya mi amigo.....

Había tomado él un tono solemne que nos hizo reír á entrambos.

—Porque te contrarío? le respondí

—Sin duda. De antemano me juzgas incapaz de un acto de abnegación. Cuando tenga una familia, mis fuerzas se decuplicarán. Para mi mujer, para mis hijos, haré lo que jamás he querido hacer para mí mismo.

Parecía que mi amigo no iba á cesar de asombrarme ese día.

—Entonces, ¿quieres casarte? le pregunté.

—Por cierto, y eso es lo que he debido hacer hace mucho tiempo, en vez de vivir, solo como un buho, inútil á la Sociedad é insoportable para mí mismo.

—¿Por qué no agregas: y para los demás? No estás muy atento esta tarde. Te hace mal pensar en el matrimonio. ¿Quieres que vamos á pasear un rato? Eso te distraerá.

—No veo la necesidad; pero te sigo, porque tengo que ver á un amigo.

Salimos. Tenía muchas ganas de preguntarle quién era ese amigo de que me hablaba sin darme ninguna explicación á su respecto.

Juan no era habitualmente muy comunicativo y, fuera de mí, no le conocía yo amistad alguna. Todos sus actos de ese día, me parecieron singulares. Estuvo caprichoso como una mujer, cambió de humor y de opinión sólo para ponerse en pugna conmigo, y terminó por probarme que le desagradaba mi compañía.

No obstante, al día siguiente volvió á venir á pasar la tarde conmigo, pero, durante ocho días me prohibió ir á buscarlo á su casa, fingiéndose muy ocupado y dedicándome cada día ratos más cortos. Concluí por preguntarle qué nuevo trabajo lo tenía tan atareado.

No me contestó. Al día siguiente no lo ví á la hora de costumbre. Después de haberlo esperado toda la tarde, terminé por dormirme; pero por la mañana, muy temprano, me tras-

ladé á su casa. No estaba allí. El portero á quien me dirigí, me respondió:

«Don Juan acaba de salir».

Dejé para la tarde el placer de volver á verlo y me fuí á mi oficina donde trabajaba desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. A las seis y media, invariablemente, nos encontrábamos todos los días en un modesto restaurant, situado más ó menos á igual distancia de su imprenta y de mi escritorio.

Con placer veía yo llegar este momento en que nos reuníamos, esta hora de libertad y de reposo; pero esta vez la esperaba con tanta impaciencia que vi modo de adelantarla. Llegué al restaurant con un cuarto de hora de anticipación; naturalmente mi amigo, no estaba aun allí. Esperé. Por fin, sonó la hora. Seguro de que vendría, pedí la comida. Según nuestra costumbre, el que llegaba primero daba las órdenes necesarias. Pasaron cinco minutos, diez, por fin, un cuarto de hora; Juan no aparecía.

La sopa humeaba sobre la mesa, pero no me atrevía á tocarla. Estaba inquieto, me sentía mal. Sentado frente á la puerta de entrada, tenía fija la vista en ella; había tomado un periódico para disimular un poco. Pero no había leído una sola palabra cuando entró Juan. Eran cerca de las siete. Los que han vivido, durante muchos años, de una amistad única, adivinarán lo que experimenté al verlo.

—¿Qué hay? ¿qué te ha sucedido? ¿qué has hecho?

Las preguntas se atropellaban en mis labios y mi corazón latía de una manera inusitada. El, con la tranquilidad de siempre, colgó el sombrero y me tendió la mano, sonriendo, pero ¡qué sonrisa!

Era una alegría completa, excesiva.

—¿Te sientes feliz? le dije.

—Sí, he pasado un buen día, me respondió sencillamente.

Y comenzó á comer con muy buen apetito. Apesar de mi curiosidad, respeté las primeras exigencias de ése su apetito. Por lo demás, lo tenía junto á mí; podía esperar. Mi amigo me había inspirado siempre cierto respeto por su superioridad intelectual, y, no obstante nuestra larga intimidad, yo no me permitía tratar con él todos los asuntos de igual á igual. Tenía tal fe en su afecto que no me causaba inquietud personal ni su ausencia de la víspera ni su retardo presente. En mi sentir, debía haberle ocurrido algo grave. Si era algo bueno, él me lo contaría y lo celebraríamos juntos. De antemano me regocijaba yo, cuando tomó la palabra para decirme·

—Ayer tarde estuviste en casa; no vuelvas hoy porque no me encontrarías.

Me imaginé que se chanceaba.

—Ya lo creo, le respondí, riendo. Puedes permanecer tranquilo, porque no te dejaré.

—Y yo tengo que dejarte, insistió él, tú disculparás.

—Naturalmente, le dije, pero me dirás por qué.

Todo mi contento había desaparecido. El no prestó atención, sino que se levantó, al mismo tiempo que me dijo:

El amigo de que te he hablado, me necesita. Me siento feliz con poder serle útil. Eso me quita tiempo, pero no lo siento. Adiós!

Y salió, sin agregar siquiera: hasta luego!

II.

Desde este momento, ya no fué el mismo hombre. Estaba constantemente preocupado. Me hablaba apenas ó no me hablaba. Huía de mí. Sin embargo, á veces se volvía muy afectuoso conmigo, atestiguándome en ciertos momentos la misma amistad que antes. Eran protestas ardorosas pero rápidas; una palabra conmovedora, un relámpago.

Esto me trastornaba. Me turbaba como un niño, pero me contenía. Siempre tenía para él un rostro alegre. Quería yo que mi amistad le fuese siempre agradable; porque estaba convencido de que lejos de mí, vivía inquieto y agitado.

Pero, á solas, yo me entristecía al ver que esta inteligencia, que yo había creído tan poderosa y sólida, cambiaba y se alteraba como una inteligencia vulgar.

(Continuará)

PERO SIEMPRE LISTO

——

Estoy templado y... ¿qué haré?
¿Qué hacer en tal situación?
Voy á perder la razón
Muy ligero; ya se vé:
El otro día aguanté
Una paliza supina
Por llevarme en una esquina,
Molestando así á mi suegro
Que me puso el cuero negro
De palos con la propina.

——

Cincuenta palos me dió,
Por mirarle la chiquilla,
Fracturóme una costilla,
Y otra costilla me hundió,
Iracundo me insultó,
Mas yo siempre muy callado,
Que el estar enamorado,
Lo hace á uno ser sufrido,
Y aunque el suegro me ha molido
Por vencido no me he dado.

——

Si cómo, cómo ligero,
Y luego, á tranco de galgo,
Por esas calles me salgo
Al sabido derrotero;
A cierta distancia espero,
Y, con tanta boca abierta,
La vista pongo en la puerta,
Hasta que cesa el trajín,
Y queda la cuadra, al fin,
Sin luz, oscura y desierta.

——

Y me ocurrió el otro día
que, creyéndomo algún caco,
Me llevó por fuerza un paco
Al cuartel de policía,
Y, por más desgracia mía,
Dinero no pude hallar
Para poderle pagar
La multa al paquito aquél,
Y esa noche, en el cuartel
Tuve no más, que alojar.

Mi padre (de Herculeos dotes)
No me creyó mi aventura,
Y, con mano muy segura,
Me dió una vuelta de azotes;
Tuno, infame, y otros motes
Enojado profería,
Y yo, callado sufría,
Por mi prenda lo aguantaba,
Mientras mi padre me daba
Donde primero caía.

——

Pero, nada; no escarmiento,
Y sigue siempre la fiesta,
Que hasta la fecha me cuesta,
Haciéndole algún descuento:
De mi suegro el molimiento,
Chicotazos otro día,
Del público la ironía,
Dinero en carros y en coches,
Salud, y unas cuantas noches.
Durmiendo en la policía.

M. P.

Valparaíso, Octubre 10 de 1898

Poesías populares.

AVISO

La Revista de Valparaíso establece canje con todas las revistas y periódicos nacionales y extrangeros. Se publicará un juicio crítico de toda obra nueva que se envíe á esta redacción.

La Revista se halla en venta en la librería de **Wescott y C.ia**, y de «**El Mercurio**», en la calle de Esmeralda; en la «**Ilustración**», de Don Matías Vilet, calle de Condell y en la de «**El Porvenir**» de Don Eucarpio Sánchez, en la calle de la Victoria.

Revista de Valparaíso

Año I — Valparaiso, Enero 1.° de 1899 — Núm. 4

Revista de Valparaiso.

PERIODICO MENSUAL DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

Se publica los dias 1.° de cada mes

Precios de suscripción

Por semestre..... $ 2 50
Por un año..... « 5 00
Número suelto..... « 0 50

SE RECIBEN AVISOS

PARA SU

PUBLICACIÓN EN "LA REVISTA"

TARIFA

AVISOS DE 1 PAGINA

$ 60 por un año
32 » 6 meses
18 » 3 meses

AVISOS DE ½ PAGINA

$ 32 por un año
18 » 6 meses
10 » 3 meses

AVISOS DE ¼ DE PAGINA

$ 20 por un año
10 » 6 meses
6 » 3 meses

AVISOS DE ⅛ DE PAGINA

$ 12 por un año
7 » 6 meses
4 » 3 meses

Toda comunicación concerniente á *La Revista* deberá dirigirse al Administrador Sr. D. Alberto Edwards, casilla N.° 2162 del correo N.° 2.

LOS GRANDES

PROBLEMAS DE VALPARAÍSO

MIRADOS Á VUELO DE PÁJARO

(A D. Alejo Barrios)

II.

NIVELACIÓN DE LA CIUDAD

Y ENSANCHAMIENTO DE LAS CALLES.

Señores directores:

Suprimido, ó por lo menos atenuado, el poder destructor de los aluviones invernales de Valparaíso (por los medios propuestos en nuestro primer artículo, ó por otros que se estimen preferibles), el orden lógico de la solución del problema de la seguridad de la ciudad nos llevaría á tratar inmediatamente de la modificación ó arreglo de los cauces destinados á dar paso expedito al mar á dichos aluviones; pero siguiendo este orden, nos encontraríamos frente á frente con una dificultad seria, á saber: el *desnivel* de la ciudad — en los barrios del Almendral—y la estrechez de las calles trasversales, particularmente aquéllas por donde pasan dichos cauces.

Por este motivo, antes de pensar en rectificar los cauces, hay que resolver otro problema fundamental, base de todo arreglo, en la parte plana: nos referimos á la nivelación de la ciudad y al ensanchamiento de las calles angostas.

Creemos que no hay necesidad de insistir mucho acerca de este punto; basta enunciar el problema para comprender su importancia y significado.

El transeúnte menos observador que recorra los barrios del Almendral, con sólo tender la vista se dará cuenta que esta parte de la ciudad está dispareja y desnivelada.—Los barrios nuevos comprendidos entre el malecón y la Avenida del Brasil, que son los únicos que se hallan en buen estado, están cerca de *dos metros* más altos que la calle de la Victoria, por ejemplo.—Algunas calles trasversales están más bajas todavía.

Este enorme desnivel, que tiene convertido á Valparaíso en una extensa *cuneta sin salida*, además de ser chocante á la vista, y de quitar á la ciudad toda belleza y lucimiento, entraña otros inconvenientes mayores todavía.

Desde luego, la depresión del terreno favorece el desborde de los cauces en los años lluviosos, dando lugar á las inundaciones y á los perjuicios consabidos.—Conocidas son también las condiciones de insalubridad de las habitaciones bajas en una ciudad populosa.

Podría, quizás, observarse que hay ciudades más disparejas ó de plano más onduloso que Valparaíso, sin que ello ofrezca mayores inconvenientes. — Eso es efectivo; pero debe también observarse que las ondulaciones de esas ciudades no ofrecen ningún inconveniente, porque no están expuestas á inundaciones ó aniegos por copiosos y violentos aluviones como lo está Valparaíso, y porque, por otra parte, las aguas lluvias tienen fácil salida á los colectores ó canales de desagüe que esas ciudades poseen.

Valparaíso está expuesta á inundaciones y aniegos, porque los aluviones invernales no tienen otra salida que la que les proporcionan los cauces trasversales; y como la depresión ó cuneta del Almendral impide corregir ó levantar el plan de dichos cauces, resulta que no hemos visto ciudad en el mundo (y conocemos muchas) que posea una topografía más contraria al buen desagüe y saneamiento, que nuestra metrópoli costeña. Por consiguiente, es indispensable corregir esa mala condición, levantando los barrios bajos del Almendral, con el fin de obtener un cimiento ó plano más adecuado para establecer los edificios, los cauces para dar paso á los aluviones hacia el mar y un buen sistema de cañerías de aseo.

Mientras persista la cuneta del Almendral, todo encauzamiento de los aluviones invernales, todo trabajo de seguridad ó de saneamiento, será completamente inútil, ó mejor dicho imposible. Valparaíso estará condenada á no ser jamás una ciudad segura, ni hermosa ni higiénica.

Adquirida esta convicción—como no dejará de adquirirla todo observador que se tome el trabajo de estudiar la topografía local y reflexionar cinco minutos—no queda más recurso que apreciar con calma la magnitud é importancia del problema, levantar la mirada al porvenir, y acometer con fe y energía la *transformación de la ciudad*, llamando á la obra todas las inteligencias, todas las voluntades y todos los recursos que puede ofrecer una sociedad culta y progresista.

El relleno y emparejamiento de los barrios bajos, así como el ensanchamiento y rectificación de las calles angostas, es una obra que no ofrece dificultades invencibles, como pudiera parecer á ciertos espíritus adocenados y rutinarios. Obras semejantes se han realizado— y se realizan actualmente — en todos aquellos países en que se aprecian las comodidades que ofrece la amplia urbanización de las ciudades modernas.

Hoy no se admiten las ciudades estrechas, sinuosas, sucias é incómodas de otros tiempos; el refinamiento de la vida moderna (y sobre todo las costumbres de estos tiempos), exige seguridad, *confort* y belleza en las habitaciones; amplia circulación por anchas calles, avenidas y plazas espaciosas; limpieza, aire abundante y puro, luz, viabilidad expedita, etc.

Para convertir á Valparaíso en una ciudad moderna, es preciso transformarla desde sus cimientos. La base de la transformación consiste en una *nivelación* bien hecha de los barrios del Almendral (parte plana), y en un nuevo plano de la ciudad en que se manifiesten de un modo claro y preciso, tanto las actuales pendientes del suelo como las del proyecto de transformación, el ensanchamiento de las calles estrechas, las nuevas avenidas, los cau-

ces de desagüe, las cañerías de saneamiento, los jardines públicos, etc. etc.

Hecho este *plano-pauta* (del cual podrían derivarse planos más detallados para la ejecución de los trabajos en cada barrio) y marcados en el terreno los puntos de referencia que fuesen necesarios, la reconstrucción de los cauces con arreglo al nuevo nivel (abovedándolos), el mejoramiento de las cañerías de aseo y la transformación general de la ciudad, no ofrecería dificultades insuperables; y si en la ejecución de las obras se siguiese un plan lógico—de modo que unos trabajos fuesen sirviendo de asiento ó base á otros—la transformación resultaría segura y económica. Esto mismo permitiría, por lo demás, realizarla poco á poco, como lo permitiesen los recursos disponibles, en lo que habría una ventaja evidente.

En este punto de nuestras observaciones, nos permitimos indicar—de un modo somero—algunas ideas generales acerca de las obras á que nos venimos refiriendo.

El cauce de las Delicias, el de Jaime y otros, por ejemplo, deberían levantarse y abovedarse, con arreglo al nuevo nivel que se adoptase.—Con este sólo arreglo, las calles en que se hallan dichos cauces, se convertirían en anchas y cómodas avenidas.—La actual Avenida de las Delicias, se transformaría en un hermoso paseo cuadrilongo muy á propósito para ferias y fiestas populares. Esta sola mejora daría importancia á ese extenso barrio.

Para encuadrar la transformación de todos los barrios del Almendral—hoy tan descuidados,—habría que empalmar la Avenida del Brasil con la de las Delicias y el camino de Viña del Mar en la Estación del Barón; ensanchar la calle de la Independencia en todo su largo, y las trasversales que corren del pie de los cerros al mar; y encauzar el estero de la Rinconada, que corre por la calle del Hospital hasta la confluencia con el de Jaime, abovedando el cauce y ensanchando al propio tiempo la calle.

Para impulsar el progreso urbano de los numerosos barrios del pie de los cerros, convendría abrir un camino ó avenida que recorriese el pie de dichos cerros, desde la Avenida de las Delicias hasta la plaza de la Victoria. Esa avenida ó nuevo Camino de Cintura, partiendo de la calle de la Independencia (ensanchada), recorrería el pie del cerro de la Merced, abrazaría la extensa ensenada de la Rinconada, pasaría por detrás del Hospital de San Juan de Dios, perforaría el cerro de la Cruz (en su parte angosta), atravesaría la quebrada de Jaime, seguiría al pié del cerro de las Monjas (por detrás del Liceo y convento de los Padres Franceses), y recorriendo la calle de Colón (ensanchada), iría á empalmar con la plaza de la Victoria, sea por la calle del Circo, sea por la calle de la Independencia.

Realizadas todas estas mejoras, la plaza de la Victoria, con mayor razón que en la actualidad, se convertiría en el verdadero corazón de Valparaíso.—Como la *Piazza d'il Popolo* de Roma, la de la Victoria de Valparaíso sería el punto de concurso de las grandes vías de comunicación de la ciudad.

Nivelada la ciudad; reconstruídos los cauces de desagüe y las cañerías de aseo con arreglo al nuevo plan; encuadrados los diversos barrios por las calles, avenidas ó arterias mencionadas más arriba, y establecidas las comunicaciones por esas vías, sólo quedaría en pie la reconstrucción paulatina de los edificios de los diferentes cuadros ó manzanas, con arreglo al nivel que se adoptase en cada punto.

No hay para qué decir que la realización de esta parte de la transformación, es obra del tiempo—tal como se ha ensanchado, aunque no nivelado, la calle de la Victoria—por ejemplo.

Establecido el plan general de transformación, la realización caminaría poco á poco, favorecida por las circunstancias y el avenimiento de los intereses públicos y privados.

Hay algunas circunstancias locales que favorecen singularmente la rápida solución de este problema.

Desde luego se comprende que los edificios de Valparaíso (parte plana) deben obedecer ante todo á un propósito industrial, tales como los que se han construído en la Avenida del Brasil; es decir, que deben tener sótanos ó compartimentos subterráneos, para bodegas ó instalaciones diversas, en relación con los

compartimentos ubicados á flor de tierra, los cuales pueden destinarse á talleres, almacenes, etc.

Los edificios de Nueva York, Chicago, Londres, París y todas las grandes ciudades industriales, están construídos con arreglo al siguiente criterio: los sótanos y pisos á flor de tierra, (al nivel de las calles) se destinan á la elaboración, depósito y venta de mercaderías; el segundo piso al establecimiento de pequeñas industrias, oficinas, etc.; y los últimos pisos se dedican á habitaciones de obreros, empleados de comercio, etc.

Las gentes pudientes viven generalment en lugares apartados del centro industrial, en barrios espaciosos y con buen aire, relacionados entre sí por buenas comunicaciones.

Creemos que habría gran conveniencia en obedecer un criterio análogo en la reconstrucción de los barrios bajos de Valparaíso. La parte plana quedaría destinada á la industria y al comercio, y el exceso de población se retiraría á los cerros, como en pequeña escala se ve hoy en el cerro de la Concepción y otros.

El establecimiento de la población en los cerros se conseguiría fácilmente, multiplicando las vías de comunicación y mejorando la urbanización de dichos cerros, como tendremos el gusto de indicarlo más adelante.

Adoptando en el Almendral edificios con sótanos y pisos al nivel del firme de las calles (niveladas), la reconstrucción de sus diversos barrios resultaría relativamente fácil y á la vez remunerativa para los propietarios.

Por lo demás, los materiales de construcción son abundantes en Valparaíso, y la mayor parte de ellos están, por decirlo así, á la mano.

La transformación de Valparaíso, lejos de ser una obra insuperable, se presenta por el contrario como muy hacedera y de la más positiva conveniencia para el porvenir de la ciudad.

MÁXIMO JERIA

(Continuará)

AMBICIÓN

(Para la REVISTA DE VALPARAISO)

Bajan las ondas del mugiente río
Dispuestas á trabar cruda batalla
Con la espumante y líquida muralla
Que en la barra levanta el mar bravío.

Y cuando logran con pujanza y brío
Salvar triunfantes la temible valla
En vez de un campo su ambición sólo halla
Ancho sepulcro en el abismo umbrío.

Al pasar de las sombras á la historia
Tras de la lucha cruel piensan los hombres
Hallar campo inmortal á su memoria

Y en el seno del tiempo despiadado
Van á perderse en confusión sus nombres
Como ondas dulces en un mar salado.

SAMUEL A. LILLO

NUEVA AURORA

Escucha, hermosa mía:
Érase un corazón que se moría,
Una llama voraz que se apagaba;
Ya tan sólo brillaba
Con la trémula luz de la agonía.

En una estancia oscura,
Símbolo de pesar y desventura,
Exhalaba su queja el moribundo,
Ignorado del mundo,
Vertiendo solitario su amargura.

De pronto un golpe suave,
Cual si golpeara con el ala un ave,
Del enfermo interrumpe la querella.
Y se oye una voz bella
Que dice así: *¡Oh, amor, dame tu llave!*

Dame tu llave, amor,
Para entrar en la estancia del dolor,
Que con mis besos reanimar espero
El sér á quien venero,
Que sufre de los hados el rigor...

El corazón que oia
De aquella voz la tierna melodía,
Temblando de placer abrió su puerta,
Y en la estancia desierta
Entró un angel de luz y de alegría.

¡Naced, dulces canciones,
Poesías, aladas creaciones,
El corazón exclama arrebatado,
Naced, porque ha llegado
Un angel coronado de ilusiones!

¡Naced, que sus miradas
Encienden las cenizas apagadas
Y hacen arder el alma del artista,
Pues tiene ante su vista
Un mundo de quimeras azuladas!

¡Brotad, que estremecida
Vuelve á latlr la fibra de la vida;
Y ya las ilusiones, mariposas
De alas temblorosas,
Me tornan á traer la fe perdida!

¡Brotad, que en el oriente
Veo rayos de luz resplandeciente.
Y ha venido á poner un angel bello,
Cual divino destello,
La antorcha del amor sobre mi frente!
.....
.....

Así, preciosa mía,
Dijo aquel corazón que se moría;
Y pulsando el laúd, vibró sonoro
El entusiasta coro
Que alza la aurora cuando viene el día...

Rodolfo Polanco

Santiago, 1898.

LA LETRA DE CAMBIO
COMO PRECIO DE MERCADERÍAS

Con la continuidad, rapidez y seguridad de las comunicaciones entre las más distantes naciones por medio del correo y del telégrafo, son frecuentísimas las compra-ventas que nuestro Código de Comercio denominó *por orden*.

A. de Valparaíso encarga mercaderías á B. de Hamburgo sin enviarle dinero para ellas. El contrato se celebra por correspondencia, sea que A. escriba directamente á B., sea que trasmita su orden el agente comercial ó el agente viajero de B.

B. puede aceptar la orden, sin querer asumir el riesgo de la insolvencia ó mala fe del comprador. El modo más usual de ejecutarla es el siguiente: embarca las mercaderías por cuenta de A.; hace extender el conocimiento á su nombre propio ó á su orden ó á la de su agente en Valparaíso; gira una letra de cambio por el precio de las mercaderías á cargo de A.; escribe cartas de aviso á A. para este efecto con una copia de la factura de las mercaderías que le remite en conformidad á sus órdenes; y envía á su agente en Valparaíso el conocimiento, la factura y la letra de cambio con instrucciones de no transferir el primero ni entregar la segunda á A. sino una vez que acepte la letra á su cargo.

Rehusar en caso tal la aceptación es perder el derecho á las mercaderías, cuya disposición se reserva el vendedor. Interviniendo la aceptación del comprador, se le verifica la tradición figurada de ellas con la transferencia del conocimiento y la entrega de la factura.

Se trata, pues, de una forma de compra-venta á crédito, en la cual, si el vendedor está obligado á entregar inmediatamente la mercadería, el comprador, á quien se ha concedido un plazo para pagar el precio, está obligado á aceptar á su vez en el acto una letra de cambio que lo representa girada por el vendedor,

De ahí la cuestión de saber si con este pago cambiario, con este título nuevo de crédito, desaparece la obligación propia del comprador con todas sus consecuencias, si desaparecen los efectos naturales del contrato de compra-venta y los accidentales pactados en explícitas estipulaciones; de tal suerte que el deudor no esté ya obligado sino en virtud de la letra de cambio y no tenga ya ningún derecho á los privilegios otorgados, sea por la ley, sea por la convención, á la primitiva compra-venta.

No son actos simultáneos la transferencia del conocimiento y entrega de la factura y la aceptación de la letra de cambio: el librado-comprador debe aceptar la letra de cambio girada por el librador-vendedor antes de recibir el conocimiento y la factura. Ambos actos son partes concurrentes de una misma transacción, que no tienen más objeto que determinar la identidad de la persona del comprador, asegurarse de su capacidad legal y responsabilidad pecuniaria, establecer la comprobación de la deuda y facilitar el pago.

En efecto, la aceptación de la letra de cambio no es pago actual, sino promesa de pago futuro: su eficacia liberatoria está sometida á la condición de que la cosa comprada fuere de la calidad estipulada. Respecto de las cosas que se venden entre ausentes y deben ser remitidas al comprador, ha establecido el artículo 134 del Código de Comercio el principio de que en tal compra, cualquiera que sea la naturaleza de la cosa, se subentiende siempre la reserva de la prueba, pero jamás de otra manera que bajo la condición resolutoria negativa de si la mercadería no fuere sana y de regular calidad, ó si no fuere de la calidad estipulada, cuando se ha designado la calidad. La confianza en el vendedor hace al comprador por orden considerar la mercadería remitida en virtud de su encargo como conforme con el pedido, salvo la retractación de su parte si no resulta tal cual fué vendida, con las condiciones y calidades estipuladas.

Ahora bien: mientras no esté verificada totalmente la condición bajo la cual compró el librado aceptante de la letra, no puede exigírsele por el librador-vendedor el cumplimiento de la obligación de pagar el precio, según lo dispuesto en el art. 1,485 del Código Civil aplicable á los negocios mercantiles en virtud del precepto del artículo 96 del Código de Comercio. La aceptación de la letra de cambio que representa el precio de la mercadería objeto del contrato de compra-venta, no hace perder al comprador los derechos conexos con la relación jurídica originaria, ni la acción para reclamar sobre la calidad de la cosa, para pedir la resolución del contrato, el saneamiento, etc.; ni absuelve al vendedor de la obligación de sanear las mercaderías vendidas, de responder de los vicios ocultos que contengan, ni lo sustrae al cumplimiento de la condición resolutoria que la compra-venta por orden lleva implícita.

Si, mediante la aceptación de letras de cambio giradas por el vendedor por un precio condicionalmente debido y no todavía vencido ni exigible, fueron recibidos por el comprador los títulos de tradición ó entrega de las mercaderías, el contrato de compra-venta celebrado entre las partes subsiste plenamente. De esa circunstancia no se puede inducir que el comprador entendiera renunciar á la facultad que la ley le reconoce de resolver el contrato en caso de no ser conformes las mercaderías con la orden, y que el vendedor quisiera tenerse por sustituido en un crédito que puede no serlo.

Las letras de cambio no constituyen en este caso una nueva *causa debendi*, y no producen la extinción del crédito antiguo: se refieren únicamente al modo de pago del precio. Este puede efectuarse, según las estipulaciones de las partes, con medios diversos que la diligente y cauta actividad mercantil combina y multiplica tendiendo á conciliar el interés y la comodidad de los contratantes. Se le representa de ordinario en las compra-ventas por orden con efectos de crédito, pagarées suscritos por el comprador ó, especialmente, letras de cambio giradas á cargo de él por el vendedor. Todo esto, como bien se comprende, no influye sobre el concepto del precio, sino que se refiere á la manera de pagarlo. La aceptación del librado-comprador no elimina el con-

trato de compra-venta ni destruye sus términos: es simplemente una particular modalidad del pago del precio.

Tales estipulaciones, inherentes y esenciales al contrato de compra-venta, no pueden decirse distintas y separadas de la convención de que son parte y de las obligaciones de que son consecuencia. Las letras de cambio aceptadas para solucionar eventualmente la deuda del comprador con meras promesas de pago de un precio de venta. Enuncian la causa de la obligación á que se refieren, expresando que su valor es "*en mercaderías según factura y conocimiento*", ú otra fórmula equivalente. Por su contenido indican lo que son: un medio de pago del crédito primitivo, un precio de mercaderías vendidas. La aceptación, pues, no desnaturaliza la deuda ni sustituye un crédito á otro; y, atentas las circunstancias en que se la presta, es por naturaleza condicional.

Reconoció el Código de Comercio chileno esa forma de pago; pero no preceptuó que por ella cesare el comprador de ser deudor del precio de la venta para tornarse deudor del valor de los títulos de crédito. Por el contrario, en el artículo 123 declara que "*no hay novación* cuando el acreedor recibe en pago documentos negociables, en cumplimiento de un pacto accesorio al contrato de que procede la deuda".

En el caso de que se trata, no cabe duda alguna acerca de que la obligación primitiva de deuda, representada por el precio de la venta, no queda extinguida. Con la aceptación de la letra no se cancela al comprador la factura, ni él podría exigirlo ejercitando el derecho que le confiere el artículo 160 del Código de Comercio. Hay sólo una determinación del modo de pagar el precio de la venta; y esto no importa novación. Representar las cantidades debidas no es constituir un crédito nuevo, sobre todo cuando se trata de efectos de comercio, los cuales, según escribió Casaregis, *num quam intelliguntur facti pro soluto, sed pro solvendo*: nunca se entienden dados en pago sino para pagar. Como en la cuenta corriente (Art. 606, núm 1.º Cód. Com.), llevan naturalmente implícita la condición de que serán pagados á su vencimiento, condición que por sí basta á excluir cualquiera idea de novación.

Por otra parte, las letras de cambio—precio de mercaderías no son efectos negociables, y sólo impropiamente se les da aquella denominación.

Nuestro legislador definió el cambio concretándolo al transporte de moneda de una plaza á otra y conforme á este concepto reglamentó la letra que sirve de instrumento á la ejecución de este contrato. En el Código de Comercio la letra de cambio es esencialmente unilateral, pues cumple una de las obligaciones del contrato de cambio, suponiendo necesariamente realizada la otra como quiera que debe indicar el valor suministrado por ella.

Emitida la letra por el vendedor para representar el precio de las mercaderías, comunmente es girada á su propia orden con la cláusula *valor en mí mismo*, enunciación que manifiesta que el librador-tomador no ha recibido realmente el valor que se paga á sí mismo. El endoso que la completa suele ser *por valor en cuenta*, fórmula que establece la presunción de que el endosatario no ha pagado el precio, cuyo pago podrá exigir el librador en la forma y época convenidas. (Art. 635, inc. 1.º Cód. de Com.) Con mayor frecuencia el primer endoso es como el segundo y último, con la expresión «*valor en cobranza*» ú otra igualmente exclusiva de la negociabilidad del título.

Por consiguiente, el portador de la letra girada y endosada por el librador-vendedor, ó su corresponsal en cuenta, que la presenta á la aceptación del librado-comprador y exige su pago, no es más que un comisionista para cobrar y percibir por cuenta del librador. En tal carácter tiene facultad de presentar la letra, de cancelarla y de protestarla. También tiene el deber de practicar todas las diligencias conservativas de los derechos del vendedor y darle cuenta de los valores percibidos. Mas se le podrán oponer todas las excepciones personales del librador que competan contra él por el contrato de compra-venta, puesto que no obra sino en nombre de él, como su mandatario.

Debe advertirse, por último, que el endosatario ó portador de la referida letra carece de acción para exigir el reembolso de su importe del aceptante—comprador en mérito sólo de la aceptación condicionada á la entrega de factura y conocimiento de mercaderías remitidas á él conjuntamente por el librador-vendedor. Como éste mismo es quien persigue el reembolso de la letra creada por él, á virtud de lo dispuesto en la parte final del artículo 704 del Código de Comercio «sólo tendrá acción contra el aceptante provisto de fondos». Y la provisión consiste esencialmente en una deuda del librado para con el librador, deuda que en las compra-ventas por orden, es el crédito resultante del precio de las mercaderías remitidas, según aparece de lo prescrito en el artículo 649 del Código citado. Mientras la condición natural á esos contratos no se cumpla, la provisión está sin realizarse. La reclamación del comprador acerca de la calidad ó el precio de la cosa obsta á que se considere hecha la provisión.

Siendo, pues, el portador ó endosatario de la letra—precio mero mandatario del librador—vendedor y obrando en representación de él, no puede tener más derechos que el mandante, ni gozar de prerrogativas que á éste no concede ley alguna relativa á la compra-venta, único título en que se fundaría la acción contra el librado-comprador. *Nemo dat quod non habet*: nadie puede ceder un crédito que no tiene.

J. DE D. VERGARA SALVÁ.

MACEO

(PARA D. LUIS A. VALENZUELA O.)

20 de Diciembre de 1896.

Triste está el mundo. De aquel de los cam-
(peones
que alzó la *Libertad* con el *Derecho*
de entre escombros de añejas ambiciones,
no se siente latir el noble pecho.

El cielo está de luto. Jime el viento
que cruza las campiñas de la Habana
y en la triste expresión de su lamento
dice que llora la región cubana.

Allí está silencioso el Almendares,
los pájaros no trinan á su sombra,
visten crespón las palmas seculares,
esta enlutada su florida alfombra.

Maceo ha muerto. Tan gentil guerrero
cayó en defensa de su Cuba amada;
mártir y digno héroe fué, de Homero,
que buscó libertades con la espada.

Ese adalid, que siempre combatía
por Cuba independiente y vencedora,
en sus noches de insomnios perseguía
ver Patria libre en la siguiente aurora.

Guerrero corazón, latía sólo
á impulso del amor al patrio suelo,
buscando con tesón de polo á polo
la *Libertad* legada por el cielo.

Las olas que cantando marsellesas
acarician la perla del Oceáno,
en sus canciones dejan hoy impresas
un himno de dolor á aquel cubano.

La virgen que se mece muellemente
entre el murmurio de antillanos mares,
baja llorando la abatida frente
para enlutar del mundo los altares.

Maceo no existió para el olvido:
legó su nombre al mármol y á la historia.
¡Qué importa la traición que cruel lo ha he-
[rido!...
Sus puertas le abre el templo de la gloria.

De su valiente sangre en cada gota
que ha teñido de Cuba las arenas,
nacerán los valientes con que azota
la *Libertad*, al yugo y las cadenas.

A. Espinosa Bustos.

(Para el álbum de una ingrata)

¡.....!

—

Todo acabó!
Rompiéronse los lazos
Que unían nuestras almas.....
Mi pobre corazón, hecho pedazos,
Rodó al abismo de la negra suerte;
El dios de la maldad batió sus palmas;
Cubrióse el cielo de sangrientas nubes
Y régia apareció la diosa Muerte
Seguida por sus pálidos querubes.

Samuel Fernández Montalva.

EL BORDADO DE ANITZA

Mientras bajaba por la calle del Estadio, hacia la plaza de la Constitución, al cabo de pocos pasos, ví delante á mi amigo Simón. Apresuré la marcha y le alcancé delante del jardín de la Cámara.

—Cuánto tiempo ha que te busco y que no puedo hallarte; desde que regresáste de Chalcis te has vuelto invisible. ¿Tal vez enfermaste en el viaje?

—Gracias á Dios estoy bueno como siempre, pero paso ahora la dichosa vida de fin de curso; me encierro y estudio en mi casa desde la aurora hasta la noche.

—¿Crees tal vez que no fuí á tu casa? Pero me dijeron que te habías escapado también de allí. Es la quinta casa que cambias este año... ¿Y ahora dónde páras? ¿Á dónde debo ir para encontrarte?

—Junto á la Escuela Francesa...

—¡Desde Gerani al Lycabetos!... ¿Y no me dirás por qué motivo te has propuesto hacer un viaje por Aténas? ¡Siempre el mismo, loco acabado! Donde haya una ama de huéspedes ó una vecina guapa, allí estás tú, tendiendo las redes aunque por poco tiempo. Cuando te cansas, te marchas con la música á otra parte. La de tu casa de antaño, creo, era rubia, la de ahora ¿qué color tiene?

—Déjate de estas cosas, bendito.

—¿Y porqué? ¿Es que has echado juicio y te vas á matricular en la Escuela de Teología?

—Las pocas ganas de hablar que tengo, te dirán que algo tengo... Efectivamente, observé entonces que la expresión de su semblante no era la de antes, alegre y regocijada. Una nube de melancolía cubría su rostro y sus ojos casi lloraban. Comprendí que algo extraordinario, algo doloroso había ocurrido, tal vez una gran desgracia de familia, la cual había modificado de esta suerte el carácter ligero y casquivano de mi amigo. No quise preguntarle nada, sino darle oportunidad de que me lo contara él mismo, si quería, y cambié el tono de la conversación.

—Y ahora ¿dónde vas?

—¡Á mi casa!

—¿Tienes algo que hacer?

—Nada.

—¿Quieres que venga contigo?

—¿Y lo preguntas? Ya sabes que siempre tengo mucho gusto en que me acompañes.

Me tomó del brazo y marchamos silenciosos.

Sólo cuando llegamos á la puerta de una casita, encima de las vertientes cuajadas de pinos del Lycabetos. Simón se detuvo y mostrando las paredes de los solares delante, dijo sonriendo:

—No comprendo como cambias de casa sin motivo, porque la otra era incomparable mejor que ésta.

—Nadie cambia de casa *sin motivo alguno.*

Y profirió las tres últimas palabras con tanta intención, que mientras se adelantaba para abrir su habitación, le seguí pensando que seguramente algo de común había entre el cambio de casa y el cambio de carácter de mi amigo.

Su habitación estaba como todas, en pleno desorden estudiantil; libros encima de la mesa, periódicos esparcidos aquí y acullá, libros y papeles encima de la cama y dos diccionarios debajo de la almohada, para hacerla más alta: una cama desvencijada, tambaleando como un borracho sobre sus cuatro pies de hierro, y dos sillas sin mucha paja colocadas de lado, como para compadecerse una de otra.

Arrastré una de ellas junto á la abierta ventana y mé senté; Simón encendió el cigarro y se tumbó según su costumbre sobre la cama.

Contemplé delante, los rojizos peñascos del Lycabetos y no otra cosa más.

—No es muy variado que digamos la vista de tu cuarto: uno cree que se le van á caer encima las rocas... ¡Ah, tu otra casa!

—¡Ya lo sé!... replicó sollozando.

Al volver hácia él mi mirada, observé un poco más arriba de su cabeza, en la pared, una cosa negra, que antes no había visto.

—Pues ¿y esto qué es? pregunté al mismo tiempo que me levantaba y me acercaba para mejor verlo.

Era un cuadro con marco negro brillante que contenía un grupo de flores azules de myosotis, bordadas con seda sobre terciopelo negro. El trabajo era delicado y de buen gusto, pero había quedado incompleto en su mitad; todo el resto estaba sólo abocetado con hilo blanco. La primera impresión que producía en el contemplador, era cierta extrañeza y disgusto de que se hubiera colgado así incompleto, cuando tan fácilmente se hubiera podido concluir.

Esta fué la idea que comuniqué inmediatamente á mi amigo, acompañándola con la indiscreta pregunta:

—¿Quién te lo regaló?

—Una muchacha.

—Sería un tanto perezosa.

—¿Y porqué?

—Porque lo dejó á medio hacer.

—Le fué imposible terminarlo.

—¿Imposible? pues qué ¿le faltó seda?

—No hables de las cosas sin saberlas, contestó aquél un poco amostazado. ¿Quieres conocer la historia de este bordado? Ya verás cuán injusto has sido con tus ironías.

—Cuéntame y estoy dispuesto á reconocer mi falta, si me persuades.

—Sentéme junto á él y aguardé. Vaciló mi amigo un instante, llevó la mano á su rostro y comenzó en voz baja como si deseara que yo solo le oyera y ninguno más.

—Enfrente de mi ventana, en mi otra habitación, había una pequeña y humilde casita, como ya recordarás. Vivían en ella dos personas, dos mujeres; madre é hija. Las dos tan pobres que se mantenían de su trabajo; la muchacha cosía y bordaba, la madre planchaba. Las dos parecían buenas, muy simpáticas y un tanto afligidas; como si tuvieran alguna oculta pena; la chica sobre todo estaba pálida, muy pálida. Desde el segundo día supe por el ama de mi casa la causa de su tristeza. Dos años antes se había comprometido con un encuadernador. La pobre tenía reunidos unos pocos ahorros que entregó al novio para que los hiciera producir más aprisa, y él se los comió, y la abandonó luego por completo, dejándola sola y sin un céntimo y sin esperanza alguna de que jamás pudiera colocarse.

En cuanto oí esto, me compadecí tanto de ellas, y eso que decís que soy egoista y que

no me compadezco de nadie, que dije á mi ama que les diese mi ropa para que la planchasen, y comencé á mirarlas con ojos de viva simpatía. La muchacha, creo que la viste dos ó tres veces enfrente, en su ventana, era muy agraciada; pálida, con grandes ojos negros y dos rizos rubios que le caían por la espalda.

Cada mañana, cuando abría mi ventana, la veía bordando ó cosiendo. Se volvía, me dirigía una mirada y luego fijaba otra vez los ojos en su labor. Si hubiera sido otra muchacha, de seguro que desde el primer día la hubiera requebrado, pero como era tan buena, tan simpática, y la veía tan triste, apenas me atreví después de la primera semana á dirigirle un inocente saludo.

El primer día no me contestó, después cuando se convenció de que no abrigaba ninguna intención mala respecto de ella, me dió los días sonriendo y alguna vez que otra me preguntaba cómo había descansado, si el tiempo era bueno, en fin, lo acostumbrado.

Después, otro día, me preguntó si tenía algún libro que darle para leer. Le envié el *Montecristo* y quedó encantada. Luego le dí otros. Ya recordarás que te pedí dos ó tres; eran para ella.

Una vez un jardinero conocido mío, me trajo desde Patisia dos tiestos de flores. ¿Flores? ¿Cómo había yo de tener tiempo de regalarlas y cuidarlas? Las envié, pues, á mi linda vecina y al día siguiente las ví que adornaban ya su ventana. No quieras saber lo agradecida que quedó...

No salía nunca á paseo; siempre estaba encerrada en su casa y me alegraba de poderla distraer con tales cosas. Y ella me lo agradecía tanto y para demostrármelo...

—Empezó á bordarte aquel cuadro.

—¡Sí!... para regalármelo por año nuevo. Á todo esto comenzó á invernar. Á veces llovía, á veces soplaba un norte frío, otras nevaba, de manera que ya no fué posible tener la ventana abierta. Con todo continué saludándola á pesar de su ventana cerrada, y comencé á estudiar cerca de la mía para tener más luz. Ella bordaba enfrente, y así pasábamos los dos en compañía del día, ¡qué hermosos días!

Casi me había despedido del mundo. Tanto me había acostumbrado á aquella monótona vida de la casa, que en ninguna otra cosa hallaba placer. Ya no más café, ni dominó, ni paseo, ni nada. Mi única felicidad y distracción era saber que ella estaba enfrente y trabajaba; entonces me vino un deseo, un afán de trabajar también, y estudiaba, estudiaba sin descanso.

Cuanto más tiempo pasaba, tanto más, no diré que la amaba, la compadecía. Cuando la veía vivir tan pobremente, y con todo y tener necesidad de limosna, darla á los pobres de la calle; cuando la veía tan fría y digna, sin prestar atención á los que pasaban, y que en su mayor parte miraban con ojos codiciosos su hermosa figura, me parecía entonces que de aquella ventanita salía un aroma de bondad y de virtud, que ascendía á mi propia ventana, y lo respiraba y me perfumaba el corazón.

Interrumpió su relación muy conmovido y luego volvió á proseguir con voz más dulce.

—Nunca me dijo que aquel bordado lo trabajaba para regalármelo; sólo me lo mostraba alguna vez y me preguntaba si me gustaba.

El ama de mi casa fué quien me lo confesó todo; esto es, que madre é hija estaban tan agradecidas que no sabían como demostrármelo.

Con otras razones me dió á comprender la mujer que podía ir á visitarlas en su casa. Yo le contesté que el mundo es muy malicioso, que ellas eran dos mujeres solas y que no quería dar lugar á hablillas. Parece que esto mismo se lo contó también, porque al otro día, Anitza, todavía no te había dicho su nombre, me miró con ojos más dulces, y su madre la señora Stamata, una mañana que la encontré en la calle, estuvo muy expresiva conmigo.

Á todo esto nos hallábamos en la mitad de Diciembre; ya recordarás entonces cuánto frío y cuánta nieve. De pronto, una mañana recibo un telegrama de mi madre en la fonda á donde iba á comer, diciéndome que mi padre estaba enfermo y que me marchara inmediatamente el mismo día con el primer vapor que saliera.

No tuve tiempo siquiera de ir á la casa de huéspedes. Dejé la llave al fondista para que

la mandara á mi ama y la dijera cómo había tenido que marcharme y yo me fuí directamente al Pireo, sin despedirme de tí.

Felizmente mi padre se puso bien; más como estaban encima las vacaciones de Navidad, no me dejaron que me fuera de Chalcis hasta que pasaron los Reyes. Algunas veces pensé allí en el regalo de primero de año que debía hacerme Anitza, y me impacientaba por regresar á Atenas. Á la vuelta tuvimos un temporal deshecho que alcanzamos de noche el Pireo. Aturdido y en deplorable estado, llegué á las diez dadas á mi casa de huéspedes y desde el coche pasé á la cama.

De mañana, muy de mañana, despertóme el ruido de albañiles que derrumbaban paredes: la primera cosa con que tropezaron mis ojos, apenas se abrieron á la luz, fué esta labor bordada que ves ahora medio acabada, pero sin marco, echada encima de mi mesa. Al primer instante, creí que estaba todavía mareado por el mar. Me restregué los ojos y fuí á abrir la ventana. Pensé por de pronto, que Anitza trataba de consultarme si me gustaba, y que por eso antes de concluirlo me lo había mandado para saberlo... En fin, dentro de poco me iba á enterar de todo, ella misma desde su propia ventana...

Pero en cuanto abrí los postigos, una nube de polvo y cal y tierra me dejó ciego, y en medio de ella, distinguí unos albañiles que estaban derribando la casita de Anitza, cabalmente su ventana... Me quedé como atontado. En el mismo momento venía mi ama, que había oído que estaba levantado, á darme los buenos días. Mi primera pregunta fué:

—¿Y Anitza?

—¡Dios la ten ga en su gloria! la pobre mu chacha murió.

—¡Murió! ¿Cuándo y de qué?

—Pocos días después que marchásteis cayó en el lecho y no se levantó más. El médico dijo que se había constipado y que su pecho no lo había podido resistir. Aquel asesino que se burló de ella, la volvió tísica á la desdichada.

—¿Y su madre?

—¿Qué ha de hacer la pobre? Se puso á servir en cuanto se quedó sola. La casita en que vivieron, su dueño la derriba, para hacerla mayor y á la moda...

—¡Y este bordado de aquí!

—Es para vos; para vos lo bordó la pobre Anitza, porque fuísteis tan bueno para con ella. Cuando vió que no lo podía concluir y comprendió que le quedaba poco tiempo de vida, me llamó un día y me dijo con voz medio apagada cuánto sentía no poderos ver para despedirse de vos; me encargó que os lo diera, así que volviérais, y que os dijera que pensaba regalároslo á primeros de año, concluido ya, pero que no pudo ser... y añadió todavía que las flores que había bordado encima las llamaban *no me olvides*...

Excuso decirte ahora que no tuve corazón para ver derribada delante de mí aquella casita y aquella ventana de la pobre Anitza. Cuando oía las piedras que se deslizaban y caían, me parecía que las arrancaban para construir un sepulcro, el sepulcro de Anitza.

El mismo día me salí de aquella casa. Formé entonces el propósito de no tomar ninguna que tuviese otra casa y otra ventana delante de ella, sino sólo muros y rocas y soledad. ¡Ahí tienes á este amigo á quién todos juzgaban ligero y sin corazón!...

—¡No, no! ¡eres un hombre cabal y tienes un corazón de oro! Y le abracé conmovido y le estreché en ellos mucho, mucho... como que lo merecía.

JORGE DROSINIS.

JUNTO AL CHARCO

Cuando tiemblan de amor las estrellas,
Encerradas del cielo en el marco,
Y pasa volando la brisa ligera,
Tu frente rozando,
¿Qué dicen los coros de alegres batraquíos
Qué dicen las ranas en lo hondo del charco?
Croacs brequequecs, brequequecs coax,
Que tú no me quieres, que tú no me quieres,
Repiten triunfantes,
Que tú me aborreces, que tú me aborreces,
Que ya no es como antes.

—

Que en vano mis ojos te lloran ausente,
Que inútiles caen mis gotas de llanto,
Pues ellas han visto que yo no aumento
Las aguas del charco.
Que en vano trabajan las glándulas mías
Pues dan sólo sales disueltas en agua
Que nunca, ni en siglos de siglos podrían
Ablandar un poco tu pecho de mármol.

—

Mal médico eres, mal médico eres,
Burlones repiten los coros de ranas,
Si crees del agua en la acción terapeútica
Sobre corazón que sufra *degeneración calcárea*

—

Son voces del cielo las voces que escuchas,
De Dios las palabras,
Que hoy día transmiten, coladas y puras,
Larinjes de ranas.

—

¡Ay! ven á mis brazos, exclamas, imbécil,
Con voz lastimera,
Poniendo, afligido, los ojos en blanco.
Pues, escucha, espera:
«Croax, brekekexo», dijo un Bufo joven:
¡Ay! ven á mi charco;
Y alegre y ligera una sapa nueva
Saltó retozona de un pantano anexo.

—

Entonces yo, triste, me quedo pensando:
¡Qué felices viven los tiernos batraquíos!
Debajo del agua las penas no llegan,
Y viven tranquilos las ranas y sapos!

—

Cabizbajo y mustio, retorno á mi casa,
Llorando afligido mi perdida calma,
Y con voz que sale como una burbuja
Del charco del alma
Exclamo llorando: Dios mío, Dios mío,
Si fuésemos sapos!
Si llegase yo á ser el patriarca
De inmensas familias de verduzcas ranas,
Y las metamórfosis de mil renacuajos
Vigilase tierna mi esposa adorada!
Dios mío, Díos mío, si fuésemos ranas!

D. F. H.

BELLEZA DEL MISTERIO

Ya sea que la palabra MISTERIO nazca de la voz griega *mysterion* ó ya que venga de la hebrea *misthar*, lo cierto es que el vocablo español MISTERIO, nos da idea de esconder, ocultar, guardar secretamente, mantener en silencio alguna cosa de cualquier especie que sea. Por eso, muy bien podemos decir, filosóficamente, y sin limitaciones, que MISTERIO es una verdad más ó menos oculta dentro de los caracteres de un hecho.

Definida así la palabra misterio, nadie nos achacará pecado contra las reglas de lógica.

Pero ¿habrá belleza en el misterio en general, en todos los misterios suprasensibles y físicos?

¿Quién sabe?..... A primera vista parece que nó. Una cosa que está escondida, dirán muchos; una cosa que casi no se ve; un objeto ó realidad cualquiera que, hasta cierto punto, se halla fuera del reino de nuestros sentidos y facultades, mal puede ser ni parecernos bello. Una verdad, cuya sustancia no nos es dado apreciar ni el modo de existencia de que aquélla disfruta, ni los caracteres genuinos y lineamentos peculiares que le circunscriben é individualizan; una verdad que no se presta de un modo cabal y adecuado ni al influjo de los sentidos ni á las exploraciones intelectuales, claro es que no podrá merecer el calificativo de bella. O, al menos, no es dable afirmar ni tampoco negar cosa alguna respecto á la belleza de una verdad cuyo examen analítico ó rigurosamente comparativo y detallado es imposible.

Parece éste, á no dudarlo, un raciocinio concluyente y hasta se diría que, á quienes esto contestasen, no se les podría argumentar en forma alguna inventada ó por inventarse, y que, por la misma razón, ni la más hábil dialéctica se atrevería á ofrecer demostrar que sí hay belleza en el misterio, ó, lo que es igual, en todo misterio.

Al llegar á este punto, suponemos, que cuantos así se oponen á la afirmación de que hay belleza en el misterio, saben lo que es belleza y lo saben completamente; porque explicar tal concepto, sería, en este caso, digredir inconsideradamente.

Ahora bien: si en todo misterio hay una verdad, es innegable que en el misterio hay belleza, y no obsta el que la verdad esté oculta: lo vamos á ver.

Hay dos linajes de verdad: la verdad excelsa, increada, eterna, absoluta, y la verdad *finita, contingente*, ó, de otro modo acaso más claro, la verdad que vive encerrada en la naturaleza física.

Tocante al Sér infinito, al sér absoluto, á la esencia increada (que de todas estas frases debemos usar para que se nos entienda sin esfuerzo), á quien, por lo mismo que es tal, debemos conceder la perfección, armonía, proporción y explendor en grado también absoluto, nadie se resistirá á confesar que el Ente increado es la belleza misma, en toda su magnitud, en toda su extensión, en todo su vigor y eficiencia, en toda su absoluta posibilidad, y que, no sólo viene á ser él la belleza eminente y excelentísima, sino que es, por otro lado, origen y término de toda belleza creada.

En esto no hay dificultad alguna, como no la hay tampoco en comprender que la esencia increada es la verdad sin límites, que la verdad es de suyo un bien, y que la esencia increada, omnipotente, apetecible de un modo necesario, siendo, como es, la verdad absoluta, es tambien la suma absoluta de todos los bienes. Pero como el bien no puede dejar de ser bello, claro se está que la esencia supraceleste, el sér absoluto, es la belleza increada, la belleza absoluta; belleza que no es como la del mundo, porque no ofrece contrastes, no se debilita, no crece ni disminuye con el tiempo; porque desde la eternidad fué perfecta, intachable, incorpórea, luz vivísima, indeficiente, que no puede nombrarla la lengua, ni verla los ojos, ni concebirla la inteligencia, por más que las almas que alcanzaron la felicidad eterna se sientan llenas de las íntegras, sencillas, é inmóviles y bienaventuradas ideas que dijo Platón, al establecer la doctrina de la reminiscencia.

Descendamos luego, desde el mundo ontológico, al universo físico, desde la metafísica de lo bello hasta la física bella, y vengamos á preguntar: ¿existe en la creación la verdad? Nadie caerá, de seguro, en la extravagancia de creer que todo lo que vemos es una ilusión, un mito y nada más. Y aun siendo todo lo existente, toda la naturaleza un mito, aun allí habría un fondo de verdad, y en ese mito habría belleza.

Y es preciso advertir que la verdad es bella, no sólo por cuanto es realmente un bien sino porque la verdad es otro nombre que se aplica á la esencia increada, porque la verdad es la esencia que existe en sí y por sí es todo lo que es, lo que puede ser en el grado de infinita pureza; es la esencia, el arte, la bondad, la justicia, el poder, la templanza, el honor, y, en resumen, es la verdad, el ente universal,

perfecto, eterno, infinito en todos sus atributos, y en cuya realidad se ejercitan las potencias intelectivas de diferente manera de la que emplean, respecto del bien, las facultades apetitivas, las cuales impelen de todas maneras ideas de posesión.

Claro es que en las cosas creadas nunca encontramos el colmo de la verdad; pero sí es seguro que podemos buscar, y con razón, una verdad referente, transmitida por la esencia increada que ha sido y será, también, la belleza increada, la belleza absoluta, que es artífice soberano y perfecto.

La verdad infinita existe, aun cuando se halle oculta, recóndita; y como, porque *es* se dice que en la verdad se sintetiza toda belleza, claro es que la verdad infinita es bella por sí misma (*per se ipsum*) independientemente de la contemplación y examen que de ella quisieran hacer cualesquiera inteligencias. Y la verdad finita ó comunicada á las criaturas, de igual suerte, en todo aquello que es verdad pura, simple, tersa, admirable, no manchada por la malicia terrena, sino emanada de Dios.

Si la verdad eterna y también la *finita* son bellas, aun á pesar del juicio de los hombres en contrario, claro es que en los diversos misterios, sean absolutos ó contingentes, hay belleza, por más que á primera vista parezca lo contrario y por más que el hombre quiera cerrar los ojos y decir: en lo que yo no conozco perfectamente y analizo, no existe belleza alguna.

Además para notar la existencia de lo bello, de un cuerpo, de un rostro, no necesitamos examinarlo en todos sus detalles y pesar y aquilatar todas sus perfecciones, sino vizlumbrar estas cualidades que realmente existen sobre el mundo, aun cuando en mayor ó menor equilibrio y desenvueltas en la forma física y palpable con mayor ó menor intensidad.

Un rostro y un cuerpo bellos, pues, dejan vizlumbrar necesariamente su belleza al través de los modales, aspecto general y demás signos de que suelen andar como rodeadas las personas. Y puede muy bien una de éstas llevar ropaje muy cumplido y en sumo grado honesto, y, sin embargo, ser y aun parecer bella, mucho más que cualquiera otra que va en licenciosa desnudez y expuesta á la contemplación, examen y mensura de todos.

Si la belleza es admirable y apetecible por sí misma, no hay razón para que la belleza oculta, escondida, ruborosa, parezca menos seductora que la belleza que se presenta de un golpe con todo cuanto es y puede ser, con todos sus pormenores y atributos; y no solamente no hay razón para que la belleza que se oculta seduzca menos que la bellza que se ofrece íntegra al primer golpe de vista, sino que es cabalmente todo lo contrario.

En efecto, la belleza que prudentemente se oculta, y que parece ruborizarse hasta de sí misma, es una belleza mucho mayor, más duradera, más atrayente, más perfecta que la otra, por cuanto el rubor es signo de castidad y pureza, y estas virtudes, siendo nobilísimos bienes, aumentan muchos quilates á la belleza material.

El manto y el velo son un hecho, en relación al misterio; la belleza que tras aquéllos se oculta, es la verdad, ó el fondo del misterio; la mujer, pues, mostrándose al través del manto y el velo, es nada menos que un misterio á la manera humana.

¿Quién puede dudar, si no tiene estragado el gusto y desviadas las potencias discursivas, de que, con el manto y el velo la mujer, no únicamente oculta sus formas, sino que desvanece ó sombrea las líneas de su cuerpo y su rostro, y suaviza la intensidad de las tintas de sus mejillas, y adquiere no sabemos qué secreto encanto y rarísimo prestigio?

¿Dónde hay nada más digno de atraer nuestras facultades cognoscitivas y apetitivas que una belleza que se oculta á favor del manto ó el velo? Aquel cuerpo aparece armónico, equilibrado, congruente, espléndido, y aquel rostro manifiesta que en su óvalo han trabajado convenientemente la proporcionalidad, la unidad, la integridad y la luz, y no pueden, por lo mismo, tener menos atractivo que si se mostraran descubiertos, de suerte que se pudieran observar perfectamente en ellos las manchas, líneas no bien pulidas, tez rígida, poco sedeña y demás extravíos é incorrecciones con que suelen nacer las cosas humanas? Aquel cuerpo semi escondido se pre-

senta como un mágico problema en cuya solución se interesa y embebe la inteligencia, y aquel rostro velado adquiere, no solamente más delicadeza, sino que se vuelve hasta fantástico, inopinado; y tanto el uno como el otro, seducen, y, bien sea que el secreto dimane de la virtud ó bien del arte, pero del arte perfecto, del arte que se oculta con maestría bajo sus propias obras, es indudable que tal secreto, tal arcano, atrae, causa impaciencia y vivísimo afecto, y hasta arrebata, por lo mismo que el hombre, por lo que tiene de racional, se deleita en la observación, el estudio, la especulación y la conquista de todo aquello que no comprende, así como desdeña lo perfectamente conocido que se halla bajo el dominio de todos, y ha caído en la vulgaridad.

Y no se nos argüirá que si la verdad es bella, un cuerpo y un rostro desprovistos de las dotes correspondientes á dicha excelencia, debe sin embargo ser bello, por lo mismo que se muestra tal como es, por lo mismo que no engaña. Cierto que belleza hay en la virtud, y la ingenuidad lo es, y belleza hay también en el ejercicio de la inteligencia; pero no hallaremos belleza en la forma real y viviente, material, que es la de que tratamos; porque desgraciadamente, el hombre no se conforma en toda ocasión con la belleza ideal, intangible, sino que, las más de las veces aspira a la belleza, considerándola nada más que como bien de cierta utilidad, la cual, en tal caso, conviene que no se entibie ni desmaye.

Hay pues belleza en el misterio, de cualquier especie que éste sea, pero siempre que no rompa las leyes de concordancia íntima entre lo bueno y lo bello

ANTONIO ALOMÍA LL.

Valparaíso.

CANTARES

No te roces con cualquiera
ni tengas confianza en todos;
si necesitas consejos,
consulta, así, de este modo:
al amigo: en tus amores;
á tu madre: en el dolor;
á tu padre: en los negocios;
y en tus angustias: á Dios!....

(EN UN ALBUM)

Lo que siento por usted
se lo diré en un cantar:
á veces la admiro mucho
y otras veces .... mucho más!....

***

¡Vestir al desnudo!.... A uno
dióle mi padre una capa,
y no la quiso admitir
porque dijo... no se usaban.

T. R. G.

A UNA BELLA DESCONOCIDA.

Eres blanca azucena bendita,
Como nunca en mis sueños abrió;
Eres rubia y tus trenzas doradas
En iris reflejan los rayos del sol.

—

¡Quién pudiera beber de tu cáliz
El néctar divino, las mieles, ¡oh flor!
Y encontrar en tu seno de nieve
La dicha, la gloria que el alma soñó.

—

Más, ¡ay! que es delirio; tu imagen tan bella
Grabada se queda en el fiel corazón
Y huye lejos tu forma risueña,
Cual huye la abeja que el dardo clavó.

D. F. H.

EL NIDO ENCANTADO

I

Sesenta y cinco años antes de que un portentísimo ingenio diese principio al escrito de una muy afamada y asombrosa historia, vivían en un lugar de la Mancha de cuyo nombre el mundo quiere acordarse eternamente, para honor y regocijo, una señora llamada doña Andrea Galván y un niño de corta edad, hijo suyo y de un honrado hidalgo, que ya había muerto, llamado Quijana ó Quesada ó Quijada, según afirman algunos, aunque esto no importa gran cosa á la verdad y á la idea de nuestro relato.

Era el muchacho fino y delgado, y con ser endeble, gustaba de acometer travesuras peligrosas; nada tenía de lerdo su entendimiento sino antes bien de muy avisado para aprender la letra, que en pocos meses consiguió destreza para juntarlas y leer muy de corrido y sin hipar ni hacer algarabía cuando le mandaban que leyese en alta voz.

Le relucía en los ojos el talento que tal vez tuviera de más, bien que el que tuviese fuera de los tempranos, que hacen que un muchacho sea hombre antes de sazón.

El color de su rostro era apagado y un tantico amarillo, como si toda la vida que le sobraba al espíritu se la hubiera robado al cuerpo.

Cuando Quijanita estaba despierto, no cesaba de parlar sobre lo cierto y lo imaginado, sobre cuanto veía ú oía, y al dormir tampoco descansaba, sino que, inquietado sin duda por sueños extravagantes, se revolvía en la cama de una á otra parte, ó sobresaltándose en extremo, daba respingos y se despertaba lanzando gritos desaforados y pronunciando palabras incoherentes.

—¿Qué será de éste mi hijo, Dios y señor mío? ¡Nada bueno puedo esperar del desasosiego y del hormiguillo que le entran al muchacho sin saber por qué! decíase muchas veces doña Andrea muy afligida.

Ella era la mujer más buena y pacífica que pudiera imaginarse, echándose uno á imaginar una mujer benévola y sosegada para darla por ejemplo á las demás. Así es que la tenía asustada el muchacho, sobre todo con su mucho discurso, el cual, con ser grande, no era juicioso, porque de este juicio ya se ha dicho que no había ni migaja en la cabeza de Quijanita; que así como para maquinar historias y quimeras no parecía por su ingenio sino que llevaba los demonios de la listera en el cuerpo, en lo demás era un simple, un meliloto. Raro era el día que no le robaban, con engaños, los rapazuelos de su edad los cuartos de la faltriquera, las avellanas, las nueces, el pan y la miel, ó lo que le hubiese dado su madre para merendar: esto cuando él no se desprendía de todo repartiendo entre los demás.

La pobre doña Andrea no sabía qué pensar, llorosa y angustiada ante las dudas que le asaltaban.

«Será un pozo de ciencia», decíanle unos; «será un tonto», aseguraban otros. «Para santo va, así Dios me dé salud»; «¡un condenado es el hijo de vuestra merced!».

Pero lo que exasperaba y contristaba á doña Andrea eran las risas y burlas con que muchos hablaban de las travesuras de Quijanita, al cual compadecían por bobo.

Y es así que tal y como siguen las madres temerosas, con los brazos abiertos, los primeros pasos de sus hijos y, con el ánimo receloso y suspenso por el miedo de verlos caer, van mirando el espacio de tierra que ellos han de pisar, también miran siempre á lo porvenir, esperanzadas ó aterradas ante los males ó las venturas que la suerte pueda reservar á aquellos pedacitos de su corazón.

II

Estábase cierto día esperando doña Andrea á su hijo, cuando le vió llegar, y de tal modo destrozado y sucio, que la pobre madre se llenó de espanto.

¡Cuán cierto será, se dijo, que con ser este mi niño, tan engañador que á todos nos cautiva con sus cuentos ó invenciones disparatados, es crédulo y le habrán hecho alguna nueva burla los maldecidos muchachos del lugar!

—¿Qué hicísteis vos? dijo dirigiéndose al chicuelo. ¿Qué hicísteis que así venís sin el rengue del cuello y de las mangas? ¿Dónde echásteis el ceñidor, que se os están cayendo las calzas que os puse y se os sube el juboncillo que os ajusté bien prietos? ¿Haislo dejado por esos andurriales? ¡Perdidoso! ¿Qué hacienda podrá bastar para atender á vuestro cuidado? ¡Pecadora yo que así os dejo suelto! Más no es ya sólo la ropa destrozada, sino que vos venís con la cara llena de arañazos y las manos con despellejaduras.

—Dígole, señora madre que no se enoje vuesa merced, que todo fué cosa menos que de nada, replicó el niño.

Alzaba la madre el grito, y levantaba los brazos moviéndose á uno y otro lado, comida de un gran desazonamiento; pidió aljofaina y agua, y asimismo un lienzo, para lavar al desdichado niño, preguntándole qué le había sucedido, con qué muchachos había jugado, en qué lugar y á qué juegos, que de aquel modo llegaba á su casa. Y él fué dándose arte para explicarse; y dijo; que habiéndole dicho los otros chicos como había en un árbol un nido de pájaros, los cuales eran tan lindos y de tan peregrina belleza, que el plumaje era de finísima plata, ninguno de aquellos muchachos se había sentido con ánimo para subir á lo alto del álamo, á cuyo extremo estaba el nido, y él sí, abrazándose al tronco, logró ponerse en la punta.

—¡Bendecido de Dios! ¿Y no habías sospechado que lo del nido era una burla para que tú, creyéndolo, te tomases el trabajo de gatear por el árbol exponiéndote á caer, abrirte los cascos y matarme de dolor?

En efecto: Quijanita había subido deseoso, lleno de esperanzas, y fué su ilusión tal, que no habiendo en el árbol nido ni cosa que se le pareciese, á él se le antojó cual si lo tuviese ante los ojos; y cuando resbalando, más que bajando, hubo de llegar donde se hallaban sus camaradas, que le recibieron con silbidos y algazara de rizas, dijo que realmente había visto el nido de que ellos le habían hablado, y que los pájaros, no tan sólo eran de plumaje de plata, sino que, además, el pico le tenían de oro; pero el que quisiera cogerlo, tendría que reñir con una terrible serpiente, la cual enroscada á una de las ramas, guardaba aquel nido, y como para esto Quijanita no había ido armado, se prometía volver y apoderarse de aquellos pajarillos que él creía serían, cuando menos, algunos principitos encantados, los cuales una vez que se viesen ellos libres del encanto, seguramente quedarían agradecidos y al servicio de la madre del niño que los había desencantado.

Esto fué lo que Quijanita contó á su señora madre. Dióle ésta un fuerte regaño, diciéndole que no creía palabra alguna de cuantas iba ensartando el niño; y Quijanita á los pocos días, creyendo en su propia mentira, tornó al árbol y á la peligrosa ascensión, como si realmente hubiera visto con los ojosde la carne, y no con los de la locura, el nido maravilloso.

Por entre las movibles hojas del alto álamo blanco vió, en verdad, al remate del árbol, un nido que la noche anterior habían puesto allí los muchachos; subió con gracia, á riesgo de caer y romperse la cabeza, sacó un pequeño cuchillo que se puso á blandir cual si le dirigiese contra el enorme culebrón que él se había imaginado ver, y al tomar en sus manos el nido, le encontró lleno de sanguijuelas y de renacuajos.

—¡Brujas ó encantadores lo han transformado en nido de gusarapos! exclamó casi llorando de compasión al ver en sabandijas inmundas convertidos los maravillosos pajaritos de su sueño.

Y brujas ó encantadores debieron ser los que hicieron que la rama en que el niño estaba se desgajase, y el niño cayera; bien que prendiéndose en otra, y luego, al romperse ésta en otra, hasta dar con su cuerpo en el suelo, quedando mortecino y como sin sentido, si alguno tenía.

—¡Hi de tal, hi de cual, véase el hidalguillo tonto y cómo cayó! ¿Dónde habrá echado los

pájaros de plumaje de plata con el pico de oro?

—De cierto que han volado.

Esto gritaban cruelmente los chicuelos, sin respeto al estado en que se hallaba el pobre Quijanita; y siguieron celebrando la burla con voces, risas y silbidos.

Entonces, temblando de terror, pálida, llorosa y angustiada, llegó la madre del pobre niño, roció con agua y vinagre su frente, y le hizo volver en sí; y como éste le dijera que había querido apoderarse del nido para dárselo á ella, iba á reprender cuando, herida por el escarnecedor vocerío de los chicuelos, se desató en amargo llanto, diciendo:

—Antes más vale él con sus quimeras y su generoso corazón, que no vosotros, cuya crueldad es odiosa.

A la burla de las gentes por la locura de su hijo, á la risa universal, ella oponía su profundo amor de madre.

Autores arábigos posteriores al afamado lide Hermete Benengeli, dicen que esta doña Andrea fué la madre del afamado caballero andante D. Quijote de la Mancha, que no era otro que el Quijanita de nuestro cuento. Mucho acerca de este cuento podrán discretear los sabihondos roedores de pergamino, en sus polvorientas academias, y por su vetusta y acorchada ciencia, nosotros pensamos tan sólo en que sintiendo por el caballero de la triste figura, el amor y la compasión que hubiera sentido, ante el fiero y burlado regocijo universal la madre del ingenioso hidalgo una sutilísima interpretación del libro inmortal, la de que en D. Quijote haya querido retratarse Cervantes, y que por una profunda ironía entregara á la fiereza de la crítica humana, los propios desengaños sufridos, tales bellezas de sentimiento, tales destellos se descubren en el alma del sublime loco, cuando grave y amorosamente se le estudia, y es que este loco era la sombra del génio, y sabido es que Cervantes era de alma tan hondamente triste.... que se reía de su sombra.

EL BESO

I

¡Beso! Fugaz expresión
Con que se muestra el cariño,
A las candorosas almas
Enagenas con tu hechizo!

II

En los labios de la virgen
Del amor eres el símbolo,
Y en la boca del anciano
Eres casto, eres bendito.

III

La madre acaricia amante
En el regazo á su hijo,
Y al besar su casta frente
De su alma le da el cariño.

IV

Felices, tiernos amantes
Se besan dando un suspiro
Cuando del amor la llama
En sus pechos ya ha prendido.

V

El aura besa las flores,
También las besa el rocío;
Y á sus polluelos el ave
Besa amorosa en el pico.

VI

El sol con ese poder
Que tiene en su sér escrito,
Cada día besa al mundo
Con amor ardiente y vivo.

VII

Rodando viene la galga
Al peso de su destino,
Besa al peñón que la tuvo
Y se pierde en el abismo.

VIII

Al soplo de un beso eterno,
Nació el sublime edificio
Del piélago donde ruedan
Esos soles infinitos.

IX

Vive la naturaleza
Sorda al compás de los siglos,
Alentada por el beso
Del Arquitecto Divino.

X

Sólo un beso hubo en el mundo
Eternamente maldito:
¡El beso que estampó Judas
En la augusta faz de Cristo!

GUSTAVO MELCHERTS

Valparaiso, 1898.

CONTRA LA MÚSICA

I

¡Paso á la diosa! Sólo ella es la musa del porvenir y ameniza con sus encantos el presente. Virgen eterna y eterna prostituida, con el mismo traje que arrastró por el lupanar, se pasea orgullosa en el salón de un palacio, besa los impuros labios de un libertino y lleva otro beso á la sonrosada boca de un inocente, acaricia con sus alas bullidoras á la impura y adormece con sus tibios ensueños á un ángel candoroso. Su voz es vaga, difusa, indefinida; su forma espiritual, impalpable, invisible; y sin embargo, aviva sentimientos, despierta sensaciones agitando los nervios y esclavizando la voluntad; adormece la inteligencia, la ofusca, la oprime, acude á la memoria para revestirse de formas y colores, para repetir las líneas y la expresión de los objetos, y huye al fin dejando como huella que su paso recuerde, soñolienta languidez producida por sus largas y seductoras voluptuosidades.

Tal es la música moderna: tal es la favorita de nuestra sociedad, que ha venido á ocupar entre los nobles deleites humanos un puesto análogo al que ocupa *el brillante* con respecto á las demás piedras preciosas. El arte del oído, como el rey de los minerales, son alabados por muchos y comprendidos por muy pocos. Con la misma facilidad que se toma por rarísima joya un cristal bien labrado y se admiran sus luces y sus aguas, se alaba y se repite una vulgar composición creyéndola prodigiosa obra del gusto más exquisito.

El hombre, satisfecho de las frecuentes conquistas que á cada punto logra esclavizando al mundo físico y convirtiendo en humildes servidores los que antes fueron inconscientes, pero terribles enemigos, penetra en los dominios de lo ideal y lucha con lo indescifrable, queriendo poseer también sus íntimas leyes. Mucho adelanta, pero es tan largo el camino, que poco representan las vencidas dificultades para lo que pretende su orgullo. Así anticipa sus decisiones, y quiere reconstruir el edificio que admira y desconoce, con el puñado de piedras que pudo arrancarle; su obra resulta una quimera.

Quimera, sí. No vacilamos en aplicar este nombre á la expresión musical que muchos creen verdadero lenguaje, definido y completo. Quimera, sí; pero fundada en una existencia tan hermosa, que nos atrae y seduce, que nos aduerme ó nos enloquece, que á imitación de sirena de faz encantadora y ojos encendidos, flotando sobre revuelta gasa de nieblas y espumas, nos absorbe, nos debilita y acaba por aniquilarnos y perdernos.

Tal es la música, sí; la más celestial de las artes; pero la menos *humana*; buena para el

rincón del paraíso donde las almas no tienen más objeto que conservar su eterna vida, manteniendo una eterna vibración, sus fibras etéreas; mala para el hombre que ve la muerte próxima y necesita más que adormecerse al arrullo de dulces sensaciones y espirituales sentimientos, procurarse fuerzas para resistir, inteligencia para luchar y sucesores dignos de su nombre y de su trabajo.

La música no es aun un lenguaje ni siquiera para decirnos los más generales afectos. Ni la armonía y el ritmo, son tan claros que para todos los espíritus signifique lo que para nosotros representan.

Precisamente la moderna diosa debe á su vaguedad incomprensible su mayor encanto y su general aprecio. Viendo una pintura, por ejemplo, aunque sea en varios conceptos una maravilla del arte, si no comprendemos el asunto ó si éste nos desagrada, no sabiendo como sustraer el pensamiento de lo que nuestros ojos miran, recibimos una impresión que nos molesta ó nos disgusta. Por el contrario, escuchando una obra musical, si ésta es capaz de agitar nuestros nervios y entretener nuestro oído, poco nos importa ignorar su intención, y cualquiera idea por nosotros preferida, se amoldará bien al torrente de notas que nos arrebata. De igual modo, cuando nuestro espíritu rechaza por innoble una imagen colorida, no es posible salvarla, ni reproducirla en un lugar honrado, aunque por sus condiciones artísticas sea en algún sentido digna de aprecio; en cambio la música más sensual y deshonesta, la más lúbrica y descocada, pasa del chamizo inmundo al aristocrático salón, y nadie se conmueve, y nadie se asusta; la canción que inventó para lucir sus artes una prostituta, con otra letra la repite una niña inocente, y la partitura escrita para excitar la brutalidad carnal de tahures y cortesanas, la reproduce al piano una esposa católica. Dos causas contribuyen á sostener la virginal pureza de la música, pureza que no mancha, virginidad que no borra todo el vicio que pueda engendrar en su variado y voluptuoso movimiento. En primer lugar, la música no dice á todos lo mismo; no ya entre distintos mundos y entre distintas razas sino en un mismo mundo, en una misma nación, en un mismo pueblo, en una misma familia, en un mismo individuo, cualquiera expresión musical puede producir sentimientos y sensaciones distintos, en dos momentos psicológicos diferentes. Además, escusándose en esta variabilidad, el ser humano, apasionado y voluptuoso, entrégase libremente á sus aficiones y goza el mareo y la fiebre del delirio cuando siente vibrar en su oído una ráfaga de notas punzantes y bullidoras; escúchala una mujer y mezcla ese sabrosísimo efluvio con otro no menos exquisito que chispea en los ojos del pretendiente, en la opresora mano del amante ó en el brazo del amigo que arrojándola en la danza diabólica estrecha su cintura. Hice femenino el pecado, porque la condición social de la mujer la obliga á interesarse más por esas consentidas libertades, pero hago masculina la culpa, porque, aun los hombres que no la merezcan por licenciosos y provocadores, deben sufrirla por tolerantes y descuidados.

La diosa lo puede todo, lo domina todo, lo invade todo. Suya es la vida y ella rige nuestras costumbres, decora nuestras religiones, ameniza nuestros espectáculos, entretiene y aumenta nuestros ocios; y, en el teatro, en la calle, en los salones, en los colegios, en la casa en que habitamos, nos persigue, nos asedia, nos conquista y amenaza, mientras en todas partes la ofrecemos tributo proclamándonos sus adoradores callados y serviles.

La ópera destruyó en las altas esferas sociales el gusto por el arte dramático; y sólo la ópera ilusiona y divierte, sólo á su templo se puede acudir en busca de solaz. El *cante* absorbió por completo las atenciones del populacho, que prefiere oir cantar insolencias en el café *flamenco*, que decir donaires en la taberna ó en la calle. Y el piano dió fin á la conversacion; la clase media *decente*, quiero decir con muchas pretensiones y poco dinero, ya no se reúne para sostener ingeniosas tertulias y lucir brillantes y finas agudezas, sino para escuchar cómo se arrastra sobre el teclado una insulsa *sonata*, para oir la puntiaguda voz de alguna señorita *distinguida* ó para enardecerse con el baile, al son de un piano de duras entonaciones, golpeado por dedos tan veloces

como faltos de sensibilidad y de intención artística.

El piano es una verdadera calamidad social; bueno para que un maestro luzca sus méritos á fuerzas de vencer dificultades; bueno para que un profesor ensaye modestamente en él alguna partitura: pero execrable, calamitoso, en el oficio que de contínuo desempeña. Su estudio se impone á la juventud como una necesidad; en él, pierden los niños muchas horas que podrían invertir en más útiles trabajos; con él, se turba la tranquilidad de quien para su pensamiento la necesita, y se desgarra desapiadadamente el tímpano de quien por su desgracia educó su oído; con él se aduerme la inteligencia y se despierta la fantasía llena de frivolidades; con él se crispan los nervios y se consume la sensibilidad y la fuerza se agota; con él se desequilibra el erario de muchas familias porque su costo es excesivo para gentes mal acomodadas que, por seguir la corriente, no quieren prescindir del vulgar instrumento; por él se desatienden las necesarias ocupaciones cuando hay afición y se rabia, y se llora y se reciben castigos cuando falta voluntad.

Y entre tantos males ¿qué provecho proporciona?

Ninguno, absolutamente ninguno; porque cuando el niño acaba la carrera y cuando se casa la niña; cuando el hombre comprende sus aptitudes consagrándose á ellas, y cuando la mujer tiene hijos y no descuida sus deberes, el piano es el mueble más inútil de la casa.

A él debe hacérsele responsable de un verdadero *crimen musical;* del mecanismo inventado para sustituir á la mano experta sobre las teclas.

El piano mecánico es el oprobio de la música.

Hubo un tiempo en que los trovadores recorrían castillos y lugares; ahora los organilleros lo hacen también. En torno del trovador, la sociedad antigua se agrupaba para oírle narrar las *gestas* de algún héroe famoso; en torno del organillero, la sociedad moderna se amontona para *echar un baile.*

II

El arte lírico en el teatro está sujeto á muchas anomalías, hijas unas del escaso conocimiento que alcanza el público en asuntos musicales, y otras dependientes de una manera de ver errónea que se aplica en términos generales á todo lo existente. Así lo extraordinario y lo agradable disputan la preferencia de lo puramente artístico que no todos estiman, porque para su apreciación requiérense condiciones no reunidas más que por escaso número de personas. Gentes habrá que pasaron la mayor parte de su vida manoseando un piano y asistiendo á la ópera, sin comprender el sentido ni la importancia de lo que oyeron ni de lo que pensaron interpretar. Estos raudales de notas, ya lentas y espaciadas, ya fugitivas y atropelladoras, ya ténues, ya ruidosísimas, ya brillantes, ya oscuras formando á veces apretado racimo, extendiéndose otras como niebla' sútil, reuniendo sonidos que unos á otros se robustecen, ó disgregándolos y extendiéndolos como el agua de la cascada que llega unida y estruendosa, formando un solo cuerpo, y se deshace luego en hebras, produciendo mil ruidos: encierran el pensamiento del artista, como la flor su perfume delicado. Y ese pensamiento, no siempre brilla ni siempre se revela; porque para brillar y revelarse, necesita un *medio* que favorezca su expresión.

Estos principios no son especiales de la música, pero á ella se refieren más vivamente que á las otras artes. En literatura, por ejemplo, podemos también admirar una obra, saborearla; divertirnos con su lectura y no entender ni jota de su expresión artística, porque nuestro espíritu está muy lejos del espíritu creador: el *Quijote* resulta *chino* para la mayoría de las gentes que con su lectura se regalan. El encantador idilio que Pereda rotuló *Al primer vuelo,* fué *chino* para una escritora ilustre que habló de la obra sin haberle visto la *entraña,* sublime y amorosa. Yo declaro que leí, hace mucho tiempo, sin *enterarme,* la famosa obra de Sterne *Viaje sentimental,* ese prodigioso modelo de humorismo inimitable, al decir de muchos. Balzac aseguró que no

hubo en su tiempo 50 personas capaces de comprender la *Chartreuse de Parme*, de Stendal, un libro del que se han hecho ya varias ediciones y anda en manos de todo el mundo, sin que lo comprenda el público más ahora que hace medio siglo, al tratar de su importancia el genio de *La comedia humana*.

Pues bien; si en literatura, la más franca expresión de la idea, puede ésta vivir escondida bajo una forma que se hace admirable; si esto sucede con las creaciones de pintura y escultura, ¿cómo no ha de verificarse á todas horas en el arte lírico, el más ignorado, el más difícil, cuya producción, teniendo más dilatados horizontes que los otros, redúcese al límite más estrecho?

Y vivimos engañados y engañándonos al tratar de la música y al recrearnos con ella, como el que fingiéndose vulgares ilusiones en el azul del cielo, que ya dijo Argensola *ni es cielo ni es azul*, no estima la grandiosidad del espacio, la idea infinita, muy superior á la bóveda del azul aparente.

Y damos á lo pequeño conocido la importancia de lo grande que desconocemos, y con las impresiones emocionales mezclamos rutinas mal estudiadas, pareceres agenos, goces materiales y cálculos inconvenientes.

La estrechez de criterio, la falta de sensibilidad, el deseo hacia lo extraordinario, el atractivo de lo agradable y la simpatía de lo fácil, determinan los gustos, las admiraciones y los entusiasmos.

Así llegaron á tener importancia los cantantes á costa de los músicos. La voz humana, con tal ó cual timbre y ésta ó la otra extensión, valdría menos que las notas de un violín si hubiese fábricas de gargantas como las hay de violines; y la carestía puede ser de imporancia en el comercio, pero no dará nunca interés al arte. Que se pague mucho á un tenor, porque tales voces no abundan, me parece cosa prudente, y que se retribuya poco á un violinista regular porque los hay á porrillo, no es falta de lógica; pero al considerar como artistas al violín y al tenor, bien puede acontecer que le diera el primero al segundo ciento y raya. Además, un cantante de ciertas condiciones puede ser un hallazgo; pero se generaliza la idea y la palabra toma realce cuando se refiere á lo más insignificante. Así vemos los carteles y anuncios de temporadas teatrales donde se inscriben los nombres de los más ruines partiquinos y se cubren con cuatro palabras los de algunos hombres de mérito que necesitaron para ocupar su posición, trabajo, inteligencia y sacrificios abundantes.

El sastre y el apuntador y el mueblista, son *personalidades* en el cartel, y al final de la última línea se dice; *60 profesores de orquesta;* y como si esto fuera poco, añádese á continuación: y *60 coristas.*

¿Qué será un profesor de la orquesta, comparándolo con el tenor, después de ponerlo al nivel de un corista? Un átomo, escoria, nada; y, sin embargo, á veces reúne más meritos artísticos que toda la compañía en peso.

He ahí condensado mi procedimiento: yo no digo que se deje de considerar á los tenores, á las tiples, á las contraltos, á los barítonos; tampoco digo, como algunos, que se les paga demasiado; nó. Escasean, hacen falta, y hay que mimarlos, agasajarlos, complacerlos y buscarlos como un artículo de comercio en carestía; pero no confundir su valor comercial, que se lo dan la escasez y la falta de concurrencia, con su mérito artístico. Si de pronto aparecieran mil Gayarres, el precio de contrata y el agasajo social de un tenor, bajaría, pero su representación artística sería igual á la de ahora.

Claro está que si un cantante de facultades, además es artista músico y notable actor, merece por los tres conceptos repetidas admiraciones. Cuando esto acontece, un solo cantante puede valer más que toda una orquesta, que todo un teatro; entonces merece aplausos ardientes y admiración devota; pero esto, por desgracia, es un fenómeno tan extraordinario como las apariciones de un Miguel Angel, de un Shakespeare, de un Quevedo.

No siendo estos casos, nada frecuentes, la gloria corresponde más al músico que al cantante; así lo irán creyendo hasta los más inocentes aficionados en lo sucesivo; pero entretanto, el cantante será tirano del gusto y de

la moda, poniendo á sus pies, con mundanas admiraciones, el trabajo legítimo del compositor y del músico.

A un hombre de claro ingenio que todo lo ve á través del prisma político, se le ocurrió la siguiente comparación, que juzgo tan graciosa como acertada:

«Cuando voy al concierto, me parece vivir en plena república; las armonías condénsanse y se aúnan, atendiendo á la mano del maestro que todo lo gobierna. El maestro es un músico, un compositor que sobresalió entre los demás, y por esta razón los rige á todos. Artista de su propia raza, sólo por sus elevados méritos distínguese de la muchedumbre...

«Pero la ópera es muy diferente; odio la « ópera porque me recuerda la monarquía. « Las dos razas; una privilegiada! y bendecida « por Dios, otra, sufrida y trabajadora, soste- « niendo el esplendor de aquella. Los músicos « me parecen el pueblo humilde, los cantantes « la realeza soberbia; los músicos pueden vi- « vir solos, y sin músicos no hay cantantes « Ya no es gran cosa de todo esto, pero pienso « que las diversiones líricas darán un cambia- « zo como las naciones modernas. La vida en- « tera se acerca poco á poco á la República y « la ópera, tal como existe, realiza una inútil « gerarquía.»

Esto, aun dicho así, encierra una profunda verdad, interesante para el arte.

III

Indudablemente, la música es el arte del porvenir; es la expresión más general y moderna del sentimiento humano. Mientras la pintura, la escultura y la poesía producen, luchando siempre con el recuerdo inmortal de obras maestras y sin vencer jamás en sus empeños, oscurecidas por el brillo de viejas glorias, la música se desarrolla con amplitud, precisa más cada vez y adelanta con jigantesco paso en un camino cuyos límites nadie conoce todavía, cuyo fin señalan muchos en un perfeccionamiento admirable, y no pocos en abyección sensual horrenda....

Tienen las artes del color de la forma y del lenguaje, sus dioses adorados, que subieron á donde ya nadie alcanza; Fidias, Cervantes, Rafael, no perderían su corona aunque toda la tierra se hiciese mármol y colores y todo el mar tinta, y con estos elementos mil generaciones como la que hoy subsiste, pintaran, esculpieran y escribieran sin reposo. La inmensa labor del tiempo ha cerrado el círculo de aspiraciones para estas obras de producción intelectual, y dando vueltas y vueltas podrá llegarse á mucho ó á poco, pero á MÁS, nunca.

En cambio, la música marcha en línea recta; su realización está muy lejos todavía; pues pasarán años y siglos talvez, para que su desarrollo progresivo se complete alcanzando al fin la meta, que ahora ni soñado se concibe. Pero este límite de perfeccionamiento ¿conduce á la raza humana por el camino de la verdad, abarcando en una forma del arte su religión y su vida? ó por el contrario, adormeciendo la inteligencia con vibraciones materiales de refinada sensualidad ¿ofrece una dicha viciosa, conduciendo al cinismo y á la muerte?

La psicología moderna reparte, casi por igual, estas dos opiniones; yo me limito á enunciarlas, para que se afilie cada uno á la más propia, en relación con su temperamento y su filosofía.

Y por mi parte declaro, que de mis observaciones repetidas deduzco siempre lo mismo; que la música es un arte sensual por excelencia; pero bien pudiera esta deducción provenir de un estado patológico de mi organismo.

Citaré una opinión respetable, para que los que piensan de otro modo no juzguen aventurada y pobre la mía. Emilio Zola escribe: « Con la música se goza de dulce somnolencia « y no se siente ninguna necesidad de pensar: « esto es delicioso. No se sabe hasta donde « puede conducir el error al pensamiento. « Tener ideas, compararlas, deducir juicios, « ¿háse visto labor más enojosa, mecanismo « más complicado? ¡Y cómo fatiga su funcio- « namiento!.... Por el contrario, ¡es tan cómo- « do tener el cráneo hueco, *dejarse llevar por* « *una digresión amable, gozando un baño de me lo-*

« *día!* Héte ahí la dicha perfecta. Siéntese des-
« cargado el cerebro, *y la carne goza porque la*
« *sensualidad nos recrea.*»

Pareciéndome atinadas, no acepto en absoluto estas durísimas afirmaciones; justa es á mi ver la idea que la inspira, pero insostenibles las frases de que se ampara. La música excita el pensamiento, y en esto funda uno de sus mayores encantos, la dulce somnolencia que produce, trae á nuestro espíritu memorias de una índole determinada por la combinación de sonidos. Tal forma sirve para mover nuestro ardor bélico, tal para descubrir más honda ternura, tal para despertar ideas y sentimientos de amor. El artista produce en el oyente un estado de fascinación, y una vez conseguido esto, le sugiere símbolos de ideas que desarrolla quien los percibe, á expensas de su propia fantasía y del recuerdo sensacional de sus propias emociones.

Como la química es la ciencia de los grandes adelantos y sorpresas, la música es el arte de que más podemos prometernos. Indudablemente, la música es el arte del porvenir. Si no hubiera razones psicológicas para probarlo, bastarían algunas ligeras reflexiones, atendiendo á que su desarrollo se inicia en momentos muy favorables, y su grandeza comienza cuando las demás artes llegaron al fin de su evolución. Algo indica también el gusto del público, el cual busca en el arte del sonido sus emociones y divertimientos; haciéndose notar, que los espíritus más refinados aceptan esta corriente, y se dejan envolver por ella.

Pero como, para cada vicio hay una virtud, cada virtud pone de relieve un vicio, y cada idea grande una idea errónea, muchas veces absurda y con frecuencia imbécil. Completamente al contrario de los habitantes de aquella isla, descuidados hasta el punto de que, guisando en mil formas los huevos olvidaron al que les trajo las gallinas, aquí damos demasiada importancia á los que nos traen la música. Estos *artistas*— y no todos merecen este nombre que indica un poder creador intelectual de que muchos carecen—hánse convertido en dioses del cielo falsificado y recompuesto donde se gozan tantas alegrías y tantísimos encantos.

El público se apasiona por la música y delira en su pasión; y sus delirios, alejados por completo del verdadero arte, crean reputaciones y glorias, que afortunadamente no duran. Aplausos y aclamaciones en todo semejantes á las promesas y ofrecimientos que pronuncian los amantes cuando se realiza el amor. En aquel momento, lo más grande parece pequeño para corresponder á tanta dicha; después de concluído el acceso nervioso, lo más barato parece caro.

A donde va el deseo del público, va también atropellándole con frecuencia, el afán de los que divirtiéndole viven y su capricho explotan. Así los deseos crecen y se fomentan los afanes, y, movidas por esta doble corriente, aumentan sin cesar las aficiones, una vez manifestadas,

Brazo importante, secular, de la música es la ópera italiana, la cual despertó los entusiasmos hacia el arte lírico y aun atrae y conmueve, formando atmósfera para que holgadamente se desenvuelva las más elevadas y modernas creaciones.

El público se aficiona bastante á los conciertos, pero no pierde su gusto por el espectáculo, donde, con la música, se le ofrece atracciones de diversas índoles tales como el decorado y la coreografía. El fárrago inmenso de coristas y danzantes, los cómicos engalanados con lucida pompa, las divas adoradas, realzando con el colorete y la luz eléctrica una hermosura mentida, los divos, conquistadores de aquellas nobles damas que sienten con la música vivas aficiones por el tenor, todo en junto y cada cosa de por sí, para quien más la desea, forman estímulo constante, siendo acicate que hacia la ópera conduce muchos entusiasmos revolviendo artísticos y livianos deseos.

Además, *la moda* es complaciente con la ópera y tirana con todo aquel que no siente dentro de su alma esa inclinación, obligando así á disimular, á fingir y á escuchar, formando prosélitos á regañadientes, que acaban por serlo convencidos. Y como á pesar de la unidad aparente figurada por un argumento

no siempre aceptable, su composición es fragmentaria, no exigiendo constantes atenciones como el drama, por ejemplo, donde hay que oírlo todo si se quiere comprender algo; estas razones y otras, aunque son ya suficientes las indicadas, hacen que la ópera tenga público numeroso, elegante y condescendiente.

A RUBÉN DARÍO

Yo he soñado con cantos triunfales,
Con ritmos vibrantes y estrofas de fuego;
Yo he buscado la forma perfecta
En que vacia sus versos el génio.

He soñado la fórmula viva
Del verso esculpido, soberbio y jigante
Y en delirios y en sueños de gloria
Encontré los secretos del arte.

He pedido del arpa á las cuerdas
El timbre argentino, las notas de plata,
Las notas que trinan, que besan, que rien,
Las notas que gimen y lloran y cantan.

He pedido al cincel la firmeza
Con que muerde la carne del mármol,
Intentando esculpir la armonía,
Dar forma á las notas y vida en un salmo.

He deseado con hondos afanes
Dominar, dirigir la palabra
Y agitar, cual libélula errante,
Sin esfuerzo, del ritmo las olas.

Y he llorado mi triste impotencia,
Maldiciendo á mi musa tan pálida,
Con el pálido rostro de virgen
Que ya tiene en los cielos el alma.

He deseado las rimas candentes,
Colores de rimas y rimas de encajes
Y los versos de luz que deslumbran,
Con chispas de fuego, reflejos de alfanje.

He buscado los metros serenos,
Estendidos cual mares sin playas,
Donde bogue la góndola de oro,
La nítida idea, gentil y gallarda.

He querido juntar en la estrofa
De tersura y pulido de esmalte,
Con la gracia del ánfora griega
Los suspiros de luz del diamante.

He querido, por fin, con el íris
Que sacuden sus rápidas alas,
He querido pintar el Ensueño,
Ese grácil insecto fosfóreo,
Esa azul mariposa del alma.

Y he soñado con cantos de fuego,
De ritmos vibrantes y estrofas triunfales
Y con versos de luz que deslumbran
En el salmo de vida, soberbio y jigante,
Donde el génio ha dejado reflejos de alfanje.

D. E. FELIÚ H.

Santiago, Agosto de 1896.

LA LOCURA DE MI AMIGO JUAN

Sin embargo, conservaba una especie de grandeza, en medio de su debilidad. Había vivido mucho, decía, puesto que se veía envejecer, y se lanzaba al porvenir con juvenil ardor. Ya comenzaba yo á temer que un pesar secreto pudiera perturbar su hermosa inteligencia, cuando, un domingo por la mañana, lo encontré en el muelle del Havre, dando el brazo á una mujer á quien yo no conocía. Ella era pequeña, joven, hermosa y vestida con todo gusto. El la hablaba con viveza é inclinaba el cuerpo para mirarla. Ella lo escuchaba con visible interés. Yo tenía ya mi sombrero en la mano cuando me divisaron. Juan lanzó una exclamación de sorpresa y pareció muy inquieto. Le tendí la mano. Obligado á tomarla, lo hizo con mucha frialdad mientras la joven lo miraba fijamente como para interrogarlo. Y tenía una mirada penetrante, casi imposible de resistir. Decidióse al fin y me presentó á su compañera, llamándola:

—«La señorita Cecilia Sautrel, mi prima.»

Esto me llamó la atención porque él no me había hablado jamás de esta prima, pero sin darme tiempo á que le dirigiera la palabra, me dijo Juan:

—Tú me disculparás si me veo en la obligación de despedirme inmediatamente, pero estoy muy apurado.

Y tomando de nuevo del brazo á la joven, se alejó bruscamente y con paso precipitado entró á la sala de espera del tren de Versalles Miré el reloj. Faltaban veinte minutos para la partida del tren.

—Por lo visto, desconfía de mí!

Esta idea parcióme la explicación de su conducta. Olvidé los proyectos que tenía para esa tarde y la pasé interrogándome minuciosamente, tratando de inquirir qué falta, qué error de mi parte había podido arrebatarme el cariño de mi amigo.

Como á las once de la noche, golpearon á la puerta; salí á abrir y retrocedí estupefacto: era Juan.

—¿No me esperabas? me preguntó al entrar y sonriendo, se sentó sin etiqueta.

Yo permanecí de pie.

—¿No me estimas? continuó.

Yo no respondí. Durante las horas de inquietud y de duda, mi corazón se había endurecido.

—Talvez, me dijo, te habré parecido un poco terco, pero esto que late aquí en el pecho es tuyo.

Y allí colocó su mano y me la ofreció después. Toméla yo y él prosiguió:

—Escucha, vas á saberlo todo: ¿no eres mi mejor amigo, más bien dicho, el único?

—Guarda tus secretos, le respondí; no quiero saber nada. Me has hecho sufrir hoy pero no te hago cargo por ello; eso, ya pasó.

Juan sonrió.

—Si no quieres saber nada, yo quiero contártelo todo y no me callaré. Es menester abrir mi corazón á un amigo. Además, *ella* no está presente ni sabrá nada.

—Qué ella? exclamé.

—Cecilia, mi prima, contestó seriamente.

—¿Es de veras tu prima? pregunté medio riendo.

—Cuando dos personas se aman, por lo menos son primos.

—Si Uds. se aman, es diferente.

—Yo la amo verdaderamente; en cuanto á ella...

—Ah! ya comprendo; ella es muy joven.

—Una mujer jamás es muy joven.

A media voz agregué yo: «Pero un hombre puede ser muy viejo». Mi amigo á quien por el momento no le preocupaba su edad absolutamente, continuó:

—Ella tiene corazón y me amará.

—Eso no es seguro: el corazón se equivoca á menudo.

—Cuando la conozcas, verás que eso es imposible. Mientras tanto quieres que te relate su historia, ó más bien dicho *mi* historia?

—Por cierto. Tengo mucha curiosidad de conocerla.

—¿Recuerdas aquella tarde en que te hablé de un amigo á quien debía ver?

—Recuerdo ésa y muchas otras en que has estado enteramente cambiado para conmigo.

—Así lo has creído, pero no he cambiado ni por un minuto. Tenía que hacer unas compras para Cecilia, y yo no quería, no podía decírtelo.

—¿Por qué? Cuando hoy puedes y quieres decírmelo.

—Si quieres conocer mi historia, es menester que me escuches, dijo.

—Justa es la exijencia. Callo, pues.

—Cuando encontré á Cecilia por primera vez, hacia pésimo tiempo; había lluvia, viento, granizo, además de un frío penetrante. Raro era encontrar mujeres en la calle. Era uno de esos días en que sólo los condenados al trabajo se aventuran á salir. Por momentos, el agua se precipitaba de las nubes en verdaderos torbellinos: los techos parecían ríos por el agua que llevaban. Mi maldito paraguas, violentamente sacudido por una ráfaga, se había dado vuelta y me jugaba una mala partida. Una ducha de agua helada inundaba mi espalda. Yo echaba maldiciones al tiempo, á mi paraguas y á mi mala estrella, porque el viento continuaba con furia y me impedía reparar averías. De súbito, me llamó la atención una joven que caminaba delante de mí, con paso lento, sin parecer preocuparse de la tempestad ni de su ropa que chorreaba agua por todas partes. Llevaba la cabeza descubierta, como si brillara el sol.

Iba yo á ofrecerle la mitad de mi paraguas que había al fin conseguido volver á su estado ordinario, cuando entró ella á una casa de muy pobre apariencia y se internó en un sombrío pasillo.

Ninguna razón había para que me preocupara de su desaparición que nada de extraordinario tenía, sobretodo en el estado á que la lluvia la había reducido; no obstante, me detuve un segundo y esto me bastó para ver el número de la casa.

Tú sabes cuán distraído soy y cuán poca atención presto á los lugares por que paso. Pues bien, sólo después de haber anotado el número de la casa, vine á darme cuenta de la calle en que me hallaba y recordé haber recibido la víspera una carta en que se me designaba precisamente esta calle y la casa en que la joven acababa de entrar.

Esta carta, escrita con mano trémula, era casi ilegible, de modo que yo la había leído muy mal. Mi dirección había sido tan mal indicada que contenía numerosas rectificaciones y había llegado á mi poder con muchos días de retardo.

La firma me había traído á la memoria el lejano recuerdo de una prima en segundo grado á quien había perdido de vista cuando vivía yo en provincia. Creíame á la vez del todo olvidado por ella. Ignoraba que ella hubiera venido como yo á París y confieso que su carta me había interesado muy poco. Sin embargo, como se me pedía socorro, aproveché la circunstancia de hallarme ahí, entré y pregunté por mi prima.

—Ah! pobre mujer! me contestó el portero, ya no la verá Ud. Ha llegado muy tarde!

—Volveré otro día.

—Es inútil, señor, que se tome ese trabajo, completamente inútil; esta mañana salió para el cementerio.

—Con que ha muerto?

—Precisamente, señor, Ud. habría necesitado venir hace ocho días.

Y viéndome consternado, porque la muerte de una persona conocida entristece siempre, agregó.

—Si Ud. señor, lo desea, puede hablar con su hija, la señorita Cecilia que acaba de entrar.

—Como nó, le dije.

—Voy á introducirlo, contestó el portero. La pobre niña está tan desesperada que ha perdido la cabeza y pudiera ser muy bien que no le abriera. Desde ayer, mi mujer y yo nos hemos visto obligados á hacernos cargo de todo. Sin nosotros, el cadáver estaría todavía en la casa, y la señorita Cecilia habría muerto de hambre. Procure Ud. señor, reanimarla un poco, si puede; probablemente ella lo escuchará.

Y bajando la voz, continuó:

—Hoy mismo, no hace mucho, salió como una loca sin sombrero, sin paraguas, con este tiempo... Por supuesto volvió empapada.

—Ah! era ella! exclamé.

—¿La vió Ud., entonces? Tanto mejor. Sin embargo, ella debería pensar en su posición; su madre no le ha dejado nada, absolutamente nada que pueda tener algún valor. Por lo demás, era una honrada señora, de muy buena familia; no ha dejado ninguna deuda.

Nosotros la estimábamos mucho y lo mismo que nosotros todos los vecinos, agregó.

Habría continuado hablando el portero, á no haber sido porque ya habíamos llegado á la puerta de la pieza de Cecilia. Oh! siempre lo recordaré! Pálida, completamente mojada, tiritando, apoyada sobre el lecho vacío y todavía deshecho, con los cabellos en desorden, enrojecidos y llenos de lágrimas los ojos, la boca apretada, el semblante triste, era la verdadera imágen del dolor! Nos vió entrar sin hacer el menor movimiento.

En tales instantes, los consuelos suelen no caer bien. Yo me sentí como cortado, en presencia de ese dolor. La timidez más grande se apoderó de mí y juzgué conveniente limitarme á recomendarla á los cuidados de la mujer del portero, asegurando á su marido que yo me encargaba de proveerlo de lo necesario. Esta promesa me conquistó inmediatamente su estimación. Releí luego la carta de mi prima y después de algún trabajo logré entender que, próxima á morir, confiaba que yo velaría por su hija, que quedaba sin familia y sin recurso.

Tuve la fortuna de obtener para Cecilia una plaza de cajera en una casa de comercio, cuyos jefes están muy contentos con ella, y cuando ella ha podido escucharme y comprenderme, le he dicho:

—Señorita, su mamá me puso en situación de procurar merecer la confianza de Ud. Permítame decirle que soy su primo y tan pobre como Ud. Considéreme como un hermano. Entre los dos encontraremos el medio de evitarle á Ud. todo disgusto.

En esta parte interrumpí á mi amigo Juan.

—Hombre ingénuo é incorregible, le dije, ¿y ella te ha creído?

—Por cierto, dijo él, con cierta malicia, ella era ingénua también.

—Y tú desempeñas respecto de ella el papel de protector, esperando el título de marido?

—Calla! Hasta ahora no me he atrevido á pronunciar una sola palabra sobre este asunto.

—Tanto peor! Otro podría pronunciarla en tu lugar con todo éxito sin que tú supieras nada.

—Cecilia no ve á nadie sino á mí. Pero ya hace tiempo que cumplí 20 años, ya estoy viejo (me hago justicia) y es menester dejarla á ella tiempo para que me cobre afición.

—Es que si no andas ligero, después será tarde.

—Tienes razón; por eso estoy casi decidido.

—Ah!

—Si quisieras ayudarme...

—Yo! ¿y cómo?

—Interrogándola de un modo indirecto sobre este particular.

—Nó, nó! Este es asunto tuyo. Tú la conoces, eres su amigo, tienes derecho á charlar íntimamente con ella, de manera que te es muy sencillo arreglar el asunto. En cuanto á mí, un extraño para ella, no sería afortunado.

—Ah! Cuando se ama, es difícil declararse!

—De ninguna manera. Por el contrario, la dificultad es para el que hace la declaración por otro. Luego la alegría de hacer una declaración con éxito es muy grande para que tú quieras ahorrarte ese placer. Por último, tú sabes hablar, eres elocuente.

—Tienes razón. Hablaré.

Al día siguiente, mi amigo vino á buscarme cerca de las nueve. Se dirigía á casa de Cecilia y deseaba fortalecerse en el camino con mi palabra y mis consejos. Esto me pareció supérfluo, porque no prestó mucha atención á mis palabras y no hizo sino repetirme una y otra vez su próxima declaración de amor.

Cerca del boulevard, á pocos pasos de la calle Helder, se despidió, diciéndome:

—Espérame durante una media hora; cuando vuelva talvez ya sea completamente feliz.

Entré á un café y esperé allí una media hora larga. Transcurrido ese espacio de tiempo, desconfiando de volver á ver tan pronto á mi amigo, me levanté y salí, diciéndome:

—Lo retienen; esa es una buena señal.

Caminaba yo á paso rápido, cuando advertí que alguien venía tras de mí á todo correr. No me imaginé que hubiera quién pudiera seguirme y en consecuencia no volví la vista hasta que Juan me tocó en la espalda. Todo su rostro era rojo, de un tono uniforme, color de tierra cocida. Creí que todo estaba perdido y no me atreví á articular palabra alguna.

—Vamos á beber una copa, me dijo él.

Entramos al café más próximo, escogió Juan un rincón que quedaba lejos de los asientos ocupados por las demás personas que allí había, se sentó, después de pedir al mozo que nos sirviera y con cierto desaliento, me dijo:

—No sé nada!

—¿Y por eso estás tan conmovido, tan...

—Precisamente, porque yo no sé nada y ella lo sabe todo.

—Acabáramos!

—Y temo... No le he dicho sino estas palabras: "Señorita, la amo á Ud. y en consecuencia, le pido su mano." Ella cambió de color, balbuceó y tan turbada estuvo que los ojos se le llenaron de lágrimas. Por fin, pudo decirme con voz temblorosa:

—Discúlpeme, pero esto me ha sorprendido mucho; ya nos volveremos á ver.

Y se retiró sin darme la mano como de costumbre. ¿Qué piensas de esto?

—Que has sido muy ligero.

—Tú me lo habías aconsejado.

—Sin duda: pero para el momento oportuno. Con una mujer, hay que escojer bien la hora. Tú me habías recitado una declaración tan larga, tan estudiada, que te creía dispuesto á proceder con interminable lentitud.

—Pero en toda ella, no había sino una palabra, una sola, de importancia y ésa se la dije á ella. Con toda valentía la pronuncié, y si ella tiene corazón.....

Después de un rato, prosiguió:

—Ella es buena, es bonita, está en la edad de las más bellas ilusiones, me amará....

Cuando nos separamos esa tarde, después de dos horas de hablar sobre el amor de Juan á Cecilia, él estaba convencido de que le iría bien.

Tres días trascurrieron sin que yo volviera á verlo; me había escrito, él que podía verme con toda facilidad, para prevenirme que estaba muy ocupado. Al fin vino á verme.

—Aquí me tienes, me dijo.

—Y tu matrimonio?

—He renunciado á casarme.

Creí haberle oído mal. Hícelo repetir sus palabras y él las acentuó más, aumentando mi asombro con esta breve explicación que me dió con toda calma:

—La señorita Sautrel se casa dentro de un mes con el sobrino de su patrón: joven que la adora y le ofrece un brillante porvenir. Así son las mujeres!

Traté de distraer su atención de este penoso asunto.

El favoreció mi intento y se puso á conversar sobre otros asuntos y en toda la tarde no dijo una sola palabra que tuviera relación con su frustrado matrimonio; pero de súbito, en el momento de separarnos, volvió á su tema, diciéndome:

—Supongo que asistiremos á la boda!

—¿Acaso irás tú? exclamé, seguro de escuchar un nó bien acentuado. Pero mi amigo Juan tenía la costumbre de asombrarme.

—No podría dejar de asistir, me respondió; soy el único pariente que mi prima tiene en París.

No dijo más, y nos separamos.

Fuí presentado por mi amigo Juan á la familia del novio de Cecilia. Me acogieron espléndidamente y luego pude advertir que la joven buscaba mi sociedad. A Juan lo trataba ella como si hubiera sido un tío muy regalón.

Una tarde, aprovechándose de que su novio conversaba animadamente con Juan, ella me dijo:

— Ud. conoce á mi primo mejor que yo, señor. En consecuencia, debe saber que él me ha pedido mi mano.

—Lo supe antes que Ud., contesté sencillamente.

—Yo estaba segura! él me amaba, él se lo había dicho á Ud. ¿talvez desde hace tiempo?

—Nó desde hace mucho; pero la amaba indudablemente.

—Entonces, él se sacrifica! Oh! si yo lo hubiera sabido; no hubiera jamás consentido en casarme con otro.

—Lo hubiera Ud. amado?

—Habría sido su mujer.

—Y habría Ud. hecho desdichadas á dos personas! no tenga remordimiento. Si mi amigo no le ha dado á conocer todo lo mucho que la amaba, ha sido porque ha deseado que Ud. sea feliz por completo.

—Pero esto es imposible ahora.

—Entonces Ud. quiere hacerme sufrir también á mí? He sido muy franco.

—Nó, pero de todos modos, le quedo muy agradecida. Consuele Ud. á mi primo. Dígale que no soy ingrata, y que si él hubiera querido, si aun quisiera . . . .

—Pero ¿piensa Ud. en eso? Ud. está ya casi casada con otra persona. Debe Ud. amar á su prometido. El obra noblemente á su vez, y la ama.

—Creo, me respondió ella, que hubiera sido desgraciada si hubiera perdido su amor: pero el pesamiento en el sacrificio de mi primo y en mi aparente ingratitud me desespera.

—El bienestar, la felicidad la consolarán.

—Inclinó ella su hermosa cabeza, al mismo tiempo que la meneaba con exquisita gracia. Próxima á ser mujer, la joven volvía á aparecer con sus ignorancias, sus timideces y vacilaciones: turbada por los serios pensamientos en el porvenir, que se le presentaba muy rico en amor, con las manos repletas de esperanzas, esta niña mimada por las risueñas ilusiones de la juventud, hubiera querido gustar de ellas, sin sombra de aflicción.

Así á lo menos juzguéla yo, yo que la hubiera deseado un poco del mal que ella hacía á mi amigo.

Pero la ceremonia del matrimonio me tenía inquieto. ¿Cómo la soportaría mi amigo? El no podía ya dejar de asistir.

Todos lo conocían y sabían que era pariente, que era el protector, un verdadero padre de la futura esposa, y nadie, salvo ella y yo, sabía nada de su sueño de amor. Mientras yo reflexionaba sobre su suerte, Juan parecía el más tranquilo de los hombres. Se había hecho cortar los cabellos tan al rape, que estaba muy desfigurado. Y como yo le llamara la atención sobre ello, me respondió:

—Lo he hecho de intento. Ya no necesito agradar á nadie.

¿Estaba ya completamente curado de su amor?

Yo hubiera querido creerlo así, pero el día del matrimonio de la señorita Sautrel me encontró muy preocupado. Siniestras ideas cruzaban por mi mente, ideas que no podía desechar.

Hacía un tiempo soberbio. El sol brillaba con todo su esplendor; pero dos nubecillas blancas, en un rincón del cielo, me parecía que presagiaban una tormenta.

Era yo el segundo testigo de la novia, y debía llegar de los primeros á su casa. Juan no había querido ser nada ese día, si no era, decía él con toda convicción, su mejor amigo. Era cosa conocida desde la víspera que llegaríamos juntos, Juan y yo; pero cuando pasé á buscarlo, encontré en su lugar un papel que me había dejado con el portero:

«Ve solo, allá nos juntaremos», había escrito él en un pedacito de papel que no había cuidado ni siquiera de doblar.

A pesar de eso, tenía ganas de esperarlo: pero el portero me aseguró que había salido hacía más de una hora y vestido como de ordinario. Temiendo llegar atrasado, partí. Por el camino, me fuí devorando los cesos, tratando de adivinar dónde podría estar Juan. Pero no se me ocurría.

Por fin, exclamé:

—¡Soy un necio! Probablemente, Juan estará antes que yo en casa de la novia.

Con esta esperanza, apresuré el paso. Cecilia nos esperaba, engalanada con sus blancos vestidos, con su emoción y sobre todo, con su belleza.

—¿Y mi primo? me preguntó ella al verme solo.

—Ya vendrá.

Con esta seguridad, ella sonrió á su prometido.

ACCIONISTAS

de "La Revista de Valparaíso"

Acevedo, César	2
Adrover, Carlos	1
Barrie, Carlos A.	1
Bascuñán, Teodoro	1
Bermúdez, Enrique	1
Bobillier, Víctor	1
Camus V., Alfredo	1
Camus V., Ezequiel	2
Cárdenas, Angel C.	2
Chaumés, Alfonso	2
Claro, Santiago	2
Cruz, Eudoro	1
Cuevas O., Alfredo	2
Cumming, Alberto	1
Delfín, Federico	1
Edwards V., Alberto	5
Edwards V., Carlos	2
Edwards, Joaquín	1
Echeverría, Roberto	1
Escobar C., Ricardo	2
Feliú H., Camilo	4
Feliú H., Guillermo	2
Feliú H., Oscar	1
Ferreira, Luis	1
Fraga, Estanislao	2
Fuenzalida, Enrique	1
Garnham, Luis	1
Garretón, Ramón	1
Hübner, Ernesto	1
Jara Torres, Carlos	1
León Silva, Alberto	1
Lyon O., Enrique	1
Manterola, Fernando	2
Marambio Montt, Ernesto	1
Martínez, Heraclio	5
Maturana, Alejandro	1
Melcherts, Gustavo	1
Newman, Carlos	1
Otaegui, Juan E.	1
Palacios, Manuel B.	7
Pascal V., Gastón	2
Poirier, Eduardo	1
Pomar, Ramón	1
Portaluppi, Alejandro	1
Prieto, Francisco	1
Puelma, Luis Felipe	2
Reitze J., Enrique	1
Ríos González, Tomás	1
Rivera, Guillermo	5
Robles, Enrique	1
Rodríguez V., Eugenio	1
Rojas Riesco, Diego	2
Ross, Gustavo	2
Rudolphy, Alejandro	1
Valenzuela, Jorge	1
Valverde, Juan Luis	1
Varas, Antonio	2
Vargas C., Eulogio	1
Vásquez, David	1
Vicencio, Carlos	1
Winter, Luis A.	1
Urenda, Manuel	2
	100

AVISO

LA REVISTA DE VALPARAÍSO establece canje con todas las revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Se publicará un juicio crítico de toda obra nueva que se envíe á esta redacción.

LA REVISTA se halla en venta en la librería de WESCOTT Y C.ª, y de EL MERCURIO, en la calle Esmeralda; en LA ILUSTRACIÓN, de D. Matías Vilet, calle Condell y en la de EL PORVENIR de D. Eucarpio Sánchez, en la calle de la Victoria.

AGENCIAS:

En SANTIAGO.—La librería de D. Mariano Servat, calle Ahumada, esquina de Huérfanos; y la de J. W. Hardy, Portal Fernández Concha núm. 5.

En QUILLOTA.—Cigarrería de D. Lorenzo Osorio.

En la SERENA.—En la librería Americana de D. M. Sains Peña.

Revista de Valparaiso

Año I — Valparaiso, Febrero de 1899 — Núm. 5

Revista de Valparaiso.

PERIODICO MENSUAL DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

Se publica los dias 1.° de cada mes

Precios de suscripción

Por semestre.....	$ 2 50
Por un año.....	« 5 00
Número suelto.....	« 0 50

SE RECIBEN AVISOS

PARA SU

PUBLICACIÓN EN "LA REVISTA"

TARIFA

AVISOS DE 1 PAGINA

$ 60	por	un año
32	»	6 meses
18	»	3 meses

AVISOS DE ½ PAGINA

$ 32	por	un año
18	»	6 meses
10	»	3 meses

AVISOS DE ¼ DE PAGINA

$ 20	por	un año
10	»	6 meses
6	»	3 meses

AVISOS DE ⅛ DE PAGINA

$ 12	por	un año
7	»	6 meses
4	»	3 meses

Toda comunicación concerniente á *La Revista* deberá dirigirse al Administrador Sr. D. Alberto Edwards, casilla N.º 2162 del correo N.° 2.

CUESTIÓN POLÍTICA, ECONÓMICA Y SOCIAL

La historia de ciertos períodos de la humanidad nos hace pensar que á veces soplan vientos huracanados que arrebatan de las cabezas de los hombres los sentimientos de dignidad y las nociones de justicia; y es de creer que en nuestro Parlamento corre también un vientecillo que se está llevando el buen sentido nacional, ese juicio práctico y equilibrado, que los extranjeros de todos los paises nos atribuían hasta no ha mucho y que era nuestra fuerza y nuestro orgullo.

En los pasados dias, la preocupación pública ha estado á merced de los rumores, de las alarmas y de las inquietudes que surgieron con la proposición de un proyecto de ley destinado á aumentar la emisión de papel moneda que autorizó la ley de 31 de Julio del año próximo pasado.

Aunque atendiendo á su naturaleza de empréstito, la idea de una emisión de ese género de obligaciones fiscales no merezca ser desechada de plano y sin discusión y sin considerar las circunstancias en que se propone y que la justifiquen, en el caso actual todo ese conjunto de antecedentes aparece con la claridad y determinación suficientes para decidir la opinión pública, como la ha decidido, en el sentido de ser inaceptable, dentro del orden de los principios y de las conveniencias nacionales, el aludido proyecto presentado en el Senado de la República.

Desentiéndense sus autores, en esta palpitante cuestión, del verdadero carácter del papel moneda, del objeto y de las razones que legitiman su nacimiento y, consiguientemente, de los límites en que su emisión debe encuadrar y de las necesidades que lo pueden hacer tolerable. Tal vez el inquieto afan de

encontrar remedio que acierte á dar pronto remate á una larga y penosa crisis de que es víctima el organismo de la riqueza nacional, contribuye á que se desdeñe la verdad científica, no tomándose en cuenta ni las condiciones del país ni las enseñanzas de la experiencia.

Una emisión de papel moneda es un empréstito forzoso que levanta el Gobierno de una nación, cuando por no tener en sus arcas los fondos necesarios para sufragar los gastos que necesidades públicas extraordinarias le imponen, se ve en el caso de pagar á sus acreedores con títulos de obligaciones suscritos por el Estado, de recepción obligatoria y favorecidos por la ley con el privilegio de no ser exigible la deuda de que dan testimonio.

Las emisiones de papel moneda no tienen por objeto proveer al país de circulante, sino salvar las dificultades del tesoro nacional, que no puede atender á exigencias imprevistas de cualquier género. En el régimen monetario natural, los mercados se abastecen por sí mismos de la cantidad de moneda que necesitan; ese abastecimiento se verifica por la acción de las leyes naturales y la intervención del Gobierno se reduce á la fabricación de aquélla, con el fin de garantir su buena ley y peso, en conformidad con las disposiciones legales.

En virtud de la expulsión de la buena moneda por la mala, desde el momento de lanzarse á la circulación el billete fiscal, se desmonetiza la moneda metálica, que, salvo excepciones, ó sale del país ó se emplea en usos industriales. Por esta razón, el Estado debe cuidar de que la suma de billetes emitida sea capaz de satisfacer la demanda comercial de moneda, en forma de llenar sus exigencias: cumplido este requisito, la obra del Estado queda, á ese respecto, terminada.

Por otra parte, sólo necesidades extraordinarias del servicio público autorizan la emisión del billete de curso forzoso; los déficits del presupuesto deben salvarse mediante la reducción de los gastos por las economías fiscales, ó bien, por medio de un aumento proporcionado de las contribuciones.

En el presente caso ocurre algo que si no afectara los intereses de todos los habitantes de la República, podría calificarse sencillamente de curioso. Hay legisladores empeñados en la *empresa* que se ha denominado *del circulante amplio y barato*, empresa, compañía ó sociedad que, al decir de sus administradores y portavoces, propende á la redención industrial del país, al incremento de la riqueza pública y de la felicidad personal de cada uno de los chilenos. Y todos los chilenos, descontados esos señores legisladores y un reducido círculo de opinión ligado á ellos por vínculos y afinidades de diversos órdenes, precisamente en nombre y resguardo de su particular bienestar, de la riqueza pública y del progreso industrial, rechazan con clamor unánime y vigoroso el proyecto de esos representantes de la nación, á la vez que repudian, por malsanas y extraviadas, las ideas que lo engendraron y le dieron vida.

Y mientras el pueblo ha dado, con numerosas manifestaciones, testimonio de su criterio, mientras el comercio se alarma y se perturba profundamente el giro de sus operaciones, mientras la prensa, del uno al otro extremo de la nación, debate y condena el proyecto, estimando su aprobación como una calamidad pública, cuando toda la República pone su vista en el Gobierno, esperando de sus palabras y de su acción la vida ó la muerte de la idea llevada al Senado ¿le sería dado al Gobierno, como se ha pretendido, guardar silencio ó permanecer inerte? De ninguna manera; en tal contradición de tendencias y de doctrinas, el poder llamado por la Constitución á imprimir rumbo al país y que se halla en el caso ineludible de hacer sentir, en cualquier negocio que toque al interés nacional, el impulso del pensamiento y de la voluntad gubernativas, no puede ser el único espectador de esa justa en que todo el pueblo toma parte y en que todo individuo abraza la causa de sus intereses, de sus afecciones ó de sus ideas. Desde el momento en que la peregrina teoría que ansía en materia económica tan importante como la de que se trata, Gobiernos—Esfinges, sin voz y paralíticos, llegara á extender su criterio á los demás problemas sociales y lograra hacerlo prevalecer, la necesidad

hasta hoy reconocida por las sociedades organizadas de poner al frente de ellas individuos encargados, entre otras incumbencias, de la muy principal del estudio de los asuntos nacionales, cooperando á la labor de los cuerpos legislativos de una manera tan inmediata, directa y eficaz como la que nuestra Constitución atribuye al Presidente de la República y su Ministerio, ó en la forma que reconocen otras extranjeras, desde ese momento, tal necesidad habría desaparecido y el mecanismo constitucional debería reformarse en el sentido que la teoría triunfante impusiera. Pero ya que no es esa la situación de hoy día, el Ejecutivo ha debido desempeñar su papel constitucional, obrando consecuentemente con sus opiniones económicas, usando de las facultades que el Código fundamental le otorga, y oponiendo sus fuerzas parlamentarias, como en cualquiera cuestión política, para cerrar el paso á un proyecto que juzga inoportuno y en alto grado inconveniente.

Hablando en principios y sin acometer la crítica de la actitud del Gobierno en el sentido que se pronunció, ella no es merecedora de tacha ni reproches; se le ha colocado en donde está para que sea director, no dirigido. En el hecho, el Ministerio encabeza la resistencia en contra del proyecto de aumento de la emisión de papel moneda y su decisión será de muy considerable influencia en los legisladores que tengan conocimiento de cuáles son los datos que es menester tener presentes en la resolución del problema, pues con el mérito de ella se elimina una de las razones que pudiera aducirse en pró del aumento, como sería la de existir apremiantes necesidades fiscales insalvables en otra forma. En este aspecto, es inexcusable el proyecto, puesto que los natos representantes de la hacienda pública rehusan el ofrecimiento y declaran, por consiguiente, que no existe esa causa de compromiso para las arcas fiscales.

¿Se pretende, acaso, facilitar las transacciones y acudir en auxilio del comercio por faltar á éste el circulante que requiere la realización de las transacciones que él desenvuelve? Pues bien, quien mejor derecho tiene á ser oído á ese respecto, el comercio mismo, por conducto de sus más autorizados representantes, también repudia la medida propuesta, por contraria á sus intereses, que son los de todos los habitantes de la nación, y niega de la más terminante manera la existencia de la pretendida escasez monetaria y que por este motivo sus transacciones sufran perturbación.

A ser esas las causas determinantes de la presentación del proyecto, no tiene justificación alguna y demostraría en sus autores mucha lijereza y ninguna observación de las condiciones de la República; los legisladores están obligados á ser prudentes y estudiosos en todo caso y jamás lo serán demasiado al tratarse de un asunto que interesa á todo el país y enlazado íntimamente con la fortuna privada y con el crédito público. Semejantes escarceos sientan mal en estadistas, abaten el prestigio del parlamento y perjudican el de la nación.

Si sus móviles han sido traer remedio á la mala situación económica, el tratamiento ideado es el más desacertado que se pudo imaginar y parece inventado para prolongar las angustias del enfermo.

No habrá hombre que con nociones un poco más que rudimentarias del mecanismo económico de una nación civilizada, con gran riqueza agrícola y minera, amplio comercio y algo de industria manufacturera, crea, con candor de niño, que sesenta millones de pesos (desatiéndase por el momento la clase de los pesos) basten para hacer desaparecer una crisis que tiene causas bastante más graves que la falta de sesenta millones de pesos. Recomendar semejante medida como salvadora de la situación, es tan pueril como empeñarse en desviar el curso de un río, extrayéndole el agua en cántaros que se vaciaran en un cauce artificial.

Y si, por una parte, ese curioso tratamiento económico habría de ser completamente ineficaz, puede, por otra, contarse con la absoluta certidumbre de que ocasionará al cuerpo social males incalculables, por cualquier sentido que sus efectos se consideren.

El alto precio que hoy día alcanzan las letras con que se pagan las mercaderías llama-

das de internación, impone á todos los habitantes, y á los más humildes de una manera harto dolorosa, gravámenes que particularmente abruman con su peso á aquella parte de la sociedad que vive de rentas, si no son cuantiosas, de sueldos ó de salarios. Si las primeras son susceptibles de aumento, éste se produce lentamente, á medida que el juego de las leyes naturales restablece el equilibrio perdido; y del propio modo, nunca los últimos llegan en breve espacio de tiempo, a satisfacer con la libertad antigua, necesidades que probablemente no se puede desatender. La verdadera disminución que experimentan en sus medios de subsistencia, trae dos deplorables resultados que contribuyen eficazmente á mantener la mala situación, porque á la vez que se reduce la holgura personal, poniendo en aflictivas condiciones á individuos y familias, se dificulta ó imposibilita la práctica de una virtud que en gran manera determina la riqueza de las naciones: el trabajo de ahorro.

Y si un estado semejante lo tenemos ya producido con una emisión de $ 50.000,000 ¿á qué extremo llegaría si dicha emisión se exagerase hasta duplicar su monto? No se necesita de mucha perspicacia para presagiar, con fundamentos de que la realidad compruebe el pronóstico, que tan funestos efectos se acentuarían en términos desastrosos. El cambio ha bajado, ó en otra forma, el precio de las letras que se compran con moneda corriente ha subido, porque esta moneda, de valor representativo y no real, papel sujeto á las alzas y bajas del crédito, está despreciada. En efecto, hay actualmente dos tipos de cambio, según que las letras se paguen con oro ó con papel moneda; el primero, el que refleja el estado del comercio de importación y exportación, se mantiene próximo á la par, de donde se deduce que la enorme diferencia que en su contra tiene el segundo, no proviene de exceso de importaciones, sino de adquirirse moneda de oro entregable en el extranjero, con moneda á que el comercio atribuye un valor efectivo muy diverso del que da fe. Las circunstancias que influyen en esta cotización no son difíciles de determinar si se atiende á la naturaleza del billete fiscal, que es un pagaré que no gana intereses y cuyo pago ó conversión depende exclusivamente de la voluntad del deudor y de su solvencia. Nunca valdrá más de lo que reza el título, y podrá cotizarse por su valor nominal cuando sea convertible en un plazo inmediato. Fuera de este caso su depreciación es segura y dependerá de dos órdenes de causas: del monto de la emisión, considerada desde el punto de vista de su condición de circulante monetario sujeto á la ley de la oferta y la demanda comercial, y de los hechos que obran sobre la fe relativa á la solvencia del Estado y á su voluntad de pagar el billete. Una emisión que sobrepase las necesidades del comercio se depreciará sin duda alguna, y si es insuficiente para satisfacerlas, esta circunstancia obrará en el sentido de entonar su valor. Puede afirmarse que la emisión autorizada por la ley de 31 de Julio no se encuentra en el segundo de los casos enunciados; para creerlo así obran, por una parte, la palabra del comercio y de sus representantes, que serían los más afectados por una escasez monetaria y para quienes no podría pasar desconocida, y por otra, la gran baja del cambio, provenida de una equivalente depreciación del billete, porque de faltar el circulante no habría caído su valor al ínfimo tipo á que ha caído.

De los antecedentes expuestos, se deduce con tal claridad que está demás expresarlo, el efecto inmensamente perturbador y doloroso que arrastraría consigo un aumento tan locamente concebido como el que se ha propuesto ante el Senado, aumento que carece de toda base real y científica, ya que no viene á satisfacer necesidades á que, en las facultades del Estado, pueda éste proveer útilmente en el momento presente.

Por manera que, puesto caso de ser la pretensión de los proyectistas curar la crisis económica, los indicados resultados, lógicos y deplorables, por sí solos impondrían la desaprobación del proyecto, si no fuera además, como de paso se expresó, completamente ineficaz para lograr su fin, porque con sesenta millones de pesos no se mejora una situación

que tiene su orígen en las raíces mismas de la riqueza nacional, situación que ha resistido al curso de varios años y que se ha agravado con la caída del régimen metálico. Con esta caída, producida en plena crisis, se ha perdido la base de los negocios junto con sobrevenir las incalculables fluctuaciones del cambio y ha tenido que restringirse aun más el crédito, aire y vida de aquellos negocios y que sólo existe allí donde hay capitales y confianza, elementos de los cuales, con el curso forzoso, el primero se ha menoscabado, por el retiro de muchos y por la depreciación de la moneda, y el segundo se ha perdido.

Esos capitales, fundamento del crédito y de la prosperidad industrial, sólo pueden venir del extranjero ó crearlos la producción nacional y el ahorro, y á ambas expectativas contraría el proyecto que se estudia, puesto que la condición que, antes que el lucro, exige el capital extranjero, es la seguridad, que falta cuando una baja de algunos peniques en el cambio internacional puede reducirlo en una tercera ó cuarta parte; y la producción nacional no prospera cuando los habitantes ven mermados sus medios de subsistencia y cuando el crédito se restringe ó paraliza, como ocurre con el sistema monetario del papel moneda en países sin buena política económica, y más aun cuando hay un Senado, de cuyos miembros la mitad casi es partidaria de una tan desastrosa ó descabellada y empírica como la de que son hijos varios proyectos de ley que la nación ha tenido el desagrado de ver presentados en el Congreso.

La condición á que ha quedado reducido el ahorro, se ha manifestado suscintamente más arriba; pero es ella tan evidente que huelga insistir sobre ese punto, así como también es evidente la desconfianza que hay de la estabilidad é intransigencia de la política económica, que tiene en todo caso muy decisiva influencia en la situación.

El gobierno ni pide ni acepta nuevas emisiones; la autorizada por la ley de 31 de Julio satisface las necesidades del comercio; la actual crisis económica no desaparecería con una nueva de $ 60.000.000, antes bien el país sentiría recrudecer y ahondarse sus tristes efectos, alejándose, á la vez, el día del renacimiento: todas esas razones habrán de inclinar el voto del Congreso, cuando la oportunidad llegue, en el sentido que el pueblo y el Gobierno se han ya pronunciado, negando su aprobación al proyecto de los quince senadores.

Pero hay aun otro aspecto de la cuestión que debe examinarse y que tampoco favorece al proyecto que nos ocupa. ¿Es aceptable esa intervención del Estado en el campo económico, que á menudo se corona con la aureola deslumbrante de la protección á las industrias y que hoy se pretende llevar á cabo en forma de una maléfica lluvia de billetes fiscales? Si ese género de intromisión es condenado en absoluto por la ciencia ¡qué decir de la que se verificara por el propuesto medio, á ojos vistas injusto y expoliatorio! injusto, porque sólo beneficiaría á una determinada categoría de ciudadanos, desconociendo así el principio constitucional que asegura la igualdad ante la ley y la inexistencia en Chile de castas privilegiadas; y expoliatorio porque gravará á la nación, es decir, á cada uno de sus habitantes, de una manera efectiva y directa, en favor de una minoría, puede decirse de un grupo. Seguramente no habrá individuo suficientemente osado y audaz para atreverse á aconsejar la contratación de un empréstito destinado á volver fácil y más llevadera la vida y más lucrativa la industria de un número, muy reducido ó muy grande, de conciudadanos; y de dónde arranca el privilegio del papel moneda para servir de autorizado antifaz que disfrace de legítimo lo que no es lícito y de benéfico lo inconveniente?

Se quiere, acaso, hacer del Estado canal matriz y distribuidora de los favores del tesoro público, ó tal vez se pretende transformar nuestro país en un Perú incásico ó en un Paraguay del pasado siglo y que todo se haga por la mano interventora ó bajo la inspección de la autoridad? Lo primero no sería moral y no es época de efectuar lo segundo: los gobiernos paternales son ya del dominio de la historia; en el presente siglo, la teoría ha deslindado los respectivos campos de acción del individuo y del Estado, y la ciencia, que

en todo terreno gana camino, no retrocede en el orden social.

Cambien de tarea nuestros legisladores; en vez de darse á elaborar proyectos que favorecen á pocos, perjudicando á una inmensa mayoría, preocúpense de dar seguridad á los capitales; traten de organizar por medio de una ley y en forma satisfactoria, las policías, que fuera de las ciudades son más que deficientes y que en el sur de la República tienen condenados á los moradores de los campos á perpétua intranquilidad, matando ó, por lo menos, debilitando el espíritu de trabajo; refórmese nuestras leyes civiles y comerciales en el sentido que reclaman el progreso y los vacíos y defectos que en ellas se ha notado; recuerden los legisladores que las leyes de procedimiento no corresponden á nuestro estado social y que deben ser eficaz garantía de todo derecho; en materias económicas, hagan desaparecer, en cuanto ello sea posible, los obstáculos naturales y legales que dificultan la producción, circulación y distribución de la riqueza y exijan de nuestros gobiernos una política económica discreta, bien acordada y leal y decididamente practicada.

En la instrucción pública tiene el Estado, dentro del precepto constitucional, extensísimo campo de trabajo. Nadie defiende el sistema vigente de educación nacional y es aspiración unánime, fundada en los resultados que hoy se obtienen y en el porvenir de la República, darle un nuevo giro, cambiando sus bases actuales por otras hábiles para que la escuela sea un noviciado de la vida, en forma que desarrolle y eduque las facultades del individuo, de manera de poder servirse de ellas, con provecho propio y de la patria en la lucha por la existencia y que ésta no le sorprenda desapercibido, sin lanza y sin escudo, como hoy acontece.

No es labor lo que falta á los estadistas para que se acojan á la tienda en que flamea una bandera de colores socialistas. La acción directa del Estado en las crisis económicas es más que eficaz, perturbadora y hay que esperarlo casi todo de la iniciativa individual que es poco apreciada entre nosotros; pero la humanidad tiene en todas partes la misma naturaleza y no hay razón para estimarla en Chile de menos quilates que en otras naciones. Son los esfuerzos de esa iniciativa los que se aprovechan de las riquezas de la naturaleza, las elabora, las cambia y distribuye por todo el mundo y es ella la que abrirá la puerta al renacimiento de la prosperidad de la República.

EDUARDO EZETA.

A LA MUERTE DE D. GUILLERMO MATTA.

Murió el cantor! En el hermoso templo
Del arte americano, ha enmudecido
Su voz potente y clara. Hondo silencio
Sucede á los acordes de su lira ...

De su gloria en el éxtasis divino,
Lo desertó su espíritu. Vibrantes,
Resonaban los vítores triunfales,
Saludando el laurel sobre su frente!
Y los ecos de músicas sonoras
Embriagaban el alma del poeta.

La cítara feliz, de cuerdas de oro,
Dejaba apenas, que tañía diestro,
¡La vieja, noble lira de otros tiempos!
Y ya la tempestad se desataba,
La tempestad de aplausos, poderosa,
Resonando en las bóvedas del templo.

Y así lo sorprendió. Llegó la Muerte,
Posó la mano fría sobre el pecho
Y heló se el corazón. La postrer nota,
Ya próxima á partir, tembló en su labio ...
Y serena, sonriente y luminosa,
Alzó el vuelo su alma de poeta.

Murió el bardo magnífico y potente,
Cantor de libertad, justicia, patria!
Cayó un grande soldado de la Idea,
Un noble campeón de los derechos!
Llorad, llorad, oh! virgenes de América,
Sobre el yerto cadáver del atleta!

En el grandioso templo
Del arte americano ha enmudecido
Su voz potente y clara. Hondo silencio
Sucede á los acordes de su lira...

Daniel E. Feliú H.

30 de Enero de 1899.

DOS CARTAS.

—

Querida Lucrecia:

Te vas á casar. Así me lo dices en tu carta. La he leído ya muchas veces, porque encuentro en ella algo que me deleita y quisiera aprenderla de memoria. ¡Qué bien me comunicas tus impresiones! Revelas ahí todo el ingenio, toda la imaginación que te son propios. Tu alma sensible, poética, melancólica, me la mandas en tu carta.

El es joven y buen mozo; tiene ojos negros soñadores; su continente es airoso y aristocrático; su tez morena pálida; su trato afable; sus maneras distinguidas; en fin, es tu ideal. Ese ideal con que soñabas desde hace tiempo. ¿Te acuerdas que cuando estábamos en el colegio juntas, me decías siempre, que presentías que ibas á amar un hombre así?

¡Al fin lo hallaste!

Y ante ese hombre que luego va á ser tuyo, depones toda una inmensidad de amor, que casi no te cabe en el pecho. Y él que ve en tí su única ambición en esta tierra, te ofrece también un cariño sincero y generoso.

¡Ojalá no te engañes! ¡Quiera Dios que esas promesas que te hace ahora, lleguen á ser una feliz realidad!

Permite, querida Lucrecia, que te dé consejo.

Hace ya cerca de un año que dejé de ser soltera y puedo, con conocimiento de causa, darte algunas recomendaciones saludables.

No te cases nunca.....

Ya veo la cara que pones al leer lo que te digo, pero te lo repito: no te cases nunca!

Yo, como tú, quise á un hombre con toda mi alma; era yo una esclava suya y sigo siéndolo; para mí no existía mi propia voluntad. Lo quise y lo quiero profundamente. El correspondía á mi cariño con toda la fuerza de una pasión impetuosa, á los veinte años.

Nos casamos.

Al salir de la capilla, después de recibir la bendición nupcial, subimos á un coupé forrado por dentro en seda azul. Cerró él con estrépito la portezuela, corrió las cortinillas, dió el cochero un latigazo á la pareja de caballos de raza y salieron éstos á carrera, alzando la arrogante cabeza adornada con cintas blancas y enarcando el brilloso cuello, como si fueran orgullosos de arrastrar ese coche que encerraba á una pareja de novios.

No te podré describir la emoción que experimenté, al sentir que él, ese hombre que ya era mi esposo, me rodeó con su brazo la cintura aprisionada en el estrecho corsé y la chaquetilla de raso blanco; y mirándome con sus ojos pardos encendidos de pasión, me dijo sonriendo y profundamente emocionado:

—Dame un beso.....

Y al sentir en mis labios aquel ósculo de fuego, que me hizo palpitar el corazón con fuerza inusitada; que me hizo temblar y sentir una emoción rarísima, creí que aquel corto instante de felicidad no iba á terminar nunca.....

¡Qué felices momentos!

Y luego después, el viaje de novios; y siempre el amor batiendo sobre nosotros sus transparentes alas; y viendo siempre un porvenir lleno de ventura y de risueñas esperanzas.

Pero vino un día ¡terrible día! en que descubrí en él una infidelidad.

Hasta entonces había sido él para mí sola, y yo sólo para él; me producía satisfacción tan grande y hasta orgullo ser dueña exclusiva de un hombre, que nunca pensé, en vista de las pruebas que él me daba, que fuera capaz de una felonía.

¡Lucrecia! Al recordar ahora ese incidente que vertió en mi alma un raudal de desengaño, se me crispan los nervios, siento cómo el corazón se despedaza, bullen en mi imaginación ideas tenebrosas y desfallezco. . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Sí, querida amiga. Vuelvo recién á la realidad y reanudo mi carta.

¡Me fué infiel! Trató de sincerarse y aun persigue con incesante afán su objetivo, jurándome que no ha pasado por su mente tal crimen..... que me adora como siempre, que ninguna mujer en el mundo logrará quitarme el lugar preferente que tengo en su corazón.

Y me lo dice con tal sinceridad, que casi llego á creerle.

¡No puede ser que él, él tan bueno, tan cariñoso, tan amante conmigo, haya sido infiel á sus promesas. ¡No puede ser!

¡Lo quiero tanto!

¿Quieres tú también así al que va á ser tu esposo?. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Volví á interrumpir mi carta porque en ese momento llegó él..... y después de un corto instante de ventura, he quedado convencida firmemente de que nadie puede quitármelo en la vida.

¡Es mío! Mío y de nadie más!

¡Cásate Lucrecia! Sé feliz con tu esposo.

Hay en el matrimonio ratos muy amargos, pero también los hay muy dulces, tan dulces que se olvidan todos los primeros y nos hacen ser muy venturosas, como yo deseo que tú lo seas.

BEATRIZ.

Beatriz:

¡Qué mala eres con tu pobre amiga! Tu carta me ha hecho un efecto desastroso; ha sido una gota de hiel bien amarga, que me pusiste en los labios en los momentos en que me deleitaba con las dulzuras de un amor sincero y bien correspondido; fué una sombra de duda que vino á empañar el claro sol de mis amorosas ilusiones.

¿Por qué elegiste estos momentos para darme ese pinchazo en el alma? ¿Por qué has querido enturbiar mis horas de dicha, con tus palabras tan francas y que creo tan sinceras?

Tengo grabado en la imaginación, de una manera indeleble tu consejo: ¡no te cases nunca! ¡Qué mal me suena!

Antes de que recibiera la tuya creía firmemente que mi felicidad sería entera; que nadie en el mundo iba á ser más feliz que yo.

Amaba á mi novio con adoración; con respeto, con amor sublime; soñaba con él; lo veía solícito y amante, rendido ante mí de amor, como yo lo estaba ante él.

Ahora tengo desconfianza; pienso en tus palabras, quiero olvidarlas y no puedo!

Cuando lo ví la primera vez después que recibí tu carta, sentí miedo; el corazón me dió golpes acelerados en el pecho; le dí la mano con temor y en mis ojos debía haber algo muy raro, porque luego que pudimos hablar solos, me preguntó qué tenía. Respondí evasivamente, sin acertar á explicar la causa de mi turbación y, te lo diré, de una vez, no pude reprimir una lágrima que saltó de mis ojos!

Entonces, él, sin poder tampoco explicarse lo que me sucedía, debió pasar por un momento bien terrible; respetuoso como siempre y trémulo de emoción, me dijo:

—¡Lucrecia! ¿Pór qué es ese llanto? ¿Soy yo la causa? ¿Tengo alguna culpa? Acúseme si es así para pedir el perdón, porque soy inocente; no tengo conciencia de haberle dado motivo alguno para sufrir! Cuando estamos en los umbrales de las puertas de la ventura; cuando todo nos sonríe y nos hace soñar con alegrías; cuando yo, más enamorado que nunca, le ofrezco cuanto tengo y soy con franqueza nunca desmentida, aparece un punto

negro y siniestro en medio del cielo claro y sereno de nuestros sueños de amor! ¡Ud. llora! Yo . . . . . no puedo llorar, pero tengo aquí dentro algo que me tortura y me hace sufrir inmensamente.

Él calló; lo miré y ví en sus ojos pardos y soñadores una expresión tan dulce, tan sincera, tan cariñosa, que. . . . . me sonreí alegremente. Tuve intenciones de mostrarle tu carta y decirle que era la causa de todo; pero luchaban en mi interior los afectos que tengo por ti y por él y comprendí entonces que tu carta había sido muy oportuna. Me dió ocasión de probar una vez más la sinceridad de su cariño!

Al verme sonreir, él también sonrió; pero con una sonrisa amarga y triste. ¡Pobre Miguel!

Comprendí entonces que ese hombre sufría terriblemente; me consideré culpable de su hondo pesar y mirándolo con amor, como nunca tal vez le había mirado, estreché su mano entre las mías, y le dije:

—¡Soy ahora más feliz que nunca!

Y, él, emocionado hasta lo íntimo del alma, me respondió con una mirada sublime que no pude resistir.

¡Lo quiero mucho, Beatriz! ¡Creo que seré feliz eternamente con él! Sin embargo, á veces me asalta la duda que contienen tus confidencias.

Pero tú misma, al final de tu carta, te desdices: ¡Cásate Lucrecia! me dices, porque en el matrimonio hay horas muy dulces que compensan las amargas. Yo, como tú, sufriré esos ratos amargos y no he de ser tan desdichada que no tenga otros que los hagan olvidar!

¡Me caso pronto! y desde aquí te mandaré un ramo de azahares que conservarás como un recuerdo de tu amiga.

Lucrecia.

EL GORRIÓN SOLITARIO

(DE LEOPARDI)

Desde el antiguo torreón al valle
Pasas cantando hasta que muere el dia,
Y difundida por los aires vaga,
Pájaro solitario, tu armonía.

Brilla en la luz, del campo en la verdura,
Irradiando doquiera,
El contento del alma primavera
Que al corazón inunda de ternura.

Oyes de las ovejas el balido
Que á lento paso avanzan por el prado,
Escuchas el mugido
Del disperso ganado,
Ves á las otras aves que en bandada
Cruzando en giros mil el libre viento,
Henchidas de contento
Celebran la estación engalanada;
Y tú todo lo miras pensativo,
Ni vuelas, ni te buscas compañía;
Al pasatiempo esquivo,
Extraño á la alegría,
Cantas, y pasas la estación más bella
De tu vida y del año en tu querella.

¡Cuánto mi vida, cuánto
Semejase á la tuya! Solaz, risas,
Que sois las compañeras y el encanto
De la temprana edad, vosotros nada
Ya me importais; ni tú, con tus suspiros,
Hermano de la edad afortunada,
Amor! Y sin saber porqué, me alejo
Hu endo casi huraño,
Y en solitaria vida,
Y dentro de mi patria como extraño,
Veo mi juventud desvanecida.

Por una antigua usanza
Nuestro pueblo festeja
El dia aqueste que á la noche avanza.
Del campanario el repicar gozoso
Y el trueno de la ronca artillería,

El eco sonoroso
Dilata de alquería en alquería;
En tanto que vestida de sus galas
La juventud las casas abandona,
Llena las calles, mira y se saluda,
Y del contento en alas
Feliz en sus semblantes se pregona.

Solitario yo en esta
Lejana aldea, al campo salgo, y dejo
El goce á otros de la alegre fiesta.
Extiendo mi mirada al horizonte,
Y el sol me dice con su luz escasa
Después del dia que alumbró sereno,
Al ir á hundirse tras lejano monte:
Así la juventud se extingue y pasa.

¡Oh pajarillo solitario! el dia
Que á tu vivir le dieron las estrellas,
Irá á su noche oscura,
Y queja entonces no tendrás con ellas,
Que tus deseos los fijó natura.
Mas, si el umbral de la vejez odiada
A evitar yo no alcanzo,
Cuando al mundo contemple indiferente
Y vacío le vea,
Y el futuro me sea
Más sétrico y horrible que el presente,
¿Qué entonces pensaré de estos anhelos?
¿Qué de estos años? de mí mismo? En vano,
Tardío arrepentir, á lo pasado
Mis ojos volveré desconsolado.

LUIS MONTT.

EL MAR PACÍFICO

IMPRESIONES EN PLAYA-ANCHA

(Para Carlos Vicencio)

¡Qué espectáculo tan soberbio y conmovedor!..... Delante de mis ojos se extienden, con altanera majestad, las aguas límpidas del Pacífico, que encierran en su seno tantas grandezas y guardan recuerdos tan queridos para el patriotismo chileno. Las olas llegan hasta la playa entonando sus canciones eternas, canciones imponentes y majestuosas que jamás ha podido comprender el pensamiento humano. ¿Qué pretenden en esa lucha contínua que las agita y que las hace llegar hasta la orilla en giro revuelto? ¿Qué dicen con su ruido amenazante al corazón del hombre?..... Yo veo, conmovido, que vienen hasta muy cerca de mí; pero no comprendo si desean remover los cimientos de las montañas de la costa que llegan con sus ramificaciones hasta el mar, para reducir á la nada esas grandezas, ó si acarician suavemente las costas chilenas, bañándolas con ternura al eco de canciones murmuradoras; no sé si luchan en guerra abierta con las rocas jigantescas de la orilla, para destruirlas con el trascurso de los siglos y adornar su lecho con sus despojos, ó si las abrazan amigablemente, mirándolas como símbolo de unión y concordia entre ellas y la tierra á través del espacio y del tiempo.

Millares de riquezas viven perdidas ó ignoradas en el fondo de este mar y en sus aguas se han verificado acciones guerreras que han despertado la admiración del mundo.

Mirando esta extensión líquida, desde la playa que besan las olas, evoco los recuerdos de la historia patria y pienso con orgullo en los barcos de guerra que siempre han llevado triunfante nuestro pabellón con la estrella solitaria de la patria por las aguas azuladas de este Océano.

Cuando la República comenzó á gozar de la vida independiente y á ser reina y señora de sus destinos, Lord Cochrane fué el primero que condujo por estas aguas unos débiles barquichuelos, construidos para sellar las grandezas de Chile que debían continuar en el porvenir. Esos barcos no llevaban más fuerza que el valor sagrado de sus tripulantes; pero recogieron triunfos que fueron trascendentales para la gloria de nuestro poder naval.

Después, cuando la alianza poderosa de Perú y Bolivia quiso humillar la honra y dignidad chilenas, flameó una vez más nuestro

tricolor sobre los mástiles de una nueva escuadra que realizó las hazañas más portentosas de que haya recuerdo en la historia del mundo.

Muchos son los que se sacrificaron en aras de la Patria sobre estas aguas azuladas, muchos los que tuvieron en ellas honrosa tumba; tiñéndolas con la sangre enrojecida por el patriotismo, y muchos, en fin, los que al sepultarse para siempre entre sus pliegues cumplieron dignamente con el lema sagrado: «*vencer ó morir.*»

Pero el recuerdo ensalza, sobre todos, la figura noble de Arturo Prat que con un heroismo sin ejemplo buscó sobre el Pacífico el templo de la gloria y de la inmortalidad.

Los nombres de Prat, Serrano, Riquelme, Aldea y tantos otros mártires del deber, se ven flotar sobre la espuma blanca de las olas, rodeados de una aureola luminosa que parece venir del mundo de los héroes.

¡Cuántas grandezas, cuántas hazañas encierra este mar! Acaso por eso vive soberbio y orgulloso y sus olas entonan siempre unas canciones incomprensibles, en cuya interpretación se confunde el ser inteligente! Puede ser, pero jamás debe pensarse en que quieren besar la planta del hombre porque lo reconocen como el rey de la creación.

Esta es vana fatuidad. Aquí, á la orilla del mar, viendo en lontananza la inmensidad líquida y azul con su perpetuo movimiento; mirando allá en el horizonte una larga faja de nieblas perdidas que van poco á poco confundiéndose con las brumas lejanas del norte, que llegan á la costa contemplando la lucha perpetua ó el amor eterno de las olas y las rocas; examinando las serranías escarpadas que quedan en tierra, á nuestra espalda; admirando el espacio infinito con su cielo y sus mundos; y observando el sol ardiente que gravita en la esfera azul, como rey supremo de las alturas; aquí, digo, el hombre, se ve solamente como un átomo perdido en la naturaleza y comprende que si el mar llega hasta él, es porque quiere hacerlo un grano de arena para sus playas.....

Sobre estas aguas se agigantan solamente los héroes que no han sabido humillar la estrella solitaria del tricolor chileno. Por eso, en la bahía se mecen dulcemente con presencia gallarda y guerrera y en medio de muchos otros buques, el *Almirante Cochrane*, el *Capitán Prat* y la *Esmeralda*.

A. Espinosa Bustos

Valparaíso, 30 de Enero de 1899.

CLICHÉ.

Tu carne de nieve y rosa,
Hada ó flor, mujer ú ondina,
Tiene la gracia divina
De la más divina diosa.

—

Lanzan tus ojos, hermosa,
Flechas de luz diamantina:
Tu carcajada argentina
Tiene alas de mariposa.

—

Vive en tí la primavera;
Pues las espléndidas flores
Cubren tu olímpica falda.

—

Y tu blonda cabellera
Vierte un haz de resplandores
Cuando flota por tu espalda!

Horacio Olivos y Carrasco

LA SOLTERONA.

La mujer cruza tres épocas en la vida; en la primera se halla en estado de despreciar, en la segunda de coger y en la tercera de arrebatar.

De lo cual se deduce: á los veinte años, es mariposa que juega con los hombres; á los treinta, es gato que caza el ratón que se presenta; y á los cuarenta, es tigre hambriento que recorre con los ojos *un desierto* en busca de una presa que devorar.

¿Y después?... ¡Ay! Después, en la bolsa social, la mujer es un papel amortizado que ya no se *cotiza* al ver que *bajan* sus fondos; saca cotidianamente á la plaza sus *títulos*, pero no encuentra *tomadores*.

La que bogando por el proceloso mar de la edad *escapula* el cabo de los cuarenta, lleva el nombre de solterona, sambenito odioso para su sexo.

Mi vecina Da. Angustias, según consta en el archivo parroquial, nació en 1854; resulta que en este año 1894, *fin de siécle* (como decimos hoy) ha cumplido cuarenta años; pero sólo lo sabemos Dios, ella, el registro de la iglesia y yo; con lo cual puede asegurarse que el secreto está perfectamente guardado; Da. Angustias, como casi todas las mujeres, juega á *la treinta y una* y se ha *plantado* en veintiocho, á despecho de los síntomas destructores que combate con heroísmo, falsificando con menjurjes su cara y su pelo.

Doña Angustias ha perdido *sus papeles*; no es joven, ni vieja; no tiene edad; no es fea ni bonita; pasa inadvertida por las calles sin que los hombres se vuelvan ya á ella, cual se vuelven los girasoles al astro del día; ha perdido *la atracción*. Da. Angustias no lee todavía el *Año Cristiano*, ni va diariamente á las Cuarenta Horas; esa es la última etapa; á la puerta de la iglesia *abdica* la solterona, dejando allí tirada su corona de azahar, como dejó Carlos V su corona imperial á las puertas del monasterio de Yuste. Mi vecina no lee más que á Proudhom; sueña con el *comunismo* y con el reparto social, esperando que le toque alguno de los adoradores que le sobran á otra vecinita que, por el pecado de ser linda y de tener ese estado mayor, ha llevado más maldiciones de mi tipo que rezos de las beatas la Virgen de la Paloma.

Compadezco á Da. Angustias. Una sonrisa está estereotipada en sus labios, su sonrisa eterna; pero esa sonrisa es la careta del dolor, es un dardo. La sonrisa es el anuncio falso de sus afectos; con la sonrisa ama, llora, aborrece, mata; es el traje de su ira que desempeña diferentes papeles. El alma de mi vecina guarda una gran cantidad de veneno impotente para destruir, pero que brota de sus ojos y de sus labios en las menores acciones, en los diálogos más insignificantes. El mundo no le paga la deuda que con ella ha contraído y el ridículo patente en que la pone; así vive siempre atormentada, siempre histérica, siempre irritada y en guardia para defenderse, porque en cada hombre ve un enemigo y en cada mujer una serpiente.

Por las calles la veréis murmurando de cuantas personas encuentra al paso, porque la murmuración es el pasto de su alma. Todo le disgusta, todo lo censura y todo lo destroza; el sarcasmo es el arma que vibra su lengua; nada concede á la sociedad, porque vive con ella en completo divorcio; pelea como el débil con el fuerte, sin presentar el cuerpo para la lucha; esperó la bienaventuranza en forma de marido ¡y la bienaventuranza no llegó!

Y si alguna vez llega para la solterona, todo el veneno se convierte en miel, y en miel de tanta dulzura que empalaga. La solterona que se casa es excelente esposa, pues sabe ser agradecida con el que la saca del *Purgatorio*.

Doña Angustias obra en todo por cálculo; si un hombre la mira, le llama impolítico para que el mundo crea que la persigue, pero ella prolonga su mirada, y le devora, y le atrae, y delira. Si alguno le habla en sitio público, afecta en sus maneras el interés del misterio; sonríe de vez en cuando y baja la cabeza para que la crean enajenada con una

declaración amorosa, y el que habla con ella le está contando algún chisme de sociedad.

En un salón de baile Da. Angustias permanece sentada porque no la sacan; nadie quiere ponerla en evidencia al lado de las niñas; y ella llama necios á los hombres que no la escogen, y superficiales á las mujeres que bailan. Allí no hace causa común con las madres porque sería declararse vencida, y no se acerca á las jóvenes para que no hagan comparaciones, siempre odiosas; así permanece aislada, mordiéndose la lengua y criticándolo todo; es planta parásita de salón.

Si conecéis á Da. Angustias, no la convidéis á una fiesta de matrimonio; en una noche de boda se desarrolla la fiebre de su alma; si asiste es por compromiso, y va indispuesta porque los preparativos de la agena felicidad la atormentan. Cuando ve á la desposada con las flores de azahar, ríe y besa sus mejillas, pero ese beso es el de Judas.

En el acto de la ceremonia, la sala presenta un aspecto solemne; cuando se pronuncia el *sí*, esa palabra tan corta, prólogo de una historia eterna, la desposada llora por enajenación, su familia por desahogo, las viudas por su recuerdo, las solteras por envidia y las viejas por malicia; los hombres cuchichean y se miran de reojo; sólo Da. Angustias sonríe, y sin embargo, siente saltar en el pecho su corazón; aquel poema de la vida de la mujer le cierra sus páginas, y no sólo siente morir sin leerlas, sino sin hojearlas.

La mujer que envejece en la soltería es lo que un vago de profesión: no hace más que estorbar. Da. Angustias vive sujeta al capricho de alguna persona que le haga sombra, porque de lo contrario, el mundo murmuraría; si sale sola, la critican; si está en un círculo, ciertas conversaciones se prohiben, unas porque pueden ofenderla, y otras porque no debe oírlas, aunque tiene años.

¡Años! ¡he aquí el anatema! ¡he aquí los puntos negros que en el horizonte de la vida anuncian el naufragio! ¡Oh! ¡Debe ser espantosa en sus creaciones la imaginación de mi vecina cuando á solas, delante del espejo, vea ponerse el sol de la hermosura, que le manda sus crepúsculos en forma de canas y de arrugas! Cada cana es una delación: cada arruga un adiós que acompaña con sus lágrimas: el fuego de sus ojos se va apagando, y la esbeltez de su talle va desapareciendo. ¿Puede acaso la mano del hombre hacer que reverdezcan las hojas que amarillean?

Para Da. Angustias, envejecer sin casarse es morir en el campo de batalla vergonzosamente, sin combatir. ¿Qué gloria lleva consigo de su pasada vida? ¿Qué hizo de su belleza, de sus ímpetus, de su ardor? Corrieron inadvertidos, sin que nadie los poseyera, sin que nadie apreciara su valía.

Y no es lo peor su perdida identificación con otro ser cuando aun espera, porque vive en el mundo; pero cuando nada tenga que esperar atravesará la época poniente sin amor, sin marido, sin hijos, sin que nada la distraiga, muriendo de fastidio, que es su cáncer; no conoce los goces de la maternidad. ¿Qué importan á una madre los crepúsculos de la vida si se siente niña en la niñez de sus hijos y joven en su juventud? Vive en la vida de ellos, con ellos de nuevo ama, sufre, lucha y triunfa, porque el ser del hijo es el de la madre; se confunde con sus hijos, siente sus sentimientos, padece con ellos y con ellos cae; es la primera mano que corona sus sienes y la primera que los levanta, porque la gloria y la adversidad del hijo son la gloria y la adversidad de la madre; no por orgullo, no por cálculo, sino porque el mundo está después de su hijo, porque su hijo es ella misma.

La solterona es la personificación de la desgracia; ella se considera como un objeto de lujo que se exhibe en el escaparate social sin que nadie lo compre.

Una solterona vieja vuelve al mundo; ya éste no tiene ridículo para ella porque no le interesa su pasado; pero ella siempre conservará en sus labios la perpetua sonrisa, hiel de su corazón.

Doña Angustias morirá perdonando hasta á sus deudores, pero ni entonces perdonará á los hombres.

T. Guerrero.

D. GREGORIO V. AMUNATEGUI

† EN SANTIAGO EL 17 DE ENERO.

Fué para nosotros una dolorosa sorpresa.

Desde el principio de su enfermedad habíamos seguido con vivo interés, día á día, en los boletines de la prensa, el desarrollo que ésta iba tomando; pero ante las informaciones que nos referían las alternativas ya favorables, ya desfavorables que presentaba, las vacilaciones y esperanzas de la ciencia, nunca, ni por un solo momento, creímos que se trataba de un caso desesperado ni, mucho menos, tuvo nuestra imaginación el presentimiento de un desenlace próximo.

Desgraciadamente nos equivocábamos, su naturaleza delicada y débil estaba ya muy agotada para resistir este último y rudo golpe, y se extinguió en unos cuantos días, casi repentinamente, como una lámpara exenta de combustible á la que hubiera sorprendido la violenta ráfaga de un huracán.

Tiempo hacía que se había retirado del mundo. Desde la muerte de D. Miguel Luis se recogió en el seno del hogar, donde vivía entregado á su familia y á sus libros. Su labor se dividía entre las atenciones que le demandaba el Tribunal y la publicación de las obras póstumas de su hermano.

Este trabajo que acaso fué el que más le preocupó en sus postreros años, fué el último tributo, la última manifestación de su ternura por el hermano á quien tanto había amado, y al cual siempre vivió ligado por los más estrechos lazos, dando un ejemplo incomparable de cuánto tiene de noble y de sublime el amor sagrado de la familia.

Y no hay en esto exageración.

Juntos comenzaron los hermanos Amunátegui sus estudios, y ellos fueron los que pronto hubieron de distinguirse más entre sus compañeros de colegio. La carrera literaria de ambos se inició al mismo tiempo y en un mismo libro, y de los dos fué el triunfo que luego este trabajo alcanzó en la facultad que se encargó de su exámen y estudio. En la portada de numerosas obras, unidos se leen sus nombres, y juntos asimismo brillan en la historia de las letras americanas.

Si acaso nos detenemos un momento y estudiamos por separado la personalidad de cada uno de estos ilustres maestros, las condiciones y calidades de sus caracteres y sus dotes como literatos é historiadores, no encontraremos entre ellos gran diferencia.

El carácter de ambos era el mismo: afables y cariñosos atraíanse las simpatías y la confianza de quienes los trataban.

Como literatos é historiadores es ya cosa distinta. Acaso el temperamento de D. Miguel Luis era más artista que el de D. Gregorio Víctor; en las historias del primero adquiere la narración la viveza y colorido del drama; la relación hasta cierto punto pálida y fría del segundo tiene más semejanza con la leyenda.

Al escribir estas líneas á la memoria del ilustre literato, no hemos querido descartar su nombre de el de su hermano D. Miguel Luis. Al proceder de distinto modo, habríamos creído cometer un desastroso error, como el que se verificó cuando se intentó separar aquellos dos hermanos que nos recuerda la tradición, los cuales, unidos sus cuerpos por uno de sus costados, se trató de separarlos con el propósito de que cumpliesen con prácticas y costumbres de uso entre la sociedad en que vivían; sangriento y cruel proceder que motivó la muerte de ambos. Y así sucedió en la carrera literaria de D. Gregorio Víctor Amunátegui; desde que la muerte cortó el hilo de la existencia de D. Miguel Luis, su espíritu se apagó y no volvió á brillar.

Su figura ha pasado al dominio de la posteridad, ésta sabrá tributar debidamente el homenaje á que le hacen acreedor sus merecimientos y sus virtudes.

JUAN ENRIQUE O'RYAN.

TOMAS RÍOS GONZALEZ

(PÁGINAS SUELTAS).

En los ratos que le dejan libre sus tareas notariales, el Sr. Rios González ha recopido unos cuantos trabajos que emprendió en su primera juventud, en esa edad feliz en que todos somos un poco soñadores y algo poetas por consiguiente, y con ellos ha dado á luz un libro sobre el cual voy á escribir unas pocas líneas.

Publicar hoy un libro en esta comercial metrópoli—como llaman á Valparaíso algunos periodistas— es muy atrevida empresa.

Pretender hacerse leer por un público que vive preocupado únicamente de las alzas y bajas que experimenta el oro, es tan difícil tarea como la de la madre que necesita hacer tragar á su pequeñuelo— acostumbrado á paladear sabrosa leche—un reconstituyente amargo como la hiel.

El niño se resiste, sin duda alguna, á tomar el remedio. La madre lo paladea primero tratando de engañarlo, de hacerle creer que la bebida nada tiene de malo; le promete muchos dulces y muchos juguetes si traga la medicina.

Y el amor y las argucias maternas concluyen por triunfar.

El Sr Ríos ha querido que el público de Valparaíso lea, y ha publicado un libro.

Y temiendo que este público que vive preocupado del negocio, como el niño de los juguetes, se sienta molesto porque alguien pretende distraerlo de su ocupación favorita, el Sr. Ríos le dice:

—No soy yo el osado que viene á perturbaros! Son los niños pobres, son esos pequeñuelos á quienes faltan el calor y los cuidados de una madre, son esos huerfanitos, á quienes falta un pan, los que os detienen en la calle cuando más atareados estáis, para pediros: ¡una limosna, por Dios!

El Sr. Rios conoce á los porteños; sabe muy bien que si les falta el tiempo ó la voluntad para leer, están siempre dispuestos á hacer la caridad.

No les pide, entonces, nada para sí, sino una limosna para los niños pobres, para esos niños á quienes cuida como una madre la Sociedad Protectora de la Infancia.

Y el público da la limosna.

Y para que no olviden á esos niños, el Sr. Ríos obsequia á los donantes el libro que él ha escrito y dedicado á la Sociedad Protectora.

Muchos arrojarán el libro con desprecio encima de una mesa; otros lo colocarán en un estante, sin preocuparse de hojearlo siquiera.

Pero en la mesa ó en el estante, el libro estará siempre llamando á los lectores. Y tarde ó temprano, ese pobre libro abandonado pasará á las delicadas manos de alguna gent'l señorita, unos ojos ora negros, ora verdes, ora azules, devorarán con ansia esas páginas que para ellos han sido escritas.

Por eso decía yo al comenzar que era muy grande la obra de D. Tomás Ríos González; porque ella conseguirá, no sólo aliviar algunas miserias, sino que permitirá que se empleen en la lectura muchos ocios que de otra suerte acaso no tuvieran buena ocupación.

Pero, ya llevo escritos algunos reglones y nada he dicho todavía de «Páginas Sueltas».

Comienza el libro por una «Fantasía de Año Nuevo», muy bonita y sobretodo, muy original.

Como todos los demás artículos del autor, la fantasía está escrita con mucha soltura; con elegancia en ocasiones, y siempre con toda corrección.

Sigue después «Un Cuento Azul...?» que es otra fantasía, tan delicada y original como la anterior.

Viene en seguida una composición titulada «En el Infinito», que como las ya citadas, es también una fantasía.

Imagina el autor que muere y que su espíritu atravesando los espacios llega al planeta Sirio.

Allí el Dios del planeta, lo interroga sobre lo que pasa en la Tierra y con este motivo, el autor sostiene un curioso diálogo con Belah,

diálogo que yo trascribiría con gusto, en parte al menos, si no fuera porque este artículo va ya más largo de lo que yo deseara.

Termina la parte en prosa del libro del Sr. Ríos con un artículo que se titula «Algo sobre Hamlet».

Aquí ya no hay fantasía. Aquí estudia el autor el genio de Shakespeare en una de sus más grandes creaciones, en ese curioso tipo de hombre «valeroso, fuerte, aficionado á los ejercicios violentos y que es al mismo tiempo encarnizado escrutador de su propia conciencia», según la expresión de un renombrado crítico francés.

Pocos personajes de dramas ó novelas han merecido ser más estudiados que Hamlet, tal vez porque acaso no haya ningún otro más humano y al mismo tiempo más extraordinario que él.

Según el mismo autor á que antes me he referido, Hamlet es la personificación del carácter inglés: rudo hasta la brutalidad, feroz hasta la violencia y duro hasta la crueldad, sin perjuicio de ser al mismo tiempo, hombre de profunda reflexión, visionario escrupuloso y meditador, y un ser poético en tal grado que toda poesía es prosa al lado de los versos de un Keats ó de un Shelley.

Al estudio de este personaje, Hamlet, dedica el Sr. Ríos cuarenta y tantas páginas de su obra.

Indudablemente, la creación de Shakespeare ha sido bien comprendida por el autor de «Páginas Sueltas.»

De buen grado, me detendría para analizar el juicio que sobre él emite, pero va muy largo este trabajo y es menester concluir luego.

A la disertación sobre Hamlet siguen los cantares y otras composiciones que nada tienen de cantares, como el soneto «Para la tumba de D. Jorge Huneeus.»

Sin duda el Sr. Ríos ha llamado *Cantares* á esta parte de su libro por prevalecer en él este género de composiciones, nó porque crea que un soneto v. gr.: es un cantar.

Hay entre estos cantares, algunos muy buenos, que contienen mucha filosofía:

Con que nunca has pololeado?
Con que dices que no es cierto?...
Pero no te acuerdas, niña,
Aquel día..... ¡¡en el entierro!!

«No desprecies á los tontos
Ni á los de talento halagues:
Que hay inteligencias ruines,
Como hay tontos respetables.»

Sirvan estos dos cantares como muestra de los que encierra el libro de que hablamos.

Podría, sin embargo, observarse uno que otro defecto en alguna de las composiciones, v. gr.:

«Al fin y al cabo es lo mismo
En esta tierra y *en todas:*
Quien roba poco: á la cárcel;
El que roba grueso: *á Europa*».

El pensamiento es muy bueno, como se ve; pero ¿cómo ha de suceder lo mismo aquí que en todas partes?

Aquí, el que roba grueso, se va á Europa, como dice el Sr. Ríos.

¿Se irá también ..... á Europa, el que hace un robo allá mismo?

Pero esto casi no merece llamar la atención; son plumas de la cola, como dice un amigo mío; simples detalles, según otro.....

En suma, el Sr. Ríos ha hecho una grande obra y por ella merece nuestras más sinceras felicitaciones.

Los que, después de contribuir con un peso para la Sociedad Protectora de la Infancia, lo lean como yo, como yo, también lo felicitarán.

C. F.

RECONCILIÉMONOS

(Á UNA COQUETA)

--Soy yo... ¿Ya no te acuerdas? Aquel mocito,
que te vió una mañana regando flores,
y quedó enamorado de tu palmito,
quiso hacerte dueña de sus amores.
Aquel joven incauto tan apreciable,
unas veces arisco y otras amable;
quien te adoró y te adora, con tal locura,
que aun le repite á ratos la calentura;
el que para enviarte su vida entera
hizo un dia amistades con tu portera;
quien se abrasó en tus ojos completamente,
....ojos falsarios,
que van por esas calles matando gente
con gusto, ensañamiento y alevosia,
y que van á prenderlos, por incendiarios
el mejor dia.

¡Lo comprendo!.... ¡Entre tantos me has olvi-
[dado;
....yo soy aquel celoso tan importuno,
que sufrió tus desmanes desconsolado,
y te hizo el oso, en regla, como ninguno.
Quien te habló por la reja de la escalera,
y después en la calle de la Montera.
Quien paseó contigo, por darse tono,
y por verte en un palco, tomó un abono.
Quien al verse á tu lado perdia el tino
y se portaba siempre como un doctrino.
Quien creyó que tus frases no eran fingidas....
frases traidoras,
que las dices soñando de tan sabidas
y repites á muchos á todas horas.
Quien buscando cariño llamó á tus labios,
y tus labios, crueles, le despidieron·
aquel, que ya olvidado de tus agravios
volvió á llamar y.... nada.... que no le abrieron.
Aquel á quien *amaste*, según decias,
un año, cuatro meses y cinco dias;
á quien de amor le diste pruebas sin tasa
y un pañuelo bordado.... fuera de casa.
Aquel, que resentido por varias cosas,
te escribió cartas fuertes y cariñosas.
Aquel que te endilgaba, por reformarte,
tan bonitos sermones, en serio y todo,
con los que no lograbá modificarte
de ningún modo

Ya lo sabes, chiquilla, soy aquel pollo
que por tarde y mañana te iba rondando;
quien al ver tus rigores perdió el meollo
y ojeroso y sin vida se fué quedando.
Aquel á quien las rosas de tus mejillas
sacaban casi siempre de sus casillas;
quien aguantó impasible lluvias y vientos
por mirarte asomada breves momentos;
quien más de ochenta veces miró la cara
de.... D. Bartolo
con cierto agrado,
que en proezas como esta nunca repara,
quien se inmola á tus plantas enamorado,
cual yo me inmolo.
Ya no habia en mi pecho más que despojos
de ese amor que llevarme pudo al suicidio;
pero la otra mañana te vi.... y tus ojos....
(¡hay ojos que merecen ir á presidio!)
Tus ojos avivaron la antigua llama,
y por las noches grito desde la cama:
Mi corazón no ha muerto como creia,
late por tus pedazos más todavia....
y es que solo responde con tu reclamo,
porque vivir no puedo si no te amo.
Permite, pues, tirana, que te lo diga,
¡mucho te quiero!
Me has mirado tres veces; ¡Dios te bendiga!
¡viva el salero!

.....

Ya ves como los dias se van volando;
cómo viene la muerte tan de improviso,
cómo ya sin belleza te vas quedando,
y yo.... sigo en tu calle gastando el piso.
Ya se nubla la estrella de tu esperanza;
tus gracias se marchitan, el tiempo avanza;
ya es más corta la lista de tus amantes
y corren unas voces muy alarmantes;
ya vas por esas calles alicaida,
porque estás, alma mia, muy aburrida;
ya es menos pizpireta la mariposa;
por un amor de veras tal vez deliras;
quieres sentir sus goces, vivir en calma;
mas no hallarás la dicha porque suspiras,
que en tu carrera amante vertiginosa
perdiste el alma.
De la amargura al cabo llegará el dia,
y cuando al verte sola te desesperes,
sin goces para el alma, desierta y fria,
seguirás el camino de otras mujeres.
Tú caerás como muchas en el abismo
á que te arrastra, loco, tu coquetismo
porque cuando no tengas á quien volverte,

ni nadie que á la tuya ligue su suerte;
cuando, por el sendero donde caminas,
al buscar nuevas flores, halles espinas;
cuando seas de amores no vencedora,
sino vencida,
ante esa llama ardiente devastadora
caerás rendida.

Refrena, pues, el vuelo que va á estrellarte;
vuelve hacia mi los ojos más cariñosa,
y dime si aun es tiempo para salvarte,
y el amor que te guardo te hará dichosa.
....Dime si ya mis quejas diste al olvido
y las riñas atroces que hemos tenido;
pruébame que es tu alma capaz de amores,
y será nuestra vida nido de flores,
que aunque decline el astro de tu belleza
para quererte nunca tendré pereza....
.....
¿Me perdonas? ¿Me quieres? Mas compasivos
tus ojos me lo han dicho, ya sin enojos....
....Haz que sean tus labios tan expresivos
como tus ojos....

RICARDO SEPÚLVEDA

MIS LENTES.

Eran de cristal de roca, puesto que poseían la doble refracción bien manifiesta: cansados, sin duda, de esa vida monótona al servicio humano, de ese efímero paréntesis en el curso de su vida normal, se han acogido al acaso, al accidente ó á la fatalidad, para estrellarse contra el suelo y romperse en mil pedazos; todos los fragmentos, mezclados con el polvo del suelo, han ido á parar á mitad del arroyo, bajo la influencia de la intemperie, y hoy continúan nuevamente sus movimientos de rotación: en parte se filtrarán por las grietas del suelo, se combinarán con la cal, con la alúmina ó con otros óxidos, y contribuirán con el tiempo á la formación de algunas piedras preciosas, como la esmeralda, el jacinto la amatista, etc.; ó en parte serán desmenuzados hasta el límite de ser fácilmente absorbibles por las radículas de las plantas y constituir un precioso alimento para estos organismos; después seguirán su curso contínuo y cristalizarán mil veces en formas, colores y combinaciones distintas, y se diseminarán otras tantas sin conseguir jamás un momento de reposo en el eterno círculo de la materia.

¿Cuántas vueltas habrán dado esos dos cristales de sílice antes de estar engarzados en los dos aritos oculares? Quizá su yacimiento tendría lugar en las más recónditas entrañas de alguna roca granítica sepultada entre los Urales, donde aparentemente nada podría alterar su vida tranquila; pero la acción desgastadora de los vientos y de las lluvias, la rigurosa influencia de los hielos, los rompimientos ocasionados por las depresiones terrestres y otras causas orogénicas y, por último, la mano del hombre, habrán contribuído un día y otro, hasta que al fin lograron desentrañar su mamelón siliceo, en que la sílice aparecería cristalizada en prismas exagonales con apuntamientos de pirámides y dotada de una diafanidad completa. Nuevamente las sacudidas del viento, la persistencia de las aguas de lluvia, ya los hielos, ya los glaciares, consiguieron destruir la roca, arrancar el peñasco en que estaban incrustados los cristales de sílice y hacerle rodar por un precipicio, en cuyo transcurso, á fuerza de repetidos y violentos choques se rompieron las aristas de los cristales, se desmoronaron éstos y se unieron á otros fragmentos extraños, constituyendo un canto ó nódulo que al fin pudo ir á parar á un barranco. Las lluvias repetidas pudieron convertir el barranco en torrente, y entonces el canto rodó, se desmenuzó, y con él al mismo tiempo se diseminó nuevamente nuestro cristal de roca, que hecho mil pedazos y arrastrado por el torrente que violento corre á desaguar en el río, llegó al cabo á formar parte del lodo con que el río desbordado suele fertilizar los campos de sus márgenes. Entonces las ténues partículas de sílice pudieron ser absorvidas por las radículas de las plantas; éstas después llegaron á servir de pasto á los rumiantes; más tarde murieron estos animales y se descompusieron, y las partículas de sílice que en otro tiempo constituyeron el precioso

cristal de roca, formaron en esta nueva fase de su vida varios silicatos de diversas formas y cristalizaciones. De las vertientes ó depresiones de los Urales, del torrente, del barranco ó de las márgenes de los ríos pudieron también un día las partículas de sílice ser transportadas al Mediterráneo, aglomerándose mediante el cemento que encontraron á su paso y cayeron al fondo del mar constituyendo un depósito: varios animaluchos, como ciertos moluscos marinos, tomaron las ténues partículas de sílice y se construyeron con ella su caparazón; estos animalitos, provistos de su cáscara silícea, arrastrados y arrinconados por las corrientes marinas, llegaron á perecer en los golfos y á dejar en el fondo sus conchas ya completamente deshechas. Los contínuos embates del oleaje redujeron la sílice á partículas impalpables que, suspendidas ó diluídas en el agua, se filtraron un día y otro á traves de las grietas de los litorales, hasta que fueron á parar á una zona terrestre de gran temperatura; pudo la sílice ya informe atravesar con otros materiales la chimenea de un volcán como el Vesubio ó el Etna, confundirse y formar parte de la lava que suele cubrir el cráter, sufrir la influencia de una nueva erupción volcánica, encontrarse en condiciones favorables, y cristalizar nuevamente en prismas exagonales con apuntamientos apiramidados, de la misma manera que pudimos encontrarla en las entrañas de la roca granítica.

¡Pobres lentes míos! ¿Dónde irán á parar?

¿Quién sabe si con el tiempo pueden llegar á formar parte de una poderosa lente telescópica ó de un prisma espectroscópico de tan pura refringencia que permita á nuestra futuras generaciones conocer el organismo ó la composición química de otros mundos más nuevos y lejanos?

¡Bien haya un cristal hecho pedazos!

Francisco Salazar.

EDUARDO TALERO.

(POESÍAS)

Ya que en Chile se publican poesías tan de tarde en tarde, ya que las musas—ignoro por qué—descienden en tan raras ocasiones á esta tierra de Chile, hablemos de los poetas de otras regiones, hablemos ahora de las poesías de D. Eduardo Talero.

Huésped nuestro—no ha mucho—no tuve el placer de conocerlo, aunque sí disfruté el de saborear algunas hermosas poesías suyas con que honró las columnas de periódicos chilenos.

Hoy que he tenido en mis manos el hermoso tomito de poesías que ha publicado en Buenos Aires, y que he podido leer y releer esas estrofas, yo me descubro y digo: *Ecce poeta.* ¡He aquí un poeta! Pero nó de ésos á quienes se da este nombre porque hacen versos, sino de aquellos pocos, muy pocos, por desgracia, que merecen ese nombre porque *hacen*, porque escriben *poesía*!

El libro del Sr. Talero no contiene sino 17 composiciones que abarcan apenas 31 páginas y vale con todo harto más que otros libros en que tanto las páginas como las composiciones se cuentan por centenares.

Comienza con una poesía al tren

«.....
Que cual *Simún* de los desiertos vuela,
Recorriendo el espléndido camino
Que nos traza la estela
Del futuro destino».

Y nos pinta el poeta con hábil mano la importancia del tren en la civilización; en seguida nos lo dibuja llenando sus fauces de carbón, y lanzándose en seguida á traves de la distancia

«Cruzando alegres valles
Y frondosas colinas».

Lo vemos después ganando las alturas, atravesando túneles y penetrando selvas hasta que llega al fin de su jornada y

«El mónstruo queda silencioso y yerto;
.....parece
Dragón aletargado en el desierto».

Sigue luego una oda al carbón, oda inspiradísima que bastaría por sí sola para acreditar de poeta al Sr. Talero.

Como ya se ha publicado en un diario chileno, es de creer que sea muy conocida y en consecuencia me parece inoficioso hablar de ella.

Vienen en seguida *La Espada*, *La Pluma* y *Ensueño*, tres hermosas poesías conocidas unas, y otras ya analizadas en otros periódicos.

Deseos se llaman unos cinco cuartetos que vienen en pos de *Ensueño*.

Aquí ya no es el poeta que se extasía ante la naturaleza ó ante los progresos del hombre y los canta en preciosos versos. Ahora es el poeta enamorado, de sangre ardiente, tropical, que olvida el tren y el carbón y la espada y la pluma para pensar sólo en el enigma que se llama mujer, para amar con todas las energías de un corazón joven.

«No más pasiones yertas, polares,
No más ternezas; quiero vigor.
Quiero en ardores caniculares
Fundir la nieve del corazón».

A decir verdad, esta composición, con ser muy bonita, es una de las que menos valen de las del Sr. Talero.—Desde luego, es una de la pocas que acaso no deben llamarse originales. No hay poeta americano que no haya escrito algo por el estilo y si nó en verso, en prosa, cuando menos, hay muchos jóvenes que, (sin tener nada de poetas salvo ese poco que dicen tenemos todos, tanto de poetas como de locos) piensan y dicen y piden lo propio que el Sr. Talero.

«Deja, mujer, que bese tus labios rojos
Y que oprima tus formas entre mis manos
Antes de que en la tumba con tus despojos
Hagan banquete opíparo los gusanos».

Así comienza la poesía intitulada *Carne*; poesía en que el amor, el fuego que se advertía en *Deseos*, va en *créscendo*.

Los gusanos, dice el poeta:

«Devorarán con ansia tus ojos bellos,
Tu corazón: ¡el nido de tus pasiones!
Y entre las blondas áureas de tus cabellos
Dormirán con el sueño de los glotones».

A continuación viene una joya que el poeta intituló: *Vis á vis*.

¡Cuánta delicadeza en el pensamiento, cuánta ternura, cuánto *esprit!*

Íntegra trascribo la composición:

«¡Me juraba su amor! Yo la decía:—
—¿Sabes ¡mi bien! mis íntimos antojos?
Dedicarme á estudiar astronomía
En los cielos *azules* de tus ojos;
Sorprender en tus límpidas miradas
El fulgor con que enciendes corazones,
Y en tus hondas ojeras azuladas
Que son nubes *de tu* alma, tus pasiones;—
Ver mis caricias convertirse en fuego
Que tiña de tu rostro las auroras
Y extinga el manantial de amargo riego
Que nubla *tus pupilas* brilladoras;
Contemplar que en las nítidas regiones
De tu mente, no hay brumas de tristeza
Porque brillan como astros mis canciones,
Mis canciones de amor y de terneza.
Con su mano de tibios alabastros
Selló mis labios y me dijo quedo:—
—No compares tu afecto con los astros;
¡La ley de rotación me causa miedo!

Siguen varias otras poesías—bonitas todas—y llegamos á la que escribió el Sr. Talero después de visitar el taller del escultor chileno, D. Nicanor Plaza.

Composición inspiradísima que vale por un poema. Nos pinta allí el poeta al artista, clavando primero el cincel sobre la piedra, y luego acariciando con amor las formas que él mismo va creando. Nos describe las luchas del artista con la materia, los artísticos fragmentos

«De piernas blancas y gargantas bellas»

que yacen por el suelo; las frases de amor que el artista dirige á su obra cuando, engañado por su propio génio, siente latir un co-

razón en el pedazo de mármol que él ha transformado en una Vénus, en una Quimera.

Un poeta, como el Sr. Talero, no podía ménos de sentirse inspirado en presencia de un artista como el Sr. Plaza, respirando el aire de su taller, presintiendo allí las luchas, los desfallecimientos, los desengaños, los triunfos del génio.

Tras de esta poesía viene otra intitulada *Fiebre* completamente original y que revela una potente imaginación.

Sigue después *Caricias* y llegamos á la última de las poesías que contiene el libro.

El Sr. Talero, temiendo, sin duda, que las múltiples bellezas de las anteriores composiciones pudieran llegar á producir cansancio en el lector—ya que hasta lo bueno cansa—reservó para el último lugar la mejor de sus producciones.

Quiso tal vez que la bondad de la composición obligara al lector á leerla, á despecho de todos los obstáculos.

Si su intento ha sido ése, indudablemente lo ha conseguido; porque basta leer la primera estrofa de la poesía *En tu Alcoba* para verse arrastrado á leerlas todas.

Hay en ella tanto sentimiento, tanta delicadeza, tanta inspiración que no resisto á la tentación de dársela á conocer á los lectores de la *Revista*.

Leyéndola, recordarán éllos *El Cuervo* de Edgardo Poe, única con que tiene alguna semejanza, y vendrán á su memoria todas las buenas poesías que hayan leído, y á su imaginación todas las hermosas á quienes hayan amado.

Pedro Sánchez.

He aquí la composición á que nos referimos:

EN TU ALCOBA

Con aullidos elegiacos, largos, trémulos y bron-
[cos
Que los tules nebulosos de la aurora desgarraban,
El vapor dió las señales de tu triste despedida;
Zarpó raudo, y en la orilla quedé viendo
Tu pañuelo que á lo lejos entre brumas se agitaba
Como el ala nivea y leve de una fugitiva garza.

Triste y solo busqué asilo en tu alcoba aban-
[donada,
En tu alcoba tibia y blanda
Que tu lámpara encendida
Ténuemente iluminaba:
La luz débil de la aurora macilenta
Penetró por los cristales,
Y al mezclarse con el brillo sonrosado de tu lám-
[para,
Formó brumas temblorosas, cadavéricas y vagas.

Móvil, lánguida y flexible
Como lengua de oro pálido
Esa llama
Cosas lúgubres decía,
Y al temblar bajo la seda de tu artística pantalla,
Parecía mariposa sensitiva que doliente
Aleteara
Por seguir los resplandores de tu límpida mirada.

En tu lecho blanco y puro como una ara,
Aun estaban
Tus contornos adorados y tus curvas
Dibujados en los pliegues de las sábanas:
Y en tu almohada,
Unas hebras de tu blonda cabellera desprendidas
Parecían sierpes áureas enroscadas,
¡Sierpes finas!
¡Sierpes de oro!
Que el aroma de tus carnes deliciosas embriagaba.

Sobre el mármol blanco y yerto de tu mesa
Hallé pétalos de rosas esparcidos como lágrimas,
¡Cómo lágrimas de sangre por tu ausencia de-
[rramadas!
Y en el rojo de la alfombra
Ví blanquear un guante tuyo como lirio ya tron-
[chado;
Y el residuo del champaña
De la noche: sin burbujas, y sin vida ni fragancia
Congelado entre las copas por fatídicas escarchas.

Tus simbólicas estátuas
Me miraron con sus ojos de misterio,
Y al reflejo convulsivo de la llama,
Parecióme que sus carnes de alabastro
Y de bronce, por el frío de tu ausencia tiritaban:
Los colores encendidos de las sedas de tus trajes

Fulguraron en la sombra como escamas
De serpientes animadas:
Y cual fieras ateridas yo veía
Tus armiños y tus martas;
Y los húmedos vapores de la lívida alborada
Descendían como llanto por los nítidos cristales
De tu lóbrega ventana.

¡Y yo estaba triste y solo en tu alcoba solitaria!
Triste y solo con tus prendas y perfumes
Que aumentaron el horror de mis nostalgias;
Y las brisas desde el puerto
Me traían los rugidos clamorosos de los barcos
[que zarpaban
Y esas notas lastimeras
Me arrancaron del delirio de mi tétrica desgracia

De repente,
Vi la luna de tu espejo que tu imagen retrataba,
¡De ese espejo misterioso que enigmático lucía
Como lápida morturia!
Y al buscar en él la huella de tu imagen adorada,
¡Sentí angustia! ¡Sentí miedo! ¡Sentí frío!
Al mirarme como un loco; como un lívido fan-
[tasma!

EN LA ESTACIÓN.

I

EL JEFE.

Descúbrese allá lejos, muy lejos, una planicie solitaria y yerma, á media legua de distancia de un pueblecillo que no figura en el mapa, ni es conocido por el gobernador de la provincia. Edificio pobre, modesto, de paredes de ladrillo y ventanas de color de chocolate, se eleva en un desierto con una huertecilla en el costado, una aldea á la espalda, un sol implacable en el cielo, un reloj de cobre en la fachada principal y varios carriles que se entrecruzan, y se separan, y se confunden, á los pies.

Aquello es una estación de último orden; á ella no llegan más vibraciones de vida que el canto de los pájaros, el cencerreo del ganado que atraviesa la línea levantando una nube de polvo, antes de perderse en el blancuzco trazado de la carretera, las voces del gañán que cruza los campos con el pie desnudo y el azadón al hombro y el silbido estridente de las máquinas que aplastan los *rails* y conducen los trenes de viajeros, los vagones de mercancías, y se detienen un instante respirando hulla, sudando vapor, dando breve reposo á sus músculos acerados y potentes y se alejan después entre torbellinos de humo con el brusco crugir de sus ejes y el áspero chirrido de sus topes, dejando á quienes la contemplan, como recuerdo único de su paso, el rostro ennegrecido del maquinista y las caras soñolientas ó indiferentes de los viajeros.

Los trenes se suceden con intermitencias de dos, de tres horas á lo sumo; ellos no se cansan, no tienen músculos de carne que se rindan, nervios que se desplomen, ojos que se cierren, estómago necesitado de nutrirse, y alma codiosa de esparcimiento y de solaz. Hay que recibirlos, que avisar su arribo á la estación próxima, que darles salida, que atender á la carga y descarga de las mercancías, al servicio de los viajeros, á las contingencias de la marcha; es necesario coadyuvar á las seguridades del viaje, prever los peligros, observarlo todo, dirigirlo todo; no dejar nada á la casualidad y á la incertidumbre; trabajo penoso, de responsabilidades graves, de urgencia suma; de vigilar constante y de faenas múltiples.

Y para este trabajo, para empresa tamaña y traginar tan rudo, no hay más que un hombre, el jefe de estación; así lo exigen la codicia y el ansia de acaparar dinero de que parecen invadidas las compañías de ferrocarriles de España. Ese hombre, tostado por el viento y el sol, excluído ó casi excluído del trato con sus semejantes, retribuído con mezquindad y explotado con largueza, tiene que hacerlo todo, absolutamente todo; gracias á que le ayude un mozo ignorante é inexperto que sirve á la vez de cargador y de guarda-agujas.

El jefe es al mismo tiempo, en las estaciones de último orden, jefe, factor, telegrafista, expendedor de billetes y guardián de equipajes, ni puede separarse de su puesto, porque la marcha del servicio reclama su presencia; ni comer en su cuarto, porque solicitan su vigilancia el cuidado de los andenes, el arreglo del billetaje y la seguridad de las mercancías, ni dormir sino vestido, porque los trenes pasan cada dos horas, ni amar, cuando ame, libre y tranquilamente, porque el rumor de los besos que deposite sobre los labios de la mujer querida, puede turbarse é interrumpirse por el silbido implacable y burlón de una locomotora.

Así pasa él un día y otro, esclavo del deber y de las brutales necesidades de la vida, con el reloj por compañero, por advertencia y por acicate, desafiando la lluvia, el sol, el aire, el calor y el frío, la tempestad y el bochorno. ¿Viene un tren?, ¿acaba de dormirse?, no importa, á coger con mano torpe el manipulador del telégrafo, a saltar al andén; á despedir la inmensa mole de madera y hierro que tiene delante. Nada de sosiego, nada de reposo; que se rinden sus músculos, ¡á trabajar!; que se desploman sus nervios, ¡á trabajar!; que se cierran sus ojos, ¡á trabajar!; á trabajar siempre, porque no tiene más remedio, porque está solo. Para eso le paga la Compañía MIL PESETAS anuales.

Tal es su vida: vida de privaciones, de tormentos, vida de mártir, vida insufrible, digna de admiración y de aplauso; y, sin embargo, ¿quién se acuerda del jefe de estación? Nadie, para la Compañía es un instrumento; para los viajeros una mancha oscura puesta en el andén; mancha que se desvanece á medida que el tren avanza en su camino, y que se pierde luego en las negruras del horizonte, y para los indiferentes que lo ven cruzar por delante de sus ojos cuando viene á Madrid, un individuo, como otro cualquiera.

Pero ocurre una desgracia, un descarrilamiento, un siniestro; el jefe de estación, el instrumento insignificante, rendido por lo penoso de su tarea se ha descuidado un minuto, un segundo tal vez, acaso al levantarse de la silla donde reposaba, sin perfecta conciencia de sus actos, con el cerebro oscurecido por las nieblas de un sueño invencible, dió mal la salida, comunicó equivocadamente con la estación inmediata, hizo partir el tren que debía detenerse; y el tren partió, y chocando en el camino con otra mole de la misma fuerza y de velocidad idéntica, provocó una catástrofe, representada por vagones que se destrozan, por portezuelas que saltan en astillas, por locomotoras que se desprenden del carril, por viajeros que sucumben, por ayes de espanto y por estertores de ago-nía...

Entonces todas las responsabilidades caen sobre el desdichado jefe de estación, sobre aquel hombre que desempeña solo un servicio fatigoso y terrible, él es el culpable, el responsable, el torpe, el criminal. Si el suceso no tiene importancia se le despide, si la tiene se le envía á presidio.

Y mientras él sufre el hambre de la cesantía ó las amarguras de la condena, la empresa que economiza hombres, sueldos y trabajos; la empresa que coloca un individuo donde debieran servir cinco, acapara oro, evade las responsabilidades, se enriquece, prospera, vive satisfecha y feliz, paga un sueldo de 10,000 pesetas á los consejeros y les envía todos los años un billete de libre circulación.

II

EL MAQUINISTA

En pie sobre el suelo acerado de la locomotora, repartiendo con mano segura y experta vida y calor y movimiento á aquel organismo de hierro y de cobre; apoyado en la manivela; atento á las oscilaciones del manómetro y á las exigencias del regulador; combinándolo todo; midiéndolo todo; previéndolo todo; está el maquinista del tren en marcha con los ojos puestos en el camino y la conciencia en el cumplimiento de su deber.

Aquel hombre vestido por una blusa azul recogida en desiguales pliegues, sobre unos pantalones del mismo color; robusto de cuerpo, con el rostro ennegrecido por el humo, las manos sucias por el carbón y la piel curtida por la lluvia y el aire, aquel personaje en cuya existencia reparan apenas los viaje

ros, es el dueño del tren que resbala apresuradamente sobre los *rails*; á su voluntad y á su pericia están encomendados los intereses varios que se agitan y se amontonan en el interior de los vagones, la vida de los hombres, la conservación de los equipajes, la seguridad de las mercancías; un movimiento torpe; una maniobra mal hecha; el menor descuido; la más pequeña falta, puede convertir la mole obediente y bien equilibrada, el medio de comunicación y de progreso, el implacable vencedor de las distancias y de las fronteras, en una masa ciega y destructora, en instrumento de muerte y de tortura, en vehículo de desastres y en pregonero de desgracias.

Porque tal sabe, porque no se le esconde la responsabilidad que de su oficio emana, camina el maquinista por la vía adelante inaccesible al sueño, á la distracción y al cansancio, azotado por la lluvia cuando las nubes se desatan en agua, sacudido por el huracán, cuando el trueno ruge en los aires y el rayo construye ángulos de fuego en el horizonte, tostándose de un lado y helándose de otro durante el invierno para achicharrarse por todas partes á la vez en el verano, recibiendo el beso frío de la escarcha, el hálito entumecedor de la nieve, la caricia asfixiadora del sol y el brusco manotazo del vendaval, firme en su sitio, penetrando con pupila escudriñadora las tinieblas en las noches obscuras, vigilando las curvas que describe la línea, fijándose en el menor detalle, porque en hacerlo estriba su deber, porque es á un mismo tiempo capitán y piloto de aquel buque que maneja en tierra firme sobre dos carriles de acero.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre, en quien nadie ó casi nadie repara, y á quien yo he visto ganar leguas y leguas, envuelto por torbellinos de humo, por nieblas de vapor, respirando una atmósfera de hulla, siniestramente iluminado por el resplandor rojizo que brota de la hornilla entreabierta y avaro de recorrer el trayecto á cuyo término le aguardan una vivienda humilde, un lecho blando y unos brazos de mujer que se abren cuando él llega á su encuentro de par en par.

Así va y viene un día y otro por la misma ruta, con la misma máquina,con iguales trabajos y con responsabilidades idénticas; el esfuerzo diario nada representa para él, nada representa tampoco para los otros; él está acostumbrado á ejecutarlo, los otros á vérselo ejecutar, y él y su tarea entran en la serie no interrumpida de séres y de faenas extraordinarias, transformados por la costumbre en insignificantes y vulgares.

Pero entre tantos días llega uno en que, mientras la máquina arrastra por los *rails* vagones y vagones, el maquinista observa que en dirección contraria, por la estrecha é infranqueable vía que se extiende delante de sus ojos, avanza, si el suceso ocurre de noche, un farol encarnado á cuya espalda se dibuja una masa confusa; si el suceso ocurre de día, esa misma masa confusa y negra, coronada por una nube de vapor: es otro tren, otra fuerza igual á la que él encamina y dirige, que se le viene encima con ímpetu salvaje y avasalladora potencia.

¿De dónde procede aquel enemigo imprevisto? ¿Por qué se atraviesa en la marcha de un tren? ¿Quién lo dirige en contra suya? ¿Fué un error de salida? ¿Un aviso mal dado? ¿Una orden mal interpretada? ¿Un telegrama mal entendido? El maquinista no lo sabe; no tiene tiempo de averiguarlo tampoco. El no ve más que el peligro inminente, dos moles de peso igual y de velocidad contraria que avanzan la una sobre la otra con fatal empuje, dispuestas á chocar, á destruírse, á producir desesperación y muerte donde todo era pocos momentos antes vida y regocijo; la catástrofe con sus horribles consecuencias aparece delante del maquinista y aparece inevitable, porque los trenes están muy cerca, porque no hay medio humano de detenerlos.

El maquinista puede salvarse; bástale saltar de la máquina, él está acostumbrado á tales saltos y puede salvar su vida á cambio de algunas contusiones, ¿pero y los viajeros? ¿Y el tren confiado á su pericia? ¿Y el deber que se le presenta en el espacio con gesto de mando y ademán imperioso? No; él no puede huír, no puede abandonar la máquina; debe

luchar hasta el último trance, con riesgo seguro de su existencia, y no duda, no vacila, el hombre se convierte en héroe, aprieta la manivela con mano firme, hace prorrumpir al pito en gritos de alarma, da contravapor y sigue avanzando, avanzando siempre, mientras el tren contrario avanza también, practicando las mismas maniobras y prorrumpiendo en iguales estridentes clamores.

Todo es inútil; las dos locomotoras están á cuatro metros de distancia; se hace un último esfuerzo; inútil también.... Las máquinas chocan con un ruido estruendoso de hierros que se parten, de ejes que se rompen, de calderas que estallan; los vagones, sorprendidos por aquel encuentro brutal, montan los unos sobre los otros para caer luego de golpe, deshechos, abiertos, prensando bajo sus escombros numerosas víctimas, á un lado y á otro de los carriles, escuchando por todas partes gritos de angustias, voces de socorro, lamentos, estertores de muerte, imprecaciones de rabia.

La catástrofe se ha realizado, el desastre es un hecho.

¿Y el maquinista? Allá en la cuneta de la vía, pálido, ensangrentado, con los miembros rotos, la cabeza aplastada, el pecho abierto y chorreando sangre, esclavo de su deber, muerto junto á su máquina, que agoniza con las ruedas en alto, la chimenea cerrada y la caldera rota, arrojando torrentes de vapor y montones de brazas, últimos latidos de su sangre que se paraliza, y de su respiración que se extingue.

Allí está el maquinista, el héroe anónimo, desconocido de todos, olvidado de todos también, que muere sin dejar recuerdo en la memoria de nadie, como no sea en la de aquella mujer que le esperaba en su casa con el amor en el alma y los brazos abiertos de par en par.

J. Dicenta.

DE CARDUCCI

(Páginas de su reciente libro sobre «Leopardi»)

Los años que transcurrieron desde 1815 hasta el 1850, fueron para toda Europa la estación más verdaderamente lírica de la Edad Media, es decir, de Dante y Petrarca para abajo. Fué lírica personal, con frecuencia de discorde armonía, y sangrienta muchas veces de dolor; pero potente y profunda, de gran corazón y de gran vuelo, como la que surgía pasado el invierno del año 1814, en la inquietud de los espíritus indolentes de laxitud, pero que sin embargo aborrecían el reposo, de contraste entre la revolución y la evolución, entre la religión y la filosofía, entre el hombre viejo y el nuevo, por el choque entre el racionalismo árido del siglo décimo octavo que transmutaba en una especie de morboso individualismo y las memorias de la Edad Media, de nuevo evocadas en una transfiguración de fe buscada, de fantasía querida, de arte evocado.

No por tanto fué verdadera lírica cual no dieron ni podían dar las edades, tan agitadas no obstante, del Renacimiento, de la Reforma y de las guerras de religión, porque demasiado ligadas por una parte á la escuela medioeval y á la forma clásica, y demasiado por la otra preocupadas de propagandas y de fe; ni la edad del asentamiento monárquico, que harto sofocó en la poesía y en la elocuencia la personalidad, ni el *sentidismo* inglés y francés, que estaba demasiado contento de sí.

Provenía, como casi toda la nueva literatura aunque por direcciones diversas y diversas corrientes, del movimiento de oposición á aquel tiránico *serutidismo*, á aquel racionalismo de Juan Jacobo Rousseau, que arrastró las almas con aspiraciones de libertad, de humanidad y hacia la naturaleza, poco determinadas y bastante confusas, y las excitó con punzadas de espasmo curioso que precisamente de aquella indeterminación y confusión tenía origen.

De manera que desde el año 1815 al 1850 la Europa tuvo la más abundante cosecha lírica que basta entonces tuviera, y el Mayo

fué propiamente entre el 1815 y el 1835, coincidiendo con la estación productiva de Jacobo Leopardi.

... Byron, el egoísmo liberal; Shelley, el socialismo ideal; Lamartine, la meditación sentimental mística; Hugo, la concitación representativa histórica; Plateu, la expresión clásica de la sensualidad romántica; Heine, la plástica elevación del imaginativo nacimiento popular; Manzoni, la humanización de la divinidad cristiana en los himnos, y en los tres coros y en las dos odas, la exaltación de la providencia en la historia; Leopardi, la elegía del sufrimiento humano y del dolor mundial.

Sobre esto que yo llamaré el dolor humano y mundial, y que otros bien pueden llamar el pesimismo y nadismo de la poesía leopardiana, necesario es entenderse. Carlos Leopardi, en uno de sus últimos años de vida, decía á Felipe Mariotti: «Jacobo, melancólico por naturaleza, conoció en seguida la fuerza de la melancolía y la ironía y la empleó escribiendo como sabéis.» En estas pocas y sencillas palabras de un hermano y confidente hay un resplandor para tomar derechamente la vía que conduce hacia las razones primordiales de la poesía leopardiana. Jacobo desde los primeros años y desde los primeros versitos, faltándole en derredor suyo el aire de la *vita viva*, si se me permite el pleonasmo, es decir sano, sanguíneo y mascular, tendió siempre al literato, es decir, á acrecer, dar forma, engalanar en sí mismo el literato futuro, no siendo nada en el mundo más allá ó sobre la literatura; y al abrir sus botones el ánimo y el ingenio se halló propiamente en el momento en que en torno de la literatura se consolidaba aquella nube de vaga tristeza que los franceses convinieron en llamar «mal del siglo» entonces; y no de este ó de aquel, pero de todos juntos, y de todo junto, como diré dantescamente; «il primo segillo». De cosas recientes leía en francés y en las traducciones francesas; y después que Madame Staël había abierto la vía á la doctrina de la literatura apasionante con el libro «De la influencia de las pasiones sobre la felicidad de los individuos y de los pueblos (1794)» la Francia, la Europa estaba en lo más fuerte de los debates entre los juicios y los ejemplos.

...Jacobo Leopardi, apenas llegado á la adolescencia, aspiró á plenos pulmones, sin darse de ello cuenta *el mal del siglo* que estaba en el aire: fiebre periódica del hombre civil vuelta á encenderse entonces por dos lados, la filosofía que demasiado abstraía en Alemania, y la revolución que demasiado concretaba en Francia. Para absorber la enfermedad y, por decirlo así fomentarlo y nutrirlo en sí, él estaba fatalmente dispuesto por su sensibilidad, por sus males físicos y morales, por la educación; por el contorno doméstico, por el contorno social. E influyeron primeramente á dar á la enfermedad un color vivo ardiente, los dolores de la edad discordante y de la italia enervada. Procediendo el poeta con férrido ingenio en la vida triste y en los estudios poderosos, se confirmó, cual fué de naturaleza, idealista; y tal alcanzó á representarse y representar á los demás el sufrimiento humano y mundial, donde aprendiera el mal como razón y condición del ser. A él, como á todos aquellos afectados por *el mal del siglo*, el pesimismo procedió originalmente de la creencia fundamental del cristianismo, de ser la vida pena y pasar el hombre por un valle de lágrimas; pero, donde la fe señalaba al cristiano el fin de las penas y de las lágrimas en una transfiguración superior en el más allá, la razón no podía conceder tanto consuelo á Leopardi. Y aquí se convierte en metafísico, también por hábito de artista. Numerosos son en su obra poética, aun después de la así llamada conversión filosófica, los vocablos de Dios y de Providencia; ésta, á decir verdad, ó vana ó suficientemente extraña: el primero nebuloso é indeterminado, varía unas veces del bien al mal, de Cristo á Arimanes; otras considerando junto con su obra y su providencia en una especie de panteísmo es la naturaleza, no el Hecho ni el Destino, introducidos varias veces en la poesía leopardiana, los cuales antes parecen simbolizar poéticamente la hostilidad de la Naturaleza ó de Dios hacia el hombre.

En cuyo conjunto hay, difícil paréceme negarlo, un poco de confusión metafísica y

de contradicción lógica. No distinto en esto Lepardi de Arturo Schopenhauer, quien después de limitar el conocimiento humano á los fenómenos, entronizó en el más allá una voluntad omnipotente que siendo ella el origen de las existencias individuales, es la primera razón de las miserias reinantes en el mundo; no distinto de Augusto Comte, que, negando antes toda intervención de fuerzas no materiales sobre la realidad, terminó admitiendo que el espíritu no puede hacer á menos de creer en la intervención de las voluntades independientes en los hechos humanos.

Leopardi acaso, no contradiciéndose raras veces en los particulares, se contradecía menos en los demás en general, cuando en el último canto se concita y concita á todos contra aquella oculta potencia enemiga que al fin determina con el nombre de Naturaleza. Aquí el poeta retorna solamente poeta, pero grandioso: parece acordarse de la revolución y de la conciencia misma que dió al hombre cuando aun ante la inmensidad pavorosa de la Naturaleza siente y afirma la superioridad del pensamiento. ¿De modo que esta Naturaleza es indiferente á todo nuestro mal personal, á todo dolor social? ¿De modo que ella nos aplasta como á hormigueros, á nosotros que fuimos en siglos que pasaron Alejandro y César, y aún ayer fuimos Napoleón? ¡Adelante, adelante, hermanos! Estrechemos nuestras legiones con el pensamiento y con el amor contra la Naturaleza!

Así magnánimamente corónase en la *Ginestra* la colección de cantos de Jacobo Leopardi, á quien yo he tentado enviar este humilde comentario histórico, pero él solo hizo dignísima el proemio con las nobles palabras que se leen en los *Pensamientos*:

«Esto tienen de propio las obras de génio, que aun cuando representen viva la nulidad de las cosas, aun cuando demuestren evidentemente y hagan sentir la inevitable infelicidad de la vida, aun cuando expresen las desesperaciones más terribles, todavía á un ánimo grande que también se encuentre en un extremo grado de abatimiento, desengaño, nulidad, aburrimiento y desaliento de la vida, ó en las más acerbas, *mortíferas* desgracias (ya sea que pertenezcan á las altas y fuertes pasiones, ó á cualquier otra cosa), siempre sirven de consuelo, vuelven á encender el entusiasmo; y no tratando ni representando más que la muerte, le rinden, al menos, momentáneamente, aquella vida que había perdido.....»

Después de tan austera elocuencia, aun otra contradicción del poeta. En Septiembre del año 1825, (veinticinco), tres ó cuatro años después de la así llamada conversión filosófica, él cantaba á su ignota mujer así (rara vez, ó nunca, el idealismo tuvo acento más conmovedor ó profundo):

Viva mirarti o mai
Nulla speme ni avanza
S'allor non fasse, allor che igundo e solo
Per novo calle a peregrina stanza
Verrá lo spirto mio.

Y el 22 de Diciembre de 1836, poco más de seis meses antes de morir (14 de Junio 1837), escribía á Luis De Sinner:

«Adiós, mi excelente amigo, yo experimento un intenso y vivísimo deseo de volver á abrazaros; pero esto ¿cómo y dónde será satisfecho? Mucho temo que solamente *Kal'asphodelon leimona.*» Así piadosamente comenta Sainte Beuve, y yo concluyo con él—esta vez, al amigo á quien hubiera deseado volver á ver y que no esperaba abrazar nunca más, no le dice aun, del todo, no, y con una sonrisa, enternecida y con un *quizas* de esperanza le da cita entre las antiguas sombras homéricas, en la pradera del asfodelo.

Giosué Carducci.

CRÓNICA LITERARIA

RUBÉN DARÍO EN ESPAÑA

El *pontífice*, como lo llaman los discípulos del decadentismo, marchó de Buenos Aires, su residencia, al reino Ibero. Va enviado por el diario *La Nación* en busca de impresiones artísticas que trasmitir á sus lectores.

Visita Darío por segunda vez á España; pero en circunstancias y condiciones diversas. Ayer como un bohemio que con tesón envidiable deseaba consagrarse entre los elegidos, ve á Menéndez Pelayo, á Campoamor, á Valera, á Núñez de Arce y Alfonso XIII y para todos tiene una frase gráfica al retratarlos. Y recibe del rey-niño una carta de aplauso entusiasta por su *Azul*, que acaso estimaría más que los elogios de Valera ó Campoamor.

España entonces disfrutaba de la paz y todos sus intelectuales hacían literatura. Hoy, aniquilada por las funestas consecuencias de la última guerra, piensa más en sus fábricas y en sus minas, en sus vapores de comercio y en su vinicultura.

Darío, pues, tendrá que ver el reverso de la medalla; ese prosaísmo práctico, por él (el eterno bohemio, el póstumo, como lo llama Gómez Carrillo) tan aborrecido, de la labor material, para que España se salve del naufragio á que la condujo su afición á los toros y á las comedias, á componer versos y á cantar malagueñas.

Si primero fué como un viajero enamorado del arte á conocer á sus hombres, ahora llega como un psicólogo, como un filósofo observador á tomar nota de todo lo que ve y de todo lo que escucha.

Ya tendremos oportunidad de contemplar los cuadros españoles de la paleta colorista de Darío.

—De nuestros canjes tomamos las siguientes noticias:

BELKISS

Hace justamente un año que el aplauso de la prensa, anunció la publicación de este brillante poema de Eugenio de Castro, traducido del portugués, con no menos brillo artístico, por el afamado literato argentino Sr. Luis Berisso.

Al contrario de lo que sucede á menudo con las producciones literarias americanas, la obra de Berisso ha resistido la acción del tiempo, salvó triunfalmente las fronteras, y hoy hace su segunda aparición trayendo consigo, como valioso trofeo, un buen número de encomiásticos juicios críticos de literatos europeos y americanos.

Entre los conceptos que dan una indiscutible ejecutoria al mérito de la traducción de Berisso, figuran los de literatos como *Almafuerte*, Guido Spano, Wilde, Magnasco, de la Barra, etc.

GALDÓS MÍSTICO.

Un redactor de *La Crónica de Santander*, ha hecho una visita, en su residencia de la ciudad montañosa, al insigne novelista D. Benito Pérez Galdós.

El periodista, más que averiguar detalles de los trabajos literarios á que se entrega en la actualidad la pluma inagotable del escritor esclarecido, ha querido sorprender al Galdós íntimo, y, en efecto, recogió impresiones que revelan un aspecto no muy conocido, del autor de *Episodios nacionales*.

Véase lo que dice el periodista:

«El armonium seduce á Galdós. —Verán Udes.,—nos decía el autor de *La loca de la casa*,—verán Udes. qué grandeza hay en todo esto: en la música «ojiva» que arroba el espíritu.—Y arrancaba gemidos al blando instrumento, y esparcía por la poética morada, precioso joyero de tantas perlas artísticas, las notas melodiosas de una plegaria inspirada en la fe sincera. La tarde enviaba su tibia luz á traves de las vidrieras de colores, hechas como para una Catedral, con las grandes figuras de San Juan Evangelista y de San Pedro, con otro apóstol asomando en la altura, con las tres palabras que son el catecismo literario de Galdós, trazadas en los cristales: *ars, natura, veritas*.

Y aquella luz agonizante de la tarde, y aquella trasparencia de las polícromas vidrieras, y aquella mística melancolía de la plegaria, de la música de rezar, que á Galdós subyuga; y aquel hombre insigne encorvado sobre las teclas, y poniendo suma atención en pisar el marfil á tiempo; y aquella obscuridad que iba borrando en el centro del salón las siluetas de muebles y de esculturas y los matices de los cuadros, daban á la estancia un tono y un tinte sombrío de conventual rin-

cón, y hacían pensar en un tribuno rendido en celda de fervoroso monje, á la imagen blanca de Jesús, al rostro angustiado del Mártir del Gólgota, que se destaca en lo alto de una pared, inclinado hacia el suelo, como abrumado por el peso de las humanas iniquidades, como sumido en el dolor del cruel martirio, como en actitud de pronunciar, con apagada voz, el *consumatum est*, revelación postrera de la más sublime resignación que ha presenciado el mundo.

Galdós místico, les parecerá una novedad, acaso, á quienes pondrían su misticismo en duda; pero Galdós mantiene en el despacho aquel donde se volvería á escribir «Doña Perfecta», en aquella sala de disección donde el frío escalpelo abre despojos y pedazos de la sociedad, para arrancarla sus secretos, un extraño ambiente, una atmósfera singular de religiosidad «artística». Todo lo grande de la fe, allí está y allí se ve y allí se oye: una cruz sobre la mesa donde se escribieron tantos libros inmortales; el rostro demacrado y consumido de Jesús crucificado, esculpido por mano hábil en el mármol, sobre valiosos recuerdos de pintores y de músicos, de artistas que sintieron lo sublime; el armoniun que habla al corazón, con sus ligeras notas cuando interpreta la música sagrada que guarda Galdós con tanta solicitud como su viejo archivo un maestro de capilla; y un primoroso mueble, obra cuidada de inteligente obrero, unas inscripciones que hablan al espíritu, y le envuelven más y más en sanos pensamientos: *Ave María gratia plena. Judica me Deus de gente non sancta et ab omni inicuo et doloso erue me».*

OTHELO.

(PARA J. FÉLIX ROCUANT HIDALGO).

Soberbio como un Dios, desde la puerta
De la alcoba nupcial, medio alumbrada,
Ve las cándidas formas de su amada:
¡Rosa de nieve en la penumbra muerta!

Trémulo el labio, la mirada incierta,
Sostiene en su interior lucha porfiada:
Triunfan los celos, su pasión menguada
Dentro su herido corazón despierta.

Luego apresta el puñal. Loco, demente,
Deslízase callado por la alfombra
Y se detiene en la mitad del lecho.

Contémplala un instante.... se arrepiente....
Vuelven los celos á triunfar, la nombra,
Y la hoja sepúltale en el pecho!....

Horacio Olivos y Carrasco

ERRATA.

En obsequio de nuestro distinguido colaborador el Sr. A. Espinosa Bustos, salvamos en este número la errata con que se publicó en el anterior una poesía suya titulada «Maceo».

La 4.ª estrofa es como sigue y nó como se publicó en el número 4.º:

«Maceo ha muerto. Tan gentil guerrero
Cayó en defensa de su Cuba amada;
Mártir y héroe fué, digno de Homero,
Que buscó libertades con la espada».

LA LOCURA DE MI AMIGO JUAN

Ví que le quitaba un gran temor que ella no se atrevía á manifestar. Su fisonomía me pareció enteramente cambiada. Ella habló, rió y se mostró feliz. Yo la admiré; la encontré encantadora, tanto que me sentí dispuesto á perdonarla. ¿Cuáles eran, al fin, las faltas de esta niña?... Haber preferido á un hermoso joven que la adoraba, que le haría la vida fácil y aun elegante, relativamente, sobre un poeta que no tenía otra cosa que ofrecerle que su amor y sus arrugas!

Sólo mi ciega amistad por el amigo Juan era capaz de criticar semejante preferencia.

—La hora se acerca, dijo el esposo, es menester partir. Juan se juntará con nosotros en la alcaldía.

Cecilia se levantó, dócilmente, para tomar el brazo de su patrón que había querido conducirla al altar; pero, al pasar junto á mí, me dijo estas dos palabras:

—Tengo miedo!

Fué un golpe que recibí en el pecho. Ella había adivinado mis inquietudes, ella las había formulado; ¿las sentía, pues, ella, tal como yo? ¿no eran ellas exageradas, entonces? La amé, por esta conformidad de sensaciones.... Desde este momento, le deseé las más bellas alegrías, la bendije con toda el alma, y me sentí feliz creyéndola, al fin, tan buena cuanto hermosa.

Pero Juan no nos alcanzó en la alcaldía. Cuando volvimos á salir en coche, ví una lágrima en los ojos de la novia.

—El va á venir, murmuré para consolarla.

Ella me creyó, sin duda, pues me dió las gracias por medio de una hermosa sonrisa que cayó sobre mí, como una esperanza del cielo, de sus labios de diez y ocho años.

En la iglesia tampoco apareció Juan. Esto ya se complicaba. Juan, olvidado de lo que él consideraba como un deber, nó, era imposible. Había ocurrido alguna desgracia, entonces?

Al terminarse la misa, Cecilia se me acercó:

—Vaya á buscar á mi primo, me dijo; le ruego me haga este favor.

—Iré, le contesté. No tenga Ud. cuidado.

La ausencia de Juan comenzaba á ser notada. De todos lados llovían sobre mí las preguntas. El nuevo marido, excelente joven, que tenía mucho aprecio por el bienhechor de su joven esposa, lo reclamaba en alta voz y hablaba de pasar á su casa á recogerlo con los carruajes.

Esta idea de invasión en el domicilio de mi desdichado amigo me alarmó. Me apresuré á ofrecerme para ir en su busca, juré traerlo conmigo y sin esfuerzo conseguí que se me dejara ir solo. Tomé un coche y pocos minutos después, golpeaba á la puerta de Juan. Nadie me respondió.

—El patrón no ha llegado, me dijo el portero.

Corrí á su escritorio y lo ví, sí, lo ví, agachado ante unos papeles. Al ruido que hice al entrar, él se volvió.

—Ah! llegas muy á tiempo, he terminado, me dijo, sin dejar la pluma.

Terminó una corrección y entregó su prueba á un muchacho, que la llevó. Después me tendió la mano y volvió á sentarse.

Caí sobre una silla sin saber lo que hacía. Yo no había previsto nada semejante. Esperaba siempre que una palabra, estallando en medio de esta prodigiosa calma, me lo mostrase al fin tal cual debía estar, á mi parecer loco ó desesperado.

Con la misma calma; me dijo:

—Has hecho muy bien en venir.

No pude contenerme.

—Ya lo creo! exclamé; te esperan; se han casado sin tu presencia, desdichado!

—Y bien ¿que hay en ello de malo? respondió secamente; no tenía nada que hacer en esa fiesta ¿á qué habría ido? dile que no me esperen.

—¡Cómo! y tu prima? y tu amistad para con ella? y lo que pueden pensar?

—Todo eso me es indiferente.

—Bueno, pero estas cosas no se hacen.

Yo estaba exasperado por su imprevista tranquilidad. Había gastado todo mi valor en contenerme, en desechar toda la mañana mis íntimos temores y lo encontraba tranquilo, casi risueño, porque se sonrió al responderme.

—Parece que se hacen, puesto que las hago.

En ese momento, á pesar de mi amistad para con él, le hubiera deseado una desgracia.

—¿Es tu última palabra? pregunté levantándome.

—Sin duda.

Y tomó una nueva prueba que colocó ante su vista. Sentí el contacto de su pluma con el papel. Y me dejó salir sin volver la cabeza.

III.

Volví muy disgustado donde los recién casados. Juan no tenía excusa y era, sin embargo, necesario excusarlo. Desde que advirtie-

ron mi vuelta, me acosaron á preguntas. Se nos había esperado para almorzar; tenían hambre y hube de soportar los reproches de los estómagos irritados.

—¡Cómo! ¿Viene Ud. solo? me preguntaron todos.

Solo una mentira podía echar, y la eché.

—Juan está enfermo, no puede.....

Cecilia lanzó un grito.

Y como yo había titubeado al contestar, la novia, imaginando que se trataba de algo serio, se había desmayado.

Hubo una turbación general y aprovechando ese momento de emoción, le deslicé al oído estas palabras:

—A Juan le ha faltado valor para asistir al matrimonio de Ud.; pero su salud es perfecta ésta es la verdad de las cosas, para Ud. sola.

Ella felizmente pudo darse cuenta de lo que yo le decía, y la sangre ascendió nuevamente á sus mejillas. Pero este incidente abrevió el almuerzo. Cecilia continuaba pareciendo preocupada y casi triste. Después... los esposos partieron para el campo. Ella me estrechó la mano, diciéndome:

—Cuídelo.

(Continuará)

ACCIONISTAS

de "La Revista de Valparaíso"

Acevedo, César	2
Adrover, Carlos	1
Barrie, Carlos A.	1
Bascuñán, Teodoro	1
Bermúdez, Enrique	1
Bobillier, Víctor	1
Camus V., Alfredo	1
Camus V., Ezequiel	2
Cárdenas, Angel C.	2
Chaumés, Alfonso	2
Claro, Santiago	2
Cruz, Eudoro	1
Cuevas O., Alfredo	2
Cumming, Alberto	1
Delfín, Federico	1
Edwards V., Alberto	8
Edwards V., Carlos	2
Edwards, Joaquín	1
Echeverría, Roberto	1
Escobar C., Ricardo	2
Feliú H., Camilo	6
Feliú H., Guillermo	2
Feliú H., Oscar	1
Feliú H., Daniel E.	1
Ferreira, Luis	1
Fraga, Estanislao	2
Fuenzalida, Enrique	1
Garnham, Luis	1
Garretón, Ramón	1
Hübner, Ernesto	1
Jara Torres, Carlos	1
León Silva, Alberto	1
Lyon O., Enrique	1
Manterola, Fernando	2
Manterola, Benjamín	1
Marambio Montt, Ernesto	1
Martínez, Heraclio	5
Maturana, Alejandro	1
Melcherts, Gustavo	1
Newman, Carlos	1
Otaegui, Juan E.	1
Pascal V., Gastón	2
Poirier, Eduardo	1
Pomar, Ramón	1
Portaluppi, Alejandro	1
Prieto, Francisco	1
Puelma, Luis Felipe	2
Reitze J., Enrique	1
Ríos González, Tomás	1
Rivera, Guillermo	5
Robles, Enrique	1
Rodríguez V., Eugenio	1
Rojas Riesco, Diego	2
Ross, Gustavo	2
Rudolphy, Alejandro	1
Valenzuela, Jorge	1
Valverde, Juan Luis	1
Varas, Antonio	2
Vargas C., Eulogio	1
Vásquez, David	1
Vicencio, Carlos	1
Winter, Luis A.	1
Urenda, Manuel	2
	101

"LA UNIÓN CHILENA"

COMPAÑÍA DE SEGUROS

FUNDADA EN 1858

CAPITAL ..... $ 2.000,000.00
FONDOS ACUMULADOS ..... « 535.595.15
SINIESTROS PAGADOS ..... « 2.290,055.91

Administrador: D. Benjamín Dávila Larraín,

Santiago—Huérfanos, N.º 803.

"La Nacional"

CAJA DE AHORROS Y DE SEGUROS

CAPITAL ..... $ 2.000,000.00

Gerente: D. Luis Dávila Larraín,

Santiago Huérfanos N.º 1161

Estas compañías efectúan seguros en las mejores condiciones sobre edificios, mercaderías, muebles, maquinarias, etc., etc., como igualmente se asegura el lucro cesante de los arriendo, cobrando

PRIMAS MÓDICAS

Agente en Valparaíso:

CARLOS R. NEVES,

81-PRAT-81

AGENCIA GENERAL DE PRODUCTOS CHILENOS

DE CUITIÑO Y HURTADO

SUCESORES DE D. RISOPATRÓN CAÑAS

Prat 95—VALPARAISO—Casilla 623

Teléfono Inglés 152

Venden todos los vinos nacionales en cajones, javas y barriles. - Toda clase de conserves y licores.—Productos manufacturados. - Frutos del país y forrajes en general.—Mármoles blancos y de colores.

NOTA.—Tienen constantemente vinos desde $ 20.00 las 100 botellas de las marcas más conocidas y blancos desde $ 30.00 el 100 de botellas.

La "Revista de Valparaíso"

establece canje con todas las revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Se publicará un juicio crítico de toda obra nueva que se envíe á esta redacción.

La Revista se halla en venta en la librería de Wescott y C.ª, y de El Mercurio, en la calle Esmeralda; en La Ilustración, de D. Matías Vilet, calle Condell; en la de El Porvenir de D. Eucarpio Sánchez, en la calle de la Victoria; en la librería de C. F. Niemeyer y donde C. Kirsinger y C.ª

AGENCIAS:

En Santiago.—La librería de D. Mariano Servat, calle Ahumada, esquina de Huérfanos; y la de J. W. Hardy, Portal Fernández Concha núm. 5.

En Quillota.—Cigarrería de D. Lorenzo Osorio.

En la Serena.—En la librería Americana de D. M. Sains Peña.

En Concepción.—Librería de Serrato y Almacén de Kirsinger y C.ª

En Iquique.—Librería de M. Gansón y C.ª

Revista de Valparaíso

Año I — Valparaíso, Abril de 1899 — Núm. 6

Revista de Valparaíso.

PERIODICO MENSUAL DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

Se publica los dias 1.° de cada mes

Precios de suscripción

Por semestre..... $ 2 50
Por un año..... « 5 00
Número suelto..... « 0 50

SE RECIBEN AVISOS

PARA SU

PUBLICACIÓN EN "LA REVISTA"

TARIFA

AVISOS DE 1 PAGINA

$ 60 por un año
32 » 6 meses
18 » 3 meses

AVISOS DE ½ PAGINA

$ 32 por un año
18 » 6 meses
10 » 3 meses

AVISOS DE ¼ DE PAGINA

$ 20 por un año
10 » 6 meses
6 » 3 meses

AVISOS DE ⅛ DE PAGINA

$ 12 por un año
7 » 6 meses
4 » 3 meses

Toda comunicación concerniente á *La Revista* deberá dirigirse al Administrador Sr. D. Alberto Edwards, casilla N.° 2162 del correo N.° 2.

LOS GRANDES PROBLEMAS DE VALPARAÍSO

MIRADOS Á VUELO DE PÁJARO

(A D. Alejo Barrios)

III.

CAUCES DE DESAGÜE Y CAÑERÍAS DE ASEO

Señores Directores:

Suponiendo estudiados los problemas relativos á los aluviones invernales, á la nivelación de la parte plana de la ciudad, al ensanchamiento de las calles angostas, á la apertura de nuevas avenidas, etc., se presenta otro problema culminante, mejor dicho, otro problema fundamental en la transformación general, á saber: la reconstrucción de los actuales cauces de desagüe y la mejora de las cañerías de aseo, con arreglo á los nuevos niveles de la población.

Buenos cauces de desagüe y buenas cañerías de aseo, significan para Valparaíso seguridad y limpieza, higiene y salubridad; significan ciudad decente, ciudad habitable, digna morada de un pueblo culto, que vive y se educa para las luchas del trabajo y de la inteligencia.

Comprimida entre el mar y los cerros, como el pie de una princesa china dentro de diminuto é inextensible calzado, é infecto el aire por las emanaciones del suelo impregnado de deyecciones é inmundicias de todo género (el actual saneamiento de la ciudad es insuficiente), la opulenta Valparaíso, hoy por hoy, no es otra cosa (disculpenos el lector), que una cloaca pestilente, una fosa mortífera, en la que los niños caen como moscas envenenadas,

y los grandes envejecen á los cuarenta años y mueren á los cincuenta!

Si no fuera que las brisas marinas renuevan diariamente el aire, limpiándolo de miasmas pestilentes, Valparaíso sería inhabitable, más insalubre que las ciudades tropicales en que reinan las fiebres malignas y todas las enfermedades que engendran el desaseo y la impureza del aire ambiente.

Es realmente bochornoso para nuestra administración municipal, que en un país tan benigno como es el nuestro, de clima tan bello y sano, la urbanización y las condiciones higiénicas de nuestras ciudades sean tan deficientes. Es este un inmenso vacío, una mancha negra en nuestra actual civilización, que salta á la vista de los extranjeros ó de cualquiera que haya visto una ciudad moderna, pero que no alcanza á llamar la atención de nuestros poderes públicos, que debían comprender que las aplicaciones de la higiene no sólo se fundan en un sentimiento de humanidad ó de propia conservación, sino que entrañan al propio tiempo los más elevados problemas económicos que se relacionan con el incremento de la población y la economía en los servicios de beneficencia; ni mucho menos de nuestros municipios autónomos, ó sea de ese poder local tan decantado en Suiza, en Estados Unidos y otros países por sus excelentes resultados, y que tan vergonzoso fracaso ha tenido en Chile, debido más que á la insuficiencia de la ley, á la manifiesta incapacidad moral de nuestro pueblo para gobernar sus intereses comunales.

Dejando á un lado el tristísimo espectáculo que ofrece nuestra administración comunal, desde un extremo al otro de la República; apartando la vista de esa ardiente fragua política, en que hierven las pasiones y se aiseñan de cuerpo entero y al desnudo todos nuestros defectos de educación, nuestras aptitudes negativas de raza, y por encima de todo la asquerosa serpiente de los intereses de círculo sobreponiéndose y ahogando á los comunales; y confiando en que una atinada reforma de la ley y una nueva educación cívica, ó sea una *nueva higiene moral*, han de dar como resultado—un día que creemos cercano—el perfeccionamiento de nuestro carácter nacional—hoy tan ambiguo, tan informe, tan incoloro y tan egoista—y la capacidad necesaria para la vida libre,—que tanta falta nos hace,—pasaré á ocuparme de la higiene de Valparaíso (como se lo tengo prometido al amable lector), simbolizada en parte en la reconstrucción de los cauces de desagüe y en un buen sistema de cañerías de aseo.

Es un hecho reconocido é indiscutible que los actuales cauces de desagüe de Valparaíso son obras defectuosas y de todo punto inadecuadas para el objeto á que están destinadas, como sobradamente lo prueban los frecuentes embancamientos, rupturas y desbordes que dichos cauces experimentan todos los años lluviosos, dando lugar á las inundaciones invernales.—Es precisamente por esta razón que hemos dicho en nuestro primer artículo que, lejos de ser cauces de desagüe y seguridad, los de Valparaíso parecen más bien *unas maquinarias* construidas *ex-profeso* para inundar la ciudad.

En efecto, como obra de arte, los actuales cauces tienen un aspecto horrible; y en cuanto á su capacidad para contener los aluviones, la tendrían suficiente si estos no arrastrasen las enormes cantidades de arenas que los embancan é inutilizan.

(Ya hemos indicado los medios de evitar el arrastre de arenas, en nuestro primer artículo).

Para garantir á la ciudad contra las inundaciones, es indispensable proceder á la reconstrucción de los cauces de desagüe, con arreglo á un plan más elevado que el actual (para aumentar la pendiente en la parte plana, y en relación con la naturaleza y magnitud de los aluviones que se forman en la cuenca).

Además de los medios ya indicados para evitar el desprendimiento y arrastre de arenas, convendría construir al pie de los cerros (en las partes más adecuadas de los mismos cauces) un sistema de *desarenadores*, ó sea una serie de cisternas de suficiente capacidad, con el fin de retener las arenas que—no obstante la eficacia de los demás medios propuestos con el mismo objeto—puedan arrastrar los

primeros aluviones del invierno, que son los que mayor cantidad de arenas arrastran.

La construcción de estos desarenadores no ofrecería ninguna dificultad, y su eficacia sería efectiva y de grande importancia. Para formar las cisternas, bastaría construir, en los cajones de las quebradas, tranques ó muros de sostenimiento, con sus respectivos vertederos y cascadas, para dar paso á las aguas, reteniendo las arenas.

Ahora bien: si en cada cauce se construyesen, por ejemplo, unos diez estanques, las arenas aluviales quedarían en ellos retenidas, y de este modo se evitaría el relleno ó embanque de los mismos cauces en la parte plana, con lo cual se anularían las inundaciones.

Los desarenadores deberían construirse al pie de los cerros, con el fin de aprovechar con el menor costo la mayor capacidad posible del cauce, y también para facilitar la extracción de las arenas acumuladas, y el acarreo de ellas, por la avenida ó camino de cintura cuya apertura hemos insinuado en nuestro segundo artículo, al pie de dichos cerros.

La extracción y acarreo de las arenas acumuladas en los desarenadores, no irrogaría grandes gastos, sobre todo si se emplean medios mecánicos, muy fáciles de imagínar. Estas arenas que quedarían acumuladas al pie de los cerros podrían emplearse en el relleno de las partes bajas de la ciudad y como material de construcción.

Se comprende, pues, que por éste y los demás medios propuestos en nuestros anteriores artículos, realizados con estudio y método se lograría, si no anular completamente el arrastre de arenas al plan de la población, al menos se disminuiría considerablemente su cantidad, con lo que se habría disminuído en la misma proporción el carácter peligroso de los aluviones porteños.

Suprimido, ó por lo menos disminuído, el peligro de las arenas, ya no habría necesidad de ensanchar los actuales cauces; bastaría con rectificarlos, levantar el plan para aumentar la pendiente ó sea la velocidad de escurrimiento, y abovedarlos con arreglo al nuevo nivel de la ciudad (parte plana)

Es posible que, no obstante las precauciones tomadas para evitar el arrastre de arenas á la parte baja de los cauces, una cierta cantidad pueda acumularse en ellas; y por lo tanto, habría necesidad de adoptar un medio expedito y económico de extracción.—Por el momento nos parece que daría buenos resultados un ferrocarril colgante en el interior de la bóveda, provisto de troneras ó escotillas de trecho en trecho, por las cuales se elevaría la arena de norias ú otro mecanismo adecuado.

Arregladas las cosas conforme al plan propuesto en estos artículos, ó por otro que se estime preferible, creemos que las arenas acumuladas en los cauces (parte plana), serían insignificantes, y por lo mismo fáciles y poco onerosas las limpias anuales.

Esta sola mejora afianzaría suficientemente la seguridad de la ciudad, permitiría el ensanchamiento de las calles, etc., etc.

CAUCES DE CIRCUNVALACIÓN.

Aunque de un modo vago, háse también emitido la idea de un *cauce-colector de circunvalación* para recibir y desviar hacia afuera de la ciudad los aluviones de Valparaíso.

Esta idea, que á primera vista cautiva, no resiste al más somero examen.

¿Cuáles serían las condiciones de dicho cauce?—¿A qué altura sobre el nivel del plan de la ciudad se ubicaría?—¿Cómo funcionaría?—¿Cuánto costaría?

Si se construyese al pie de los cerros, que parece lo más racional, para que pudiese recoger todas las aguas que descienden de las alturas, se tropezaría con el inconveniente de la poca pendiente y su costo sería excesivo, por el valor de las expropiaciones, etc. Si se construyese á mayor altura, para ganar pendiente, dejaría de recoger las aguas de la zona que quedase entre el plan y el cauce, y á causa de los numerosos viaductos y túneles que habría que construir para salvar las quebradas y cerros, su costo sería también excesivo.—Esto sin contar con que el funcionamiento de un cauce semejante sería problemático, lo que constituiría un serio peligro para la ciudad, mucho más serio que el que hoy ofrecen los aluviones repartidos en los numerosos cauces actuales.

Un gran colector de aluviones ubicado en los cerros de Valparaíso, sería «la espada de Damocles» colgada sobre la *cabeza* de la ciudad; espada que, por otra parte, costaría un platal.

Creemos, pues, que la idea de un colector de circunvalación, que á primera vista seduce, dada la topografía especialísima de los cerros de Valparaíso, es completamente inaceptable.

CAÑERÍAS DE ASEO.

Debemos confesar, señores Directores, que ignorábamos la historia del servicio de desagües establecido en Valparaíso.—Grande ha sido, pues, nuestra sorpresa, al imponernos por las recientes publicaciones de la prensa, que las autoridades porteñas tienen entregado este importante servicio—el más delicado é importante de los servicios higiénicos de una ciudad—al lucro de una sociedad particular!

¿En qué hora se hallaban las autoridades de Valparaíso cuando entregaron el desagüe y limpieza de la ciudad al interés particular? —¿No se les ocurrió mejor medio de efectuar ese delicado é indispensable servicio?

En realidad, no sabemos en qué extraño criterio se inspiran nuestras autoridades administrativas al resolver los problemas de los servicios públicos.

¿Se guiarán, acaso, por la famosa doctrina del *laissez faire* y del *laissez passer* de los fisiócratas, con la cual llegaban casi á suprimir las funciones del Estado, en su empeño por revindicar el imperio absoluto del *interés particular*, como si esta fuese la única fuerza viva que se genera y actúa en el organismo social?

Pero si nuestras autoridades conformaran las soluciones administrativas á tan anticuada y dogmática doctrina, el gobierno no construiría ferrocarriles, caminos y puertos, no subvencionaría á compañías de vapores, ni el congreso autorizaría la inversión de los dineros públicos en la construcción de templos y otros servicios que el interés particular podría realizar con mayor eficacia que los servicios higiénicos, por ejemplo.

Estándonos á los hechos, parece que nuestras autoridades administrativas no obedecen á ningún criterio en el cumplimiento de sus funciones. Sin esto no podríamos explicarnos que, encomendando en Chile la ley fundamental los servicios higiénicos al Estado, como en todos los países cultos, sólo en los últimos años el Gobierno haya dado algunos pasos—muy débiles aun—para dotar de agua sana y potable á algunas ciudades del país.

En cuanto al servicio de desagües y limpieza de las ciudades, ni cuando corría á cargo de los intendentes, gobernadores y subdelegados, ni hoy que corre á cargo de los alcaldes, esos terribles caciques locales, ha avanzado un paso en orden á su estudio y mejora.—Mucho se ha confiado y esperado del *interés local*; pero la verdad es que hoy tenemos en nuestras ciudades los mismos basurales y los mismos focos de inmundicias de antaño, las mismas filtraciones y las mismas emanaciones malsanas, que vician el aire y engendran las pestes y epidemias.

Todos estos males están á la vista, se sienten, se palpan, estamos en contacto con ellos; día á día somos testigos de su destructora acción, sin que nos preocupen ni mucho ni poco las víctimas que caen á la fosa.

No hay higienistas bastante sabios, ni filántropos suficientemente humanitarios, ni estadistas concienzudos y capaces que tomen medidas eficaces para disminuir las aterradoras estadísticas de la muerte.

¿Y los Institutos de Higiene?

—Son instituciones que acaban de nacer en Chile.—Su acción es todavía débil.

¿Y los alcaldes?

¡Los alcaldes!—Estos magnates no tienen más noción que la *politiquería*, ni más ideal que crear empleos para recompensar á su gente.....

Con todo hemos visto con satisfacción que un alcalde de Valparaíso tuvo el propósito de adquirir las cañerías y demás útiles de la Empresa de Desagües, suponemos que con el fin de ensanchar y mejorar ese servicio, hoy en extremo deficiente.

Ojalá no se abandone tan laudable propósito.

Valparaíso necesita un servicio de desagües más completo y eficaz que el que actualmente posee.—Es preciso que la prensa local, el Consejo de Higiene, las autoridades, el vecindario, todo el mundo, se interesen en la solución de tan importante problema.—Sin buenos desagües, Valparaíso será siempre un foco de pestes y enfermedades, no obstante sus aguas y brisas marinas.

¿Y el *modus operandi* de la reforma de las actuales cañerías?

—Hay muchos y buenos ejemplos, que imitar. Allí están los magníficos desagües de París, de Berlín, de Londres y muchas otras grandes ciudades europeas y americanas, que son obras modelos de su género.

El estudio de un buen sistema de desagües, es otro de los grandes problemas de la transformación de Valparaíso.

Máximo Jeria.

(*Continuará*)

ENSUEÑO.

El prado es verde, como el mar tranquilo,
Cual son tus ojos, que mi vida son;
Por él cantando, levemente vamos,
Reclinado en mi amor, tu corazón.

Y soy feliz, porque mi gloria es grande!
La miro en tus pupilas centellear.....
¡Cómo cantan las aves en el bosque!
Avergüencen tus labios su cantar!

¡Canta, canta, risueña, mi alegría!
Te acompaña, trinando el ruiseñor.
Canta, canta! que sobre el prado flote,
Alada y dulce, tu canción de amor!

El prado es verde, como son tus ojos,
Huellan el césped blando nuestros pies;
De rosas coronada va tu frente,
La mía ciñe el inmortal ciprés.

¡Canta, canta, el orgullo de mi triunfo!
Vencido está el Dolor: Te tengo á tí!
Canta, canta! Voy ébrio... y es mi dicha:
Como yedra, enlazada vas á mí!

D. E. F.

«¡HOMBRE AL AGUA!»

Dos veces en mi vida he sentido este grito terrible.

Nadie que no lo haya oido, brusco y vibrante, en medio del océano, podrá comprender la angustia desesperada de esta exclamación de muerte. Porque de muerte se trata, en efecto, las más de las veces.

Imagínese por un instante la situación del infeliz que, en un momento de descuido, cae al agua, desde la cubierta de un vapor á toda marcha y que, como es lo más frecuente, no sabe nadar. Es la muerte, horrible y segura, la muerte, espantosa y desesperada, á la vista del buque que se aleja con cruel velocidad. ¿Qué puede aguardar el miserable? Todo auxilio es tardío para quien apenas si puede sostenerse algunos segundos sobre la superficie.

Y todavía, cuántos desgraciados que caen sin que haya visto nadie la mortal caída, ó que son arrebatados por las olas, en medio de una tempestad deshecha, cuando todo socorro es imposible!

El caso más favorable parece ser el del buen nadador que cae sobre un mar en calma, y hasta sin una arruga, como acontece con frecuencia entre los trópicos. No ha recibido el menor daño y ha sido visto. Y sin embargo, pensad que esa tranquilidad azul, que

invita al baño, encierra la traición... En estas aguas pululan los tigres de mar, mil veces más temibles que los tigres de Bengala. Son aguas de tiburones. Ocultos completamente, solo asoman sobre la superficie el triángulo siniestro de su aleta dorsal, que avanza con la rapidez de un torpedo cuando se lanza sobre la presa!

He visto en el Museo de Historia Natural, en Berlín, un ejemplar de la especie (inofensiva) «Selache máxima», que mide más de 7 metros, y sé que en el «Museo Británico», se conservan los maxilares de un enorme «Carcharodon Rondelettii», de los mares de Australia, que entero, midió 36 y medio pies de longitud. Parece ser este último el mayor Selacio conocido.

Pero quiero referir mis dos casos y allá va el primero.

Era la tarde del 5 de Enero de 1897 á bordo del vapor alemán *Neko*, en viaje de Valparaíso á Hamburgo. Navegábamos frente á Porto Alegre, como á 150 millas de la costa brasilera, con buen tiempo. Después de comida, nos habíamos reunido sobre cubierta, á estribor. Los pasajeros de primera conversaban, formando un pequeño grupo cerca del salón, salvo yo, que á corta distancia leía tranquilamente. El capitán había subido al puente y, á media altura del trinquete, los marineros arreglaban no sé qué. El mar parecía saturado de azul de Prusia y el *Neko* avanzaba, avanzaba, constante, engullendo las millas.

De repente, en medio de la gran calma se oye un grito precipitado..... *¡Mann über Bord!*

No, nunca, jamás olvidaré ese grito horrible.

Ahora mismo, mientras escribo, lo oigo resonar, rápido, claro y vibrante de rudeza germánica. En un instante, como monos, se descuelgan los marineros de lo alto del palo, mientras que yo, en el primer momento, me quedo en mi silla, clavado por el espanto.

Pero los pasajeros corren á babor y de un salto me reúno con ellos. Un fogonero ébrio acaba de arrojarse al agua. Todos nos inclinamos ansiosos, sobre la borda, cuando alguien lo divisa como á cincuenta metros por la popa. Una en pos de otra, se le arrojan dos roscas salvavidas, al mismo tiempo que resuena el timbre eléctrico en la máquina, nervioso é imperativo.

Entretanto yo, aturdido, no veo nada, no me doy cuenta de nada. Solo sé que se trata de la vida de un hombre, de un hombre que va á perecer, porque está ebrio y me siento capaz de una locura. Pero, nó, ¿qué sacaría? Sé nadar, mas un borracho es muy pesado. Me faltarían las fuerzas y sería un sacrificio estéril. Además, no lo diviso. Así habla mi egoísmo.

Pero ¿por qué no se detiene el vapor? Nó, no se detiene. Por el contrario, va cada vez más ligero y aun parece que ha cambiado de rumbo. Sí, es indudable, va cambiando de rumbo y describimos una gran vuelta, mientras corren los minutos.

Trascurren 5... 7... trascurren 10 minutos y vamos á completar un círculo.

¡Círculo bendito! Porque al cerrarse, he ahí, que dentro de su área salvadora aparece una cabeza. Es el pobre diablo de sueco, que nada como un perro. ¡Tente firme, Escandinavia! Te salvaremos.

Á la alarma del timbre, el vapor se detiene lentamente. Suspendido del costado, ya está el bote tripulado y listo. Y parte. Al fin!

Como á 80 metros, el sueco, nada vigorosamente. Pero ¿es ese el fogonero? ¿Es ese el hijo de Baco? Más parece algún Tritón. Todavía algunos momentos y un enorme marinero alemán, de talla hercúlea, se inclina sobre él y lo toma por los cabellos. Lo ha levantado como una paja y veo en el aire dos largas piernas de bípedo implume y luego al bípedo entero en el bote. No es pues un Tritón.

Hace 20 minutos que se ha fugado, y ya tenemos en nuestro poder al desertor. Está bastante pálido el buen hombre, y esto se explica fácilmente. De una pequeña herida en su cabeza dura, se encarga el médico de abordo. *¡Gott sei Dank!* Ya puede el *Neko* continuar su marcha, que hasta las salvavidas se han salvado!

Han pasado dos años. De nuevo me hallo sobre la cubierta de un vapor, del *Buenos Aires*, alemán también, pero en viaje de vuelta. Vamos á Montevideo.

Por segunda vez el mar del Brasil, azul, profundo y tibio se extiende en derredor, como una turquesa inmensa. Son las 2 de la tarde y el tiempo es admirable. Estamos en la latitud de Bahía, pero á muchísima distancia de la costa, que no se divisa. Á bordo, todo está tranquilo. Hasta la gallegada que embarcaremos en Vigo, *ne rémue pas*, aletargada por el gran calor.

De súbito, un muchacho español, llega corriendo. «Un hombre se cayó al agua», me dice. Pero, ¿de dónde? ¿y quién es? El muchacho se enreda, no sabe explicarse. Pero está seguro. Lo vió él.

¡Mann über Bord! ¡Mann über Bord! grito entonces desesperadamente, con todas mis fuerzas, asustándome yo mismo de estos gritos que no me parecen míos. Acudió el 1.er oficial. ¿Qué hay? ¿Quién se ha caído? ¿Quién lo vió? Traduzco las palabras del niño, mientras se forma en torno nuestro un tumulto de españoles de 3.ª Todos hablan y gesticulan á la vez. El muchacho cree que habrá sido el carpintero, pero el carpintero, palideciendo, aparece detrás del oficial. No es, pues, el. ¿Pero quién es? Nadie falta. ¿De dónde cayó? pregunta de nuevo el 1.º De ese bote, respondo por el rapaz, tan asustado como si él fuese el culpable de la desgracia. Se corre al bote. *¡Der Johann ist nicht da!* En efecto, no está ahí. Juan, el mejor marinero, á quien hace un momento hemos visto, es el caído.

Entonces la confusión es espantosa. Todos corren. El 1.er oficial se estrella contra un obstáculo cualquiera y se parte la frente. Cubierto de sangre sube, sin embargo, al puente. Y resuena el timbre. Pero ya han pasado más de 5 minutos y, ahora solamente, se va á cambiar de rumbo.

En tanto, al hombre no se le ve y los españoles juran y se desesperan. Trato de alentarlos, diciéndoles que se salvarán. He visto otro caso y le salvaron. Seguimos andando.

Pasan todavía 10 minutos. Hemos descrito un gran arco. De repente un golpe de timbre. *Stop!* Y el vapor se detiene.

Pero sobre la superficie del agua no divisamos nada. Se larga un bote, al mando del piloto. ¡Qué angustias!

Un gran vapor francés, que marcha paralelamente, pero con rumbo opuesto, se detiene al ver nuestra extraña maniobra. Sabe por experiencia lo que significa y ahí se ha quedado, observando también, esperando...

El bote se ha alejado mucho y, obedeciendo á las señales que se le hacen desde el puente, comienza á voltejear. De á bordo, todos los anteojos, todos los ojos, se pasean por la superficie, escudriñando la más leve ondulación del agua. Y nada, ni el menor indicio, nada. Y el marinero era nadador excelente, dice el Steward. Han pasado 20 minutos ya. Una española, fuera de sí, grita incesantemente. «Pára vapor! Pára vapor!» «Señora, hace rato que no andamos y le buscan con el bote».

Corre media hora y á la excitación va sucediendo en todos la calma; la calma; ay! de las esperanzas perdidas. El bote continúa cruzando, pero el hombre no aparece.

¡Qué espantosa es la inmovilidad del mar azul, de un azul que irrita, como una sonrisa hipócrita!

Hay la obligación reglamentaria de buscar durante una hora y se sigue buscando, pero sin alientos ya, perdida en absoluto hasta la última probabilidad, sin entusiasmo, sólo por cumplir la fórmula del deber.

Y pasa la hora y el bote vuelve lentamente... se le iza y seguimos nuestra marcha, entristecidos, con un hombre menos... El que no haya experimentado esta última, horrorosa, sensación, no la desee.

Poco después, contaba el oficial que, antes de partir la chalupa, había divisado, desde el puente, al marinero, nadando á la distancia. Que de repente el infeliz agitó los brazos, saltó casi fuera del agua y se hundió en seguida con espantosa fuerza; como que «*algo*» lo hubiera cogido por debajo. También el piloto, lo creía devorado por un tiburón.

Al día siguiente se sacaba, para depositarlo en la bodega, el baúl del pobre marinero. Era una pequeña caja de madera, de color oscuro y parecía un ataúd. Sobre la tapa, con letras blancas, se leía un nombre, que conservo, «*Johann von Bargen*».

D. E. FELIÚ H.

EL VALLE DEL SILENCIO.

Sin tomar la melancolía como oficio, ni la tristeza por profesión, ni ser siquiera filósofo en ciernes ó solitario aburrido, comprendese la necesidad de huir, á lo menos durante una temporada del año, del bullicio de las grandes ciudades, y de mirar cara á cara á la naturaleza, siempre hermosa, siempre nueva, ya que sobra tiempo para recrearse largas temporadas en la contemplación de aquellos blanquísimos y gallardos perros de agua, conductores inmóviles del carro de Cibeles, á que se ha convenido en bautizar con el pomposo nombre de leones.

Pensando esto decidí buscar refugio durante algunos días en un rincón de los más escondidos y naturalmente bellos que ufanas ostentan las provincias Vascongadas.

En región silenciosa, ajena al roce social reino del descanso, nación del reposo, que forman uniéndose en amoroso abrazo tierras de Vizcaya, de Alava y de Guipúzcoa y cuya capitalidad, modesta sí, pero honrada (como decían en los melodramas del repertorio antiguo), corresponde al establecimiento de Santa Águeda.

Tan dulce tranquilidad, tan ensoñadora calma, bien merece que hayamos bautizado á este venturoso valle con el nombre de «Valle del Silencio».

Altísimas montañas le aíslan de la vida febril; picachos en que se enredan girones de niebla, defiéndenle como naturales fortalezas de piedras y de nubarrones, de los embates del mundanal ruído; los encrespados torrentes que se precipitan desde las alturas; los mansos arroyos que copian en su cristal el quieto paisaje recrean con salvaje, áspera música, ó con dormidos rumores de un sonido nuevo, de ensoñadora armonía que invita al reposo, que arrulla el sueño, y en nada se parece al molesto bullir de calles y paseos en la ciudad.

Admiro en cambio, el agitado y silencioso trabajo de la naturaleza, el espectáculo de mudables paisajes, transformados rápidamente como decoración de teatro, á la que sirvieran de bambalinas, grises nubes; de bastidores, rocas y bosques; de fondo el anfiteatro de montañas, muela colosal minada por obscuros barrancos y hendida por hondos riachuelos.

Algunos días de neblina parécenos contemplar en las primeras horas de la mañana, algo como la formación de un mundo: el telón de niebla de dulce tono pálido plateado, comienza á desgarrarse al sentir el contacto de la luz; un brumoso blanco mar inunda con sus agitadas ondas abismos de sombras; trozos de indecisa luz; á poco surgen como perdidas islas, negruzcas cimas, pirámides de granito, alejadísimas rocas sembradas de árboles que semejan buques navegando en el océano de bruma: las ondas de humo y de luz bajan desatadamente por la montaña, forman insondables pliegues y se mueven y agitan como espumosa marea que se estrellara en bravíos acantilados.

A todo esto el tragín de las nubes permite abrirse en un lado y otro estrechas gargantas por entre las cuales se adivinan somnolientas umbrías, cabañas y caseríos de fantástico dibujo: la vista se recrea y se abisma al contemplar cómo en el solemne silencio de la naturaleza va surgiendo el paisaje húmedo de verdes mortecinos y de empañados tonos de

plata: la caudalosa niebla le envuelve á veces y parece como que ha de tragarse de pronto aquella naciente hermosura, pero luego se retira en otra dirección y corre y se despeña por laderas ó se precipita en los abismos, rota en girones.

Por fin, el espectáculo sublime se ofrece. La niebla, que ha ido contorneando como en un mapa aquel país nebuloso y señalando en él costas, entradas, arrecifes y cabos, esboza, por fin, los borrosos caminos, modela solitarios caseríos, clarea los apartados bosques, descubre espumosas cascadas y se cuelga de profundos barrancos; surge, de pronto, dorada por el sol, que la envuelve en abanico de luz, una maravillosa decoración de piedra y de verdura, sobre la que flota un momento blanquecino baho, á semejanza de ese polvillo sutil que mancha las estátuas cuando las deja ya terminadas el escultor.

¡Qué variedad de paisaje ofrecen al medio día estas mismas montañas cuando el sol cae á plomo y las retuesta! Recuerda entonces el paisaje un trozo de Naturaleza africana; las rocas adquieren tonos rojizos; las crestas relumbran, cual si fuesen de pulido bronce, y los riachuelos parecen serpientes de luminosa lava. Y ¡qué grandioso cuadro el del anochecer, cuando las formas se borran y aparece un paisaje azulado y ceniciento, en que las rocas dibujan castillos destruídos, catedrales caídas, ruínas abandonadas, animales fantásticos!

¡Y qué riqueza, en fin, de impresiones para el observador en los melancólicos días de lluvia ó en las tremendas batallas de las tempestades, en que los fragorosos truenos llevan su estruendo de montaña en montaña, y los bosques tiemblan, y los arroyos gimen, y allá, muy lejos, en la cañada, corre, perdido, un rebaño de ovejas. Si el paisaje nos ofrece su tranquilidad, sus habitantes procuran no molestarnos. Desde la mañana á la noche, á penas si oímos en el campo una voz, un grito, un ladrido de perro, ni vemos personas. Cada una de éstas despierta en nosotros verdadero interés.

El cura de aldea, que pasa á lo lejos en el camino blanco y saluda quitándose la teja, envuelta en un pañuelo á cuadros; el cartero que se interna en el bosque, llevando la vida, la comunicación, desde la capital á los pueblecillos perdidos en la montaña; el buhonero que va de feria en feria, como personaje fantástico sembrado de oro y pedrerías, y tienta á las aldeanas sencillas con la humana y eterna «aria de las joyas», escuchada en todas partes,

«desde la Princesa altiva
á la que pesca en ruín barca»:

el mendigo que recorre el mundo sin más compañero que su propia sombra cuando brilla el sol, ni más abrigo que los árboles en el campo y las cárceles en los pueblos; la pasiega vendedora de telas, que lleva consigo sus crías como un *kanguró*; el bueyero que asoma en un recodo del camino con el palo al hombro cual un Crucificado; las mujeres que van al mercado, cargadas de cestas en que cacarean las gallinas; el coche que pára un instante y nos deja ver tras de los cristales á viajeros cubiertos de polvo, devorados por las moscas; el *cesto* anunciado por alegre cascabeleo de caballos en que viajan familias de Madrid que se dirigen á los establecimientos de las cercanías y traen retratadas en sus caras pálidas, de verde limón, el cansancio de largo viaje y las miasmas de la retostada capital.

Todos estos aldeanos, tipos á que no damos en la vida de la ciudad gran importancia, adquieren aquí el carácter de protagonistas. Sus dolores y sus alegrías nos interesarían también si supieran encontrar palabras con que expresarlos. Pero las grandes preocupaciones reducen á comentar la última comilona en que un famoso tragón, engulló cuatro libras de merluza, á la manzana de enorme tamaño que se dió el año pasado en un manzanar vecino, al precio de la vaca y al valor del maíz.

Aquí no hay crímenes, no se desarrollan dramas, ni las ambiciones parecen despertar. (1)

(1) Esto pudo ser verdad cuando el Sr. Soriano lo escribía, pero el asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, perpetrado en ese mismo sitio, prueba que ni en el «Valle del Silencio» se tiene segura la vida.

Parece también que en este «Valle del Silencio» los hombres han vivido envueltos en la dulce paz de la Naturaleza, sin preocuparse de escribir su historia en monumentos. Sólo allá, más lejos, en Aramayona, antiquísima cruz de piedra extiende sus brazos y parece manchada de las lágrimas de muchas generaciones que han pasado ante ella para contarla sus angustias... Sin embargo estos montañeses felices, estas acompasadas y mudas gentes, transfórmanse como por encanto en campos de batalla, en legiones de guerreros... Esos aldeanos, que desde la mañana á la noche, inclinados á la tierra, ayudan como autómatas á sus bueyes, empuñaron ayer el fusil; y ese caserío lejano, blanco, poético, guarda aun la señal de las balas y el recuerdo de muertes.

El otro día contaba el Sr. Cánovas, en un delicioso rato de expansión, un incidente curioso que explica la facilidad con que estas gentes pasan de la paz á la guerra.

Veraneaba el jefe conservador en Santa Águeda cuando se empezaba á hablar de guerra. Supo cierto día que iba á formarse una partida en Aramayona, y deseó ver por sus propios ojos el original espectáculo. En un rincón del establecimiento de baños distraía su incorregible holganza, tresilleando, el ilustre poeta Ayala.

—Adelardo, ¿vamos á ver la partida?—díjole D. Antonio.

—No, porque nos pueden coger prisioneros, y si nos cogen prisioneros ten la seguridad de que D. Juan Prim fusilará á los primeros carlistas que coja, para que los carlistas nos fusilen á nosotros.

Cánovas tomó un coche y pronto estaba en Aramayona. El pueblo permanecía tranquilo, y el viajero no hubo de sufrir la menor molestia. Pero, á poco de llegar, observó que aparecían en los balcones los bultos negros de algunos curas.

Estos, hablando en vascuence se dirigían á varios mozos del pueblo. Poco después, los muchachos llegaban, sosteniendo en sus manos roñosos fusiles largo tiempo enterrados.

Un mugriento parche, tocado con más entusiasmo que fortuna, iba reuniendo á los partidarios. Cuando la partida estuvo completa, se formó, y en medio del mayor silencio fué pasando ante el Ayuntamiento de Aramayona, del cual, por cierto, había de escaparse más tarde, por dos veces, el famoso cura de Santa Cruz.

Al salir la partida, madres, novias permanecieron impasibles, como heroínas griegas. Fué ésta la primera partida de la guerra.

En media hora se había pasado del «Valle del Silencio», á una lucha que atrajo miles de partidarios y derramó la sangre á torrentes. Los bañistas de hoy no piensan en guerras ni siquiera en enfermedades.

Son estos agüistas de pasta flora, y presumo que más les ha de interesar el producto de la cepa, que el de los sulfurosos manantiales.

A ello les convidan banquetes de Lúculo y cenas de Baltasar.

No hay aquí el peligro de morirse de hambre, aun cuando se muevan mil guerras, ni las gentes del establecimiento se atemorizan, como sucede en otros, cuando ven llegar por la carretera un burro cargado de varias merluzas, á que se han de ver condenados por varios años y un día, aun cuando se disfracen como *pierrots* y tomen todos los trajes de Frégoli.

¡Enfermos los bañistas de Santa Águeda! No se ven más que rozagantes caras, carrillos de querubín y mofletes de marmitón, sin que aparezcan nunca esos rostros llenos de granos y promontorios y esas caras que semejan sobres certificados, tan propios de establecimientos balnearios, ni sirva la piscina de Santa Águeda de quitamanchas á herrumbrosos cuerpos.

Hace años, un médico, digno discípulo de aquellos que pinta Maupassant en *Mont Oriol*, quiso implantar un régimen. ¿Régimen? Los supuestos enfermos protestaron indignados; un motín espantoso amenazó al doctor, y en venganza del hecho, esgrimieron más tarde cuchillos y tenedores. ¡Feliz «Valle del Silencio»! Feliz no por completo, que en esto momento la marea del mundo nos envía la espuma. Por la carretera llega una comparsa de desdichados. Una pobre burra sostiene en su afilado espinazo, á una mujer vestida con polvoriento

traje de anticuada moda; un chiquillo cabalga á horcajadas, y por si faltara algo de burlesco, un buchecillo mama del infeliz jumento mientras éste anda.

¡Qué triste, qué lamentable cuadro el de estos pobres cómicos, cantores de antiguas romanzas, pájaros sin rama y sin nido, que ríen y lloran á un tiempo por el mundo!

Habría que invitarles á cambiar de suerte, si no se ofendiera una pobre vieja á quien he oído a er esta frase:

—¿Por qué pide Ud. limosna?—la preguntamos.—Está prohibido. Aquí nadie pide.

—Pues por eso. Soy la única.

¡Feliz «Valle del Silencio», en que la mendicidad es un monopolio sin competencia!

Rodrigo Soriano

Santa Águeda, Agosto 1895.

CANTO A EMILIO ZOLA

Alma toda verdad, tú descargaste
golpes de luz contra la noche densa
del romántico ideal, que sepultaste
en el orgullo de tu aurora inmensa;
cerebro todo sol, tú desde el foro
llenaste con tu voz el teatro mismo
y tu protesta resultó entre el coro
como una campanada del abismo;
corazón todo ardor, nunca el paciente
carácter fuiste que su senda labra;
siempre hiciste estallar súbitamente
la máquina infernal de tu palabra;
alma, cerebro, corazón, tú, cuando
Víctor Hugo perdióse entre lo obscuro,
llegaste como un águila volando
sobre los huracanes del futuro.....

Sí! Cuando el socialismo victorioso
clave en la cumbre su bandera roja
y el irritado mar éntre en reposo;
cuando al soplo de fieras tempestades
se doblegue esta edad, como una hoja
en el libro de todas las edades,
tu nombre flotará, cual pendón roto
en incesante afán hecho girones:
predicador de un porvenir remoto,
Bautista de las grandes redenciones!

Apóstol de verdad, tú no has querido
callar, aunque los bravos aquilones,
amenazaran arrancar tu nido;
y tras de los siniestros episodios
de la traición de Dreyffus, has surgido
como un fénix de amor sobre los odios...
Y á la voz de tu musa visionaria
que entre las sombras trájicas descuella,
la inocencia es una isla solitaria
y tu alma una ola al rededor de ella!
Impulsa tu bajel: el mar es ancho.....
Clava como una lanza tu querella
en las aspas del mal aunque rebote.....
Esos que te atacaron como á Sancho
te quisieran befar como á Quijote!

No importa que te insulte la ignorancia
del populacho que á tus pies vocea:
tú eres la libre y justiciera Francia,
eres la Humanidad, eres la Idea!
Los que te deben coronar de rosas
te coronan de espinas. Plebe atea,
que no quiere creer en tus gloriosas
ansias de luz futura, te apedrea....
Apagaste tu espíritu vibrante:
y callas, mientras corren silenciosas
lágrimas de titán por tu semblante....

Lloras? Sí, como lloran las montañas.
Lloras como las cumbres eminentes....!
La tempestad sacude tus entrañas
y te impulsa á llorar. Lloras torrentes!
Pobre coloso, abandonado y triste,
juguete de las turbas inclementes,
de esas, de las que un día ídolo fuiste....
Bien haces en llorar. No por tí mismo,
sino por los causantes de tu pena;
tu llanto de titán será el bautismo

de la plebe—inconstante Magdalena!
Aplaquese tu ardor, duerma tu nervio,
depón tus armas al rigor del Hado....
Puedes sufrir como Luzbel, soberbio;
pero hazlo como Cristo, resignado!

Bajo una vergonzosa tiranía,
tu alma desdén olímpico atesora
y reta los dolores muda y fría,
fría como una esfinge acusadora,
muda como una eternidad sombría....
Bien haces en callar. Fía en tí mismo.
Sofrena un punto tu corcel, no avances,
y páralo en dos pies ante el abismo....
Mira cómo á la voz del socialismo,
fuerte con el laurel de cien victorias,
desfilan tus homéricos romances,
como una inmensa procesión de glorias!....

¿No sientes los calores fecundantes
de *La Tierra*, en que el surco forma lecho
para que caigan los derechos de antes
y comience á crecer otro derecho....?
Oye la voz intrépida de abajo,
conquistadora del futuro aliento
de esas generaciones del trabajo,
grandes, á pleno sol y á todo viento!
¿Y no trasciendes el horror que apesta
por las fétidas bocas de las minas,
en donde en vano la rival protesta
se alza como la cruz sobre las ruinas....?
Es *Germinal*. Tinieblas apretadas
en que el glorioso porvenir se encierra,
de esas generaciones encorvadas,
que nacen y que mueren bajo tierra!
¿No oyes tronar la carcajada impía
de la turba, cercada de placeres?
Es *Nanâ*. Los placeres de la orgía,
ocultando, entre vicios y mujeres,
la más abominable tiranía.....
Vé morir á la pobre cortesana
como despojo de gastada gloria,
mientras sueña en Berlín la turba insana
que se afana en lograr una victoria,
y no en lograr una virtud se afana!
Y *La Debâcle* fué. Y en la porfía
el águila imperial rodó al abismo.
Resuena aun el grito de agonía
que dió el asolador militarismo!

¿No miras desfilar la burguesía,
el pueblo embrutecido y resignado,
de las bajas pasiones el enjambre;
las sierpes tentadoras del pecado
y las jaurías ladradoras de hambre...?

Solo se alza una fe. La fe que vuela
desde *Lourdes á Roma* y desde *Roma*
torna á *París* con insaciable empeño;
esa es la fe que redención anhela,
es la protesta que venganza toma,
es la bandera del futuro ensueño!
Tú has penetrado á golpes de conquista
á sangre y fuego, en la conciencia humana,
donde hierven las luchas del mañana,
germinando la aurora socialista
entre la corrupción republicana.....

Y por eso ante el verbo prepotente
con que azotas la envidia y la ignorancia,
los pueblos de este nuevo continente
que para siempre ensalzarán tu nombre
absortos al fulgor de tu arrogancia,
te saludan á tí,—Francia hecha hombre,
hombre de honor para salvar la Francia!

Y es vano que pasees la mirada
buscando al rededor alguna cumbre;
sombra abajo verás, arriba nada.....
Hierve á tus pies rugiente muchedumbre,
Clava el rayo del sol de tu locura
en las profundidades del abismo;
y ya no sueñes en mayor altura,
por que la única cumbre eres tú mismo!..

JOSÉ S. CHOCANO.

EN EL BARRO.

Después de la enfermedad, *Tarrodiunto* quedó muy triste: sus vivarachos ojillos que antes parecían bailar dentro de sus órbitas y despedir chispitas doradas, estaban ahora húmedos y tristes, reflejando toda la melancolía encerrada en esa alma de diez años.

El *Tarrodiunto* había sido un *periodista distinguido*, es decir, sobresalió siempre de entre los del gremio suplementeril por la facilidad con que sostenía las notas más altas de su grito de guerra:

¡¡M'cú-ri—á...!!

Ahora el pobre chiquillo tendría que retirarse del periodismo ¿de dónde iría él á sacar fuerzas para emitir los sonidos agudos, los gorgoritos atiplados con que anunciaba á las jentes que ya había salido «¡El Mercúriáá...!?

Pero más que renunciar al periodismo sentía *Tarrodiunto* tener que modificar por completo sus inveteradas costumbres de bohemio y de joven galante, ¡ya no podría quedarse las noches fuera de casa para darse el gusto de domir en el malecón, en los huecos que forman las barricas y los cajones hacinados en desorden al lado de la línea férrea, ó en último caso, arrimado á una grúa junto á la barandilla de hierro, metido hasta el cogote en un saco de gangocho! ¡Ya no podría ir á aguaitar á la Chana cuando iba á la escuela con los libros bajo el brazo, sujetos de un cordelillo!..

¡Nó, ya todo había pasado, *Tarrodiunto* no podía menearse de un oscuro rincón, en el cuartucho de su madre! ¡Diaquí pal Pantión, decía tristemente el infeliz, estoy fregao!

Sin embargo, cuando supo que la *Chana* tenía otro galán, cuando supo que la muy perra llegaba á la escuela acompañada del *Rábano*, sintió una cosa atroz, algo como un *escalofrío en el vientre*, y en cuanto su madre salió, vistióse con dificultad, penosamente, y se largó á la calle como pudo. Detúvose en la esquina donde cuando sano esperaba á la Chana, y aguardó.

Dieron las siete, á las siete y *media* debía pasar al colejio la chiquilla: resolvió esperar la *media* sin moverse y se atracó á la *pier*.

Las calles se iban animando, pasaron los repartidores de pan, caballeros en sus machos trotones que á cada brinquito hacían bailotear las tapas de las árguenas de cuero llenas de panecillos calientitos, aun humeantes, olorosos; los lecheros de cachetes gordinflones, haciendo chacolotear los tarros de estaño; las cocineras, de vuelta de la plaza con las cestas llenas de provisiones, la carne y las verduras y el pescado, todo junto; los panzudos y sebosos abasteros con la camisa flotante de colores y dibujos charros; las beatas encojidas bajo el manto medio suelto, casi sin prendidos, dejando asomar devotamente las manos que aprietan con fervor sus arreos de iglesia; el libro de misa con cubierta de terciopelo negro, la alfombra de flecos de color guinda, el rosario de cuentas gordas... Y todo el mundo contento!...

Los porteños estaban felices esa mañana bajo un sol espléndido que lo alegraba todo; hasta las casas parecían sonreír de satisfacción, limpiecitas, húmedas aún después del bañito de diez días con que el invierno se despedía hasta el otro año. El cielo azul sin una nube; el aire fresco sin niebla, trasparente; el mismo lodo que ocasionaba los lances más cómicos y peregrinos, todo, todo era alegre, inspirador de ese contento corolario de las lluvias; ¡y el pobre *Tarrodiunto*, pálido, con su carita de pilluelo, entristecida, de pie en la esquina, con el corazón destrozado por los celos!

Por fin se divisó la menuda figurita de la Chana con el clásico *delantar de brin* mugriento y roto; caídas las medias y agujereadas, dejando ver las magras pantorrillas muy nerviosas para una niña y sucias en extremo, aun para un muchacho.

Venía muy apurada meneando con rapidez sus patitas que se salían por todos lados de las fuñingues y pretenciosas botinas medio deshechas; al ver á *Tarrodiunto* se detuvo,

por los ojos del ex-periodista pasó un rayo de la cólera que llevaba escondida en el pecho; la chiquilla tembló: ella sabía lo que significaba esa mirada, así miró un día el terrible rotito al *Boqueperro* antes de molerlo á *guantas y puntapiéses*...

La Chana tuvo miedo y echó á correr.

Su diminuto amante pretendió seguirla, hizo un esfuerzo para lanzarse en pos de ella, su enerjía se agotó; dió dos ó tres pasos tambaleándose, vaciló y cayó en medio de la acera.

Admirada la colejiala de no sentir detrás de ella el *chisplás plaschás* que debían producir en el embaldosado las *patas pelás* de su perseguidor, volvió la cara y al ver al chico en el suelo palideció; ¿se habría muerto de rabia? y después se fué acercando poco á poco, con timidez, casi con miedo.

Ya junto al caído observó que se movía que procuraba levantarse del lecho tan duro, y, dejando á un lado los libros, hincó en tierra las rodillas, con todo cariño alzó un poco la cabeza del rotito y le plantó un par de besos en la frente.

—Asiésques mentira lo el *Rábano*.

—¡Tonto! ¿qué rábano?

—El chiquillo que te va ejar lescuela.

—¡Pus claro ques mentira! será po lo poco regodiona que nués mi mercé! ¿Habráse visto? ¡Yo con el *Rábano*!... Mira *Tarrito* no me lo golvay á icir nunca más, porque me enrrabio contigo pa siempre! Un tonto como es ese *Rábano*, y ejante leso anda entuavía el muy mocoso, siemprecito con las velas é fuera!... ¡Pa que viay!

Le ayudó á levantar y juntos se fueron como dos hermanitos cariñosos, cuchicheando, riendo, contándose esas mil bagatelas con que tanto se entretienen y divierten los chiquillos.

De pronto las mejillas de *Tarrodiunto* se tiñieron de rojo y luego quedaron pálidas como de cera: ¡efectos de un *susto padre*! Porque el chiquillo notaba algo muy raro en las calles; de seguro había ocurrido algo muy grave, algunas personas corrían como locos, otras, más tranquilas, sólo apresuraban el paso; las puertas se abrían recelosas y se cerraban después con estrépito. Pero ni una palabra, ni un grito, todos se movían como autómatas, no parecían darse cuenta de sus actos.

¿Algún robo? ¿Un motín?... ¿qué pasaba?... Por fin una vieja gritó con voz gangoza, después de persignarse: —¡Ave María Purísima, que se sale el mar! ¡¡Misericordia!!

Un cosquilleo recorrió el cuerpo de los que escucharon los gritos trájicos de la espantada vieja y uno solo salió elétrico, desesperado, pavoroso de todas aquellas bocas trémulas de espanto. ¡Misericordia!

Un cerro se desplomaba con ruído de cavernas que se hunden, de bloques que se derrumban, pero el suelo no se movía, no oscilaban las casas, ¿entonces no era un temblor, un terremoto?...

Una masa oscura, avanza gigantesca, rujidora encajonándose en la calle; el cerro sigue desplomándose, pero ahora con un ruído como de torrentes que se despeñan... Si esa masa que se precipita, es agua furiosa animada de fuerzas siniestras, agua turbia que arrastra peñascos y troncos y paredes y ranchos; todo cede á su paso: ¿una pared? ¡la empuja, la derriba, la esconde, y en marcha! ¿Un árbol? lo doblega, acaricia sus ramas, las coje, lo arranca y sigue avanzando!

La avalancha se desangra por las calles laterales que se inclinan al mar, pero sigue siempre imponente por la de San Juan de Dios.

Sin darse cuenta de lo que pasaba, la Chana tomó en sus brazos al *Tarrodiunto* y corrió, corrió con él, pero en vez de seguir en dirección á la plaza, como todos, fué al encuentro del mónstruo invencible, y se halló sin saber cómo, flotando en un mar de agua barrosa, entre hombres y animales ahogados, golpeada contra los escombros y las piedras, desfallecida, y sin fuerzas para luchar con las espesas aguas; apenas si alcanzó á oír las voces desgarradoras de *Tarrodiunto*, quién la decía llorando: —¡Chana, Chanita, ven pacá salváte conmigo, Chana!

Recorrió con la vista aquel cuadro de devastación, y por fin, logró ver al suplementero que pasaba arrastrado por la corriente en un verdadero lecho de ramas; estiró la mano

procurando asirse de alguna de ellas, pero al mismo tiempo veinte manos hicieron lo mismo y la Chana desapareció bajo las turbias aguas.

El *Tarrodiunto*, fuera de sí, dejó su refujio y se sumerjió en el lodo procurando hallarla. ¡Oh! Y cuanto hechó de menos aquella su antigua ajilidad de roto diablo! ahora no podia bucear como en mejores tiempos, y las ajitadas aguas jugaban con él, como el mar con un bote mal lastrado y sin gobierno!

El pobre chiquillo completamente atontado se dejó estar, sin fuerzas ya para seguir luchando; se hundió rápidamente, después su cabeza salió á flor de agua, abrió la boca, lanzó un grito ahogado, ajitó nerviosamente sus manos crispadas y desapareció.

Sintió dos brazos cerca de sí, notó que lo cojian de las mechas y lo levantaban un poco, entonces el muchacho con un último esfuerzo cojió desesperadamente la mano bienhechora que venía en su auxilio, era una mano pequeñita, su salvador era débil y lo arrastró al fondo consigo.

* * *

—¡Oye tú, *Boqueperro* andá llamá al *Lagartija* que venga ver la Chana ondestey con *Tarrodiunto*! ¡Corré vení *Ciruelito* vení ver la Chana!

Y ahí medio sumerjidos aun en el lecho de barro, los dos pequeños ahogados: *Tarrodiunto* con los ojos muy abiertos se agarraba ansioso de las manos de la Chana, y ésta con el rostro inclinado sobre el rotito, parecía sonreír con la vista, y con los labios dibujaba un beso.

O. F.

Valparaíso, de Marzo de 1899.

EL TALISMÁN.

(En un álbum).

Sobre agreste peñón de recios flancos
Yergue la estátua del artista griego
Las formas que brotaron cinceladas
De la fecunda inspiración al fuego.

Tan casta es la expresión de su semblante
Y tan regia la línea de su boca,
Que el más profano estático y absorto
Se detiene al llegar junto á la roca.

Erguido el busto, en ademán soberbio,
Alza la diosa la divina frente,
Y vuelta hácia el ocaso la mirada,
Del sol recibe la caricia ardiente.

Cuentan que á veces cuando el sol le envía
Desde su trono de arreboles rojos
El beso postrimero, se colora
Su albo rostro de púdicos sonrojos.

Y quien los tintes nacarados logre
Sorprender en la frente de la diosa,
Trocara los abrojos de la vida
En dulce sueño de color de rosa.

Por eso en silenciosa caravana,
Cuando el astro ya toca el horizonte,
Van á buscar mancebos y doncellas
El raro talismán sobre aquel monte.

Tan rápido y tan ténue es el celaje,
Tan áspera y salvaje aquella altura,
Que al llegar á la cumbre los viajeros
Sólo encuentran la pálida escultura.

Aquí donde indefensos batallamos
De la vida en el áspero camino,
Sintiendo sin cesar sobre la frente
Los golpes redoblados del destino,

El que logre que el alma de una virgen
Al casto beso del amor se encienda,
También ha sorprendido entre arreboles
El dulce talismán de la leyenda.

Samuel A. Lillo.

SINFONÍA DEL GRIS.

Cuando turbe el silencio de tus noches
el quejido mortal de una agonía;
cuando sientas que tocan las campanas
su rebato de incendio; cuando ciña
su nudo á tu garganta
con amargor de hiel, la pesadilla,
recuerda de mis noches de nostalgia,
de mis noches tan largas y sombrías,
de mis noches de muerte y de delirio
pobladas de misterios y de ruinas.

Sobre la inmensa cumbre de aquel monte,
dormitaban las zañas de la envidia,—
y yo cruzaba con mis ojos ciegos,
con mis ojos sin luz en la retina,
por la canosa cuesta de aquel monte
donde cuajan los Odios su energía.
Sobre el enorme potro de mis ansias,
con la fe de los Cristos y las liras,
espoleando el hijar de las tinieblas
con ambición de luz, iba á las cimas.
Y era en la sombra como el son de un harpa,
de un harpa colosal de notas limpias,
que desgarrara el flanco de la noche
con anuncios de Sol para la vida.

Crucé toda la selva dolorosa,
la selva dolorosa donde habitan
los gnomos de las barbas milenarias,
la selva de los sueños y las vísperas
poblada de rumores y esperanzas,
poblada de rumores y vigilias.
Y fué una larga procesión de credos,
y fué una larga procesión de rimas
en los labios de vírgenes triunfantes
que hablaban del amor y de la dicha;
y fué la relación de un lirio blanco,
la obsesora visión de una pupila;
y en la embriaguez de un vértigo de fuego
avanzaba el corcel hacia la cima;
y la selva era larga y dolorosa,
dolorosa y poblada de vigilias.
Los niños se asemejan á los Cristos:
la tensión de su fe, los ilumina;
pero ambicionan siempre los Calvarios
con yo no sé qué incógnita osadía.

En lo alto de aquel Monte del Misterio
se anunciaba la novia, la más linda,—
la vestida de blanco, la doncella
de todas las supremas armonías.
Y yo cruzaba aquel siniestro monte
donde viven los Odios y la Envidia,
y cerraba mis ojos que eran ciegos,
y apretaba mis manos que eran limpias,
y palpitaba un corazón de niño
dentro del pecho imbécil que se abría.

Sobre el enorme potro de mis ansias,
avanzando orgulloso, siempre fija
mi voluntad hacia la cumbre calva
de la montaña negra que ascendía,
corrí aquella carrera de 20 años
con la fe de los Cristos y las liras.

Y fué la cumbre desolada y triste
como una vieja escarcha de mentiras;
negra como la infamia, triste y negra
como una noche de delito; fría
como el silencio, y larga
como una eternidad de pesadilla.
La novia de los blancos atavíos
tenía el alma rígida,
y al estrecharla con mis brazos jóvenes
sentí un frío de muerte y de agonía,
y caí sobre el negro catafalco
que velan los misterios y las ruinas.

F. VALDEZ DOUGLA.

EGOISMO.

Como se había anunciado, la ceremonia nupcial se verificó con la pompa que era de esperarse.

El altar mayor de la iglesia del Espíritu Santo, donde los novios debían recibir la bendición sacerdotal, resplandecía de luces y ondas balsámicas partían de los artísticos candeleros henchidos de flores naturales odoríferas, impregnando el ambiente con efluvios de primavera. Aquello era sugestivamente simbólico: las flores primaverales para formar trono y rendir pleito homenaje á la primavera del amor, próxima á iniciarse en pocos momentos más.

En las naves central y laterales hormigueaba la flor y nata de la aristocracia porteña: las niñas arrebujadas en el clásico manto prendido con gentil coquetería; los caballeros y jóvenes, de levita negra, corbata de fantasía y el indispensable alfiler con brillantes ó perlas, claro el pantalón á rayas, cuadros ó listones, en la variadísima y espléndida exhibición de colores del figurín *chic* de última moda.

A la una del día, hora fijada para la ceremonia religiosa, las niñas y los jóvenes saltaban de íntima ansiedad: aquellas atacados por el microbio de la curiosidad, —bichillo que de preferencia ataca al sexo femenino, —para observar el semblante de la novia y admirar el rico traje nupcial; éstos para ayudar á compartir con el amigo querido el supremo goce del aquel acto solemnísimo, trascedental y único en la vida.

Pocos minutos después de la hora indicada, se detuvieron varios carruajes en la puerta del templo: de ellos bajaron los novios, madrinas, padrinos y los parientes más cercanos de los contrayentes.

La novia, interesantísima, adorable, palpitaba de una emoción candorosa, que no podía disimular. El valioso traje de seda finísima, albo como aquellas nubes que se ven en la cordillera al despuntar la aurora, le sentaba admirablemente, realzando sus dotes naturales de hermosura, que tanta fama le habían conquistado en las reuniones del gran mundo en Valparaíso.

El novio, de rigorosa etiqueta, se desvivía, muy dueño de sí mismo, por disfrazar, con una seriedad correcta y de buen tono, el cúmulo de sensaciones inexplicables y misteriosas que le aguijoneaban los sentidos en aquellos instantes de recordación duradera.

Al penetrar la brillante comitiva por la puerta principal al recinto de la iglesia, ataviada con sus mejores galas, la orquesta rompió con algo así como una sinfonía ó marcha de música religiosa, mezcla de severidad mística y de aires triunfales jubilosos.

La orquesta compartía la felicidad de que eran presa los dichosos jóvenes á quienes los lazos del himeneo sacro iban á unir por siempre.

La música es la representación en sonidos armónicos de los vagos deseos y situaciones encontradas del alma humana: ella refleja en notas aladas la alegría y el dolor, ó ambas cosas á la vez en abigarrada fusión, tales cuales se presentan en la vida ordinaria, primero la una y después el otro, ó vice-versa, y también la pena y el placer en chocante y absurdo contubernio.

Aquella sinfonía musical he dicho que reflejaba la sonriente aurora de felicidad que se abría para los novios desde el momento en que penetraban al templo, anhelantes de pasión contenida, á objeto de recibir la consagración eclesiástica de su enlace.

Pero ¡ay! al lado de las ráfagas impetuosas que impregnaban de alegría contagiadora aquellas notas de la orquesta, también después surgía un sólo de violín, doliente, melancólico, desgarrador, como aquellas penas no muy agudas, pero que mortifican á punzadas lentas el corazón, arrebatándole tranquilidad y sosiego.

Aquel sólo de violín fué una sarcástica y casual ironía que se deslizó aterciopelada y como escondida en medio de los raudales sinfónicos

de la orquesta, estruendosos y bullangueros en su sonoridad festiva. El sólo á que aludo, de mucho mérito y harto bien ejecutado, pasó inadvertido: la selecta concurrencia lo apreció en su justo valor, pero nadie paró mientes en el contraste con el resto de la música, regocijada y gozosa.

Digo mal: los acentos tenuemente lacrimosos del violín hirieron hondamente el alma de una mujer presente en la iglesia. Y si agregara que también le rozaron la epidermis á Ricardo, que así se llamaba el novio, habré asentado una verdad inconmovible.

II

Ricardo P. pertenecía á una de las familias más antiguas y de más ilustre abolengo de Valparaíso. Su padre, toda una reputación en nuestro puerto por su integridad y antecedentes, había muerto muchos años atras, dejando al niño muy pequeñito bajo la sombra cariñosa de su mamá, una santa señora. El caballero no dejó fortuna á su familia: todo su patrimonio consistía en su trabajo de corredor de comercio, profesión á la que se había dedicado desde muy joven y que le permitió llevar una vida desahogada, sin estrecheces materiales, aunque sin lujo. Pero si al partir de esta existencia frágil, se fué sin legar á su hijo bienes positivos apreciables en dinero, le quedó á éste una herencia moral de altísimo significado y por lo tanto, muy prestigiosa: el apellido, que era un símbolo y un programa de moralidad pública y privada, limpia como un cristal, á la vez que medio fácil para que el retoño se granjeara simpatías y consideraciones sociales, vale decir, para que echando á un lado las piedras y abrojos del camino, ascendiera la montaña sin desgarramientos ni caídas.

La Sra. Domitila, la mamá, era dama de gran sentido práctico. Lo confirmó al escoger el rumbo para la educación del hijo de sus entrañas. Riéndose de las vanidades tontas que alimentan algunas madres de menos campanillas, puso á Ricardo en un colegio inglés del Cerro Alegre para que aprendiera idiomas y se hiciera fuerte en contabilidad, teneduría de libros y demás ramos del comercio. En vez de un médico ó un abogado quiso hacer del niño un hombre entendido en negocios, los que, bien manejados, con tino y habilidad, traen á la postre como lógica consecuencia posición, crédito y holgura.

Ricardo, desde su tierna infancia, reveló ser un digno heredero de su padre. Estudioso, serio, se enfrascó en el aprendizaje del inglés y francés y de las matemáticas, quedando á los quince años con su preparación completa para ingresar en una casa de comercio respetable de Valparaíso.

El joven puso de manifiesto otra cualidad inapreciable para la vida febril de los negocios: lo que los médicos llaman el *visus eruditus* ó *hipocráticus*, ó sea la vocación, el instinto natural, la tendencia expontánea y no adquirida para el ejercicio de la medicina, lo tenía Ricardo en grado superlativo para acertar en cualquier expeculación mercantil, por arriesgada ó problemática que fuera. Negocio á que le echaba el ojo Ricardo, éxito seguro. No había que temer fracasos ni contrastes en las transacciones dirigidas por la avizora perspicacia del inteligente joven.

Y si á esta cualidad añadimos su honradez inquebrantable é incorruptible, no extrañará el rápido predicamento que empezó á adquirir, tanto en la casa de comercio de la cual era empleado, como en todos los círculos mercantiles de Valparaíso.

Esbozado ya el carácter moral de nuestro protagonista, supongo que no causará sorpresa alguna si digo que después de quince años de labor continuada en la casa introductora, subió Ricardo por derecho propio al ambicionado cargo de jefe.

El hombre había llegado á la meta: empezaba á cosechar el fruto de sus desvelos en el trabajo, de su actividad prodigiosa, de su viveza, honradez y acierto mercantil.

Ricardo se encontraba, pues, en las cumbres del respeto social, á que había alcanzado merced al desarrollo de fuerzas personales, no ajenas.

III.

Dije que una mujer se había conmovido con los acentos del violín durante el matri-

monio religioso de Ricardo en la iglesia del Espíritu Santo.

¿Quién era ella? ¿Por qué se afligía? Hagamos todavía un poco de historia retrospectiva.

Ricardo, antes de elegir su consorte, había tenido también sus amores, como cualquier hijo de vecino.

¿Quién, mientras permaneció en soltería, no entretuvo su ocios con un amorcillo pasajero para desechar el tédio y las contrariedades corrientes y molientes en esta trabajada existencia?

Ricardo, en medio del mareante vértigo de los negocios, se dió tiempo y libertad para consagrar sus ofrendas á una pasión, que empezó á guisa de mero entretenimiento, convirtiéndose al fin en tiranía absorbente y exclusiva de sus afectos más caros, de los sentimientos exquisitos de un alma virgen, exenta de aquellas impurezas que recogen los jóvenes en las parrandas caliginosas con mujeres alegres.

El travieso Cupido se le presentó en forma de una chiquilla porteña, pizpireta, graciosuela, de ojos negros profundos, de mucha labia y educación poco común en las de su clase y condición. La tal chiquilla era un tipo raro de belleza criolla, ó mejor dicho, porteña. Su nariz ligeramente aguileña, tenía en la parte media una suavísima protuberancia que, lejos de ser defecto, comunicaba á su fisonomía un tinte de simpática atracción irresistible. No era una nariz correcta, pero desde luego y sin discrepancias llamaba la atención: era una irregularidad muy *regular* de la naturaleza. Su nombre: Elena ó Elenita, como la llamaba Ricardo. Más tarde, cuando las relaciones se estrecharon, la puso el mote cariñoso de *Naricita*, por alusión á la nariz á que acabo de referirme.

Elena y Ricardo se comprendieron y libaron la dorada copa del amor largos años, con ternura y vehemencia que, en vez de amenguar, crecía en proporción directa con el tiempo. Ricardo se miraba en Elena: ésta veía reproducida su imagen en Ricardo. Ambos amantes eran espejos vivientes que retrataban la conjunción de dos almas, la aproximación íntima de dos corazones, la fusión de dos voluntades en una sola por misteriosa y rebelde ley, insondable para los que investigan la esencia del humano espíritu.

Elenita confiaba en la verdad de la pasión que por ella sentía Ricardo. Sin embargo, el espectro de la duda la asaltaba á veces y entonces vertía lágrimas, sufría accesos nerviosos, su ser íntimo vacilaba con la sola idea de la traición.

En aquellos momentos de coloquio, cuando sentados el uno frente al otro, muy cerquita, los pensamientos, las sensaciones de los enamorados surgían con hervor del corazón y la cabeza; cuando ella escuchaba de Ricardo frases y protestas de un cariño sin límites, que se apagaría con la muerte tan solo Elenita creía en ellas con alma y vida; pero .. luego, al recapacitar en que las palabras vuelan, se desparraman como un puñado de blancas plumas al soplo de violento huracán, y solo queda el rastro de la expresión, vale decir, el acento volcánico, las inflexiones insinuantes de la voz, el tono imperativamente sincero de los juramentos, la verdad momentánea del semblante y del ademán, cosas que tan bien fingen los hombres todos, aun los más sérios y formales como Ricardo, la hermosa muchacha entraba en tiquis miquis con su conciencia y á modo de amargo reproche, injusto á su juicio entonces, pero vislumbrando lejanamente su justificación para el porvenir, le decía á su querido interlocutor, entre sollozos y lágrimas quemantes:

—¡Te quiero con delirio, pero *otra* me reemplazará en este amor!

Melosidades, caricias, promesas de fidelidad, demostraciones auténticas de leal correspondencia, todo era inútil. *Naricita* no se convencía. El fantasma horrible, espeluznante de la traición y la infamia, firme en su espíritu, la anonadaba con su sombra fatídica; era aquella una visión aterradoramente interpuesta entre la realidad actual de su situación feliz y los nebulosos vaticinios del futuro... entre el hoy y el mañana.

.....

La catástrofe esperada produjose al fin estruendosamente.

El distinguido joven, como lo he dicho al principio de esta narración, había subido al pináculo del encumbramiento social. Detrás de su persona marchaba por doquiera el carro de las simpatías generales. Mimado en los saraos y en los bailes, Ricardo se hizo el joven predilecto de la alta sociedad en Valparaíso: las niñas se lo disputaban á porfía. Y á la verdad que no carecían de razón, porque Ricardo era decididamente un buen partido y capaz, por su discreción y posición pecuniaria, de colmar las pretensiones de ventura á la señorita más encopetada y exigente.

La chismografía malévola empezaba ya su obra de zapa. Los mismos amigos de Ricardo no disimulaban el *pelambre*. ¿El motivo? Sus relaciones con Elena.

Su posición social y los consejos de la amistad le impulsaron á la postre á dar el paso que tanto había resistido. Ricardo rompió con Elena y la abandonó.

A los pocos meses de esta ruptura contraía el matrimonio referido en los principios de esta relación con la señorita Amelia R., perteneciente á linajuda familia porteña.

¿Y Elena? ¿Qué suerte corrió?

¡Pobrecilla!

Desesperada, con las ilusiones tronchadas por el aquilón de la fatalidad, muerta la fe en el alma, tragando el acíbar del abandono, cayó en el despeñadero..... se convirtió en mercadería de fácil adquisición á un precio dado.

Pero aun en las bacanales más ruidosas, en medio del baile erótico y desenfrenado, el recuerdo de *su* Ricardo fluía á su mente para torturarle el alma.

¡Oh virtualidad inagotable del amor que no muere!

El día del matrimonio de Ricardo fué á la iglesia con una hora de anticipación. Buscó un lugarcito apropiado en el templo, en la nave central, á la derecha de la puerta de entrada.

Quería ver á su antiguo amante..... para maldecirlo, ¡nó!; porque no le aborrecía, porque no podía aborrecerle.

¡Si le había querido tanto y tan de buena fe! Quería verlo del brazo de la que iba á ser la compañera de toda la vida, de la mujer que le arrebatara la mitad de su alma.

A esta mujer sí que la despedazaría y trituraría en porciones pequeñitas, infinitesimales, si posible fuera. Ella, la causante inmediata de la iniquidad cometida por Ricardo; ella, la que había aprisionado á éste en sus redes sutiles y traidoras.

Cuando la orquesta rompió con aquellos acordes impregnados de una alegría rotunda, reflejo pálido de la que inundaría el pecho de los novios, Elena se entristeció. Pero al sentir el gemido del violín, una lágrima furtiva rodó por sus mejillas. Lágrima de sangre vertida en holocausto de una pasión enterrada en el desierto del olvido por quien la despertara, le infundiera impulsos y alas para espaciarse por las regiones sin término del cariño humano inextinguible.

El violín gemía con voz supraterrena, con acentos sublimes de una angustia infinita. De aquí, ¡pues, su pena. El instrumento lloraba por ella... Elena habría llorado así.

¿Porqué fué á la iglesia? ¿La lógica más elemental no le aconsejaba retraerse?

El corazón no reconoce pragmáticas: atropella las conveniencias más ó menos acomadalicias y domina y avasalla con imperio incontrastable.

Fué por mandato frenético, nervioso, autocrático, por un *úkase*, de cumplimiento rígido y sin apelación, de su voluntad, de su alma. Fué como guiada por sentimiento instintivo, porque no pudo contenerse, por el florecimiento lujuriante y tiránico de una pasión dominadora, que revivió á pesar de los desvíos é inconsecuencias de Ricardo.

Una aberración inconsistente y ridícula se apoderó de su criterio: creyéndose todavía dueña de Ricardo, como lo fuera por tantos años, hizo acto de presencia para engañarse á sí misma y decirse interiormente, á solas con su conciencia: «¡Ricardo me pertenece! Me lo quitan de derecho, por la ley civil y religiosa, por la autoridad inapelable de las formalidades públicas, y de los hechos consumados con su brutal elocuencia aplastadora. Pero... él continúa siendo mío, porque sé que me ha

querido, que me quiere aun, que se apartó de mí, obligado á ello por el qué dirán, á instancias de los amigos, por las irritantes desigualdades del mundo, dividido en clases sociales y gerarquías y escalones altos y bajos.»

Obró bajo las sujestiones de un egoismo amoroso, ideal, intransigente, furibundo, que todo lo arrasa en informe torbellino.

¡Infeliz Elena! ¡Desventurada *Naricita!*

Desalada correrá tras una ilusión engañosa y mentida, tras un espejismo del sentimiento que se esfuma, que al parecer cristalizarse en su alma romántica conviértese en vaga é inasequible realidad.

Bernabé F. Anguita.

CHARLA MÉDICA

LA PESTE BUBÓNICA.

Sumario.—La peste bubónica, su primera aparición en Europa—La epidemia de 1348—El contagio de la peste es debido á los ratones, siendo el agente determinante de la peste la pulga que pulula en los ratones y se hospeda en el hombre.

Hace ya tres años que la peste bubónica reina en Bombay, esparciendo su peligrosa influencia en la India y gran parte del Asia, y amenazando á Europa.

La peste es la epidemia que mayor número de víctimas ha hecho en el globo terrestre. Su primera aparición en Europa remonta á las guerras médicas, cuando la escuadra persa fué vencida por los griegos en Salamina. En esta época Artajerjes, que veía cundir el contagio pestífero en la Persia, ofrecía á Hipócrates una gruesa suma en oro y toda clase de honores si consentía en acompañarlo á combatir el flajelo que azotaba á su país; el notable médico le contestó: «Por ningún precio curaría á esos bárbaros que son los enemigos de la Grecia». Hipócrates conocía mal la higiene internacional y por un patriotismo mal entendido, en lugar de curar y alejar á los persas, dejó que la peste se aclimatara en Grecia y que apareciera pronto bajo la forma de una epidemia que duró tanto como la campaña del Peloponeso.

El historiador Tucídides nos refiere los síntomas principales de esa peste, nos pinta con sombríos colores la fiebre, la agitación, la angustia y la sed ardiente de los enfermos que se arrojaban á los pozos á fin de mejor saciar su sed.

A la vista de esos enfermos pálidos, con la piel cubierta de erupciones y úlceras, atacados de vómitos sanguinolentos, el pueblo creyó que se había envenenado los pozos y otras fuentes de agua. El pánico fué general y el temor al contagio hizo que los enfermos fueran abandonados hasta de sus próximos parientes. En esta epidemia, solo en el ejército murieron 4,500 soldados, contándose á Pericles como una de las primeras víctimas.

La peste ha hecho en Europa nuevas apariciones epidémicas que han durado hasta principio del presente siglo. Entre éstas, la más importante ha sido la que asoló la Europa en 1348. Boccacio, al describir esta epidemia, nos dice haber visto «á muchas hermosas mujeres y amables jóvenes almorzar alegremente en la mañana para dormir en la noche el sueño eterno en compañía de sus abuelos». Aviñón ve perecer en tres días á 2,000 individuos, contándose entre ellos á Laura de Noves, inmortalizada por Petrarca. En Montpelier mueren todos los médicos, víctimas del flajelo. La Europa entera pierde por la peste negra (nombre que entonces se le dió), 25 millones de sus pobladores. (Heker).

Una enfermedad tan mortífera no podía provenir sino de un castigo del cielo, y á fin de aplacar la cólera divina, se tomó el partido de quemar á los descendientes de los que dieron muerte á N. S. Jesucristo. En la sola ciudad de Strasburgo murieron de esta manera 900 judíos. Otros católicos, *los flajelantes,* creyeron aplacar la justicia divina por

medio de rezos y de azotes que se daban en las calles públicas. Únicamente Génova y Marsella se preocuparon de abrir lazaretos para hospedar á esos infelices.

***

La peste bubónica es una enfermedad esencialmente contagiosa. Hasta los últimos años se creía que el contagio se propagaba por el uso de las ropas de los pestíferos; sin embargo el Dr. Bular había usado las camisas y el lecho de individuos muertos de peste bubónica sin contraer la afección. Hoy, gracias á las investigaciones del Dr. japonés Sr. Yersin, se sabe que la causa de la epidemia es un bacilo que habita en la sangre del enfermo, y que la peste se vale del ratón para llevar la enfermedad á las diferentes localidades en que se desarrolla.

El papel de los ratones en la propagación de la peste, era un hecho que los chinos habían observado mucho tiempo antes que Yersin lo hiciera conocer al mundo científico; así, en las localidades donde reina la peste, los indígenas del país la abandonan tan pronto como ven una mortandad exagerada de ratones en las calles públicas. A más, en muchas regiones del Asia el nombre de *epidemia de los ratones* sirve para designar la peste bubónica.

Yersin, al examinar la sangre de los ratones, cuyos cadáveres se encuentran esparcidos en todas partes en las ciudades que van á ser infestadas por la epidemia, encontró en la sangre de todos ellos el microbio que caracteriza á esta afección. Es en los almacenes de cereales, de algodón ú otras sustancias que atraen á los roedores donde comienza la peste bubónica, siendo los empleados de estos depósitos las primeras víctimas.

En el comienzo de la epidemia de Bombay se encontró en un almacén de algodón un gran número de ratones muertos; de los veinte chinos que fueron empleados para extraer los cadáveres, diez murieron de la peste en los tres primeros días, sin que la enfermedad atacara á las otras personas que habían entrado al almacén sin tocar á los ratones.

El Dr. Simond (anales del instituto Pasteur) dice que se puede juzgar de la gravedad con que se va á presentar la epidemia por el número de cadáveres de ratones que se encuentran en la ciudad y que la progresión de la enfermedad sigue la vía adoptada por la emigración de éstos.

¿Cómo trasmite el ratón su epidemia al hombre? ¿No es necesario el contacto para contraer la enfermedad?... Los cadáveres de los roedores examinados por Simond se han presentado siempre cubiertos de miles de pulgas y son precisamente éstas las que inoculan el germen contagioso al picar la piel del hombre.

Examinando con el microscopio el contenido de los intestinos de estas pulgas, se les encuentra llenos del bacterio de la peste; y si trituramos en un poco de agua algunos de estos insectos é inyectamos esta sustancia á un ratón, éste á los pocos días muere de peste. Se dice que la mosca y la chinche alojan los mismos microbios, pero una inyección semejante á la anterior no ha dado resultados positivos. Así, hasta nuevos estudios, debemos sentar como un hecho que el contagio de la peste bubónica se hace por el cambio de pulgas del ratón al hombre.

Un sabio alemán, después de varios años de profundos estudios, ha llegado á establecer que hay diferencias entre la pulga del ratón y la del hombre. Resulta de sus prolijas investigaciones que la pulga del ratón no es de color rojo como la que habita en el perro y el hombre, sino que es de un aspecto blancogris; pero, salvo esta diferencia, las costumbres é inclinaciones de los dos insectos son las mismas. La consecuencia práctica á que llega el notable profesor es que si queremos evitar que la peste bubónica invada á Europa, sería conveniente no sólo destruír los ratones, sino también las pulgas que viven en el antiguo continente.

DR. J. T.

Valparaíso, Abril de 1899.

¡GENIO!

Penetró en el café, taciturno;
Sentóse en silencio;
Como absorto se estuvo mirando
Buen rato al espejo,
Y después de lanzar un sonoro
Y largo bostezo,
Se estiró de repente los puños,
Irguió la cabeza
Y dijo muy serio:
—¡Basta ya de cobarde modestia
Y escrúpulos necios!
Es preciso que sepa la gente
Que yo soy un genio;
Pero genio tan corto de *idem*
Que vivo muriendo,
Pues así ni prospero, ni brillo,
Ni bebo, ni cómo,
Ni chupo, ni beso.

He venido al café, donde dicen
Que se halla el remedio.
Lo asegura un mi amigo conspicuo
Que está en el secreto.
¿Quién no busca un remedio que cuesta
Dos reales, diez céntimos?
¡Sursum corda! Batamos las palmas
Que así vendrá el mozo,
—¡A ver! ¡Un ajenjo!
¡Salve, oh copa de forma de púlpito
Del siglo duodécimo!
¡*Ave*, oh larga y esbelta cuchara
De forma de cetro!
¡*Evohé*! ¡Ya contemplo en la copa
El líquido espeso!
¡Qué escultórico el mozo resulta
Por todo lo alto el agua vertiendo!

Como el verde licor va pasando
Por tonos diversos,
Ya parece tapete raído
De mesa de juego.....
Turbio fondo de aceite barato.....
Papel de reintegro.....
Alcachofa... jabón de lechuga.....
Pastilla de goma.....
Lendrera de cuerno.....

El olor y el sabor me despiertan
Lejanos recuerdos.
Así olía un *elixir* dentífrico
Que usaba mi abuelo.
Otro sorbo. ¡Canario y que pronto
Se nota el efecto!
Me parece que dos moscardones
Me están al oído
Contando un secreto.

¡Qué calor! Yo diría que ahora
Dos manos de hierro
En mi cráneo se posan y agítanse
Tomándome el pelo.
¡Yo soy otro! Yo siento un espíritu
Mayor que el que tengo.....
¡Caracoles! La cosa es muy rara;
Mas yo juraría
Que tengo alguien dentro!

Ahora, en cambio, me siento vacío,
Ingrávido, aéreo.....
Me parece que voy á elevarme
En rápido vuelo,
Y á girar en redor de las ninfas
Pintadas del techo,
Y á bajar á posarme en el amplio
Sombrero de copa
De aquel caballero.

¿Qué sucede que todos me miran?
¿Notáis que hago gestos?
Caballeros: *Est Deus in nobis*;
Fijarse bien, *deus*!
Y... *agitante calescimus illo.*
¡Vaya si *calescimus*!
Y sudamos por todos los poros
El quilo..... y el gramo,
Y el litro y el metro!.....

¿Os reís? ¡Vive Dios! ¡Descubrios
Delante del genio!
Aplaudidme, y tendréis la fortuna

De ser los primeros.
¿No anheláis que se rompan los moldes?
Yo traigo los nuevos.
Por los moldes podéis enteraros
De *cómo las gasta*
El hojalatero.

¡Ah, señores! Los dramas, las óperas,
Los cuadros que veo
Germinar al calor de mi mente
En estos momentos,
Son aspectos de un mismo problema
Que queda secreto;
Mas la vaga vislumbre del símbolo
Emana del fondo
Del arte *esotérico*!

¡No me habléis de los actos ni escenas
En prosa ni en verso!
¡No nombréis las escalas ni tonos,
Ni ritmos, ni metros!
Olvidad el dibujo y las tintas,
¡Todo eso es muy viejo!...
¡Una frase! ¡un sonido! ¡una mancha
Lo breve y lo *simple*,
¡Ahí está el misterio!!

Se marchó... (sin pagar) y en la puerta
Gritó al fosforero:
—Si preguntan do voy, dices que *Ultra*.
¡Adios, *servum pecus*!

.....

No sé en cual prevención dormiría;
Mas debe andar suelto,
Porque hay dramas y cuadros y músicas
Que á mi me parecen
De aquel... del ajenjo!

CARLOS LUIS DE CUENCA.

EL ABANICO

Al mismo tiempo que el batir de alas de los pájaros, se escucha por todas partes el aleteo dulce y deleitable de los abanicos que mueven manos nerviosas. ¡Pájaros y mujeres, abanicos y golondrinas! Siempre llegan juntos en adorable conjunción á las puertas de la estación veraniega, y siempre suenan en el oído con el mismo encanto, sus gorjeos, sus voces, sus ruidos y sus rumores.

El primer abanico japonés que sale después de Semana Santa á la pista del circo para completar la ilusión óptica de los juegos malabares, da la señal decisiva, y desde ese momento los abanicos de invierno, abanicos apócrifos é insustanciales que no hacen aire ni dan calor, se guardan en sus estuches, y salen á reemplazarlos y á competir con las flores los alegres y parlanchines abanicos de verano.

Guárdense los mueblistas, para adorno de sus escaparates, los *abanicos* de chimenea; recréense *gourmets* paladeando las setas que llevan el nombre de *abanicos;* adiéstrense los carpinteros en la construcción de los montantes de puertas y ventanas que por su forma de medio punto y sus cristales triangulares, separados por varillas de madera, se llaman también *abanicos;* afiancen los marineros la vela y aparejo de *abanico;* despliegue el pavo real el inmenso *abanico* de su hermosa cola...; todo esto que demuestra la *circulación*, la popularidad y aplicaciones múltiples de esa palabra, no importa á mi objeto, limitado á tratar del *abanico* en su verdadera y más usual acepción, del abanico que sirve para... *abanicarse*, del que en manos de mujer, y de mujer bonita sobre todo, es talismán, telégrafo y biombo, y á veces... confesonario y en ocasiones arma defensiva.

El origen del abanico tiene su leyenda, una leyenda que debía trasladar al pentágrama el

inspirado compositor Sommer, autor de la celebrada opereta «Cin-ko-ka», ya que en ella se hizo aplaudir tanto con aquel «terceto» voluptuoso y regocijado de los *abanicos,* que el público no se cansaba de oír.

Escuchad la leyenda, ó pasadla por alto, si ya la conocéis.

«Una noche, la bellísima *Kan-Si,* hija de un mandarín muy poderoso, asistía á la gran fiesta de las antorchas. Tan sofocante era el calor, tan irrespirable el ambiente, que la doncella hubo de separarse del rostro el antifaz que lo cubría. Pero como el pudor la aconsejaba, y aun le exigía no exponer su hermosura á la profanación de las miradas curiosas, agitó *rapidísimamente* la mascarilla para hacerse aire con ella, manteniéndola muy cerca del rostro, y consiguiendo así por la velocidad inverosímil de los movimientos de la muñeca, que la máscara se convirtiera en una especie de velo, que no permitió á los hombres reconocer á la mandarina. Las demás mujeres, en número de 8,000, encontrando felicísima la ocurrencia, agitaron á su vez las mascarillas y... he aquí el origen del *abanico* que surgió en seguida, resultando más cómodo y más práctico que la máscara para refrescar el rostro, y tan eficaz ó más que ésta para satisfacer las exigencias del pudor.»

Los abanicos que nacieron al calor (ó mejor dicho del calor) de aquella idea de la hija del mandarín, se llamaron—y fueron efectivamente—abanicos *rígidos.* Quiere decir que no tenían *varillas,* ni *clavillo;* ni se *plegaban,* en una palabra, como los que se usaron después, como los que actualmente se abren y cierran sin cesar (como el alma á las ilusiones y á los desencantos) y han prescindido de todas las rigideces, para otorgar en cambio las mayores benevolencias.

En la historia del abanico, interesante y amena, hay tal cantidad de curiosidades, que la pluma se resiste malamente á la tentación de bosquejarla, aunque fuera á grandes rasgos.

Pero el empeño resultaría estéril, la obra deficiente, y la intención *guasona,* pues como para *meter en color* la dicha historia haría falta casi mucho espacio, resultarían el lector chasqueado y la pluma con la miel en los... puntos.

Dediquemos, sin embargo, un recuerdo á la fábrica de Colomina, la más perfeccionada de España, á D. Hipólito Bach, nuestro comerciante artista, maestro en la *ilustración* de abanicos; á los primitivos abanicos de Calañas (pueblo de la provincia de Huelva), los más toscos, pero á la vez los más baratos y más populares; á la casa de Kimmel, de Londres, inventora de los abanicos de... olor; á los abanicos indios de marfil tallado; á los chinos con figuritas de rostro de marfil y vestidos de seda; á Rubens y Watteau, que en los siglo XVI y XVII pintaron multitud de abanicos que han adquirido á la fecha el valor de joyas arqueológicas; á Catalina de Médicis, que introdujo en Francia el uso de los abanicos plegables; á los abanicos de honor de los Faraones; á los llamados flabelas de la liturgia cristiana, usados para defender y purificar las sagradas especies de la Eucaristía; á los que todavía en ciertas procesiones de Roma rodean la silla en que se conduce al Papa; á los abanicos japoneses casi simbólicos, complemento del traje y de toda clase de honores; á los *Paipais,* tan sencillos como útiles; al que en el acto primero de *Las vengadoras,* de Sellés, juega papel tan importante; al que en el segundo de *La Africana* sirve de contrapunto á la tierna romanza de Selika; y á los típicos *Ventalls,* de Cataluña, construídos con cartón y caña, y sin los cuales no se comprende allí procesión, ni revista, ni corrida de toros.

Y después de dedicar estos recuerdos... lamentemos que la cárcel madrileña, por su fama sectorial, se haya apropiado del nombre de «abanico» llevándolo así á un lugar en que nunca debió verse.

***

El abanico es una especie de bomba aspirante impelente, que produce columnas de aire cuando se agita por rápidos movimientos de vaivén.

Un Diccionario dice, con motivo de esto, que «al alejarse el abanico de la persona que lo usa, hace el *vacío* en torno suyo y obliga al aire circundante á ocupar el lugar del aire

desalojado, y al acercarse de nuevo empuja al aire intermedio, comprimiéndolo; de suerte, que como uno y otro movimiento, crean poderosas corrientes».

De esta explicación resulta que la mujer cuando agita su abanico con coquetería ingénua ó estudiada, pero siempre con coquetería, (pues el manejo de ese utensilio la lleva aparejada y no hay mujer torpe en tal «esgrima») explica sin darse cuenta, una curiosa lección de física trascendental.

En el «trouseaux» de toda novia medianamente relacionada, y en el ajuar de la mujer más modesta, el abanico tiene grandísima importancia, ocupa lugar preferente, y forma con el libro de misa y con el rosario, un «triunvirato» favorito é indispensable. Á las novias, sobre todo, se les acostumbra á regalar abanicos á porrillo, de todas clases y formas; de uno y de dos países, de cabritilla, tisú, vitela y pergamino, de madera, de nácar, de marfil, de concha, de carey, de cuero, de mañana, de paseo, de teatro, de vestir, de verano, de invierno, de viaje, de campo.... qué se yo.

Los padrinos ricos y los amantes espléndidos, suelen tener á mucha gala que los *clavillos* de los abanicos lleven en sus extremos piedras preciosas, y entonces los brillantes y rubíes se encargan de satisfacer esa vanidad, y para realizarlo en forma y pregonar la despreocupación del donante, vienen á ocultar sus resplandores entre la piel de finísimos guantes, ó á dar con ellos calor á las palmas de las manos de las... privilegiadas. También algunas veces en los abanicos que regala el vicio, se adorna el varillaje con inscripciones o fechas trazadas á su vez con brillantes. Todos estos despilfarros y los que implica el uso tan generalizado de avalorar los abanicos con pinturas de los artistas más célebres, resultan censurables en un objeto que como el abanico, muere las más de las veces de descuido ó de... pasión.

El abanico es el primer deseo que siente la niña cuando comienza á abandonar las muñecas, y el deseo constante que la acompaña durante su vida de mujer. Los maridos que andan siempre ocupados en sus negocios no se preocupan, gracias á ese trato, de lo que habrán de regalar á sus esposas en el aniversario de la boda, el día de sus cumple-años, ó cuando las encuentran ó las ponen de mal humor. Un abanico á tiempo, y no hay *monos* que resistan, ni cara que no sonría, ni mujer que no se dé por satisfecha.

Los abanicos de jardín, los *pericones*, los de toros y los anunciadores, ya pertenecen á otra clase muchísimo menos interesante, y los de bolsillo que emplean los hombres, me producen malísimo efecto. La *mano* varonil no encaja ni con cola en el *pie* de un abanico, y todos los rigores de la Canícula más despiadada, no justifican, á mi juicio, que el sexo fuerte, mientras tenga un sombrero, un periódico ó un pañuelo de que servirse al efecto, invada el campo de la mujer apoderándose del abanico.

Los abanicos colgantes tampoco deben considerarse *agremiados*. Estos tienen ya más carácter de *muebles* que de abanicos, y aunque su servicio, sobre todo en la India, en los climas de la zona tórrida, y á bordo de muchos buques, es inapreciable, no puede comparársele siquiera con el gentil abanico femenino, el más *airoso* de todos, pues une al aire que produce, *el* de la dama que lo maneja; el único digno de fijar la atención, y el único que ha tenido, y tiene y tendrá siempre grandísima importancia social, y si me apuran ustedes, política.

Este, y no otro, es el abanico merecedor de aplausos, de estudio y de... comentarios.

Por algo lo emplea la mujer á todas horas; por algo, y aunque parezca un contrasentido, no se desprende de él ni aun en invierno. Y ese *algo*, adivinado, explicado está por la musa popular, que escribió y lanzó á la calle este lindo cantar:

Con la capa el torero
maneja el bicho;
y la mujer al hombre
con su abanico.

Objeto que proporciona tal dicha, y que sirve para tanto, no hay temor de que desaparezca.

La mujer *habla* en secreto con el abanico,

pues conocido de todos es su lenguaje: dejándolo caer consigue que los hombres *estén á sus pies*, no en sentido figurado como cuando saludan, sino verdaderamente inclinados ó arrodillados; en los toros les sirve de antihistérico, en el teatro de pantalla, muy á menudo de *álbum*, y en fin, para que oigáis la última palabra, la definición y el análisis verdadero de la importancia social del abanico, yo pronuncio aquí el *He dicho*, y cedo el turno á un literato de mucho mérito, que escribió acerca del abanico el siguiente bellísimo párrafo:

«El abanico, hijo del sol, es el cómplice más temible de la calentura amorosa que decide del porvenir de un hombre; es el talismán feliz de las fascinaciones femeninas, ya se repliegue, ya se extienda, ya serpentee por el aire en curvas erráticas, ya en dulces aleteos deje primero ver y luego oculte encantos y gracias seductoras, ya en lengua incomprensible haga acompañamiento con un... *ffrrrrfrr* suavísimo á un *sí* indeciso que promete otro *sí* decidido y resuelto á cortar fecha; ya al cerrarse airadamente robustezca un nó rotundo su... *frrk* repentino y atronador. Unas veces tapa y encubre de todo el mundo, menos de aquel á quien va dirigido, un mimo encantador; otras veces impide ver una perfidia; otras quiere, pero no puede, ocultar el rubor de una confidencia ó el fuego de un deseo; otras deja ver una malignidad que finge esconder, una sonrisa que pretende disimular, ó un enojo que ha de quedar en nada..; pero siempre y en todas ocasiones, sus movimientos desplegados, sus ondulaciones recogidas, sus giros y sus ruídos hallan en el corazón del hombre una cuerda delicadísima que poner en vibración simpática, la cual siempre da un tono fascinante de la escuela del amor».

Enrique Sepúlveda.

CRÓNICA LITERARIA

De nuestros canjes tomamos lo siguiente:

COS GAYÓN.

«El Sr. Juan Pérez de Guzmán ha escrito en Madrid, un artículo sobre el notable político Cos Gayón, fallecido últimamente en Madrid. De él tomamos algunos rasgos biográficos del extinto.

El Sr. Cos Gayón dedicóse con mucho éxito al periodismo, desde su juventud, apenas salido de las aulas universitarias, y en 1853, después de terminar los estudios de Derecho, ingresó á la carrera fiscal.

La pulcritud de sus funciones administrativas y su inteligencia en este ramo de la política general hizo apetecer su concurso para el trabajo de reorganización que el Conde de Puñonrostro tomó sobre sí al confiarle la Reina Da. Isabel II la Intendencia de la Real Casa y Patrimonio.

Después de una larga campaña periodística de siete años que hizo en colaboración con otros hombres de su partido, cuando Cánovas constituyó el primer Gobierno de la Restauración, llamó á Cos Gayón y le dió la dirección general de contribuciones. Desde este día continuó ascendiendo á cargos superiores en la administración y en la política: de 1876 á 1879, subsecretario de Hacienda con Salaverría, con Barzanallana, con Orovio; en 1880 y en 1884, Ministro de la misma cartera en propiedad hasta que ocurrió la crisis producida por la muerte del Rey Alfonzo XII; en 1884, interino de Gracia y Justicia, y en 1895, de la Gobernación hasta la caída del ministerio Azcárraga.

En el parlamento ha representado á Cartagena y Lugo, y apenas hay junta consultiva ó institución alguna de moneda, de aranceles, de valorizaciones á que no haya pertenecido.

Cos Gayón había nacido en Lérida, de padres no catalanes, el 27 de Mayo de 1835.

EL CUENTO DEL POETA

No ha muchos años aun, la probidad artística, científica y literaria era para mí un artículo de fe. Creía buenamente, en mi fetiquismo del papel impreso, desde la simple hoja suelta hasta el voluminoso infolio, en todo lo que leía, porque creía buenamente en la honradez y en el valor intelectuales de los que escribían cosas que habían de ser impresas. Y es así como me formé la idea de que, todas las proporciones guardadas, ningún país en el mundo podía presentar una suma mayor de hombres famosos en todos los ramos del saber humano que el nuestro.

He leído centenares de biografías del terruño, coleccionado otros tantos retratos,—aparecidos en tantas Revistas más ó menos «ilustradas» como se han publicado y se publican en Buenos Aires,—y siempre, constantemente, cada vez que una cualquiera de esas Revistas me han presentado, con cuatro líneas de biografía y un retrato á un hombre cualquiera,—poeta principalmente—los poetas son los niños terribles de esta clase de aventuras bibliográficas,—he creído en el valer intelectual de ese hombre; mi honradez, mi probidad, en materia de cosas intelectuales no me permitía ni sospechar siquiera ciertas artes. Envidiaba á los felices biografiados y retratados, no precisamente por las biografías y los retratos, sino por la suma de extraordinarios merecimientos que les suponía por haber merecido tales honores: han alcanzado, decíame yo, el ideal supremo de todo hombre superior, la Gloria! Me imaginaba lo áspero del camino que habían debido recorrer para llegar á la excelsa cumbre, las noches pasadas de turbio en turbio á la luz de una lámpara estudiosa, las meditaciones solitarias, los ensueños de las escasas horas de reposo, todas las cosas, en fin, que habían debido demacrar á todos esos hombres superiores, y también me imaginaba las cualidades excepcionales de su cerebro, que les habían permitido, que les permitían abarcar todo aquello... todo aquello, en fin, que las Revistas decían. ¡Ah, cuántas veces me acerqué á una de esas celebridades con la intención de dirigirla algunas palabras de respetuosa admiración, y cuantas veces me arredré, no me atreví á arriesgar mis alas de «inexplicable insecto» en la luz que su personalidad irradiaba!... Pero me atreví, por fin, una, dos, tres, una multitud de veces, y bien! en un noventa y cinco por ciento de los casos, los biografiados y retratados me parecieron unos simples *farceurs*, y me sugirieron este pensamiento: «¡Es singular de cómo un hombre superior puede parecerse á un imbécil!»

*
* *

Desde entonces, comencé á moderar, á razonar mi admiración, á estudiar de cerca, de muy cerca, sin que ellos lo notaran, á muchos de los biografiados y retratados de nuestras Revistas: estudié su pasado, su presente, su género de vida, la calidad y la cantidad de su trabajo, busqué el libro revelador, ó siquiera su promesa, la chispa genial ó, simplemente, de talento, y no hallé nada, nada, sino la tabla rasa de los filósofos disimulada con un barniz derrisorio. Hallé, sí esto: hombres muy esparcidos en la sociedad, entendidos en el arte vulgar y poco soberbio de crearse simpatías, muy bien vistos por todo el mundo, y entregados, por placer ó por necesidad, á ocupaciones extrañas á todo orden intelectual, á ocupaciones que no les permitían, en las veinticuatro horas del día, ni siquiera leer concienzudamente un diario. Es cierto que, en cambio, hallé verdaderas superioridades en individuos nada biografiados ni retratados por Revista alguna. El contraste me llamó la atención, y no tardé en explicármelo; mientras los unos no salen del rincón en que pasan su vida estudiando, y, por consiguiente, permanecen más ó menos desconocidos, los otros, más prácticos, pasan su vida intrigando, haciéndose conocer. Y se reúnen de á dos, de á tres, de á cuatro, constituyen camarillas de «bombo-mutuo», y se dispensan mutuamente la celebridad á manos llenas, á boca llena, á toda tinta de periódicos complacientes. De ahí, las biografías, retratos y otros excesos.

¿Habéis leído *La Peau de Chagrin* de Balzac? Es la eterna historia de Rastignac y de Raphaël de Valentín. «¡Ah, decía aquél, que

sea ligero el bagaje del que persigue á la Fortuna!» Y sería preciso creerlo si el mundo anduviera, como parece algunas veces, patas arriba. ¿Y no es acaso la Gloria la modalidad más excelsa de la Fortuna?

***

Hice más: me dediqué y me dedico, con ahinco, al estudio antropológico de los titulares de mi colección de retratos, y ese estudio no me ha revelado, no me revela, sino las más vulgares mediocridades. He enviado algunos de esos retratos á Lombroso, con el cual tengo alguna relación epistolar: ninguna de las inscripciones que llevan al dorso algunos de los que me ha devuelto indica que el eminente profesor haya hallado en los sujetos retratados nada que no sea muy común. Mas aun, algunas de esas inscripciones son decididamente terribles; la correspondiente á un *poeta minor* celebrado por una de nuestras Revistas era la siguiente: *Quest e un cretino.*

Y sube la marea de «celebridades». Cada semana nos trae una. ¡Y eso es la gloria del día, de un día!

En esto de la fama, decíame yo en mis días de ilusiones intactas, no puede haber mistificación alguna. No comprendía yo aquella caridad de la notoriedad. Y he aquí que el exhibicionismo devora á medio mundo. La masa del público es víctima de un abominable engaño; los que están en el secreto se limitan á sonreírse más ó menos maligna-mente; pero nadie clama contra la suprema injusticia, nadie tiene el valor de decir: *Questo e un cretino.*

Conviene combatir eso.

LA LOCURA DE MI AMIGO JUAN

(Conclusión.)

Esta recomendación me habría hecho sonreír algunos días antes; pero, entonces me sentía muy mal dispuesto hácia mi amigo. No obstante, me preparé para juntarme con él, como de costumbre, á la hora de comida. Entré á casa para quitarme el traje de ceremonia y me dirigí en seguida lentamente hácia la modesta mesa en que comíamos. Sentía vacía la cabeza y el estómago pesado, y me extrañaba de sentirme tan frío y en calma después de las profundas emociones que había experimentado.

Estaba seguro de ver á mi amigo Juan en análoga disposición de ánimo.

Nos sentamos sonrientes como la víspera, ante la mesa ya dispuesta. El comió poco, en verdad; no pareció notar que los platos que me servían quedaban intactos. Conversamos bastante, hablamos de muchas cosas, pero no tuvimos una palabra para Cecilia, para su marido, ni para los incidentes de la mañana.

Concluída la comida, salimos sin interrumpir la conversación. Juan se había animado poco á poco; había tomado un tema poético y nadaba en su elemento; hablaba á maravilla, y consiguió hacerme olvidar que, á pesar mio, siempre lo quería.

Muy poco tiempo después, mi posición cambió. Uno de mis parientes se hizo en París jefe de una gran administración y me dió un empleo con 6,000 francos de sueldo. Consideré esta ocupación como una fortuna, y me atreví á soñar con un matrimonio que mi pobreza me había hecho considerar hasta entonces como imposible.

Al revés de mi amigo Juan, yo no había deseado formar esta sería unión sino con una mujer. Tuve la suerte de que ella me quisiera, y nos casamos. Este matrimonio enfrió las relaciones entre Juan y yo. Sin darme razón alguna, sin ninguna excusa, él no asistió á la ceremonia y se condujo conmigo exactamente como se había conducido con Cecilia, su protegida. Desde ese día dejó de verme.

Al cabo de un mes, lo encontré en el boulevard á eso de las seis. Tendióme la mano y se puso á conversar familiarmente conmigo como si nada hubiera pasado.

Le propuse que se fuera á comer á casa; aceptó, felicitándose por el gusto que iba á tener en conocer á mi esposa. Le previne que también conocería á mi cuñada, encantadora niña de veinte y dos años, que vivía con nosotros.

—Tanto mejor, me contestó, tanto mejor.

Mi amigo Juan anduvo con suerte; agradó á mi mujer y á su hermana Angelina. Su

originalidad, su brusquedad misma les sedujo. Encontraron que su franqueza, brutal muchas veces, era sincera bondad. Se entusiasmaron escuchando sus versos, que él declamaba muy bien y agasajaron á mi querido poeta más de lo que yo mismo lo hubiera hecho. El se dejaba estar. Todo esto le parecía muy natural.

—Estoy en mi centro, en tu casa, me decía á menudo.

De Cecilia ya no se hablaba, de amor, menos todavía. Juan envejecía, su rostro perdía los tonos pálidos y frescos y los redondeados contornos de la juventud; pero él, sin preocuparse de los años, exclamaba gozoso:

—Me siento rejuvenecer!.

Este era un síntoma, que no supe apreciar; con el egoísmo de las personas felices, creía que un amigo nada tenía que desear.

Encontraba en mi casa una familia; parecía contento con mi amistad renovada, bendecía á las dos mujeres cuya simpatía le había yo hecho conocer, las llamaba sus hermanas. Esto me tranquilizaba sobre sus pensamientos íntimos.

No obstante, las visitas de Juan empezaron á hacerse tardías, lo que me sorprendió sobremanera. Para obligarlo á venir más á menudo, solía ir yo á buscarlo. Se mostraba feliz, como siempre.

Un día lo sorprendí en su lecho á las ocho de la noche.

—¿Qué tienes? exclamé.

La mujer del portero se acercó, descubriólo un poco y me lo mostró ensangrentado, herido.

—El médico ya vino, me dijo ella, al mismo tiempo que movía la cabeza de un modo tristemente significativo.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Don Juan entró á las cuatro en un estado que daba compasión. Ignoro lo que ha sucedido, él no habla.

Al oír esto, Juan se enderezó un poco con algún trabajo é hizo señas á la mujer de que nos dejara solos.

Ella obedeció.

—Perdóname, dijo, pensaba en ella, en tu cuñada, y, en una calle en que los vehículos cruzaban en todas direcciones, creí reconocerla. Atravesaba ella, ligera y rápida, la calzada entre dos filas de ruedas. Tuve miedo por ella, quise seguirla para protegerla y me precipité sobre sus pasos; pero calculé mal mi impulso y un vehículo en marcha me atropelló violentamente hiriéndome en el pecho y arrojándome sobre la calzada en reparación. Había allí estacas, piedras y un agujero. Rodé, pues, en medio de todos esos obstáculos.

Angelina estaba ya lejos. Cuando me levantaron, experimenté un gran sufrimiento no viéndola.

—Tú no morirás.

—El médico me ha dado tres días de vida; lo he oído bien.

—Es imposible! yo te cuidaré, te salvaré, escucha. Yo había venido para llevarte conmigo á casa. Permíteme ir á avisar para que no nos esperen. Tomaré un coche y en algunos minutos me tendrás de vuelta.

Fuí, pues, efectivamente, á prevenir que pasaría la noche con mi amigo. Quería velar con él, lo encontraba muy mal y tenía muy pocas esperanzas, á pesar de las seguridades que yo le daba.

Referí brevemente á mi mujer y á mi cuñada el accidente ocurrido á mi pobre Juan, para volver inmediatamente.

—Esto es terrible, dijo Angelina; te sigo, quiero verlo...

—De ninguna manera. Sería peligroso, tu presencia puede producirle agitación, aumentar la fiebre.

Mi mujer fué de mi opinión.

—Conocéis mal, á ese espíritu extraordinario. Soy para él el ensueño y no la mujer; dejadme darle un último placer.

Todas mis observaciones no lograron detener á Angelina. Viendo su obstinación, mi mujer se decidió á acompañarla.

Tenía razón la generosa joven. Desde que Juan la vió, sonrió alegremente.

—¿Quiere usted, pues, hacerme vivir? dijo él.

Recobró la voz y sus fuerzas y tomó la mano á Angelina. Ella á su vez apretó dulcemente la de él.

—Usted vivirá, le dijo ella, yo lo quiero; usted sanará.

—¿Para qué? Esta hora ha sido bien escogida para morir; me siento feliz como nunca me había sentido; usted sola ha comprendido el ideal del pobre poeta, su rara locura. Y más tarde, ¿quién sabe...? Adiós! adiós...!

Su voz se debilitaba; y como ella se inclinara para escucharlo, él murmuró:

—Jamás lo olvidaré; *ella* también me amaba y fué para otro para quien se colocó su hermosa corona de azahares.

Angelina, se conmovió profundamente y abandonó el dormitorio del herido, con los ojos húmedos.

Antes de casarse, Angelina refirió á su prometido, la historia de mi amigo Juan que murió seis meses antes.

La tumba del poeta fué atendida y arreglada por los cuidados de los jóvenes esposos. Un día que Angelina llevó unas flores á la tumba de Juan, encontró allí á Cecilia. Fué así como se hicieron amigas.

Camilo Perier.

FIN.

ACCIONISTAS

de "La Revista de Valparaíso"

Acevedo, César	2
Adrover, Carlos	1
Barrie, Carlos A.	1
Bascuñán, Teodoro	1
Bermúdez, Enrique	1
Bobillier, Víctor	1
Camus V., Alfredo	1
Camus V., Ezequiel	2
Cárdenas, Angel C.	2
Chaumés, Alfonso	2
Claro, Santiago	2
Cruz, Eudoro	1
Cuevas O., Alfredo	2
Cumming, Alberto	1
Delfín, Federico	1
Edwards V., Alberto	8
Edwards V., Carlos	2
Edwards, Joaquín	1
Echeverría, Roberto	1
Escobar C., Ricardo	2
Feliú H., Camilo	6
Feliú H., Guillermo	2
Feliú H., Oscar	1
Feliú H., Daniel E.	1
Ferreira, Luis	1
Fraga, Estanislao	2
Fuenzalida, Enrique	1
Garnham, Luis	1
Garretón, Ramón	1
Hübner, Ernesto	1
Jara Torres, Carlos	1
León Silva, Alberto	1
Lyon O., Enrique	1
Manterola, Fernando	2
Manterola, Benjamín	1
Marambio Montt, Ernesto	1
Martínez, Heraclio	5
Maturana, Alejandro	1
Melcherts, Gustavo	1
Newman, Carlos	1
Otaegui, Juan E.	1
Pascal V., Gastón	2
Poirier, Eduardo	1
Pomar, Ramón	1
Portaluppi, Alejandro	1
Prieto, Francisco	1
Puelma, Luis Felipe	2
Reitze J., Enrique	1
Ríos González, Tomás	1
Rivera, Guillermo	5
Robles, Enrique	1
Rodríguez V., Eugenio	1
Rojas Riesco, Diego	2
Ross, Gustavo	2
Rudolphy, Alejandro	1
Valenzuela, Jorge	1
Valverde, Juan Luis	1
Varas, Antonio	2
Vargas C., Eulogio	1
Vásquez, David	1
Vicencio, Carlos	1
Winter, Luis A.	1
Urenda, Manuel	2
	100

"LA UNIÓN CHILENA"

COMPAÑÍA DE SEGUROS

FUNDADA EN 1858

CAPITAL	$	**2.000,000.00**
FONDOS ACUMULADOS	«	**535.595.15**
SINIESTROS PAGADOS	«	**2.290,055.91**

Administrador: D. Benjamín Dávila Larraín,

Santiago—Huérfanos, N.º 803.

"La Nacional"

CAJA DE AHORROS Y DE SEGUROS

CAPITAL ..... $ **2.000,000.00**

Gerente: D. Luis Dávila Larraín,

Santiago Huérfanos N.º 1161

Estas compañías efectúan seguros en las mejores condiciones sobre edificios, mercaderias, muebles, maquinarias, etc., etc., como igualmente se asegura el lucro cesante de los arriendo, cobrando

PRIMAS MÓDICAS

Agente en Valparaíso:

CARLOS R. NEVES,

81-PRAT-81

AGENCIA GENERAL DE PRODUCTOS CHILENOS

DE CUITIÑO Y HURTADO

SUCESORES DE D. RISOPATRÓN CAÑAS

Prat 95—VALPARAISO—Casilla 623

Teléfono Inglés 152

Venden todos los vinos nacionales en cajones, javas y barriles.—Toda clase de conserves y licores.—Productos manufacturados. Frutos del pais y forrajes en general.—Mármoles blancos y de colores.

NOTA.—Tienen constantemente vinos desde $ 20.00 las 100 botellas de las marcas más conocidas y blancos desde $ 30.00 el 100 de botellas.

La "Revista de Valparaíso"

establece canje con todas las revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Se publicará un juicio crítico de toda obra nueva que se envíe á esta redacción.

La Revista se halla en venta en la librería de Wescott y C.ª, y de El Mercurio, en la calle Esmeralda; en La Ilustración, de D. Matías Vilet, calle Condell; en la de El Porvenir de D. Eucarpio Sánchez, en la calle de la Victoria; en la librería de C. F. Niemeyer y donde C. Kirsinger y C.ª

AGENCIAS:

En Santiago.—La librería de D. Mariano Servat, calle Ahumada, esquina de Huérfanos; y la de J. W. Hardy, Portal Fernández Concha núm. 5.

En Quillota.—Cigarrería de D. Lorenzo Osorio.

En la Serena.—En la librería Americana de D. M. Sains Peña.

En Concepción.—Librería de Serrato y Almacén de Kirsinger y C.ª

En Iquique.—Librería de M. Gansón y C.ª

Revista de Valparaíso

Año I — Valparaiso, Agosto de 1899 — Núm. 8

Revista de Valparaiso.

PERIÓDICO MENSUAL DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

Se publica los días 1.° de cada mes

Precios de suscripción

Por semestre..... $ 2 50
Por un año..... « 5 00
Número suelto..... « 0 50

SE RECIBEN AVISOS

PARA SU

PUBLICACIÓN EN "LA REVISTA"

TARIFA

AVISOS DE 1 PAGINA

$ 60 por un año
32 » 6 meses
18 » 3 meses

AVISOS DE ½ PAGINA

$ 32 por un año
18 » 6 meses
10 » 3 meses

AVISOS DE ¼ DE PAGINA

$ 20 por un año
10 » 6 meses
6 » 3 meses

AVISOS DE ⅛ DE PAGINA

$ 12 por un año
7 » 6 meses
4 » 3 meses

Toda comunicación concerniente á *La Revista* deberá dirigirse al Administrador Sr. D. Alberto Edwards, casilla N.° 2162 del correo N.° 2.

REFLECCIONES

SOBRE LOS PRINCIPIOS Y RESULTADOS DE LA REVOLUCIÓN DE 1891.

(Continuación)

Pero la lenta evolución que había sufrido el régimen presidencial, debilitó sus fuerzas poniéndolo á la merced de los partidos; si la ilegitimidad de su origen le arrebataba por un lado toda garantía de solidez, por otra parte, el dejar de ser la encarnación de un principio de buen gobierno, para transformarse en la cabeza de un partido, le colocaba sin defensa á merced de los intereses y de las pasiones.

En efecto, si algo había legitimado desde 1833 la supeditación de los derechos populares, era el principio supremo de la salvación pública y de la defensa social, era la necesidad urgente é imprescindible de organizar la administración poniendo ásalvo los intereses amenazados por la anarquía. En nombre de esos intereses organizóse el despotismo y los chilenos tuvieron suficiente sentido práctico para comprender que no había salvación, sino sacrificando en aras de la autoridad las generosas utopías que habían dado calor y empuje á la gran causa de la independencia.

Por eso pudo el antiguo régimen político de Chile, perpetuarse durante sesenta años; porque debía su existencia á una necesidad social hábilmente comprendida, tanto por los jefes de la clase gobernante, como por aquella masa de la sociedad, que pidiendo sólo paz y organización, es el firme apoyo de los gobiernos que saben garantirlas contra los inútiles vaivenes de las facciones doctrinarias.

Y, fenómeno curioso, un régimen que se basaba precisamente en la violación de las leyes más fundamentales de un gobierno republicano, encontraba en el respeto á esas mismas leyes, otra de las columnas que le servían de sostén.—La tradición constitucional rigurosamente guardada desde 1833, prestaba al poder presidencial, base de nuestra organización política, todo el prestigio de una legalidad que, al menos en la forma, había sido religiosamente respetada. Justo es confesar que una de las cualidades que más honran á nuestro país, la que más ha contribuido á su engrandecimiento, es la sumisión tranquila y respetuosa con que la inmensa mayoría de los chilenos, ha sabido acatar á las autoridades constituidas. De otra manera el gobierno absoluto no habría podido perpetuarse, pero en él se respetaba la Constitución, siendo así parte á darle vigor, no sólo los intereses sino también esa honrosa tradición conservadora, que en esta joven república, reemplazaba á la veneración supersticiosa y arraigada, que en lo antiguo sirvió de base á las viejas monarquías europeas.

Los Presidentes de Chile supieron, hasta 1881, asumir con dignidad y moderación el importante papel que les correspondía como piedra angular de nuestro sistema político. Si arrebataron al pueblo sus libertades, no fué en el propio beneficio, ni para servir intereses personales; hicieron más aun, pues interpretaron fielmente por una acción refleja ó por una feliz casualidad, las tendencias dominantes de la masa pensadora, poniendo la nave del Estado, al rumbo que exigía la opinión pública y los intereses sociales.—Para usar de la célebre expresión de Federico II, gobernaban para el pueblo, ya que no por medio del pueblo; y esa es la única forma aceptable del despotismo en nuestros tiempos.

Ese sistema de equilibrio político en que el Ejecutivo hacía el papel de gran moderador de las tendencias sociales, era por cierto una gran escuela de gobierno; desgraciadamente el equilibrio no podía ser eterno, no sólo por las causas de debilidad que hemos apuntado en las páginas anteriores, sino porque, habiéndose privado á las fuerzas dominantes de la sociedad de los medios legítimos de hacer valer sus influencias, era seguro que llegaría un momento, en que las ideas é intereses de la gran masa del país, llegaran á ver un peligro, en lo que hasta entonces habían visto su salvación.

En los gobiernos despóticos todo es amenaza, aun la sospecha más leve; el absolutismo puesto al servicio de una gran causa, y servido por hombres justos y patriotas es el mejor sistema de gobierno, pero si se toma en cuenta la naturaleza humana, si se observa que ese régimen no deja á las pasiones una válvula de escape, una garantía de mejoramiento, un medio de hacer valer las legítimas influencias sociales sobre las alturas, para imprimir al gobierno las tendencias que se agitan en la sociedad, bien se comprende que el día del desequilibrio ha de ser el día del choque, y que éste será terrible como el reventar de una caldera cuyas energías latentes pero poderosas han estado por la fuerza contenidas.

He tratado de poner de manifiesto, la incurable debilidad orgánica que afectaba á nuestro antiguo sistema de gobierno, y réstame sólo echar una breve ojeada sobre la manera cómo se obró en los hechos la descomposición de ese cuerpo político, efecto necesario é ineludible de las premisas anteriores.

Todo cambia y se modifica en la naturaleza como en las sociedades; tal es la ley suprema de la vida; en la lucha por la existencia los seres de todo orden deben acomodarse al medio en que han de desarrollarse y vivir; si no se transforman, perecen. Las instituciones raquíticas y defectuosas, pasan por los pueblos para morir en breve sin dejar huellas de su paso fugaz; las que están mejor constituidas llevan sin embargo en su organismo, el oculto principio de su disolución, porque bajo el sol todo muere; sin descomposición y recomposición, la vida no es vida, y el progreso es imposible; lo que hoy es bueno y aceptable, porque se conforma con las funciones que debe desempeñar en el momento en que vive, mañana, cuando tal conformidad no exista, no existirá tampoco, ó su vida será una agonía contínua, una

lucha perpétua contra la naturaleza de las cosas, que siempre acaba por triunfar.

Esas evoluciones, esos cambios que constituyen toda la trama de la historia del mundo, se verifican de un modo lento y tranquilo en la materia inerte y en los seres inferiores, ciegos instrumentos de las leyes providenciales que los encaminan fatalmente al cumplimiento de sus destinos; por eso la historia de las cosas, se diferencia radicalmente de la historia de los hombres. Nosotros pensamos; brilla en nuestra frente ese destello divino que se llama inteligencia; podemos apreciar, en parte al menos, lo que vale el progreso, y, en nuestro justo orgullo de seres racionales y libres, aspiramos á dirigir el curso de las cosas, cuando nó á contrariarlo. De ahí, los choques, las revoluciones, las eternas luchas, de ahí todas las grandezas, todos los errores, todos los sufrimientos de la humanidad, en su marcha hácia un porvenir oscuro que guarda entre sus misterios el desenlace de este gran drama de que somos actores.

Lo dicho hará comprender que, al señalar los defectos que en mi sentir acarrearon la caída de la organización política de 1833, no pretendo condenarla; debía morir, ésa era su falta, pero esa falta es común á todas las obras de los hombres; pues, buenas ó malas, efímeras ó duraderas, ninguna es perfecta en absoluto, porque ninguna puede ser eterna.

Y esto que decimos de las instituciones de todos los pueblos, es especialmente aplicable al antiguo régimen, porque, como ya lo hemos dicho, á ese edificio en apariencia tan sólido y de una organización tan espléndida, lo que le faltaba, era precisamente lo que garantiza la duración de las cosas: los cimientos.

Veamos, como murió.

Chile, en 1881 no era ya el Chile de 1830. No transcurrió sin dejarnos huellas el medio siglo más fecundo en progreso que recuerdan los anales de la historia. La sociedad se había radicalmente transformado por medio de la instrucción, de la prensa, del trato más frecuente entre los hombres, de las comunicaciones fáciles y del impulso cada vez más poderoso que nos venía de la civilización europea. Por otra parte los intereses crecieron, vinculándose más fuertemente la suerte de la fortuna privada con la de la riqueza pública; el erario nacional que á principios del siglo apenas bastaba para satisfacer las más premiosas necesidades de la administración, llegó á ser el más rico de la América española.

Los nuevos intereses y las nuevas pasiones, poderosos aquéllos, ilustradas éstas, mal podían avenirse con la omnipotencia de un sólo hombre; mientras se trató simplemente de gobernar un pueblo pobre y pequeño, que apenas podía organizarse, el absolutismo se comprendía; pero las nuevas necesidades requerían para el poder un apoyo más inmediato y más eficaz de las grandes fuerzas sociales cuyos intereses estaban estrechamente ligados con los del país, y que teniendo conciencia de su poder, y fe en sus ideales, trataban de hacer efectivas sus legítimas influencias. Hemos visto cómo el despotismo supo acomodarse á este nuevo estado de cosas, resultando aquel sistema de equilibrio entre el poder y la oligarquía, en que sin perder el primero nada de su omnipotencia, buscaba instintivamente el apoyo de las tendencias dominantes.

Cupo á la administración de D. Domingo Santa María la triste suerte de trastornar ese orden de cosas; sea por una falsa apreciación del verdadero papel que desempeñaba el Presidente en la organización de la República, sea porque la sed de omnipotencia ahogara en él toda consideración de prudencia política, el hecho es que desde los primeros días de su gobierno, pudo verse bien claro que con Santa María, se entronizaba un personalismo tan exclusivo y tan poco respetuoso de las fuerzas sociales que le apoyaban y que le combatían, como jamás se había visto en Chile, desde la dictadura de O'Higgins.

No vió en la sociedad chilena otro poder ni otra energía que la suya y despreciando al mismo partido que le había elevado, dedicóse en política á sembrar recelos y desconfianzas, para reinar sin contrapeso á favor de la división general.

Despreciando los elementos más sanos de gobierno que existían en Chile, llevó á las Cámaras personajes de último orden político,

cuya insignificancia garantía la más absoluta y servil docilidad, y para acallar las protestas que levantaba su conducta atropelladora, fomentó las pasiones más ardientes, los odios más inexplicables, en los hombres y en los partidos.—Las cuestiones teológicas que convirtieron á las facciones políticas en sectas religiosas, anarquizando la sociedad y ahondando sin razón alguna el abismo que separaba á las diversas tendencias sociales, fueron el único ideal de su gobierno, el único artículo de su profesión liberal. A merced de ellas, pudo acallar á los díscolos y conseguir en un principio el apoyo del liberalismo; pero luego las mismas pasiones sectarias fueron impotentes, para impedir que se desbandaran de su lado los elementos más honrados de la familia chilena.

Pero él afectaba, al menos en los hechos, un desprecio absoluto, por la opinión, por los partidos y por los hombres; no comprendió jamás que su poder descansaba en la fuerza conservadora de la clase gobernante, llegando á pensar como Luis XIV que él y solo él era el Estado, la sociedad y la política.

Por eso las elecciones que se efectuaron durante su gobierno tuvieron un carácter atrabiliario y caprichoso, desconocido hasta entonces; sus predecesores guardaron en parte las formas, no ocurrieron á la violencia sino en casos extremos, y al hacer desde sus gabinetes la designación de los representantes del pueblo, habían en cierto modo contemporizado con la opinión, dando á los actos electorales cierta seriedad y corrección aparente.

Santa María rompió también en esta parte las antiguas tradiciones del país; no contento con impedir en 1882 la entrada de un sólo opositor á la Cámara de Diputados, en el seno mismo de su partido obró de manera, que ninguno de los elegidos pudiera imaginar que debía su designación al pueblo y no al Presidente de la República; á aquel que poseía influencias en Atacama lo hacía elegir por Chiloé, y llevó sus caprichos de déspota hasta ocultar á veces á los mismos agraciados, el departamento que iban á representar en el Congreso.

Si así trataba á sus propios partidarios, fácil es imaginar la conducta que observó con los opositores, y patentes están en la memoria de todos las sanguinarias violencias que mancharon un gobierno que supo convertir cada elección en un drama sangriento.

El sucesor de Prieto y de Montt, custodios justos y prudentes de la paz del Estado, no vaciló en sembrar las peores pasiones para adular á las turbas, fomentando los odios antireligiosos y antisociales, predicando la guerra á la aristocracia y á los ricos, cuando así lo creyó conveniente para despertar tumultos, y llevar á cabo sus planes de ambición y exclusivismo.

¿Qué quedaba ya del sabio poder conservador, que la Constitución de 1833 había creado como fundamento de la organización del país? Un jefe de secta atrabiliario y despótico, que lejos de ser el guardián del orden público y el moderador de las pasiones populares, no sabía sino crear peligros y perturbaciones en la sociedad chilena, atizar los odios y sembrar desconfianzas, alejando de su lado á todos aquellos que no se prestaban á ser sus dóciles instrumentos.

Pero en justicia, debemos excusar en parte tales y tantos errores políticos.—La evolución social que se había efectuado en el país, colocaba al Presidente en la necesidad de ser déspota para poder gobernar sin cortapisas y, en el hecho, la funesta administración de Santa María no fué sino la lucha constante entre el viejo poder que, minado en su base, amenazaba derrumbarse, y la sociedad que pedía el reconocimiento de sus derechos.—La lucha se habría retardado, si el antiguo régimen hubiera continuado desempeñando fielmente la alta misión que tenía que cumplir en Chile, pero por desgracia en lugar de contemporizar con los hechos, prefirió atropellarlos y en lucha ya con buena parte de las fuerzas sociales, se rompió el equilibrio de que hemos hablado anteriormente, equilibrio que había llegado á ser el fundamento del antiguo orden de cosas.

Envilecido el poder por los mismos que los usufructuaban, perdida en la sociedad la confianza que en él tenía depositada, fácil es

comprender que el absolutismo había quedado sin su único fundamento estable, perdiendo hasta la razón misma de su existencia. Si entonces no estalló la tempestad, que ya se cernía sobre el horizonte, fué sólo porque el respeto á las leyes, arraigado profundamente en la sociedad chilena, no permitia atacar el orden establecido que aun se revestía de la máscara de la legalidad. No obstante las agitaciones fueron terribles, y los últimos meses del gobierno de Santa María, parecían ya presagiar la próxima borrasca; el poder venció, pero no sin resistencias formidables, pues hubo de atropellarse á la minoría de la Cámara para salvar la Constitución, y para que el Presidente de la República pudiera elegir tranquilamente á su sucesor. (1)

Triste fué la herencia que recogió el 18 de Septiembre de 1886 D. José Manuel Balmaceda: perdida en los unos toda la fe en los ideales republicanos, nada esperaban sino de la intriga y del servilismo; los otros, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos para obtener el reconocimiento de sus derechos, ya no confiaban sino en el trastorno y en la violencia para establecer un nuevo orden de cosas; el poder, gastado y corrompido, se creía capaz de intentarlo todo sin resistencias: después de Santa María ningún abuso podía parecer censurable; el partido liberal hondamente dividido, era una fragua de odios y de recelos, en que las crudas guerras intestinas habían concluído con la confianza y la armonía; no era posible la paz sincera entre los que meses antes se habían despedazado con tanto ardor y usando de tales medios. En una palabra, en aquel confuso caos de hombres y de ideas, la solución del problema político era un enigma incomprensible.

Balmaceda comprendió la situación adoptando el único temperamento honrado en aquellas tristes circunstancias: la unificación del liberalismo y el respeto á la oposición conservadora; para deshacer el mal causado por Santa María no era posible otro remedio y si en él se hubiera perseverado el antiguo régimen habría sido capaz de salvar la terrible crisis á que lo habían conducido los errores de la última administración.

Pero el mal tenía raíces muy hondas y se necesitaba para desterrarlo de tanta habilidad como energía. No se respetaba ya al poder y todos desconfiaban del cómplice de Santa María; sin embargo, la política conciliadora del nuevo Presidente no tardó en producir efecto y pronto aparecieron unidos los que antes se combatían con tanto ardimiento; por desgracia la tregua fué corta, no sólo porque no era sincera, sino porque Balmaceda, apenas conseguido su honrado propósito, inició la serie de errores que debían traer por consecuencia su trágica caída.

Mal podía comprender, en efecto, el Ministro y sucesor de Santa María, cuales eran las fuerzas de la sociedad de que era jefe; teorista crudo, y como tal inclinado á modelar los acontecimientos á las concepciones de su imaginación, no podía avenirse con la necesidad, entonces imprescindible, de armonizarse con las tendencias dominantes, buscando el apoyo, no en los más sumisos sino en los más fuertes; por otra parte, teniendo como tenía, una idea demasiado exagerada de su poder, se creyó con derecho á exigir, cuando la prudencia le aconsejaba obedecer.

Embarcado como estaba, en un bajel que había resistido victoriosamente á tantos y tan formidables embates, creyó que en lo futuro podía arrostrar con igual fortuna á las tempestades que se forjaban á su alrededor. Ciego con respecto al progreso, no vió cuánto habían cambiado los tiempos, cuán rica y poderosa era ya esa sociedad en otro tiempo débil y anarquizada; no vió que derribado el presidencialismo por Santa María del pedestal que la prudencia de sus antecesores le había elevado, no inspiraba ya el religioso respeto que en otro tiempo le pusiera al amparo de las revoluciones. Sin poseer el ca-

(1) Hubiera preferido no juzgar sobre las personalidades en este trabajo; pero lo he creído necesario para mostrar cómo se produjo en los hechos la ruptura del equilibrio, sobre que se fundaba nuestra antigua organización política, poniendo de relieve los peligros que entrañaba.— Además, creo imposible demostrar de otro modo el génesis de la descomposición política, que fué la causa inmediata de la revolución.

rácter autoritario y personalista del Presidente anterior, no supo, sin embargo, al igual que él, respetar otra fuerza que la suya propia, y despreciando á la sociedad en que se apoyaba, no siguió sino sus inspiraciones pretendiendo que el país se modelara dócilmente á su capricho. Así, por carecer de una idea exacta de su situación política, por confiar más en sí mismo que en la conciencia pública, llegó á cometer el más profundo de los errores políticos que recuerda nuestra historia.

Si el poder presidencial no vivía ya por sí, sino por la oligarquía que lo apoyaba ¿no era acaso intento loco combatir á esa fuerza, que bastante poderosa para sostenerlo, debía serlo también para derribarlo? ¿Qué otro fundamento quería buscar á su poder? ¿Era acaso el pueblo? Nó; por extraviada que estuviera su imaginación, conocía bastante á su país, para comprender que el pueblo no tenía existencia política, que no era nada, absolutamente nada en el estado, sino una palabra hueca sin valor práctico alguno.—El error de Balmaceda no fué tan craso, consistió únicamente en lo que ya hemos dicho, en no comprender las bases fundamentales de nuestro organismo social, y en despreciarlas, creyendo que el despotismo para sostenerse, á sí solo se bastaba.

Si la oligarquía, mientras se vió respetada por el poder, no había reclamado el uso legítimo de sus influencias sociales, justo es que lo exigiera, cuando temió verse supeditada por el cesarismo, y á la denegación de su demanda contestó con la guerra; tal fué la revolución de 1891.

Balmaceda no la vió venir y su primer paso hacia el abismo fué su rompimiento con los nacionales; este partido, pequeño por su número pero rico en influencias, representaba una de las porciones más sanas y poderosas de la sociedad chilena; contando con gloriosos recuerdos en el pasado, era todavía por sus vínculos sociales y el prestigio de sus hombres, una de las piedras angulares de la oligarquía, y la que mejor representaba las honrosas tradiciones de nuestra vida política; sólo con su apoyo pudo salvarse Santa María del naufragio y al arrojarlo su sucesor lejos de sí no hizo sino aumentar los peligros de una situación, ya de por sí demasiado crítica. Desde aquel momento rompióse la confianza entre el Presidente y el núcleo del liberalismo, y aunque hubo reconciliaciones posteriores, carecieron de franqueza y solidez.

Como resultado de estas intrigas se inauguró una época sin dignidad, que puso de manifiesto al par que la incurable debilidad que aquejaba al presidencialismo, las tendencias absorbentes del jefe del Estado, el cual, al frente de un Congreso anarquizado y receloso, creíase siempre el árbitro de la situación que contaba con poder fácilmente dominar. Los Gabinetes se sucedían á los Gabinete con celeridad pasmosa, llegando á contarse diez Ministerios en poco más de dos años; á veces eran las influencias parlamentarias las que estos cambios producían; en otras ocasiones era el Presidente quien fraguaba las intrigas políticas para gobernar con las facciones que le eran más particularmente afectas, alejando á aquellas de quienes desconfiaba.

El Congreso de 1888 carecía de la servil sumisión, que tanto contribuyó al despotismo de Santa María; aun cuando elegido por el Presidente, reflejaba las tendencias más conciliadoras y formalistas de Balmaceda, quién por un favor especial dejó un buen número de miembros en las Cámaras al partido conservador, permitiendo á la vez que llegaran al Congreso los representantes más distinguidos de las diversas ramas del liberalismo histórico. Este homenaje que el Presidente de Chile, rendía á la opinión, pudo ser el comienzo de una fecunda evolución política, pero desgraciadamente este generoso movimiento fracasó en su origen porque faltó la franqueza en la iniciativa y sobretodo porque siendo siempre la elección el fruto de un abuso, nada garantizaba para el porvenir la continuación de semejante orden de cosas; en efecto, los partidos en lucha más ó menos abierta con las tendencias presidenciales, creían llegado el momento de independizarse de la Moneda, para buscar sus fuerzas en la opinión y no en un poder de que, con sobrada justicia, desconfiaban.

En esta guerra sorda que se organizaba contra el presidencialismo, uniéronse pronto las ideas á los intereses. Entre los nuevos Senadores elegidos en 1888, descollaba la figura de D. Manuel José Irarrázaval llevado al Congreso por los conservadores y liberales de oposición de la provincia de Talca. Alejado de Chile por largos años, traía del viejo mundo todo un arsenal de honradas y sinceras convicciones republicanas, que expresadas con tanto talento como franqueza habían de producir muy luego un colosal movimiento de opinión, en aquellos momentos, en que los más buscaban al problema político otra solución que la simple voluntad presidencial. Cuenta uno de sus biógrafos que Irarrázaval antes de volver á Chile se había hecho á sí mismo el juramento de llamar á cuenta á los tutores de su patria y trabajar con todas sus fuerzas para ceñir en la frente del pueblo la soberanía que le tenían usurpada.

Sus discursos, iniciados en Junio de 1888, produjeron inmensa impresión: la época no podía ser más favorable, pues, gracias á la desconfianza que había producido en todas las conciencias la conducta equívoca de Balmaceda, los políticos no hallaban otra garantía contra el personalismo, que una sincera libertad de elecciones, que permitiese á todos hacer valer sus legítimas influencias para imprimir rumbos á la política nacional.

Notábase en todas partes aquella inquietud, aquella exaltación, que precede siempre á las grandes crisis políticas; el mismo Presidente pareció por un momento inclinarse á secundar el movimiento de la opinión, y no puede negarse que si hubiera seguido esas felices inspiraciones, no sólo habría ahorrado á la patria muchas desgracias, sino que habría colocado sobre su frente un timbre de gloria.

Desgraciadamente en aquel movimiento de recomposición nacional, se empeñó en no ver otra cosa que mezquinas ambiciones; verdaderamente Balmaceda no supo comprender á su época, ya sea por falta de tino político, ó porque en las alturas en que se encontraba, el vértigo del predominio basta para ahogar los pensamientos generosos y aun los consejos de la prudencia.

El Congreso, entretanto, quizo dar forma concreta á las aspiraciones comunes; nombróse una comisión mixta de Diputados y Senadores, cuyo objeto era la reforma electoral basada en el Municipio autónomo y libre de las influencias del Ejecutivo; en el informe de esa comisión, presidida por Irarrázabal, está escrito el programa de la revolución; sobrio en palabras, pero fecundo en pensamientos generosos, ese documento hace época en la historia de Chile. Aquellos ideales eran utópicos si se quiere, pero esa falta puede perdonarse en una época de reacción como aquella, en que se trataba de destruír un poder que respetable en otro tiempo había llegado á ser peligroso, dadas las nuevas necesidades del país; más tarde, al estudiar los principios de la revolución, juzgaremos sobre esta obra.

Por fin Balmaceda se resolvió por el peor de los caminos que en las circunstancias en que se encontraba podía escojer; el de una loca resistencia, contra un movimiento que había llegado á ser incontenible. Sin hacer misterio de que tenía designado á su sucesor, rompió con la mayoría del Congreso, arrojando violentamente de la Moneda al Ministerio parlamentario, y llamando en torno suyo á la antigua falange gobiernista, servidora obligada de todos los poderes. La vieja sociedad chilena le abandonó casi en masa, dejando al despotismo aislado y sin amparo al furor de las pasiones que surgían en la opinión; de aquel modo el trono vacilante ya de los Presidentes de Chile, quedó abandonado á sus propias fuerzas, desnudo de su antiguo prestigio y falto del apoyo que antes le prestaran las clases dirigentes del país.

Así se rompió bruscamente y por la acción combinada de las ideas y de los intereses, la tradición chilena que, como hemos dicho se fundaba en el equilibrio de las fuerzas sociales con el poder presidencial; tocó á Balmaceda la fatalidad de ver romperse en sus manos aquella organización política y corresponde á la historia decidir hasta dónde llega su responsabilidad en la catástrofe que esa ruptura tuvo por consecuencia. Lo que no puede negarse es que el último de los Presidentes del viejo Chile, cometió la falta imperdonable de

no comprender el valor de la tradición que rompía, arrojando la nave del Estado en el abismo de lo desconocido.

El conflicto político trajo como consecuencia un conflicto constitucional; las dos fuerzas sobre que se hallaba cimentada la organización chilena habían chocado, y ese choque se tradujo en una lucha entre el Congreso y el Presidente; el primero tenía facultades con las cuales contaba para someter al segundo; éste, por su parte, creía poder arrostrar impunemente las iras de un cuerpo, respetable sólo por su autoridad moral. La consecuencia de todo fué que, después de furiosas batallas parlamentarias, después de haberse tentado una reconciliación, que el empecinamiento de Balmaceda hizo frustrar, el Congreso negó al Presidente los subsidios, poniéndolo en el duro trance de someterse ó saltar por sobre las vallas constitucionales, privándolo así de lo único que aun podía preservarlo de la catástrofe: el prestigio de la legalidad constitucional que todos sus antecesores habían respetado.

Pero Balmaceda había dicho: «Llegaremos hasta el fin», y hasta el fin llegó; el 1.º de Enero de 1891 declaraba en un manifiesto á la nación, que había resuelto separarse de los mandatos constitucionales, para sustituir esa legalidad concreta, por el principio abstracto que según él resumía la Constitución de 1823, y la tradición de Chile: la omnipotencia presidencial.

Entonces estalló por fin la tempestad; la opinión ya considerablemente apasionada se enfureció; no bastaba al Presidente haber roto con todas las fuerzas vivas de Chile para seguir inspiraciones cuyo significado nadie podía comprender, sino que llevaba su ceguera hasta pisotear las instituciones fundamentales del país, al par que todas las antiguas tradiciones sociales y políticas respetadas por sus predecesores. La oligarquía chilena, que había visto desconocidas sus antiguas influencias ligadas con todos los progresos del país, que veía también las instituciones despedazadas por el poder revolucionario que se había sustituído al antiguo poder constitucional, no tuvo otro remedio que declarar roto el pacto social, y lanzarse á los campos de batalla á buscar en su propia fuerza la razón de su demanda.

Antes de abandonar al antiguo régimen en su sepulcro, cabe preguntar: ¿en nombre de qué ideas se batieron las fuerzas de la dictadura en los campos de batalla? ¿Representaban siquiera el antiguo orden de cosas, que debía morir con su derrota?

Ya hemos visto que la tradición chilena antes de la revolución, estaba fundada en el acuerdo del poder con las clases dirigentes de la sociedad, y que roto ese acuerdo, la tradición estaba rota también; Balmaceda no podía, pues, batirse por lo que él mismo había condenado.

Aquí cabe la parte sarcástica de la gran tragedia... Balmaceda que, por impedir que el pueblo eligiera libremente á sus representantes, no vaciló en romper con la sociedad entera y lanzar al país en una revolución sangrienta, hizo todo esto... por amor á la democracia... Si la burla no fuera demasiado sangrienta, provocaría la risa desdeñosa que viene á los labios al escuchar una mentira mal forjada y pueril.

El aristócrata Balmaceda, el jefe nato de la oligarquía chilena, viéndose en lucha abierta con las clases que lo habían elevado y sostenido, apeló al pueblo, á ese pueblo que nada sabe de las cosas políticas, en que sólo un soñador puede ver un soberano y que en vano han tratado de despertar las ambiciones y los halagos... No condeno á Balmaceda por este engaño cruel; fué lógico con el pasado de su patria, con sus instituciones en perpétua contradicción con los hechos históricos y con el estado social. El último de los Presidentes de ese antiguo régimen, basado en la supeditación de la soberanía democrática, no cayó sin lanzar en su agonía, la postrer mentira de un régimen que se había apoyado durante sesenta años en la mentira. (1)

---

(1) No quiero suponer ni por un momento que la apelación de Balmaceda á la democracia, fué franca y sincera; preciso sería convenir en ese caso con que el pobre Dictador estaba loco; buscar en el pueblo un apoyo razonable para reemplazar la espléndida organización social que ha-

Soy revolucionario, pero sin ser injusto conmigo mismo ni con mis ideas, confieso que hubiera mirado con respeto la caída de una organización á que Chile debe tantos años de paz y de progreso; pero aquella estemporánea é hipócrita apelación á la democracia, con que Balmaceda envileció la última hora del viejo absolutismo, arrebata á su sombra aquella majestad que rodea ante la historia, á los últimos representantes de las instituciones que mueren. Esta ficción de la soberanía popular, escrita en nuestros Códigos, ha asesinado hasta la lógica, en nuestra historia.

Así murió el pasado; por la descomposición de su propio organismo, que es el signo evidente de la muerte; la energía desplegada por la sociedad en la lucha de 1891, probó con la elocuencia de los hechos, que había llegado la hora en que la voluntad de un hombre no podía sobreponerse á la voluntad del país. Roto el antiguo equilibrio político, entre la sociedad y el poder, porque no contaba con un moderador de las fuerzas que lo formaban, el absolutismo no pudo sostenerse, mostrando con su estrepitosa caída la causa de su debilidad, y el oculto principio de disolución que llevaba consigo á pesar de su aparente robustez; los hechos sociales no constituyen por sí solos un cimiento suficiente para las instituciones de un pueblo, si no están escritos en las leyes; tal fué en Chile la suerte de nuestro antiguo régimen; bastó que un hombre atropellara las tradiciones que conservaban el equilibrio político, para que cayera con estrépito un edificio que habían cimentado muchas generaciones, pero que descansando sólo en un hecho social, no podía pensar en sobrevivirlo.

Con lo dicho se explica suficientemente lo que pienso de nuestro antiguo régimen político; si bien su gloriosa dominación lo justifica ante la historia, su caída, es su mejor sentencia.

(*Concluirá.*)

---

bia despreciado, sale ya de los límites del error político para entrar en los de la demencia. Prefiero creer que Balmaceda quiso sólo buscar un pretexto, á una actitud que no podía explicarse honradamente.

UN FALLO ECLÉCTICO.

Una noche cálida de verano nos hallábamos conversando sobre diversos tópicos varios amigos, todos jóvenes y solteros.

Pronto la conversación recayó en el matrimanio y se puso en discusión el modelo de esposa que cada uno de nosotros elegiría cuando le llegase el feliz momento.

Ricardo, insinuante joven, de semblante pálido, pelo rubio ensortijado y ojos azules claros como el cielo de una montaña de primavera, tomó la palabra y dijo:

—Yo me casaría con una niña así, como el modelo que paso á pintarles.

Es morena, estatura regular, aunque más bien baja que alta, ojos soñadores, profundamente negros.

Estos ojos fascinan cuando miran. Enloquecen al que tiene la fortuna de sufrir su influencia magnética, absorbente, egoista, pues exigen en los demás la abstracción de los ojos ajenos para que el admirador se aniegue en el éxtasis de los propios.

La nariz recta, de corte griego. La boca como almíbar en punto; los labios coralinos, el marco de la cara ovalado.

Parece una virgen de Murillo.

Cualidades morales: es buena, accesible, dócil, cariñosa, ocurrente, vivísima y será muy de su marido, á quien lo tendrá en luna de miel perpétua.

He aquí mi proyecto de novia, dijo al terminar Ricardo.

Pepe, mozo gentil, de cabellos y ojos negros, de mirada inmensa como el espacio, pues por ella dejaba entrever su vasta intelectualidad, terció también en la discusión y dió su voto,

Helo aquí:

—Mi tipo es el siguiente:

Es rubia como los rayos más intensos del sol del medio día, ojos azules oscuros, nariz correcta, boca aristocrática, dientes blanquísimos, contrastando su color de nieve con el carmín de sus labios. Su cuerpo, más alto

que bajo, revela gracilidad y finura al par que majestad soberbia. Cuando anda parece una reina. Su continente es avasallador por la dulzura inefable de sus ojos de zafir y su aire en que van mezcladas la modestia y la gracia.

Se parece á las vírgenes del Ticiano.

Cualidades morales: de corazón tierno, llora y ríe con las adversidades y los placeres de los demás. Carácter apacible y sencillo, sin asperezas, es el modelo más acabado de la buena esposa, porque atesora un fondo inagotable de nobilísimos sentimientos, de los que hará gala para mantener con su consorte, puro y radiante, sin una nube, el cielo de la felicidad.

Este sería mi ideal, concluyó Pepe.

Ambos retratos fueron muy aplaudidos; pero se quería saber cuál era mejor.

Me pidieron opinión á mí, que permanecía como indiferente ó distraído en la vivacidad de conversación tan bulliciosa.

—La respuesta es ardua, contesté. Como la pintura de ambos prototipos es tan idealmente bella, no sé por cual decidirme. Me encuentro en iguales aprietos que el párroco del Pilar de la Horadada del poema de Campoamor, al confesar á la sin par Teodora. Si yo vistiera el hábito talar y poseyera el alma sencilla de de aquel cándido sacerdote, contestaría como él: Primera confesión, primer problema. Pero como no reuno ni una ni otra de aquellas condiciones, ni situación de juez oficioso se hace más difícil.

En fin, allá va el fallo y apreciadle como queráis:

Ambos retratos me agradan, pero los aceptaría bajo *beneficio de inventario*. ¡Hay tanta distancia de lo ideal á lo real!

BERNABÉ F. ANGUITA.

EL SOÑADOR

AL SR. GENERAL MITRE

Era aún joven; pero su rostro, terriblemente pálido, revelaba vejez prematura, y sus ojos, de un azul clarísimo, denunciaban que aquel sér cruzaba por la tierra con un fardo de tristezas en el alma.

Conociasele como á exquisito poeta, y sus dolores, sus nostalgias, sus ansias infinitas de suprema grandeza se reflejaban también en sus canciones.

Era el bardo de la melancolía y de los Ensueños sonrosados. Un claro-obscuro psicológico indefinible. Mezclábanse á veces en su alma de incorregible soñador lo negro de la duda y las auroras de la fe.

*

Enfermo física y moralmente, pensó un día no escribir más, porque la labor intelectual agotaba su existencia.

Representábale un pedacito de su mismo corazón cada verso que brotaba de su lira: ¡tanto se identificaba en él! Pero las ideas revoloteaban en su cerebro de poeta.... Y pensaba, pensaba siempre. Y sin quererlo seguía la pluma siendo, como en tiempos mejores, su compañera predilecta. ¿Cómo hacer para no pensar?

*

Acudió el joven á un sabio médico que vivía muchos años há entregado por entero á la ciencia, sin más compañeros que sus libros, sin más amigos que sus propios recuerdos.

El sabio prestó la mayor atención al pobre enfermo, y luego escribió unas frases.

—Toma—le dijo—este es el diagnóstico.

Y el noble bardo leyó: "El mal es incurable: creo que poetas como tú seguirán soñando aun más allá del sepulcro."

¡SÓLO ELLA!...

Para Raposo y González

Aquel hombre había gozado de todos los placeres. Su inmensa fortuna permitióle realizar todas sus ilusiones. No conoció jamás la necesidad, ni la lucha del trabajo. Creíase feliz.

Había recorrido las más cultas naciones del mundo, había estrechado la mano de las mujeres más hermosas. Amó, y fué correspondido con creces su amor. Nunca conoció obstáculos: ¡brilla tanto el oro!

*

Pero la fortuna de aquel hombre disminuía rápidamente, y llegó ocasión en que todo el dinero del magnate se redujo á unas cuantas monedas.

Entonces recordó sus viejos amoríos... ¡Le amaban tánto las mujeres más poderosas de su patria! ¿A cuál preferiría? ¿No le habían todas manifestado siempre el más hondo cariño?

*

Fuése á un renombrado adivino árabe, refirióle sus cuitas y terminó diciéndole:

—Decidme, pues, cuál de aquellas mujeres es la que más me ama; que á ella iré.

El anciano le miró fijamente, y respondióle entristecido:

—En toda la tierra y de todas las mujeres que conociste, sólo tu madre te amó.

EL SUEÑO DE LA GLORIA

Para Juan Coronel.

En su humilde rincón, donde la claridad era escasa y apenas entraba un tanto de aire no de lo más puro, allí vivía el joven poeta, con sus grandes ilusiones y sus grandes esperanzas.

Allí en su cuartito de bohemio escribía rondeles para una mujer ideal; cantaba lo albo, lo bello, lo bueno, en fin, todo lo que es capaz de ser cantado y admirado.

¡Pobre humilde obrero del pensamiento! Sus cantos se perdían entre el bullicio del mundo, bien así como se pierde—¡tan presto! el eco de un suspiro.

*

Y nuestro bohemio gastaba sus centavos en papel y plumas, y gastaba el fósforo de su cerebro, y aniquilaba más y más sus debilitadas fuerzas, porque sentía con sus versos y lloraba las penas de los personajes de sus cuentos... Todo ¿para qué?

Así también pensábalo él á veces; pero luego—temperamento de artista—la esperanza de la gloria reanimaba sus desfallecientes energías. Y trabajaba sin descanso. Y escribía con más ahinco. Y las cuartillas de papel llenábanse con más rapidez que nunca.

*

El pobre bohemio ha encanecido completamente. Es un viejo joven: el sueño de la gloria tornó blancos sus cabellos.

Decidme ahora; ¿las canas no forman aureola en esa cabeza de soñador?

Alberto Arias Sánchez

Valparaíso, 1899.

SPHYNX

Al borde del camino de la Vida
Detengo mi carrera, fatigado;
Por qué corriendo voy, que adónde marcho,
Pregúntame la Esfinje.

Voy al país de los ensueños de oro,
Voy á mi dulce «tierra prometida»
Huyendo voy de la tristeza eterna,
Huyendo, Esfinje cruel, de tus mentiras!

Daniel Feliú H.

A LA LUNA

(Composición inédita del ilustre y malogrado novelista D. Pedro de Alarcón, el autor incomparable de «El final de Norma» y de «El sombrero de tres picos».)

Esta, Fabio, ¡oh, dolor! que ves ahora
Blanca, limpia, mondada calavera,
Un tiempo fué poblada, seductora,
Romántica, sombría cabellera.
«Agravio fiero de la edad traidora»
César llamó á su calva (¡y César era!)...
—No haré yo tal; pues que de edad muy verde
Vivo, como quien dice, al gana-pierde.

No la muerte, la vida me acobarda,
Y, en mi viaje desde niño ó viejo,
Suspiro por la orilla que me aguarda,
No por la orilla que á mi espalda dejo:
Y el viento débil y la nave tarda
Halla siempre el afán con que me alejo;
Pues sé—triste verdad—que de la vida
Solo es hermosa la porción perdida.

Jamás tan bello en su fulgente cuna,
Bajo el alegre pabellón del alba,
Saluda el hombre el sol de su fortuna
Que el alto monte del Oriente salva,
Como después, al contemplar la luna,
O al apuntar la luna de su calva,
Lo recuerda, envidiando tristemente
La misma luz que desdeñó en Oriente.

.....

.....

Jóvenes, cuyos rizos ondulantes
Necia moda rapó á lo Carlos Quinto:
Impenitentes viejos petulantes
Que el pelo blanco convertís en tinto,
Miradme calvo á mi, que imagen antes
Fuera de melenudo Chindasvinto,
Y suplicad desde mañana al cielo
Que principie á mataros por el pelo.

¡Ah! que es muy noble usar en esta vida
El último peinado... el de esqueleto,
Y una parte mortal llevar perdida,
Y otra inmortal ganada en tal concepto;
Pues si el alma, del cuerpo desprendida,
Es más bella y más digna de respeto,
Perdiendo parte del humano lodo,
He perdido la parte por el todo.

Por lo demás, no temas, Fabio mio,
Que yo me porte con mi pelo muerto
Como el viudo... que celebra impio
Segundas nupcias en su lecho yerto.
¡Nó; no lo temas!--A pesar del frio
Y de las moscas, y aunque el gran desierto
De mi calva se extienda hasta la nuca...
¡Jamás--lo juro--me pondré peluca!

Madrid, 1868.

AY!...

(TRADUCCIÓN DEL GALLEGO)

¿Cómo fué?... Me encontraba yo ausente
Y las negras viruelas le dieron;
Avisóme su madre en seguida
Y vine corriendo.

¡Angel mío! Sintiendo mis pasos,
Anhelante hácia mí volvió el rostro.
Me miró y no me vió,... Ya no había
Ni luz en sus ojos.

No me acuerdo del tiempo que estuve
Con mi llanto su cuna regando;
Solo sé que me alcé con mi niño
Sin vida en los brazos.

Golondrina de pluma azulada
Que en mi alero dejaste tu nido,
Pues por él me preguntas, ya sabes
Qué fue de mi niño.

MANUEL CURROS Y ENRÍQUEZ.

BECQUER.

Hace treinta y cuatro años más ó menos. Un joven y simpático poeta había ido al pintoresco valle de Veruela en busca de salud, inútilmente porque bien pronto aquella su mirada luminosa se apagó para siempre y su inspirada frente hubo de recostarse en el polvo de la tumba. Admirador de la naturaleza, gozaba su espíritu en la contemplación de las tardes serenas y radiantes cuando el sol poniente enrojecía las cumbres de las montañas; del espectáculo eternamente bello del mar, ora tempestuoso y soberbio, ora tranquilo y en calma, con sus olas coronadas de leve espuma, con su movible y vasta llanura azul; de las mañanas primaverales; de los campos cubiertos de yerbas y flores silvestres; del firmamento cubierto unas veces de oscuros nublados, iluminado otras con la luz esplendorosa del sol y alumbrado en la noche por miriadas de estrellas ó por los argentadas resplandores de la luna. Gozaba del rayo de sol de invierno y de los paisajes tristes del otoño cuando arrastra el viento las secas hojas amarillentas de los árboles y de las selvas. Todo lo que en la creación hay de hermoso atraía á este joven entusiasta y poeta apasionado, desde los astros resplandecientes en el cielo azul hasta las florecillas campestres y todo lo describe su potente imaginación; su alma, conmovida ora por la desgracia y la desesperación, ora por la felicidad y el amor, adivina las penas y alegrías del anciano y del niño, de las madres y de las doncellas, del hombre que arrostra los duros combates de la vida y nos las describe en sus versos ó en sus leyendas.

Enamorado de las obras arquitectónicas de los pasados siglos, deplora la desaparición y ruina de los antiguos edificios y monumentos, se entristece al contemplar en el sepulcro aquellas edades heroicas y románticas, con sus guerreros cubiertos de hierro que combaten por Dios, por la patria y por sus damas, con sus trovadores errantes, con sus órdenes á la vez religiosas y militares, con sus leyendas de gloria y de poesía, con sus guerras, con las lejanas expediciones, con sus justas y torneos y cortes de amor, con sus costumbres patriarcales.

El alma soñadora de Gustavo Becquer vive en la historia y resucita á nuestra vista las tradiciones medioevales impregnadas de sencilla fe consoladora. *Creo en Dios, La corza blanca, El Monte de las Animas, La Cruz de piedra, El Miserere*, son evocaciones de un mundo generoso y poético que no existe ya.

Describe con fuerza y entusiasmo las humanas pasiones; la tristeza, el amor, la hermosura de las mujeres le arrancan expresiones de palpitante verdad.

Sus versos no fueron compuestos para entregarlos á la publicidad, son íntimos desahogos de sus sentimientos y emociones publicados después de su muerte y nos revelan algunas faces de la historia de su vida.

Algunos lo han comparado á Heine, lo que me parece un error; la poesía subjetiva y sencilla de Becquer en nada se asemeja á la otra amarga y escéptica del alemán; hay entre ambas la misma diferencia que entre sus dos almas, la del germano envenenada por el odio, el desaliento y ruines pasiones, la del sevillano franca, cariñosa, noble y elevada sin que jamás anide en ella la aversión y desprecio por sus semejantes. Es cierto que Becquer tiene rimas doloridas, amarguísimas, pero nunca el dolor ni la desesperación que en ellas se manifiesta expresan el odio ó la blasfemia ó la fría y mordaz incredulidad en la bondad de Dios y, la honradez del hombre como tan á menudo lo revela Heine en sus versos. Apenas si, agobiado por secreta tristeza, expresa una vez sola la duda acerca de los destinos inmortales del alma en la composición que comienza: «Cerraron sus ojos»... en donde refiere la muerte y el entierro de una niña y más que duda real de su espíritu es á mi juicio mera expresión poética que hace resaltar en seguida con más fuerza su creencia en la vida futura. En la generalidad de sus poesías muéstrase penetrado y subyugado por grandes y hermosas ideas, canta á Dios y á la naturaleza, á los templos y á los altares y sobretodo

en sus leyendas rebosan sus sentimientos de profunda fe cristiana, como entre varias otras la que lleva por título: «Maese Pérez el Organista» y más en particular todavía: «En sus cartas desde mi celda».

Aunque no por la rotundidad y armonía del verso castellano, Becquer supera á muchos poetas por la profundidad del sentimiento.

Se siente poeta y exclama:

«Yo sé un himno gigante y extraño
« Que anuncia en la noche del alma una
« aurora
« Y estas páginas son de ese himno
« Cadencias que el aire dilata en las sombras.
« Yo quisiera escribirle, del hombre
« Domando el rebelde mezquino idïoma,
« Con palabras que fuesen á un tiempo
« Suspiros y risas, colores y notas».

Se le objeta que ya pasó el tiempo de la poesía, que nuestra época es de trabajo, de comercio, de agitación y placeres y contesta con aquellos hermosos versos:

«No digáis que agotado su tesoro,
« De asuntos falta, enmudeció la lira:
« Podrá no haber poetas; pero siempre
« Habrá poesía.
« Mientras las ondas de la luz al beso
« Palpiten encendidas;
« Mientras el sol las desgarradas nubes
« De fuego y oro vista;
« Mientras el aire en su regazo lleve
« Perfumes y armonías;
« Mientras haya en el mundo primavera,
« Habrá poesía.
« Mientras la ciencia á descubrir no alcance
« Las fuentes de la vida,
« Y en el mar ó en el cielo haya un abismo
« Que al cálculo exista;
« Mientras la humanidad siempre avanzando
« No sepa á do camina;
« Mientras haya un misterio para el hombre,
« ¡Habrá poesía!
« Mientras sintamos que se alegra el alma
« Sin que los labios rían;
« Mientras se llore, sin que el llanto acuda
« A nublar la pupila;
« Mientras el corazón y la cabeza
« Batallando prosigan;
« Mientras haya esperanzas y recuerdos,
« ¡Habrá poesía!
« Mientras haya unos ojos que reflejen
« Los ojos que los miran;
« Mientras responda el labio suspirando
« Al labio que suspira;
« Mientras sentirse puedan en un beso
« Dos almas confundidas;
« Mientras exista una mujer hermosa
« Habrá poesía.»

Otros grandes poetas, Quintana, Espronceda, Rivas, habían hecho sobre el mismo asunto estrofas magníficas y sonoras pero no más delicadas é impregnadas de verdadero sentimiento. Esto no es decir, que la poesía romántica sea superior á la clásica, de ninguna manera, porque una y otra deben completarse; y la escuela clásica debe tomar de la romántica todo lo que en ésta hay de bello, conmovedor, íntimo y verdadero, así como la escuela romántica no debe desdeñar los adornos, la grandilocuencia, la sonoridad de la cláusula, la pureza de la acción, aunque naturalmente tal ornato debe usarlo con más parsimonia puesto que así lo requieren su índole y forma especial más subjetiva, sencilla é íntima que la primera. El mismo Becquer expresa elegantemente estas ideas en el prólogo escrito para «La Colección de Cantares» por don Augusto Ferrán y Forniés, dice así:

«Hay una poesía magnífica y sonora; una
« poesía hija de la meditación y del arte, que
« se engalana con todas las pompas de la
« lengua, que se mueve con una cadenciosa
« majestad, habla á la imaginación, completa
« sus cuadros y la conduce á su antojo por
« un sendero desconocido, seduciéndola con
« su armonía y su hermosura. Hay otra na-
« tural, breve, seca, que brota del alma como
« una chispa eléctrica, que hiere el sentimien-
« to con una palabra y huye, y desnuda de
« artificio, desembarazada dentro de una
« forma libre, despierta con una que las toca,
« las mil ideas que duermen en el océano sin
« fondo de la fantasía. La primera tiene un
« valor dado: es la poesía de todo el mundo.

«La segunda carece de medida absoluta;
« adquiere las proporciones de la imaginación
« que impresiona: puede llamarse la poesía
« de los poetas.

«La primera es una melodía que nace, se « desarrolla, acaba y se desvanece. La segun- « da es un acorde que se arranca de un arpa, « y se quedan las cuerdas vibrando con un « sonido armonioso. Cuando se concluye « aquella se dobla la hoja con una sonrisa de « satisfacción, cuando se acaba ésta, se incli- « na la frente cargada de pensamientos sin « nombre. La una es el fruto divino de la « unión del arte y de la fantasía; la otra es la « centella inflamada que brota al choque del « sentimiento y de la pasión. Las poesías de « este libro pertenecen al último de los dos « géneros, porque son populares, y la poesía « popular es la síntesis de la poesía».

Una de las producciones becquerianas en que hay más fuerza de sentimiento é inspiración es aquélla en que describe una estátua de mármol bajo las bóvedas de un templo bizantino; la descripción misma, las aspiraciones á lo infinito despertadas en el alma del poeta, el deseo de un amor ideal é imposible, el recuerdo de los dolorosos combates de su existencia junto con él anhelo por el descanso y la paz del sepulcro, dejan suave y melancólica impresión en el espíritu; dice así:

«En la imponente nave
« Del templo bizantino
« Vi la gótica tumba, á la indecisa
« Luz que temblaba en los pintados vidrios.
« Las manos sobre el pecho,
« Y en las manos un libro,
« Una mujer hermosa reposaba
« Sobre la urna, del cincel prodigio.
« Del cuerpo abandonado
« Al dulce peso hundido,
« Cual si de blanda pluma y raso fuera
« Se plegaba su lecho de granito.
« De la postrer sonrisa
« El resplandor divino
« Guardaba el rostro, como el cielo guarda
« Del sol que muere el rayo fugitivo.
« Del cabezal de piedra
« Sentados en el filo,
« Dos ángeles, el dedo sobre el labio,
« Imponían silencio en el recinto.
« No parecía muerta;
« De los arcos macizos
« Parecía dormir en la penumbra,
« Y que en sueños veía el Paraíso.
« Me acerqué de la nave
« Al ángulo sombrío,
« Como quien llega con callada planta
« Junto á la cuna donde duerme un niño.
« La contemplé un momento,
« Y aquel resplandor tibio,
« Aquel lecho de piedra que ofrecía
« Próximo al muro otro lugar vacío,
« En el alma avivaron
« La sed de lo Infinito,
« El ansia de esa vida de la muerte,
« Para la que un instante son los siglos.
« Cansado del combate
« En que luchando vivo,
« Alguna vez recuerdo con envidia
« Aquel rincón obscuro y escondido.
« De aquella muda y pálida
« Mujer, me acuerdo y digo:
« ¡Oh, que amor tan callado el de la muerte¡
« ¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Becquer ha elegido aquellos temas de composición que al mismo tiempo sirvan para describir los espectáculos de la naturaleza, ó los monumentos de los hombres y reflejen el estado de su espíritu. Todos recordarán aquella otra poesía delicada, tristísima en que describe á una niña muerta:

«Cerraron sus ojos
«Que aun tenía abiertos....

Quiere expresar el dolor intenso de su corazón ocasionado por la ingratitud de una persona querida y exclama:—

« Ante que túme moriré: escondido.
« En las entrañas ya
« El hierro llevo con que abrió tu mano
« La ancha herida mortal!
« Antes que tú me moriré: y mi espíritu
« En su empeño tenaz,
« Sentándose á las puertas de la muerte,
« Allí te esperará;
« Con las horas los días, con los días
« Los años volarán,
« Y á aquella puerta llamarás al cabo!...
« ¿Quién deja de llamar?
Entonces, que tu culpa y tus despojos
La tierra guardará,
Lavándote en las ondas de la muerte,

Como en otro Jordán,
Allí, donde el murmullo de la vida
Temblando á morir va,
Como la ola que á la playa viene
Silenciosa á espirar,
Allí, donde el sepulcro que se cierra
Abre una eternidad...
Todo cuanto los dos hemos callado
¡Lo tenemos que hablar!

Cuando, ciego y delirante por el exceso del padecer, aquella alma grande y sensible quiere confundirse con las olas del mar y con el poderoso aliento del huracán, exclama:

«Olas gigantes que os rompéis bramando
« En las playas desiertas y remotas,
« Envuelto entre la sábana de espumas
« Llevadme con vosotras!
« Ráfagas de huracán que arrebatáis
« Del alto bosque las marchitas hojas,
« Arrastrado en el ciego torbellino
« Llevadme con vosotros.
« Nubes de tempestad, que rompe el rayo
« Y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
« Arrebatado entre la niebla oscura,
« Llevadme con vosotras!
« Llevadme por piedad adonde el vértigo
« Con la razón me arranque la memoria...
« ¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
« Con mi dolor á solas!

Para elogiar debidamente al poeta, sería necesario citar casi todos sus rimas en donde admirablemente se retrata su alegría y sus tristeza, su admiración y su amor, como sus más íntimos y punzantes dolores.

Pocas veces se ha expresado con mayor energía el dolor de una alma como cuando el poeta dice:

«De donde vengo?... El más horrible y áspero
« De los senderos busca;
« Las huellas de unos piés ensangrentados
« Sobre la roca dura;
« Los despojos de una alma hecha jirones
« En las zarzas agudas,
« Te dirán el camino
« Que conduce á mi cuna.
« ¿Adónde voy? El más sombrío y triste
« De los páramos cruza;
« Valle de eternas nieves y de eternas
« Melancólicas brumas.
« En donde esté una piedra solitaria
« Sin inscripción alguna,
« Donde habite el olvido,
« Allí estará mi tumba.»

Ciudades antiguas con sus calles estrechas y tortuosa, paisajes pintorescos, panoramas encantadores, ondas de perfumes y armonías lejanas, niñas de agraciado semblante, flores de los prados, sonrisas, suspiros, lágrimas, aspiraciones á lo infinito, himnos de armonías inefables, hojas secas que arrebatan los vendabales, olas del mar azul, luz que se extingue, soledad poblada de misterios, las alegrías y angustias del alma, silueta de apartadas montañas, recuerdos de seres invisibles, amores ideales, he aquí los asuntos de las leyendas y poesías becquerianas. No ha cantado los grandes temas de inspiración: Dios, la patria, la verdad, la inmortalidad, pero se encuentran destellos de estos grandes objetos en sus versos. Es su poesía sentimental y subjetiva, responde á los sentimientos y situaciones diversas de muchos espíritus elevados y sensibles.

Estas líneas han sido escritas, primero como un recuerdo del joven y desgraciado poeta que ha encontrado el secreto de conmover tantas almas y entusiasmarnos con los espectáculos que tan bien sabe describir su potente imaginación y segundo, para apartar en algo siquiera á los jóvenes de la lectura de novelas y cuentos groseramente realistas mostrándoles hermosos ideales poéticos como son los de Gustavo Adolfo Becquer, ideales que encontramos espléndidamente manifestados en Lamartine, Chateaubriand, Victor Hugo, Zorrilla, Espronceda, Alberto Lista, el duque de Rivas, Quintana, Gallegos Núñez de Arce y otros.

FABIO

UN POETA,

EL SEÑOR A. BÓRQUEZ SOLAR

Entre los jóvenes que tocan el violón, es decir, que pierden el tiempo, dedicándose á trabajos poco en armonía con sus facultades, ocupa lugar prominente el señor D. A. Bórquez Solar.

Este caballero, inteligente sin duda alguna, y muy ilustrado, según se me dice, ha dado en la manía de escribir versos malos.

Así como hay personas que se obstinan en hacer bien á los demás á despecho de cualesquiera obstáculos, así, el señor Bórquez parece obstinarse en molestar los oídos ajenos con un entusiasmo y una pertinacia realmente increíbles.

Periódicamente da á luz composiciones que unas veces se llaman «*Hablo á Cristo*», otras «*Es Lutgarda que ha muerto*», «*Extasis divino*» ó algo por el estilo.

Dichas composiciones son generalmente cortas y ésta es la única calidad que las abona. Por lo demás, pocos hay que aventajen al señor Bórquez en su inaudita facilidad para hacer versos malos. Y eso que en Chile hay plétora de poetas detestables.

En un principio, este vate se distinguía nada más que por su manía de hacer uso de palabras raras, y principalmente de epítetos de invención suya en la mayor parte de los casos.

Hoy se distingue, además, por el metro de que suele valerse en sus *poesías*, metro que, como los epítetos, es también obra suya.

Porque estos poetas enrevesados que están brotando con una espontaneidad comparable sólo con la que gastan las callampas en hacerse presentes después de un aguacero, tienen entre sus debilidades, la de la notoriedad, y, con tal de llamar la atención sobre sus interesantes personas, son capaces de todo, hasta de hacer versos de 39 sílabas.

Siento no tener á mano sino *dos* poesías del señor Bórquez que dar á conocer á los lectores de la *Revista*, pero confío en que ellas bastarán para hacerlos huir en adelante de este inmortal vate, como quien huye de la peste.

El primer engendro de que voy á darles muestras se intitula «*Es Lutgarda que ha muerto*».

Las novias del poeta Bórquez (porque este poeta tiene muchas novias, fantásticas todas, naturalmente, como Lutgarda) tienen siempre nombres así, nada vulgares. Y en ello hay su poco de lógica. Fuera curioso que un poeta que anda siempre encumbrado, por lo menos á la altura de los tejados, que habla de *trouvères* y *Kyries* y *turiferarios* y *rosas* de *Sanor* tuviera una novia que se llamara; v. gr: Eduvijis ó Bríjida ó Benita ó Fermina ó Tecla!

Pero, vamos á la poesía *Es Lutgarda que ha muerto*.

«Cuando ya mis tristezas y mis cuitas
Anudan en mi cuello su dogal,
Cuando el trovère horrible del suicidio
Me salmodia su fúnebre cantar,
(Bajo la enorme pesadumbre trágica
Espero mi agonía nada más)
Tú vienes hasta mí, á consolarme,
Eucarística virgen del altar».

Lamento no poder mostrar á los lectores *el dogal de las tristezas y cuitas del poeta Bórquez*, pero no he podido dar con él.

Como *figura*, se me *figura* algo *figurado* el dichoso dogalito.

Y ¿qué decir del *trovère* del suicidio?

Lo mejor talvez será no decir nada, para no ofender al señor Bórquez.

En cuanto á los dos versos encerrados en paréntesis, creo que no necesitaban de este signo para dejar evidenciado que eran puro ripio.

«Tú vienes hasta mí, á consolarme,»
«*Eucarística* virgen del altar.»

Ignoro quien pueda preocuparse de dar consuelo al *poeta*, pero aseguro, bajo palabra de honor, que no desempeña ese papel una virgen, ni mucho menos una virgen *eucarística*, porque de estas vírgenes caben pocas en libra, ó más bien dicho, ninguna, como que no existen, son míseras Lutgardas, fantásticas creaciones del señor de Bórquez.

«Ya no tienes las tocas, ni los hábitos
Que profanan tu cuerpo escultural;
Ni llevas en tu frente la diadema
Que es la blanca corona de azahar.»

¿Con qué Lutgarda tuvo *tocas?* ¡Qué figura haría la pobre!

El señor Bórquez ignora, á no dudarlo, que las tocas no se usan por docenas, ni por pares, sino de á una.

Lo mismo los hábitos.

Sólo que Lutgarda fuera tísica y necesitara mucho abrigo!

Mas, dejemos las tocas y los hábitos y pasemos á *la diadema.*

Sabe el lector lo que es la diadema? ¿Nó? Pues oiga á Bórquez:

«Es *la blanca corona de azahar.*»

Traslado á los señores académicos de la Lengua para que tengan muy en cuenta esta definición para la nueva adición del Diccionario.

«Y marchando los dos hácia tu tálamo
(Con paso de parada; claro está!)
Cantando el coro del amor nupcial;
Tú temblando como una sensitiva,
Yo mirando tus ojos *nada más.*»

Como ve el lector, aquí hay un punto. Y no obstante, el sentido no aparece.

En cambio aparecen los ripios. Y si no, ahí está ese *nada más,* repetición de aquel otro *nada más* encerrado en el paréntesis de que hace poco hablé.

Bórquez y Lutgarda cantando el coro del amor nupcial! ¿Cómo sería aquello?

«Y ya no tengo lágrimas ni cuitas.
Veo florido mi camino erial.
Y yo siento que en mi alma las alondras
Como en las albas cantan su cantar....

Y entonces, blanca virgen que te has
[muerto,
Al trouvère del suicidio quiero más!»

Termina aquí la poesía.

Lutgarda queda, como se ve, ó no se ve, bien muerta. Lo que no termina ni muere es mi admiración. ¿Qué diantres habrá querido significar con su *poesía* el señor A. Bórquez Solar? ¿Cuál es el pensamiento que se contiene en los 22 versos transcritos?

¡Pobres poetas que bebéis *absintio* (vulgo ajenjo). La plebe no os comprende! Perdéis el tiempo! ¡Tocáis el violón!

Pasamos ahora al N.º 2, á la composición titulada *Extasis Divino.*

Aquí no aparece Lutgarda, pero eso no le quita su mérito.

«En la *ezótica nave*
Del armonium se escapa aleteando la gama
[del *Ave*
Y el *terriferario* de sacro incienso inunda el
[altar.
Es aquella armonía
Que el alma adormece en una dulce y mística
[alegría
Viendo las bandas de alondras raudas can-
[tando pasar...

Esto es poesía, digo yo.

Veamos si Bórquez opina igual cosa de estos versos míos:

En la ergástula suave
Siete pollos se duermen comiendo la pata de
[un ave
Y tres dromedarios con óleo inocente inundan
[su piel.
Es aquesta María
Que al mundo conmueve en una triste y ló-
[brega porfía
Cuando los gatos de Europa cantan silbando
[también.

¿Qué tal?

Se me dirá que éstos no son versos ni mucho menos poesía. Así es la verdad; pero son copia fiel del original *borqueziano.*

Ezótica nave!

Acaso sea ignorancia de mi parte, pero confieso que no sé lo que es *ezótico,* salvo que sea errata como el *terriferario* que viene en el 2.º verso y que debe ser *turiferario.*

Y no un turiferario cualquiera, sino el primero que tiene el honor de aparecer en una poesía, siquiera de Bórquez.

Lo que es bien *chic* en la estrofa de que hablamos es la *gama* aquella que se escapa del armonium aleteando.

¿De quién huiría la pobre? ¿De algún poeta...?

«Y la ví sonriente
Ofrendarme en áureo cáliz maravilloso *ne-*
[*pente*

Que curó mis hondas penas, y mis *saudades*
[también.
¡Bella como ninguna!
Bajo sus piés de azucenas brillaba la media
[luna
Y la estrella que á los magos llevó al Portal
[de Belén.

No tiene poca suerte el señor Bórquez! En estos tiempos en que nadie ofrece nada y todos piden, le ofrecen á él (y se lo ofrenda ella) un maravilloso *nepente* en áureo cáliz!

El cual nepente ó bálsamo de Fierabrás le curó sus penas y *saudades*!

Las *saudades*, por supuesto, las cogió en Portugal.

Dije, no ha mucho, que en la poesía á que me refiero no aparece Lutgarda.

Pues, no hay tal. Lutgarda, difunta en la composición anterior, aparece en el Extasis, viva y muy viva; que otra hembra no había de tener piés de azucenas, ni bajo ellos lunas y estrellas y cometas y hasta volantines!

«La doncella divina
De quien los ángeles cantan la hermosura pe-
[regrina
Me embriagó con el perfume de las rosas de
[Sanor
Y sus ojos miraban
Hasta lo íntimo del alma, y en extraño idio-
[ma hablaban
De dulzuras infinitas, de alegres *Kyries* de
[amor
(De frituras exquisitas, de hermosas tortas de
[arroz.)

Tenemos que Lutgarda, que hasta ahora se había mostrado inofensiva, comienza á mostrar las uñas y, por corta providencia, embriaga al poeta.

Su ebriedad lo disculpa, pues, de todos sus dislates. Y me ahorra á mí el trabajo de seguir con la última estrofa de Extasis.

El delincuente no es ya el señor Bórquez Solar; es Lutgarda!

Y si con Bórquez me atrevo, con Lutgarda, nó!

Pedro Sánchez.

PROFESIÓN DE FE

(para d. daniel salcedo)

Amo la juventud cuando medita
Henchido el corazón de aspiraciones;
Porque en la altiva frente lleva escrita
La historia de bellísimas acciones.

Y amo la muchedumbre que se agita.
En el cáos de vanas ilusiones,
Sin fe en el alma, sin la luz bendita
De la verdad y sus preciosos dones.

Por ella brego con ardor profundo:
Honra es la lucha, galardón la palma;
Aunque se oponga en su ruindad el mundo.

No me importa morir en la pelea:
Si muere la materia, queda el alma;
El alma que es el germen de la idea!

Horacio Olivos y Carrasco

(Del libro inédito «Neuróticas»)

COSAS DE ANTAÑO

EL NÚMERO DE LOS ÁNGELES.

Dice el abate Molina, y con muchísima razón, que «los talentos chilenos ó no se ilustran ó se emplean en cosas frívolas é inútiles;» frase que se refiere á los prohombres de los tiempos coloniales, aunque algunos maliciosos la aplicarían de buena gana á los prohombres de nuestros días.

La verdad de esta afirmación se encuentra plenamente comprobada á cada paso que damos en el terreno de la historia de aquellos

memorables tiempos. No hay acto ni hombre ni pensamiento que revele una imaginación viva ó una inteligencia capaz de sobreponerse á las preocupaciones pueriles del círculo; por el contrario, todo conspira á probarnos que nuestros abuelos vivían en una atmósfera de pequeñeces que ahogó todos los grandes talentos al nacer; y que, por otra parte, no trataron de desgarrar los grandes talentos ya formados.

Este orden de cosas tenía, á la larga, que producir el tedio en algunos espíritus más aventureros ó más cultivados, algunos de los cuales llegaron hasta soñar con la independencia mucho antes de 1810. La historia nos ha conservado el relato de una tentativa de esta especie,—la del *brujo* Rojas con Gramuset y Berney,—que acabó como era de esperarlo con la prisión de unos y el desparecimiento de otros, en 1780. Sin embargo, la sangre de uno de esos tres ilusos, Berney, ha retoñado en nuestros días y producido frutos mejores que aquel descabellado proyecto: Francisco Bilbao era bisnieto de Berney, por parte de su madre.

Pocos años después de esta trama, tan mal urdida como mal desenredada, aquejó á la colonia de Santiago otra calamidad de peor especie conocida con el nombre de *avenida grande* de 1783. Nuestro manso Mapocho se hinchó repentinamente, y, cayendo con inusitada furia sobre los viejos tajamares, aplanó de ellos catorce cuadras, y causó terribles estragos en las personas y en los bienes de los descuidados ribereños. Pero ni aun esto fué suficiente para sacarlos de su apatía y hacerlos dedicar sus esfuerzos y sus talentos á una obra de verdadera utilidad pública. Por el contrario, se siguieron más novenas que de costumbre y se oyeron más misas; y aumentó la chismografía; pero en lo demás, desde el gobernador hasta el último alguacil, todos siguieron comiendo, durmiendo y rezando con tan olímpica tranquilidad como antes. Y si algo se hizo entonces, que saliera de la vida rutinaria de cada día, fué comentar las pasmosas revelaciones contenidas en un librazo publicado ese mismo año, en Lima, por un fraile chileno.

Era la tal obra, un infolio titulado «*Noticia Jeneral de las cosas de este mundo y del otro por orden de colocación,*» que mereció de sus contemporáneos el calificativo de «divina», que de buena gana desearía para sus obras el más pasmoso borroneador de nuestros días. Era su autor fray Sebastián Díaz, varón que, al decir de don Ambrosio O'Higgins, nadie ha aventajado en sutil ingenio y en habilidad para dar al pelo, una frase latina de los santos Padres.

Por esos años no había aun imprenta en Chile, ni nadie pensó en pedirla sino siete años después, y eso no con mucha insistencia puesto que no se consiguió. En consecuencia, fray Díaz había tenido que hacer imprimir su obra en Lima, y es de suponer que le costara más de algunos pesos, pues, si eran caros en España los trabajos de esa naturaleza, ¿cómo serían en el Perú cuando, al decir del Padre Meléndez, autor del *Tesoro de Indias*, no se hacía allí (en Lima) con mil pesos de á ocho lo que en Madrid con ciento?... Es, pues, de suponer que obra por la cual se hacían tan subidos gastos y tantos viajes; y en que se gastaba tan poca parsimonia para escribir; y que provocaba tan exaltadas alabanzas, fuera un dechado de claridad, de ilustración y de lógica. Además cuando, en tan críticas circunstancias como los días luctuosos de la avenida grande, lograba interesar á los apáticos santiaguinos, debía necesariamente tratar cuestiones de palpitante interés....

Agregaremos que la obra de frai Sebastián estaba dedicada «para el uso de la casa de los señores marqueses de la Pica, y para la instrucción común de la juventud del reino de Chile.»

¡Es indudable como el martirio de san Bartolomé!

La obra de fray Sebastián era una verdadera «Noticia,» de los últimos pasos de la ciencia, y con solo sus ribetitos de metafísica; debía ser además clara como el agua, y cierta como el credo!....

Pues bien, para muestra basta un racimo.

El capítulo segundo del primer tratado de la «Noticia jeneral,» llevaba por título y estaba destinado á dilucidar la grave y trascen-

tal cuestión «Del Número de los Angeles.» En ese capítulo, después de las más sutiles observaciones, de las más intencionadas interpretaciones, de los más apretados raciocinios, de las más menudas citas, de los más infinitesimales cálculos, de las más penetrantes críticas, de los más infatigables ires y venires por libros y autores, inscripciones y pergaminos, consejos y revelaciones, se llega á la inaudita y exacta conclusión, de que los ángeles son seis mil seiscientos sesenta y seis!...

¡6,666! Ni uno más, ni uno menos!!...

¡El bueno de fray Sebastián Díaz! Indudablemente era el tal, el más pasmoso de los bípedos humanos que han enristrado plumas de ganso!...

¡Los buenos de los santiaguinos! Sin duda alguna, son los más felices de los hombres! ¡Con tales abuelos....!

Di Manfredi.

DE ANACREONTE.

Eros en un lecho de rosas dormía,
Quando, de repente, pícale una abexa
Que dentro de un cáliz se embriagado había.

Llorando, á su madre refiérele el caso,
E contra la aleve sierpecilla alada
Queréllase, triste, que dióle el pinchazo.

Cípris escuchando, tierna sonreía:
«Non es justo, fijo, t'acuitedes tanto
D'aquesta ferida d'una torpe abexa,
Ca piensa en las plagas que el tu dardo dexa».

D. Feliú Hurtado

Valparaíso, Julio de 1899.

¡¡EL ORDEN!!

Orden (com). La colocación que tienen las cosas que están puestas en el lugar que corresponde á cada una.

(*La Academia Española.*)

Lo declaro paladinamente: soy enemigo irreconciliable del orden, del cual orden puedo sólo decir que para nada bueno sirve, y es en cambio—y ha sido siempre—cómplice, encubridor y patrocinador de todo linaje de entuertos y desaguisados. Allá, cuando en mis juveniles años—no mejores ni peores que éstos de ahora—estudiaba yo los primeros rudimentos de la ciencia matemática, me hicieron aprender y aun demostrar que *el orden de los factores no altera el producto.* Desde entonces formé pobrísima idea de ese orden, que en nada influye y á nada trasciende, y únicamente se inventó, al parecer, para mortificar al hombre y tiranizar al ciudadano.

Porque, obsérvese bien esta circunstancia: rara vez, muy rara, casi ninguna, se invoca el orden, que no sea para entorpecer ó impedir alguna manifestación de la actividad humana, para cohibir el ejercicio de un derecho, para amenguar el disfrute de la libertad.

Y, antes de pasar adelante, bien será advertir que no aludo al sexto Sacramento, ni trato de las Ordenes militares, ni de las Ordenes religiosas, ni siquiera de las Reales Ordenes; acerca de todas y de cada una de esas cosas tengo yo mi opinión, ¿por qué no había de tenerla? Pero no voy á exponerla ahora.

El orden á que me refiero, y cuyo solo recuerdo me pone los pelos de punta, es ese orden que consiste, como reza el Diccionario de la Lengua, *en que las cosas estén puestas en el lugar que les corresponde,* aunque algún D. Frutos Calamocha proteste exclamando tan ingenua como razonablemente:

¡Otras! ¿Quién diablo imagina
poner en medio los trastos?¡

en que cada acto de la vida se realice en un momento preciso y de antemano determinado; en que las exigencias de la materia, como las necesidades del espíritu, sean satisfechas en tiempo fijo y con sujeción á número y medida; el orden, en fin, con que gobernaba su casa el señor D. Justo del Peso, excelente señor, muy honradote y muy chapado á la antigua, y, más que todo, muy amigo del orden, que para él consistió siempre en que las cosas se hicieran cuando él quería y como á él le acomodaba.

Porque el orden es como el maná: el maná sabía á cada uno á lo que éste cada uno quería; el orden lo comprende cada cual á su modo, y así está bien entendido.

Pues como digo de mi señor D. Justo del Peso, con ser excelente persona, de talento clarísimo, de buen corazón y de no vulgares conocimientos, era para su familia, numerosa en verdad, pues, á la cuenta, en esto no se había fijado límite el buen señor, un verdadero tirano, más que respetado temido, y temido con ese temor que se parece mucho al aborrecimiento.

No podía ser de otra manera: en aquella casa, que semejaba un cuartel, lo principal era el orden. Ni esposa, ni hijos, ni criados, ni nadie, era allí nada, ante la consideración de observar el orden establecido. A tal hora y como á són de trompeta, chicos y grandes, varones y hembras, fuera de la cama: igual tiempo concedido á todos para tocado y aseo; á tal hora el desayuno; á cual otra un rato de recreo; poco después la hora destinada al estudio y al trabajo, y así metódicamente repartidos con igualdad abrumadora todos los minutos del día.

Llegaba la hora de jugar; era preciso jugar, aunque el sueño le embargase á uno los sentidos; daba la hora de dormir, pues á dormir, de grado ó por fuerza, aunque estuviese uno desvelado.

En ciertos días—y ésos eran muy pocos—para solemnizar tal ó cual acontecimiento iba la familia al teatro; poco importaba que la señora prefiriese este espectáculo á otro; menos aun que los chicos desearan ir por la tarde á ver una comedia de magia; nada, ante todo el orden; era necesario ir al Teatro de la Cruz, y el día que el amo había dispuesto, hiciesen lo que hiciesen, bonito ó feo, derecho ó tuerto.

Y esto era el orden para aquella desdichada familia.

Comer, cuando no tenían gana; ayunar, cuando tenían apetito; beber vino, cuando deseaban tomar agua; pasear, cuando necesitaban descanso; descansar, cuando sentían la necesidad del ejercicio: estudiar, mal dispuesto el ánimo; ¿qué más? hasta las enfermedades había reglamentado el buen D. Justo. A un cólico concedía tal duración, y no le daba más: un catarro, un dolor de muelas, el sarampión, cosas eran todas que D. Justo tenía acondicionadas y dispuestas con sujeción estricta á su leal saber y entender.

Era de ver el aire de satisfacción, el aspecto de orgullo lisonjeado de D. Justo cuando hablaba de esto á sus amigos, poniéndose él como ejemplo de hombres metódicos y de jefes de familia; y era de ver también el aspecto de tristeza que muy luego se advertía en aquella casa, propia, al parecer, para morada de alegría y de felicidad duraderas.

Allí, era todo rico; por donde quiera se adivinaba la opulencia: lujosos muebles, mullidas alfombras, bellísimos objetos de arte, criados numerosos; y, sin embargo, viendo aquellos niños de ojos brillantes, de espaciosa frente, de cabellos rizados, y de fisonomía franca, mirar recelosos y humildes á su padre, no atreverse á levantar la vista sin su permiso expreso, fijar en él la mirada tímida para adivinar el deseo y obedecer la orden, moverse como autómatas, jugando sin entusiasmo, como suelen moverse los personajes de un teatro de *Marionettes*; retirarse del comedor á una imperceptible señal del padre; yendo, unos en pos de otros, y por orden de edades, á besar la mano á su padre y á presentarle la la frente para recibir el ósculo paternal, sentíase en el alma algo que causaba tristeza, notaba el corazón frialdad, la frialdad que produce siempre la ausencia de la vida, la paralización del movimiento: aquel, más que palacio, parecía un convento; la familia, más que á familia, recordaba una comunidad de Trapenses.

Y aquello era *el orden* para el señor D. Justo del Peso, y ése es el orden para muchos que no son D. Justo del Peso, pero que se parecen á él, aunque sin advertirlo. ¿Y qué sucedió? Pues sucedió, naturalmente, lo que había de suceder por necesidad; que como las leyes de la naturaleza son incontrastables, y como el niño ha menester aire, luz, movimiento, libertad, si los hijos de D. Justo sufrieron resignados las imposiciones caprichosas del padre mientras no aprendieron ó no se atrevieron á burlar su vigilancia, poco á poco adquirieron el hábito de la hipocresía, del disimulo: acostumbráronse con esto á tenerse á sí mismos en poco, porque nada humilla al niño tanto como verse obligado á fingir, y concluyeron por tener en poco á su padre, á quien tan fácilmente engañaban.

El padre, ciego como todos los padres, nunca supo, nunca presumió siquiera que aquellas miradas bajas, aquella resignación humilde ocultaban primero el germen y después el hecho de la indisciplina doméstica, de la insubordinación.

Así y todos, los hijos de D. Justo estaban lejos de disfrutar la libertad apetecida: como es difícil que la raza humana acierte á detenerse en la línea que separa lo justo de lo injusto, y esta dificultad es mucho mayor cuando las pasiones de la juventud nos avasallan, claro es que los muchachos, que empezaron por burlar á su padre en cosas triviales y á considerar que era demasiado duro en su trato, acabaron por no hallar en él sino ridiculeces y tonterías y.... es triste decir esto, la muerte de D. Justo del Peso, aquel Dionisio de Siracusa de su familia, antes fué motivo de gozo que causa de duelo para la mayor parte de los suyos.

No seguiré á cada uno de sus hijos en los sucesos, adversos ó prósperos, de su *accidentada* vida: no dispongo de espacio ni de tiempo para eso; diré, sin embargo, que hartos de orden, saturados de método, aquellos jóvenes se lanzaron impetuosos en la senda del desorden y del desarreglo.

De aquel palacio casi regio, de aquellos lujosos trenes, de aquellos suntuosos muebles, nada resta; mal casadas las hijas; sola y casi en la indigencia la madre; los hijos, entregados á la disipación y al juego, durante mucho tiempo, solicitando ahora un modesto destino con que atender á su subsistencia y esperando acaso el mendigado auxilio de algún antiguo deudo, que casi nunca se obtiene.

Todo, por supuesto, por obra y gracia del dichoso orden, del cual, como antes tuve la honra de decir á ustedes, abomino y maldigo.

.....

Si será funesta su influencia, que hasta la Academia Española para definirle incurre en faltas imperdonables.

Véase la definición:

"La colocación *que*, tienen las cosas *que*, están puestas en el lugar *que* corresponde á cada una."

¡Tres *qués* en línea y media! Ni un aprendiz de gramática lo hubiera dicho peor: y es que el orden no puede traer consigo más que eso: contrariedades y desavíos.

P. D.—Entiéndase que he dicho *El Orden*, no *La Orden*. No vaya á pedir algún señor la palabra.

Antonio Sánchez Pérez

ILUSIONES Y DESENGAÑOS

Dejé mi pueblo, partí á la guerra,
Soldado fuí;
Dejé mi novia, dejé mi tierra
¡Y me lucí!

Tras una ausencia de más de un año,
Volví al lugar;
Me acerqué al río y me dí un baño
Muy regular.

Corrí á su casa muy decidido
Con un regalo:
«Ven» dije á voces, ¡y su marido
Me atizó un palo!

Luis Rivera.

LONGEVIDAD.

Anuncian de Pumanque, departamento de Vichuquén, el fallecimiento de una Sra. Bustamante, de 150 años. Deja nietos, bisnietos, tataranietos y chosnos.—(*El Mercurio* de 12 de Agosto de 1899.)

Lo de Mathusalén va adquiriendo ciertos caracteres de verosimilitud ¿Se habrá dado cuenta la Sra. Bustamante de lo que significa morir en el último año de este siglo, habiendo nacido en 1749? Me parece difícil..... Esa señora, tres veces anciana, tenía 20 años cuando nació Napaleón I de quién pudo ser la madre. Maximiliano Robespierre no la habría ciertamente hecho el amor porque..... era para él demasiado vieja..... le llevaba 10 años.

La Independencia de Chile ¡cosa de ayer! la sorprendió á la edad ya avanzada de 61 años, y 88 tenía cuando murió Portales de quién pudo ser la abuela!!

Cuando nació, reinaba en España D. Fernando VI, el bisabuelo del bisabuelo de Alfonso XIII; gobernaba en su nombre al reino de Chile, D. Domingo Ortíz de Rosas de quién apenas el recuerdo queda.

Federico II, Rey de Prusia, escribió en 1779 la "Historia de mi época": Ya tenías entonces, treinta años, venerable señora, y ese era tu tiempo..... Federico II, el filósofo Rey del siglo XVIII, narró pues la historia de la la época de la Sra. Bustamante!!

Dios te reciba en su seno, abuela de nuestros abuelos, á ti, que habiendo nacido el mismo año que la Dubarry, pudiste bailar un minué con Luis XV en el Parque de los Ciervos, y una cueca con el alcalde Bustos en el despacho del Tropezón.

En cuanto á mí, yo no merezco ni ser tu chosno.

A.

LA IGLESIA FRÍA

(Traducida del gallego por A. R Chávez.)

Aun hoy sobre el llano,
Del monte en el medio,
Levántase altivo
Hidrópico y negro,
Cual cadáver de muerto hipopótamo,
De lepra cubierto,
Rodeado de musgos y gramas
El torso deforme de viejo convento.

Sus ya corroídas
Agujas de hierro,
Quejarse parecen
Del paso del tiempo;
Y de lejos, sombrías é inmóviles
Semejan los dedos
De una mano gigante que busca
El rayo que tarda de la ira del Cielo.

De la alta campana
Pesada cayendo,
La fuerte cadena
Con triste cimbreo,
Cuando inquieto, al caer de la tarde
Azótala el viento,
Una sierpe parece encantada
Que guarda las ruinas silbando y gruñendo.

Cuchillo en la mano,
De punta el cabello,
Y en sangre teñido
De pobres viajeros,
Hubo un tiempo en que amparo y asilo
Halló en el convento
El bandido feroz que los frailes
Que á Praga quemaban, en salvo pusieron.

De monge vestido
Como ellos, el reo
Pasó en un día mismo
A santo de réprobo,
Y del cuello que el hacha del rollo
Estaba pidiendo,
La polilla salió que escomulga
A Colón el audaz navegante, y el gran Galileo.

Doncellas forzadas,
Pobres sin sustento,
Pedían en tanto
Amparo y remedio;
Y la ley, del horror y del crimen
Hambriento escudero,
Del sagrado á la puerta quedaba
De rabia y de cólera los dientes crujiendo.

En mis solitarios,
Nocturnos paseos,
Sucédeme á veces
Llegar al convento;
Y al fulgor de la pálida luna
Parece que veo
Una negra visión, que en las ruinas
¡Qué tiempos! me dice, y digo: ¡qué tiempos!

CONVERSACIÓN DE INVIERNO

En una de las tristes y lluviosas noches de este invierno conversábamos varios amigos en un abrigado salón cuyas ventanas dan á la calle de la Victoria; uno que otro transeúnte, protegido de su paraguas, algunos carruajes de alquiler con sus farolitos que proyectaban débil y temblorosa luz, los árboles agitados por ráfagas de viento, los edificios envueltos en la oscuridad por las sombras de la noche, de donde salían algunos reflejos, he ahí el cuadro que mirábamos esa noche desde la ventana.

Yo acababa de llegar de Viña del Mar, transido de frío, mojado por la lluvia; el espectáculo del mar agitado por el poderoso viento Norte era imponente; las olas como grandes montañas oscuras y movibles rodaban sobre la oscura é inmensa superficie del océano, las luces de los vapores y demás buques arrojaban *surcos* de claridad; *sonaban* los silbatos estridentes de algunas embarcaciones, ruido ligero de cadenas se oía á la distancia; los cerros con sus miriadas de luces hacían más lóbrega la densa oscuridad del horizonte y del cielo.

Qué distinto del Valparaíso iluminado por los resplandores del sol, con edificios multicolores, con los cerros cubiertos de casas y árboles, con sus calles y plazas por donde circula una alegre y atareada multitud, con ese mar azul bellísimo cuya dilatada llanura infinita se pierde en un horizonte de *humos* dorados, con los centenares de navíos que entran y salen del puerto. Se asemejaba ahora á una ciudad muerta, á una ciudad de los pasados siglos que aparece fantástica saliendo de un inmenso sepulcro, envuelta en nubes y mojada por una lluvia que cae sin cesar lenta y monótona.

Tales eran mis ideas é impresiones al entrar á la casa de mis amigos en la calle de la Victoria. Dejé mi paraguas detrás de la puerta, y después de restregarme los zapatos en un *felpudo*, entré y saludé á todos.

La conversación, un instante interrumpida por mi llegada, se *reanudó* luego; hablaban de la Revolución del 91, de Balmaceda, de las batallas de Concón y Placilla, de los incendios y saqueos de aquella noche terrible del 29 de Agosto.—Yo tuve que salir á prestar mis servicios á uno de mis enfermos que estaba muy grave, dijo un doctor, pero les aseguro que si escapé con vida fué sólo por la Providencia de Dios, las balas se cruzaban por todas partes como en lo más recio de una batalla, los incendios en los cerros y en el plan iluminaban la población como si fuera de día: aquello era imponente y terrible á la vez, soldados y paisanos medio borrachos, en pelotones, destrozaban las puertas de los almacenes y los dejaban limpios en un santiamén, herían y asesinaban á *mansalva;* por las calles se veían bultos de hombres muertos ó heridos, y más tarde, cuando las tropas comenzaron á hacer fuego sobre los saqueadores, aquello fué un campo de Agramante; los gritos de los saqueados se mezclaban á los quejidos de los heridos y al ruido de las llamas de los edificios incendiados. Por la mañana sólo en la Alameda de las Delicias, entre el

Seminario y la Estación del Barón, había más de ochenta cadáveres. ¡Qué noche, amigos!

Estas palabras evocaron recuerdos siniestros de personas y sucesos que van borrándose envueltos en las lejanas brumas del pasado.

Tratamos después del punto de vista acerca de la licitud de la Revolución.

¿Fué legal? ¿Fué conveniente, aun dado caso que hubiera sido legal? Aquí se dividieron los pareceres, la mayor parte sin embargo contestaron afirmativamente á esta pregunta, creían que el poder supremo de nuestra República reside en el Congreso como único poder encargado de legislar, el Presidente es sólo el primer empleado de la nación, el instrumento de las Cámaras para hacer cumplir las leyes, recibe la renta que le concede el Congreso, y si bien es verdad que puede oponer su veto, las leyes debe promulgarlas si son aprobadas de nuevo después del veto presidencial.

Alguien recordó la lucha entre Carlos II y el Parlamento inglés que realmente ofrece sorprendentes analogías con nuestra Revolución del 91. El Parlamento niega los subsidios á Carlos á menos que no se despoje en gran parte de la Prerrogativa real, niégase éste á acceder á las exigencias del Congreso, los presupuestos no se le conceden, el Rey disuelve las Cámaras. Vuelve á reunirlas, estrechado por la necesidad de dinero, y se ve obligado á sacrificar á Strafford, su Ministro, que es decapitado por decreto del Parlamento, insiste el Rey en conservar sus prerrogativas reales, insiste el Parlamento en despojarlo de su soberanía absoluta y niega de nuevo los presupuestos. Carlos, amenazado, huye de Londres y levanta ejércitos, el Congreso opone ejércitos á ejércitos y pone á Cromwell á la cabeza de las tropas; éste, después de una serie de victorias se apodera del Rey, vendido por los escoceses en 400,000 libras, y lo hace decapitar en la plaza de White-Hall. La semejanza es realmente curiosa.

Seguimos recordando los hombres de la Revolución, de los cuales han desaparecido no pocos. Alguien insinuó la idea de que el partido conservador, con su jefe Irarrázabal, pudo y debió impedir este movimiento, que costó tantos sacrificios y vidas, uniéndose al partido presidencial, y se dijo que, si el Ministerio Sanfuentes hubiera aceptado la Ley de Municipalidades Autónomas, todo ese partido se habría plegado á Balmaceda y con él todo el clero y la parte más influyente del país, pero ¿quién confiaba en aquella época en la palabra del Presidente? De todos modos, la figura del Presidente caído, con todos sus defectos y enormes errores, con el torbellino de crueldades engendradas por una dictadura de cerca de ocho meses, y al mismo tiempo con sus grandes ideales, con su vasta ambición, la figura del primer magistrado de Chile, cayendo ensangrentado en el lecho bajo el golpe de su mano suicida, merece nuestra compasión. Es el primer Presidente que ha ido del Capitolio á la roca Tarpeya. La muerte inspira siempre respeto; por medio de ella, concluidas las agitaciones de la vida presente, se entra en una senda misteriosa en donde solo Dios, justicia y amor infinito, juzga al hombre. Ser juzgado por Dios es algo terrible, pero también consolador.

Se habló también algo acerca del testamento político del ex-Presidente, de esa carta tranquila y amarga á la vez del suicida en la cual se despide de sus amigos y les recomienda la prosecución de sus ideales políticos. «Nuestra bandera ha caído en los campos de batalla, pero se levantará rodeada por nuevos y más afortunados defensores».

El ideal político á que Balmaceda parece aludir consistía en el engrandecimiento de la democracia, y en suprimir de la escena política los hombres de antecedentes ilustres, para reemplazarlos por hombres nuevos, salidos de las filas populares. Si es así, el partido balmacedista se ha burlado cruelmente del encargo postrimero de su jefe.—¿Cuáles serían los pensamientos de este hombre en esa noche última en casa de Uriburu? Recordó talvez los plácidos días de su infancia y juventud pasados en su hogar y en el Seminario de Santiago, después sus triunfos políticos y oratorios, los honores que llovieron sobre su persona y, por último, su exaltación á la primera majistratura, puesto en donde su infatigable pensamiento se proponía hacer tan

grandes cosas; de todos esos planes, bien pocos fueron realizados y todo vino á terminar con un disparo de revólver, después de una tempestad de horrores y de sangre, producida no sólo por su ambición sino también por ambiciones y pasiones rivales. Asaltáronle sin duda crueles remordimientos y el pesar de no haber abdicado á tiempo. Acaso recordó las víctimas infelices sacrificadas en Iquique y Pisagua y en los campos de Valparaíso. Pasaron talvez á su vista, aquellos muertos, aquellos heridos espirantes, agonizantes, cubiertos de lodo y sangre que recogieron las ambulancias veinticuatro horas después de Placilla, y hacinados en los hospitales; acudieron sin duda á su memoria los ultrajes y asesinatos cometidos desde Enero hasta Agosto por sus agentes.

No parece que Balmaceda hubiera sido hombre de fe religiosa; talvez era deista pura y simplemente, y quién sabe bajo qué aspecto consideró su suicidio, ese último crimen que coronó sus extravíos de hombre y de mandatario; quién sabe qué poderosas y tremendas impresiones oscurecieron la luz de su conciencia y razón, á pesar suyo cristianas. ¡Cuántas veces en su vida de hombre político y en los meses de dictadura en especial y sobretodo al borde de la muerte, no se levantó ante él la luminosa y santa visión de sus enseñanzas cristianas recibidas en el hogar y en el Seminario.

Qué angustia la de ese hombre que en pocos días perdió honores y poder, se vió anatematizado y perseguido él y los suyos y que había arrojado de su alma todos los consuelos de la religión? El suicidio de Balmaceda es obra de una desesperación sin medida y también la de un gran orgullo que temió que sus enemigos llegaran á ultrajar su persona.

En cuanto á la Revolución misma es muy discutible que el promoverla hubiera sido útil, necesario é indispensable; pudo el partido conservador evitarla, eso es palmario, pudo Balmaceda con más tacto y habilidad haber frustrado su pronunciamiento y con más honradez política haberla evitado por completo; pero una vez lanzada la nación en esa tremenda guerra civil, el Congreso tenía que triunfar.

El triunfo de Balmaceda en Concón y Placilla habría sido de consecuencias inmediatas horrorosas, extremece sólo el imaginarlo; lo más selecto de nuestra nación, las clases más elevadas que animan todo el cuerpo social habrían sido anonadadas, el clero abatido, el antiguo orden social desquiciado por completo, un nuevo orden de cosas, el dominio de ese elemento bajo, grosero y cruel que podíamos comparar al de Marat en Francia, se habría levantado sobre las ruinas de la antigua República. Por otra parte, la Revolución no habría concluído: tan poderosos y vastos eran los elementos de que disponía y tanto el justo furor contra la Administración Balmaceda.

Tales fueron las ideas expresadas esa noche de recio aguacero por las diversas personas que componían la reunión. En seguida nos pusimos á conversar sobre los estragos del temporal en Valparaíso y los trabajos que podrían ejecutarse para evitar sucesivas inundaciones y desgracias.

Yo me retiré á las once y media, resguardándome bajo mi enorme paraguas; apenas si la prolongada oscuridad era en parte disipada por los mecheros de gas; las tinieblas como inmensas masas oscuras se acumulaban á lo lejos; el viento traía ruidos lejanos recogidos allá en los campos solitarios, entre los árboles y las montañas, mezclados con el estridente silvo de alguna locomotora ó de los vapores de la bahía. Con gran trabajo llegué á mi pobre casa del cerro, dirigí una mirada al mar oscuro é inmenso; acá en la bahía, levantábanse los mástiles de los buques moviéndose lentamente entre las sombras. Me parecía un sueño que los hombres, tan pequeños y tan débiles ante la naturaleza, se ocuparan en destruírse mutuamente por medio de revoluciones y de guerras.

Fabio.

Valparaíso, Julio 1899.

OTOÑAL

Hojas secas del Otoño
Que las auras fugitivas
A morir lejos condenan
De la fértile campiña,
Entre lágrimas del alma,
En las horas vespertinas,
Como símbolo os contemplo,
Cuando os esparce la brisa,
De mis horas aun restantes,
De mis horas ya vencidas....
¡Mustias hojas del Otoño
Ya para siempre marchitas!

Una mano cariñosa
Se posaba en mi mejilla
Cuando enfermo, débil niño,
En mi lecho padecía,
Y unos labios celestiales
Que selló la muerte lívida
Y llevaron de los míos
Mi postrer beso en la vida,
De mis besos el más santo,
Con efluvios de poesía
Cosas bellas me contaban
Y de besos me cubrían....
¡Oh! ¡Los mártires sublimes!
¡Oh! ¡Mi madre ya en cenizas!...
¡Secas hojas del Otoño
Para siempre ya marchitas!

Hoy, así, desgobernada
Por el austro mi barquilla,
A merced irá del piélago,
Sin saber á donde arriba....
¡Tan distante de la tierra
Que perdí! ¡tierra bendita!
En los lúgubres insomnios
De mi lánguida agonía,
Ve mi mente en el pasado,
Triste huellas de los días
Del hogar bajo la sombra
Disfrutados en delicias,
Entre juegos infantiles,
Entre cántigas sencillas!....
¡El hogar! Ya no los trinos
De viajera golondrina
Oigo en él de la alborada
A las luces opalinas,
Ni las preces de mi madre
Por el eco recogidas,
En las alas de las auras
Perfumadas se deslizan....
Del hogar, lejos, muy lejos,
Voy llevando las cenizas
De la mártir: de mi madre,
De la madre de mi vida!....
¡Mustias hojas del Otoño,
Cual mi frente ya marchitas!

C. M. BASTO.
(Colombiano).

PAGARÉES DE COMERCIANTE A COMERCIANTE.

Reconociendo el Código de Comercio la naturaleza real de las cosas, distinguió cuidadosamente los pagarées civiles de los mercantiles: á los primeros sujetó á las prescripciones y reglas del Código Civil en cuanto á los efectos de la obligación contenida en ellos, y á los segundos declaró aplicables la mayor parte de las disposiciones relativas á las letras de cambio.

Consecuente con el sistema objetivo adoptado, el Legislador declaró mercantiles los pagarées causados por una operación de comercio (artículos 767 inciso 1.º y 769 Cód. de Com.); mas al mismo tiempo estableció respecto de estos títulos de crédito una excepción y atribuyó el carácter de comerciales á los pagarées de comerciante á comerciante.

La comercialidad de estos efectos de comercio se encuentra reconocida en el inciso 2.º del artículo 767 del Código, que dice textualmente: «Las libranzas ó pagarées de co-

merciante á comerciante, aunque no lleven la cláusula á la orden, se reputan actos de comercio».

El fundamento racional de esta disposición es la influencia que el ejercicio profesional del comercio tiene sobre el carácter jurídico de los actos que sirven á él; es el sello mercantil que estos actos reciben de su referencia á la profesión del comerciante, pues, aun cuando no tengan marcado en sí mismos el carácter comercial, concurren á facilitar, promover y llevar á efecto el ejercicio del comercio, y con él se confunden porque figuran como parte integrante del mismo. La obligación, que es la consecuencia, el efecto del acto jurídico, el vínculo de derecho que de él procede, no puede tener un carácter diverso del acto mismo del cual deriva su origen y vida.

Este fundamento determina la naturaleza del precepto legal. No se dirige á dictar una presunción legal, cuanto á reconocer y declarar comerciales algunos actos jurídicos ordinarios de los comerciantes que, sin ser actos de comercio objetivos, dependen y se refieren al ejercicio de su industria ó tienen atingencia con ella. En todo caso la ley reputa y declara solemnemente mercantiles los pagarées de comerciante á comerciante, y no podría admitirse prueba alguna en contra de esta imperativa declaración de la ley, así como ninguna prueba puede admitirse para demostrar que los actos enumerados en el artículo 3.º no son actos de comercio.

Se trata, pues, de una verdadera presunción de derecho que el Legislador ha fundado sabiamente sobre la presunción legal indicada más arriba, para consolidar el crédito de las obligaciones de los comerciantes y evitar tantas cuestiones sobre la competencia y sobre las leyes aplicables, cuestiones perjudicialísimas al desenvolvimiento y á la prosperidad del comercio.

Ha querido el Legislador disminuir las controversias sobre jurisdicción, sustituir á la certeza que puede conseguirse por medio de pruebas difíciles y dañosas á los intereses mercantiles, una certidumbre ficticia, la cual, por otra parte, dadas las condiciones en donde surge, se conforma lo más que es posible con la realidad de los hechos. En efecto, el «Mensaje con que se acompañó al Congreso el Proyecto de Código de Comercio», refiriéndose á la disposición del artículo 767, dice á los miembros del Senado y de la Cámara de Diputados que ella «debe llamar su atención por la importancia que tiene en el deslinde de la competencia civil y mercantil.»

En consecuencia, basta que sean comerciantes la persona que firma el pagaré y aquella para con quien se confiesa deudora para que exista la presunción de derecho de que ese acto fué mercantil. Y siendo el pagaré á la orden y comercial, le son por lo mismo aplicables todas las disposiciones relativas al vencimiento, endoso, solidariedad, aval, pago por intervención, protesto, derechos y obligaciones del portador, recambio, intereses y prescripción de las letras de cambio, establecidas en el párrafo 13 del título 10 del Libro II del Código de Comercio, conforme á lo preceptuado en el artículo 769.

J. de D. Vergara Salvá.

ANATEMA

No me arredra el dolor. Si, fementida,
Fué tu intento lanzarme en el abismo,
No triunfó la maldad; la abierta herida
Con mano firme cerraré yo mismo.

Soy fuerte y, en la lucha por la vida,
Sabré vencer el matador mutismo;
Y mi alma, en mariposa convertida,
Salvará indifente á tu cinismo.
No me arredra el dolor ni me conmueve
El corazón la pena matadora
Cual te imaginas en tu orgullo necio.

Su vanidad á compasión me mueve;
Me río de tu zaña, cruel señora,
Y opongo á tus insultos mi desprecio.

Horacio Olivos y Carrasco.

EL CRIMEN DEL VIEJO BLAS.

(Continuación)

No quería más bastón que su nieto: este era su único sostén.

Blasito era el niño montanés, robusto y sano. Con la leche de una madre robusta, con la sóbria alimentación, con el aire libre que vivifica los pulmones, había crecido, había endurecido, la hermosa virilidad futura estaba visible en esta infancia.

Bonito, por otra parte, ya que pequeño, tenía el aire desatentado, un poco rudo, que pregunta, que procura comprender, que se inquieta algunas veces con una inquietud sin enojos, y el mejor gozo del viejo Blas era besar al chico en su tierna cara, asoleada ya,—á la que descendían formando bucles los negros cabellos desgreñados—y en sus ojos claros, azules como los lagos de las montañas.

Detrás de ellos venía el hombre, el marido de la Cadija, el padre del niño, Antonito Perdigut. De treinta años, el rostro serio como lo tienen de ordinario los habitantes del valle en ese país de las montañas, llegaba con paso mesurado, sin darse prisa, pero sin indecisión, con un paso de trabajador.

La Cadija abrazó con ansias á sus tres hombres, con más ardor al marido, más gravemente al abuelo, con más dulzura al pequeño.

Se sentaron al rededor de la mesa, en la sala baja, y comieron en silencio.

La hora del desayuno no es la de las conversaciones y las risas. Es preciso reservar las fuerzas, la actividad, para el trabajo del día, y no dejarlas perder en menudas fruslerías.

Además, se había dormido tarde ese día en el cortijo, y era la estación de las semillas: Antonito Perdigut debía apurarse en salir á los campos con el capacho de los granos á la espalda.

Respecto al abuelo, tenía su empleo en una vía férrea que por ahí cerca pasaba; tarea fácil, poco fatigoso, á la cual habría bastado un niño, la que habían confiado á ese viejo.

Por lo tanto, sin hablar, apacibles, remojaban largas rebanadas de pan de centeno en la blancura un poco azulada de la leche.

Al rededor de ellos el rosa gris de la mañana, entrando por las ventanas bajas hacía descorrerse poco á poco la sombra colgada á lo largo de las paredes, é iluminada ya esta negrura se levantaba lentamente, volviéndose menos (y menos sombría) como si los velos de crespón tendidos de lo alto se hubieran desvanecido unos en pos de otros. Los cacharros del aparador acusaban sus formas, bosquejando sus tintas vivas; en la redondez bermeja de las cacerolas había movimientos de llamas, que semejaban el reflejo de una hoguera invisible; y sobre los ladrillos rojos, unas bandas largas, pálidas, apenas luminosas, parecían grandes rayos de luna que se hubieran quedados dormidos en el suelo.

Afuera se sentía el despertar del cortijo, en el piar de las aves, en el ruido de las ramas removidas, en los mugidos del establo, en toda esa bulla confusa de los animales domésticos, y en el fresco paso del viento sereno.

El viejo Blas vaciada ya su jarra, cuyas últimas gotas de leche corrían por su barba blanca, habló con aire tímido:

—Lo que sería muy bueno, sería dejar venir al pequeño conmigo, ahí abajo, junto al puente, para que se entretenga. Digo, para que me entretenga á mi también. Un tren que pasa después de otro tren, y esto todo el día, no tiene nada de divertido; yo me aburro en fin, de mirar correr el agua. Los niños ponen alegría en los viejos espíritus y luz en la mirada de los ancianos. El otro día, fué todo él de lluvia, pero Blas estaba conmigo y á mi regreso he dicho como un bestia: «Que hermoso sol ha hecho hoy día.» Además, al chico le conviene mucho respirar el aire de orillas del agua, y jugar entre las flores al rededor de la caseta de madera.

CÁTULO MENDES

(*Continuará*)

ACCIONISTAS

de "La Revista de Valparaíso"

Acevedo, César	2
Adrover, Carlos	1
Barrie, Carlos A.	1
Bascuñán, Teodoro	1
Bermúdez, Enrique	1
Bobillier, Víctor	1
Camus V., Alfredo	1
Camus V., Ezequiel	2
Cárdenas, Angel C.	2
Chaumés, Alfonso	2
Claro, Santiago	2
Cruz, Eudoro	1
Cuevas O., Alfredo	2
Cumming, Alberto	1
Delfín, Federico	1
Edwards V., Alberto	8
Edwards V., Carlos	2
Edwards, Joaquín	1
Echeverría, Roberto	1
Escobar C., Ricardo	2
Feliú H., Camilo	6
Feliú H., Guillermo	2
Feliú H., Oscar	1
Feliú H., Daniel E.	1
Ferreira, Luis	1
Fraga, Estanislao	2
Fuenzalida, Enrique	1
Garnham, Luis	1
Garretón, Ramón	1
Hübner, Ernesto	1
Jara Torres, Carlos	1
León Silva, Alberto	1
Lyon O., Enrique	1
Manterola, Fernando	2
Manterola, Benjamín	1
Marambio Montt, Ernesto	1
Martínez, Heraclio	5
Maturana, Alejandro	1
Melcherts, Gustavo	1
Newman, Carlos	1
Otaegui, Juan E.	1
Pascal V., Gastón	2
Poirier, Eduardo	1
Pomar, Ramón	1
Portaluppi, Alejandro	1
Prieto, Francisco	1
Puelma, Luis Felipe	2
Reitze J., Enrique	1
Ríos González, Tomás	1
Rivera, Guillermo	5
Robles, Enrique	1
Rodríguez V., Eugenio	1
Rojas Riesco, Diego	2
Ross, Gustavo	2
Rudolphy, Alejandro	1
Urenda, Manuel	2
Valenzuela, Jorge	1
Valverde, Juan Luis	1
Varas, Antonio	2
Vargas C., Eulogio	1
Vásquez, David	1
Vicencio, Carlos	1
Winter, Luis A.	1
	100

José Bianchi y Hnos.

IMPORTACIÓN DIRECTA

DE

MARMOLES Y PIZARRAS

SE ENCARGA DE TODA CLASE DE TRABAJO EN MARMOL

PRONTITUD Y ESMERO —— PRECIOS MÓDICOS

VENTA POR MAYOR Y MENOR

96 F, 96 I y 96 G,—CALLE CONDELL.—*Valparaíso.*

"LA UNIÓN CHILENA"

COMPAÑÍA DE SEGUROS

FUNDADA EN 1858

CAPITAL	$	**2.000,000.00**
FONDOS ACUMULADOS	«	**535.595.15**
SINIESTROS PAGADOS	«	**2.290,055.91**

Administrador: D. Benjamín Dávila Larraín,

Santiago—Huérfanos, N.º 803.

"La Nacional"

CAJA DE AHORROS Y DE SEGUROS

CAPITAL ..... $ **2.000,000.00**

Gerente: D. Luis Dávila Larraín,

Santiago Huérfanos N.º 1161

Estas compañías efectúan seguros en las mejores condiciones sobre edificios, mercaderías, muebles, maquinarias, etc., etc., como igualmente se asegura el lucro cesante de los arriendos, cobrando

PRIMAS MÓDICAS

Agente en Valparaíso:

CARLOS R. NEVES,

81-PRAT-81

AGENCIA GENERAL DE PRODUCTOS CHILENOS

DE CUITIÑO Y HURTADO

SUCESORES DE D. RISOPATRÓN CAÑAS

Prat 95—VALPARAISO—Casilla 623

Teléfono Inglés 152

Venden todos los vinos nacionales en cajones, javas y barriles. Toda clase de conservas y licores.—Productos manufacturados.—Frutos del país y forrajes en general.—Mármoles blancos y de colores.

NOTA.—Tienen constantemente vinos desde $ 20.00 las 100 botellas de las marcas más conocidas, y blancos desde $ 30.00 el 100 de botellas.

"LA ESTRELLA DE CHILE"

Compañía Nacional de Seguros

OFICINA: BANDERA, NÚM. 24

Capital autorizado	$ 5.000,000
Capital suscrito	2.000,000

DIRECTORIO

PRESIDENTE.—Don Alejandro Vial — VICE-PRESIDENTE.-Don Eduardo Videla

DIRECTORES:

Ventura Blanco Viel, Beltran Mathieu, Emilio Llona, Osvaldo Pérez S., José Luis Coo

La Compañía asegura á prima fija contra riesgos marítimos y contra incendios, como también responde por el lucro cesante de los arriendos de las propiedades incendiadas, constituye seguros sobre la vida, asegura rentas vitalicias y temporales, forma capitales pagaderos en épocas determinadas y, en general, hace todas aquellas operaciones que tenga por base la vida probable de un hombre.

M. TOMÁS TOCORNAL, GERENTE.

AGENTE EN VALPARAÍSO: ALEJO BARRIOS, COCHRANE 42

Revista de Valparaíso

Año I — Valparaíso, Septiembre de 1899 — Núm. 9

Revista de Valparaiso.

PERIODICO MENSUAL DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS.

Se publica los días 1.° de cada mes

Precios de suscripción

Por semestre..... $ 2 50
Por un año..... « 5 00
Número suelto..... « 0 50

SE RECIBEN AVISOS

PARA SU

PUBLICACIÓN EN "LA REVISTA"

TARIFA

AVISOS DE 1 PAGINA

$ 60 por un año
32 » 6 meses
18 » 3 meses

AVISOS DE ½ PAGINA

$ 32 por un año
18 » 6 meses
10 » 3 meses

AVISOS DE ¼ DE PAGINA

$ 20 por un año
10 » 6 meses
6 » 3 meses

AVISOS DE ⅛ DE PAGINA

$ 12 por un año
7 » 6 meses
4 » 3 meses

Toda comunicación concerniente á *La Revista* deberá dirigirse al Administrador Sr. D. Alberto Edwards, casilla N.º 2162 del correo N.° 2.

REFLECCIONES

SOBRE LOS PRINCIPIOS Y RESULTADOS DE LA REVOLUCIÓN DE 1891.

(Conclusión.)

La revolución de 1891 ha sido el movimiento político más sincero que se haya efectuado en Chile; la aristocracia, vencedora del poder que había desconocido su legítima influencia, no se contentó con reconquistar con las armas el lugar que ocupaba en la dirección del país; fué mucho más allá, y ante la abdicación generosa que hizo de sus ambiciones en aras de los principios que había proclamado, debemos inclinarnos con respeto, aun los que consideramos que hubo en su conducta mucho de utópico é imprudente.

Así, al día siguiente de su triunfo, puso religiosamente en práctica, los ideales que había escrito en su bandera; restableció la legalidad que en el fondo no existía y que Balmaceda destruyó hasta en la forma, anonadó para siempre la omnipotencia del Ejecutivo, planteando con franqueza la libertad electoral y la autonomía de los Municipios y, como una protesta contra los atropellos inconstitucionales del último Gobierno, llevó hasta la exageración su respeto por los fueros parlamentarios.—En esta forma, y á raiz de la caída del Dictador pseudo demócrata, la oligarquía triunfante estableció prácticamente en Chile el régimen republicano, poniendo en ejecución el programa democrático que Balmaceda había levantado, en sus postrimerías, como un grito de guerra contra la revolución.

Si Balmaceda, combatido como estaba por las clases llamadas por la razón y el derecho á regir los destinos del país, pretendió soñar, para justificar su resistencia, con la democracia amparada por el cesarismo, la revolución probó que no había peleado por una casta,

estableciendo la democracia pura; error generoso que iniciaba el suicidio de la oligarquía y la decapitación de la sociedad, pero que debemos excusar, en gracia de la sincera y honrada rectitud de las intenciones.

El fiel cumplimiento de sus promesas políticas, prueba que la revolución de 1891, fué algo más que el estallido de simples ambiciones personales; los movimientos subversivos cuyo único objeto es el encumbramiento de determinados hombres ó sectas, no tienen historia, ni producen otro resultado en la práctica, que inútiles y funestas perturbaciones; pero la campaña constitucional dejó huellas profundas en nuestra organización política y social, ocasionando un verdadero trastorno en nuestro régimen; si ese trastorno fué útil ó pernicioso, he aquí lo que la historias debe decidir; probablemente, como en todas las obras humanas, existen en esta principios saludables y perniciosos á la vez.

Por otra parte, la circunstancia misma de haber concurrido en la revolución, elementos tan heterogeneo y contradictorios, la ponen al abrigo de toda sospecha de bandería; no era un partido el que, defraudado en sus esperanzas de predominio, se lanzaba á la revuelta; era toda una sociedad que se recomponía, buscando en nuevos caminos la regeneración de su pasado. Cierto que á este movimiento pudieron concurrir, como causa inmediata y próxima, las ambiciones de ciertos caudillos, pero esas ambiciones por sí solas habrían resultado impotentes sin el apoyo de las opiniones. En el hecho, el espíritu revolucionario triunfó al par que la revolución, y sobre él se reconstituyó la república.

Negar qúe hubo ideas en el movimiento de 1891 es envilecer á Chile, es insultar á la juventud generosa que dió impulso al movimiento, á la sociedad, al clero, á la marina, á todo lo que en el país es capaz de sentir y pensar; las fuerzas sociales de todo un pueblo no se compran con oro ni con promesas; puede sobornarse á un hombre, pero nadie es capaz de sobornar á Chile. El pueblo mismo, ignorante de lo que ocurría, incapaz de comprender lo que la gran lucha significaba, no ocurrió al hipócrita llamado del último de sus tutores, y se adhirió con inconsciente entusiasmo á la causa de la oligarquía en lucha con el cesarismo.

Pues que hubo principios en la revolución vamos á estudiarlos para medir sus consecuencias; la legalidad constitucional como base del Gobierno; la libertad electoral, único fundamento del sistema representativo, organizada sobre el Municipio autónomo; por fin el respeto á los fueros del Parlamento: tales son las ideas que dieron impulso á la catástrofe que analizamos.

De todos estos principios, el de la legalidad fué el más popular y el más universalmente comprendido: el respeto de las tradiciones constitucionales era el objeto próximo y ostensible del levantamiento, lo que le dió el apoyo de la masa social que no se ocupa de política; ese respeto, fundamento del orden público, durante tantos años, barrera contra las perturbaciones, debía necesariamente levantar á todos contra el que, revolucionario desde las alturas, se atrevía á despreciarlo.

Es cierto que la Constitución estaba quebrantada desde su origen, pero se había guardado en cierto modo las formas, y eso era ya una tradición en la sociedad. Balmaceda rasgó el velo que cubría la violación de las instituciones, y bastó ese hecho sencillo, para que estallase la tormenta.

Creo innecesario demostrar que este principio de la legalidad es salvador; sin él, el edificio social carece de fundamento sólido; el horrible sacudimiento que produjo en 1891 la simple ruptura de lo que en el hecho no era sino una fórmula, prueba cuán celosos son los pueblos de la legitimidad de los títulos con que se les rige, con mayor razón en un país como el nuestro, que justamente se honra de su respeto por las leyes y por las autoridades constituídas.—Quien desconozca la importancia de la legalidad, aun aparente, como principio conservador de los Gobiernos, carece en mi entender, por completo de sentido político. (1).

(1) No he creido necesario extenderme más sobre este punto por que las reminicencias hechas en las páginas anteriores, sobre los orígenes del movimiento revolucionario, explican con claridad mi pensamiento.

¿Qué es lo que puede equilibrar en la práctica las ambiciones que se suscitan en el seno de una sociedad? ¿Dónde encontraremos el freno contra la exaltación de los partidos, en tiempos de vértigo y turbulencias? Al principio de este trabajo, hemos hablado del poder Moderador, cuya misión social consiste en colocar por encima de todas las viscisitudes de la política, una autoridad superior, respetada por la inmensa mayoría que sirva de punto de apoyo en los vaivenes á que está sujeta la vida del Estado. Ese poder, fué en Chile por largo tiempo, la misma oligarquía, y la Constitución el árbitro de sus querellas; en el día existe en el fondo un equilibrio parecido como luego lo veremos; Balmaceda lo rompió, pero felizmente esa ruptura ha constituído un hecho aislado en nuestra vida de nación; sin esta circunstancia, la historia de Chile sería la triste copia, de la de los otros pueblos de la América Latina.

Pasemos á tratar del régimen parlamentario.

Pocas veces se levanta en la opinión, un clamoreo tan únanime como el que hoy presenciamos en Chile contra el parlamentarismo; se llega hasta la injusticia culpándose á la revolución de haberlo proclamado, atribuyéndole no pocos como principal enseña de combate aquel principio político, que tan funesto les parece ¿Qué hay en esto de verdad? ¿que se entendió en 1891, por parlamentarismo?

En aquella época se habló mucho de los fueros del Congreso; esto es del derecho de las Cámaras para negar las contribuciones y los presupuestos, y por ende, para imprimir al Ejecutivo un rumbo determinado. Esta no era propiamente doctrina revolucionaria sino constitucional, y lo que entonces se atacaba y defendía era la Constitución; tampoco era una doctrina nueva, pues estaba escrita en nuestro Código fundamental, y como tal la habían acatado todos nuestros políticos desde 1833 ¿qué fué el mismo Gobierno de Balmaceda, sino una lucha constante del poder presidencial, para asegurarse en las Cámaras una mayoría complaciente?

Antes como después de la revolución ningún Presidente ha pretendido prescindir del Congreso; la diferencia entre el pasado y el presente consiste en que antes, los Gobiernos contaban con una mayoría dócil, elegida á su capricho, y hoy tienen que someterse á las influencias de los partidos que triunfan en las luchas electorales y en los amaños de la camarilla santiaguina. Culpese si se quiere á la libertad electoral y seamos francos; el parlamentarismo como la democracia no son para Chile instituciones revolucionarias, porque existían antes aunque sólo en teoría; el implantamiento del primero en los hechos ha puesto de relieve sus inconvenientes; la segunda, aunque no ha logrado entronizarse apesar del régimen electoral, es también ya bastante poderosa para perturbar, sino para vencer

Por otra parte, todo Gobierno representativo que no es absoluto tiene que ser, *en cierto modo*, parlamentario; ó el poder Ejecutivo y el Legislativo se confunden en uno solo, ó debe existir entre ambos cierto acuerdo; sin alguna de estas circunstancias todo Gobierno es imposible, ó por lo menos, ruinoso y estéril. No comprendo como pueda ser negada esta verdad; por consiguiente, lo que se haga en favor ó en contra del parlamentarismo no puede ser sino una de estas cosas: ampliar ó restringir el poder del Parlamento, ó darle una organización que permita limitar las fuerzas de los pequeños grupos, que son en realidad los perturbadores.

En cuanto á lo primero, la revolución combatió por el mínimun de los derechos que en un país representativo, puede tener un Parlamento: dar ó negar las contribuciones y los presupuestos; esta facultad, que á nuestras Cámaras reconoce la Constitución, no la tiene el Ejecutivo en nación alguna regida por un poder constitucional; los subsidios, he ahí el primer paso que desde el siglo XII han dado los pueblos para limitar la acción de los Gobiernos. Así pues, lo que se defendía en 1891 era el régimen constitucional, la armonía de los diferentes poderes, en contraposición al poder absoluto; la omnipotencia del Parlamento, sus divisiones, su anarquía, el entorpecimiento que opone á la marcha del Ejecutivo, son

en realidad consecuencia de otros errores, y otras instituciones que pertuban el correcto ejercicio de nuestro sistema político. Nadie puede pretender para el Presidente el poder absoluto, sino le da, al mismo tiempo, la facultad de legislar suprimiendo el Congreso, porque, vuelvo á repetirlo, ó hay acuerdo entre ambos poderes ó se reúnen en una sola mano; no se puede gobernar sin legislar, ni legislar sin gobernar; lo demás es el cáos, el Gobierno incompleto ó más bien dicho el desgobierno.

¿Se quiere dar á este acuerdo entre los poderes el nombre de parlamentarismo? En buena hora ¿Se le considera pernicioso? Venga el poder absoluto; entre los dos términos de este dilema, no hay medio posible.

Balmaceda, en su eterno afán de buscar pretextos que justificaran su actitud, y previendo los males que el abuso del poder parlamentario habían de acarrear, quizo lanzar sobre la mayoría del Congreso, como medio seguro de desprestigiarla, la acusación de que sólo luchaba por el régimen parlamentario en contraposición al presidencial. (1)

Entre tanto, esa mayoría lo que buscaba era el establecimiento de la República por medio de la libertad electoral, y si invocó los fueros del Parlamento, fué sólo para usar de ellos como un medio de conseguir ese fin supremo.—Me atrevo á afirmar que, de todas las teorías sustentadas por la revolución, esta fué la que dió lugar á menos polémicas, la única que no apasionó á la opinión pública.

Ya sea por error ó mala fe, el hecho es que los presidenciales de la época revolucionaria se empeñaron en convertir lo que era una cuestión constitucional en un debate doctrinario. Nada de eso había; las Cámaras usaban de sus derechos obligando al Ejecutivo á saltar por sobre la Constitución, sino accedía ante sus exigencias, y al obrar así no sólo se conformaron con la letra y el espíritu de nuestro Código fundamental, sino que siguieron la tradición constante de todos nuestros políticos, y las opiniones de todos nuestros publicistas. (1).

El absolutismo había llegado á ser peligroso para la sociedad, y con el objeto de moderarlo en los avances de su omnipotencia, el Congreso apeló á sus fueros constitucionales; he ahí el parlamentarismo de la revolución. Si las nuevas ideas rechazaban el régimen despótico, para ser consecuentes consigo mismas, tenían forzosamente que concluir con la dictadura del Ejecutivo, no para establecer la del Parlamento, sino para buscar la armonía entre los dos grandes cuerpos políticos del Estado.

Esa armonía se ha hecho difícil en la práctica, pero en lugar de romperla, resucitando un pasado imposible, debe buscarse los medios de restablecerla, remediando la defectuosa organización del Parlamento, que es lo que en último término, viene á ser responsable del actual estado de cosas.

Estos defectos, no arrancan su origen de la revolución, aunque haya sido ésta, quien ha venido á ponerlas de relieve; el voto acumulativo, las incompatibilidades parlamentarias, los derechos exagerados de las minorías, fueron principios consagrados con anterioridad á 1891, y algunos de ellos, contaron al mismo Balmaceda, entre sus más celosos defensores.—Creo que por la supresión de estas conquistas, demasiado prematuras, remediaríamos en gran parte los males que sufrimos en el momento presente.

En la imposibilidad de estudiar todos los factores que mantienen y fomentan la anar-

(1) Aun suponiendo que Balmaceda fuera un sincero enemigo del parlamentarismo ¿qué derecho tenía para imponer al país á sangre y fuego su opinión personal, abusando de la fuerza que se le había confiado con un fin muy distinto, y atropellando la opinión, el Congreso y las instituciones? Preciso es convenir con que todas esas retóricas no fueron sino pretextos de una obstinación vanidosa, verdaderamente femenina.

(1) Don Julio Bañados Espinosa, el más ardiente de los defensores de Balmaceda, decía el 9 de Noviembre de 1889, pocos meses antes del conflicto que originó la revolución, estas palabras textuales: «Vivimos bajo el régimen parlamentario y en consecuencia el Congreso tiene derecho « para cambiar Ministerios é imprimir rumbos al « Gobierno. Queremos ser y seremos.»

quía parlamentaria, creo indispensable echar una ojeada sobre los más importantes; así podremos darnos cabal cuenta de las causas que han acarreado el desprestigio que hoy pesa sobre el régimen republicano.

Los abusos del poder y de las mayorías, tanto como el carácter idealista de los doctrinarios de la revolución, impusieron á Balmaceda en 1890 la ampliación del voto acumulativo, que existía en Chile desde 1874. Según las teorías de la democracia pura, teorías que tienen, para cierta escuela, más valor que toda consideración práctica, el Parlamento debe ser, no ya un cuerpo político cuya misión sea legislar, sino una especie de espejo fidelísimo, en que se reflejen todas las tendencias y las opiniones del país, aun las más insignificantes. En tiempos de enérgica reacción, como fueron los que precedieron inmediatamente á 1891, era natural que semejantes doctrinas se exageraran hasta el delirio, habiéndose llegado al extremo de afirmar que un Congreso no sería el verdadero representante del pueblo, si todos los chilenos no votaban por una sola lista acumulativa desde Tacna á Punta Arenas.

Esta doctrina que tiende á inocular la anarquía de las facciones, en los mismos poderes encargados de moderarlas, si se conforma con el principio demasiado abstracto y dudoso de la soberanía del pueblo, trae en la práctica resultados tristísimos, que ya hemos palpado nosotros, en ocho años de dolorosa experiencia.

En efecto, el voto acumulativo es origen de males, cuya inmensa gravedad es difícil apreciar por completo. Anarquiza al país, dividiendo los grandes partidos en partidos pequeños, y los partidos pequeños en grupos personales; los miembros del Congreso, llegan á deber su elección más á sus propias influencias que á la voluntad de sus correligionarios, destruyéndose así desde su origen la disciplina de los partidos, base de su unidad en el Gobierno y fuera del Gobierno.—Este fraccionamiento indefinido de las grandes fuerzas de la opinión, unido al debilitamiento de las mayorías en favor de las minorías, es la causa primera del desconcierto parlamentario, que tanto se deplora.

La institución misma del Gobierno, nos muestra que su tendencia debe ser á unir no á anarquizar; y no es eso ciertamente lo que vemos hoy día entre nosotros; el espectáculo que presenta nuestra política es lamentable: un contínuo vaivén de hombres y de partidos en el seno del Gobierno, que imposibilita su acción, que lo esclavisa, que le arrebata su unidad, dejándolo sin propósitos, sin tendencias, sin fuerzas para obrar el bien. Si Chile no estuviera ya en parte organizado ¿podría concebirse su organización con tales elementos? ¿Puede esperarse el desarrollo de un plan político y admistrativo, en Gobiernos de un día?

El fraccionamiento político, hijo legítimo de la excesiva representación de las minorías, no solo anarquiza á los partidos, debilitando la acción del poder, sino que tiende á hacer á las minorías perturbadoras é impacientes, poniendo con ello un nuevo obstáculo al ejercicio correcto y concienzudo de la labor legislativa. Con partidos fuertes y compactos, la acción fiscalizadora de la oposición es tranquila y mesurada, pues espera su triunfo de las urnas electorales, no de las intrigas parlamentarias fundadas en la disolución de los elementos que apoyan al Gobierno. En el actual estado de cosas, las minorías pueden, por el contrario, esperarlo todo de los amaños y de la inestabilidad política, y esa esperanza las convierte en intolerantes y turbulentas; la audacia puede darles el triunfo y nada escatiman para entorpecer la marcha del Gobierno, haciendo necesario su concurso, y, en su impaciencia por lograr ese objeto que ven tan cercano, se ofuscan hasta comprometer á veces, los más serios intereses nacionales.

Por eso los Gobiernos, para sostenerse en el poder, han de apelar á miserables concesiones en aras de los pequeños grupos, cuya evolución arrastraría su caída, dejando de ser así el poder guardián de los intereses de la patria, para convertirse en amparador de los cálculos partidaristas, que no pueden herir sin decretar su suicidio. De ahí que los hombres de Gobierno, por mejor voluntad que tengan para

servir á la nación, incurren día á día en debilidades incomprensibles con el mal, de ahí que su acción sea insignificante ó nula.

A más del señalado, podríamos notar muchos otros defectos en la organización de nuestro Parlamento; tales son, por ejemplo las incompatibilidades parlamentarias, y muy principalmente los reglamentos internos de las Cámaras, calculados como están para no poner freno alguno á la actitud inquieta, anárquica y perturbadora que asumen con demasiada frecuencia los grupos de la oposición. Por no separarnos demasiado del objeto de este trabajo, no entraremos en el estudio detenido de estas circunstancias.

En resumen; si no se puede pensar hoy en restablecer la dictadura del Ejecutivo, no podemos tampoco arrebatar al Parlamento su acción fiscalizadora, cuyo fin es establecer la armonía indispensable entre los grandes poderes del Estado; nuestros esfuerzos deben limitarse á procurar esa armonía, barriendo de nuestras instituciones, los elementos que puedan destruirla ó perturbarla.

Llegamos al punto capital de nuestras investigaciones, porque en él se compendian y resumen todas las conquistas de 1891; la libertad electoral y el Municipio autónomo, instituciones gemelas, pues ambas no forman, en realidad, sino una.

El sufragio, origen de todos los poderes, según el principio republicano, no vino á hacerse un hecho en Chile, sino después de la revolución; al implantarlo lo que establecimos fué la República, y al hacer su crítica, juzgaremos sobre lo que ese sistema de Gobierno, puede significar hoy día en nuestra patria.

Si la Monarquía, por su Constitución misma, lleva envuelto cierto espíritu de tradicionalismo, la República, por el contrario, no implica necesariamente la idea liberal (1). Ambas formas de Gobierno no responden pues, á diversos estados de desarrollo social, sino que son el producto de hechos históricos, independientes en cierta parte de la cultura mayor ó menor del pueblo en que se desenvuelven; Repúblicas hubo en la antigüedad y en la Edad Media, en las peores épocas del oscurantismo y de la barbarie; por el contrario, Monarquías son en el día los pueblos más adelantados de la tierra. Si nos desatendemos pues, de las circunstancias especiales en que se ha constituido cada pueblo, en cuanto ellas han dado origen á sus instituciones, no podemos afirmar en absoluto, que para cada estado de progreso, haya una forma determinada de Gobierno. La sociedad puede, por consiguiente, desenvolverse progresivamente tanto dentro del orden monárquico como del republicano; la forma externa que revista el poder público, es, lo repetimos, más que un reflejo de su cultura, un simple acontecimiento histórico.

La Europa, que tiene tras de sí largos siglos, en que se ha desarrollado su progreso por medio de sus energías propias, ha visto en el transcurso de los tiempos, nacer y arraigarse tradiciones é intereses estrechamente vinculados entre sí; la idea monárquica es allí el fruto de esas evoluciones sucesivas, y constituye de por sí una de las fuerzas más vitales de la sociedad, no sólo porque á su amparo llegaron á constituirse las actuales nacionalidades, sino porque, aun en el día, se ve en la fuerza conservadora de esa vieja y venerable institución, una garantía contra los elementos disolventes que amenazan el porvenir, á la vez que un amparo contra las viscitudes del presente. La Monarquía es pues allí al par que un producto de las leyes de la historia, un principio moderador de la sociedad que, tomando su fuerza de las tradiciones, sería peligroso despreciar.

La América se ha desarrollado en circunstancias muy diversas; no teniendo en un principio existencia política, su única tradición era, á ese respecto, la que la ligaba á los reyes de España; roto ese vínculo, se vió en el caso de aprovechar sus fuerzas propias en la Constitución del Estado. Desgraciadamente, sometida como estaba al dominio extranjero y careciendo casi en absoluto de elementos propios de vida, hubo de rendirse al despo-

(1) Al hablar de liberalismo y conservantismo, no nos referimos á los partidos político religiosos que llevan en Chile esas denominaciones; tomamos aquí esas palabras en su recto significado.

tismo del sable, porque la fuerza de las armas era la única bastante poderosa para dominar, dada la ausencia absoluta de energías de otro orden.

Chile fué una excepción á este respecto y hemos visto como una oligarquía poderosa, formada de elementos á la vez sanos y fuertes, empuñó sin resistencias, la dirección de la República, porque no existían en el país otros elementos que pudieran vencerla ó igualarla; el pueblo era incapaz de todo esfuerzo en ese sentido, porque su escasa cultura y el estado de servidumbre pasiva y patriarcal en que vivía, le incapacitaban para formar parte de la nación como elemento de Gobierno; el ejército también estaba sometido por completo á las considerables influencias sociales de la clase gobernante, y si llegó á perturbar, no fué en el nombre del militarismo, sino en el de las facciones que, dentro de la aristocracia, aspiraban á la supremacía.—Así Chile que adoptó el sistema republicano por la fuerza de las cosas, más que por convencimiento, llegó á constituir, dentro de ese régimen, un Gobierno profundamente conservador, porque tenía su origen en los elementos más conservadores que existían en la sociedad.

De las consideraciones expuestas se desprende que la República y la Monarquía, son simples fórmulas que como la lengua, los trajes, las costumbres, nacen del desarrollo histórico más que de la cultura social; el progreso no es la única norma que modela las instituciones de los pueblos, como el calor no determina por si sólo en la naturaleza la distribución de las diversas formas de la vida.

Chile fué pues en la historia lo que la naturaleza quizo que fuese: una oligarquía con formas republicanas; los pueblos como los individuos aprovechan, al organizarse, los elementos vitales de que disponen; nuestra patria se halló á este respeto en condiciones muy superiores á los demás pueblos de la América española, porque la clase gobernante, no sólo no encontró rivales para su dominio, sino que supo llenar cumplidamente su alta misión social. Poco preparada en un principio para las necesidades de la vida pública, delegó en los mejores la potestad soberana; más tarde ese poder á que había dado estabilidad con la fuerza de sus elementos conservadores, dejó de ser omnímodo, para constituir con la oligarquía que era su fundamento, un nuevo sistema de equilibrio, en que las tendencias de la opinión iban reflejándose en el Gobierno. Tal llegó á ser la tradición chilena, y por eso Balmaceda, al ponerse en lucha con la vieja sociedad, mostró claramente que no conocía el valor de los hechos sociales de su propio país, cometiendo así un error cuya magnitud sólo puede medirse con lo estrepitoso de su derrota.

Paralelamente á esta tradición oligárquica, desarrollóse en el orden doctrinario y especulativo, la tradición democrática, producto de ideas teóricas, más que de las necesidades y espíritu del pueblo. Por eso, la democracia no llegó á ser en Chile, otra cosa que una fórmula convencional, impotente no sólo para constituirse como poder generador del Estado, sino también para tener conciencia de la supremacía política que le otorga la Constitución.—Mientras el abuso supeditó la soberanía nacional, pudo creerse que sólo gracias á ese hecho no había formado escuela el pueblo como elemento político; derribado hoy ese obstáculo, la democracia tampoco ha sabido demostrar su fuerza, probando así la locura de los hombres que pretenden refundir á la sociedad con arreglo á principios abstractos.

De aquí que los ciudadanos, iguales ante la ley, no lo son ante la naturaleza; nos encontramos pues en la práctica, con el extraño fenómeno, de que dos elementos contradictorios por sus tendencias, por su carácter y por su cultura, se encuentren nivelados por las instituciones políticas; este absurdo no se verificó jamás en la antigüedad, porque entonces el hombre más cercano á la naturaleza, y menos extraviado por las opiniones especulativas, era más dócil al influjo de las leyes sociales, y no pretendía modificarlas, para darse el placer de efectuar en un día lo que debe ser obra de los años y de las evoluciones lentas, pero seguras, del progreso. Este es el grave error de nuestro siglo, error que ha producido en una época de superior cultura, las perturbaciones que antes eran el fruto de la barba-

rio de los hombres, más que del extravío de las ideas.

En el gran imperio latino, confusa aglomeración de pueblos semi-bárbaros, una oligarquía superior en cultura y en elementos de progreso, tomó las riendas del Estado, más por la influencia de la civilización que por la fuerza de las armas; esa aristocracia era el pueblo romano: en la Edad Media, los conquistadores del Norte organizaron sobre los restos podridos de una sociedad impotente ya para conservarse, la oligarquía feudal.

La gran idea de los Césares fué amalgamar los diversos elementos del imperio, bajo el nivel de una común sumisión, y tal fué también el principio generador de las actuales Monarquías Europeas, fundadas como fueron, sobre las ruinas del feudalismo.

Fué este acaso el pensamiento de Balmaceda? ¿Quiso llegar á la democracia por los caminos de la común obediencia á un poder único? Si él se creyó llamado á ejecutar en Chile lo que César hiciera en Roma y Luis XI en Francia, no supo comparar los tiempos ni las circunstancias; no se encontraba en estado de descomposición ni de anarquía la aristocracia chilena, y, lejos de ser un elemento perturbador en el Estado, era la fuerza más sana y poderosa de la nación, la que le había dado estabilidad, la vanguardia de su progreso.

Si tal ha sido, y si tal es sin duda alguna, la misión de la oligarquía en el Estado ¿porque después de conseguida la victoria, abdica? Comete con ello, en mi entender, un profundo error político; las consecuencias de su abdicación, no son hoy funestas sólo porque no ha sido admitida por el falso soberano que han creado los ideólogos; pero es un gran peligro para el porvenir y una honda perturbación en el presente, el equívoco planteado por un sistema constitucional que no tiene su fundamento en las leyes escritas, donde la naturaleza y la historia quisieron que lo tuviera en los hechos.

Y en la práctica ¿cuál ha sido la consecuencia de la implantación legal del régimen democrático? Para responder satisfactoriamente á esta pregunta sería necesario estudiar á fondo nuestra sociología en sus relaciones con la política, establecer cuáles son las influencias á que obedece la masa electoral del país, y cuales son, en el fondo, los factores que en realidad determinan lo que se llama la voluntad popular. No es mi ánimo hacer tales investigaciones, ni creo estar en condiciones de llegar en este complejo problema, á un resultado exacto; lo que si puede afirmarse es que lo que hoy se llama la soberanía del pueblo, es la resultante de diversas fuerzas sociales, que se reflejan en una muchedumbre ignorante, instrumento ciego de pasiones que no siente, de intereses que no conoce, y de ideales que no puede comprender.

Este es el hecho innegable ¿cuáles son los peligros, que este equívoco entraña en el presente y en el porvenir?

En el presente, el pueblo, sometido ciegamente á las influencias de las facciones y careciendo de todo criterio político, sirve á aquellos que mejor adulan sus pasiones, sus odios ó su fanatismo. Cuando nó dócil instrumento de sus amos y señores, es el peor y más ignorante de los jueces; en algunos casos, su actitud sumisa para los que lo mandan, es la negación práctica de la soberanía que le atribuyen, en otros, sin llegar á constituir por sí sólo una fuerza, sirve de escalón á los partidos que en el seno de la clase dirigente se disputan el predominio. Una de dos, ó instrumento ó árbitro, como instrumento no es señor, sino siervo, como árbitro no obedece al discernimiento, de que carece en absoluto, sino á las pasiones que fomenta la ignorancia.

Examinad á nuestro soberano y os veréis forzados á confesar, que si ese es en realidad quien nos gobierna, estamos en presencia de un milagro permanente. ¿Es posible que de la oscuridad absoluta, salga la luz, cierta luz, una luz razonable? Vivimos pues sobre un equívoco.

En el porvenir, temo el advenimiento de la democracia porque sería prematuro, porque vendría forzado por instituciones estemporáneas, no como resultado del progreso natural de las cosas, porque su triunfo sería el triunfo de la barbarie sobre la civilización.

No, ése no sería, hoy por hoy el progreso, porque la sociedad no avanza á saltos ni como quieren los caprichos de los hombres, sino que camina naturalmente, sujeta á leyes superiores á nuestra voluntad y á nuestras quimeras. ¡Ay de quién pretenda forzarla ó detenerla! Su obra será inútil, cuando no funesta.

Las costumbres deben preceder á las leyes, no las leyes á las costumbres; la historia nos demuestra cuántos peligros trae consigo la violación de esta primera ley de la política: la democracia antes de tiempo; eso fué en Francia 1793, eso en la América Latina, las luchas, los padecimientos desde 1810.

Nosotros mismos tenemos á la vista, lo que significa el despertar del pueblo, cuando es el fruto de una evolución violenta y forzada: en aquellas localidades en que por un estado de cultura, superior al de la generalidad de nuestros conciudadanos, se han puesto por obra las teorías constitucionales, siendo el mismo pueblo su árbitro y su dueño, no han tardado en producirse las más funestas y lamentables consecuencias, mostrándonos así lo que sería el país, si ese fenómeno local llegara á ser un fenómeno nacional. (1)

En resumen ¿qué hubo de saludable y qué de funesto en la revolución de 1891?

No pretendo refutar aquello de que el peor de los Gobiernos es preferible á la mejor revolución; tales lugares comunes, naturales en gentes que no quieren tomarse el trabajo de profundizar el estudio de los acontecimientos, nada valen entre personas razonables y pensadoras. Por otra parte, es igualmente absurdo creer que una guerra civil puede traer por consecuencia un mejoramiento económico é industrial, y aun siquiera pretender, que esos trastornos tengan lugar sin producir sensibles perjuicios en los intereses materiales de un pueblo; nadie puede lanzarse á los campos de batalla en persecución de semejantes fines.

La revolución no debe pues juzgarse, en los hechos, por sus resultados prácticos, si no se deja previamente establecido, que fué un acontecimiento históricamente necesario, dado el desequilibrio originado en la sociedad por una larga serie de abusos que, convenientes quizás en otra época, habían llegado á ser una paradoja en 1890. Las circunstancias habían conducido á nuestro país á una crisis política que no tenía más solución que la renuncia generosa y espontánea del despotismo en manos de la opinión, ó la revuelta. Esa renuncia no se produjo, aun gobernando un Presidente relativamente moderado y conciliador cual Balmaceda, y eso demuestra claramente cuán difícil es para los hombres renunciar al poder que ejercen, por absoluto y abusivo que sea. La sociedad chilena, por otra parte, dado el inmenso desarrollo que había alcanzado, necesitaba otra esfera para el ejercicio de sus funciones políticas; el obstáculo era el despotismo, y si éste no se apartaba voluntariamente del camino, debía ser por la fuerza derribado.

Y debemos ciertamente felicitarnos de las circunstancias en que tuvo lugar la contienda; si ésta se hubiera aplazado, habría sido más encarnizada y terrible, pues, la corrupción política, profundizando más y más en las capas sociales, tendía por momentos á hacer más dificultosa la regeneración. Los atropellos de Santa María, las miserables y raquíticas intrigas de Balmaceda, se habrían perpetuado en el porvenir, agravándose con las resistencias y corrompiéndose con el mero transcurso de los tiempos, por esa ley natural, que descompone lo que no se mueve, ni se transforma.

El absolutismo ya gastado, no habría prolongado por algunos años su vida, sino para agravar los males de una reacción, para hacerla más fanática, más encarnizada y más violenta. Había llegado ya su hora; su vida no podía ser en lo sucesivo sino un absurdo contra la naturaleza y ¡ay del pueblo que lleva en sus entrañas *un agonizante que no quiere morir!*

(1) Las ciudades más cultas de Chile, tienen Municipios miserables, ladrones é inescrupulosos, que nada han hecho por el adelanto local, no sabiendo sino servir las pasiones más viles, y los intereses más bajos; en cambio, en las comunas rurales, en que la democracia es una mentira, sucede el fenómeno contrario: todas las Municipalidades de Chile son una prueba de este aserto.

Sin la revolución de 1891 no quedaba á Chile sino el dilema de un despotismo tan anacrónico como insoportable, ó un régimen de intrigas más perniciosas que las del parlamentarismo, porque hubieran sido ilegítimas é inconstitucionales. Bendito sea pues el 7 de Enero, por cuanto, restableciendo el equilibrio social, trajo á nuestras instituciones una base más seria y respetable que la autoridad de un hombre.

No podemos honradamente renegar de 1891. Para afirmar que un acontecimiento histórico fué de consecuencias fatales, es preciso admitir que el acontecimiento contrario, hubiera sido feliz ¿creen, acaso, los que denigran la obra de la revolución, que esa turba de hambrientos cesantes, que se llama balmacedismo, era más propia que la flor y nata de la sociedad chilena, para regenerar á la República? Y si la sociedad era arrojada del Gobierno por el personalismo, que no quería sino siervos ¿debía por amor á la paz resignarse á perder sus legítimas influencias, renunciándolas en manos de la dócil burocracia de los pijes? (1) La oligarquía se debía á Chile; el pasado era el espejo del porvenir; abandonar á la patria que había engrandecido, al Gobierno que había cimentado, por servir al capricho de un señor, habría sido no ya sólo abandonar el ejercicio de un derecho, sino traicionar un deber santo. Sí, lo repito, un deber: las fuerzas vivas de un pueblo tienen una misión que llenar, y es dirigir á ese pueblo; la historia les marca su destino, y la deserción de ese puesto de lucha, en aras del egoismo y del interés momentáneo; es casi un crimen.

Feliz Chile, que supo desplegar en aquella ocasión tanta energía nacional, tanto patriotismo, tanto sacrificio generoso. En 1891 la sociedad, probó que merecía la victoria y el imperio.

Vemos que en aquel trastorno, combatieron unidos un principio republicano y una tradición conservadora y que estos elementos, contradictorios en apariencia, pero ligados por las circunstancias especiales que produjeron el conflicto, constituyen por razón de su triunfo, el fundamento de nuestras actuales instituciones.

Hay pues en ellas un equívoco, como en el antiguo régimen había un abuso. La oligarquía vencedora del despotismo, quizo sentar su dominación sobre la base de las doctrinas, y en vez de legalizar su existencia política, puso religiosamente en práctica el régimen democrático, como un homenaje al sistema constitucional por que había combatido.

La revolución fué pues más sincera en el cumplimiento de sus promesas doctrinarias, que en la reconstitución del antiguo equilibrio político, el cual ha quedado sustituido por la voluntaria abdicación del pueblo en favor de la clase gobernante, como en 1830 la aristocracia había delegado sus fuerzas en el poder presidencial. Después de lo que ya hemos dicho, creo innecesario afirmar que este nuevo orden de cosas, ofrece quizás más peligros que el antiguo.

Hoy, como en 1830, el régimen democrático no está en armonía con el espíritu y la ilustración del pueblo, porque las fuerzas sociales de que la gran masa de la población puede disponer, no son bastante poderosas para medirse con las de la aristocracia, siendo además absolutamente ineptas para llenar la misión que les encomienda nuestro sistema político.—Por eso la naturaleza de las cosas ha vuelto á triunfar de las teorías humanas, y aun cuando la legalidad electoral está plenamente restablecida, este hecho no basta, por hoy para realizar el ideal democrático en Chile.

Siempre caminamos pues, por delante del progreso, exponiéndonos con ello á serios peligros. En el antiguo régimen, la oligarquía, sin pretender legalizar sus influencias en el

(1) Al hablar de los balmacedistas usando de éstas ú otras parecidas expresiones, no me refiero á las personas decentes que hay en el partido llamado liberal democrático (?) Hablo en general, de la masa común, de esos hombres flacos ó gordos que piensan poco, y que habiendo servido muchos años en una oficina á los Gobiernos liberales, hablan con gran suficiencia del clericalismo y del decenio, estando dispuestos á adorar como «*Mártir de la Democracia*» al mismo fray Tomás de Torquemada, si llamándose liberal, les da un sueldo, diciéndoles que viene á redimirles del fanatismo, de la oligarquía y de los banqueros.

Estado, confió su predominio al solo impulso de las causas naturales; ya hemos visto cuál fué el resultado de esta omisión; no faltó un déspota que, despreciándola, le negó su derecho y al chocar con ella, ocasionó un trastorno sangriento. La ausencia de un poder moderador que legitimara los elementos de Gobierno, tales como la naturaleza los había dispuesto en el país, hizo posible ese atentado contra las instituciones constitucionales y contra las leyes de la historia. Los hechos mostraron que el despotismo era impotente para luchar con la sociedad y fué vencido pero ¿cuánta sangre y cuántas lágrimas no costó esa victoria de la lógica?

Estas desgracias, son el espejo en que debemos mirar el porvenir; el pueblo, más inepto aun que el antiguo despotismo, más débil aun que los Presidentes de ayer, tiene sin embargo, escrito en las leyes el poder omnímodo, que los Presidentes tenían antes en los hechos ¿no debemos temer que en un día no lejano, desconozca la fuerza que gobierna en Chile, y ejecute en nombre de la ley, lo que Balmaceda ejecutó en nombre de un capricho?

Y ¡cuán desventajosas serían entonces las circunstancias en que se rompería el equilibrio político! Si el absolutismo de un hombre ilustrado y probo, llega á tales extremos ¿qué podemos esperar de las turbas, si pretenden romper en el porvenir, el equívoco que sirve de base á nuestro actual Gobierno?

Bien sé que la democracia es el poder de mañana, pero hoy no quiere la naturaleza que domine en Chile; no precipitemos, pues, imprudentemente su advenimiento, porque ya lo hemos dicho, todas las desgracias de la humanidad, todas las convulsiones que sufre en el camino del progreso, se deben á la pretensión temeraria de los hombres de perturbar el libre funcionamiento de los hechos sociales, en vez de limitarse á dirigirlos.

La aristocracia chilena se encuentra aun en la edad de oro de su dominación, y el pueblo duerme. ¿Porqué despertarlo antes de que se opere su metamórfosis, produciendo un mónstruo de la naturaleza, con vida y con poder, pero sin madurez ni desarrollo? ¿á qué soñar en este rincón del mundo, en el seno de un pueblo ignorante y esclavo, con la Republica democrática?

La sociedad es un cuerpo demasiado grande y complejo para que podáis refundirla con algunas palabras escritas en una tira de papel; todo lo que puede conseguir vuestra ilusión funesta, es colocar una arma peligrosa en las manos de un niño; éste felizmente es hoy día incapaz de usarla, pero nos perturba en el presente, como puede asesinarnos en el porvenir.

Busquemos pues, en la revolución de 1891 su gran significado social, no sus quimeras, la honrosa tradición que representaba, no los ideales de sus doctrinarios; y alejándonos á la vez del reaccionario ciego, que no comprende el progreso, y del soñador utopista que no sabe vivir en el presente, realicemos en las instituciones, lo que ha hecho de nuestra patria la naturaleza de las cosas.

Julio de 1899.

Arístides

LOS EXTRANJEROS EN LOS MUNICIPIOS.

Un amigo y colega mío ha presentado un proyecto tendente á permitir la entrada de los extranjeros en los Municipios.

Creemos que el tal proyecto no será aceptado, porque á pesar de ser solamente proyecto, se ha despertado tal entusiasmo entre los extranjeros que ya tienen la lista completa de quince ciudadanos extranjeros y hay seguridad absoluta de que si tal proyecto llega á aceptarse tendremos un Municipio enteramente extranjero, pues sabidos son la influencia y los medios poderosos de que disponen aquí.

La lista de los quince ciudadanos es la siguiente:

Herr. Wilhelm von Schwartskopen, ciudadano alemán, conocido comerciante.

Mr. Fred Atkinson, súbdito de H. M. the Queen Victoria.

Monsieur Max. Devantage, hijo de la república francesa.

El Sr. D. José de Tordesillas y Romanejo, leal súbdito del Rey Alfonso.

El Illmo. y Excmo. Sr. D. Pedro, Arcángel, José, Armando de Souza Voronha do Ferreira, ciudadano inmortal de las orillas del Tajo.

Il signore Crispino Macarroni, italiano.

Tito-Lau-Cha-Fá, hijo del Celeste Imperio.

El Sr. Strchpklmnoff, súbdito del Czar.

El Sr. Paternosterovich, austriaco eslavo.

El Sr. Rampstklinsky, conocido desterrado polonés.

Mr. John Uncle Sam, el espiritual y popular yankee.

Don Carlos de Seminario, peruano.

Don Arturo Roca Pereira, argentino.

Nabhul-Raman-Asses, adorador de la Media Luna.

Don Juan Miceno Bustos, natural del Cerro de la Cordillera.

Podemos dar por supuesto que esta lista saldrá triunfante.

Supongamos, lo que no es mucho suponer, que todos se encuentren colocados en la sala de la muy Ilustre Municipalidad, cada uno en su respectivo sillón.

El señor Intendente.—En el nombre de Dios se abre la sesión.

El Sr. Bustos.—Dios no existe; en el Cerro de la Cordillera no hay más Dios que el guachacay.

El señor Intendente.—Llamo al orden al Sr. Bustos.

(Continuando).—Pueden los señores Municipales pasar á prestar juramento.

El Sr. Tito-Lau-Cha-Fá.—Cha-pa-ti-can-tó...

El señor Intendente.—No permito que se hable en chino.

Mr. Uncle Sam.—I don't understand you, sir.

El señor Intendente.—Tengo aquí quince intérpretes que se colocarán uno detras de cada Municipal; los señores Municipales entregarán sus discursos á los intérpretes, quienes los leerán en castellano; á los señores Municipales sólo les es permitido accionar mientras se lee su discurso.

Pasaremos ahora á prestar juramento. Puede venir el Sr. Nabhul-Raman-Asses.

El señor Intendente.—Juráis por Dios Nuestro Señor y estos Santos Evangelios.....

Nabhul-Raman-Asses (indignado, volviéndose para la Meca y besando el suelo).—¡Dios es Dios y Mahoma es su Profeta! Habéis ultrajado mis creencias, pretendiendo que yo jure sobre un Evangelio; traed un Corán ¡infiel!

El señor Intendente.—No hay Corán, hay que encargar uno á Turquía, dejaremos vuestro juramento para otra sesión.

Puede pasar ahora el Sr. Tito-Lau-Cha-Fá.

—Yo, señor Intendente, no puedo jurar sino sobre un ratón, si su señoría no tiene alguno, yo no puedo jurar, Confucio lo prohibe.

—Dejaremos también este juramento para otro día.

Pase el Sr. Uncle Sam.

—Juráis por estos Santos Evangelios....

—Una palabra, señor Intendente, ¿es Biblia protestante ó católica?

—Es católica, señor.

—Entonces no puedo jurar.

Los Srs. von Schwartskopen y Atkinson se adhieren á trío.

—Pase entonces el Sr Devantage.

—Yo no creo en Dios, señor Intendente; si queréis que jure lo haré sobre la empuñadura de mi bastón.

—¿Eso es lo que tenéis de más sagrado?

—Sí señor.

—Bien, jurad entonces.

El Sr. Bustos jura sobre un vaso de aguardiente, etc., etc.

Después de estas escenas el señor Intendente huyó y pasó á presidir el Sr. Nabhul-Raman Asses, por ser el más anciano.

Se procedió en seguida á elegir primer Alcalde y el resultado fué el siguiente:

Por el Sr. Tito-Lau-Cha-Fá unanimidad de votos, reconociéndole así sus altos méritos.

En seguida se acordó sortear los otros

puestos entre los Municipales restantes, resultando elegido segundo Alcalde, el Sr. Nabhul-Raman-Asses; tercero, el Sr. Strchpklmnoff; primer Regidor, il signore Macarroni; segundo, Mr. John Uncle Sam. El último fué el Sr. von Schwartskopen.

Tenemos, pues, un Municipio compuesto de extranjeros y luego veremos los espléndidos resultados que dará.

Desde luego, hay ya una acalorada discusión relativa al nombre de la Plaza de la Victoria. El súbdito inglés ha protestado que se le llame de la Victoria á secas, echándose al hombro á tan respetable señora y ha propuesto que se le llame Plaza de S. M. la Graciosa Reina Victoria, á lo que se ha opuesto el señor primer Alcalde; diciendo que en ese caso mejor que se llamara Plaza del *Latón* (auténtico) pues nada hay mejor que un *Latón con papas y aló*.

Formóse naturalmente un tumulto porque no pudo permitir el inglés que se comparara á la Reina Victoria con un ratón y le puso ambos puños en los cachetes al chino, motivo por lo cual el chino se vió en el caso de darle toda clase de satisfacciones al inglés, pidiéndole perdonara su arrebato que lo había obligado á que le pegaran.

En fin, que el Municipio marcha á las mil maravillas y habrá este año un superávit igual á las entradas, porque ha sido imposible ponerse de acuerdo en la formación de los presupuestos.

Unos piden que sea en libras, otros en francos, éste en pesetas, aquél en reis.

Con estas facilidades de administración llegaremos á un Municipio ideal: al Municipio formado de extranjeros.

Después de esto, creo que todos serán partidarios del proyecto de mi amigo, salvo naturalmente otro todo igual al anterior que le es contrario.

Joval.

LOS SUEÑOS DE LA JUVENTUD.

I.

Hermosa estaba una tarde de primavera. Los últimos rayos del sol iluminaban apenas los prados, las llanuras y los cerros para ir á extinguirse en las áridas cumbres de los majestuosos Andes.

Alfredo y Clara, que formaban un feliz matrimonio, y su única hija, de 18 años de edad, modelo de virtud y de inocencia, vivían en una casa humilde, situada en las serranías de la cordillera, donde domina la naturaleza salvaje de las alturas; y esa tarde, como en todas las de su vida, se recogieron después del trabajo á su modesto hogar para buscar el descanso, tan dulce reparador de las fatigas, y gozar de un poco de lectura.

A la hora de las oraciones, cuando la última claridad del día parecía confundirse con el manto oscuro de la noche, Alfredo y Clara conversaban tranquilamente sobre diversos asuntos, relacionados con el huerto, el bosque, la montaña, las aves y las flores. Todo revelaba la felicidad de esa familia que, aunque solitaria, era la soberana absoluta de los valles, las quebradas y las colinas de esos silenciosos parajes.

Mientras charlaban Alfredo y Clara, su hija permanecía muda y acaso abstraída en buscar ciertos recuerdos que vagaban por su memoria. De repente interrumpió el diálogo que sus padres sostenían y habló así:

—He dormido tranquilamente en la tarde bajo los árboles frondosos del bosque y he tenido un sueño que ha impresionado mucho mi corazón.

—¿Acaso presagia males para nosotros? la dijeron sus padres.

—Quizás, añadió la joven; solamente sé que una tristeza se ha apoderado de mí y que ahora falta algo al contento de mi vida, llena hasta ayer de cándida inocencia.

—Los sueños son ilusiones, hija, contestó Clara; no te impresiones; pero cuenta tu sueño.

La niña quedó un instante pensativa, miró en seguida al cielo y expuso:

II.

—Soñé que estaba sentada á la orilla de la fuente cristalina, adorno precioso de nuestro bosquecillo, pensando en el poder y en las riquezas del mundo, cuyo eco apenas llega hasta aquí traido por los pasajeros de vez en cuando, y embebida en contemplar las aguas puras que salían de esa fuente para convertirse en un arroyuelo límpido y producir un murmullo encantador en su corriente.

De improviso se presentó delante de mí un joven de simpatía rara y de presencia singular y apuesta. Me sorprendí al verlo y quise huir; pero él comprendió mi turbación y con un acento suave, que todavía escucho, me dijo:

—Nada temas, niña hermosa. La suerte me trae hasta cerca de tí desde lejanos horizontes. Tu debes ser el angel que el cielo pone en mi camino para endulzar un tanto mis amarguras. Soy un hombre desgraciado que marcho por el mundo impulsado por una mano oculta, salvando montes y precipicios y sin encontrar más lugar de descanso que un rincón oscuro en las profundas quebradas de las serranías. He caminado mucho y ya la fatiga me vence. Un hombre abatido por las contrariedades de la vida llega hasta aquí á implorarte caridad. Búscame un pedazo de pan para comer y un pedazo de tierra seguro en que dormir..... Tú debes tener hogar, por humilde que sea... El mio concluyó...

Con pena escuché las palabras de aquel joven, le rogué que esperara un instante y corrí á repetir á Uds. lo que acababa de oir. Con atención me escucharon é inmediatamente fueron á recibir al recién llegado, quién caminaba pausadamente hácia nuestra casa por el sendero que yo había seguido en busca de la respuesta que debia darle.

Generosos, accedieron Uds. á los deseos de aquel joven que, con semblante triste y abatido, llegó á descansar bajo este techo en donde todavía creo verlo. Su figura era gallarda y su presencia imponía. Era moreno, simpático y de ojos grandes, negros y expresivos.

Después de examinar atentamente nuestra habitación, dijo, con un tono de amable expresión:

—¡Me asombra y me admira que viváis en estos lugares tan solitarios y apartados del mundo!... Decidme ¿sois felices?...

—Estamos contentos con la suerte, respondimos todos.

—Dichosos Uds., añadió el joven; ¡desgraciado de mí!...

—¿Desgraciado y en la flor de la vida? le preguntamos.

—¡Ah! continuó él; ésa es precisamente la edad en que el hombre comete los más grandes extravíos!... Yo nací en un pueblo del norte de este Chile y fuí hijo único de un matrimonio acaudalado de la localidad. Desgraciadamente, la muerte, que llevó esos séres queridos, me privó de sus caricias amantes cuando apenas tenía yo diez años de edad. Desde entonces quedé á cargo de mi tío que fué para mí un segundo padre, dispuesto á dirigir mi vida por el camino del bien y de la verdad y á darme una brillante educación. Correspondí á tan generosos sentimientos siguiendo con entusiasmo los estudios para obtener, al fin de algunos años, el título de Bachiller en Humanidades, estímulo suficiente que me impulsó á continuar la carrera de la ciencia médica.

Mas, un título profesional no estaba preparado para mí. La misma muerte, que todo lo destruye, arrebató también la existencia de mi tío querido, para dejarme libre y sin más guía que mi criterio y mi conciencia.

En posesión de la fortuna que había heredado de mis padres y de mi tío y sintiendo mucho pesar por la pérdida de esos séres amados, resolví viajar por diferentes paises á fin de olvidar con el tiempo, la distancia, los diversos paisajes de la tierra y las diferentes costumbres de los hombres de otras sociedades, las desgracias que habían combatido mi juventud.

Quise desde luego partir para la Argentina; pero encontré tenaz oposición entre mis amigos, los que aumentaron más y más tan pronto como se supo mi regular fortuna. Me ofrecían paseos, tertulias, teatros, comidas, cenas,

etc., y en cada una de esas reuniones se me hacía desistir de mi propósito.

Mi vida principió á cambiar así. De retirada y metódica pasó á ser de parrandas y de orgías, de trasnochadas y de agitación. El mundo con todos sus placeres, que solamente los años los muestran mentidos, me brindó sus vanos encantos. Ví girar á mi alrededor mujeres hermosas envueltas en los vapores de espumoso Champagne y ví arrastrarse por mis piés la belleza mil veces manchada con las repetidas orgías y bacanales. Me arrastró la palabra seductora de mujeres amantes que viven en el mundo sin más ley que el vino, sin más esperanza que el placer y sin más porvenir que el vicio. Y las mujeres y los malos amigos y las orgías y las parrandas, derrocharon mi fortuna al fin de cinco años, fecha famosa en que me encontré sin padres, sin dinero, sin amigos, sin mujeres, sin fe, sin esperanza y sin amor!!.....

¡Cuánta falta hace el buen juicio á la juventud!...

Solo, sin más compañeras que las lágrimas del arrepentimiento, medité en la manera de reparar mis extravíos; pero ya era tarde: podía abandonar los vicios; mas, mi fortuna se había escapado.

Resolví entonces salir en busca de aventuras y caminar por el mundo sin horizonte fijo hasta encontrar el término de mi vida, que será el fin de mi peregrinación sobre la tierra. A impulso de los desengaños y de los remordimientos he llegado á esta feliz mansión, en la cual siento nacer mejores esperanzas para el porvenir....

Esta es la historia de mi vida... Ahora deseo un pedazo de pan para comer y un pedazo de tierra seguro en que dormir, pues quiero continuar mi marcha tan pronto como reponga mis fuerzas abatidas.

.....

Así habló el joven. Puso en seguida su cabeza entre las manos y guardó silencio. Dos lágrimas cayeron por sus mejillas. Después comió y se fué á dormir.

III.

Al día siguiente, muy temprano, partió, dejando tras de sí esa triste historia de su vida y llevándose mi corazón y mi recuerdo. ¡Ay! madre mía! me agradó tanto ese joven que, aunque ahora estoy despierta, creo verlo triste y abatido, siguiendo errante por el mundo y sus penas me han dejado un profundo pesar!... ¡Qué feliz fuera yo si este sueño, que me hace sufrir y gozar, se convirtiera en bella realidad!... Yo siento lo que no he sentido, deseo que ese joven repita á mi lado los tristes episodios de su existencia, quiero consolarlo y hacer que vuelvan á su corazón las esperanzas que el mundo le ha arrebatado!...

—Pobre, hija mía, le dijo Clara; los sueños son fantasmas que muy pronto pasan. Nadie hace caso de ellos. La persona que los cree y los adora es considerada como una loca. La realidad es muy diferente.

—¡Qué triste es entonces la vida! añadió la niña. El pesar que me aflije tiene entre sus amarguras un algo celestial que es dulce; una mezcla de risa y llanto, de alegría y descontento, de goce y de desesperación; pero que me agrada. Y, sin embargo, los sueños son fantasmas y mentiras y la realidad está lejos de ese mundo agradable que crean los ojos dormidos!... ¡Ay! madre! si esto es así, déjame dormir, siquiera por las tardes, bajo los árboles frondosos que adornan nuestro bosque; allí, cerca de la fuente cristalina de donde nace el arroyo que murmura canciones melodiosas; y si eres tan buena, como debe serlo una madre, déjame al tercer día dormir para siempre!... Si la realidad está distante del sueño, quiero más bien soñar que estar despierta. Así se encontrará satisfecho este algo misterioso que siento por primera ocasión en el alma y que..... no sé de dónde proviene ni cómo se llama!!.....

A. Espinosa Bustos.

Santiago.

DON BENITO.

Cinco años hace que recibió el pacífico *D. Benito* un nombramiento de académico de la Española Academia para que lo pusiera en manos de *Galdós*, novelista ilustre.

Confuso, temeroso nuestro buen D. Benito al recibir tan chocante nueva, es fama que «caló el chapeo,» ó séase una famosa boina azul, inseparable compañera suya en el tragín casero, frunció las cejas, encendió por décima vez requemado pitillo, se embozó en la capa (la capa tiene para el autor de *Gloria*, cuando trabaja, mágicos poderes), y engolfóse en parecidas ó semejantes filosofías á las de aquel otro brumoso y archifantástico Galdós que se llama *El Amigo Manso*.

—¡Yo no soy yo! D. Benito no es Galdós, Galdós no es D. Benito... etc., etc.

Así pasara el contemplativo varón que escribió los *Episodios* días y aun meses, si la palabra «Academia» no le hubiera herido la mente.

El Galdós novelista sentíase legítimamente envanecido del nombramiento honroso; pero D. Benito, el tranquilísimo, el «casero» D. Benito, temblaba.

Dibujóse ante su espantada vista, como pudiera aparecerse ante reo de muerte patíbulo cruel, la académica recepción. Sintióse agarrotado por el cuello de la camisa, embutido en un frac, tembloroso y balbuciente... Al mirar, de reojo, la grave sala, rígida y fría como anfiteatro de disección, helóronse en su cerebro ideas y en sus labios palabras.

Sobrecogíale también aquel público de «recepciones», inmóvil, acartonado, tan distinto de la turbulenta y caprichosa masa de espectadores que gritan, patean, braman ó calenturientos se exaltan en teatrales estrenos. Y si para consolarse volvía la vista hacia sus compañeros futuros, hallábalos disfrazados con burocráticas galas, adornando el escaparate lujoso del arte oficial.

¿Y el discurso? ¡Oh, el discurso! D. Benito, todo llaneza y sencillez cuando escribe, como si para él sólo escribiera, había de almidonar, planchar y emperifollar su estilo. Temblaba al imaginarse que debía recamar el académico discurso de aquellos tan falsos como chillones pedruscos con que los «oradores... americanos» tratan de fascinar al sensible público. Presentarse ante los académicos para decir: «Mucho he dudado», «gran honra es», «no en balde, señores», «honrárame yo muy mucho», «favor inmerecido es», usar rancias y astrosas frases compradas de ocasión en literario Rastro, debía causar verdadero espanto á D. Benito... Rezar, después, como á regañadientes el académico responso, al antecesor en silla y en cargo, y escribir en uniforme nicho, pálida, desmayada inscripción, era horroroso tormento para quien supo en sinceros libros marcar con vergonzoso hierro al poderoso, idealizar al débil. El novelista que tan hondas y tan revolucionarias páginas escribiera, que puso en boca de la burguesía y del pueblo, vistiéndola con desfachatado y expresivo lenguaje, ideas que muy profundos filosofatros han discutido gravemente después, sentíase agarrotado por la *tesis* y el *tema*, la *miga* y la *enjundia* que se pide en académicos discursos. ¡Hubiera, sí, hablado en la Academia, como habla la beatífica Condesa *Halma* de sus éxtasis, la *Peri* del amor, *Doña Perfecta* de sus devociones, *Caballuco* de sus correrías y andanzas!

¡*Contro!* si hubiera hablado de muy sabias cosas y presentado miserias hondísimas y exhibido asquerosas llagas sociales sin acudir al ramplón «no empece» ó dejarse llevar por las amaneradas «corrientes del pensamiento moderno».

«¡*Cóncholis*»—que diría la desvergonzada *Tiñosa*—si hubiese Galdós entrado en la Acamia con el turbión de plebeyos y rufianes, miserables y perdidas, manolos y chisperos, cabecillas y *trabucaires* que le han *arrempujado* hasta el académico sitial!

Pero fué el caso que entre sueños y fantasías, novelas y dramas, correrías y desalientos, quedóse Galdós aguardando cinco años hace, temeroso y balbuciente, á las puertas del aca-

démico palacio. Venció D. Benito á Galdós y no pudo arrancar aquél á éste palabra que trascendiera á *inmortalidad*. Mas dicen que muy á última hora hilvanó Galdós un discurso, breve, pero tan verdaderamente académico y retorcido, que al conocerlo por los *papeles*, dijo *Andara*, la desvergonzada *moza del partido*, á quien convirtiera *Nazarín*:

—«Haga caso de mí, que tengo más... gramática. No compre el vino en la taberna de *Cumplido*, donde le conocen.» «Anda, anda—dirían,—el bendito *Nazarín* comprando vino, el que no lo cata.»

***

Habrá entrado Galdós en la Academia, pero D. Benito, una vez libre de académicos atavíos, volverá al hogar feliz, tranquilo, como quien se ha quitado de encima... un discurso académico y un traje de etiqueta. Guardado y alcanforado éste, tomará D. Benito la boina y la capa, el sombrero blando y la garrota, que pasarán á la historia del arte casi casi como pasaron el napoleónico sombrero y el *redingotte* de Bonaparte.

—¡Y eso—dicen los íntimos—que D. Benito ya no es aquel D. Benito!

Galdós, no hace aun diez años era para la mayoría de sus lectores el personaje más desconocido de ellos.

—¿Existe el autor de *Gloria*?—se preguntaban muchos.

—¡No sabe dónde!—respondían otros.

Corrían mil fantásticas leyendas acerca de él. Los iniciados en su amistad pintábanle como recatado y místico personaje: sus enemigos, y muy especialmente los avecindados en Orbajosa, creíanle oculto en pecaminosos antros desde donde preparaba cargas de dinamita contra seculares instituciones de nuestros mayores. Corrían vagos rumores de que Galdós pintaba y dibujaba durante los ratos que cuartillas y plumas le dejaban libre; quién le suponía viajando por extravagantes lugares; quién afirmaba que Galdós empleaba sus raros ocios en coser á máquina y en complicadísimos trabajos de marquetería.

Pero Galdós, á imitación de un famoso padre de la Iglesia, enemigo furioso del romano circo, pero que al contemplar cierto día el bárbaro y dramático espectáculo de sangre, se dejó arrastrar ciegamente por él, sintióse irresistiblemente atraído por el resplandor de arañas y candilejas. ¡Quién olvida la histórica noche del estreno de *Realidad!* Cuando el entusiasmado público llamaba al autor, cuando se lo imaginaban moreno los rubios y rubio los *morenos*, presentóse tímidamente en el palco escénico un alto y delgado señor, embutido en estrecha ropa que por sus dobleces revelaba haber estado guardada durante largo tiempo. El rostro nada ofrecía de interesante, por más que fijándose un poco, atraían sus penetrantes ojos «obscuros y temblorosos como dos gotas de café», según dijo Julio Vallés de Baudelaire.

Aquel incógnito D. Benito dejóse ver por los teatros: pasaba larguísimas temporadas entre bambalinas y cómicos, hablaba y reía, dejando entrar en su espíritu á bocanadas la vida, como aburrido *Fausto*, harto de laboratorios y emplastos.

Su pasión por el teatro le llevó desde entonces á cuidar con amor de padre sus obras: para cada una de ellas buscaba con terquedades de prendero ó de coleccionista muebles característicos, trapos, decoraciones que marcaran el verdadero carácter de la época.

Los cómicos, eternos viajeros de aquella desvencijada carreta en que los sentara Agustín de Rojas, parecían por sus intrigas y ocultas pasiones interesar al novelista tanto como á D. Benito...

Cierto día un íntimo amigo de D. Benito que presenciaba el ensayo de una de las últimas obras de éste, oyó en el escenario la voz de Galdós, que se dirigía á un menguado cómico y le decía con el característico *argot* de entre bastidores:

—¡Esa escena hay que hacerla más *en moribundo!*

—¡¡Pero es ese, ese mismo *D. Benito!!*—hubo de exclamar con asombro el amigo.

***

El D. Benito anterior á teatrales andanzas, el misterioso D. Benito era un enigma. Sabíase que el novelista por excelencia madri-

leño había nacido en Canarias... Pero muchos dudaban, por más que testigos presenciales lo afirmaron, que el tímido y obscuro autor de *Gloria* y de *Marianela* hubiese vencido valerosamente angustiosos días de incertidumbre. Muy pocos sabían que Galdós fué periodista; concurrió á la tribuna parlamentaria, tradujo para folletines novelas, entre otras el delicioso *Picwick* de Dickens, hizo sueltos, hinchó noticias y aderezó periodísticos infundios. Había escrito en *El Debate*, periódico dirigido por un eminente hombre político.

Más ignorado será que Galdós estuvo en sus juventudes á punto de sufrir graves percances por un gracioso y picante artículo que escribió en colaboración con Albareda, y que se titulaba: *Un baile en el Faubourg*. Era una tremenda sátira contra las señoras que organizaron la manifestación famosa de las "mantillas", durante el reinado de Amadeo I.

Para muchos no puede ser Galdós autor nada menos que del famosísimo programa político de *El Debate*, y á no pocos les chocará que la hermosa contestación al mensaje que inauguró la regencia de Doña María Cristina sea obra de D. Benito.

De la política sólo quiso ocuparse una vez Galdós; una tan sólo perdióse en aquellos obscuros y pérfidos círculos de ministeriales y oposicionistas que viven en el infierno político de las Cortes, envueltos en llamaradas de odios y roidos por ambiciones y envidias. Claro está que al nombrarle Diputado, quería Galdós estudiar muy á fondo nuestra política pero en su entender siendo cosa interesante, actualmente no reviste condiciones que la hagan de verdad artística.

¡Oh, la política! Oír contar á Galdós la historia de su elección de Diputado, como la contará en público algún día, es cosa verdaderamente curiosa. Sobre todo cuando refiere que debió su acta al capricho de un famosísimo sacerdote, poderoso cacique; y cuando añade que al ser recomendada su candidatura, el politicastro de tanda preguntó:

—¿Y quién es ese Sr. Galdós?

Es decir, que si por una parte le ayudó el clero, quiso estorbarle, por otra, el culto... recomendante.

* * *

El D. Benito misterioso é incógnito era, por lo que á las letras toca, un beatífico y laboriosísimo señor que nos regaló en cosa de veinte años toda una historia nacional y social de España. En el recogimiento de su claustro, en sus numerosos viajes por España y por el extranjero había logrado catalogar vastísimo y esplendente museo de tipos y de costumbres. Con glacial indiferencia huía las cosas inútiles y gárrulas del mundo, sin concurrir á esas tertulias literarias en donde se raja, se mecha y se despelleja; sin mostrarse jamás en público, abría ocultas y hondísimas minas que le permitían estudiar hasta lo más hondo nuestra sociedad. Aquel sér misterioso que pasaba larguísimas horas embargado en clásicas sonatas; subiendo hasta Beethoven ó bajando á tabernarios antros en busca del arte sublime que eleva y de la vida popular que brota rica y potente en España, aquel Padre Benito callado y beatífico como un sumiso lego, lentamente sacaba á luz ocultos tesoros de nuestra moderna vida, cuantas ideas nos apasionan y mueven, desde los fanatismos de Orbajosa, pintados en *Doña Perfecta*, á la indiferencia, política y religiosa, glacial y estúpida, que hoy nos corrompe y tan admirablemente se refleja en las últimas novelas "madrileñas" de Galdós.

Ya no da un paso D. Benito sin que sienta á su alrededor el aplauso y el tumulto que acompaña y sigue á los eminentes varones.

Recuerdo yo que el pasado año, hallándose en *Zaragoza* D. Benito con motivo del estreno de *Doña Perfecta*, en muy pocas horas se ofreció á su vista el ayer, el hoy y el mañana de su literaria labor. Periódicos sectarios escribían contra él furibundos artículos; los liberales le festejaban; ensalzábanle los patriotas; el pueblo se descubría á su paso.... España toda, con sus pasiones y sus odios sus grandezas y sus errores le salía al paso junto á las benditas murallas de Zaragoza.

Todos hablaban.... Sólo D. Benito, el insigne, el bondadoso, el gran D. Benito callaba.

Madrid, Febrero, 97.

RODRIGO SORIANO.

NIEBLA

Apoyando mi frente en los cristales,
miraba al cielo al despuntar la aurora
tras una de esas noches infernales
en que el afán de producir devora,
y la mente agitada
va de idea en idea,
sin poder encontrar lo que desea.

Contemplando las últimas estrellas
que aún brillaban, mi aliento se esparcía
sobre el plano cristal, y con un velo
su limpia trasparencia oscurecía
como niebla tenaz empaña el cielo.

Yo, sobre aquel aliento condensado,
por no sé qué capricho conducido,
escribí distraído
estas palabras: alma, amor y gloria,
y la vista aparté por un momento
para mirar cómo la luz llenaba
poco á poco el oscuro firmamento
que de rosa y azul se coloraba.

Volví los ojos al cristal, y en vano
busqué los nombres que trazó mi mano.
Solo confusa huella se advertía,
y de ella desprendida suavemente,
dejando en pos de sí rastro brillante
iluminado con la luz del día,
como una gota de agua trasparente,
que, al rodar tortuosa y vacilante,
lágrima silenciosa parecía.

Desde aquel negro día,
que indeleble conservo en la memoria,
es la fe para mí palabra vana,
y oyendo hablar de amor, de alma ó de gloria
me acuerdo del cristal de mi ventana.

José Campo-Arana.

UN BOCETO DE PEÓN

Suele, como la perla de orientes azulados bajo la tosca valva del molusco, ocultarse bajo la rudeza del rostro ó los callos de un pecho acostumbrado al pudor de lo desnudo, tanta exquisita ternura de sentimiento ó una intuición tan perfecta de lo bello que el que tuvo la dicha de encontrar uno de esos diamantes sin pulir, está en el deber de desbastarlo lo mejor que Dios le ayude para que los demás gocen el brillo de sus facetas.

Yo, que tuve esa suerte, quiero cumplir ese deber contando lo que ví más lo que me contaron; por todo lo cual ni apadrino el chico, que saco de pila, ni le lanzo al mundo en paños menores.

Y sin más, entro en materia porque ni gusto de preámbulos ni ellos se avienen bien con historietas desabridas, como no se aviene el sombrero de copa con una cabeza de gañán estólido.

Érase, pues, uno de esos alegres *rotitos* que recorren los campos sin más medio de transporte que un par de *chalailas*, ni más capital que sus puños de hierro y su alegria á prueba de malos ratos.

Ruperto, que así le puso al de mi cuento el Cura de la parroquia al regalarle el primer romadizo mojándole la mollera, era un muchachote alto y membrudo, de fuerzas de toro y de sonrisa simpática de chiquilla que servía como de eterno marco á una doble hilera de dientes menudos y perlinos. Tendría veintiun años y ya había corrido palmo á palmo varias veces los campos de su provincia, y se sabía de memoria como el Catecismo el curso de los canales de regadío, el número de los regueros y hasta la pinta de cada toro fino que mugía en las vacadas de su pastoso terruño. Por lo demás, ganaba su vida alegremente sin que el continuo encorvarse sobre la pala hubiera deformado la belleza de su torso varonil, ni el fuego de los soles implacables en las épocas de siega apagado el fulgurar de sus grandes é inteligentes ojos ne-

gros; ojos extraños y netamente nacionales, en que una chispa de la picardía andaluza titila en ese fondo de vaga melancolía que imprime la soledad de los campos y la sombra de sus alamedas.

Ruperto corría de *fundo* en fundo cantando como la alondra, haciendo reír y riendo, buscado, halagado, querido; pero inconstante como si fuera una golondrina que buscara una quimérica primavera. En todas partes donde llegaba pidiendo trabajo, los mayordomos lo ajustaban sin regatear y los *peones* le hacían campo alrededor del *balde* de la *ración* como si con él llegara la salsa que iba á sazonarla; y hasta los *patrones* mismos solían *darle* confianza y admitirlo en el santuario de su cocina, ó confiarle a veces la delicada misión de afinar la guitarra ó el arpa para las *niñas*....

Porque,—es menester decirlo,—Ruperto era un músico admirable que, en el *rabel* como en el arpa y en la guitarra, sabía expresar esa magnífica melodía que no tiene nota en el pentagrama y que no fabrica el contrapunto: el sentimiento.

Sin más maestro que la gran naturaleza semi-salvaje de sus campos, apenas aderezada por un tinte de civilización, su alma de artista y de poeta había aprendido á exhalarse envuelta en magníficos girones armónicos. Golpeando el azadón con la cuchara improvisaba zamacuecas que revolucionaban el cotarro de las maritornes en la cocina, ó el de los trabajadores en la faena; rasgueando la guitarra y alzando su bella voz de barítono, dejaba pensativas á las *señoritas* en el corredor, en las noches de luna!...

Dos ó tres días permanecía en una parte, y ellos eran de fiesta para todo el mundo; pero al cuarto, Ruperto se despedía sonriente, alzando la *chupaya* por la punta del ala, terciaba al hombro el *ponchito* multicolor, y se iba... á correr otras tierras llevándose tras sí los únicos recuerdos y las solas alegrías de esa monótona vida de los fundos del sur.

***

Sin embargo, Ruperto no era feliz. Sus cantos eran como los del canario que, trinando su nostalgia del aire libre entre los barrotes de la jaula, halaga sin saber á sus tiranos y cierra cada vez más su portezuela de alambre tejido.

Ruperto, es verdad, era libre; pero... estaba enamorado, y enamorado con todo el ardor de que era capaz su alma inculta que juntaba todas las fogosidades de lo agreste á todas las ternuras de lo sencillo, enamorado con la profundidad de un mar, enamorado con la inmensidad del espacio estrellado que cada noche servía de dosel al lecho de sus insomnios.

¡Y la mujer causante de las borrascas silenciosas de aquella alma, vestía paño fino, no percal de flores, y calzaba botinas de cabritilla, no alpargatas de cáñamo!... *Ella*, era la hija de los *ricos* del Monte, el gran fundo de tres mil cuadras regadas y cinco mil de *rulo*, que bien sabía valorar el infeliz Ruperto, *ex inquilino* de la propiedad!...

¡Era un amor imposible!... ¡El lo sabía bien!...

Cuando estas reflecciones asaltaban su mente y revoloteaban por su imaginación como bandada de mariposas negras, Ruperto cogía cualquier instrumento, con preferencia una guitarra y, tuviera ó nó auditorio, cantaba, es decir, gemía en el ritmo, amoldando el sollozo al compás y moldeando la lágrima en la nota.

Contábame una vieja *tejedora* haberle oido cantar en cierta ocasión con tristeza tanta, que «ella *mesmita* no *púo* aguantar el lloro», algunas estrofas tan melancólicas que «era *pa* ablandar las *pieiras*». El *viñatero* del Monte me relató también algún tiempo después que una noche de fines de Marzo, exactamente la víspera de un viaje del *patrón* á los baños de Quicaloquén, él le había hecho una *pillá* á Ruperto.

—*Ai ha* de ver *pus* su mercé, me dijo. Era una noche como el día y la luna parecía áscua de plata. Sería como la media noche cuando los perros se *largaron* á llorar como si hubieran visto un ánima del purgatorio; y yo que me había *tirado* un rato en la paja del galpón, salí *ajuera pa* hacerlos callar. Apenas me olfatearon ellos, se quedaron como muertos, y entonces fué cuando oí un llanto

humano del *lao* de los *araos*. Me *allegué* quedito y estuve un buen *rato aguaitando* á Ruperto, que parecía una *Madalena, iñorcito*.... Pero fué contra *ná* porque al otro día se rió, y no la *aflojó* ni á palos; y se *mandó mudar* el mismo día...

Aquella pasión volcánica no podía durar naturalmente largo tiempo sin estallar y despedazar, como un vaso frágil, el pecho que la contenía.

El último verano se reunieron en la casa del Monte varias familias, y los jóvenes de unas y otras principiaron una serie de excursiones de placer en que, benéficamente excitados por el cálido sol que maduraba las mieses y sazonaba los frutos, reían y gozaban locamente. Ruperto era siempre llevado, quieras que nó, y los mozos lo trataban con consideraciones especiales, y las jovenzuelas lo halagaban con servicios de confianza. El, en cambio, sonreía siempre, los guiaba á hermosos parajes, se atrevía á veces con chistes de buen género, cuidaba los caballos y arreglaba las sillas, *subía* á las damas, y por fin, tocaba en el arpa ó en la guitarra ó en cualquier plato variadas *cuecas* de *pata en quincha*.

Sólo con la *señorita* era reservado y grave...

Una tarde estaban todos en la orilla del río, sentados en un *faldeo* bajo la sombra de dos boldos seculares cuyo perfume acre y salvaje encantaba á las hermosas santiaguinas. Los restos del campestre lunch estaban desparramados aquí y allá sobre la yerba, y los sombreros de paja con plumas, los velos, los guantes y las huascas pendían de las ramas en pintoresco desorden. Los hombres fumaban algo apartados; las *niñas* sostenían *sotto voce* un animado diálogo interrumpido por comprimidas carcajadas: se trataba de *apurar* á Ruperto para que se le *declarara* á alguna; pero ¿quién iría primero?...

Acababa éste de caer en uno de sus fugaces accesos de melancolía, cuando una voz que lo hizo estremecer sonó con vibraciones risueñas á su espalda:

—¡Ruperto!

—¡Misiá Julita! contestó, recuperando su sonrisa.

—Ven; acompáñame á buscar *cardenales* en el bajo...

—Yo iré de un *brinco*. ¿*Pa* qué va su mercé, *pa* que los algarrobos la dejen *hecha la lila*?...

—Me gusta andar contigo, Ruperto, le respondió ella con coquetería; y mientras tanto, las demás jovencillas ahogaban una sonrisa detrás de los pañuelos...

Cuando se perdieron tras las altas malezas, ella iba adelante siempre risueña, él á su lado, un poco más atrás, intensamente pálido, pero haciendo por sonreír...

Pasó cerca de un cuarto de hora, y el grupo juvenil reía á más no poder, preparando bromas picantes para el regreso de los *novios*, como decían ellas entre espasmos de carcajadas...

De improviso, la sonora voz de Ruperto que cantaba sin acompañamiento se oyó subir del *bajo* con los rumores del agua turbia y vertiginosa del río; parecía escaparse de una garganta oprimida, y tenía las opacidades del llanto. Se oyó también una voz llorosa y suplicante de mujer. Ruperto cantaba:

«... Tu *tenís* la mar de *plata*...
Ruperto no tiene *ná!*
Tu *dormís* en cama blanda...
Ruperto no tiene *almohá!*—
Tú *sois* más que las estrellas,
y que la luna y el sol...
Yo sólo soy tu sirviente!
¡Ménos que perro, soy yo!—
Tu *tenís* tu *maire* viva
que te sacará á *pasiar*...
¡Yo voy á buscar la mía,
que está muerta y *enterrá!*...»

El canto concluyó con un sollozo desgarrador y amarguísimo; se oyó crujir las ramas, después un grito agudo de Julia, y por fin el salpicar del agua del río...

Todos se precipitaron al *bajo*, conteniendo la respiración y con los rostros verdosos y contraídos, presintiendo una horrorosa tragedia. Allí estaba Julia, apoyada en un árbol, desencajada, lívida, con las pupilas vidriadas y fijas....

—¿Y Ruperto? gimieron todos.

—Allí, dijo ella alzando el brazo rígido y desplomándose.

Allí, río abajo, se veía flotar un hombre, de espaldas, con un puñado de cardenales en una mano, y con un puñal de mango de concha y labores de cobre, relampagueando al sol, clavado en el medio del pecho.

«... Iba á buscar á su *maire*
que está muerta y enterrá...».

MARTÍN RIVAS.

LOCA.

En el pálido rostro las huellas
Hoy se miran de antiguos pesares
Y en desórden los rubios cabellos
Que con flores un tiempo adornara.

En sus labios las rosas murieron...
Ya no existen los rojos corales,
Que encendian del alma en el fondo
Las pasiones ardientes, insanas.

Y una luz, cual de estrella perdida,
A la vez melancólica y vaga,
Brilla triste en el fondo sereno
De sus ojos azules y claros.

DANIEL E. FELIÚ H.

Santiago, Noviembre de 1894.

FLORENCIA.

El que vaya á Florencia sin conocer, aunque sólo sea superficialmente, la obra magna de Dante Alighieri, no gozará del principal encanto que aquella noble ciudad ofrece.

Porque Florencia está llena de memorias del gran poeta. Parece que no ha dejado de habitarla el espíritu de éste, que la lengua por él creada y ennoblecida es la misma que se habla hoy allí, y que su recuerdo está vivo en la memoria de los florentinos, coetáneos nuestros, cual si no nos separara de la fecha de su muerte el enorme lapso de cinco siglos y medio. En efecto, pocos hombres han vivido y viven en el sentimiento de la humanidad como este extraordinario cantor del dolor y de las aspiraciones sublimes de nuestro espíritu; pocos han ganado como él esa consagración del tiempo, por la cual su poesía no puede envejecer ni sus versos marchitarse. Su retrato, pintado por Giotto, nos le representa con una azucena en la mano. Esta flor viene á simbolizar la perdurable frescura de su ficción poética, profundamente humana, y, por tanto, eterna.

La transición del siglo XI al XII, en cualquier otro país, habría pasado dejando tras de sí sombras históricas que no hubieran permitido conocer bien los hechos y las personas. Pero en aquel turbulento período, Italia poseía tantos elementos de cultura en relación con el resto de Europa, que la vida del Dante nos es conocida, hasta con prolijidad, como la vida y acciones de los personajes que vivieron en pleno siglo XV. Esta claridad parece que acorta la distancia en el tiempo, que la figura se nos acerca y podemos verla en todo su relieve.

Consérvase en Florencia, en una de sus calles más céntricas, la casa en que el poeta nació. Dentro de ella se exhiben diferentes recuerdos, algunos de los cuales son de indudable autencidad; otros revelan cierta propensión á explotar la memoria de Dante, como se

explota la fe religiosa en ciertos lugares, de peregrinación devota. Las cenizas del gran poeta no están en su patria, pues sabido es que murió en Rávena y que allí está sepultado. Pero la iglesia de Santa Croce ostenta en su soberbia galería de monumentos sepulcrales, el del autor de la *Divina Comedia*, mausoleo imponente al que sólo falta, para infundir veneración, contener los huesos de la persona á quien está dedicado. Es una hermosa custodia sin hostia. En la plaza de la misma iglesia, se ha erigido la monumental estátua del grande hombre, bellísima y por todo extremo interesante. Aquéllas son las austeras facciones del poeta, á quien parece que hemos conocido: ¡tan divulgada está su fisonomía! aquélla su actitud noble y recogida, con el airoso traje talar y la capucha florentina. A su lado tiene un águila, emblema del partido gibelino y de la idea política que tantas inquietudes llevó á la vida del poeta, y en el pedestal, concisa y elocuente inscripción.

Otros recuerdos de Dante hay en distintos puntos de la ciudad, tales como la piedra llamada *sasso di Dante*, frente á la Catedral, donde se sentaba de noche á tomar el fresco, según dice la tradición, en tertulia de amigos.

Nadie que sea un poco versado en letras, dejará de conocer los tres cantos inmortales del poema en que el gran florentino condensó lo divino y lo humano y todo el saber de su época. El *Infierno*, es por su carácter dramático y hasta cierto punto histórico, la más leída en nuestros días de las tres partes de esta obra maravillosa. Pero en el *Purgatorio* es quizás donde resplandece con mayor esplendor la inspiración del poeta y donde se ve la más perfecta armonía entre su naturaleza moral é intelectual. Nada causa tanta maravilla en este poema como el sentimiento de la realidad que palpita en todos sus cantos. La broza retórica no existe en esta obra sin igual y los artificios poéticos son tan raros que apenas se les nota. De cuanto existe en la Naturaleza, Dante, con admirable selección, sólo pinta el hombre. El hombre es su tema único, así bajo el punto de vista de las pasiones como en el sentido ideológico. Los accidentes de la Naturaleza que tanto juego dan á los poetas de todos los tiempos, apenas merecen una mirada fugaz de aquel ingenio superior que sólo gusta de manifestarse en las grandes empresas. De aquí proviene la sobriedad de tan gran poema, el cual abrasa todo el mundo moral en breve espacio.

En cuanto á la lengua admirable que es la mayor gloria de la península itálica, puede decirse que Dante la creó, en tiempos en que el latín era el idioma de la Iglesia y del Estado. Lo pasmoso es que en el siglo XIII tuviese un escritor la suficiente fuerza de estilo para ennoblecer una lengua sin antecedentes literarios de cuenta, y que sólo se había manifestado en el balbucir de la poesía popular; y si comparamos el italiano de la *Divina Comedia* con las demás lenguas que en el aquel tiempo hablaban los pueblos de latino origen, nos parecerá ver un refinado palaciego rodeado de hombres rústicos y medio salvaje. El español y el francés han tenido desde las ingenuas literaturas del siglo XII hasta los últimos siglos, todo el desarrollo educativo de que es susceptible una lengua, mientras que el italiano de Dante apenas se diferenciaba del de Leopardi, porque Dante lo encontró cultivado y lo trabajó y perfeccionó él mismo adelantándose á su época.

Dante fué soldado en su juventud, amó á una tal Beatrice Portinari y la idealizó en sus versos, haciendo de ella una figura celestial digna de morar entre los santos.

Este amor tan extraordinario y puro no impidió al poeta casarse con Gemma d'Donati, de quien tuvo siete hijos.

Los disturbios de su patria, y la enconada lucha entre el Imperio y la Iglesia, arrastraron á Dante. Padeció persecuciones, teniendo que abandonar su patria; buscó un asilo en Verona, primero, junto á *Can grande de la Scala*, y después en Rávena, donde murió á los 56 años de edad. Fué ardiente gibelino, y sus ideas políticas se reflejan claramente en su obra capital, que, bajo este punto de vista, ofrece gran interés á la crítica histórica. Aunque ardiente católico y respetuoso con el Pastor espiritual del rebaño de Cristo, Dante flajeló los errores de la Sede Romana y los vicios de algunos eclesiásticos. Su ideal polí-

tico era la creación de un gran imperio romano de derecho divino que reuniese en un cuerpo robusto los dispersos miembros de los pequeños Estados que en aquellos aciagos días se devoraban en sangrientas discordias. Esta idea de la unidad ha sido en todos los tiempos el sueño de los cerebros más privilegiados de la península itálica. A los acentos quejumbrosos y sublimes de Dante en el siglo XII, responde Leopardi en el nuestro con ecos de amarga desesperación. Dante creyó que Arrigo de Luxemburgo encarnaría su idea capital constituyendo el imperio de occidente; pero se equivocó. Las divisiones de Italia continuaron formando en la sucesión de los siglos la historia más interesante y dramática que conocemos, y poniendo á los italianos bajo el yugo de diversos Príncipes, ó de los conquistadores extranjeros.

*
* *

Esto me lleva como por la mano á hablar de otro florentino ilustre, Nicolás Maquiavelo, sepultado en *Santa Croce*. Su monumento es menos grandioso que el de Dante, y ostenta la concisa inscripción latina:

Tanto nomini nullum par elogium

En el de Dante se lee el célebre verso

Onorate l'altissimo poeta.

La casa de Maquiavelo subsiste en la vía Guicciardini, donde también se conserva la que habitó el célebre historiador de este nombre, entre el *puente Vecchio* y el palacio Pitti.

Maquiavelo es sin disputa uno de los más altos ingenios que ha producido Italia. Durante mucho tiempo sus doctrinas políticas fueron execradas y anatematizadas como atentatorias á todo principio de moralidad; pero nuestro siglo ha rehabilitado la memoria del insigne Secretario de Estado, dando á su condenada obra del *Príncipe* el valor histórico que debe tener como producto de circunstancias escepcionales, y llamada á realizar sus fines en un medio social harto diferente del nuestro. Maquiavelo dirigió los negocios públicos durante diez años, llevando con admirable habilidad las relaciones diplomáticas de la República; su experiencia de los negocios era extraordinaria; tan grande como su conocimiento del corazón humano y de los caracteres.

De aquí que sus escritos sean el producto más directo de la realidad que imaginarse puede. El arte político es en sus manos un instrumento suministrado por los hechos, y en el cual no hay ni puede haber resorte alguno teórico. Las máximas de la antigua filosofía son para él cosa enteramente inútil que no resuelve los graves problemas del momento. El estado social y moral de un país tiene que ser siempre la fuente de que derive sus ideas y sus prácticas el poder encargado de regirlo. La realidad se impone siempre á las fórmulas teóricas en el Gobierno de los pueblos. Sería locura pensar que á un pueblo artista, devorado por las pasiones, el pandillaje y la anarquía se le puede gobernar con las ideas austeras, de los puritanos del Norte. El gobierno de un pueblo es el pueblo mismo con sus vicios y virtudes, con su temperamento puesto en acción. Tales son las ideas en que apoyan su defensa de Maquiavelo los apologistas de este insigne hombre, los cuales son ahora tantos y tan decididos como antes lo fueron sus detractores.

En un tiempo se ha sostenido que el *Príncipe* es una obra irónica escrita con el diabólico intento de aconsejar á los Médicis lo que habría de ocasionar su perdición si lo practicaban.

De aquí viene la palabra *maquiavelismo* que se aplica á la astucia y habilidad hipócrita. Pero esta suposición tiene ya pocos partidarios. El *Príncipe* es una obra profundamente sincera, que no podemos comprender con las ideas hoy dominantes, y que necesitamos poner en el medio intelectual y moral de la República florentina para penetrar su verdadero sentido.

Maquiavelo fué patriota ardiente. El amor de la patria palpita en todas sus obras. Desempeñó á maravilla el cargo de Secretario de la Cancillería de la República y cuando cayó en desgracia y fué reducido á prisión, su estóica entereza denotó la grandeza de su alma. Al ser elevado á la Sede Pontificia con el nombre de León X, el Cardenal de Médicis, Maquiavelo recobró su libertad; pero aun tuvo que sufrir

algunos años de destierro. De vuelta á la patria escribió las obras que han inmortalizado su nombre, entre ellas *Los comentarios á Tito Livio*, y al fin los Médicis, que con tanta saña le persiguieron, procuraron atraérsele y utilizar su consumada habilidad política y su experiencia de los negocios y de las flaquezas humanas. El segundo Papa de la familia de Médicis, Clemente VII, le protegió de nuevo, encargándole de preparar la defensa de Toscana contra las armas de Carlos V, mandadas por el condestable de Borbón.

Al volver á su patria, después del *saco de Roma*, el pueblo florentino le mostró odio y mala voluntad, acusándole de que con su funesto tratado del *Príncipe* había enseñado á los Médicis el ejercicio fácil de la tiranía. Desde entonces hasta su muerte, que acaeció en 1527, Maquiavelo vivió en la mayor pobreza, atenido á la modestísima pensión, que por lo exigua parecía limosna, con que le socorrían los Médicis.

La fama de este grande hombre se ha conservado en la historia, pasando por las alternativas del descrédito y la estimación. Según las ideas políticas que han dominado en las distintas épocas, ha sido más ó menos severa la opinión de los historiadores con el gran toscano, cuyo nombre ha servido para componer uno de los adjetivos más usados por el amaneramiento vulgar. Pero nuestra época, con su perspicaz espíritu crítico ha estudiado la época, desentrañando prolijamente los acontecimientos, ha analizado digámoslo así, los componentes de la atmósfera política en que vivió el Secretario de la Cancillería florentina, y por fin le ha absuelto de muchas ó de casi todas las culpas que se le imputaron. Maquiavelo vió á los hombres como realmente eran, no como deben ser, y fundó sus conclusiones atrevidas en el cimiento de la realidad.

Por fin, aunque la crítica histórica no admita por completo las reglas del arte político expuestas en el *Príncipe*, siempre quedarán á favor de Maquiavelo su sagacidad admirable, su conocimiento profundo de los hombres, y sobre todo su estilo conciso y elegante que seduce y esclaviza al lector.

*
* *

Recorriendo la hermosa nave de *Santa Croce*, encontráis también el sepulcro de Galileo. Dichosa tierra la que ha visto hombres tan extraordinarios en el arte, en la política, en la ciencia. Miguel Angel, Dante, Galileo, Maquiavelo. Bastan estos nombres para ilustrar la Europa entera, y Florencia tiene la gloria de llamarlos sus hijos.

Galileo, no obstante, no era florentino. Nació en Pisa, en cuya Universidad hizo sus primeros estudios, y enseñó después física y matemáticas. La célebre torre inclinada le sirvió para sus experiencias de la caída de los cuerpos. Después ejerció el magisterio en Padua durante veinte años, y por fin fué á parar á Florencia donde vivió la mayor y mejor parte de su vida. Allí y en Roma sufrió las persecuciones que le han inmortalizado tanto como sus descubrimientos. Murió en un pueblecillo de las cercanías de Florencia, á edad muy avanzada, pobre, ciego, y no muy estimado de sus conciudadanos. ¡Caso extraño! El 9 de Enero de 1642, día en que murió Galileo nació Newton.

Además de su valiente explanación de las teorías de Copérnico acerca del sistema planetario, la cual le valió ser tenido por demente y heresiarca, y condenado á una abjuración vergonzosa, Galileo legó á la ciencia universal grandes conquistas, como el descubrimiento de las leyes del peso, del péndulo, la balanza hidrostática y el perfeccionamiento del telescopio.

El panteón florentino guarda también las cenizas del poeta Alfieri, lombardo de origen, y las de su amiga la condesa Albany, las del poeta moderno Pío Fedi, las del grabador Morghen, las del *Aretino*, encerradas en hermoso sepulcro del Renacimiento: las del físico Micheli, las del arquitecto Alberti, las del compositor Cherubini, y las de otros muchos de fama menos extendida. Fuera de esto, Santa Croce es un verdadero Museo, que sería visitado y escudriñado con particular atención si estuviera en otra parte; pero Florencia es tan rica en maravillosas obras de arte, que los frescos, las estátuas y los gallardos altares y púlpitos, que adornan las iglesias, son miradas al fin por el viajero, si no

con desdén, con fatiga de los ojos y del espíritu.

***

Las fachadas de *Santa Croce* y del *Duomo* muestran de qué modo tan singular adoptaron los toscanos la arquitectura ogival, desvirtuándola y acomodándola á su genio y tradición artística. Este arte híbrido que tiene por padre el espiritualismo y por madre la musa pagana es lo más característico de aquel país en construcciones religiosas, así como en las palatinas tiene la especialidad incontestable del estilo severo y rudo inspirado en la arquitectura militar. Sus iglesias ostentan en su exterior mármoles blancos y negros combinados con delicadeza femenina, formando un gótico voluptuoso y decorativo, que no nos da la impresión de misterio y misticismo de las iglesias del Norte. En cambio los palacios, construídos de piedra obscura, son macizos, de líneas muy sobrias, combinada la robustez con la elegancia.

No es posible abandonar á Florencia sin subir á *San Miniato al Monte*. El cementerio próximo á la iglesia es interesantísimo, y la iglesia, que sirve de enterramiento á las familias aristocráticas de la ciudad, merece una visita. Su arquitectura restaurada con mucha inteligencia, ofrece más elementos quizás que los interiores del *Duomo* y *Santa Croce* para el estudio del estilo toscano de la Edad Media. Desde *San Miniato*, y en todo el largo y tortuoso paso denominado *Viale dei colli*, la vista abarca el panorama inmenso de los alrededores de la ciudad y de la ciudad misma, panorama que es, sin género de duda, uno de los más hermosos de Italia. La bien cultivada campiña extiéndese á orillas del Arno, limitada por las colinas cubiertas del obscuro verdor de olivares y cipreses.

El paisaje es bello sobre toda ponderación, pero no ruisueño. Hay en él una melancolía dulcísima que induce á la meditación, que despierta anhelos de soledad penitente. Es el paisaje triste y minucioso que sirve de fondo á los cuadros de todos los pintores florentinos del siglo XV.

Los grupos de altísimos y austeros cipreses dánle aspecto de inmenso jardín destinado á necrópolis, en el cual cada planta adorna una tumba. Es un paisaje del cual se puede decir que tiene algo de religioso y solemne, contribuyendo quizás á este efecto las memorias de cosas estupendas ocurridas en tan grande y magnífico escenario. A lo lejos se ve Fiésole, lugar escondido entre masas de espesa vegetación, antaño residencia del inspirado y soñador *Fra Angélico*, y hoy Sede del *Papa negro*, ó sea el General de los Jesuitas.

B. PÉREZ GALDÓS.

SUEÑOS.

Cuando á remotas tierras
En sueños me transporto
Y á los castillos llamo,
Humilde trovador,
¿A quién mis trovas cantan?
¿A quién mis ojos buscan?
—A tí, mi dulce amor!

Y cuando triste salgo
Del levadizo puente
Y lágrimas derramo
De pena y de dolor,
¿Por quién mis ojos lloran?
—Por la condesa altiva,
Por tí, mi bien, mi amor!

Perdido allá, á lo lejos
En lóbrega avenida,
Si escucho los cantares
De amante ruiseñor,
¿Por qué llorando vuelvo
Los ojos al castillo?
—Te busco á tí, mi amor!

Y cuando del palenque
Triunfante me retiro
Y lucen mis arreos
Y el casco hiere el sol,
¿Quién es la reina hermosa
Que al paladín corona?
—La reina de mi amor!

DANIEL E. FELIÚ H.

Mayo de 1893.

EL PRIMER TENOR.

Á Eduardo Aznar.

I.

La figura extraña y melancólica de aquel pobre Saturnino Málzaga siempre envuelta en la flotante y ámplia capa sacerdotal, no se borrará en mucho tiempo de mis ojos, tan hechos á verle siempre de igual modo, siempre como envuelto en ambiente de recogimiento y tristeza que de pronto alejaba del pobre muchacho, pero que luego, bien observado era como un atractivo más.

La vez primera que le ví me hizo el efecto que me hubiera hecho cualquier Cura de aldea recién salido del Seminario y en los comienzos de la cura de almas: á la cuarta vez que le ví sentado, como de costumbre, en el pórtico de la Catedral y con los ojos fijos en el tímpano poblado de angelitos y santas, su grave persona me interesó hasta el punto de preguntar por él al organista, el viejo Compasillo, con quien le ligaban relaciones que al pronto me parecieron misteriosas y que luego me expliqué claramente.

Compasillo me contó una tarde después de vísperas y en el coro mismo de la Catedral, mientras entonaba el órgano tirando de los registros con sus manos fósiles, la tremenda historia de Saturnino Málzaga, historia que nadie ha contado todavía y que ninguno sospecharía cuando en los días de función solemne oía salir del coro aquella su voz de tenor que sonaba á angelical melopea.

II.

Satur no supo en mucho tiempo que llevaba en la garganta tan maravilloso tesoro; cantaba en la iglesia los Domingos y pastoreaba el resto de la semana, mezclando así la guarda de cabras y la devoción, sin sospechar que hubiese más allá.

El aire libre lleno del acre aroma del campo organizó prodigiosamente su garganta dando á su voz de adolescente firmeza y extensión excepcionales, y cuando en las serenas noches de verano volvía al caserío, sonaba su canción en la cañada y bajo la arboleda como eco de finísimo instrumento no inventado por hombres. Retardaban el paso para oirle los que pasaban por la carretera, y todo callaba incluso el aserreo de la chicharra y la nota invariable del cluclillo.

Satur era reflexivo. Hecho á contemplar la naturaleza, se había ido llenando su espíritu de aspiraciones inexplicables, de deseos de la soledad y el sosiego, de tendencias á un estado perfecto que le permitiese ser solo y casto, inmutable y sereno, como aquellos campos dormidos bajo el lejano parpadeo de las estrellas.

Pensó en hacerse Cura, en vivir, como buen Cura, en su casita solitaria y limpia como locutorio monjil, en andar por la carretera para escojer un lugar de ella en que sentarse para meditar y rezar.

Para hacerse Cura se necesitaba dinero, y el dinero podría venirle de aquella voz que todos le alababan y que podía ser útil en el coro de la Catedral.

Satur pensó en ello dos meses, y se decidió en un minuto.

Tomó carretera adelante y se fué á ver á Compasillo.

III.

El organista estaba, cuando llegó Satur, ocupado en copiar su *misa*, una misa inédita que pensaba legar á sus contemporáneos y en vigilar la cocción de una compota de pera, operaciones ambas que llevaba de frente con el mayor desembarazo.

Cuando Satur entró, todo encogido, y le dijo, que quería ser niño de coro en la Catedral, Compasillo retiró del fuego la compota, levantó las gafas, y le miró.

—Muy zagalón eres tú ya para niño de coro—le dijo—pero te probaré.

Satur no supo qué cosa fuese probarle.

Compasillo abrió el piano y tecleó una escala, desde el *do* al *ré* agudo.

—Canta tú ahora esto.

Satur cantó con indecisión al principio, con seguridad después, y llegó, como con la mano, al *si*.

—¡Caracoles!—exclamó Compasillo todo trémulo.—A ver otra vez.

Satur dió el *sí* con facilidad mayor que la vez primera y se quedó mirando al venerable Compasillo, el cual se volvió á él girando sobre la banqueta del piano y le dijo, cruzándose de brazos y mirándole muy serio á través de las gafas:

—Muchacho, estás á punto de tener una voz de tenor asombrosa. Aprende música á escape y dedícate al teatro; el mundo es tuyo.

Satur no entendió bien.

—Yo quiero ser Cura—contestó.

—¡Cura! exclamó Compasillo asombrado—¡Cura tú, con esa voz! ¡imposible!

—Sí, señor, Cura—replicó obstinado Satur. —Con lo que Ud. me dé en la Capilla hago la carrera.

—Pero ¿tú sabes lo que vas á hacer?—dijo no menos obstinadamente Compasillo—¿tú sabes que vas á tirar á la calle un tesoro? ¿Tú sabes que.....

Por aquí siguió el organista machacando, en la rebelde cabeza de Satur, presentándole el porvenir, tal como hasta él había llegado, de un *virtuoso* mimado por públicos y empresas, haciendo esfuerzos para que el muchacho comprendiese que lo que iba á hacer tenía apariencias de suicidio.

Nada sacó en limpio.

Satur le oyó con atención, volviendo y revolviendo la boina entre los dedos, y cuando Compasillo, muy excitado con la parrafada, acabó mirandole interrogante, Satur no dijo más que esto:

—Pues yo quiero ser Cura.

IV.

Y lo fué.

Muy apesadumbrado Compasillo viendo que aquella prodigiosa voz, que él había *descubierto*, según decía, no iba á servir de nada ó poco menos, lo recomendó al Cabildo Catedral, y le hizo cantar un día delante del señor Magistral, el cual fué á contar al señor Obispo que había dado con una joya que no pedía más que facilidades para ser propiedad de la Iglesia. Le oyó también Su Ilustrísima, opinó como el Magistral, y, para evitar que Satur volviese de su acuerdo, se le hizo Cura más pronto de lo que él hubiera esperado.

Nunca se oyó en la Catedral voz de tenor como la que salía de la garganta de aquel Curita que cantaba recogido y modesto en un rincón del coro, ni se vió tampoco nunca cara más compungida que la que ponía Compasillo cada vez que en el augusto silencio del *ofertorio* llenaba sus oídos el regalo de aquella voz prodigiosa que hacía decir á los capitulares con cierto orgullo:

—Nuestro tenor.

Llegó por entonces á la capital de que hablo (porque se trata de una capital) una compañía de ópera en la que figuraba un armonioso tenor en *ini*, de los varios que cobran á peseta por nota y viajan en *sleeping-car*, el cual tenor hizo su *debut* con *Favorita*.

Compasillo, que tenía un abono fijo de localidad alta, llevó al teatro á Satur que por vez primera iba á saber qué cosa era una ópera, y cuando asomó *Fernando* y se hizo en la sala un silencio sepulcral para no perder notas que tan caras costaban, el organista dijo al oido de Satur:

—¿Ves ese que es ahí y fuera de ahí un rey? Pues ese vale menos que tú.

El tenor cantó muy bien, justo es decirlo, *come un angelo*, y Satur le oyó desde su rincón con avidez silenciosa. Acabado el primer acto, maestro y discípulo se miraron y no sé qué profundo y negro pensamiento vió Compasillo en los ojos húmedos de Satur, que no se atrevió á decirle nada. Y al final, cuando después del *spirto gentil*, el teatro entero se fué sobre el tenor con una ovación que dejó memoria en la capital, Satur cogió nervioso del brazo al organista y le dijo con la voz alterada:

—Vámonos D. Santiago... Yo no puedo ver esto... yo canto mejor que ese... mucho mejor.

V.

Al salir tuvieron que esperar á que una nube de fracs fuese pasando por la estrecha puerta del escenario. Eran los admiradores.

El desventurado Satur llegó á su cuarto monacalmente pobre y desnudo, y se echó en la cama con picante deseo de llorar; no pudo: toda la noche se estuvo mirando en sus ojos espabilados la imagen de aquel tenor

que entraba y salía en el escenario brillante como un ascua; le adivinaba en su *camerino* dando y recibiendo apretones de manos, sonriendo como un vencedor en una á modo de apoteósis prestigiosa y deslumbradora, y luego una noche embarcarse seguido de dos criados en un departamento del *Sud-expreso* como un príncipe ruso, dejando detras de sí estela de oro y rumor de vítores. Veinte veces se levantó febril y estuvo á punto de rasgar su limpia sotana que colgaba del modesto perchero de nogal, y otras tantas se echó mano á la garganta para no darse á sí mismo el escándalo de cantar á todo pulmón aquel *spirto gentil* que le zumbaba melodioso en los oídos.

Al fin, ya con los primeros albores del día vencido por la tremenda lucha sostenida consigo mismo, se durmió. Al siguiente día despertó con fiebre, y con ella estuvo más de un mes, al cabo del cual, extenuado moral y físicamente, se fué á la aldea.

La pesadumbre que agobiaba su espíritu duró un año. Poco á poco, con lentos trabajos de razonamientos consigo mismo, consiguió restablecer el equilibrio profundamente perturbado, y pudo volver á la Catedral, al modesto y oscuro rincón del coro en el que le suele contemplar furtivamente el bueno de Compasillo, único hombre capaz de saber lo que pasa en el corazón del primer tenor cuando en el augusto silencio del *ofertorio* cae desde el coro su voz dulcísima mezclada con fugitivo sabor amargo.

Federico Urrecha.

SALDO DE CUENTAS

Sastre de condición dura
me tortura
tu pertinaz insistencia.
¿Por qué razón, criatura,
me mandas con tal frecuencia
la factura?

¿Por qué eres tan exigente,
si sabes que me revienta
el tener constantemente
en mi casa al dependiente
con la cuenta?
¿Te van á sacar de apuros
los diez duros
que de un modo tan grosero
no cesas de reclamar?
¿Que sí? ¡Qué te han de sacar,
embustero!
Acaso cuando me hiciste
la ropa, no me dijiste
con frase dulce y sincera,
sin traba ni cortapisa:
—«Págueme usted cuando quiera,
No corre ninguna prisa?»
¿Y á pesar de que te sales
de lo que tratado está,
en seis años, dí, Perales,
no te he dado á cuenta ya
treinta reales?
¿Además, no te aseguro,
como cumple á un hombre honrado,
que el pico que no has cobrado
lo cobrarás de seguro
el día menos pensado?
¿A qué, pues, si en puridad
aun no te he faltado yo,
haces eso? La verdad;
no tienes formalidad
ni Cristo que lo fundó.
¿Que quizá lo mismo haría
yo en tal caso? Tu osadía
no es fácil que me convenza.
¿Yo hacer lo que tú? ¡Vergüenza
me daría!
Tengo gente que me abona,
porque ya sabe la gente
que yo soy una persona
muy decente,
y haces una insensatez,
que en tu ignorancia se escuda,
al querer poner en duda
mi honradez.
¿Que por qué á obrar de este modo
cínicamente me atrevo?
¿Que por qué no pago todo
lo que debo?

¿Que por qué soy un pillastre?
¿Que por qué no doy razones?
¡Yo no entro en explicaciones
con un sastre!
No me pongas en un duro
trance con ese rigor
y ganarás, pues te juro
por mi honor,
que cuando logre alcanzar
un destinillo que espero,
tú vas á ser, Baltasar,
el primero
(que se quede sin cobrar).
Mas si porque te convenga
me mandas el *documento*,
no esperes que me contenga;
¡nada, al primero que venga
le reviento!

EL CRIMEN DEL VIEJO BLAS.

(Continuación)

—¿Así es, dijo la Cadija levantándose, que no es bueno el aire del cortijo y que no hay flores en el jardín? El niño se quedará en casa conmigo y con mis animales, si quiere distraerse, irá a pastorear los gansos en el camino junto al seto. Que es pequeño, esto no hace al caso: es preciso comenzar á hacerse útil. Ciertamente que no lo dejaré ir con Ud. Los trenes que pasan, esto da miedo, y no me gusta nada que juegue junto al agua, tanto más cuanto que en el río hay arena muy peligrosa que se hunde, y piedras que ruedan en cuanto se les pone el pie encima.

El chico no hizo por de pronto objeción alguna á la voluntad maternal, ocupado como estaba en beberse la leche, pero en cuanto hubo limpiado con la punta de la lengua el fondo de la jarra vacía, se puso á lloriquear desesperadamente, encajándose los pulgares en los ojos.

—¡Bueno, bueno!, repuso la Cadija, lo dicho, dicho. Tú quieres ir con tu abuelo porque te cuenta historias, porque te deja correr por todas partes, porque te mima, en fin; yo, yo no quiero que se te mime. A propósito, el otro día llegaste en un estado muy bonito. Todo sudado, la blusa hecha girones, con espinas en el cabello; me he demorado más de una hora en zurcirte la camisa. Cuando no se sabe velar por los niños, no se les solicita para llevarlos consigo.

Pero el pequeño Blas lloriqueaba aun y el viejo mismo tenía en sus amarillos ojos guiñadores una cosa húmeda que iba en camino de ser una lágrima. Antonio Verdegut se interpuso, hizo notar que «una vez sola, no hace costumbre» y que, por hoy, se podía dejar ir al niño con el viejo, como cosa extraordinaria.

La Cadija arrugó el ceño, refunfuñó, dijo un ciento de palabras, y concluyó por consentir, encojiéndose de hombros.

Y cuando ellos prometieron no correr por la línea, no aproximarse mucho al río, y, sobre todo, tener mucho cuidado cuando pasaran los trenes, la madre agregó:

—Bueno, bueno, doy permiso, pero ésta es la última vez.

Partieron bien aconsejados, después de muchos abrazos. Y con paso grave para mostrar cómo, en efecto, se conducirían con seriedad, atravesaron el corral del cortijo y después de haber empujado la reja de madera, costearon el seto, bastante bajo en ese lugar para ser visto por encima de él.

Pero desde que pasaron el seto, desde que ya nadie del cortijo pudo verlos, ¡ah! entonces ¡Dios mío! aquello fué otra cosa.

El pequeño Blas soltando su mano, tomó carrera, volvió atrás, saltó los fosos, trepó á los árboles, perdió su gorra entre las ramas, desgarró la camisa con las ásperas cortezas; y difundida toda la luz de la mañana jugueteaba alrededor de él, y con él, sobre el camino claro, entre las alegres ramas, en el espacio fresco, mientras que atrás, un poco lejos, el anciano que venía andando á saltitos, niño viejo que, hubiera querido jugar á su vez, repetía á intervalos bajo su barba blanca:

—En buena hora, eso es, la madre no nos ve, avívate, hijo mio.

CATULLE MENDÈS.

(Continuará).

ACCIONISTAS

de "La Revista de Valparaíso"

Acevedo, César	2
Adrover, Carlos	1
Barrie, Carlos A.	1
Bascuñán, Teodoro	1
Bermúdez, Enrique	1
Bobillier, Víctor	1
Camus V., Alfredo	1
Camus V., Ezequiel	2
Cárdenas, Angel C.	2
Chaumés, Alfonso	2
Claro, Santiago	2
Cruz, Eudoro	1
Cuevas O., Alfredo	2
Cumming, Alberto	1
Delfín, Federico	1
Edwards V., Alberto	8
Edwards V., Carlos	2
Edwards, Joaquín	1
Echeverría, Roberto	1
Escobar C., Ricardo	2
Feliú H., Camilo	6
Feliú H., Guillermo	2
Feliú H., Oscar	1
Feliú H., Daniel E.	1
Ferreira, Luis	1
Fraga, Estanislao	2
Fuenzalida, Enrique	1
Garnham, Luis	1
Garretón, Ramón	1
Hübner, Ernesto	1
Jara Torres, Carlos	1
León Silva, Alberto	1
Lyon O., Enrique	1
Manterola, Fernando	2
Manterola, Benjamín	1
Marambio Montt, Ernesto	1
Martínez, Heraclio	5
Maturana, Alejandro	1
Melcherts, Gustavo	1
Newman, Carlos	1
Otaegui, Juan E.	1
Pascal V., Gastón	2
Poirier, Eduardo	1
Pomar, Ramón	1
Portaluppi, Alejandro	1
Prieto, Francisco	1
Puelma, Luis Felipe	2
Reitze J., Enrique	1
Ríos González, Tomás	1
Rivera, Guillermo	5
Robles, Enrique	1
Rodríguez V., Eugenio	1
Rojas Riesco, Diego	2
Ross, Gustavo	2
Rudolphy, Alejandro	1
Urenda, Manuel	2
Valenzuela, Jorge	1
Valverde, Juan Luis	1
Varas, Antonio	2
Vargas C., Eulogio	1
Vásquez, David	1
Vicencio, Carlos	1
Winter, Luis A.	1
	100

José Bianchi y Hnos.

IMPORTACIÓN DIRECTA

DE

MARMOLES Y PIZARRAS

SE ENCARGA DE TODA CLASE DE TRABAJO EN MARMOL

PRONTITUD Y ESMERO — PRECIOS MÓDICOS

VENTA POR MAYOR Y MENOR

96 F, 96 I y 96 G,—CALLE CONDELL.—*Valparaíso.*

"LA UNIÓN CHILENA"

COMPAÑÍA DE SEGUROS

FUNDADA EN 1858

CAPITAL	$	**2.000,000.00**
FONDOS ACUMULADOS	«	**535.595.15**
SINIESTROS PAGADOS	«	**2.290,055.91**

Administrador: D. Benjamín Dávila Larraín,

Santiago—Huérfanos, N.º 803.

"La Nacional"

CAJA DE AHORROS Y DE SEGUROS

CAPITAL ..... $ **2.000,000.00**

Gerente: D. Luis Dávila Larraín,

Santiago Huérfanos N.º 1161

Estas compañías efectúan seguros en las mejores condiciones sobre edificios, mercaderías, muebles, maquinarias, etc., etc., como igualmente se asegura el lucro cesante de los arriendos, cobrando

PRIMAS MÓDICAS

Agente en Valparaíso:

CARLOS R. NEVES,

81 - PRAT - 81

AGENCIA GENERAL DE PRODUCTOS CHILENOS

DE CUITIÑO Y HURTADO

SUCESORES DE D. RISOPATRÓN CAÑAS

Prat 95—VALPARAISO—Casilla 623

Teléfono Inglés 152

Venden todos los vinos nacionales en cajones, javas y barriles. Toda clase de conservas y licores.—Productos manufacturados. Frutos del país y forrajes en general.—Mármoles blancos y de colores.

NOTA.—Tienen constantemente vinos desde $ 20.00 las 100 botellas de las marcas más conocidas, y blancos desde $ 30.00 el 100 de botellas.

"LA ESTRELLA DE CHILE"

Compañía Nacional de Seguros

OFICINA: BANDERA, NÚM. 24

Capital autorizado	$ 5.000,000
Capital suscrito	2.000,000

DIRECTORIO

PRESIDENTE.—Don Alejandro Vial — VICE-PRESIDENTE.—Don Eduardo Videla

DIRECTORES:

Ventura Blanco Viel, Beltran Mathieu, Emilio Llona, Osvaldo Pérez S., José Luis Coo

La Compañía asegura á prima fija contra riesgos marítimos y contra incendios, como también responde por el lucro cesante de los arriendos de las propiedades incendiadas, constituye seguros sobre la vida, asegura rentas vitalicias y temporales, forma capitales pagaderos en épocas determinadas y, en general, hace todas aquellas operaciones que tenga por base la vida probable de un hombre.

M. **TOMÁS TOCORNAL**, GERENTE.

AGENTE EN VALPARAÍSO: ALEJO BARRIOS, COCHRANE 42